SOCIOLOGÍA POLÍTICA DEL DEPORTE

JEAN-MARIE BROHM

Traducción de:
DAVID ÁLVAREZ AUB
RENÉ PALACIOS MORE

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1976
Primera edición en español, 1982

Título original:
Sociologie politique du sport
© Jean Pierre Delargue, Editions Universitaires, 1976
ISBN 2-7443-0034-x

D.R. © 1982, **FONDO DE CULTURA ECONÓMICA**
Av. De la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-1210-8

Impreso en México

Este libro se acabó de imprimir el día 30 de agosto de 1982
en los talleres de Offset Marvi, S. A. Calle Leiria
Núm. 72, México 13, D. F.,
se imprimieron 3 000 ejemplares.

A

Fernando Guicciardi,
Maestro, poeta y músico

ÍNDICE

Introducción

PARTE PRIMERA
GÉNESIS Y ESTRUCTURA DE LA INSTITUCIÓN DEPORTIVA

I ***El sistema deportivo moderno: estructura y funcionamiento***

1. Introducción: ensayo de definición del hecho deportivo
2. Cuestiones de terminología: la polisemia del término «deporte»
3. Las definiciones clásicas del deporte
4. Definición de deporte
5. Algunos aspectos metodológicos
6. Las tareas de una sociología política del deporte
7. El proceso de producción deportivo
8. Deporte y trabajo: relaciones y diferencias

II. **Deporte y sociedad capitalista-industrial: el advenimiento del deporte de competición moderno**

1. El nacimiento del deporte moderno en Inglaterra
2. La constitución histórica del depone moderno (sistema deportivo mundial)
3. Deporte antiguo y deporte moderno: semejanzas y diferencias

III. **La institución deportiva en el modo de producción capitalista industrial**

1. La institución deportiva
2. La homología estructural entre la rivalidad mercantil capitalista y la competición deportiva: forma mercantil y forma deportiva
3. El deporte y las categorías capitalista-industriales
4. El derecho y la forma deportiva

IV. **El sistema deportivo: análisis de la lógica deportiva**

1. La competición, relación dominante del deporte
2. Medida y homologación: el principio del récord

PARTE SEGUNDA
LAS FUNCIONES DE LA INSTITUCION DEPORTIVA

Introducción

V. **La organización capitalista del deporte (de la competencia por el beneficio, al beneficio de la competición)**

1. Sociedad mercantil capitalista y deporte
2. La comercialización capitalista del espectáculo deportivo
3. La empresa deportiva: estructuras y funcionamiento
4. El salario deportivo
5. La publicidad mediante el deporte
5. La bolsa de campeones: el mercado de los valores deportivos

VI. **Las funciones sociopolíticas del deporte de competición**

1. Introducción
2. Las funciones políticas externas del deporte
3. Las funciones políticas internas del deporte: el papel positivista del deporte de competición

VII. **La función mitológica del deporte en los medios de comunicación de masas**

1. Las ceremonias deportivas masivas
2. El deporte espectáculo y los «mass media»
3. La función psicológica masiva del deporte: deporte y canalización de la energía social masiva
4. Los elementos simbólicos de la mitología deportiva

VIII **El papel social de los campeones**

1. El campeón, en tanto que piedra angular del sistema deportivo
2. El campeón y la publicidad del espectáculo
3. El campeón y los progresos tecnológicos deportivos
4. El campeón es el portavoz dc prestigio
5. El campeón y el modelo de comportamiento: la cuestión de la identificación
6. El campeón como modelo dc superación
7. El campeón y la personificación del sucesor
8. El campeón y la identificación narcisista de las masas
9. El campeón y las estructuras mitológicas del deporte

CONCLUSION: El deporte como aparato ideológico del Estado

1 El sistema deportivo como punto «ciego»
2. La ideología dcl aparato deportivo

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

Este trabajo es un ensayo de *sociología política del deporte.* Quien dice sociología política dice también política. Podría parecer que un trabajo científico, en el que nos hemos esforzado por respetar los cánones establecidos y los criterios generales, no debería entrar en política ni adoptar un punto de vista político, que tiene siempre un carácter «axiológico» determinado por un sistema de valores y «valencias» ideológicas o culturales. La ciencia tiene la pretensión de ser neutral, imparcial, objetiva y universal, mientras que la política es parcial, comprometida, subjetiva y está limitada por intereses de grupo y de poder. Dicho de otra manera, la ciencia no debe enunciar lo que debe ser (como lo hace la política), sino lo que es, y, sobre todo, lo que está oculto (Bachelard: «No existe más ciencia que la de lo oculto»). Ahí reside precisamente el problema metodológico fundamental que, de hecho, es doble. Por una parte, la ciencia, lo quiera o no (sobre todo en sus inicios), es tributaria de un conjunto de representaciones y de valores inconscientes que estructuran su actividad (valor de la objetividad, de la neutralidad, etc.). Ahora bien, en las ciencias humanas, como lo han demostrado G. Lukacs y L. Goldmann[1], *el sujeto y el objeto de la investigación están dialécticamente unidos y son parcialmente idénticos.* Las ciencias humanas no observan hormigas o abejas, sino hombres que viven en una comunidad social de la cual forma parte el investigador. *Existe, pues, unidad entre el objeto y el sujeto de la investigación.* Por otra parte, hay siempre una *unidad dialéctica del hecho y de su valor, del Ser* y *del Deber. Esta* es la razón por la cual la ecuación personal juega tan gran papel en las ciencias humanas (prejuicios políticos, creencias, ideologías, etcétera). También es la razón por la cual se debe siempre *elucidar el grado de participación del investigador* en su indagación, un poco a la manera del proceso jurídico cuando se examinan las relaciones del procesado con los testigos. Por otra parte, contrariamente a las ciencias positivas de la naturaleza, el objeto social y humano es *eminentemente histórico y transitorio.* No debe, pues, limitarse a la simple constatación de un hecho dado, positivo. Siempre deben estudiarse las *tendencias contradictorias de la evolución* que implican un mínimo de hipótesis sobre el tipo de desarrollo que se estudia. Dicho de otra manera, debe de tenerse una visión del mundo explicativa de lo posible. *La categoría de la «posibilidad objetiva» es una categoría central en las ciencias humanas.* No sólo se analizan los datos positivos, sino también un horizonte abierto a posibilidades más o menos indeterminadas. Es evidente que no se estudia dela misma forma una sociedad primitiva, de la que nos, encontramos relativamente desligados, que la propia sociedad industrial capitalista en la que estamos cotidianamente inmersos y cuyo porvenir es determinante también para la investigación prevista. Por consiguiente, el destino de esta sociedad nos interesa. Estas consideraciones nos llevan a pensar que no es la política una calamidad para la investigación científica objetiva, sino que lo son más bien, por una parte, la «politización» abusiva, y por otra, la inconsciencia sobre la política propia.

Es evidente que hemos escrito este trabajo partiendo de un punto de vista político en su sentido más amplio. No nos hemos situado en el punto de vista del positivismo reinante del orden establecido, que se contenta generalmente con hacer una apología del sistema, sobre todo tratándose del deporte, sino en el punto de vista de la *crítica* o de «la *utopía negativa*». La anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono, escribió Marx en una fórmula lapidaria. Esto significa, efectivamente, que el estadio superior indica la vía a los estadios inferiores y les da un significado. En el caso que nos ocupa es *el movimiento de con testación del deporte* quien le da su significación y permite que esbocemos hoy una interpretación científica de conjunto.

El deporte internacional, principalmente el olímpico, atraviesa una crisis ideológica grave, bien ilustrada por los trágicos acontecimientos de Munich en 1972. Podríamos decir que es esta crisis generalizada, esta «crisis de confianza», la que justifica la posibilidad de una investigación» critica del sistema deportivo. Como dice Hegel, el pájaro de Minerva inicia su vuelo a la calda de la noche, o bien, como precisa Marx, lo hace *post festum,* después de los acontecimientos, cuando el drama se ha consumado.

Asistimos hoy día, principalmente en Francia y en Alemania, a un amplio replanteamiento del sistema deportivo, de sus valores y, sobre todo, de su ideología. Varios síntomas lo atestiguan. Cuando faltaba poco para la celebración de los Juegos Olímpicos de Munich se crearon en Europa varios comités «anti-olímpicos», más bien simbólicos, que trataban de contestar la institución olímpica por medio de propaganda y agitaciones antideportivas. En Alemania, los responsables del partido conservador CDU-CSU llegaron a acusar a los

---

[1] *G.* LUKÁCS. *Historia y conciencia de clase,* Grijalbo, Barcelona, 1970; y L. GOLDMANN. *Sciences humaines et philosophie,* PUF, París, 1952.

militantes de estos comités anti-olímpicos de ser aliados objetivos del «Ejército rojo de la banda anarquista de Baader y U. Meinhof». Hubo también procesos por difamación, En Francia, el PCE denuncié formalmente a «los amigos de Krivine y de Geismar» que querían «hundir la gran fiesta internacional de la juventud de todo el mundo». El PCF escribía en *L'Humanité:* «Como expresión particular de un fenómeno general que afecta a todos los sectores sociales, económicos, culturales y políticos de la vida de nuestro país, *la crisis en la educación física y el deporte se hace más profunda*»[2]. *A*, por su parte. *Les Informations* decía: «¡Basta ya de deporte! En plenos Juegos Olímpicos, de pronto el deporte es contestado. Y no sólo por quienes le reprochan el haberse convertido en un vasto negocio. La crítica va más lejos: no contentos con atacar la utilización que puede hacerse con el deporte (...), los *gochistas* denuncian hoy los valores que han sido su fuerza: el espíritu de equipo, la voluntad de vencer, la disciplina en el entrenamiento, que no son —según ellos— más que el caldo de los valores de una sociedad capitalista. El deporte es como la familia, el progreso, el trabajo: uno de esos valores que creíamos seguros, aceptados por todos, políticamente neutros, por encima de los partidos. Y, de pronto, lo vemos entrar en el campo de tiro de la contestación... Para una parte de la juventud, y también para la opinión pública, la imagen del deporte se empieza insidiosamente a empañar»[3].

Efectivamente, esta imagen intangible que hacía suponer que el deporte se encontraba *au-dessus de la mêlée* ha sido sistemáticamente atacada desde hace algún tiempo. Un universitario, J. Paulhac, denunció enérgicamente «este espíritu de rendimiento inspirado por el modelo de los clubs privados»[4], es decir, el principio cardinal que estructura totalmente el sistema deportivo de competición. Y continuaba: «sin llegar al punto de asimilar, como lo hace Jean-Marie Brohm en la revista *Partisans* del mes de abril de 1966, el rendimiento deportivo con el rendimiento industrial, no puede dejar de llamarnos la atención el utilitarismo y la implacable selección que reinan en la mayoría de los clubs privados. Detectar los talentos entre los debutantes, conservar sólo a los más dotados, magnificarlos con un entrenamiento robotizado, utilizarlos para dar renombre al club, es la política habitual»[5]. La crítica es severa y señala nuestros propios reproches. Recientemente tuvo lugar un coloquio sobre el deporte y la educación física en la Casa de la Cultura de Amiens, y la mayoría de los participantes estuvieron de acuerdo en sus criticas contra la robotización deportiva de la juventud. He aquí cómo *Le Monde* comenté este coloquio: «si algunos han podido parecer iconoclastas, ha sido en razón de la distancia que existe entre los medios de investigación de que disponemos (...) y *el atraso del medio deportivo* (...). Las nociones más comúnmente admitidas podrán ponerse en tela de juicio, lo cual no dejará de chocar con las opiniones más sinceras»[6]. Un joven «gochista» llegó a decir ante una asamblea estupefacta: «Quisiera que no hubiese ningún futuro para el deporte de competición, el cual, por otra parte, desaparecerá con el tipo de sociedad al que está ligado»[7].

Pero lo más extraordinario en esta puesta en cuestión es la intervención crítica del secretario de Estado para la Juventud y los Deportes, señor Mazeaud, quien no dudó, durante el congreso celebrado para festejar el setenta y cinco aniversario de la creación de la Federación Deportiva y Cultural de Francia, en exponerlos reproches que se hacen al deporte, adjudicándoles, al parecer, una cierta importancia y credibilidad. «Asistimos —constata el señor Mazeaud— a un nuevo rechazo, en cierta forma intelectual, del deporte por los teóricos que denuncian en él una alienación del hombre»[8].

Estos agravios son de diversos órdenes:

a) El deporte haría del atleta un esclavo a causa del encadenamiento lógico de la competencia que impone la obligación de ganar por todos los medios; polarizado, el atleta es presa de una idea fija;
b) El que entra en el engranaje del sistema deportivo se encontrará forzosamente regimentado, y principalmente por el Estado que busca campeones representativos;

---

2 L 'Humanité. 21 enero 1972.
3 *Les Informations*, núm. 1.425, 4 septiembre 1972.
4 *Le Monde*, 23 junio 1973.
5 **Ibídem**.
6 *Le Monde*, 19 mayo 1973.
7 **Ibídem**.
8 Le Monde. 1 diciembre 1973.

c) Por otra parte, el deporte no seria más que un reflejo del capitalismo industrial. La publicidad hecha en torno al deporte y la masa de espectadores aficionados al mismo, serian la demostración más evidente. La búsqueda del rendimiento y la ambientación cada vez más artificial confirmarían esta tesis;
d) El deporte sería un medio de distracción, de diversión, en el sentido cabal de la palabra, que impediría a los adultos el llevar una vida de hombres.

Nos encontramos hoy, pues, en una situación de crisis ideológica de los valores deportivos, esta situación es eminentemente favorable a los interrogantes y al análisis. Ya se sabe que la sociología es hija de la gran crisis general producto de la Revolución francesa, y que en los momentos de crisis es cuando aparecen con mayor claridad las estructuras sociales veladas e inconscientes.

Estas observaciones, que no zanjan ciertamente la cuestión muestran, en todo caso, que *el deporte es política.* ¿No lo será porque está inserto en un sistema social dado: el modo de producción capitalista de Estado (o burocrático de Estado)? El deporte es un sector particular, especifico, de la política y, como tal, deudor de la sociología política. Dice el señor Duverger: «la iniciación a la sociología de la política no es separable de una iniciación sociológica general, porque la política no constituye un campo separado de la sociedad. La sociología de la familia, la sociología de la sexualidad, la sociología de la empresa, la sociología del trabajo, *la sociología del deporte,* etc., forman ramas particulares bastante fáciles de distinguir. Por el contrario, la sociología política es un aspecto de este tronco y de muchas de sus ramas. Todo, o casi todo, es parcialmente política, y nada, o casi nada, es totalmente política»[9].

Esto explica el que hayamos tenido que abordar toda una serie de problemas ligados a la realidad del deporte, aunque no formasen parte propiamente dicha de la sociología del deporte (estudio de las técnicas del cuerpo, estudio de los medios de comunicación masivos, de la ideología, de la mitología, de la empresa capitalista, del aparato de Estado, etc.).

Nuestro punto de vista político es sencillo. Nos situamos, en tanto que educadores especializados en el campo de la educación física y deportiva, junto a las luchas de emancipación realizadas por las fuerza obreras y progresistas contra las formas opresivas del sistema capitalista actual. No somos, desde ese punto de vista, una «freischwebende Intelligenz» (una inteligencia libre, sin compromiso), según la definición de K. Mannheim, que no tiene relación con la realidad social. «El punto de vista de Sirio» es incompatible, en nuestra opinión, con las ciencias humanas. Esto no significa que deba confundirse *objetividad* con *imparcialidad.* Se puede perfectamente describir objetivamente un fenómeno y luego tomar partido a su favor o en contra. Si bien el hombre de ciencia y el hombre de acción no deben de ser confundidos, no por eso dejarán de poder coexistir pacíficamente. Estamos seguros de que este punto de vista nos va a acarrear un buen número de criticas. En primer lugar, por parte de aquellos que se creen investidos de la misión de criticar el capitalismo; nos referimos a los miembros del PCF. *Para nosotros, el deporte «socialista» es estrictamente idéntico al deporte «capitalista».* Como trataremos de demostrar en este trabajo, *no hay más que un deporte,* el que muy precisamente conocemos actualmente. El PCF nos reprocha el no tener un *modelo de alternativo* para ofrecerlo como perspectiva. Para él, la cosa es sencilla: la URSS es el modelo de socialismo (a pesar de sus «desviaciones» estalinistas, por otra parte ya «rectificadas») y se trata de construir en Francia una sociedad emparentada con este modelo.

Hacemos nuestra la opinión de H. Lenk cuando escribe: «las sociedades llamadas capitalistas son sociedades competitivas y de rendimiento, *pero también lo son las sociedades socialistas existentes,* e incluso más. El deporte competitivo está considerado en los das casos como representativo de toda la sociedad. La tesis sobre el carácter ejemplar del deporte no puede limitarse únicamente a las sociedades capitalistas de competencia y de rendimiento»[10].

Las sociedades llamadas «socialistas» son sociedades capitalistas de Estado totalitarias. La superestructura política es básicamente la misma que la existente en las sociedades capitalistas. Difieren en el monolitismo

---

9 M. DUVERGER, Introduction à la politique, Gallimard, Paris 1964, p. 227.
10 E. LENK, en *Leistungssportt in der Errfolgsgesellschaft,* Hoffmann und Campe, Hamburgo, 973, p. 31,

del partido único. Pero fundamentalmente, lo repetimos, *el deporte es allí idéntico al que observamos en los países capitalistas.* Por esta razón nuestras conclusiones son válidas para los dos Sistemas.

El análisis del deporte necesitaba un juego de conceptos que permitiese pensar teóricamente. Como dice B. Jeu, «el deporte, en razón de su desarrollo, necesita una teoría general, aunque sólo sea para definir exhaustivamente sus conceptos esenciales»[11]. Hemos subsumido el sistema deportivo y todos sus fenómenos observables bajo el concepto de *proceso de producción deportiva* para significar, por un lado, que el sistema deportivo depende de un modo de producción económico dado (capitalista) y, por otro, que el propio sistema deportivo produce mercancías muy particulares: campeones, espectáculos, records y competencias. El deporte es también una *institución social original,* por lo que hemos utilizado abundantemente *el análisis institucional,* es decir, el análisis de las capas, estratos, niveles e instancias que lo determinan. Así hemos pasado revista a la casi totalidad de las realidades políticas, económicas, culturales, ideológicas, pedagógicas, simbólicas y mitológicas del deporte.

Pero, sobre todo, el deporte nos parece *la institución de la competencia física que refleja estrictamente la competencia económica e industrial.* Dice Jean Stoeztzel: «en nuestra cultura la competencia económica, por ejemplo, juega un papel considerable (...). Algunas instituciones (en el sentido de instituciones operativas) como la bolsa, los macados, se basan en la idea de competición; *la competición misma parece una institución reguladora, en el sentido de ser un esquema válido para numerosas conductas,* esquemas reconocidos y admitidos, yen ocasiones deseables que se erigen como normas. Se le reconoce —salvo alguna excepción— todos los rasgos que definen una institución: organizaciones de personas (aquellas que en política economía, educación, arte, son definidas socialmente como capaces de competir); sentimientos y actitudes; reglas de funcionamiento; un ritual (es decir, reglas de funcionamiento particularmente solemnes: entrega de diplomas, distribución de premios, etc.); sólo falta el equipamiento material que da caracterización plena a las instituciones en el sentido más estricto, tales como la familia, la religión, el Estado»[12].

Pero en el deporte esta infraestructura material también existe: estadios, piscinas, rings, arenas, etc.

Después de analizar las condiciones de su aparición, su funcionamiento y las estructuras de la institución deportiva, hemos estudiado, en su *abstracción,* el funcionamiento de las categorías del sistema. Sobre todo nos hemos detenido en el intento de una *definición dialéctica del deporte* con el fin de evitar ambigüedades semánticas sobre este término. G. Hébert ha analizado perfectamente la distinción existente entre deporte y ejercicios físicos, que tenemos la costumbre de catalogar bajo la misma denominación.

«Un cartero rural —escribe—, un guardia al efectuar su ronda, un hombre caminando y conservando siempre el mismo paso, etcétera; *están sencillamente andando.* Por el contrario, si un señor trata de disminuir el tiempo empleado en hacer un mismo recorrido o emula con un compañero, entonces *hace deporte:* un nadador que va y vuelve en una piscina por el solo placer de pasarlo bien, *simplemente practica la natación.* Otro nadador que mida la duración de sus recorridos, sus zambullidas, con idea de mejorarlas, o bien compite con un amigo en estos ejercicios, *hace deporte.* Un jinete que recorra un trayecto cualquiera con la sola idea de tomar el aire *practica la equitación.* Otro jinete que trata de franquear obstáculos cada vez más difíciles, o compite en velocidad con otros, *hace deporte»*[13].

Estos ejemplos concretos tienen el mérito de distinguir clara y pedagógicamente entre el deporte y una actividad física cualquiera. *Mi pues, nuestro análisis se refiere exclusivamente al deporte entendido corno institución de la competición física reglamentada.* Esta institución tiene diversas funciones y juega distintos papeles que hemos tratado de contrastar y analizar lo más fielmente posible. Hemos tratado de ser lo más completos posibles, pues autores que nos han precedido se han referido, generalmente, a sólo unos cuantos aspectos. Como dijo Hegel, «la Verdad es el todo», o, como dice G. Lukacs, «la totalidad concreta es la única portadora de la verdad científica».

---

11 B. JEU, *Le sport, la mort, la violence.* Ed. Universitaires, Paris, 1972, p. 18.
12 J. STOETZEL, *La psychologie sociale.* Flammarion, Paris 1963, pp. 30 y 31.
13 G. HEBERT, *Le sport contre I'éducation physique,* Librairie Vuibert, Paris 1946, *p.* 8.

En definitiva, nuestro análisis critico tiene consecuencias políticas que algunos no dejarán de calificar, en nombre de una visión conspirativa de la historia, de complot «gochista». Como escribe B. Jeu: «Existe también una interpretación sistemáticamente peyorativa del deporte. Un cierto "gochismo", que no ignora la recuperación financiera del fenómeno deportivo por la sociedad de consumo, ve en él, además, un maquiavelismo oscurantista. Denuncia una hábil maniobra de diversión ideológica. El deporte desfiguraría problemas reales de la política. A veces hasta se convertirla en ilustración majestuosa de un poder político»[14]

El mismo escritor critica igualmente las posiciones «gochistas» de otro autor con reconocido prestigio universitario: Michel Bouet. Dice B. Jeu: «El señor Bonet no ve, paradójicamente, *ostentación* más que en una reflexión crítica relacionada con el "gothismo": "Si este esfuerzo va dirigido de una manera crítica, descubrirá los aspectos alienantes del deporte y las contaminaciones ideológicas. Denunciará el deporte-consumismo, el deporte-escuela de rendimiento industrial, el deporte-opio de las masas, el deporte-fichaje, el deporte-prestigio político"»[15].

Como se ve, el espectro «gochista» asedia al mundo del deporte... Sin embargo, no es hacer «gochismo» el señalar algunos aspectos, bien claros, por cierto, que nunca han sido denunciados: el papel aplastante del dinero y del poder político, la ideología del diversionismo ejercida mediante las gacetillas deportivas, el fichaje de los jóvenes en los países totalitarios, etc. No es dar prueba de «subversión» teórica y política escribir como lo hace el señor Duverger en *Le Monde*, bajo él titulo de «Le fétichisme olympique», las siguientes palabras a propósito de la ideología olímpica: «Pedir a los hombres de un mundo tan dividido como el nuestro, y que no tienen ningún sistema de valores comunes, que se enfrenten en un estadio olvidando sus antagonismos políticos y sociales, es minimizar estos últimos. La intención es más bien dudosa a pesar de la sinceridad de su promotor (Coubertin). *Su naturaleza es profundamente conservadora.* Enmascarar las contradicciones y los conflictos de la sociedad ha sido siempre uno de los medios esenciales para mantener el orden establecido. En Occidente, el ideal olímpico es parte, hoy en día, de *una gigantesca empresa de despolitización* que utiliza el deporte, la moda, los artefactos, el automóvil, el ocio, las canciones amadas por el señor Arthur Contes, las gacetillas, etc., con el fin de desviar la atención de los problemas fundamentales. *Los países socialistas empiezan a interesarse en un objetivo análogo;* a pesar de su poderosa propaganda ideológica no están en contra de hacer olvidar a sus conciudadanos las dificultades de la producción, el aumento de la burocracia, la opresión de la policía. Haciendo del deporte un valor esencial, rodeándolo de una aureola casi mística, se favorecen empresas todavía peores»[16].

Después del golpe de Estado fascista de la Junta Militar chilena, la Unión Soviética debía enfrentarse al equipo nacional de Chile en el estadio de Santiago, que había sido utilizado hasta entonces por los torturadores fascistas como campo de concentración. La Federación Internacional de Fútbol, en nombre de una pretendida «neutralidad política» exigió que la Unión Soviética jugara el partido de vuelta en ese estadio, a menos de ser descalificada. La Unión Soviética se negó a ello respondiendo que no jugaría sobre terreno impregnado de sangre de militantes obreros chilenos. La Federación Internacional decidió entonces descalificada la Unión Soviética, respaldando así abiertamente a la Junta Militar golpista. Hermoso ejemplo de neutralidad y de apoliticismo... Comentando esta triste y sangrienta, actualidad deportiva, E. Seidler escribía en *L'Equipe:* «el deporte, decididamente, no sabe escapar a la invasión de la política, y es demasiado frecuente la confusión entre los juegos del estadio y los de la diplomacia. El único problema en determinar oportunamente si el deporte debe ser un fin en sí mismo o si debe ser utilizado como medio diplomático y político. Los responsables del deporte internacional no pueden en ningún caso escoger otro camino que no sea el de colocar la actividad deportiva por debajo y fuera de toda oposición de orden ideológico aunque se trate de un combate de retaguardia. Toda competencia internacional se vería irremediablemente bloqueada y el deporte mismo desacreditado, si hubiera fue admitir que un atleta o un equipo tiene derecho a rechazar a un adversario, designado normalmente por los reglamentos deportivos, bajo el pretexto de discriminación política, religiosa, racial o ideológica»[17].

---

[14] B. JEU, «La contre-societé sportive», en *Esprit,* núm. 10, octubre 1973. pp. 403-404.
[15] B. JEU. Le sport, la mort, la violence, op. cit., p. 190.
[16] *Le Monde, 17 y* 18 septiembre 1972.
[17] *L 'Equipe, 8* noviembre 1973.

Se ve así cómo E. Seidler, en nombre del apoliticismo deportivo, toma de hecho partido en favor de la Junta fascista chilena. La ideología olímpica es una ideología imperialista reaccionaria que justifica siempre la política rapaz de las superpotencias. En nombre del deporte au dessus de la mêlée se toma partido en reyertas mucho más violentas, en otro sentido, que las dé los campos de batalla. Munich se produjo precisamente en el momento en que el imperialismo norteamericano reducía a Vietnam «a la Edad de piedra», según la expresión de un general de la USA Strategic Force, y podría, desgraciadamente, alargarse la lista. A nadie se le puede hacer creer, en nombre del olimpismo eterno, que él «deporte internacional encuentra su mejor justificación en el hecho de que se levanta por encima de cualesquiera otras querellas y contribuye, a veces, a aplacarlas poniendo frente a frente no banderas ni sistemas, sino atletas unidos por una misma pasión deportiva y opuestos solamente por el juego»[18]. Esta hipocresía es la que está en trance de saltar en pedazos. Y esto explica el encarnizamiento de los ideólogos del depone por justificar el apoliticismo mentiroso del deporte de competición entre países.

Nuestra crítica del deporte abarca, por supuesto, al sistema social que lo produce. En este sentido, el señor Mazeaud tiene razón cuando escribe: «¿Por qué él deporte —cualesquiera que sean sus excesos o debilidades, que somos los primeros en reconocer y combatir— ha sido, en realidad, objeto de acusaciones? No nos engañemos: de hecho, esta acusación no es más qué un aspecto de *la crisis contemporánea de los valores,* un aspecto de *una profunda querella en la que se encuentra puesta en tela de juicio nuestra propia civilización»*[19]. En efecto, en nombre de una sociedad más humana, más justa y más bella, pensamos que es posible, hoy, *una educación física alternativa* orientada hacia el desarrollo integral del hombre y no hacia su especialización y robotización. Una nueva educación física que establecerá otras relaciones entre el individuo y su cuerpo, entre el individuo y la naturaleza y, sobretodo, entre unos individuos y otros. Será una *educación física integral.* Como ha apuntado Marx, la futura sociedad socialista será «la demostración práctica de la posibilidad de unir la enseñanza y la gimnasia con el trabajo manual, y viceversa: el trabajo manual con la enseñanza y la gimnasia». Será una «educación que unirá, en todos los niños por debajo de cierta edad, el trabajo productivo con la instrucción y la gimnasia, y no solamente como método de aumentar la producción social, sino como el único método de producir hombres plenos»[20].

---

18 Ibídem.

19 *Le Monde.* 1 diciembre 1973.

20 K. MARX, *El capital,* Libro 1, Fondo de Cultura Económica, México. 1946, *p.* 404.

4. DEFINICIÓN DEL DEPORTE

El deporte es un sistema institucionalizado de prácticas competitivas, con predominio del aspecto físico; delimitadas, reguladas, codificadas y reglamentadas convencionalmente, cuyo objetivo confesado es, sobre la base de una comparación de pruebas, de marcas, de demostraciones, de prestaciones físicas, designar al mejor concurrente (el campeón) o de registrar la mejor actuación (récord). El deporte es, pues, un sistema de competiciones físicas generalizadas, universales, abierto por principio a todos, que se extiende en el espacio (todas las naciones, todos los grupos sociales, todos los individuos pueden participar) o en el tiempo (comparación de los récords entre diversas generaciones sucesivas), y cuyo objetivo es el de medir y comparar las actuaciones del cuerpo humano concebido como potencia siempre perfectible. El deporte es, pues en definitiva, el sistema cultural que registra el progreso corporal humano objetivo, es *el positivismo institucionalizado del cuerpo,* el museo de las actuaciones, el archivo de los éxitos a través de la historia. Es la institución que la humanidad ha descubierto para tomar nota de su progresión física continua; el conservatorio del récord donde quedan registradas sus hazañas. La historia del deporte está concebida explícitamente como una mitología de la ininterrumpida ascensión hacia la superación: «citius, altius, fortius». Es ese espíritu nuevo, industrial, que refleja todas las categorías centrales del modo de producción capitalista y las subsume bajo el principio de rendimiento que íntegra al cuerpo humano en una fantástica carrera hacia el éxito. Esta conciencia deportiva es parte constitutiva del universo industrial contemporáneo.

De esta definición se desprenden todas la demás características del deporte moderno.

a) *Principio de rendimiento*

Vimos ya con Volpicelli que el deporte era la organización racional del rendimiento del cuerpo humano. En efecto, el deporte en-cama de manera ejemplar el principio de rendimiento y le da una existencia visible ante las amplias masas. En todo caso no podríamos hablar de deporte allí donde no existiera la búsqueda consciente y sistemática del rendimiento. Como subraya la *Carta del deporte alemán:* «El deporte y el juego (aquí falsamente acoplados) no son concebibles sin la voluntad de rendimiento, sin la competición y los campeonatos. Las grandes actuaciones proporcionan numerosas impulsiones; igualmente, la sociedad espera del deporte que lo realice (el rendimiento)»[1]. El teórico alemán del deporte Carl Diem estima también que «el rendimiento es la característica fundamental del deporte (...): la búsqueda de la marca, de otra marca todavía mayor, del récord»[2]. Como veremos más adelante, la categoría del rendimiento se ha convertido para los teóricos «socialistas» del Este en la categoría central de la educación física.

En todo caso, el deporte es esencial y primordialmente la búsqueda del rendimiento corporal. El concepto mismo de deporte de competición es una tautología en la medida en que la «perspectiva competitiva es inherente al deporte», como muy justamente afirma Bouet[3]. La distinción conceptual rigurosa entre deporte de alta prueba y deporte de masas es ideológica en la medida en que esconda la afinidad estructural de las dos esferas de actividad. Todo el deporte de competición está organizado institucionalmente para producir el mejor rendimiento. El solo y único criterio es el rendimiento a cualquier precio, cualesquiera que sean las consecuencias. Pero podemos ir todavía más allá y mostrar, como lo hace, por ejemplo, K. Adam, que el principio de rendimiento deportivo constituye el modelo de todo comportamiento orientado hacia el rendimiento. Por otra parte, en una sociedad regida exclusivamente por el rendimiento, todas las plazas en la escala social estarían determinadas por las comparaciones «democráticas» de los rendimientos respectivos. Generalmente, y esta tesis provisional permitirá guiamos en nuestra investigación, podemos decir que *el deporte es el modelo típico, ideal, de la sociedad industrial, cuyo eje es el rendimiento productivo y competitivo.* Esto no sólo explica la *fascinación* que ejerce el deporte y su impetuoso desarrollo paralelamente al desarrollo de la sociedad industrial, sino también el actual carácter determinante de los principios industriales capitalistas sobre la organización del deporte, cada vez más tecnócrata y burocrático, a fin de satisfacer las exigencias del rendimiento. Dicho de otra manera, la tesis central de este trabajo de investigación sociológica es que el deporte refleja fielmente el principio de rendimiento sobre el que está construida la sociedad industrial capitalista. Como dice con toda razón B. Rigauer, «los principios de la

---

1 Citado por B. RIGAUER, *op. cit.,* p. 66.
2 C. DIEM, *op. cit., p.* 13.
3 M. BOUET, *op. cit.,* p. 48.

sociedad mercantil capitalista (producción e intercambio de mercancías, competencia, rivalidad, racionalidad, utilidad y también prueba) determinan estructuralmente al deporte. Estos principios se integran en una relación funcional allí donde el rendimiento representa un factor de integración. El rendimiento representa primariamente en el deporte de élite una actuación medible (equivalente), es decir, una fuerza de trabajo especifico en tanto que relación de intercambio abstracto; en otras palabras, una forma de mercancía en sí misma»[4].

Tendremos ocasión de volver sobre la *homología estructural* que existe entre el principio competitivo y el intercambio mercantil-monetario en el modo de producción capitalista. Por el momento nos basta con señalar esta ligazón consustancial entre el modo de producción capitalista, el principio de rendimiento y el deporte de competición, ligazón que excluye, evidentemente, cualquier posibilidad de definir el deporte como una especie de juego libre y espontáneo. A. Wóhl ha señalado pertinentemente que «en la búsqueda, característica del deporte moderno, de una alta capacidad de actuación, de los récords y de un desarrollo polivalente de las capacidades de actuación, se refleja, sin más, el desarrollo de la técnica moderna en la industria y sus exigencias»[5].

Se ve ya con claridad que el deporte no es una síntesis fenomenológica de los temas vividos, como lo quisiera Bouet, por ejemplo, sino una refracción social miniaturizada de las relaciones sociales[6], lo que permite pasar de un análisis «hylético» (fenomenológico) a un análisis sociológico objetivo, actitud que mantendremos a lo largo de nuestro trabajo.

b) ***Sistema de jerarquización***

La idea deportiva descansa esencialmente sobre la idea de una consagrada jerarquía física. Cualquier institución deportiva está fuertemente jerarquizada a todos los niveles. Coubertin definía de manera muy clásica al deporte como una «aristocracia», una «élite» y, claro está, una aristocracia con el mismo origen social. Esta élite tiene, según él, una función pedagógica de ejemplo moral. Los campeones son *modelos* que arrastran al conjunto del sistema, algo así como si fuesen una locomotora. Es conocida la célebre máxima de Coubertin: «Para que cien puedan practicar la cultura física es necesario que cincuenta se dediquen al deporte. Para que cincuenta se dediquen al deporte es necesario que veinte se especialicen (en la competición). Para que veinte se especialicen es necesario que cinco sean capaces de actuaciones asombrosas.» Resumiendo, Coubertin establecía en ese momento la teoría ideológica clásica de la *pirámide deportiva,* sobre la cual tendremos ocasión de volver más adelante, puesto que es una de las representaciones populares más arraigadas.

El primer tipo de jerarquía, lo constituye la jerarquía de las disciplinas. Todos los deportes no son igualmente apreciados. Existen las disciplinas reinas: atletismo y natación, y los deportes secundarios. Esta estratificación jerárquica de los deportes es implícitamente sentida por los propios atletas. Como dice Lenk, «inconscientemente los atletas evalúan sus propias disciplinas deportivas, relacionando las unas con las otras»[7]. El decatloniano, por ejemplo, recibe el título de «rey de los atletas», mientras que el jugador de golf disputa el título de «señor mayor». Esta jerarquización reproduce, claro está, y con exactitud, la jerarquía profesional en la que los oficios son evaluados unos con respecto a otros. Así, el obrero en cadena ocupa una posición social real y simbólica netamente menos envidiable que la de un profesor universitario. Esta profunda desigualdad social de los oficios ha producido la ideología bien conocida, pero falsa, según la cual «no existen oficios tontos» (para los demás, claro). Esta clasificación social jerarquizada tiene como efecto que los individuos, como dice Parsons, sean integrados en un sistema social dado y que entren en relaciones de superioridad o de subordinación (con respecto a su rango). Toda la institución deportiva, su coherencia, su funcionamiento y su ideología se basan en la jerarquización de las pruebas y de las capacidades, y en su justificación. Es necesario insistir sobre este aspecto de las cosas, puesto que la mayoría dé los sociólogos lo

---

4 B. RIGAUER, *op. cit.,* p. 67.

5 Citado por B. RIGAUER, *Op. Cit.,* p. 21.

6 «Evidentemente, el deporte se presenta como un *espejo* —fiel o deformante— de nuestras sociedades contemporáneas» (J. GRITTI, *Sport a la une,* A. Colin, Paris, 1975, p. 6).

7 H. LENK, *Werte, Ziele Wirklichkeit der modernen olympischen Spiele,* Verlag Karl Hofmann, Schorndorf bei Stuttgart, 1964, p. 84.

han olvidado o disimulado. El deporte no es, contrariamente a la opinión común y corriente, un sistema democrático, sino un sistema autocrático, tecnocrático.

El *bloque deportivo* se presenta, pues, como un *inmenso aparato jerarquizado*, en el que, según el ideal tecnocrático, toda cosa y todo individuo están en su justo lugar. Es evidente que un bloque semejante se corresponde perfectamente con una sociedad burocrática y jerarquizada, muy estratificada en clases, capas y castas.

Otro tipo de jerarquía que tiene consecuencias políticas importantes es la que existe entre las naciones deportivas. En el mercado de la competición deportiva internacional, las naciones se ordenan jerárquicamente según el número de medallas ganadas. Los comentaristas deportivos se ocupan de establecer una clasificación «ponderada» a partir del número de medallas de oro, de plata y de bronce ganadas; del número de participantes y del número total de habitantes. La RDA resulta así la nación más deportiva del mundo. La comparación que se produce entonces en la escena internacional es la de *las tasas de rendimiento de los modos de producción deportivos.* Una nación que «produce» anualmente un centenar de deportistas cualificados es una buena nación deportiva con una buena infraestructura de producción.

Para resumir, se puede decir que el deporte es la poesía corporal de la jerarquía. El deportista se clasifica inmediatamente por su valor intrínseco y queda situado en la escala de los valores deportivos. El deporte consagra, ante todo, la jerarquía de los valores sobre la base de la objetividad visible y medida. Como dice J. P. Bastardy, «en el deporte (...), las jerarquías son precisas, rigurosas, evidentes, dando satisfacción al espíritu en su deseo de orden (...). Un universo en el que Bobet es el más grande ciclista del mundo, en el que Zatopek es el más grande corredor (...), es un universo ordenado»[8].

El deporte es, ante todo, la consagración objetiva del valor sobre la base de la competición. Es el mejor quien gana. Como dice de nuevo Bastardy, «el mejor, convertido en héroe, introduce en el mundo el orden de la lógica»: la lógica del mérito sancionada por la competición. También el deportista joven que se consagra al deporte de competición puede esperar subir todos los escalones de la jerarquía deportiva hasta formar parte de esa aristocracia aureolada por el prestigio que es el grupo restringido de los campeones.

El deporte reproduce, pues, desde el punto de vista de la organización, y sobre el plano de las superestructuras ideológicas, el modelo burocrático de la sociedad capitalista de Estado (o burocrático de Estado en los países del Este, especialmente en su versión totalitaria estalinista o neo-estalinista-maoísta). Parafraseando a Hegel y a Marx, podría decirse irónicamente que el sistema deportivo es la corporación burocrática de la jerarquía de los cuerpos entrenados. Mediante el deporte, el cuerpo humano se convierte en *un cuerpo burocrático, un cuerpo jerarquizado.* No es casual, en modo alguno, que se hable de «espíritu de cuerpo» a propósito de la burocracia. En el deporte se trata del cuerpo del espíritu jerárquico. Como en el universo platónico de las Ideas eternas, el deporte encarna una jerarquía de esencias: lo Bello, el Bien, lo Bueno, se relacionan unos y otros en un espacio ordenado al que se puede acceder gradualmente mediante una especie de ascesis espiritual.

Pero esta ideología soporta y condiciona otra igualmente virulenta y profundamente anclada en el sistema de los aparatos ideológicos del Estado: se trata de la *jerarquía paralela*, de la *jerarquía-evasión*, que tanto peso e importancia da a todos los concursos atrapa incautos que tienen por objeto permitir a los individuos tentar sus oportunidades. Esta es también la razón, según R. Caillois, del éxito obtenido por los juegos de azar y de dinero que llenan las arcas del Estado tanto en el Oeste como en el Este. Pero la jerarquía deportiva es, más profundamente, una jerarquía de *compensación* de la jerarquía social estable, rígida y osificada. Mientras que la jerarquía deportiva es ágil, abierta y fluida, puesto que descansa sobre el mérito y los esfuerzos personales, la jerarquía social, que es esencialmente una jerarquía de clase, es bastante fija, a veces incluso inamovible. La jerarquía contribuye a reproducirse en función de sus estructuras esenciales. Lo mismo ocurre con las jerarquías sociales (reproducción social de las relaciones de producción, de distribución y de cambio). Este aspecto de la situación ha sido bien observado por Caillois cuando escribe que «por sus principios y, cada vez

---

[8] J. P. BASTARDY, *Education du corp*. Ed. Fleurus, Paris, 1964, p. 23.

más, por sus instituciones, las sociedades modernas tienden a extender el campo de la competición ya reglamentada, es decir, del mérito, a expensas del nacimiento y de la herencia, es decir, del azar»[9].

La reproducción social presupone la aceptación de las reglas del juego de la clasificación «democrática» jerárquica. Todo el mundo debe tener a la salida las mismas oportunidades de éxito que a la llegada (ideología, por ejemplo, de la democratización de la enseñanza). Lenk subraya: «Los rangos aceptados voluntariamente a partir de los resultados de la competición sólo son posibles cuando todos los concurrentes se someten a las mismas reglas de clasificación, y esto sólo es posible cuando todos los concurrentes persiguen los mismos valores (del sistema)»[10].

La reproducción social de las relaciones de jerarquía en el sistema obedece a las mismas leyes estructurales que gobiernan el conjunto de los aparatos ideológicos del Estado en el modo de producción capitalista. Así lo han demostrado excelentemente Bourdieu y Passeron en su libro consagrado a *La reproduction.* La jerarquía se reproduce a sí misma espontáneamente, nada más que por el juego inmanente de la selección y de la distribución de oportunidades sociales desiguales. El sistema escolar, por ejemplo, aparato ideológico número uno en el modo de producción capitalista o en el modo burocrático de Estado, reproduce a gran escala, como cualquier otro aparato ideológico de Estado, toda la pirámide social jerarquizada de clase. Bourdieu y Passeron, en su análisis de la institución escolar en tanto que sistema de mantenimiento del orden político, social y cultural, indican, siguiendo a Max Weber, «que un sistema de exámenes jerarquizados que consagran una cualificación específica y dan acceso a carreras especializadas, no ha aparecido en la Europa moderna más que con el desarrollo de las organizaciones, burocráticas que pretenden hacer corresponder unos individuos jerarquizados e intercambiables con la jerarquía de los puestos ofrecidos; si bien es cierto, por último, que un sistema de exámenes que asegura a todos la igualdad formal ante pruebas idénticas (del que el «concurso nacional» representa la forma pura) y que garantiza a los sujetos dotados de títulos idénticos la igualdad de oportunidad de acceso a la profesión, satisface el ideal pequeño burgués de la equidad formal, parece, no obstante, que está instituido para no percibir sino una manifestación particular de una tendencia general de las sociedades modernas hacia la multiplicación de los exámenes, la extensión de su alcance social y el acrecentamiento de su peso funcional en el seno del sistema de enseñanza[11].

Y más adelante, de manera más precisa todavía en cuanto al papel político-social de la reproducción ampliada de la jerarquía social de clases, afirman: «el culto, puramente escolar en apariencia, de la jerarquía, contribuye siempre a la defensa y a la legitimación de las jerarquías sociales en la medida en que las jerarquías escolares, ya se trate de la jerarquía de los grados y títulos o de la jerarquía de los establecimientos y de las disciplinas, deben siempre algo a la jerarquías sociales que tienden a reproducir (en el doble sentido del término). Es preciso, pues, preguntarse, si la libertad que se concede al sistema de enseñanza de hacer prevalecer sus propias exigencias y sus propias jerarquías en detrimento, por ejemplo, de las demandas más patentes del sistema económico, no será la contrapartida de los servicios ocultos que rinde a ciertas clases disimulando la selección social bajo las apariencias de la selección técnica y *legitimando la reproducción de las jerarquías sociales mediante la trasmutación de las jerarquías escolares en jerarquías sociales»*[12].

En lo que concierne al deporte se puede ya subrayar una función social esencial generalmente ocultada: *la del desdoblamiento ideológico de la jerarquía social de clases mediante un sistema de jerarquía paralela,* que permite a sus protagonistas una esperanza de promoción social (por ejemplo, el fútbol profesional, el ciclismo o el boxeo para las clases populares). Este sistema de espejismos ha resultado en todo caso muy eficaz en los países subdesarrollados en los que ofrece a ciertos jóvenes dotados una esperanza de éxito social. Esta función social es la que constata muy lúcidamente la doctrina de los deportes de De Gaulle: «el deporte es frecuentemente el aglutinante de un grupo, de una estructura particularmente coherente, que rechaza las barreras y las diferencias sociales y descansa sobre la igualdad de todos (...). Satisface el deseo de participación social y *favorece la aparición, junto a las jerarquías conocidas y sufridas por la mayoría, de*

---

9 R. CAILLOIS, *Les jeux et les hommes,* Gallimard, Paris, 1958, p. 221. Ver también la definición que da este autor: «La competición reglamentada no es otra cosa que el deporte» (Ibídem, p. 155). «Para el agon, esta forma socializada es esencialmente el deporte» (Ibídem, p. 99)

10 H. LENK, *op. Cit.,* p. 85.

11 P. BOURDIEU *y* J. C. PASSERON, *La reproduction,* Editions de Minuit, Paris, 1970, p. 186.

12 *Ibídem*

una jerarquía paralela que ignora a la primera y garantiza a algunos las oportunidades de una autorrealización que la sociedad moderna les rehúsa»[13].

Dicho de otro modo, el deporte es una *válvula de escape* que permite a algunos compensar su desigualdad social mediante una esperanza de promoción social (subir los escalones de la sociedad). Esta función ideológica es hasta tal punto poderoso que permite a menudo enmascarar las profundas desigualdades sociales, de clase, que limitan las posibilidades culturales de las clases dominadas y explotadas. Como dice la *Doctrine des sports:* «permitiéndoles como jugadores o como directivos llamar la atención mediante su actividad deportiva, ocultando sus inferioridades a menudo muy marcadas en otros campos (sic), les da una posibilidad de éxito, una posibilidad de victoria».

Les ofrece una ocasión para ejercer responsabilidades; en una palabra: la oportunidad de ser más libres»[14].

c) *Principio de la organización burocrática*

La actividad deportiva, al institucionalizarse progresivamente, se convierte cada vez más en un elemento de organización dentro de otras organizaciones. El deporte es ya un ejemplo típico de organización; es la expresión característica de una organización que encuentra en sí misma su propio fin en una secuencia infinita.

Se encuentran en el deporte todas las características del sistema burocrático que analizó en su tiempo de manera magistral Max Weber. El sistema deportivo representa, usando la terminología webenana, *«un sistema burocrático en estado puro»*. Veamos:

1) La burocracia deportiva es esencialmente una organización racional de trabajo de un gran número de personas concurrentes todas a la producción del espectáculo y de las manifestaciones deportivas (organizadores, directivos —honoríficos o retribuidos—, administradores de federaciones y de clubs, etc.);
2) La burocracia es siempre una yuxtaposición jerárquica de jurisdicciones, de responsabilidades, de manera que cada uno es responsable de su tarea ante un superior inmediato que a su vez es responsable ante otro superior, y así hasta el escalón supremo. Esta forma de organización refleja bastante fielmente la organización aristocrática y militar en la que todos los rangos son estrictamente fijados y delimitados;
3) Se requieren reglas detalladas para precisar las tareas de cada uno, la manera en que deben actuar, la jurisdicción de sus funciones, el superior de que dependen, etc.;
4) El burócrata es remunerado mediante un trato (emolumentos) establecido a partir de normas que tienen en cuenta su antigüedad, sus servicios, sus méritos, su competencia, etc.;
5) El ingreso en la burocracia y la promoción de un nivel a otro se hacen a partir de criterios objetivos y definidos que permiten juzgar la competencia de un candidato para ocupar cada uno de los puestos (concurso y cooptación);
6) El burócrata no es propietario de su puesto ni tampoco de sus instrumentos de trabajo (revocabilidad según ciertas garantías estatutarias).

Este sistema burocrático conlleva distintas instancias y estratos:

a) *La primera concierne a la infraestructura organizativa* necesaria para la propia constitución del sistema institucional propiamente dicho: federaciones, clubs, secciones regionales, etc. Este tejido institucional constituye la indispensable columna vertebral. La constitución del sistema deportivo es la edificación histórica progresiva de esa compleja red administrativa con sus reglamentos, su jurisprudencia, sus leyes, sus funcionarios (relaciones públicas, etc.). Como constata Walter Tröger, «el deporte tiene sus propias leyes y éstas influyen sobre sus formas de organización. Sin embargo, el deporte recurre a principios adoptados hace ya mucho tiempo por otros agrupamientos sociales, llevándolos hasta el desarrollo de principios de administración

---

[13] *Essai de doctrine du sport,* Haut Comité des Sports, Paris, 1965, p. 20.
[14] *Ibídem*

burocrática. La actual administración deportiva está compuesta por archivos, registros, cuentas, balances, reglamentos administrativos. Así como el ciudadano administrado no comprende las reglas que le gobiernan, así el deportista administrado no capta la necesidad de un proceso que no tiene relación directa con su práctica»[15]. Esta infraestructura organizativa es necesaria para la propia práctica del deporte; su ausencia (patente en Francia) engendra considerables disminuciones de rendimiento en el proceso de producción deportiva (disfunciones, etc.).

b) *La segunda instancia de este sistema organizativo se refiere a todo lo que toca a la infraestructura técnica de la gestión y a la animación del proceso deportivo propiamente dicho,* es decir, al desarrollo de la competición misma. Constituye el soporte material de la competición con todo el material de registro deportivo (instrumentos de medición, de homologación), el material humano (jueces, etc.) y, en fin, y sobre todo, los diversos implementos deportivos. El desarrollo de todo este respaldo material muestra *hasta qué punto el deporte es tributario del desarrollo de las fuerzas productivas.* Es difícil imaginar, por ejemplo, el desarrollo de los juegos olímpicos de Munich sin la electrónica y sin la colosal infraestructura técnica alemana. Se puede ya prever que el desarrollo del deporte dependerá cada vez más del desarrollo de ese pivote material, técnico, sin el cual las competiciones (en tanto que experimentaciones extremadamente complejas) no tendrían sentido alguno. Se puede también prever que el desarrollo de los récords estará cada vez más ligado a la fantástica carrera técnica de la organización material. El propio deportista se convierte en un simple engranaje de esta vasta organización mantenida con los métodos del «managering».

c) *Infraestructura institucional, jurídica.* Este aparato abarca todo el complejo sistema del censo de deportistas (listas y tarjetas de las federaciones con sus reglamentos), principios de clasificación de los atletas (promoción, registro de campeones y de récords, tablas estadísticas de récords, etc.) y, sobre todo, la red simbólica de la jerarquía consagrada por los medios masivos de comunicación (la famosa «vox populi», que juega un gran papel en la clasificación y evaluación popular de los deportistas). Esta infraestructura simbólica es esencial. Es la que establece toda una red de equivalencias entre los valores y las actuaciones. *El sistema deportivo es,* desde este punto de vista, *un sistema de relaciones simbólicas* ordenadas, que sitúan de manera jerarquizada los átomos deportivos (rangos, estatutos, etc.). El sistema de competición es el que da coherencia a todo este tejido simbólico (sistema de equivalencias entre actuaciones deportivas).

d) *Este aparato burocratizado tiende cada vez más a hacerse autónomo y a desarrollarse como una excrecencia monstruosa.* Buscando su propia racionalización, su perfeccionamiento y su ampliación, este aparato contribuye ciertamente a desarrollar el deporte, pero sobre todo a afirmar sus propios objetivos y a imponer su lógica autónoma. *El desarrollo del deporte es, desde este punto de vista, el auto-desarrollo de la organización del deporte,* hasta el punto de que hoy en día no se puede en lo absoluto hablar de deporte donde falte una organización deportiva (federaciones, clubs, etc.). Este aspecto de la cuestión ha sido muy bien observado por W. Tniger: «con el crecimiento organizativo de quienes practican el deporte disminuye la posibilidad de una actividad libre, no organizada... A medida que la era industrial abarque, más y más, la existencia de todos los hombres (productores), mayor será la aspiración del sistema hacia el cumplimiento de altos récords, más tiempo y energía disponible exigirá de los deportistas, y serán cada vez menos quienes estén en condiciones de ocuparse de la organización de su propia práctica deportiva. Nace así, por consecuencia, un cuerpo de "oficiales" y, en el curso de su ulterior desarrollo, un *aparato* que da además al deporte un peso económico importante»[16].

El aspecto más notable, por consiguiente, del deporte contemporáneo es la *centralización* cada vez más avanzada en su funcionamiento y la reglamentación cada vez más precisa de sus actividades. El deporte se ha convertido en una administración muy pesada, en un sistema burocrático muy complejo y perfeccionado; se ha convertido, según la expresión de H. Marcuse, «en una nueva forma de control». Bajo esta forma, el deporte no hace sino seguir la tendencia general de las superestructuras y, más generalmente, de los medios masivos de comunicación, que se impregnan cada vez más de las necesidades de la organización y de la racionalidad administrativa, tecnológica, de los múltiples controles del tiempo libre de los individuos.

---

[15] W. TROGER, «Die Organisation des deutchen Sports», en Das grosse SpieI, Aspekte des Sports in unserer Seit, op. cít., pp. 45-46.

[16] W. TROGER, *Op. Cit.,* p. 47

«La gran palabra de las técnicas del hombre —dice J. Ellul— es la adaptación»[17]. Todo tiende hacia la cohesión totalitaria y hacia la estabilidad del sistema, y el deporte cumple desde este punto de vista una excelente función como mantenedor del orden establecido. El deporte es la *positividad social en acto.* Nada resulta negativo, todo tiende hacia el bien que es la consolidación del sistema social vigente. Ya no existen casi actividades privadas o públicas (incluso las relaciones sexuales «íntimas» están enteramente socializadas) que no estén institucionalizadas, es decir, sometidas a la administración tecnológica racional. El deporte en particular, como lo veremos con mayor amplitud más adelante, participa integralmente de este proceso de organización, es decir, según la expresión de J. Ellul, «de esa determinación general que quiere que el hombre sea determinado como objeto por el conjunto de las técnicas que persiguen una eficacia»[18]. Esas técnicas de control son ya conocidas y no insistiremos más en ellas. Es en el reglamento deportivo en el que querríamos mostrar los rasgos típicos de esas técnicas de control burocrático.

Si se examina la historia del deporte se nota en seguida un vasto esfuerzo progresivo de organización, de *reglamentación,* de institucionalización, que ha desembocado en el momento actual en una vasta organización mundial de complejos engranajes. Es este rasgo, entre otros, el que diferencia profundamente el deporte actual del antiguo. En nuestros días, el deporte se ha convertido en la obsesión de un reglamento que está determinado con una precisión inaudita. Como actividad que se desarrolla en «condiciones estrictamente previstas por un reglamento» (Seurin), el deporte se ha convertido en un sistema de autorregulación fundamentado en tres grandes principios de funcionamiento:

1) La regulación de las condiciones mismas de la competición (reglas del juego, precisiones reglamentarias, convenciones diversas, etc.);
2) El registro más fiel posible de los resultados: mediciones, homologaciones, etc.;
3) La administración de la organización deportiva: estatutos, reglamentos interiores, etc.

No es exagerado decir que la evolución de la reglamentación deportiva refleja la evolución misma de la alta competición. Se pueden seguir fácilmente las tendencias dominantes. La competición, al exigir una estricta reglamentación y la intensificación creciente de la competencia deportiva, entraña necesariamente también una reglamentación cada vez más avanzada de la actividad deportiva. Podemos dar aquí el ejemplo del salto alto que conmovió a la crónica especializada hace algunos años. El saltador de altura soviético Stepanov tuvo la idea de utilizar gruesas suelas de hule-espuma para la zapatilla del pie de apoyo, lo que provocó, probablemente, un incremento en su marca, pero también vivas reacciones de los árbitros, especialmente de los norteamericanos. Al cabo de un cierto tiempo el reglamento fue modificado: el grosor reglamentario de la suela fue limitado... Y podríamos así multiplicar los ejemplos hasta el infinito.

En todo caso, la reglamentación deportiva consagra cada vez más la seriedad del deporte, su aspecto cada vez más institucionalizado y su relación cada vez más estrecha con el proceso de producción, *se advierte aquí una analogía estructural profunda con la evolución general del derecho.* El derecho se complica, se diversifica cada vez más, puesto que la actividad social del hombre se hace más y más compleja. Las relaciones entre los hombres son hasta tal punto embrolladas y múltiples que se hace ya necesario un derecho que prevea a priori todos los casos posibles de litigio, de fricción, de conflicto. Desde este ángulo, el derecho es la generalidad de lo particular. En una sociedad estática, el derecho es relativamente inmutable, tradicional. En una sociedad capitalista industrial en que la característica esencial es el dinamismo, el derecho mismo evoluciona rápidamente. Sucede lo mismo con el deporte. La reglamentación creciente del deporte está ligada a su dinamismo progresivamente acelerado. Aquí también se hace necesario un *cálculo a priori* de los casos de litigio posibles. La reglamentación es una anticipación de todos los casos posibles e incluso de los casos imposibles. Todo tiende a ser previsto; y aquí reside el parentesco con el derecho en tanto que código abstracto «de los casos posibles e imaginables»[19]. En todo caso, la reglamentación se hace cada vez más meticulosa, compleja y burocrática. Nada se deja ya al azar, a la iniciativa o a la improvisación. Todo queda codificado y organizado, incluidas las sanciones. La organización de las grandes competiciones exige una infraestructura considerable y la puesta en práctica de una extensa centralización. Con el desarrollo y la intensificación de la competición, la reglamentación deportiva se convierte en una superadministración, un

---

17 J. ELLUL. *op. cit.. p.* 325.
18 Ibídem, p. 322.
19 G. LUKÁCS., *Histoire et conscience de classe,* Ed. Minuit, Paris, 1960, p. 125.

aparato institucional considerable que está enteramente penetrado de una especie de *axiomática jurídica y formalista.* El sistema deportivo es esencialmente un universo de reglas y de leyes. En el deporte, las reglas, las leyes, las codificaciones son condiciones rigurosamente necesarias (y ello no sólo es cierto en los deportes colectivos). Los deportes de combate definen también las leyes de los golpes permitidos, de la duración de los asaltos, el sistema de arbitraje; los deportes atléticos tienen también un conjunto de reglas relativas a las condiciones de desarrollo de las competiciones (puesto, carril, implementos y áreas de lanzamiento, etc.), y de las pruebas mismas (encuentros, series, mediciones), del personal encargado de organizarlas y de controlarlas (jueces de pista, cronometristas, geómetras oficiales). Los deportes relacionados con la naturaleza tienen también sus leyes no escritas: la pendiente de descenso, el hielo, la niebla y las condiciones de la nieve forman parte, por ejemplo, de esas reglas en el alpinismo. Concluye Bouet: «el deporte tematizado esencialmente por la investigación de las pruebas y el sentido de la competición, presupone necesariamente unas coordenadas precisas y obligatorias del espacio, del tiempo, de la materia, de la participación, del control. Reglas propiamente dichas que enuncien los principios constitutivos de un deporte, reglamentos que presidan su organización y su administración y hasta la técnica que aparece a la luz de esta radical codificación extensiva a los propios deportes en su ser y en su espíritu. Y lo que llama la atención, una vez sobrepasado el estadio de los juegos populares y locales, es el carácter de universalidad de las reglas deportivas: ¿qué otra legislación agrupa así las fronteras y los océanos?»[20].

La tecnología deportiva sirve actualmente para instituir nuevas formas sociales de control, más eficaces, menos visibles, que aseguren la cohesión social. La doctrina de los deportes «confiesa», sencillamente, esta función social fundamental en la sociedad capitalista: «el deporte, *por la disciplina que impone,* descubre la necesidad de la regla, los beneficios del esfuerzo gratuito y organizado. Por la vida en equipo que implica muchas veces, *respeta la jerarquía lealmente establecida,* el sentido de la igualdad, el de la solidaridad y la interdependencia. Incuestionablemente es un excelente aprendizaje de las relaciones humanas, una importante escuela de sociabilidad»[21].

Se repite con frecuencia que el deporte es un aprendizaje de la vida en sociedad. En este sentido es cierto que permite el aprendizaje de la regla, de la norma, de los valores morales, de la objetividad, de la racionalidad, pero también de la jerarquía y de la administración.

A través del deporte, como en el trabajo industrial de la fábrica, *el cuerpo se convierte en una cosa, un objeto «reificado»,* cuyo funcionamiento está planificado y reglamentado en un marco coherente. «El deporte —dijo precisamente J. Ellul— es un *factor de masificación,* al mismo tiempo que *de disciplina,* y con este doble título *coincide con una civilización totalitaria y técnica.* En todas sus formas, el deporte es un nuevo campo del espíritu técnico; sus mecanismos entran en la vida privada del hombre y transforman su cuerpo y su movimiento en función de la técnica (...). En el deporte, como en otras partes, nada es gratuito: tiene que servir, y esto se mide. *El deporte es así la continuidad exacta del trabajo mecanizado:* asegura el relevo del hombre cuando éste deja su trabajo, de tal manera que en ningún momento el hombre es independiente de las técnicas. El hombre reencuentra en el deporte el mismo espíritu, los mismos objetivos, todas las leyes y costumbres de la técnica que apenas ha dejado al salir de la fábrica o de la oficina»[22].

Por consiguiente, tanto en un caso como en otro, el cuerpo se transforma en un objeto de productividad y de rendimiento máximo.

d) ***Principio de publicidad y de transparencia.***

Este principio es una de las características más típicas del deporte moderno. El deporte es ante todo un sistema de publicidad de determinadas hazañas que busca educar a las masas en torno a las actuaciones triunfadoras de la humanidad. Tal es la *función pedagógica* esencial del deporte. Este es inconcebible sin todo el aparato decorativo, la puesta en escena y la presentación pública de récords y actuaciones. Contrariamente, por ejemplo, a la ciencia o incluso al arte, que pueden desarrollarse en un circulo restringido de iniciados, *el deporte exige una masa de espectadores.* La actividad deportiva no tiene ningún sentido si es

---

[20] M. BOUET, *Op. cit.*, p. 340.
[21] Essai de doctrine du sport, op. cit., p. 24.
[22] J. ELLUL. *op. cit.. pp.* 347 *y* 349.

ignorada del gran público. Tal es la fenomenología esencial del espectáculo deportivo y su dinamismo: exhibir ampliamente las hazañas: «panem et circenses». Una marca que no ha sido registrada, simplemente no existe. De aquí el aspecto de puesta en escena teatral de las manifestaciones deportivas: se exhiben. El escenario deportivo es un escenario de expectación público. Ese carácter ostentoso, demostrativo, casi didáctico, es el que explica el ceremonial deportivo mediante el cual siempre se trata de demostrar algo. Se busca así la lisibilidad visual total. Es por esto por lo que se instala todo un complejo aparato audiovisual: tableros electrónicos, ordenadores, televisión, lectores audiovisuales, magnetoscopios, etc., que permiten registrar enteramente y en detalle la actividad deportiva hasta tal punto que la televisión es inseparable de las manifestaciones deportivas (y también la prensa, que redobla y comenta inmediatamente). El sistema deportivo es hoy, ante todo, un vasto complejo audiovisual en el que se exhiben los deportistas. Por consiguiente, en el deporte reina incontestablemente el *principio de lo espectacular* que refleja perfectamente esta «sociedad del espectáculo» de la que hablaron ya los situacionistas: l a exhibición de la mercancía, la puesta en escena del espectáculo social, etc.

5. ALGUNOS ASPECTOS METODOLÓGICOS

Nuestro análisis (y nuestra definición) del deporte no es, al menos así lo esperamos, normativa y axiológica, sino dialéctica y explicativa. Nuestro propósito ha sido mostrar, a partir de la crítica de otras definiciones insuficientes o francamente ideológicas, cómo el sistema deportivo condensa de manera específica el conjunto de relaciones sociales objetivas de la sociedad capitalista. Nuestra explicación es, pues, una explicación del deporte como «hecho social total», según la célebre definición de M. Mauss. Esta explicación debe permitirnos comprender el prodigioso dinamismo del deporte y su especificidad de desarrollo.

Puede decirse que el sistema deportivo es una institución total, incluso totalitaria (en el sentido en que lo entiende, por ejemplo, E. Goffmann), que combina todas las instancias deportivas, políticas, sociales, ideológicas y simbólicas de las relaciones sociales de producción. Nuestro propósito es, pues, despejar *la especificidad de las relaciones sociales implicadas en el deporte,* el cual se presenta al análisis como un *microcosmos* de la sociedad capitalista. El deporte, como ya hemos dicho, es el modelo reducido de la sociedad capitalista industrial constituida sobre el eje del rendimiento y de la productividad. Aparece como el microcosmos de los procesos sociales y representa un buen reflejo de los principios que rigen la sociedad capitalista industrial. Esto ha sido bien señalado por René Lourau: «lo que es simbólico en la institución es el hecho de representar en un sector panicular de la práctica social el sentido del sistema social como un todo»[23]. Son estas relaciones sociales objetivas las que generalmente se pasan en silencio en las definiciones del deporte, incluso en las más justas. Esto es lo que veremos más en detalle, partiendo de la critica de ciertas concepciones y definiciones del deporte.

El primer tipo de definición está ligado a una concepción general idealista de la historia, incluso francamente espiritualista, que no puede evidentemente ser aceptada en una perspectiva científica. Esta concepción es la de la mayoría de los ideólogos del olimpismo «eterno» y la de ciertos autores neo-olimpistas, como C. Diem. El barón P. de Coubertin, por ejemplo, definió de manera muy idealista el deporte como una «religión atlética»: «para mí, la característica principal del olimpismo antiguo y moderno es la de que representa una religión, la "religio Athletae"... Para mí, el deporte era una religión con su iglesia, dogmas y culto, pero ante todo con un sentimiento religioso»[24].

Y, de hecho, Coubertin, al igual que Diem y algunos otros, considera el deporte olímpico en particular como una especie de trascendencia supra-histórica que, como la religión y el arte, tiene una especie de perennidad fundamental, propia de la especie humana. Algunos llegan incluso a hablar del «instinto deportivo del hombre». B. Gillet, por ejemplo, escribe: «desde las edades más antiguas, el hombre ha manifestado esta *tendencia instintiva* que le empuja a jugar... Es completamente natural que al hombre, en sus primeros juegos, le haya gustado desplegar su fuerza física»[25].

---

[23] R. LOURAU, *L 'analyse institutionelle,* Ed. Minuit, Paris, 1970, p. 90.
[24] Citado por H. LENK, *Op. cit.,* p. 18.
[25] B. GILLET, *Op. cit.,* p. 17.

Sobre esta concepción instintiva, el filósofo Ortega y Gasset ha desarrollado una teoría bastante original: *la del origen deportivo del Estado.* Para este autor, el primer club deportivo ha señalado, en cierta forma, la transición entre la horda primitiva y la tribu. El origen del Estado habría que relacionarlo por consecuencia a esa tendencia deportiva agresiva, fundamental, del ser humano. Ortega lanza incluso la hipótesis de que el Estado es una especie de sociedad conspirativa originaria destinada a permitir el rapto de las mujeres jóvenes de las tribus enemigas. La cultura, el arte y el Estado se derivan, pues, originariamente de la tendencia deportiva instintiva. La filosofía incluso es «la actividad deportiva del espíritu». Todo esto testimonia fundamentalmente la concepción y la significación deportivas de la existencia. Ortega resume su pensamiento en la fórmula siguiente: «el deporte es el instinto primario y la raíz esencial de la vida», lo que le acerca bastante a todos los filósofos vitalistas alemanes (Nietszche) y al *élan vital* de Bergson. Es fácil concebir la utilización política reaccionaria que puede hacerse de semejante filosofía natural de la vida... (Habremos de volver sobre este punto al discutir el parentesco de la «filosofía deportiva» espontánea con la ideología fascista.)

La mayor parte de los ideólogos han señalado que el deporte es un dato humano trans-histórico, propio de la especie humana. La *Doctrine des sports*, por ejemplo, aunque admitiendo que «las formas del deporte no han sido siempre las que conocemos», prolonga la tesis fundamental de la ideología deportiva idealista: «es notable que, desde la antigüedad hasta nuestros días, de Oriente a Occidente, las civilizaciones hayan reservado siempre un lugar a la actividad física orientada hacia la notoriedad y el juego. Esto no es casual. Si el fenómeno deportivo es universal en el tiempo y en el espacio, si ha tenido una tan permanente adhesión, es porque responde a algunas exigencias fundamentales del hombre»[26].

En consecuencia, para todas estas teorías, el deporte es una especie de esencia platónica transhistórica que sobrevuela el tiempo, las civilizaciones, los modos de producción y las formaciones sociales concretas.

El segundo tipo de explicación es el que nos da la *actitud fenomenológica* a través de Bouet y Vanderzwaag. Para estos autores, que parten de la definición clásica sartriana del cuerpo «como posibilidad viva de correr, de danzar, etc.»[27], o de la de Merleau-Ponty, del cuerpo como encarnación, como modo de estar en el mundo concreto, el deporte es primero y ante todo una relación interhumana, personal, del cuerpo. Nosotros partiremos de la critica de las posiciones de Bouet, las más típicas y también las más ricas en enseñanzas. Bouet describe las siguientes características de la significación fenomenológica del deporte: «posición fundamental del cuerpo como mediador, espacio y tiempo como categorías de la *experiencia vivida,* carácter constitutivo de la relación con el otro, búsqueda de una continua superación, creación de valores y gratuidad del proyecto»[28]. El análisis de Bouet se sitúa esencialmente al nivel del estudio de los *grandes temas vividos* en la práctica deportiva, lo que le permitirá, en su opinión, despejar la significación fundamental del deporte. El deporte se manifiesta así mediante diversos «estratos hyléticos» (la experiencia vivida del cuerpo, el movimiento vivido, el enfrentamiento al obstáculo, la competición y la búsqueda de una marca). En este sentido, Bouet es fiel al método inaugurado por los fenomenólogos, en particular por F. Chirpaz, según el cual «buscando al hombre en los gestos de su cuerpo podemos tal vez comprender lo que es la realidad corporal en el seno de la realidad humana»[29]. El deporte es, pues, para Bouet, una relación fenomenológica específica del hombre con respecto a su cuerpo, con respecto a otro o con respecto al mundo natural o cultural. Desde este punto de vista, Bouet llega a analizar con acierto y precisión la esencia del deporte moderno en tanto que relación competitiva de rendimiento y de productividad. Pero lo que falta fundamentalmente en su estudio es la *comprensión dialéctica de las relaciones sociales condensadas en el deporte y acarreadas por él* (relaciones de producción y de cambio, relaciones de clase y de poder, relaciones ideológicas y, sobre todo, dimensiones fantasmática social y simbólica). Para «completar» su análisis Bouet está obligado al final de su voluminosa obra a señalar en algunas páginas las «aplicaciones militares y socioeconómicas» del deporte. Dicho en otras palabras, el deporte constituye una relación interpersonal fundamental que sería en cierta forma «utilizada» por la sociedad y que entraría en diversas relaciones sociales. Bouet comete aquí un error clásico de método. Las relaciones sociales de producción, en particular, no son algo secundarias y superpuestas a una relación humana neutra, invariable. Por el contrario, son estas

---

26 Essai de doctrine du spor, op. cit., p. 15.
27 J. P. SARTRE. *L 'Etre et le Néant,* Gallimard, Paris, 1943, p. 367.
28 M. BOUET, *op. Cit..* p. 170.
29 F. CHIRPAZ, *Le corps.* PUF, Paris, 1963, p. 4.

relaciones sociales las que constituyen la realidad más profunda del deporte y le asignan su lugar en la sociedad hasta el punto de que el *deporte se ha convertido así mismo en una imbricación compleja de relaciones sociales*[30].

La tesis sobre «la utilización» de la «confiscación» del deporte es una tesis muy extendida en todos los medios, incluido (tal vez de modo especial) el de los «marxistas», y especialmente en el partido comunista francés. Esta tesis descansa de hecho en una concepción positivista, neutralista, del deporte. El deporte es generalmente, para estos autores, un subsistema autónomo del sistema capitalista, que, aunque profundamente corrompido por él (chovinismo, mercantilismo), puede ser «salvado» por una política distinta al servicio de la cultura (o del socialismo). Para el PCF basta con instaurar en Francia una «democracia avanzada que abra la vía al socialismo» para ver a la institución deportiva (capitalista) totalmente metamorfoseada por las virtudes purificadoras del «programa común». Tal es la esencia del deporte «democrático». J. Meynaud, sociólogo muy enterado del fenómeno deportivo contemporáneo, al criticar uno de nuestros artículos en el que desarrollábamos el análisis del deporte como parte integrante y constitutiva del modo de producción capitalista (o burocrático de Estado), escribe que «el capitalismo como tal ha corrompido profundamente la actividad deportiva hasta el punto de que no se diferencia de ninguna otra actividad mercantil... Pero sí la influencia del capitalismo sobre el deporte es tan manifiesta, ello no significa necesariamente que el deporte, en su esencia misma, sea un simple elemento del proceso de producción capitalista, un modo de relación específica de ese régimen»[31].

Igualmente, la *Doctrine des sports* afirma que hace falta reaccionar hoy contra los excesos y abusos que «desnaturalizan» el «verdadero» deporte. «La situación actual del deporte de competición —se dice en ella— es un obstáculo grave para el desarrollo del deporte en general. Los excesos del culto al campeón, del chauvinismo y de la comercialización desacreditan al deporte en su conjunto»[32].

Nosotros no pensamos, y ésta será la conclusión práctica de nuestro trabajo, que se pueda disociar el deporte de las relaciones sociales en las que se inserta y que lo determinan. Es como si se quisiera disociar el sistema de enseñanza o el aparato del Estado de las relaciones sociales que les dan vida y consistencia. Hemos tratado, por el contrario, de mostrar *la relación consustancial del sistema deportivo con el modo de producción capitalista y con el aparato del Estado actual. El deporte es un resorte superestructura, esencial de esta sociedad* y es imposible concebir un islote de cultura «neutra» en un océano capitalista. Esta es la razón por la cual hablamos de deporte capitalista o burgués: ésta es también la razón válida en igual medida para los países del Este que (aunque bautizándose pomposamente como países «socialistas» en vías de transición hacia el comunismo) son fundamentalmente Estados capitalistas burocráticos y totalitarios basados en la explotación masiva de la población trabajadora. Debemos reconocer que nuestra posición es bastante minoritaria, incluso entre los que se dicen «marxistas». En este terreno hay dos posiciones opuestas a las nuestras. La primera, típicamente ideológica, consiste en presentar al deporte, según ya hemos visto, como una entidad «neutra», por encima de los conflictos de clase y de los intereses políticos, por encima de las sociedades y de la historia. Tal es, a grandes rasgos, la posición de J. Le Floc'hmoan, quien replantea, según una temporalidad lineal, la génesis de los deportes a través de las épocas. Este autor hubiera muy bien podido titular su estudio «permanencia del deporte a través de los siglos», ya que, según él, las formas deportivas modernas son producto directo de las formas antiguas. Esa es también la tesis de B. Gillet, para quien «el deporte aparece en su forma más pura» en los tiempos del milagro griego. Esta tesis presupone el carácter histórico o, más exactamente, trans-histórico del deporte, como, por otra parte, el de la religión o el Estado. La segunda tesis es correlativa de la primera. Si admite gustosamente una historia del deporte, lo hace para negarle inmediatamente toda profunda raíz de clase. Esta es, paradójicamente, la posición de los ideólogos del PCF. Para ellos, el deporte, en tanto que «necesidad humana» ancestral, en tanto que «logro de la humanidad», se desarrolla a lo largo de un tiempo lineal sin ninguna ruptura fundamental, sin respetar las rupturas de los diferentes modos de producción. En el proyecto de programa del PCF se puede leer: *«las*

---

30 El mejor ejemplo de esta tesis nos lo brinda la última obra editada por el PCF, en la que se lee que «la gran burguesía no economiza esfuerzos para *captar* este fenómeno en su propio beneficio» *(Sport e développemenr humain*, Editions sociales, Paris, 1975. pp. 41-42). De aquí surge una consecuencia lógica: «Defender (el deporte) contra las degradaciones y las mutilaciones que provienen de la explotación capitalista es una tarea revolucionaria» (*Ibídem*, p. 27).

31 J. MEYNAUD., op. *cit., p.* 269.

32 Essai de doctrine du sport. p. 93.

actividades físicas tienen un largo pasado. En el alba de la historia humana existían diversas actividades, a la vez físicas, religiosas y simbólicas (juegos, luchas, danzas, etc.). Vino después el deporte antiguo, toda la tradición de los juegos populares, y nació así más tarde el deporte moderno en Inglaterra, diversificándose los métodos de formación física aparecidos luego en numerosos países. Las formas actuales de actividades físicas representan un cierto nivel de desarrollo de las aptitudes físicas humanas»[33].

Y puesto que el deporte es un logro positivo de la humanidad, el PCF se propone, al igual que con el Estado o con el ocio, «democratizarlo», es decir, purificarlo de sus escorias y taras capitalistas.

Esta posición es también (con diferencias políticas, por supuesto) la de Bouet, que, en su trabajo sobre la *Significación del deporte,* empieza por hacer un análisis de la relación deportiva fundamental para ver en seguida sus «aplicaciones sociopolíticas». El deporte sería una estructura significante que podría, a lo largo de los diferentes regímenes sociales, ser aplicada diferentemente. Para este autor es posible prever «el advenimiento de un deporte-cultura, que asegure el cumplimiento de las significaciones deportivas intrínsecas de mejor manera de lo que le permite la actual situación de desmembramiento existente bajo la dominación de las significaciones extrínsecas»[34]. El deporte, por consiguiente, se concibe en este caso, en sí mismo, en sus significaciones intrínsecas que son desviadas de su vocación cultural original por las significaciones extrínsecas, especialmente la comercialización y el chovinismo.

Está claro para nosotros que semejante posición teórica está viciada desde su inicio, puesto que impide comprender a fondo los mecanismos del deporte capitalista. Encontramos de nuevo esta incomprensión incluso entre los que dicen apoyarse en el «marxismo revolucionario». En un folleto publicado por la Liga Marxista Revolucionaria Suiza, los militantes de ese movimiento afirman que «la burguesía *utiliza* el deporte para sus propios fines», y añaden: «el lector no encontrará en nuestra posición una actitud enfrentada al deporte *en sí* (...), sino una denuncia de la *utilización* que la burguesía intenta del deporte. No estamos en contra del deporte más de lo que podemos estarlo de la televisión. Denunciamos simplemente en ellos el instrumento de dominación de clase»[35].

Estos autores no quieren comprender por qué precisamente la burguesía «ha tomado posesión del deporte» o intenta tal utilización política o ideológica de clase si el deporte no está orgánicamente ligado al sistema capitalista (o burocrático de Estado). Esto es tanto más sorprendente de su parte cuanto que estos autores escriben dos páginas más adelante que «el deporte se inscribe en el marco de las relaciones de producción, las cuales determinan en gran medida su estructura interna»[36]. Dicho sea brevemente, el deporte podría ser utilizado, según estos autores (al igual que la televisión), en otro sistema social (socialista), aunque, como ellos mismos dicen, el deporte esté determinado en su estructura interna por las relaciones de producción burguesa específicas.

En conclusión, puede decirse que todas estas tesis descansan en un postulado muy discutible: *el de la desviación del deporte «neutro» por una clase social con fines políticos partidarios.* El deporte habría sido *confiscado,* pervertido, degradado por toda clase de abusos y excesos. Bastaría arrancarlo por la vía «revolucionaria» de manos de la burguesía dominante (tesis de los «marxistas revolucionarios») o «reformarlo democráticamente» desde su interior (tesis de Maynaud o del PCE) para devolverle su pureza original.

6. LAS TAREAS DE UNA SOCIOLOGÍA POLÍTICA DEL DEPORTE

El objeto de este trabajo es esencialmente el de comprender las estructuras y el funcionamiento internos de la institución deportiva como «hecho social total». El primer problema al que nos enfrentamos inmediatamente es el de su dirección unidimensional. El deporte marcha siempre hacia adelante. Su historia es la historia de

---

33 «Le Parti Communiste Français et les activités sportives et physiques», en *L´ecole et la Nacion* núm. 180, junio 1969, p. 46.

34 M. BOUET, *op. cit., p.* 640.

35 *Le sport, embrigadement des jeunes,* Liga marxista revolucionaria, Lausanne, 1969, p. 2.

36 Ibídem, p. 4.

sus progresos constantemente renovados[37]. El segundo problema importante se refiere a la siguiente cuestión: *¿por qué todas las formas sociales avanzadas o en vías de desarrollo, sin importar cuán diferentes sean sus relaciones internas, adoptan hoy día, las unas respecto de las otras, a menudo con entusiasmo, la misma superestructura deportiva?* Este problema debería aparentemente confirmar la tesis marxista fundamental según la cual las superestructuras ideológico-políticas idénticas son mantenidas por relaciones de producción idénticas. Pero veremos que no hay tal. Si todas las formaciones sociales del planeta tienen el mismo sistema deportivo, es simplemente porque en el fondo, a pesar de las diferencias de régimen político, *tienen las mismas relaciones sociales de producción* (capitalismo y sus variantes: capitalismo burocrático de Estado, capitalismo agrario, capitalismo militar, etc.). La hipótesis central que guía este trabajo es la de que *el sistema deportivo en vías de mundialización es el reflejo de la universalización y de la extensión a todas las formaciones sociales del globo del modo de producción capitalista (era del imperialismo).* Son, pues, las categorías mercantiles correspondientes a ese modo de producción las que determinan fundamentalmente las categorías y el sistema del deporte.

La tercera dificultad consiste en analizar en detalle *las contradicciones que atraviesan de parte a parte la institución deportiva.*

El primer tipo de contradicción se refiere a las contradicciones institucionales propiamente dichas, es decir, aquellas que propician el funcionamiento interno del sistema deportivo. *El aparato deportivo no es, en efecto, homogéneo,* sino que, por el contrario, está recorrido por toda clase de conflictos y contradicciones. Existe un buen ejemplo de este tipo de contradicción: la que existe entre los diferentes niveles del edificio deportivo. Los clubs entre ellos, los clubs y las federaciones, éstas con el Comité Internacional Olímpico, éste con los poderes públicos o financieros: todos tienen dificultad en sus relaciones (conflictos de competencia, por ejemplo, o de prerrogativas en la organización) especialmente durante la organización de los Juegos Olímpicos (a propósito de la distribución de beneficios, etc.). Otro tipo de contradicción clásica concierne en primer lugar a las relaciones conflictivas entre los deportistas de base y las autoridades deportivas, especialmente en el deporte profesional, en el que esas relaciones son verdaderas relaciones de clase entre asalariados y empresarios[38] (sanción, dimisión, cambios, etc.). Los Juegos Olímpicos de Munich demostraron, si hubiera necesidad de ello, que la institución olímpica atravesaba una grave crisis, hasta el punto de que pudo concebirse seriamente la idea de suprimir en el futuro los Juegos a causa de su gigantismo.

Las contradicciones políticas son igualmente numerosas y serias. El deporte, a pesar de la profesión de fe de «apoliticismo» de la mayoría de sus dirigentes, es una institución *totalmente política* que lleva no solamente su propia política, sino que se siente sacudida por los avatares políticos de la diplomacia internacional. Existe además la contradicción entre el apoliticismo oficial de la institución deportiva y la *estatalización* creciente de los sistemas deportivos nacionales estructurados sobre la base de producción de campeones destinados a defender el prestigio nacional en el extranjero. Está también la contradicción, mucho más importante, entre el pacifismo oficial de la actividad deportiva y el enfrentamiento creciente inter-deportivo e interestatal entre las diferentes naciones. En fin, la última contradicción seria la que atraviesa la institución misma. Como todo aparato ideológico de Estado, *el deporte está impregnado por la lucha de clases.* El deporte mismo es un medio político en la batalla política. Existe, pues, una polarización interna de clase, una hendidura en la institución. Esta hendidura es muy clara, por ejemplo, en el seno del Comité Olímpico Internacional, entre los defensores aristocráticos de un deporte «puro», «amateur», y los representantes de las jóvenes naciones en vías de desarrollo.

---

[37] Esta dinámica progresiva es la que fundamenta la *ideología del progreso,* tan virulenta en el sistema deportivo. Lo atestigua esta opinión del PCF: «EL progreso deportivo está igualmente relacionado a esa característica social del deporte que implica la emulación de los hombres, sea directamente entre ellos, sea indirectamente, situándolos —ante la mirada de la sociedad— frente a un mismo obstáculo de la naturaleza. Un aspecto de este progreso aparece a través de las actuaciones deportivas, en la *progresión ininterrumpida de los récords,* expresión siempre más rica y más compleja de la actuación en los juegos deportivos colectivos», *(Le Parti Communiste Français et les actívités sportives el physiques. op. cit.,* p. 47).

[38] P. GEORGES., *(Champions a* vendre, Calmann-Levy, Paris, 1974, p. 217) dice a este respecto que «las relaciones del empleador con el empleado obedecen a una verdadera legislación del trabajo y tienen en cuenta condiciones muy particulares que hacen del profesional deportivo un trabajador».

Otro tipo de contradicción: las contradicciones de funcionamiento. El desarrollo mismo de las competiciones, manifestaciones y pruebas deportivas se hace cada vez más difícil, incoherente y conflictivo[39]. No es raro (como demostraremos en detalle en el capitulo consagrado a este asunto) constatar regularmente brutalidades, peleas en los campos deportivos y en los vestidores (especialmente en América del Sur). Pero estos conflictos, exteriores en cierta medida, no son nada en comparación con los conflictos internos: huelgas de jugadores y ciclistas, sindicalismo, contestación, coalición de jugadores rebeldes de tenis, manifestaciones políticas de negros norteamericanos, etc. Los Juegos de Munich nos proporcionaron una amplia muestra de este género de incidentes, los cuales, lejos de ser naturales y previsibles, como quiso presentarlos la prensa deportiva especializada, revelaron, por el contrario, las contradicciones de la institución. Durante los Juegos de Munich (e independientemente de la acción del comando Septiembre Negro, que no nos corresponde juzgar aquí) no solamente hubo contestación interna de los atletas, hartos de sentirse enjaulados en la ciudad olímpica, sino también la contestación externa dc los estudiantes alemanes; en el extranjero se produjo igualmente la constitución de «comités anti-olímpicos», especialmente en Francia, Suiza e Italia.

En fin, en último término, las contradicciones- intrínsecas de la propia actividad deportiva. El nivel de las competiciones es tal, hoy día, que tiende cada vez más a romper el marco de las competencias. Se distingue a los nadadores por milésimas de segundo en distancias de cien o doscientos metros (diferencias del orden de dos milímetros). Esto ya es absurdo. Igualmente, el uso de productos *doping* ilustra muy bien él limite hacia el que tiende el deporte de alta competición. Los países se sienten obligados a encontrar expedientes para continuar la propulsión hacia arriba de los récords, hasta el punto de que en Polonia, por ejemplo, los representantes deportivos del Partido Comunista se han preguntado cuál podrá ser en lo sucesivo el valor de la alta competición. Esta tiende hacia su propia negación. Parafraseando a Marx, que dice, en *El capital,* que «el verdadero limite del capital es el capital», se puede decir que el verdadero límite de la competición deportiva es la competición misma, y ello hasta tal punto que se puede plantear hoy razonablemente la cuestión del *fin del deporte.* El día en que las actuaciones sean comprimidas hiperbólicamente hacia las alturas, no habrá ya competición en la medida en que no habrá ya posibilidades de clasificar con suficiente rigor a los competidores.

7. EL PROCESO DE PRODUCCIÓN DEPORTIVO

El análisis interno de las determinaciones de la institución deportiva, de su especificidad en el campo de las instituciones, nos permite sintetizar al más alto nivel de abstracción teórica el hecho deportivo y subsumirlo bajo el concepto de *proceso de producción deportivo,* el cual permite comprender a la vez sus estructuras, su funcionamiento contradictorio y su inserción en el conjunto del modo de producción capitalista industrial que le origina y le sostiene. El problema teórico es, pues, el de despejar la especificidad de la institución deportiva. Se sabe que ésta tiene lazos muy estrechos con el sistema de formación, el aparato cultural de los medios masivos de comunicación, el aparato del Estado y el militar y, sobre todo, el bloque de las superestructuras ideológicas. No obstante, el funcionamiento especifico de la institución deportiva no consiste en formar diplomados (o, como en Francia, intelectuales en paro), ni soldados, ni en curar —mucho menos difundir— la cultura popular. El deporte, ciertamente, contribuye en alguna medida a realizar funciones anexas, pero de manera subordinada y lejana, según sean los regímenes políticos. *El papel de la institución deportiva es producir, en cantidad y en calidad, campeones, deportistas competidores para el mercado o para la escena de la competición internacional (olímpica).*

La producción deportiva (que es lo que nos permite hablar de proceso de producción deportivo) tiene, pues, sus propias leyes, originales, especificas. Se distingue así de todas las demás formas de producción (materiales, intelectuales, militares o simbólicas). Este proceso de producción tiene, sobre todo, una productividad cuya tasa de rendimiento puede ser comparada con las productividades de los procesos de producción deportivos extranjeros. En este sentido, el sistema deportivo mundial puede ser concebido como una vasta súper-institución en la que se opera permanentemente la comparación y el reparto equitativo de las respectivas tasas de productividad de los diversos procesos de producción deportivos.

---

[39] Véase J. M. BROHM., *Critiques du sport, Essais d'anafyse institutionelle,* Ed. Christian Bourgois, Paris, 1976.

8. DEPORTE Y TRABAJO: RELACIONES *Y* DIFERENCIAS

Se ha señalado con frecuencia, pero de una manera solamente empírica, la relación entre el deporte y el trabajo. A. Gehlen ha sido uno de los primeros en insistir sobre esta relación. Dice: «*la homología estructural interna entre el deporte y el trabajo es un hecho que no puede negarse*. Es la causa de que el deporte sea el reflejo deformado de lo serio y de la vida del trabajo... En los juegos con balón se han reencontrado las reglas, las exigencias de disciplina y la moral particular del trabajo colectivo; tal vez sea ésta la razón de su popularidad... La sociedad industrial moderna y el mundo del trabajo han producido así un *desdoblamiento deportivo racional*, y la extraordinaria facultad de disciplina puede originarse tanto en el terreno deportivo como en el taller de la fábrica»[40]. A su vez, los sociólogos «críticos» alemanes han concebido el deporte como un proceso de producción y han señalado que «el deporte se ha convertido desde hace mucho tiempo en un sector de racionalización del trabajo industrial fabril» (Habermas). Pero ha sido sobre todo B. Rigauer el que ha insistido con mayor fuerza sobre la relación entre el modo de producción capitalista industrial y el proceso de producción deportivo. De manera muy pertinente ha indicado que «en la esfera del trabajo industrial organizado burocráticamente el principio de rendimiento ha sido asimilado por la actividad deportiva... El deporte de rendimiento (de competición), y no el deporte en general, íntegra en su sistema de acción esquemas de comportamiento y de pensamiento en conformidad con el mundo del trabajo. Funciona como un sector parcial de la adaptación social a las relaciones sociales de producción industriales y burocráticas»[41].

Así como el modo de producción determina el conjunto de la vida material y es, por lo tanto, universal, así el proceso de producción deportivo está determinado por él en sus rasgos esenciales, pero no es indispensable para la reproducción de la vida material. En este sentido el deporte está fuera del reino de la necesidad. Es un lujo o, como dicen los ideólogos del deporte, una actividad gratuita.

a) El proceso de producción deportivo no produce, hablando con propiedad, un producto material. Es *no productivo* en ese preciso sentido. Consume, por el contrario, valores (excedentes). Forma parte de lo que Ota Sik llama la «esfera no económica»[42]. Este hecho queda empíricamente ilustrado en Francia por el ridículo presupuesto destinado a la juventud y a los deportes. Si el proceso de producción deportivo no es productivo (es decir, si no produce valores materiales mercantiles necesarios, en sentido estricto, para la vida social), produce, por el contrario, «valores deportivos» particulares, que tienen la propiedad de poder ser explotados, es decir, de obtener de ellos ganancias en valores (marcas y récords); contribuye también, ligado al sistema de formación, a crear futuros productores.
b) El proceso de producción deportivo es linealmente acumulativo. No conoce las crisis (paro, subempleo) peculiares del modo de producción capitalista, ni las regresiones. Su producción aumenta constantemente en volumen, en cantidad y en calidad (número de campeones producidos y elevación de su nivel medio). Su productividad es incluso generalmente creciente. Este proceso de producción funciona, pues, a partir de un espíritu productivista optimista.
c) Así como el medio de producción económico produce objetos materiales autónomos y duraderos, así el proceso de producción deportivo produce transformaciones parciales en los agentes deportivos: modifica su capacidad de producción deportiva, o de actuación, la cual se objetiva en cifras y récords. Pero, como tal, la «producción deportiva» es evanescente[43]. Se

---

40 A. GEHLEN, Sport und Gesellschaft. op. cit.. p. 28.
41 B. RIGAUER. *op. cit. pp. 66* y 67.
42 O. SIK, *La tercera* vía. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1977.
43 Una de las características del proceso de producción deportivo es la extraordinaria renovación de sus productos, que desaparecen o se desvalorizan tan pronto como se sitúan en el mercado de resultados. De aquí la ideología nostálgica del todopoderoso que marca a los campeones caídos o retirados. Según señala P. GEORGES (op. cit., p. 18): «El deporte de competición es, en fin, algo enfermizo por su propia naturaleza, que es la de ser un *arte de lo efímero*, el único dominio de la actividad humana en la que justamente el tiempo se cuenta al máximo. El campeón es, por definición, un *ser meteorito*, revelado ayer, lanzado hoy, acabado mañana. Noción esencial. A veces a los veinte años, frecuentemente a los treinta y, en todo caso, nunca más allá de los cuarenta, edad canónica, el profesional tiene ya el porvenir detrás suyo. La profesión deportiva es la única en Conceder así el retiro a seres humanos apenas adultos. Por ello, esta profesión es también la única en hacer, a su escala, un consumo tan grande de talentos y de personalidades.»

> disipa en cuanto cesa la actividad de lo deportivo (senectud de lo deportivo). Dicho de otro modo, no hay autonomía en el resultado de la producción de cara al acto mismo de producción; éste está siempre en el punto inicial. La producción deportiva no produce más que cifras abstractas. Cómo subraya H. Lucot, «¿qué representan casi dos metros treinta de altura?, ¿qué representan para nosotros diez segundos justos? Nada; ésas son solamente cifras, abstracciones... Más que la magia de la cifra, lo que sobre todo nos llama la atención es el hecho de que esa cifra, conocida y estable (el antiguo récord), pueda ser "pulverizada". Lo que nos sorprende es el *progreso*»[44].

Dicho, en otras palabras, lo que diferencia fundamentalmente al proceso de producción deportivo es que sólo sirve a sus inmediatos productores. Sus éxitos no son «alienables», transmisibles, mientras que la producción económica produce bienes útiles para todo el mundo. El carácter «democrático» del deporte se manifiesta, sobre todo, en que no hay precisamente transmisión ni herencia de la «fortuna deportiva». De padres a hijos, los dones y capacidades deportivas no se legan como un capital bancario. Así se ha visto, por ejemplo; de manera muy clara, en el caso de Marcel Cerdan, hijo, que ha querido recrear el mito de su padre. En el mundo económico, por el contrario, la herencia, aunque muy cargada de impuestos, juega un papel considerable en la reproducción social ampliada de las relaciones de clase.

Para concluir habría que decir unas palabras sobre la unidad institucional básica del proceso de producción deportivo. Como en el caso del modo de producción económico, esta unidad básica es la *empresa* (fábrica o club). Se verá más adelante que este acercamiento no es ni formal ni gratuito y que ilustra muy bien la homología estructural de las instituciones fundamentales entre los dos tipos de proceso de producción. El club deportivo, como célula básica del tejido deportivo, merece un análisis específico, al que dedicaremos un capitulo aparte.

---

[44] H. LUCOT, *Op. cit.*, pp. 60 y 61.

PARTE PRIMERA
GÉNESIS Y ESTRUCTURA DE LA INSTITUCIÓN DEPORTIVA

1. EL SISTEMA DEPORTIVO MODERNO: ESTRUCTURA Y FUNCIONAMIENTO

1. Introducción: Ensayo de definición del hecho deportivo

Desde hace algunos años empezamos a entrever la importancia de una investigación sociológica teórica, fundamental, dedicada a un fenómeno omnipresente y a la vez totalmente encubierto para las ciencias humanas: *me refiero al deporte de competición,* en tanto que hecho de masas contemporánea. Es bastante paradójico el constatar que al mismo tiempo en que los grandes órganos de prensa populares se adueñan de las proezas, de los récords y de las hazañas de los campeones, la investigación sociológica descuida relativamente este inmenso campo de observación que es la competición deportiva en nuestras sociedades capitalistas industriales avanzadas.

Aunque en estos últimos años la sociología deportiva se haya desarrollado muy sensiblemente, principalmente gracias a los aportes de la sociología crítica alemana, forzoso es constatar que en sociología del deporte es todavía «el pariente pobre de la investigación científica», como señalaba François Simon[1]. «Fenómeno social total», según expresión del señor Mauss, a la vez social, político, económico, ideológico, simbólico, educativo —hasta artístico—, el deporte nunca ha sido objeto de estudios profundos y sistemáticos a la luz de las ciencias humanas modernas.

Nuestra propia investigación, que forma parte de esta constatación de relativa carencia de la sociología, nos ha hecho medir concretamente las numerosas dificultades relativas a una *sociología sistemático del deporte de competición.* El primer obstáculo, y bastante Importante, se debe a la gran pobreza del material empírico (encuestas, estadísticas, observaciones directas, entrevistas, etc.) en materia de sociología del deporte. Si bien los estudios de pedagogía deportiva y de psicología del deporte son relativamente abundantes, las monografías empíricas sobre el deporte son bastante escasas y, sobre todo, fragmentarias. Si, por ejemplo, conocemos con bastante precisión el número de licenciados de una federación, el número de espectadores de los partidos dominicales de fútbol, los presupuestos financieros de cualquier deporte profesional, es decir, si bien disponemos de datos cuantitativos brutos, elementales, en cambio, ignoramos casi totalmente los efectos *reales, masivos, del hecho deportivo.* Ignoramos, por ejemplo, los efectos del espectáculo deportivo, y de la ideología que acarrean, sobre la conciencia política de los espectadores; el efecto hipotético de catarsis del esfuerzo deportivo sobre los adolescentes; el papel real de la ideología del *fair-play* y de la «coexistencia pacífica» deportiva sobre la vida cotidiana real de los ciudadanos, etc. Claro que disponemos de un cierto número de tesis —o hipótesis— cuya fiabilidad es suficientemente poderosa como para ser utilizadas en el marco de un trabajo teórico de conjunto. En primer lugar, y por una necesidad de clarificación personal, hemos decidido clasificar y desarrollar estas *hipótesis* con el fin dé someterlas a un examen más rigurosa en el marco de estudios empíricos de detalle. Además, es imposible estudiar «sobre el terreno» el fenómeno del deporte si no se cuenta con un *cuadro conceptual, teórico,* lo suficientemente riguroso como para permitirnos poder pensar «en abstracto» sobre el tema de la investigación. Nuestro trabajo es, pues, y antes que nada, un ensayo de clarificación y de delimitación conceptual, una especie de *propedéutica teórica* que permita trazar el marco general de un programa de investigaciones más profundas. Ahora bien, esta reflexión teórica empieza por ser, en si misma, un problema en la medida en que las metodologías en las ciencias humanas están profundamente diversificadas, cuando, no resultan opuestas o contradictorias.

Una de las mayores dificultades, sobre todo cuando se aborda un campo teórico relativamente virgen, es la de encontrar un lenguaje conceptual coherente y operante que permita pensar con categorías claras el hecho que se estudia. *Pues bien, en sociología, este lenguaje teórico unitario no existe,* a menos que se adopte en bloque el lenguaje de las grandes doctrinas, en particular el del marxismo.

Por lo tanto, nos hemos visto obligados a constituir, resignándonos a veces a una cierta diversidad teórica, una red de conceptos que nos ha permitido censar con el máximo de claridad y sencillez los principales fenómenos típicos del deporte de competición. Como veremos más adelante, hemos elegido la vía de lo que

---

[1] *Le Monde,* 11 febrero 1971.

Marx llama la «síntesis de las abstracciones», es decir, de la totalidad de las determinaciones abstractas y de las complejas relaciones que permiten llegar, por fin, a lo concreto. «Lo concreto —dice Marx— es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones; por lo tanto, una unidad de la diversidad»[2]. En consecuencia, hemos tratado de reproducir lo concreto por la vía de la recomposición abstracta, analítica, de lo concreto, que en un principio aparece como un complejo sincrético difícil de abordar. En el caso de nuestro tema, el deporte aparece como un vasto complejo multiforme, diversificado y evolutivo en el que se cruzan las instancias y se recortan los niveles de la realidad social. Nos hemos decidido a centrar nuestro análisis en el *sistema deportivo,* es decir, en el marco sociológico que integra la mayoría de las dimensiones de este hecho total, incluyendo la conciencia subjetiva, verdadera o falsa de sus agentes. Nuestro trabajo es, pues, un *ensayo de sociología general del deporte,* de la institución deportiva tomada tanto como un subsistema del sistema social global como por un sistema específico relativamente autónomo. Evidentemente tratamos de reagrupar en forma jerarquizada las *categorías centrales* del sistema deportivo, aquellas que permiten comprenderlo tanto en sus estructuras de funcionamiento como en su desarrollo histórico contradictorio. En este sentido,, a nuestro trabajo teórico puede tal vez reprochársele su carácter «intelectualista», es decir, abstracto. Pero esta abstracción, en nuestra opinión, procede de las necesidades propias de nuestro estudio. En efecto, hemos concebido el deporte como una *estructura teórica de los ideales,* según la metodología de Max Weber, es decir, de estructuras teóricas paradigmáticas que permitan ordenar las numerosas y diversas realidades empíricas con el fin de entenderlas. De donde resulta que lo concreto es un «concreto pensado», según la expresión de Marx. El resultado es entonces, y por lo mismo, una totalidad conceptual, es decir, una totalidad abstracta que permite, por un lado, integrar; sin incoherencias, nuevos datos empíricos, y por otro, ampliar la investigación teórica con nuevas investigaciones *ín situ.* La sociología teórica del deporte es, por lo tanto, una *sociología del modelo deportivo,* de su estructura y de su sistema.

Siempre se nos podrá objetar que nuestro modelo teórico (por ejemplo, la noción de proceso de producción deportivo) no es más que una abstracción que no corresponde al hecho deportivo tal como se desarrolla en la práctica social concreta. Pensamos que esta objeción no puede sostenerse, fundamentalmente por dos razones. La primera es que en las ciencias sociales, o en las ciencias humanas, principalmente en la economía política, los medios de investigación son de un tipo muy panicular y forman parte de lo que Hegel llama la «fuerza del Espíritu», es decir, la abstracción, la reflexión teórica. «El análisis de las formas económicas —dice Marx— no puede hacerse con microscopio ni con reactivos químicos; *la abstracción es la única fuerza que puede servir como instrumento»*[3].

Y esta abstracción consiste en extraer las categorías significativas esenciales que constituyen en su totalidad el sistema deportivo. Por otra parte, como lo ha demostrado Claude Lévy-Strauss en su *Antropología estructural,* el nivel teórico, científico, es distinto del nivel de la apariencia inmediata. Si la realidad social concreta aparece como un amasijo, un pulular de relaciones sociales, la estructura social que permite pensar en la complejidad de esas relaciones sociales es un *ser construido teóricamente,* que tiene una existencia ideal, abstracta. «Las relaciones sociales —dice Lévy-Strauss— son la materia prima empleada para la construcción de los modelos que ponen de manifiesto la estructura social en sí misma. En ningún caso podría esta última ser impuesta al conjunto de las relaciones sociales observables en una sociedad dada»[4]. Estos modelos teóricos construidos constituyen el *armazón conceptual* que permite procesar la información y clasificarla en cuadros estructurales de análisis. Este es el método que hemos tratado de seguir proponiendo un cierto número de modelos (proceso de producción deportivo, sistema deportivo, etc.).

Desde luego, las condiciones que plantea Lévy-Strauss para un análisis estructural nos parecen totalmente pertinentes en el caso de nuestro estudio. En primer lugar, una estructura ofrece un marcado carácter de *sistema.* Está formada por elementos, niveles, instancias, determinaciones, etc., de tal manera que una modificación cualquiera en uno de ellos conlleva una modificación en todos los demás. Por ejemplo, en el sistema deportivo, la modificación de la técnica deportiva de elite trae aparejada necesariamente una intensificación de la competición, la que a su vez determina casi automáticamente una modificación del aparato institucional encargado de controlarla (extrema precisión en las reglas de homologación con el fin de

---

[2] K. MARX, Introduction générale a la critique de l´économie de politique, en Oeuvres, tomo I, Gallimard, Paris 1963, p. 255.

[3] K. Marx, *El capital,* libro primero, *op. cit. p. 548.*

[4] C. LÉVY-STRAUSS, *Anthropologie structurale,* Plon, Paris, 1958, pp. 305-306.

discriminar mejor las marcas casi siempre muy próximas, tecnología avanzada con el fin dé registrar los récords, aumento y cualificación del personal oficial). Todas estas modificaciones provocan un serie de trastornos en la práctica deportiva propiamente dicha (constricción en la selección, intensificación del entrenamiento, movilización total de cualquier aparato deportivo nacional a fin de producir atletas «competitivos» en la arena deportiva).

En segundo lugar, las propiedades del sistema permiten prever cómo reaccionará el modelo en caso de modificación de uno de sus elementos. Dicho de otra manera, en el sistema existe un principio de equilibrio y de transformación estructural que constituye en cierta manera el centro de gravedad del conjunto; al desplazar este centro se desplaza el equilibrio del todo. En el sistema deportivo, este centro de gravedad está representado por el *principio de rendimiento* que gobierna el todo de manera imperiosa. Podemos constatar, por lo tanto, que el sistema deportivo es la puesta en forma espectacular más sistemática de este principio, tanto y tan bien que todas las categorías deportivas aparecen regidas por él (récord, competencia, entrenamiento, selección, etc.). El principio de rendimiento, como lo demostraremos más ampliamente, es el principio, constitutivo y motor del sistema deportivo. Es su alma, la negatividad en lenguaje hegeliano, que lo «trabaja» desde el fondo por completo. Por lo tanto, se puede prever muy concretamente de manera prospectiva las reacciones del sistema cuando uno de sus elementos se modifica. Así, el desarrollo de la alta competitividad ha traído un cierto achatamiento en la cúspide de las marcas, y en algunas disciplinas se diferencian los atletas por milésimas de segundo, es decir, con ayuda de «abstracciones reales», aunque tenues. En natación, durante los Juegos Olímpicos, la diferencia entre las marcas de los participantes se hizo por dos milímetros sobre 400 metros.

En resumen, en el sistema deportivo, la marca tiende hacia su propia negación. De ahí las reacciones del sistema. Se inventan nuevas técnicas para hacer más eficaces a los atletas, se construyen aparatos de medición más finos y sensibles (cronometraje electrónico), se inventan nuevos reglamentos con el fin de hacer más discriminante la competición.

Gracias a la lógica del rendimiento pueden preverse las modalidades de transformación del sistema. Por ejemplo, en atletismo se ha llegado incluso a pensar en un sistema de registro ultrasofisticado (haz de rayos luminosos en las pruebas de salto, etc.).

En fin, el modelo estructural debe estar construido de tal manera que su funcionamiento permita rendir cuenta de *todos* los hechos observados. En el caso del deporte pensamos que el concepto *de proceso de producción deportivo* refleja la riqueza y la complejidad de los datos observables. Permite pensar en su encadenamiento y cohesión intrínseca, por un lado, y, por otro —sobre todo—, integrarlos en una totalidad estructurada más amplia: la forma de producción capitalista industrial en el marco de una formación social concreta, lo que permite respetar la última regla exigida por el análisis estructural. Efectivamente, Lévy-Strauss dice que todo modelo pertenece a un grupo de transformaciones, cada una de las cuales corresponde a un modelo de la misma familia, de la misma manera en que el conjunto de esas transformaciones constituye a su vez un grupo de modelos. En el caso que nos ocupa, el modelo del deporte está estrechamente imbricado con otros modelos: sistema de formación económico-social, sistema de relaciones de producción, sistema de Estado, etc. Estos diferentes sistemas se inter-penetran y reaccionan unos sobre otros, permitiendo de esta manera descubrir secuencias de transformaciones racionales.

El modelo estructural no corresponde, pues, nunca con la realidad tal como ella se manifiesta exteriormente. Este señalamiento científico esencial había sido ya apuntado por Engels cuando subrayaba, a propósito del feudalismo, que ese sistema social concreto nunca había correspondido a su modelo conceptual abstracto. «¿Ya correspondido alguna vez el feudalismo a su concepto?», pregunta Engels, para añadir en seguida que ese orden social no ha tenido más existencia —y efímera— que en el reino de Jerusalén. Y, sin embargo, «¿era este orden social una ficción porque no hubiera conocido, bajo su forma clásica, más que una breve existencia en Palestina, e incluso, en buena parte, solamente sobre el papel?».[5] La existencia abstracta de un concepto (como, por ejemplo, el de proceso de producción deportivo) no es más que teórica, porque «el concepto de una cosa y su realidad son paralelos, como dos asíntotas que se acercan sin cesar, pero que jamás se, encuentran. Esta diferencia que las separa —concluye Engels— es precisamente lo que hace que el

[5] F. Engels, «Carta a C. Schimit» (del 16 de marzo de 1895), en Marx-Engels, Correspóndanse, Moscú, 1971, p. 526.

concepto no sea de modo inmediato la realidad, y que la realidad no sea inmediatamente su propio concepto»[6].

El proceso de abstracción del deporte es estrictamente comparable, e históricamente paralelo, al proceso de abstracción del trabajo mismo. La idea misma de trabajo, de trabajo en general, es una idea eminentemente abstracta que presupone relaciones sociales muy particulares. La indiferenciación con respecto a tal o cual tipo dar-minado de trabajo presupone la existencia de una totalidad muy desarrollada de tipos de trabajo reales entre los cuales ninguno predomina. Dicho de otro modo, la abstracción da por supuesta una riqueza de relaciones sociales diferenciadas que permiten favorecer su desarrollo. «Así —constata Marx—, las abstracciones más generales no surgen más que de los desarrollos concretos más ricos en los que cada rasgo es común a muchos, a todos»[7].

En otras palabras, sólo cuando las relaciones sociales están suficientemente diferenciadas y desarrolladas se pueden abstraer rasgos comunes a todas ellas. Por otra parte, la indiferenciación con respecto al trabajo particular, especifico, corresponde a una forma de sociedad en la que los individuos pasan con facilidad de un trabajo a otro, o en la que existe una movilidad profesional bastante importante, y donde el trabajo general. Indiferenciado, se extiende cada vez más en el sentido de que exige una cualificación polivalente. El trabajo se convierte entonces no solamente como categoría, sino también en la realidad misma, en un medio universal de producir las riquezas y, como tal, se convierte a sí mismo en una realidad universal.

En la sociedad capitalista industrial más avenada es donde el trabajo abstracto, general, universal, se convierte en una realidad efectiva en la medida en que existe la tendencia a transformar a todos los individuos en asalariados, los cuales se convierten en soporte concreto de esa abstracción. «Así —añade Marx—, la abstracción más simple (el trabajo asalariado) que la economía moderna coloca en primera línea y que expresa un fenómeno ancestral, válido en todas las formas de sociedad, no aparece, sin embargo, como prácticamente verdadera, en esa abstracción, más que como categoría de la sociedad más moderna»[8].

Dicho de otro modo, es la sociedad más rica en concreciones la que hace vivir realmente las abstracciones (trabajo asalariado, capital, renta de la tierra, beneficio, mercancía, etc.). *Así, las abstracciones son también productos históricos.* «Las categorías más abstractas, a pesar de su validez (a causa de su abstracción) en todas las épocas, no son menos, en esta determinación abstracta, el producto también de condiciones históricas, y no tienen su plena validez más que gracias a ellas y dentro de sus limites»[9]. La evolución histórica es, pues, la que da sentido y validez a las abstracciones.

Aparentemente, el deporte es un fenómeno trans-histórico, «tan viejo como el mundo», según la expresión de P. Vimard[10]. «No obstante —observa J. Ulmann—, insistiendo sobre la persistencia del deporte, se olvidaría que, tal como lo entendemos hoy día, el deporte *ha aparecido en un momento dado.* Sin duda, no merece la pena señalar que los hombres se han dedicado siempre a hacer ejercicios físicos, pero no es suficiente la práctica de los ejercicios físicos para considerar que se hacia deporte; era necesario que se produjeran bajo la forma de una competición Lúdica»[11]. Esta idea nos parece particularmente importante para la sociología del deporte, puesto que indica muy claramente la noción de *ruptura histórica* provocada por la aparición del deporte moderno tal como nosotros lo entendemos. El deporte, aunque practicado aparentemente desde siempre (se conocen, en efecto, prácticas lúdicas, competitivas, en las sociedades llamadas primitivas), no se convierte en una realidad histórica práctica, social, más que con la encarnación efectiva de la categoría de rendimiento, que es, en sí misma, una categoría tardía, de la época industrial. *El deporte es la materialización abstracta del rendimiento corporal.* Esta definición preliminar permite comprender todas las demás determinaciones del hecho deportivo y de su constitución. El deporte no se convierte en una categoría práctica, simple, pura y abstracta más que con su desarrollo más rico y más universal en la sociedad industrial capitalista y poscapitalista. A medida que la práctica deportiva, competitiva, se hacia cada vez más

---

6 F. ENGELS, «Carta a C. Schmidt» (del 6 de marzo de 1895), en MARX-ENGELS, Correspondence, Moscú, 1971, p. 526

7 K. Marx, *Introduction générale á la critique de l´économie politique*, op. cit., p. 259.

8 Ibídem, p. 259.

9 Ibídem, pp. 259 y 270.

10 P. VIMARD, *Le sport, vieux comme le monde*. Dupont s/f, Paris.

11 J. ULMANN, *De la gymnastique aux sports modernes*. PUF, París, 1965, p. 322.

sistemática, las categorías deportivas se hadan igualmente cada vez más puras. En otras palabras, la categorización simple no está en el comienzo, sino al final, en tanto que producto histórico. Es el propio proceso histórico el que produce la categoría simple como expresión abstracta; pura y perfecta de la práctica deportiva compleja. Ha sido necesario que el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas se hicieran suficientemente importantes para que la idea abstracta de rendimiento apareciese a partir de la masa de trabajos concretos cuyos rendimientos individuales pudiesen entonces ser comparados. Igualmente fue necesario un largo desarrollo de las prácticas físicas competitivas para que se desgajara poco a poco la idea de competición física generalizada, en tanto que comparación de facultades y capacidades deportivas entre diferentes fuerzas de prueba deportivas. Con la idea de fuerza de trabajo asalariado nace igualmente, como corolario en el campo del ocio, la idea de *fuerza deportiva de marcas***.** Marx ha analizado brillantemente este proceso en el campo del trabajo. El trabajo, dice Marx, es aparentemente una categoría enteramente simple. Igualmente, la idea de trabajo en general —en tanto que trabajo— es tan vieja como el mundo (se encuentra aquí, como puede verse, la homologación-estructural de diferentes ideologías sectoriales que consideran las cosas («tan viejas como el *mundo»).* «*Y* sin embargo, captado en esta simplicidad del punto de vista económico, el trabajo es una categoría tan moderna como las relaciones que dan nacimiento a esta abstracción simple. Así, con la actividad productiva generalizada se tiene el trabajo abstracto generalizado, o el producto abstracto»[12].

Estas reflexiones metodológicas son importantes para la comprensión histórica del deporte en tanto que categoría práctica. El «deporte antiguo», al que los ideólogos del deporte gustan presentar como el ancestro directo del deporte olímpico moderno, no puede ser comprendido en su forma elemental, embrionaria, más que por comparación con 1as formas evolucionadas y modernas del deporte industrial capitalista y poscapitalista. Es indudable que ciertas virtualidades y elementos existían ya en él «deporte» antiguo y medieval (competición, mercantilismo). Peto solamente con la forma históricamente más desarrollada del modo de producción capitalista sé convierte el deporte en una categoría abstracta y simple. Dicho de otro modo, *la propia evolución histórica es la que ha producido la categoría abstracta del deporte en tanto que reflejo de la sociedad capitalista industrial,* de la misma manera en que el trabajo abstracto y simple del maquinismo industrial es el que ha producido la categoría de trabajo en general. Y el deporte moderno permite comprender el deporte antiguo y sus insuficiencias para constituir una institución sistemática a causa del insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas y de la tecnología. Todas las categorías modernas del deporte que habremos de analizar a lo largo de este trabajo (rendimiento, competición, entrenamiento, técnica, marca, etc.) se desgajan progresivamente del magma de las formas físicas competitivas, para sistematizarse en una totalidad de categorías orgánicas, abstractas, que reflejan el sistema deportivo como totalidad. *El deporte aparece así a la vez, como continuidad histórica y como discontinuidad capitalista industrial.* El deporte, como forma abstracta de la tecnología corporal basada en el rendimiento, se ha insertado orgánicamente en las formas lúdicas de los ejercicios competitivos. (Por ejemplo, la transformación de *la soule* en fútbol y en rugby, o la transformación del juego de pelota en tenis y ping-pong.). El deporte simplemente ha racionalizado las técnicas lúdicas, competitivas, agonísticas del cuerpo para convertirlas en técnicas altamente racionalizadas, eficaces: las técnicas deportivas. Le ha bastado a veces modificar, sin más, modernizándolas, las técnicas corporales utilitarias de uso cotidiano (lanzamiento de jabalina, salto, etc.), o actualizar las técnicas físicas de combate (boxeo, esgrima, judo). Esta aparente continuidad orgánica sin falla ha hecho creer a los ideólogos deportivos que el deporte existe desde que existe la humanidad. J. Le Floc'hmoan nos parece representante de esta típica tendencia cuando escribe: *«desde siempre,* los hombres han deseado medir su fuerza, su agilidad, su rapidez, su habilidad. Son muchos los que *a través de los siglos* han querido ser los mejores; unas veces para obtener una medalla o un puesto de honor, otras por dinero o por la gloria, o sencillamente por amor propio»[13]. Es esta ideología del deporte de todos los tiempos, en cierta manera «eterno», la que oculta *la especificidad capitalista-industrial del deporte moderno.*

Las categorías deportivas reflejan, pues, los rasgos más generales del proceso de producción capitalista industrial y permiten comprender un estrato fundamental de la infraestructura social: *la de las relaciones del hombre con su cuerpo concebido como instrumento de producción y de prueba.* Como dice Marx: «Las categorías expresan formas y modos de existencia, muchas veces simples aspectos particulares de esta

---

[12] K. MARX, Introduction genérale á la critique de lá economie politique, op. cit., p. 261.
[13] J. LE FLOC'HMOAN, La genése des sport, Payot, París, 1962, p. 5.

sociedad»[14]. Y en *El capital*, con mayor claridad todavía: «Las categorías (...) son formas del intelecto que tienen una verdad objetiva en tanto que son reflejo de las relaciones sociales reales; pero estas relaciones no pertenecen más que a esta época histórica determinada en la que la producción mercantil es el modo de producción social determinante»[15].

Este punto de vista es la razón fundamental-que nos hace calificar al deporte actual como *deporte capitalista* (aún en los países llamados «socialistas»). Él deporte moderno ha nacido con la sociedad capitalista industrial y es inseparable de sus estructuras y de su funcionamiento. Así lo señala muy justamente P. Laguillaumie: «No sólo la aparición del deporte moderno, es decir, del depone practicado dentro de ciertas ferinas de organización que difieren radicalmente de las de la antigüedad, es un fenómeno histórico que data del advenimiento del maquinismo industrial burgués, en la fase ascendente del capitalismo; no sólo el desarrollo mundial del deporte ha seguido el desarrollo mundial del capitalismo, sino que además, y sobre todo en la actualidad, la organización interna, las estructuras, las formas y su contenido son de esencia burguesa»[16].

1. CUESTIONES DE TERMINOLOGÍA: LA POLISEMIA DEL TERMINO «DEPORTE»

La primera dificultad que se presenta en el estudio sociológico del fenómeno del deporte se refiere a *la delimitación misma del tema de estudio. ¿Qué es verdaderamente el deporte?* El sentido común tendería a abarcar con este vocablo casi todas las actividades físicas intensivas. El propio término de deporte, que inunda ampliamente las publicaciones de gran tiraje e invade el vocabulario cotidiano, es, en efecto, de una extraordinaria *polisemia*. Parafraseando a Hegel podemos decir que es «la oscuridad absoluta en la que todas las vacas son negras». Podemos señalar en primer lugar que la propia palabra «deporte» connota una idea positiva, buena. El deporte es valorado socialmente. El deporte es útil y beneficioso. Generalmente se identifican el deporte y la salud y el deporte y la juventud (o el dinamismo). Por extensión, todo se ha convertido en deporte. Se habla de espíritu deportivo a propósito de las relaciones contractuales entre los partenaires sociales, se evoca la deportividad de tal primer ministro, se subraya el lado deportivo de una persona, se insiste sobre las virtudes deportivas de tal o cual marca de cerveza o de aperitivo y, sobre todo, se incluyen todas las actividades físicas en el gran sacó del deporte. En el vasto espectro de las actividades físicas, competitivas o no, podemos distinguir varios tipos de actividades y de prácticas. Mauss, que ha ordenado todo este conjunto bajo el término genérico de «técnicas del cuerpo», ha abierto, en nuestra opinión, la vía hacia una *tipología de las actividades físicas.*

Las técnicas corporales están en su origen estrechamente determinadas por el proceso de producción y de reproducción de la vida material. Las actividades físicas competitivas lúdicas han derivado de las técnicas corporales de producción y de las técnicas del trabajo sobre las cuales actúan a su vez. Como dice N. Ponomarev; «dos rasgos particulares de la producción y de las relaciones sociales en la sociedad primitiva determinan los estrechos lazos de la educación física con el proceso del propio trabajo y con las demás formas de la educación. La educación física existe en cada sociedad humana en la medida en que es un factor esencial de la preparación para el trabajo»[17].

Las técnicas del cuerpo sé encuentran, pues, en su origen, esencialmente ligadas al trabajo utilitario cotidiano. *Son técnicas de uso corriente. La educación física nace al mismo tiempo que se constituye la sociedad humana; sólo es propia del hombre.* La transmisión de la experiencia motriz, técnica, de una generación a otra es una condición *sine qua non* de la existencia de la sociedad misma la educación física está entonces, en general, orientada hacia la disposición al trabajo, principalmente hacia la caza y la agricultura.

Ulteriormente en las sociedades antiguas y feudales encontramos la mayoría de los ejercicios físicos y de los juegos: halterofilia. esgrima, equitación, natación, lucha, juegos de destreza, de fuerza, torneos, etc. Hay que

---

14 K. MARX, Introduction générale á la critique de l´´economie politique, op. cit. P. 261.

15 K. MARX, El capital, libro primero, op. cit. p. 610.

16 P. LAGUILLAUMIE, «Pour une critique fondamentale du sport», en Partisans, Sport, culture el represión, Maspéro, París, 1972, p. 40.

17 N. PONOMAREV. «Naissance et développement de l´education physique», en Recherches internationales á la lumiére du marxisme (Sport et education physique), Editions de la Nouvelle Critique, París, 1965, p. 23.

señalar, que lo que caracteriza sobre todo a estos ejercicios físicos es, por una parte, y en primer lugar, su efecto de preparación militar para la guerra, y, por otra, su *carácter de clase:* los ejercicios son diferentes de acuerdo con la pertenencia de clase de los participantes y tienen funciones diferentes. En las clases dominantes, la educación física forma parte integrante de la educación, mientras que en las clases dominadas más bien forma parte de las diversiones cotidianas. Rabelais y, sobre todo, Montaigne nos han dejado programas bastante completos de educación física. Para Montaigne, por ejemplo, «los juegos y los ejercidos serán una buena parte del estudio: las carreras, la lucha, la música, la danza, la caza, el manejo de caballos y armas».

En la Edad Media, particularmente, se produce un extraordinario incremento de las actividades y de los ejercicios físicos que están en el origen de los deportes modernos. Pero es sobre todo la existencia de la caballería la que marcará la orientación decisiva de la actividad física, hasta tal punto que numerosos autores no han dudado en comparar el deporte con una especie de orden de caballería moderna con sus ritos y sus valores *(fair play*, etc.). B. Gillet no duda, por ejemplo, al escribir que «es en el marco ideal caballeresco en el que debemos buscar las raíces más profundas del espíritu deportivo»[18].

En su propio origen el deporte tomará sus técnicas de estas técnicas «naturales» que inicialmente apenas se codificarán. Así nos extrañamos al constatar el carácter profundamente anticuado, casi primitivo, de las primeras técnicas del deporte, principalmente en las modalidades del atletismo. Los gestos y ademanes se parecen a los de los debutantes o iniciados.

El deporte se desembarazará poco a poco de este caos confuso y complejo de los gestos y movimientos naturales para formar un corpus coherente y codificado con técnicas altamente especializadas y racionalizadas, adaptadas al modo de producción capitalista-industrial[19]

3. LAS DEFINICIONES CLÁSICAS DEL DEPORTE

Este largo preámbulo nos muestra la complejidad de una sociología del deporte entendido como la suma de las técnicas deportivas del cuerpo. El deporte se sumerge en una esfera compleja y diversificada de técnicas-culturales de donde emerge gracias a cierta racionalidad. En el vasto «continuum» infinito de los movimientos del cuerpo humano, el deporte recorta, abstrae, delimita técnicas. altamente eficaces y específicas, regidas por el principio del rendimiento.

Podemos empezar a dar ya una definición más rigurosa del deporte tomando en cuenta las reflexiones anteriores en -el marco de una comprensión dialéctica del sistema deportivo concebido como la organización de la actuación competitiva. En nuestra opinión, ha sido L. Volpicelli quien mejor ha definido el deporte. En su libro *Industrialismo e sport* dice: «en una civilización en la que la ciencia y la máquina constituyen los puntos cardinales, era lógico que el deporte se ocupase de esa *máquina extraordinaria que es el cuerpo humano*

(...) En ningún caso puede hablarse de deporte si falta la cientificidad de sus reglas y de su táctica, de su entrenamiento y de sus mediciones, si falta, en resumen, una organización racional del rendimiento de la máquina humana»; de igual manera que no podemos hablar de producción industrial si no es sobre la base de

---

18 B. GUILLET, Histoire du sport, PUF, París, 1965, p. 42.

19 Repitámoslo una vez más: la casi totalidad de las formas deportivas modernas nacen de las técnicas naturales y utilitarias del cuerpo, ligadas en particular a la supervivencia cotidiana en un medio hostil. Esto explica el anclaje ideológico profundo de las concepciones que creen ver en el deporte la manifestación más pura de la naturaleza humana, especialmente física. El atletismo, por ejemplo, del que G. Hebert ha mostrado su origen natural, está desde el principio ligado a los gestos físicos más elementales. «Correr, saltar, lanzar, ¿no es todo esto sencillamente vivir? Si se piensa en las condiciones de vida del hombre prehistórico, se puede incluso decir que la práctica de la carrera, del salto, los lanzamientos para huir o para perseguir, para defenderse o para atacar constituyen lo esencial de su actividad física» (T. BOBIN. «L'athlétisme». en *Jeux et sports.* Gallimard. Paris. 1967, p. 1.233). Igualmente la natación, otro deporte básico, se constituyó como una prolongación codificada de gestos utilitarios: «El hombre, por el simple hecho de vivir, está incesantemente en confrontación con el elemento exterior, el elemento natural que intenta dominar, tanto para aumentar su seguridad como para mejorar, facilitar y adornar su existencia; las obras de arte que nos han dejado ciertas civilizaciones nos muestran que la natación no les era desconocida» *(Ibidem.* p. 1559).

la organización racional y científica del trabajo. «Una civilización deportista se construye basándose en la cultura (es decir, en la técnica) y no únicamente en los músculos. La marca deportiva es fruto de una técnica rigurosa, de un entrenamiento asiduo, científicamente fundamentado»[20].

Es, pues, la organización del cuerpo como máquina humana de rendimiento deportivo la que da su carácter esencial al deporte, igualmente, G. Hébert, a pesar del carácter altamente ideológico de su «doctrina natural», se ve obligado a dar una definición exacta de la esencia del deporte moderno: «todo género de ejercicio o de actividad física que tenga como meta la realización de una marca y cuya ejecución se base esencialmente sobre la idea de lucha contra un elemento definido: una distancia, una duración, un obstáculo, una dificultad material, un peligro, un animal, un adversario, y por extensión, uno mismo»[21].

Puesto que el resultado es lo único que cuenta, el atleta va a hacer todo lo posible por obtener el mejor rendimiento. Tal es el sentido del dinamismo deportivo, de su sed de competencia ligada a la del maquinismo industrial, como señala J. Ellul. Según él, el deporte es *la técnica perfeccionada del rendimiento corporal:* «Tenemos técnicos que tienden a llevar hasta la perfección el aspecto mecánico de su actividad. Esta mecanización de los gestos corresponde, por otra parte, a la mecanización de los aparatos deportivos: cronómetro, instrumentos de precisión para las mediciones, aparatos en la línea de salida, etc. Y en esta exacta medición de los tiempos, en esta rigurosa conformación de los gestos, en el principio del récord, reencontramos en el deporte uno de los elementos más importantes de la vida industrial»[22].

El deporte es la actividad física típica de una sociedad industrial cuyo fundamento es la organización cien tífica del trabajo y la creencia pragmática en el progreso humano lineal, del que se finge creer que puede proseguir hasta el infinito (un poco como la constante caída de los récords).

De igual modo que lo artesano ha sido desde hace tiempo sobrepasado históricamente en la esfera de la producción, debemos constatar que en el deporte hemos entrado en un periodo que marca, según expresión de J. Bobet, «el fin de la fantasía, de la improvisación, de todo lo que constituía lo artesanal en materia deportiva»[23]. Como también dice Bobet, «para acercarse a la perfección, para mejorar el rendimiento del hombre, ya no se tiene el derecho a divertirse»[24].

El deporte se ha convertido en una actividad seria que moviliza todo el arsenal de los conocimientos teóricos y técnicos del hombre hacia una misma meta: el perfeccionamiento corporal humano infinito. Aunque integrando todas las actividades humanas, el deporte se ha convertido en un sector relativamente autónomo: el de la teoría y la práctica científicas del cuerpo como potencialidad de rendimiento-máximo. *El deporte se ha convertido en la ciencia experimental del rendimiento corporal* y ha exigido la creación de laboratorios de medicina deportiva, la puesta a punto de material experimental y de equipos diversos, la apertura de institutos deportivos especializados. El deporte mundial, como totalidad, se ha convertido en una vasta organización y en una estructura administrativa, negocio nacional a cargo de los Estados en función de sus intereses diplomáticos. El deporte mundial se ha convertido en una carrera hacia el rendimiento emprendida por alrededor de 20,000 atletas de élite *(Spitzen sportler,* en alemán) sólidamente encuadrados en organizaciones nacionales controladas y planificadas por el Estado. El deporte es una empresa monopolista de Estado con su propia planificación (preparación olímpica, presupuesto, funcionarios, etc.), *En la era del capitalismo monopolista de Estado (tanto en el Este como en el Oeste) el deporte se ha convertido también en un deporte monopolista de Estado.*

Empezamos así a entrever la complejidad del fenómeno deportivo que delimita un campo original y especifico en el espectro de las actividades físicas en general. Creemos haberle quitado, al menos en una primera aproximación, la ambigüedad semántica que pesaba sobre el término «deporte». En nuestra definición, el deporte aparece como algo muy *preciso* que excluye evidentemente de su dominio los fenómenos anexos que, aunque parecidos al deporte, no forman parte de él. Pero todavía hay que profundizar

---

20 L. VOLPICELLI, *Industrialismo e Sport,* Armando Armando, Roma, 1960, pp. 54 y 56.
21 G. HEBERT. *Le sport contre l'éducation physique.* Libraire Vuibert, Paris, 1946, p. 7.
22 J. ELLUL. *La technique ou l´enjeu du siècle,* A. Colin, Paris, 1954, p. 347.
23 Citado por G. MAGNANE. *Sociologie du sport,* Gallimard, Paris, 1964, p. 153.
24 **Ibídem**

en el análisis. El fenómeno deportivo en sí mismo, *en su especificidad*, es un producto histórico determinado, como iremos viendo más ampliamente en la prosecución de este trabajo. El sistema deportivo se ha constituido históricamente como una totalidad estructurada. Y la historia del deporte es la historia de su constitución progresiva en un sistema a escala mundial (el proceso se cerrará cuando China Popular se haya reintegrado al concierto de las naciones deportivas, lo que no tardará en ocurrir).

Pero la historicidad del deporte es mucho más profunda. Se refiere al deporte como sistema, tanto por su contenido como por su forma. El sistema deportivo es por su misma esencia una historia: la de las actuaciones humanas catalogadas en una especie de museo: la lista de los récords. Todas las categorías deportivas (competición, récord, rendimiento, entrenamiento, jerarquía, etc.) son categorías que se han ido progresivamente abstrayendo de la ganga indiferenciada de la práctica corporal lúdica y agonal, para convertirse en verdaderos sistemas estructurales competitivos que organizan la práctica deportiva. Basta con dar algunos ejemplos.

La medición de las pruebas, que es, como veremos más adelante, una de las categorías centrales del deporte, se ha desarrollado. progresivamente hasta lograr un sistema ultra-perfeccionado de registro. Veremos, junto con W. Umminger, que el nacimiento del deporte es correlativo con la introducción de la medición, principalmente del cronometraje. Desde sus inicios, el deporte se edifica sobre la práctica de la medición de las pruebas. Si bien inicialmente esta práctica era rudimentaria, no tardó en perfeccionarse rápidamente hasta el punto de encontrarse hoy día en la cima del progreso técnico (registros electrónicos, fotoeléctricos, cámaras ultrarrápidas, uso de computadoras, aparatos para medir la velocidad del viento y la humedad del aire, etc.). El deporte, dice Bouet, es «en primer lugar el empleo sistemático y preciso de la medición de los tiempos y de las distancias y del conteo de los puntos. Nunca insistiremos bastante sobre la forma en que nuestro deporte moderno ha quedado marcado por el empleo del metro y de sus derivados, y del cronómetro también; fijando rigurosamente la medida de los resultados obtenidos les da la virtud de lo permanente»[25].

Lo mismo sucede con el entrenamiento, que en sus orígenes no era más que una práctica empírica, más o menos ocasional, pero que se ha convertido hoy día en un sistema científico de preparación del organismo con vistas a hacerle cumplir pruebas máximas. El sistema de entrenamiento no sólo está ligado estrechamente con el de la competición, del que es inseparable, sino que, además, ha asimilado todas las técnicas modernas, prácticas, científicas (dietética, relajación, medicina, bioquímica, etc.). El entrenamiento, que era inicialmente una especie de *mímica anticipada* de los gestos reales de la competición, se ha convertido hoy en día en una vasta experiencia de transformación sistemática de las capacidades y facultades del cuerpo humano. Hay que asistir a una sesión intensiva de entrenamiento (o haberla sufrido uno mismo) para darse cuenta de hasta qué punto el deporte constituye un *proceso de metamorfosis experimental de los límites biológicos humanos.* Todas las funciones del organismo se dinamogeneizan y muchas veces hasta la forma del cuerpo cambia notablemente. Podemos, pues, decir, sin exagerar demasiado, que el entrenamiento constituye, en cierta manera, *el «banco de prueba» del motor deportivo corporal.* Distintos laboratorios e institutos se las ingenian, mediante métodos ultramodernos, para poner «a punto» el bólido, probándolo, perfeccionándolo y haciéndole dar vueltas de prueba previas al «gran día». Esta puesta a punto es frecuentemente muy larga y delicada. Abarca desde la existencia de un programa de vida «higiénica», hasta la repetición de toda una serie de trabajos intensivos (trabajo de verano y trabajo de invierno), pasando por el perfeccionamiento detallado de la técnica (con magnetoscopio, película, registro, etc.); hoy día, lo esencial de la práctica deportiva tiene lugar durante el entrenamiento, y la competición en sí no es más que el momento crucial que verifica la adecuación de este entrenamiento: el sistema deportivo se ha constituido llevando a su extrema perfección todas las categorías que lo estructuran, y haciendo de las abstracciones realidades que encarnan en las prácticas materiales; por otra parte, ha unificado el conjunto de estas categorías en un solo sistema coherente que lleva de una categoría a la otra, y que no se comprende si no es por esta relación de una con la otra, tal como ocurre en toda totalidad orgánica. Es la razón por la cual es imposible comprender hoy día el deporte si no se estudian todas las relaciones e intereses que lo constituyen. El sistema deportivo se ha convertido en un *bloque histórico de nuevo tipo* en el que se entrecruzan infraestructuras y superestructuras sociales, mezclándose orgánicamente todas las dimensiones y esferas sociales. Desde este punto de vista, el sistema deportivo ha sufrido la misma evolución dialéctica que el modo de producción capitalista. Está constituido por un *conjunto orgánico,* según la expresión de Marx, en el que todas las categorías se mantienen en un

---

[25] M. BOUET. *Signification du sport,* Editions Universitaires, Paris, 1968. p. 454.

sistema de relaciones mutuas necesarias. Así, tanto en el Este como en el Oeste, las categorías centrales de la sociedad capitalista (valor, trabajo asalariado, capital, renta de la tierra, crédito, mercancía, etc.) son «categorías que expresan las relaciones de esta sociedad y aseguran la comprensión de sus estructuras», nos dice Marx[26]. Igualmente las categorías deportivas expresan la estructura esencial del sistema deportivo, y sin ellas ese sistema no sería pensable teóricamente. Marx explica muy bien el carácter orgánico y estructural del sistema capitalista (y sus señalamientos son válidos también para el sistema deportivo, que no es sino un subsistema): «tal producción determina tal consumo, tal distribución y tal intercambio, así como todas las relaciones determinadas entre esos diversos elementos. Ciertamente en su sentido estricto, la producción está ella misma determinada por los otros elementos. Así, cuando se amplía el mercado, es decir, la esfera del intercambio, la producción aumenta de volumen y se diversifica; la producción se modifica al mismo tiempo que la distribución cuando el capital se concentra o cuando la distribución de los habitantes entre ciudad y campo se modifica, etc. Las necesidades del consumo influyen sobre la producción. *Hay interacción entre todos estos factores: es el caso de cualquier conjunto orgánico*»[27].

Igualmente, en el sistema deportivo, las categorías deportivas se integran unas en otras y actúan unas sobre otras. Por ejemplo, la intensificación de la competencia conlleva el perfeccionamiento del entrenamiento, que, a su vez, refuerza la selección de los atletas, la cual provoca una acentuación de la competencia, una mejora concurrencial de la técnica, etc. Asimismo la elevación del nivel de las pruebas y de los récords lleva, necesariamente, a un afinamiento en las técnicas y procedimientos de registro y de medición con el fin de poder discriminar mejor los resultados muy próximos; y, por otra parte, trae aparejado el perfeccionamiento de la técnica deportiva. Esta, a su vez, provoca una competencia mucho más encarnizada a nivel de la competición. Todas estas categorías encuentran su unidad dialéctica y dinámica en la progresión de los récords, que son la historia real, materializada, del deporte. Por otra parte, la unidad dinámica del deporte nos es dada por la búsqueda del rendimiento corporal; éste es el motor profundo, como lo veremos más adelante, de la evolución del sistema deportivo que se ha constituido como el sistema organizado del rendimiento corporal. *En otras palabras, el sistema deportivo es una totalidad de categorías prácticas subordinadas a una relación esencial: la búsqueda del rendimiento corporal a través de la competición organizada.*

Ciertamente, la práctica deportiva es heterogénea: reagrupa prácticas de alta competición, prácticas más o menos «lúdicas» y prácticas mixtas. No obstante, la relación esencial del sistema deportivo, la competición, es la que da su carácter fundamental y especifico al deporte. Marx emplea estrictamente el mismo método cuando muestra que una formación económico-social dada está estructurada por un modo de producción dominante que impone su hegemonía a todos los demás modos de producción subordinados: «En todas las formaciones sociales, es un modo de producción determinado el que asigna a todos los demás su rango y su importancia; las relaciones esenciales juegan un papel determinante de cara a todas las demás. Se obtiene así un esclarecimiento general que ilumina todos los colores y modifica en ellos la tonalidad particular, es decir, cada éter determina el peso específico de cada una de las formas de existencia»[28].

Sucede lo mismo en el sistema deportivo. La relación competitiva determina fundamentalmente todas las demás relaciones del sistema. Como ha dicho justamente Bouet, «la competición es la forma específica de relación interhumana en el deporte (...). La esencia del deporte envuelve la perspectiva de esa activa comparación en la que cada uno rivaliza con los demás para situarse en lo alto de la escala. *La perspectiva competitiva es inherente al deporte»*[29]. El sistema deportivo no solamente es una vasta red de competiciones permanentes, sino también, y sobre todo, una pirámide jerarquizada de diferentes tipos de competición que engloba un número mayor o menor de atletas y son más o menos intensivos. F. Simon, en *Le Monde*, distingue fundamentalmente dos tipos de competición:

a) El deporte de alta competición, que sólo interesa a una minoría de atletas. Los que se dedican a él son en su mayor parte profesionales o semiprofesionales, y, como nota este autor, «ejercen un papel pedagógico en las demostraciones que, ofrecen»[30].

---

26 K. MARX, Introduction générale a la critique de l'économie politique, op. Cit., p. 260.
27 **Ibídem**, pp. 253-254.
28 K. MARX, Introduction générale á la critíque de l'économie politique, op. cit., p. 261
29 M. B0UET, *op. cit., pp.* 45-48.
30 *Le Monde*, 24 junio 1971.

b) El deporte practicado por todos, que, igualmente, está hecho de competiciones y de pruebas a realizar, de obstáculos a salvar. Es el deporte de los solitarios corredores de fondo de los domingos por la mañana y de los clubs de aficionados. En resumidas cuentas, el deporte de «todo el mundo». Pero el deporte, en su esencia típica, es ante todo el deporte de punta, el deporte de élite y de alta competición. Es éste el que le da su carácter específico al conjunto del fenómeno deportivo, y con tal fuerza que podemos tomar a su cuenta la siguiente afirmación del sociólogo alemán B. Rigauer: «*Todo enunciado sobre el fenómeno deportivo de competición es significativo para el conjunto del complejo deportivo en general, porque el deporte de competición es hoy día el elemento constitutivo de todo el sistema deportivo*»[31].

Se desprende de estas consideraciones que el deporte no es una institución unitaria, sino una *unidad diferenciada,* altamente jerarquizada, en la que se entrecruzan diferentes instancias y niveles de competición.

Jürgen Dieckert ha tratado, utilizando el método de los *tipos ideales,* de diferenciar un poco más detalladamente los diferentes tipos de deporte. Distingue esencialmente el deporte de *alta competición (de élite)* del *deporte «de recreo» (de masas).* El deporte de alta competición presenta las siguientes características:

a) Metas y motivaciones: la búsqueda de la marca máxima, del récord, de la gloria pública, de la ascensión social, del prestigio y del enriquecimiento.
b) Medios y formas: la competición disciplinada y reglamentada, institucionalizada, la diferenciación de las pruebas en función de las categorías de edad y de sexo.
c) Condiciones y premisas: este deporte está limitado a los jóvenes sanos capaces de realizar los esfuerzos requeridos; este tipo de deporte se caracteriza por una búsqueda desenfrenada de talentos deportivos y por su metódica selección (jerarquizada).
d) Modo de funcionamiento: el entrenamiento es la forma fundamental de preparación sistemática para la competición; este entrenamiento, por otra parte, se parece estructuralmente a los métodos de trabajo en cadena (ver más adelante el capítulo especial dedicado a este aspecto...). Los gestos son automatizados, codificados y estandarizados. El entrenamiento se organiza bajo la dirección más o menos autoritaria de un entrenador. El control se realiza científicamente y los resultados son evaluados por métodos estrictos; por último, el conjunto de la vida cotidiana se planifica metódicamente hasta alcanzar, a veces, el ascetismo. El todo está sólidamente encuadrados en una organización estricta, a veces militarizada (en los países totalitarios del Este).

Los tipos ideales del deporte de recreo, por supuesto, son diferentes:

a) Meta: es, sobre todo, la búsqueda del gusto, de la alegría, de la diversión, de la comunicación, del equilibrio físico, de la compensación, del restablecimiento y de la salud.
b) Medios y formas: ejercicios informales, espontáneos y, muchas veces, sin regla predominante. Se inventan diferentes gestos sin fines competitivos precisos. Se evita generalmente la especialización y lo que domina es la búsqueda de la universalidad de la experiencia motriz. Estos ejercicios también son independientes de cualquier tipo de codificación técnica y de la limitación de edad o de sexo.
c) Condiciones y premisas: este tipo de deporte abarca toda la escala de edades y niveles de pruebas. Es «el deporte para todos», que de ninguna manera está ligado a la perspectiva competitiva de que habla Bouet.
d) Modo de funcionamiento: la *perspectiva lúdica* domina sin restricción alguna. El juego es esencialmente el contenido de la práctica orientada hacia la «obtención de placer». Domina la autodeterminación. No existe la institucionalización del entrenamiento, la vida cotidiana es normal y no entra en contradicción con la actividad deportiva. Pero lo esencial, a fin de cuentas, en la distinción que maneja J. Dieckert, son las consecuencias prácticas, pedagógicas. El deporte competitivo está caracterizado fundamentalmente por su agresividad ligada a la concurrencia y a la competición. La rivalidad deportiva generalizada produce en los atletas una personalidad

[31] B. RIGAUER, *Sport und Arbeit,* Suhrkamp, Francfort del Main, 1969, p. 68.

narcisista, agresiva e individualista. Las relaciones colectivas se conciben únicamente como un factor de rendimiento suplementario (por ejemplo, utilización de la dinámica de grupo para mejorar el rendimiento colectivo de un equipo de fútbol), mientras que en el deporte del ocio (para todos) el desarrollo de la espontaneidad y de la cooperación conlleva el desarrollo de la solidaridad, de la interacción social y de la comunicación entre los compañeros que practican, sin ningún tipo de emulación agresiva, un deporte en común[32].

Recordar la *complejidad* del fenómeno deportivo nos va a permitir esbozar una definición más profunda del deporte. Esta definición del deporte nos servirá de orientación para todo el resto de nuestra investigación; de ahí la importancia de precisarla bien, partiendo principalmente de las definiciones ya existentes, que nos parecen, en su mayoría, ideológicas (normativas) o insuficientes (parciales).

El primer tipo de definición, totalmente normativo, consiste en atribuir al deporte toda una serie de virtudes que habría de tener para ser «educativo». Este tipo de definición, que encontramos ampliamente en las publicaciones deportivas especializadas y en los discursos escolares o de premiación («mens sans in corpore sano»), no puede interesarnos desde el punto de vista científico. El otro tipo, más común y corriente y al mismo tiempo más sutil, consiste en definir el deporte como una variante superior del juego, entrando en una de las casillas de clasificación propuestas, por ejemplo, por J. Caillois. El ejemplo típico de este género de definición nos es dado por el pedagogo alemán C. Diem, uno de los organizadores fascistas de los Juegos Olímpicos nazis de 1936, en Berlín. Para él, el deporte es «un fenómeno del vasto campo del juego. «El juego es una actividad libre ejercida por sí misma y, por lo tanto, opuesta al trabajo»[33]. Volvemos a encontrarnos con esta definición, ampliada, en el ensayo de Huizinga *Homo ludens.* Otra forma de definición, más matizada y compleja, es la de Uwe Schultz, para quien «el límite entre el deporte y el juego no sólo es fluido, sino inexistente. El deporte no es un juego; el juego no es una forma superior del deporte»[34]. En otras palabras, el deporte es un ser híbrido, mixto entre el juego y la actividad seria. Para resolver la contradicción habla de «juego deportivo».

Otro tipo de definición del deporte consiste en aproximarlo al trabajo, del que sería una variedad «lúdica». Mientras que para Gillet «el deporte no debe ser asimilado por el trabajo, sino que es precisamente el tipo de actividad que le es opuesto (fijémonos en el matiz normativo), para otros convendría reunir en el mismo ámbito y con el mismo rango los esfuerzos deportivos y los esfuerzos admirables del soldado, del obrero y del campesino»[35] el antropólogo alemán A. Gelhen define así el deporte por «su homología estructural interna con el trabajo»[36]; el deporte ha recibido «sus reglas, sus exigencias de disciplina y sus rasgos morales de la existencia colectiva del trabajo»[37]. Por su parte, el sociólogo alemán J. Habermas afirma que «el deporte se ha convertido desde hace ya mucho tiempo en un sector de la racionalización del trabajo» y se habría convertido históricamente, en el modo de producción capitalista (del Este y del Oeste), en «el desdoblamiento del trabajo». Por último, G. V. Mengden señala que el deporte contemporáneo ha retomado «los atributos típicos de la *tecnocracia;* el deporte copia en todos sus puntos los principios de la sociedad industrial, marcada por el principio del rendimiento, y es, finalmente, en todo' y por todo, demasiado poco juego y demasiado una cosa seria»[38].

En contraste con estas definiciones antagónicas y demasiado sumarias, existe todo un tipo de definiciones, digamos, «neutras», en el sentido de que se contentan con ser puramente descriptivas, ni demostrativas ni analíticas. Son estas últimas las que guardaremos respetando, como lo hace, por ejemplo, J. Meynaud, una «concepción neutra de la actividad deportiva»[39]. En el Diccionario Robert aparece esta definición: «Actividad física ejercida en el sentido del juego, de la lucha y del esfuerzo, y cuya práctica supone un

---

32 J. DIECKERT, «Freitzeitsport versus Leistungssport», en *Leistugssport in der Erfolgsgesellschaft* (editado por G. Richter), Hoffmann und Campe, Hamburgo, 1973, p. 147 ss.

33 C. DIEM. *Wesen und Lehre des Sports,* Weidmannsche Verlagsbuchhandlung, Berlín, 1960, p. 3.

34 U. SCHULTZ. «Prefacio» a *Das grosse Spiel, Aspekte des Sports in unserer Zeit,* Fischer Bücherei, Francfort del Main, 1965, p. 7.

35 B. GILLET, *op. cit.,* pp. 7-8.

36 A. GELHEN, «Sport und Geseilschaft», en Das grosse Spiel, Aspekte des Sports in unserer Zeit, op. cit., p. 28.

37 **Ibídem**

38 Citado por B. RIGAUER, *op. cit.,* p. 13.

39 J. MEYNAUD, *Sport et politique,* Payot, Paris, 1966, p. 8.

entrenamiento metódico y el respeto de ciertas reglas y disciplinas»[40]. Esta otra es de Larousse, más concreta todavía: «Práctica metódica de los ejercicios físicos no sólo con vistas al perfeccionamiento del cuerpo humano, sino también del espíritu y de ciertas cualidades, como la lealtad, la energía, la perseverancia y la decisión»[41]. Estas definiciones, aunque neutras, no están exentas de finalismo o de normatividad, pero llegan a lo esencial: el deporte es una práctica física metódica.

La definición más clásica y al mismo tiempo más prestigiosa es la dada por el padre del olimpismo moderno, P. de Coubertin, para quien el deporte «es el culto voluntario y habitual del esfuerzo muscular intenso apoyado en el deseo de progreso y pudiendo a veces llegar hasta el riesgo»[42]. Esta definición, psicológicamente justa, desconoce precisamente, como todas las precedentes, el *aspecto objetivo de las relaciones sociales reflejadas por el deporte* en tanto que práctica social específica del rendimiento corporal humano. J. Ulmann da una definición sumaría del deporte que, según él, «presenta tres rasgos principales: es un juego, una competencia y una formación»[43].

Todas estas definiciones, una vez más, señalan sólo un aspecto, muchas veces unilateral, y no mencionan casi *la estructura esencial del deporte: la relación competitiva del cuerpo tomado como instrumento de rendimiento.* Así, pues, no es de extrañar ver a un sociólogo, buen conocedor de la sociología del deporte, identificarlo sencillamente con el conjunto de actividades físicas existentes. Al pasar, además, a la regla metodológica que, sin embargo, había formulado tan justamente (la de la neutralidad sociológica), Meynaud afirma que su definición «abarca sin dificultad las ramas deportivas que dan lugar a la competencia. Pero englobamos también, por *convención,* los deportes llamados al aire libre, es decir, las actividades que, desarrollándose en plena naturaleza, tienen únicamente como meta la confrontación del hombre con los elementos naturales: la roca, el agua, el bosque»[44]. De ahí puede deslizarse hacia la pendiente que algunos autores no dudarán en rodar. Se define entonces al deporte como un «medio de cultura» (Dumazedier), como un medio al servicio del hombre, es decir, como un medio de lucha política revolucionaria (Mao Tsé-dong).

Estas definiciones insuficientes van a permitirnos proponer a continuación nuestra propia definición.

---

40 *Ibidem,* p. 8.
41 *Nouveau petit Larousse illustré,* Larousse, París, 1952, p. 970.
42 P. DE COUBERTIN, *Pédagogie sportíve,* Crés et Cie., París, 1922.
43 J. ULMANN. *Op. cit.,* p. 330.
44 J. MEYNAUD. *Op. cit.,* p. 8.

II. DEPORTE Y SOCIEDAD CAPITALISTA INDUSTRIAL: EL ADVENIMIENTO DEL DEPORTE DE COMPETICIÓN MODERNO

Hemos insistido en nuestra introducción teórica sobre la necesidad de marcar muy netamente, por un lado, una *ruptura histórica* entre el deporte antiguo y el deporte moderno (ruptura causada por la creación de una institución nueva) y, por otro, la diferencia radical entre las actividades físicas de todo tipo y el deporte propiamente dicho (papel motor y dominante de la alta competición). Quisiéramos ahora mostrar históricamente las condiciones del advenimiento del deporte moderno con la extensión y la consolidación definitiva del modo de producción capitalista en Inglaterra.

1. EL NACIMIENTO DEL DEPORTE MODERNO EN INGLATERRA

El conde Karl von Krockow hace notar que «el deporte de competición moderno es un producto de la sociedad industrial, la representación simbólica concentrada de sus principios fundamentales; ésa es la razón por la cual fascina a las masas en todos los países industrializados o en vías de industrialización»[1].

Es en Inglaterra donde debemos buscar el origen del deporte moderno. A mediados del siglo XVIII aparece el *«patronised sport»*. La aristocracia fomenta los juegos populares, incitando a ellos por medio de recompensas. Ella misma los practica por su cuenta. Eventualmente, el noble no desdeña el mezclarse en los juegos del pueblo.

Uno de los principales deportes practicados en la época por la nobleza era la equitación. Las apuestas proliferaban. La equitación tiene su *General stud Book containing pedigrees Races Horses, re*gistro de pura-sangres desde Guillermo II (fines del siglo XVII), y Jockey Club es fundado en 1750. Este entusiasmo por las prueba hípicas tiene un curioso resultado. En 1788, una multitud se reúne en el hipódromo de Newmarket para ver a un tal Evans batir el récord pedestre de la hora. El anterior récord lo poseía Thomas Carlisle, quien en 1740 corrió 17,3 kilómetros. Se apuesta sobre Evans como si se apostase sobre un caballo. La recaudación alcanza 10.000 libras y el corredor sabe que, en caso de ganar, se embolsará la décima parte de esta suma. Evans recorrió 17,4 kilómetros en hora: ¡récord batido! Pero también se corre sobre pista. Foster Powell tiene ya treinta años cuando, en 1764, sobre el *Bath road* de Londres a Bristol, cubre la *50* millas ¡en menos de siete horas! Las pruebas pedestres son, la mayor parte de las veces, carreras de largo recorrido. Sin embargo, en 1787, un tal Walpole logró «tragarse» una milla (alrededor de 1.609 metros) en cuatro minutos treinta segundos. Estos «pedestres» son la mayor parte semiprofesionales (ya entonces) y tienen algún oficio complementario, como el de *«running footman»*, valet de pie encargado de preceder a la carroza de un noble y anunciar su paso. Este tipo de carrera-apuesta existía ya desde principios del siglo XVII. En mayo de 1606 tuvo lugar una competencia incitada por una apuesta: un cierto John Lepton of Kepwica aseguraba que en seis días recorrería a caballo cinco veces la distancia de Londres a York (aproximadamente 200 millas por día). En realidad, no tardó más que cinco días. Hay en este hecho, dice Bouet, el prototipo de lo que habría luego de hacerse de modo cada vez más extendido: la tentativa de superar empresas en razón de una apuesta, y que se traduce, la mayor parte de las veces, en un *match* contra el tiempo. Dice Umminger: «Bien conocido el gusto general por las apuestas, imaginaban constantemente pruebas sensacionales, ciertamente absurdas. Se organizan también carreras de lisiados, de jovencitas, de viejos, carreras a la pata coja y toda suerte de otras insensateces. La apuesta no fue, pues, la única iniciadora de las marchas extremas humanas y del récord, pero sitúa desde el principio una serie de obstáculos sobre la vía de su desarrollo»[2].

Podemos ya desgajar tres caracteres esenciales del deporte industrial moderno: la persecución del récord, el creciente interés por la velocidad, y la obsesión por lo mensurable. W. Umminger concluye muy justamente: «Seguramente esto había existido ya; y los espectadores ya habrían hecho, de tiempo atrás, sus apuestas sobre el resultado de un juego, de una competición o de un encuentro. Pero la apuesta solía ser siempre una especie de juego de azar, accesorio a un evento deportivo que tendría lugar de todas maneras. Los ingleses, por el contrario, apostaban sobre hazañas deportivas que no estaban organizadas más que en razón de la apuesta. La

---

1 K. *GRAF* VON KROCKOW. «Der Wetteifer in der industriellen Gesellschaft», en *De Wettejfer*, Limpert Verlag, Francfort del Main. 1962, p. *59.*

2 W. UMMINGER, *Des hommes et des records.* Ed. La Table ronde, Paris, 1964, p. 237.

apuesta era la incitación al récord. Aquí también, como en la lucha contra el tiempo, se anuncia la era industrial, de la que la Gran Bretaña pasa igualmente por ser la cuna»[3].

En este contexto general, las carreras de caballos se convierten en un fenómeno cada vez más importante y frecuente, y no dejan de ganar popularidad en el curso del siglo XVIII. Las carreras de caballos contribuyen igualmente a suscitar una búsqueda sistemática del perfeccionamiento del entrenamiento. En 1731, con ocasión de una carrera de caballos, se utiliza por primera vez el *cronógrafo*.

La carrera a pie había de seguir el mismo proceso que las carreras de caballos. En 1787, se registra una marca sobre la distancia de una milla; en 1791, otra sobre un cuarto de milla. Estos corredores a pie son generalmente profesionales. Pero la práctica de la apuesta deportiva no reina solamente en el dominio de las carreras, aunque sea aquí, donde encuentre la imagen más neta de una sociedad que comienza a coger su ritmo competitivo: los ingleses apostaban también sobre los resultados de los combates de lucha, de esgrima, y sobre todo de boxeo.

Comienzan en seguida a desarrollarse los demás deportes británicos: golf, etc. Pero lo que se hace característico de la dependencia del deporte con relación a las fuerzas productivas es la importancia adquirida por los relojes. Es un fenómeno típico del desarrollo del deporte moderno la aparición en Inglaterra, ya desde 1731, de los cronómetros. En 1510 había sido inventado el reloj de pulsera por Henlein; en *1650,* el reloj de péndulo por Huygens; en 1676, el reloj de repetición por Barlow, y, en fin, en 1776, el cronómetro por Harrison. Estos instrumentos de medición del tiempo habrían de tener una influencia capital en el desarrollo del deporte, que, hasta la aparición del cronometraje electrónico, no dejó de ser *una inmensa carrera contra el reloj*.

Desde 1760, los ingleses organizaron las primeras carreras de velocidad de 110 yardas, distancia la más apta, según ellos, para demostrar la mayor velocidad humana. Después, a la manera de los griegos, utilizaron una distancia equivalente poco más o menos a la de un «estadio»: el «furlong» de 220 yardas (201,16 metros); después, el «diaule»: un cuarto de milla *(402,33* metros), y, por fin, en las distancias correspondientes a las carreras largas (diólicas) de Olimpia: la media milla (804,67 metros), la milla (1.609,31 metros), las dos millas (3.218,68 metros), las tres millas (4.828,02 metros) y las seis millas (9.656,05 metros). Estas son las distancias que los europeos del continente, cuando empezaron a practicar la carrera de pie (hacia 1884-1894), transforman en 100, 200, 400, 800, 1.500, 3.000, 5.000 y 10.000 metros.

Poco a poco, todos los demás deportes comenzaron a difundirse, a desarrollarse y sobre todo a organizarse como institución durante los decenios comprendidos entre 1860 y 1900. La *Football Association* vio la luz en 1863; el *Amateur Atliletic Club,* en 1866; la *Amateur Metropolitan of Swimming Association,* en 1869; la *Rugby Football Association,* en 1871; la *Bicyclists' Union,* en 1878; la *National Skating Association,* en 1879; la *Metropolitan Rowing Association,* en 1879; la *Amateur Boxing Association,* en 1884; la *Hockey Association,* en 1886; la *Lawn Tennis Association,* en 1895, y, por fin, la *Amateur Fencing Association,* en 1898. Este acercamiento cronológico, bastante compacto en Inglaterra, demuestra en todo caso los fulgurantes comienzos del deporte de competición y su institucionalización. Al mismo tiempo aparecen las primeras grandes competiciones clásicas. Los primeros campeonatos universitarios aparecen en 1857 en Cambridge, y en 1860, en Oxford. La prueba que debía responder al nombre de *cross-country* y convertirse en la especialidad atlética más popular se corría en Rugby en 1837, bajo el nombre de *crick run.* La primera carrera célebre entre Oxford y Cambridge tuvo lugar en 1829. Después fue el turno de las competiciones de golf, de rugby y de cricket.

Desde esa época van a establecerse definitivamente las normas directrices del deporte de competición que fijarían fundamentalmente su dinamismo y su orientación. Bouet lo resume muy bien de la manera siguiente: «Por lo que acabamos de decir de los tres principales deportes (boxeo, rugby y carreras a pie), a los que en una Inglaterra en plena expansión económica y social había dado la pasión por las apuestas un impulso tan fuerte, vemos nacer los rasgos característicos del deporte moderno: la búsqueda dé la marca, la persecución del récord, la medición (especialmente del tiempo), el perfeccionamiento de la técnica, la competición

---

[3] *Ibídem*, p. 237.

incesante, la inserción del deporte, dentro de la actividad económica y su penetración en las diferentes clases sociales, a las que pone a menudo en comunicación»[4].

Deportes	*Inglaterra*	*EE.UU.*	*Alemania*	*Suiza*
Futbol	1863	—	1900	1904
Natación	1869	1878	1887	1904
Ciclismo	1878	1880	1884	1900
Remo	1879	1872	1883	1904
Atletismo	1880	1888	1898	1895
Tenis sobre hierba	1886	1881	1902	1906
Esquí	1903	1904	1904	1908

Vemos así florecer progresivamente en la Inglaterra industrial del siglo xix cl sistema institucional deportivo, que no tardaría en difundirse entre todos los grupos sociales del mundo. Nuestro propósito, ya lo hemos dicho, no es escribir una historia del deporte, aunque fuera sumaria, sino extraer lecciones de esta historia para hacer así su teoría. Sin embargo, desde un punto de vista más general podemos decir que *la historia del deporte es la historia de su difusión progresiva por todo el planeta, especialmente a partir de finales del siglo XIX y principios del* XX. La concordancia en la aparición de las federaciones deportivas nacionales en los distintos países muestra claramente el *carácter estructural del hecho deportivo,* indisolublemente ligado al modo de producción capitalista y a su eclosión expansionista-imperialista de principios de siglo.

La institucionalización del deporte se produce en todos estos países simultáneamente, a medida que el modo de producción capitalista se instala y se'consolida definitivamente, antes de conquistar todo el planeta.

El primer factor que ha convertido al deporte en sistema mundial es la difusión universal del modo de producción capitalista industrial. Marx señala en su prefacio al tomo primero de *El capital* que Inglaterra es «el hogar clásico» del modo de producción capitalista, y agrega que «los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir»[5]. Con la extensión del modo de producción capitalista se difunde igualmente el modo dominante de las técnicas del cuerpo: las prácticas deportivas. Como dice Bouet: «El deporte inglés fue progresivamente asimilado por el mundo entero... El deporte se convirtió en un fenómeno mundial y en objeto de relaciones internacionales... La difusión mundial del deporte lo ha enriquecido con ciertas especialidades universalmente extendidas. Las competiciones internacionales aparecen y se multiplican, trayendo consigo la formación de organismos federativos internacionales, que han contribuido poderosamente a fijar la evolución de las normas de los diferentes deportes de una manera racional»[6].

Los intercambios de capital, mercancías y trabajadores tuvieron como consecuencia los intercambios de ideas y prácticas deportivas. A medida que se exportaba la costumbre de los entretenimientos y del ocio, los artículos deportivos se difundieron a la par que las técnicas deportivas. Quede bien entendido que el factor esencial de la difusión mundial es la constitución definitiva del mercado mundial como cuadro unificador del modo de producción capitalista. Como dice con humor netamente británico Mc Intosh: «Los juegos y los deportes se exportan del mismo modo que los barcos y los imperdibles. Han sido llevados a las cuatro esquinas del mundo por los viajeros y los comerciantes, los soldados y los marinos, los ingenieros y los misioneros. El comercio sigue a la bandera y el deporte sigue al comercio»[7]. De esta manera, a partir del impulso anglosajón, se funde el deporte por medio de la expansión imperialista de principios de siglo.

Como señala Mc Intosh: «La mayor parte de los deportes de práctica corriente y la gran mayoría de los más populares fueron exportados por la Gran Bretaña»[8]. En efecto, el imperio británico sembró a los cuatro

---

4 M. BOUET, *Op. cit., p.* 325.

5 K. MARX. *El capital,* tomo 1, *op. cit.,* p. XIV.

6 M. BOUET, *op. cit., p.* 346.

7 P. C. Mc INTOCH, *Sport in society,* Watts, Londres, 1963, *p.* 45. B. GILLET *(Op. cit.,* pp. 75 s.) desarrolla la misma opinión: «Inglaterra conservará otro mérito, el de haber ofrecido al mundo entero la mayor parte de los deportes que se practican hoy día: atletismo, cross-country, rugby...»

8 P. C. Mc INTOSH, *Op. cit.,* p. 80. La misma opinión que J. ULMANN, *Op. cit.,* p. 329: «El deporte se extiende rápidamente de Inglaterra al resto del mundo».

vientos las prácticas deportivas de su aristocracia y de su burguesía industrial. Esta es la explicación por la que encontramos al fútbol un poco por todo el mundo, el cricket y el tenis en la India y el rugby en las antiguas colonias inglesas.

Paralelamente a la expansión geográfica del deporte y a la difusión del modo de producción capitalista, se refuerza, en tanto que estructura simbólica y aparato ideológico del Estado, la institución deportiva en todas las formaciones económico-sociales en las que domina el modo de producción capitalista. En efecto, como ya hemos dicho, el deporte es en esencia un fenómeno de la sociedad capitalista burguesa, en el sentido de que le es necesario para la reproducción ampliada de las relaciones sociales de producción. Juega el mismo papel que la democracia republicana, la ideología jurídica o el trabajo asalariado.

Podemos concluir, pues, diciendo que la Inglaterra capitalista industrial es la patria del deporte moderno.

2. LA CONSTITUCIÓN HISTÓRICA DEL DEPORTE MODERNO (SISTEMA DEPORTIVO MUNDIAL)

Con el desarrollo sincrónico de las primeras federaciones deportivas nacionales, vemos igualmente constituirse un sistema orgánico, organizador, mundial, que permite racionalizar y rentabilizar las grandes competencias internacionales. Esto es tanto más necesario cuanto que en esta época, a principios de siglo, vemos aparecer las primeras grandes pruebas deportivas clásicas *(Tour* de Francia, carreras automovilísticas y, sobre todo, los Juegos Olímpicos). Al mismo tiempo asistimos a una proliferación de concursos, pruebas y competiciones de todo género: travesía a nado del canal de la Mancha, travesías en avión, grandes conquistas del alpinismo, aeronautismo, etc. Es la época triunfal de los medios mecánicos: auto, avión, moto, bicicleta, etc., que contribuyen a forjar y a extender una conciencia deportiva universal. El público se apasiona por los eventos deportivos que manifiestan la potencia de las fuerzas productivas capitalistas.

Nos queda por enumerar y analizar los factores del desarrollo mundial del deporte.

a) El desarrollo del tiempo libre y el ocio.

El primero y más importante factor del desarrollo deportivo ha sido la *aparición del tiempo libre y el ocio gracias al impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas.* La aparición histórica del ocio permite desde un principio consagrar una parte importante de nuestra existencia a actividades no productivas. Por primera vez, la emancipación de los trabajadores parece posible gracias al propio desarrollo del capitalismo. Este tiempo de reposo es también, entendámoslo bien, un tiempo de recuperación de la fuerza necesaria para el trabajo, que suele ser todavía de un horario extenuante (jornadas de diez o hasta de doce horas de trabajo). El deporte aparece entonces como un medio privilegiado de recuperación, de distracción y de cultura. Es interesante hacer notar que las primeras grandes asociaciones obreras exigían en sus reivindicaciones el derecho al ocio y al deporte. Asistimos también al desarrollo de importantes organizaciones obreras deportivas, que toman a su cargo el ocio y las actividades físicas recreativas, fomentando, sobre todo, el turismo y la actividad al aire libre de los trabajadores. Así, el deporte ha devenido progresivamente un fenómeno importante dentro del tiempo libre, hasta el punto de que se puede prever razonablemente en el marco de una civilización de tiempo libre, una auténtica cultura del cuerpo para todos.

Aunque no dispongamos de datos empíricos precisos, se detecta un importante crecimiento de las actividades físicas y deportivas como contenido del tiempo libre. En cualquier caso, es un hecho evidente que el deporte se desarrolla y extiende en estrecha relación con el crecimiento del tiempo libre en la era de la civilización industrial. Es significativo constatar al respecto que cada nueva conquista de ocio y de tiempo libre trae consigo la aparición del deporte; así, el esquí, con las vacaciones de invierno; la vela, con las de verano; la equitación, con los fines de semana. Por otra parte, la alta competición, al exigir cada vez más horas de entrenamiento, no puede ser practicada más que en una sociedad en la que al individuo se le permita un margen de ocio importante. Tendremos todavía ocasión de volver a hablar sobre las funciones sociopolíticas del ocio deportivo.

b) ***La universalización de los intercambios mediante los transportes y los medios de comunicación de masas.***

La red de competiciones deportivas se hace internacional a medida que el planeta se encoge. Dice Bouet: «Transportados rápidamente de una región a otra, o de un país á otro, los deportistas pueden encontrarse en gran número y a menudo en competiciones en las que la pluralidad aviva la emulación. *La red de sus confrontaciones se ha hecho internacional.* Y sus marcas entran en una vía de progreso apasionante que fomenta la rivalidad entre las naciones. Por otra parte, su difusión masiva por los modernos medios de información suscita un público cada vez mayor. Las manifestaciones internacionales, los organismos internacionales del deporte, no serian concebibles sin la estructura actual de los transportes y de las comunicaciones»[9].

Desde este punto de vista, el deporte se ha convertido en una de las razones esenciales del desplazamiento de los hombres en sus ratos de ocio: se ha convertido en la *mercancía cultural* por excelencia en el mercado de intercambio. Cuando dos países quieren establecer relaciones diplomáticas, comienzan por delegar en sus abanderados deportivos (cf. las partidas de ping-pong entre los Estados Unidos y la China Popular). De la misma manera, desde el tiempo de la «coexistencia pacífica», el volumen de intercambios se mide, entre otras cosas, por el número de encuentros deportivos amistosos... Por otro lado, y esto demuestra su importancia política a nivel mundial, el deporte ha contribuido fuertemente en la formación de una *conciencia cosmopolita,* una conciencia de una humanidad deportiva en la que el criterio de referencia es el récord y el campeón. La difusión masiva por los medios de comunicación de masas de los resultados y confrontaciones deportivas ha creado un público mundial a la escucha de los transistores y sentado ante la televisión. En un planeta deportivo, los récords y los campeones constituyen una especie de *símbolo de universalidad.* Por medio del deporte, el planeta se unifica en torno a los valores de la competición. Más profundamente que el automóvil y el cronometraje, el deporte ha revelado a la gente el sentido de la distancia, del espacio y del viaje. El deporte es de por sí una incitación al viaje, tanto corporal como espiritual. El deporte facilita no sólo los intercambios internacionales, lo cual es evidente, sino que además reduce simbólicamente las distancias.

Es interesante hacer notar en este punto que el deporte aparece como *hecho social masivo* al mismo tiempo que las vacaciones pagadas, el turismo de masas y el ocio popular (en el que el deportes es, muchas veces, el contenido esencial) en el momento de las grandes luchas sociales (Frente Popular, en 1936).

Dicho de otra manera, el deporte es típicamente un fenómeno de civilización con el cual las masas empiezan a liberarse de su trabajo cotidiano y a emprender viajes de placer.

c) ***La revolución científico-técnica***

Dentro del marco de la urbanización y la industrialización capitalistas, el deporte se ha ido desarrollando a medida que se desarrollaban las fuerzas productivas gracias al progreso de la revolución científico-técnica. El deporte, en su organización, en sus valores, en sus categorías, en su dinamismo, es un claro exponente de esta revolución, cuyo criterio es la racionalidad y la búsqueda de la productividad. Es esta revolución la que ha hecho posible el progreso del deporte y su prodigiosa ascensión tecnológica. La infraestructura organizativa y material, los instrumentos de medida, las técnicas de entrenamiento, los aparatos de registro, el material ultramoderno, el acondicionamiento del terreno y de campos deportivos en general, todo esto está supeditado a la ciencia y a las técnicas modernas. «Pero —agrega Bouet— las aplicaciones más directamente deportivas de la ciencia han contribuido, y contribuyen todavía, a esta expansión. Son, en principio, las posibilidades de precisión abiertas al control y al registro de marcas perfectamente medidas las que han provocado una inflexión cada vez más definida de la competición, en el sentido -de la comparación cuantitativa de marcas hechas ellas mismas con un ideal cuantitativo. La codificación numérica ha contribuido poderosamente a instaurar la objetividad en las confrontaciones, la posibilidad de una competencia en la persecución de los récords (...) y favorece, en consecuencia, la existencia internacional del deporte, que, como la ciencia, utiliza la única lengua común a todos los hombres: el número. Las aplicaciones de la ciencia, en especial de la biomecánica y la biología, han abierto perspectivas de entrenamiento de campeones, pero también han hecho

---

[9] M. BOUET, *op. cit., p.* 367.

accesible el deporte a las masas de individuos, que pueden ahora adaptarse más fácilmente al aprendizaje de las especialidades deportivas, ya que los medios son más racionales y más manipulables»[10].

Pero el factor técnico y científico tiene todavía otra consecuencia: nuevas especialidades deportivas, inconcebibles sin la mediación de las aplicaciones científicas, aparecen enriqueciendo y ampliando el sistema de las especialidades, deportivas, como los deportes mecánicos (el auto-moto, la aviación, el ala delta, el paracaidismo, el esquí náutico, el submarinismo, la espeleología...). Además de estos nuevos deportes, muchos de los que ya existían se han transformado; su material se ha perfeccionado (pensamos en los progresos de las marcas realizadas en esquí gracias a la fabricación de esquíes nuevos y a los ajustes cada vez mejor adaptados en patinaje, gracias a los patines enteramente metálicos, etc.).

Otro aspecto puramente material y tecnológico, la difusión del deporte, ha contribuido poderosamente a extender un espíritu científico y técnico (medida, rendimiento, comparación, objetividad, experimentación, etc.). El deporte participa así de esta revolución científico-técnica, de la que es, en cierto modo, la realización teórico-práctica, el factor experimental. La espacio-temporalidad deportiva es de tipo matemático y cuantificable, y ha permitido la constitución de un sistema objetivo, cerrado, de una especie de espacio cibernético y de tiempo lineal. Pero, lo que es más importante, el deporte es el triunfo de la revolución científico-técnica en el dominio más abandonado, hoy día, por la ola tecnológica, y más natural y orgánico: *el cuerpo humano.* Gracias al deporte, el cuerpo ha alcanzado la condición de un objeto a perfeccionar tecnológicamente y a tratar como una máquina superior. Con la revolución científico-técnica, el cuerpo ha entrado en la era tecnológica, en la era del maquinismo industrial. A partir de ahora, el cuerpo se convierte en sí mismo, en un objeto privilegiado de esta revolución (técnicas y servicios del cuerpo).

d) ***Principio y fin de la revolución democrático-burguesa y el enfrentamiento de las naciones.***

Si bien el origen del deporte está marcado por el sello anglosajón, su desarrollo es inseparable de la constitución de la escena política mundial, donde los grandes protagonistas son los estados-naciones, los estados nacionales. El deporte nace no solamente con el modo de producción capitalista, sino, además y sobre todo, con el estado nacional-democrático. La idea de deporte, es decir, de confrontación de individuos considerados iguales a priori, es inconcebible en una sociedad feudal agraria, en la que las clases están rígidamente separadas unas de otras y donde el individuo se halla ubicado de por vida en su condición social, en su pueblo, en su estado. El deporte exige la fluidez del mercado, donde se disuelven todas las barreras corporativas, donde se volatilizan todos los obstáculos institucionales que impiden a los hombres, a las mercancías y a las ideas el intercambiarse libremente. En resumen, como veremos en detalle más adelante, en el capítulo consagrado al deporte y al derecho, el deporte exige orgánicamente la noción práctica y teórica de *individuo libre y jurídicamente dueño y poseedor de sí mismo y de sus bienes.* El deporte, como no dejan de repetir sin cesar C. Diem o A. Brundage, no es una competición entre estados o naciones, sino entre individuos libres. Es este complejo conjunto de hechos el que resume muy bien Bouet cuando dice: *«El deporte ha reducido ¡a distancia entre las clases,* ha multiplicado sus contactos y ha introducido *tina* movilidad social característica. Como resultado de ello, el deporte tiene una difusión cada vez mayor en los diversos estratos de la sociedad y se ha producido en su seno la abolición progresiva (aunque aún no terminada) de la discriminación y de la existencia de deportes reservados a una élite social. *El deporte para todos con lleva el deporte por todos...*»[11].

En una palabra, una vez más, el deporte exige instituciones «democráticas» que, al menos formalmente, pues la realidad es otra (cf. África del Sur o EE.UU.), garanticen la igualdad y la libertad de los individuos. Esta es la razón por la que el deporte no sólo ha nacido en la más antigua democracia republicana burguesa, Inglaterra, sino que ha alcanzado, además, su auge en países de antiguas tradiciones democráticas (Suecia, EE.UU., Francia), donde las instituciones constitucionales-democráticas permiten una cierta fluidez y movilidad, sociales de clase.

El deporte, efectivamente, no puede en su dinamismo detenerse ante una barrera de clase, de raza o de sexo. Tiende, por el contrario, a hacer volar en pedazos estos obstáculos. Como dice una vez más Bouet: «No es

---

[10] M. BOUET, *op. Cit., p.* 370.
[11] M. BOUET, *op. cit.. p.* 370.

por casualidad que el deporte moderno se haya extendido y adquirido sus rasgos propios al mismo tiempo que se constituyeron las grandes democracias, Inglaterra y los Estados Unidos en primer lugar. Es en este sentido en que podemos entender las palabras de Diem según las cuales si bien el deporte es nieto del Renacimiento, es hijo de la Revolución»[12].

El deporte es, efectivamente, revolucionario, en el sentido en que, corno la ciencia o las artes, no admite barreras artificiales de naturaleza racial o política. El deporte moderno, que podemos también considerar como hijo legitimo de la época imperialista, tiene, como esta última, una tendencia irreprimible hacia el expansionismo; pero, a diferencia de ella, no es reaccionario al cien por cien: contiene, por el contrario, rasgos progresistas (abolición de las discriminaciones raciales, sociales, tendencia a la democratización de la masa).

La simple necesidad de comparar las marcas dentro de condiciones fijadas iguales para todos, implica necesariamente la igualdad de las condiciones sociales en la práctica deportiva. Bouet, una vez más, resume muy bien esta tesis: «La comunicación de individuos pertenecientes a entornos socioeconómicos diferentes se establece más fácilmente por medio del deporte, dada la naturaleza misma de la actividad deportiva, que considera, en efecto, en el hombre, ese común denominador que es la corporeidad motriz vivida, al tiempo que les enfrenta a los mismos obstáculos, les somete a las mismas condiciones competitivas (y en particular a las mismas reglas) y les incita a buscar el mismo ideal de actuación»[13].

En este sentido, el deporte barre todos los obstáculos antidemocráticos que impiden, por razones institucionales, la libre confrontación sobre el escenario deportivo mundial. Resumiendo, podríamos decir que el deporte es la ideología democrática típica de una sociedad que se precia de tener un ideal democrático y que no puede funcionar más que velando sus estructuras de clase, basadas sobre relaciones antagónicas dentro del proceso de producción. El deporte es la producción ideológica por excelencia de la sociedad burguesa, hasta el punto de que la ideología imperialista democrática lo cita a menudo como ejemplo. La tregua olímpica es ese raro tiempo festivo en que se considera a los hombres capaces de enfrentarse pacífica y libremente bajo la pura soberanía del récord. C. Diem resume desde su óptica esta tesis de la siguiente manera: *«Libertad, igualdad, fraternidad:* la libertad de escoger una especialidad deportiva, un método de entrenamiento y unos camaradas determinados; la igualdad, porque aquí cada uno, pobre o rico, se sitúa sobre la misma línea de salida, y la fraternidad, porque esta actividad común, libremente escogida y libremente ejercida, posee, en la experiencia de la comunidad vivida, una extraña fuerza de vinculación»[14].

El deporte condensa de una manera específica, es decir, original, los rasgos típicos de las categorías y estructuras capitalistas. La institución deportiva representa un entretejido de instancias, de niveles y de estructuras que se apoyan recíprocamente. Como dice Marx: «En la sociedad burguesa, cada relación económica da lugar a otra bajo su forma burguesa y económica, la una condicionando a la otra, como en todo sistema orgánico. Este sistema orgánico tiene en si mismo, en su conjunto, presuposiciones propias, y su desenvolvimiento total implica que él subordine a todos los elementos constitutivos de la sociedad, o que cree a partir de sí mismo los órganos que todavía hacen falta. *De esta forma deviene históricamente una totalidad. Él convertirse en esta totalidad constituye un elemento de su proceso, de su desarrollo»*[15].

Es esta conversión en totalidad del proceso deportivo, concebido en su historicidad, lo que querríamos analizar aquí: la constitución histórica de la institución deportiva como una realidad planetaria que engloba a todas las formaciones sociales del mundo.

3. DEPORTE ANTIGUO Y DEPORTE MODERNO: SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS

Hemos ya esbozado en nuestra introducción a este capítulo algunas reflexiones sobre los factores de la constitución histórica del deporte moderno como sistema. No hemos dicho nada todavía en cuanto a la *«continuidad»* de este deporte moderno respecto de sus ancestros. La voluntad de P. de Coubertin de

---

12 M. BOUET. *op. cit., p.* 371.
13 M. BOUET, *op. cit., p.* 371.
14 C. DIEM. *op. cit., p.* 32.
15 K. MARX, Fundamentos de la crítica de la economía política. op. cit., p. 226.

transmitir mediante los Juegos Olímpicos la filiación histórica del deporte antiguo al deporte moderno, y todas las declaraciones más o menos ideológicas sobre el humanismo deportivo griego, indican la tendencia a presentar espontáneamente el hecho deportivo moderno como vástago legitimo del deporte griego y también como una especie de entidad trans-histórica, un hecho de cultura, un saber de la humanidad que a través de los siglos habría conservado su esencia sin cambiar fundamentalmente de naturaleza social. También el récord introduce, en compañía de otros factores que analizaremos más adelante, un *corte histórico, una ruptura social fundamental.* Es el récord, entre otras cosas, repitámoslo, lo que constituye el deporte moderno.

Hemos de subrayar también, como lo hace, por ejemplo, Bouet, «la idea de una discriminación fundamental de significado entre el deporte helénico y el depone moderno»[16]. W. Umminger fue uno de los primeros en insistir sobre *el rol constitutivo del récord en el deporte moderno.* Este autor muestra que el deporte moderno está determinado —y es lo que provoca el corte radical con el deporte antiguo— por tres categorías combinadas: la prosecución del récord, el mayor interés por la velocidad, el acortamiento de las distancias y, en fin, la obsesión por la medida. Y agrega: «Los ingleses (...) apuestan sobre eventos deportivos que no tenían más razón de ser que dicha apuesta. La apuesta fue la incitación al récord. Aquí, como en la lucha contra el tiempo, se anuncia la era industrial, de la que la Gran Bretaña pasa por ser igualmente la cuna»[17]. De este modo, el récord anuncia la era tecnológica, el deporte de la época de la revolución técnica. Tampoco J. Ulmann duda al afirmar, poniendo de relieve el aspecto de la ruptura, que «la comparación del deporte griego con el deporte británico *revela todo lo que les separa.* Esto permite asimismo destacar todo lo que de simplista tienen la mayoría de las teorías sobre el deporte, que quieren que éste traduzca a su manera los rasgos permanentes de la naturaleza humana»[18].

El récord es, también y sobre todo, la expresión de una visión del mundo profundamente divergente entre los griegos y los modernos. Aquí también existe una ruptura entre diferentes concepciones de la cultura del cuerpo y del espíritu. Mientras que la cultura griega del cuerpo era natural, orgánica, cultural y, sobre todo, de inspiración religiosa, la concepción moderna del cuerpo desde el punto de vista deportivo es, ante todo, la de una *máquina de rendimiento* en la que los récords jalonan los progresos. «Gracias al depone —escribe Ulmann—, aparece, por primera vez, la idea de un progreso corporal de la humanidad en la historia de la educación física. La gimnasia de los griegos era inseparable *de una concepción del cuerpo* condicionada por una *metafísica de lo finito.* El deporte de los modernos se relaciona con una filosofía más o menos coherente: *la teoría del progreso.* El hombre va por delante, amontona conocimientos, disciplina la materia, conquista nuevos dominios: está inmerso en un proceso infinito. Al mismo tiempo que acrecienta sus poderes, transforma su cuerpo aumentando sus capacidades»[19].

El deporte antiguo difiere, pues, del moderno en que aquél no implica la idea de progresión infinita, la concepción del deporte ascendente y lineal. Este hecho revela, evidentemente, las tendencias dominantes del modo de producción antiguo. Como muy bien dice Marx, los modos de producción antiguos, esclavistas o asiáticos —por oposición con el dinamismo revolucionario y progresivo del modo de producción capitalista—, se caracterizan por su tendencia a la autarquía y al estancamiento. La simplicidad del organismo productivo de estas comunidades, que son autosuficientes, que se reproducen constantemente bajo la misma forma y que, si son destruidas accidentalmente, se reconstituyen en el mismo lugar y con el mismo nombre, nos da la clave de la inmutabilidad de las sociedades asiáticas.

Por otra parte, el deporte griego, que no conocía la competición sistemática —todas sus competiciones formaban parte de ceremonias religiosas—, ignoraba también el carácter burocrático de la institución y la hiperorganización moderna de los reglamentos, de las medidas, etc. Como escriben M. Berger y E. Moussat, especialistas del deporte antiguo: «Los antiguos nunca tuvieron en sus competiciones deportivas otra ambición que la del triunfo sobre sus competidores (directos, del momento), y *nos resulta imposible saber en cuánto tiempo recorrían la distancias del "estadio", la "diaula"y el "diólico";* el peso de sus discos variaba tanto como la piedra, el bronceo el hierro de los que estaban hechos. Habla que sobrepasar la marca del

---

16 M. BOUET, *op. cit.*, p. 240.
17 W. UMMINGER. *op. cit.*, p. 237.
18 J. ULMANN, *op. cit.*. p. 339.
19 *Ibídem.* p. 336.

contrincante, pero *no se medía la distancia recorrida por el aparato»*[20]. Aparte del hecho de que la medida cuantitativa sistemática no existía en el deporte griego, éste se hallaba marcado por una gran preocupación por la libertad reglamentaria: «nos parece —escriben estos autores— que las pruebas deportivas antiguas llevaban implícita una mayor libertad que las nuestras»[21].

En el deporte antiguo, la marca deportiva que caracteriza fundamentalmente el deporte de nuestra época no existe. Si los griegos no tenían la posibilidad técnica de registrar las marcas en el tiempo, al carecer de cronómetro, podían, sin embargo, haber medido las distancias, cosa que no hicieron (por lo que la confusión en las medidas de las hazañas antiguas suele ser fabulosa). «Esta ausencia de medidas y de marcas revela la profunda diferencia entre la naturaleza —escribe D. Robert— de las técnicas corporales practicadas entonces y el deporte de competición actual»[22].

Por otra parte, la cultura griega del cuerpo estaba inserta en la cultura general (de la que era un elemento indispensable y primordial), como lo atestiguan por ejemplo, los escritos de Platón. El cuerpo formaba parte de una totalidad espiritual, religiosa y moral, armoniosa, la *kalokagathia,* en que se mezclaban el Bien, lo Bello y lo Bueno en una especie de ósmosis trascendental. *El cuerpo tenía entonces un estatuto propiamente metafísico.* En una palabra, el humanismo griego daba otra coloración ideológica a la práctica física, competitiva y deportiva, que se practicaba con ocasión de ceremonias religiosas y culturales. Esta dimensión es, según nosotros, capital, ya que rompe de manera radical con el positivismo cientifista y racionalista de la práctica olímpica actual, que está organizada, en cambio, como una vasta feria-exposición laica. D. Robert ha insistido ampliamente sobre este aspecto, que él considera fundamental, para la definición del deporte griego. La práctica deportiva griega se inscribe íntegramente en la mitología de los dioses, semidioses y héroes. Recordemos a este propósito que los Juegos fueron instituidos en Olimpia (hacia 884 a. C., o hacia 776 a. C., según Otros autores) en un campo sagrado, dentro de un entorno religioso y con un altar en honor de Zeus. Por otra parte, las competiciones olímpicas eran ocasión de numerosas ceremonias religiosas, sacrificios y acciones de gracias. Otros juegos antiguos menos conocidos tuvieron asimismo una significación religiosa y mitológica: los Juegos de Nemea, los juegos píticos y los juegos ístmicos. Todos ellos dan testimonio, como señala J. Ulmann, de la «alta dignidad ontológica» del cuerpo[23]. A todo lo largo del deporte griego, la relación entre las ceremonias religiosas y los juegos deportivos es constante. En los juegos, «los dioses son traídos a escena en función de las relaciones que tienen entre sí mismos o con los hombres»[24].

La idea de que el deporte antiguo es muy diferente en su esencia del deporte capitalista moderno ha sido defendida igualmente por dos especialistas del deporte griego. M. Berger y E. Moussat, buscando «descubrir las diferencias que le separan (al deporte antiguo) del deporte moderno», constatan que «poseemos actualmente la noción de récord; el cronómetro y el decámetro se nos han vuelto indispensables; importa menos hoy en día vencer al adversario del momento que abatir un tiempo o acortar una distancia. Hemos tomado de esta manera conciencia dé una verdadera solidaridad deportiva de toda la raza humana en *la duración,* y existe el espíritu de hacerlo siempre mejor que los predecesores»[25].

Estos dos autores establecen así, en nuestra opinión, la mayor de las diferencias entre el deporte antiguo y el moderno. En el deporte antiguo, el adversario a vencer no era un símbolo abstracto, cronometrado o medido —el récord—, sino un contrincante de carne y hueso: *el rival directo.* Por otra parte, el sentido deportivo de la medida estaba casi ausente en tanto que principio constituyente del deporte, mientras que hoy día está situado a una escala fantástica. Estas diferencias denotan, según nosotros, la distinción entre una sociedad de mercado simple y otra de mercado capitalista complejo, entre el trabajo concreto y el trabajo abstracto, entre el valor de uso y el valor de cambio. La diferencia entre el deporte antiguo y el deporte moderno estriba, por lo tanto, fundamentalmente, *en una diferencia radical entre sus cimientos sociales respectivos.* El deporte antiguo se apoyaba sobre relaciones de producción social esclavistas o asiáticas, mientras que el deporte moderno se basa en relaciones de producción capitalista.

---

20 M. BERGER y E. MOUSSAT, *Antropológie des textes sporfs de l´antiquité,* Grasset, Paris, 1927, p. 12 s.

21 Ibídem, p. 13.

22 D. ROBERT. «*Jeux Olimpiques modernes et Jeux Olimpiques antiques*», en *Le Chrono enrayé (Spécial o1ympique).* núm. 8, mayo-junio 1972, p. 19.

23 J. ULMANN. *Op. cit.,* p. 331.

24 Ibídem. p. 332.

25 M. BERGERY E. MOUSSAT, *op. cit.* p. 13.

4. EL DERECHO Y LA FORMA DEPORTIVA

Querríamos en este capitulo intentar mostrar el lazo que une las categorías jurídicas implícitas que regulan el sistema capitalista y aquellas que gobiernan el sistema deportivo. Este estudio se centrará sobre la noción de *sujeto jurídico*, que es el concepto central del derecho burgués moderno. Pensamos, y querríamos demostrarlo aquí, que el deporte burgués es históricamente el último sistema súper-estructural en el que florece el derecho burgués humanista y progresista que había empezado una brillante carrera en el código civil y en el derecho comercial. El deporte es el último sistema en el que se impone clásicamente la noción de un sujeto jurídico, estrictamente delimitado, que anuda las relaciones de un tipo determinado, precisamente las relaciones deportivo-jurídicas, en el seno de la trama jurídico-deportiva. Estamos convencidos de que no se puede comprender el formalismo muy jurídico de la institución deportiva, su sentido meticuloso de la regla y de la administración, su gusto muy desarrollado por la medida reglamentaria, sin hacer intervenir la forma general del *sujeto jurídico*, es decir, de esta especie de ser severo lleno de derechos y deberes enfrentados a los de otros sujetos con los mismos derechos y deberes.

a) Sujeto mercado, sujeto jurídico y sujeto deportivo

Como explica Marx en *La cuestión judía*, la sociedad capitalista es una sociedad de individuos enfrentados a otros individuos atomizados. Las relaciones sociales, públicas de estos individuos toman en la sociedad civil la forma de relación de derecho, es decir, relaciones formales, codificadas según normas jurídicas. El individualismo es la materia social de las relaciones entre átomos en el tejido social. Ya que los individuos son atomizados en la sociedad, el concepto central, como la enseña Marx, que guía las relaciones entre propietarias, es el concepto de propiedad y de seguridad. Esto la había hecho notar ya Hegel en sus *Principios de la filosofía del derecho.* La seguridad y la propiedad del burgués inculto a pequeño burgués, éstos son los principios del derecho en la sociedad capitalista.

En *El capital*, Marx precisa esta intuición de juventud mostrando que este individualismo jurídico es el propio de una sociedad de individuos librecambistas, de una sociedad mercantil capitalista en la que se encuentran los propietarios privados en el mercado en tanto que poseedores de mercancías. «Para que estas cosas se relacionen las unas con las otras como mercancías es necesario que sus guardianes se relacionen entre si como *personas* cuyas *voluntades* moran en aquellos objetos, de tal modo que cada poseedor de una mercancía solo pueda apoderarse de la del otro por voluntad de éste y desprendiéndose de la suya propia; es decir, por media de un acto de voluntad común a ambos. Es necesario, por consiguiente, que ambas personas se reconozcan como *propietarios privados.* Esta *relación jurídica*, que tiene por forma de expresión el contrato, es, hállese a no legalmente reglamentada, una *relación de voluntad* en que se refleja la relación económica».[1]

En el mercado se encuentran entonces sujetos jurídicos formalmente iguales, sublimación de sujetos mercaderes comerciales, que en un acto libre de su voluntad cambian mercancías en función de una escala de equivalencias. Como dice Marx en sus *Fundamentos:* «cada uno de los sujetos es un cambista, es decir, tiene la misma relación social cara a los otros que los otros cara a él. *En tanto que sujeto del cambio, su relación es, por tanto, la de igualdad*».[2] En una palabra, en el acto de cambio, los sujetos jurídicos poseedores de mercancías cambian equivalentes. El proceso de cambio es una mediación: por su intermedio, los sujetos son puestos como cambistas iguales y sus objetos como equivalentes. Los sujetos, agrega Marx, no existen mutuamente en el cambio gracias a los equivalentes, y se convierten en iguales en virtud del intercambio de objetos, donde uno existe para el otro. Es también a través del acto de cambio donde los sujetos jurídicos se constituyen como personas libres y la noción de igualdad es entonces completada, dice Marx, con la de libertad. «Se reconocen recíprocamente su cualidad de propietarios, de personas cuya voluntad se descubre a través de sus mercancías. De ahí las nociones jurídicas de persona y de libertad».[3] La noción de persona jurídica está entonces determinada por el cambio.

---

1 K. MARX. *El capital*, Libro I, p. 620.
2 K. MARX. *Fundamentos de la critica de la economía política*, vol. I, p. 187.
3 *Ibidem*, p. 187.

Valor de cambio, trabajo abstracto y sujeto jurídico son, entonces, tres categorías fundamentales de una sociedad que reposa sobre la producción mercantil capitalista. Son tres categorías que imprimen a todas las manifestaciones y actividades sociales su marca. Como dice Lukács en su *Historia y conciencia de clase,* la forma mercantil, la forma valor, es la forma celular de la conciencia social en una sociedad donde, según el análisis de Marx: «la relación más general entre los productores consiste en comparar sus trabajos privados en tanto que trabajo humano igual».[4]

En tal sociedad aparece, añade Marx, el culto del hombre abstracto, del sujeto del derecho y, añadimos, del *sujeto deportivo,* en el que lo esencial consiste en comparar en el mercado deportivo —la escena deportiva— sus marcas, que incorporan un cierto «quantum» de fuerza de marcas a otras marcas de otros deportistas que son considerados, jurídica y reglamentariamente, detener los mismos derechos y deberes en las condiciones experimentales de la competición deportiva.

El sujeto deportivo, que es la expresión suprema de la dominación del tiempo abstracto, es un *derivado* del sujeto mercantil y jurídico. El análisis que vamos a hacer del sujeto deportivo mostrará, esperamos, su unión a toda la problemática de la equivalencia y de la igualdad del derecho burgués. Querríamos mostrar, por otra parte, que la idea misma del sujeto deportivo, es decir, del sujeto capaz de comparar marcas (contramarcas) iguales es la continuación consecuente, la coronación, en alguna manera, de la idea de sujeto de trabajo, dc la fuerza de trabajo. Con la generalización de la práctica deportiva y su extensión a todas las esferas de la sociedad se ha propagado igualmente la idea del sujeto deportivo, *la idea de que todo hombre es potencialmente el productor de marcas comparables entre ellas.*

Al igual que el mercado capitalista es una vasta circulación, donde se opera el entrecruzamiento de transacciones comerciales y financieras entre los librecambistas, así como el tejido jurídico es esa vasta red omnipresente, donde se reúnen las innombrables acciones jurídicas entre sujetos de derecho, de igual manera la realidad deportiva es esta arena abierta donde evolucionan en las relaciones de concurrencia reglamentada los sujetos deportivos.

Si es el cambio de las mercancías en el mercado lo que constituye los sujetos comerciantes, es *la concurrencia deportiva lo que constituye los sujetos deportivos.* Estos no tienen realidad más que a través de esta concurrencia, donde se relacionan unos con otros mutuamente en relaciones jerarquizadas y de rivalidad. Fuera de esta esfera de la concurrencia, los sujetos deportivos pierden toda significación. *La competición deportiva es, pues, esencialmente, una concurrencia entre sujetos deportivos.*

Es en principio la competición lo que determina el valor del individuo deportivo; es ella la que lo consagra. El sujeto deportivo es esencialmente la personificación de un valor deportivo, al igual que el sujeto jurídico es la configuración de la capacidad jurídica y el sujeto mercantil la encarnación del librecambista de equivalencias. Pero contrariamente al sujeto mercantil y al jurídico, que son *sujetos constitutivos,* el sujeto deportivo es un sujeto *constituido.* Es dependiente de las fluctuaciones y del valor deportivo, medido por el criterio de la competición.

«Los hombres nacen iguales en derecho.. Esta constitución igualitaria del derecho burgués no se encuentra en el deporte. En el deporte, el sujeto deportivo es profundamente *desigual.* Se constituye en la competición, en la clasificación de valores. La consagración del sujeto deportivo es la consagración de su valor fluctuante. Un deportista accede a la dignidad de sujeto deportivo individualizado, personalizado (a esto se agrega todavía el fenómeno de la «vedettización» ideológica y comercial), cuando produce una marca que le sitúa en la jerarquía de los valores deportivos. Un «sprinter» que corra los 100 metros en diez segundos no tiene el mismo estatuto de sujeto deportivo que aquel que los corra, por ejemplo en 9,9 segundos (récord mundial). Hay entonces un acceso progresivo al estatuto de sujeto valorado ideológicamente por el tema de la progresión individual, de la promoción social. También los sujetos que se enfrentan, a través de los movimientos contradictorios de sus valores deportivos, son profundamente desiguales. Aunque las posibilidades ofrezcan una igualdad de estos sujetos, esta igualdad es entonces la igualdad de marcas cifradas o de títulos deportivos. Dos deportistas que corran los 100 metros en diez segundos, que salten 2,20 metros en altura, tienen el *mismo valor,* representan el mismo «quantum» de capacidad deportiva incorporada en

---

[4] K. MARX, *El capital,* Libro 1, p. 613.

ellos. Son entonces *sujetos iguales,* capaces de producir la misma marca. Igualmente, el declinar del sujeto deportivo es el declinar de su capacidad deportiva, hasta su desapareció completa de la escena deportiva donde se enfrentan sujetos personalizados. Un deportista que decline, pierde progresivamente su estatuto de sujeto y cae en el anonimato. Ya no es más, como se dice, que un recuerdo. Ha valido otras veces, los diez segundos en los 100 metros, pero hoy en día «no vale nada», según la expresión popular. El modo de constitución dcl sujeto deportivo que se anuncia a través de la siguiente pregunta: «¿cuánto vale?», es también un modo de poner en cuestión sobre este sujeto: «ya no vale nada». Lo que explica la profunda nostalgia de los campeones destronados y sus esfuerzos, a menudo desesperados, para mantenerse como sujetos deportivos. No quieren desaparecer, perder su valor, su capacidad que les ha constituido. Si el sujeto de derecho y el sujeto mercantil quedan idénticos a ellos mismos a todo lo largo de su existencia a pesar de la competencia, el sujeto deportivo, al contrario, tiene una historia generalmente bastante breve: la historia de su apogeo y de su caída.

b) El «self made man»

Es este proceso objetivo de constitución del sujeto deportivo lo que funda la ideología, típicamente capitalista, del «*self made man*». Este es, de alguna manera, el deportista que triunfa en el mundo de los negocios. El lenguaje del «self made man» es el lenguaje del deportista que triunfa, que trepa los escalones sociales. El self made man y el deportivo tienen en común una misma virtud: han llegado por ellos mismos, «a pulso». Ellos no deben nada a nadie, sino a sus esfuerzos individuales y a su energía. Brevemente, la ideología deportiva, como la del self made man, es la ideología del esfuerzo y del éxito individual.

El segundo rasgo de esta ideología reside en la afirmación de la posibilidad absoluta del éxito, de la victoria. La ideología deportiva y la del self made man es una ideología de la negación de las condiciones de desigualdad sociales. En la escena deportiva, como en la escena de los «hombres de carácter», no existen individuos socialmente desiguales, miembros de clases opuestas, sino solamente una multitud de *átomos sociales,* abstractos, igualmente disponibles, igualmente libres, que se enfrentan entre ellos. Marx ha sintetizado muy bien este aspecto de las cosas en *La santa familia,* cuando habla del «individuo egoísta de la sociedad burguesa», aparentemente liberado de los privilegios de clase y de casta, de la ducha universal oponiendo el hombre al hombre, el individuo al individuo, toda la sociedad burguesa no es más que esta guerra reciproca de todos los individuos, que solo la individualidad lo aísla de otros individuos. El individuo toma para su propia libertad el movimiento anárquico de elementos de su vida que se le han convertido en extraños, como, por ejemplo, la propiedad, la industria».[5]

La ideología deportiva, como veremos más adelante, *es la negación de la realidad de la lucha de clases, a la que transforma en lucha de átomos individuales.* La lucha de clases es transformada en lucha de individuos. Estos individuos, formalmente iguales en el inicio, pueden, gracias a la competitividad, redistribuir las cartas. Su desigualdad no está entonces en su inicio, no es una desigualdad de condición, de situación-social, sino una desigualdad a la llegada, una desigualdad de mérito. La competencia deportiva es así una manera de hacer manifiestos los valores, las virtudes de los individuos. La competición deportiva es también el movimiento perpetuo de átomos que se ordenan, siguiendo sus valores, que no es más que el *desdoblamiento imaginario* de su situación social real.

El *desdoblamiento* es el principal tema de la ideología deportiva y puede serlo también de la ideología burguesa en general. *El sujeto deportivo es el doble imaginario de un sujeto real.* El sujeto deportivo tiene una posición social por su capacidad deportiva, sus méritos personales, que no corresponden necesariamente a su situación de clase, a su lugar en el proceso de producción. El sujeto deportivo ha escapado momentáneamente dc su condición de todos los días para acceder a una situación que le valoriza en una esfera en la que ha sido realizada. La libertad del sujeto deportivo, que es a menudo expresada por los campeones bajo formas muy concretas, es la libertad de realizarse en un valor deportivo que le define plenamente, ya que depende estrictamente de él. El sujeto deportivo, y este tema constituye la conciencia de la mayoría de los deportistas, es el sujeto que se ha producido él mismo. Él es causa de él mismo. No debe nada a nadie. Toda su personalidad, su lugar, son debidas a su propia actividad voluntaria, a su dura y paciente labor. Es esta temática la que explica toda la atmósfera implícitamente «kantiana» que reina en la esfera deportiva. B.

---

[5] K. MARX, F. ENGELS. *La Sainte Famille,* Editions Sociales. Paris, 1969. p. 142.

Guillemain dice que el sujeto deportivo, por su práctica, se deja guiar por los principios de la razón práctica. En su práctica deportiva voluntaria, el sujeto realiza y materializa su libertad.

Pero el desdoblamiento, en el seno de un mismo individuo, entre sujeto deportivo y sujeto real es un desdoblamiento imaginario, como todo desdoblamiento ideológico. La constitución del individuo como sujeto deportivo es la negación de su situación real, en la que no es sujeto, sino objeto totalmente integrado al aparato de producción y sometido al aparato de estado. La constitución del sujeto deportivo es una evasión hacia una esfera imaginaria de libertad y potencia.

La esfera deportiva, que es la sociedad de los sujetos deportivos, es la esfera de la democracia de los átomos unidos por los lazos de una jerarquía «democrática». La sociedad deportiva, que es una sociedad profundamente jerarquizada, es una sociedad en la que los sujetos deportivos aceptan libremente, democráticamente, la jerarquía que constituye sus relaciones. Esta jerarquía es «democrática porque es, por una parte, «libremente consentida» y, por otra, siempre puesta en cuestión. Es la jerarquía misma de una sociedad basada en la movilidad social universal y por la posibilidad de promoción interna, donde las relaciones entre los sujetos son relaciones de competitividad individual y de mérito. El deporte es la consagración de la idea de promoción social, de ascenso en la jerarquía social. Además, el deporte constituye, junto con la jerarquía de clase, *una jerarquía paralela,* donde los sujetos pueden ordenarse a lo largo de la escala de valores y de marcas. *Resumiendo, el deporte es el desdoblamiento ideológico imaginario de la jerarquía social.* Y es por su generalización por lo que se justifica. Este tema ideológico ha sido largamente desarrollado por todos los ideólogos deportivos. Coubertin anotaba ya que el deporte es la institución pedagógica por excelencia, que permite preparar a los individuos de manera directa a la democracia y a su ejercicio por todos, ya que el deporte representa el aprendizaje de la igualdad en los estadios. En efecto, el deporte sobrepasa las distinciones sociales de clase y la jerarquía de clase por la dominación de la jerarquía biológica natural, y esta misma sobrepasada, a su vez, por la jerarquía del entrenamiento y del mérito deportivo. La jerarquía paralela permite solamente a algunos escapar de su condición social modesta. En este sentido, la jerarquía deportiva es una *mixtificación ideológica* por excelencia, que entraña ilusiones sobre las posibilidades de evasión hacia lo alto, de promoción, de huida. Si quisiéramos emplear una imagen espacial, podríamos definir la jerarquía deportiva como una pirámide apoyada en la pirámide social. Los sujetos deportivos que creen huir de una jerarquía social para ser libres encuentran de hecho una jerarquía que funciona exactamente con el mismo modelo. La jerarquía deportiva es entonces la proyección imaginaria de una democracia de desigualdad frente a la igualdad y de igualdad frente a la desigualdad. Esta idea es capital, ya que nos permite comprender como y por qué *la ideología deportiva es la reproducción microcósmica de la democracia burguesa formal y,* como habíamos dicho al principio de este capitulo, su desarrollo último.

c) El club en tanto que célula democrática de base de sujetos deportivos

Desde su origen, el deporte que se ha desarrollado, recordémoslo una vez más, en el cuadro de la sociedad burguesa *se organizó siguiendo los principios del asociacionismo burgués.* Podemos decir que la organización deportiva en clubs, federaciones, ligas, etc., ha prefigurado los principios del asociacionismo burgués transcritos en la ley de 1901 sobre el derecho de asociación.

La organización deportiva «democrática» es de alguna manera el modelo en miniatura de la democracia burguesa formal, que ve enfrentarse sujetos jurídicos formalmente iguales, libres de asociarse y de unirse para hacer triunfar sus ideas a sus intereses. De hecho, es en el deporte donde se realizan casi en estado puro las dos ideas fundamentales de la democracia burguesa: la igualdad formal de sujetos autónomos, por una parte, su asociación voluntaria en una célula de base representativa, por otra. La actividad deportiva, que desde muy temprano constituyo una actividad socialmente organizada, ha sido de alguna manera la puesta en práctica de los principios democráticos. Muy pronto, los clubs han sido asociaciones formadas libremente, aunque cerradas desde el punto de vista de composición social, que se han federado voluntariamente con otros clubs dentro del cuadro de una superasociación: la *federación deportiva nacional.*

La organización deportiva es la ilustración típica de la negación y del desdoblamiento ideológico, a propósito de la democracia. Apoyada sobre una ideología igualitaria, la organización deportiva es, en efecto, una organización segregacionista, selectiva, elitista. La ideología deportiva sirve para cubrir el modo de

reclutamiento de la asociación deportiva, es un reclutamiento limitado. La actividad deportiva es así «trabajada» por la contradicción entre su ideología y su realidad.

La *doctrina de los deportes* define el club, átomo de base del tejido deportivo, como «la célula de base de la organización deportiva. Es un grupo que, incluso cuando ha nacido de afinidades extradeportivas, recoge de fuera toda la discriminación política, religiosa, racial o de clase de aquellos que aman el deporte y que desean practicarlo libre y alegremente»[6]. El principio democrático preside entonces la organización del deporte. Podríamos entonces definir, gracias a este punto de vista, el derecho del deportista. «Todo hombre tiene derecho a practicar el deporte de su elección, cualquiera que sea su condición social, su raza o su sexo.» Como se dice una vez más en la *Doctrina de los deportes:* «todo practicante, sin importar su condición, tiene derecho al entrenamiento deportivo más completo»[7].

En el seno del club se reúnen hombres formalmente iguales, sujetos deportivos que tienen los mismos derechos y deberes y que concurren por sus actividades comunes a la vida democrática de su asociación voluntaria. Es sobre esta ideología democrática donde se apoya la organización del deporte, ideología que es la negación misma de la realidad jerarquizada y burocrática del deporte. El club, que es la célula deportiva de base, es también, de acuerdo con la ideología deportiva, el lugar de aprendizaje de la democracia social, el lugar de preparación para la vida del ciudadano. La *Doctrina de los deportes* señala: «el club debe permitir a sus miembros una experiencia original de vida democrática. Las estructuras deportivas deben incitar a todos los deportistas a participar activamente en la organización y la administración de la célula social que ellos constituyen. Su gestión debe ser asunto de todos»[8].

Históricamente, la institución deportiva es a menudo presentada como una escuela de democracia y un poderoso factor de democratización. La ideología deportiva que se basa en una ideología igualitaria democrática ha tenido efectos importantes sobre toda la superestructura ideológica, hasta el punto de que hoy en día el «derecho de todos al deporte» es casi reconocido por la Constitución, como el derecho al trabajo o a la salud. La ideología olímpica oficial se basa, por otra parte, explicita y estatutariamente, en la afirmación de igualdad, de libertad y de fraternidad. Las reglas olímpicas precisan, de la manera siguiente, esta idea fundamental: «no habrá ninguna limitación de edad para los participantes de los Juegos Olímpicos. Ninguna discriminación de ninguna especie de país o de persona por razones raciales, religiosas o políticas será tolerada». Es así como, históricamente, hemos visto afirmarse la participación de mujeres en la actividad deportiva, que ha sido para ellas un poderoso medio de emancipación política y social. Igualmente, la participación de los pueblos negros no ha sido jamás seriamente puesta en cuestión y las autoridades olímpicas se ven obligadas a jugar un rol político progresista luchando contra las conocidas formas de discriminación racial (Sudáfrica, negros norteamericanos, etc.). Igualmente, las pequeñas naciones, las nacionalidades y los pueblos oprimidos han encontrado a menudo en el deporte internacional un medio de hacer valer sus derechos y su existencia. Así vimos en los Juegos de Munich como el pueblo palestino, por medios discutibles (no es éste el sitio para juzgarlo), ha recordado a las grandes potencias del mundo que es un pueblo trágicamente acorralado y oprimido en campos de concentración.

---

6 *Ensayo de doctrina del deporte*. Op. cit.. p. 50.
7 *Ibídem*, p. 50.
8 *Ibídem*. p. 51.

III. LA INSTITUCIÓN DEPORTIVA EN EL MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA INDUSTRIAL

1. LA INSTITUCIÓN DEPORTIVA

Se trata ahora de analizar más en detalle las instancias, los niveles y las determinaciones de la institución deportiva. Vamos a proceder, por lo tanto, a una especie de *meta-sociología* de la institución deportiva partiendo de ciertos análisis de S. Freud.

La institución deportiva, lejos de estar reducida a una sola dimensión, nos parece ser heterogénea y estar compuesta de varios estratos. Como dicen los teóricos del análisis institucional, la institución deportiva es un *entrecruzamiento de instancias* o de niveles de una formación social dada. Es un «lugar en el que se cruzan todos los niveles», dice G. Lapassade: económicos, políticos, ideológicos, culturales, etc. Y este cruzamiento se realiza en torno a un dato. En la institución escolar, se trata de la juventud y del provecho en su formación. En el deporte, se trata del cuerpo y de su formación.

Hemos considerado que la institución deportiva debía ser estudiada y analizada como un «aparato ideológico de estado», según la expresión de L. Althusser, es decir, como una rama del aparato del estado capitalista o burocrático totalitario, que dispone de una autonomía relativa y que ejerce ante todo una función ideológica: inculcar la ideología del rendimiento físico.

Althusser muestra cómo los aparatos ideológicos del estado se estructuran en el aparato del estado y «funcionan para la ideología», es decir, para la mistificación y el oscurecimiento ideológico. De paso incorpora el deporte al aparato cultural. Los aparatos ideológicos, dice Althusser, juegan el papel de escudo del aparato represivo del estado. Los aparatos represivos están centralizados en el ámbito de gobierno, del núcleo duro de la hegemonía de clase. Los aparatos ideológicos tienen diversas funciones, cuya unidad está cimentada en la necesidad que tiene la clase dominante de mantener su dominación sin excesiva violencia. Los aparatos ideológicos mantienen por de pronto la unidad de clase mediante los aparatos represivos del estado. Como decía humorísticamente Talleyrand: se puede hacer todo con las bayonetas, menos sentarse encima. Dicho de otra manera: una dominación de clase no puede estar respaldada exclusivamente por la violencia o por el terror de clase. Una clase dominante debe asegurar su hegemonía por diversos medios ideológicos, debe lograr un *consenso popular*. En pocas palabras, la clase dominante ha de producir y reproducir, en los aparatos ideológicos del estado, la ideología dominante que estructura el espacio intelectual de una sociedad de clase. Como dice Althusser: «una vez que la unidad del aparato represivo del estado ha sido asegurada por su organización centralizada, y unificada bajo la dirección de los representantes de la clase en el poder, que llevan a cabo la política de dichas clases, la unidad entre los diferentes aparatos ideológicos del estado, está asegurada, la mayor parte de las veces sobre formas contradictorias por la ideología dominante, que es la de la clase dominante (...). Gracias a la mediación de la ideología dominante se asegura la armonía, a veces chirriante, entre el aparato represivo del estado y los aparatos ideológicos del estado, así como entre los diferentes aparatos ideológicos del estado entre sí»[1].

La segunda función de los aparatos ideológicos consiste en contribuir a reproducir las relaciones de producción, sea directamente, como en el caso de la escuela, sea indirectamente, al asegurar las premisas ideológicas de esa reproducción (docilidad, selección, etc.). Continúa Althusser: «todos los aparatos ideológicos del estado, cualesquiera que éstos sean, llevan todos al mismo resultado: la reproducción de las relaciones de producción, es decir, de las relaciones de explotación capitalista. Cada uno de ellos conduce a este único resultado de la manera que le es propia. El aparato ideológico político, esclavizando a los individuos bajo la ideología política del estado, sea democrática indirecta (parlamentaria) o directa (plebiscitana o fascista); el aparato de información, atiborrando a todos los ciudadanos, por medio de la prensa, la radio y la televisión, de dosis cotidianas de nacionalismo, chovinismo, liberalismo, moralismo, etc., (...); el aparato cultural, de manera semejante *(el deporte juega en el chovinismo un papel de primer orden)* etc.; el aparato religioso, recordando en sus sermones y en las grandes ceremonias del bautizo, el matrimonio

---

[1] L. ALTHUSSER, «ldéologie et appareils idéologiques d'Etat», en *Positions*, Editions Sociales, Paris, 1976, p. 89.

y la muerte que el hombre no es más que ceniza, salvo que sepa amar a sus hermanos hasta el punto de ofrecer la otra mejilla; el aparato familiar... No es necesario insistir más»[2].

La tercera función de los aparatos ideológicos es la de elaborar sus propias ideologías, que confluirán como aluviones en el gran río de la ideología dominante que los aparatos ideológicos difunden masivamente. Althusser hace notar de nuevo: «hemos dicho, hablando de los aparatos ideológicos del Estado y de sus prácticas, que cada uno de ellos era la realización de una ideología (estando asegurada la unidad de estas diferentes ideologías sectoriales —religiosa, moral, jurídica, política, estética, etc.— por su subsunción a la ideología dominante). Volviendo a esta tesis: una ideología existe siempre en un aparato de estado y en su práctica a prácticas. Esta existencia es material»[3]. Los aparatos constituyen todavía, como dice muy justamente Gramsci, «el aparato de la hegemonía política y cultural de las clases dominantes». Ahora bien, el deporte forma parte hoy en día, con la escuela capitalista, de este aparato ideológico de hegemonía de las clases dominantes. Tratamos de analizar ahora este aparato siguiendo el punto de vista *meta-sociológico* (psicológico), es decir, el punto de vista de tres series de abstracciones científicas que Freud ha definido, a propósito del psiquismo individual, de la siguiente manera: «Propongo hablar de representación meta-psicológica cuando logramos describir un proceso psíquico baja las relaciones tópica, dinámica y económica»[4].

a) El tópico deportivo

En consecuencia, el primer punto de vista es la *perspectiva tópica* que indica un escalonamiento de niveles, de estratos, de determinaciones a de instancias. El aparato deportivo representa, ya lo hemos vista en particular, una jerarquía y un entrecruzamiento de determinadas instancias. Sabemos que una institución (como la del deporte) no es una unidad unidimensional en la que dominaría una sola instancia, sino un complejo de instancias en el que la dominación de una de ellas es variable. De esta manera, en el aparato escolar domina en primer plano la pedagogía (formación de futuros productores, etc.). En el aparato deportivo, la dominación varia de acuerdo con sus diferentes ramas. De este modo, en el deporte profesional es la instancia económica la que juega la baza más importante; en el deporte militar, la instancia política; en el deporte-espectáculo, la instancia ideológica, y por fin, en el deporte escolar y universitario, la instancia pedagógica. El aparato deportivo constituye, en suma, una totalidad articulada de instancias dominantes.

El aspecto más original de la institución deportiva es su carácter de *esquema piramidal.* El esquema organizativo deportivo reposa, en efecto, sobre la idea de una jerarquía vertical de su funcionamiento. En la cima encontramos a todos los organismos internacionales que administran la práctica mundial del deporte. Las agrupaciones deportivas internacionales (federaciones deportivas, comité internacional olímpico, etc.) ejercen a nivel internacional las funciones de organización y administración que en el interior de sus propios países asumen las agrupaciones nacionales. «Constituyen, en suma —dice J. Meynaud—, los elementos de una administración mundial de la práctica deportiva».[3] Estos organismos constituyen así *un gobierno mundial del deporte.* El ritmo de creación de los organismos internacionales está completamente sincronizado con el de la creación de los primeros clubs y federaciones deportivas nacionales, lo que confirma de hecho nuestra hipótesis, a saber: que el deporte nace en un momento preciso, durante el apogeo del desarrollo del modo de producción capitalista en los países avanzados de Occidente. Así, en 1875 fue fundada la primera agrupación internacional de orden deportivo: la Unión Internacional de Carreras de Yates. El club Internacional de Concursos Hípicos vía la luz en 1878; la Federación Internacional de Gimnasia, en 1881; la Federación Internacional de Sociedades, alrededor de 1892, y la Unión Internacional de Patinaje, en el mismo año. El movimiento de creación de federaciones internacionales se intensifica durante los primeros años del siglo xx (fundación de 18 organismos entre 1900 y 1914). La restauración de los Juegos Olímpicos constituyó a este respecto un factor de aceleración. Pasada la primera guerra mundial se manifiesta un nuevo impulse (14 agrupaciones de 1920 a 1924). Señalemos también la creación, en 1921, de un Buró Permanente de Federaciones Deportivas, resultado de una Conferencia de Sociedades Deportivas Internacionales que se reunieron en Lausanne a iniciativa de la Unión Ciclista Internacional. El sector de las organizaciones deportivas internacionales se constituyo, por lo tanto, progresivamente en el curso de un periodo restringido a principios de este siglo. Pero ciertos deportes disfrutan de una relativa antigüedad; por ejemplo, el ciclismo y

---

2 *Ibídem,* p. 94.
3 MEYNAUD, *Op. Cit.,* p. 77.

el futbol, cuyas federaciones internacionales se remontan a 1900 y 1904, respectivamente. En contraposición, las federaciones de otros deportes son de fecha reciente: el baloncesto, en 1932; el esquí, en 1924; el voleibol, en 1947; el trineo de carreras, en 1957. En fin, en 1965, el Comité Internacional Olímpico estaba directamente relacionado con 26 federaciones deportivas internacionales. Estos organismos deportivos agrupan de manera supranacional varios centenares de millones de personas, la que sitúa *al deporte en el rango principal de organización internacional de masas.* El objetivo de las federaciones internacionales es asegurar la representación pública universal del deporte que les concierne, no debiendo estar comprometida la búsqueda de esta universalidad por cuestiones a discriminaciones ajenas al deporte: ideológicas, religiosas, raciales a políticas. Numerosas federaciones han inscrito en sus estatutos el principio de esta «neutralidad». Dicho de otro modo, las federaciones deportivas internacionales asumen dos grandes funciones: establecen los reglamentos que regulan la práctica de los encuentras y que deben, bajo pena de sanciones jurídicas, ser observados por las federaciones afiliadas, y organizan las competiciones abiertas (campeonatos del mundo, juegos olímpicos). Además, en cuanto respecta a los deportes que precisan la medición de marcas, es la federación internacional la que tiene normalmente a su cargo el cómputo de la lista de récords (homologación oficial) y de verificar si las marcas propuestas como tales han sido establecidas en conformidad con el reglamento, como última función, en fin, las federaciones internacionales tienen un papel de jurisdicción en todos los casos de sanción o de litigio. «De todas estas funciones —dice J. Meynaud—, la más importante sin duda es la primera, ya que sin la existencia de un *poder* capaz de establecer y de imponer una reglamentación aplicable a todos los países interesados no seria posible darle a la práctica deportiva una dimensión universal[4].

Es bien evidente, por otra parte, quo el peso político de los países respectivos en el seno de las federaciones internacionales refleja bastante fielmente los resultados producidos sobre la arena internacional. De esta manera, por no tomar sino el ejemplo de la natación, el futbol y, sobre todo, el rugby, Inglaterra tiene en 1972 una posición totalmente hegemónica. Claro que estos «auténticos poderes deportivos en la competencia internacional», según la feliz expresión de J. Meynaud, tienen una autonomía financiera muy relativa y dependen estrechamente de la financiación de los gobiernos interesados en su desarrollo.

El rasgo más típico, si la consideramos en su conjunto, de la institución deportiva es «la proliferación de la organización, según expresión de E. W. Eschmann. En efecto, el mundo de los funcionarios deportivos no deja de crecer, tanta que, desde los últimos Juegos de Invierno, podríamos contabilizar estadísticamente 2,13 funcionarios deportivos y 0,75 reporteros por cada deportista... En los Juegos Olímpicos de Munich, la prensa deportiva llego a hablar de «funcionaradas». (La delegación francesa en particular estaba voluminosamente compuesta «de acompañantes, masajistas, entrenadores, consejeros, traductores, etc.».) Las delegaciones de los países del Este baten, por su parte, el record absoluto de funcionarios y burócratas (en realidad, funcionarios del NKVD, oficialmente bautizados como «interpretes»).

Si resumiéramos, podríamos concluir entonces en la *unicidad* fundamental del deporte mundial, que funciona como un nuevo «*bloque histórico*». Esta unidad aglomera todos los pisos del edificio deportivo, desde el más pequeño club deportivo regional hasta las federaciones deportivas mundiales, y está además cimentada en un *idioma* y *un simbolismo común: el record.* Es de hecho éste el que juega el papel determinante en la organización del deporte, permitiendo a todo el mundo ser medido a escala mundial según los mismos criterios. El record es un idioma que une al deportista debutante con el campeón de todos las tiempos, y es él el que impone a las organizaciones internacionales el establecimiento de reglamentos uniformes, precisando la organización de las competiciones y codificando las técnicas particulares de cada especialidad. Como dice P. Laguillaumie, el record «es al deporte lo que el dinero a la economía política: el medio de comparación y de cambio abstracto».[5] Esa unidad fundamental del deporte queda muy bien expresada en un folleto del Instituto Nacional del Deporte: «el deporte, como la ciencia y el ante, ignora las fronteras; sus reglas y su estructura son universales; todas las federaciones nacionales se agrupan en federaciones internacionales. En una palabra, esa unidad que las naciones no han podido lograr en el terreno político durante siglos la ha hecho realidad el deporte en menos de cincuenta años en su propio terreno».[6]

---

4 J. MEYNAUD, *Op. Cit.*. p. 88.

5 P. LAGUILLAUMIE, «Pour une critique fondamentale du sport», en *Partisans, Sport, culture et répression*, Maspero, Paris, 1972, p. 35.

6 Instituto Nacional del Deporte, Ministerio de la juventud y de deporte, 1965, p. 10.

La institución deportiva está vertebrada en una red de escalas deportivas de valores. El deporte es, en efecto y ante todo, la institución de una escala social de valores deportivos, de estratos, de niveles cada vez más restringidos que culminan en la cúspide de la pirámide. *La movilidad típica es una movilidad vertical que consiste en subir los escalones.* Reencontramos aquí la profunda homología estructural con el conjunto de aparatos ideológicos del modo de producción capitalista fundados en la jerarquía tópica. Sea en la universidad, en la función publica o en el ejercito, por no toman más que estos tres ejemplos típicos, constatamos que la organización vertical se halla estructurada como una escala a superar. En la universidad son los cursos y los títulos; en el ejercito, los grados, y en la función pública, los puestos repletos de índices presupuestarios. En el deporte, el valor indica un *«gradiente de marca posible»,* es decir, una capacidad potencial de alcanzar esta a aquella marca; por ejemplo, la clasificación de los equipos en las competiciones internacionales, la de los jugadores nacionales a internacionales gracias a un sistema de puntos (tenis a automovilismo), o, en fin, y sobre todo, la de las naciones deportivas merced a sus coeficientes de premios.

Así es, sumariamente analizada, *la infraestructura tópica* del aparato deportivo. Nos queda ahora analizar su dinámica, es decir, su *sistema de conflictos.*

b) La dinámica deportiva

Los conflictos (de los que hemos analizado algunos ejemplos) del aparato deportivo son debidos sobre todo a su principal móvil: la competición. Esta, al introducir el movimiento, introduce al mismo tiempo *las contradicciones,* si concordamos con Hegel en que el movimiento es un proceso contradictorio. Estas contradicciones entre el deporte de masas y el de elite, entre deporte profesional y amateur, entre deporte-espectáculo y deporte práctico, son múltiples, y no es nuestro objeto enumerarlas.

Generalmente, las contradicciones intra-sistemáticas indican que la institución deportiva no es homogénea. Hay contradicción, por ejemplo, entre la instancia organizativa, basada en la rigidez jerárquica, y la movilidad o fluidez de los atletas, que hacen tambalear las tradiciones establecidas. Hay también contradicción entre la ideología democrática de igualdad absoluta ante la competición y la realidad, profundamente desigual, de la clasificación final, en la que solo algunos privilegiados suben al podio. Y aún hay otra contradicción entre los diversos estratos del aparato (clubs, comités regionales, consejos nacionales, etc.) por cuestiones de competencia y de prerrogativas.

Pero son, sobre todo, las contradicciones *inter-sistemáticas* las que deben retener nuestra atención. La principal existe entre el aparato deportivo y el aparato de estado, particularmente en todo lo que se refiere al orden público. Sabemos, en efecto, que las grandes manifestaciones deportivas desencadenan a menudo las pasiones y traen consigo desajustes del orden publico (brutalidades, etc.). Hay también contradicciones entre la subvención económica y la superestructura deportiva que depende de ella. Así se pone de relieve la cuestión del financiamiento de la actividad deportiva, particularmente en Francia.

No insistiremos más en el análisis de la dinámica deportiva (que ya hemos abordado), ya que el estudio del sistema deportivo en su conjunto nos procurará el cuadro de investigación de toda esta problemática dinámica, pasada generalmente por alto, con algunas excepciones, por los sociólogos del deporte.

c) La economía deportiva

El aparato deportivo representa *un modelo energético específico* por el que circula un principio motor: el rendimiento y la competición. Es esta energía motriz la que unifica y consolida la jerarquización de las instancias en detrimento de los diversos conflictos ya evocados.

Uno de los puntos esenciales concierne a *la energía de relación* que mantiene unidas las instancias de la institución deportiva. Esta energía de relación es —creemos nosotros, siguiendo a Freud— de naturaleza fundamentalmente libidinal. El aparato deportivo, como tendremos una ocasión de demostrar ampliamente, es un *aparato libidinal* en el que son sublimados de una manera especifica los impulsos sexuales. Como hace

notar, en efecto, Freud, «son las tendencias sexuales desviadas de su fin las que crean entre los hombres los lazos más duraderos».[7]

El aparato deportivo esta, por lo tanto, edificado sobre la sublimación de los impulsos sexuales. Es esta energía libidinal la que crea los lazos necesarios para la *cohesión* del todo. Podemos entonces interpretar la institución deportiva como una *fábrica de sublimación,* de transmutación de impulsos sexuales, hasta tal punto que el deporte seria, como los otros aparatos ideológicos del estado, un refuerzo de los lazos libidinales. «La esencia de un gentío (Freud emplea aquí este término para definir el agrupamiento social de base) consiste en los lazos libidinales que lo atraviesan de parte a parte como un refuerzo consistente».[8] Estos lazos constituyen la base material de la moral deportiva, tan reproductora y tan eficaz. En efecto, en el aparato deportivo se alberga a todos los niveles una ideología del *Súper-ego deportivo,* fundada sobre la identificación de los protagonistas con un *Ideal del Yo* común que cimienta su colaboración. El ideal deportivo colectivo extrae su eficacia de una convergencia de ideales del Yo individuales, todos orientados hacia los mismos valores de eficacia, de rendimiento y de éxito. «Un cierto número de individuos —dice Freud— han puesto un solo y único objeto en el lugar de su Ideal del Yo, por lo que se identifican unos con otros en su Yo».[9] Esta estructura libidinal de la institución deportiva se refuerza por el hecho de que la mujer tiene en ella un lugar muy restringido (como en el ejército o en la iglesia, hace notar Freud). O bien la ausencia de la mujer como símbolo práctico de la sexualidad lleva necesariamente a *relaciones homosexuales sublimadas* entre los deportistas, relaciones sobre las que el sociólogo G. Vinnai ha insistido largamente. La práctica deportiva común conduce a «amistades viriles particulares» (desdobladas generalmente en la palabrería que acompaña a los banquetes deportivos: piropos sexuales, cantos pornográficos, etc.). Estas observaciones, que podemos confirmar siempre en los vestuarios deportivos, respaldan, en todo caso, la observación de Freud, según la cual «el amor desexualizado, homosexual y sublimado hacia otros hombres nace del trabajo en común».[10]

d) Las relaciones de la institución deportiva con las otras instituciones: el deporte como aparato ideológico del Estado

Hemos tenido ya ocasión de examinar brevemente el papel del deporte como aparato ideológico del estado. Querríamos insistir un poco más. De una manera muy general, el deporte se presenta como un *aparato «acorazado de coerción»*, según la definición de Gramsci, es decir, como un aparato *cuya función última es proteger la dominación de la clase dominante.*

a) La primera función del deporte es entonces la de consolidar la dominación de ciase, el orden establecido (cf. Las funciones socio-políticas del deporte). El deporte es, ya lo hemos dicho, una estructura del aparato del estado, tanto por su organización material (federaciones, clubs, etc.) como por su funcionamiento, que presupone el soporte material del aparato del estado, particularmente de sus órganos represivos (ejército, policía, justicia). Hoy en día, en todos los países del mundo, comprendidos los más liberales y democráticos, el deporte se ha convertido en *un deporte monopolista de estado,* una institución ligada al aparato de estado de los monopolios capitalistas, o de los capitalismos de estado en el Este. De aquí que se suponga que la institución deportiva dependa estrechamente de la política de estos estados y, sobre todo, de sus objetivos sociales. Y que dependa también, muy directamente, de *la forma política* del régimen en cuestión. Es evidente que el deporte tendrá formas totalmente diferentes en un estado democrático liberal, en una dictadura militar o en un estado nazi... Nuestro objetivo no es hacer aquí una sociología diferencial de las formas súper-estructurales del deporte teniendo en cuenta los regímenes políticos o sociales. En tanto que esfera política, *el deporte participa directamente de la lucha de clases,* tanto en el interior como en el exterior, y potencia también por este hecho una ideología de estado, una *«estadolatría»* (el estado como educador o como «vigilante de noche») típica del estado capitalista (tecnocracia, modelo de rendimiento político y de eficacia administrativa).

---

7 S. FREUD, *Essais de psychanalyse,* Payot, Paris, 1973, p. 139.
8 Ibidem, p. 115.
9 *Ibidem,* p. 141.
10 *Ibidem.* p. 124.

b) El deporte es un aparato ideológico del estado en un triple sentido. Por una parte, como la mayoría de los grandes aparatos ideológicos (mass medio, iglesias, sindicatos, partidos, etc.), el deporte potencia masivamente la ideología burguesa tradicional y participa en su difusión universal. Por otra parte, el deporte está encargado, junto con la escuela particularmente, de inculcar ala juventud esta ideología, disimulándola como ideología, presentándola como éter natural, como el oxigeno social evidente. G. Lapassade demostró recientemente que «las instituciones deportivas, al igual que la institución de la educación física, tienen una función muy precisa en cuanto a disimular ideológicamente las luchas de clases (fraternidad deportiva, nacional e internacional), así como la educación la tiene en cuenta a la alegre venta de la fuerza de trabajo».[11] En fin, el deporte, en tanto que institución, posee su propio «discurso institucional» según la expresión de J. Lapassade; es decir, ese discurso ritual y ceremonial encarnado y materializado en las prácticas más o menos conscientes, encantatorias o mágicas (rituales neuróticos obsesivos). Este discurso es el que cimenta la unidad y la coherencia del sistema deportivo en su conjunto. Está claro que este nivel se «resiste» mucho más que cualquier otro al análisis institucional, como las palabras de un individuo se resisten en el diván del psicoanalista. Este *bloque de* rechazo funciona como un gasto institucional, es decir, como punto ciego *completamente encubierto por la ideología deportiva*. Veremos que la idea misma de rendimiento y competición, indispensable para el funcionamiento del sistema deportivo, no puede ser objeto de un análisis critico sin provocar serias reacciones por parte de los mecanismos de defensa institucionales. Como dice G. Lapassade: «el discurso ideológico más profundo, el más difícil de destruir, es el discurso de la institución».[12] Hemos consagrado, consecuentemente, varios párrafos a analizar este discurso de la institución deportiva, el lenguaje del sistema deportivo (la ideología deportiva).

c) El deporte, en fin, incorpora una multiplicidad de temas ideológicos en un *corpus significante* difundido por el aparato de los mass medio en particular, que, por otra parte, «contamina», los otros aparatos ideológicos del Estado. Este «corpus» presenta varios caracteres que querríamos desgajar con J. M. Boucheret.

La ideología deportiva se presenta en un principio como una justificación. Dice Boucheret: «hace falta en principio señalar que el deporte es concebido como una práctica absolutamente homogénea. El dominio predilecto de la justificación del deporte es el de la educación, el de la formación en general. El famoso "mens sana in corpore sano" es el motivo central de las variaciones ideológicas transmitidas de generación en generación (...). Las denuncias de taras en el seno deportivo, puesto que existen, no hacen sino consolidar y realzar el ideal deportivo».[13]

Podríamos agregar a las consideraciones de Boucheret que la ideología deportiva justifica en particular la competición, la selección de la elite, etc., y, según los regímenes políticos, la ideología dominante del estado (con Hitler, el antisemitismo, el racismo, el espacio vital, etc.; bajo la dominación totalitaria de la burocracia stalinista, las bellezas de la Unión Soviética «socialista»). Esta ideología es masiva en un doble sentido. De una parte forma un *bloque* masivo, compacto e indiferenciado, en el que todos los temas se reenvían los unos a los otros. Por otra, son utilizados masivamente por los demás aparatos ideológicos.

En otras palabras, esta ideología es contradictoria en el sentido de que, como dice Boucheret, «queda contradicha cotidianamente por la realidad de la práctica deportiva efectiva (chovinismo, deslealtad, egoísmo, etc.); pero, sobre todo (...), esta ideología revela contradicciones internas».[14] Estas contradicciones son de índole diversa. Por ejemplo, la contradicción interna más descollante concierne a la ideología democrática del reclutamiento y la práctica de masas. Como dice el adagio: «muchos son los llamados y pocos los elegidos. Mientras que la base del sistema deportivo admite democráticamente un reclutamiento en masa, el funcionamiento esencial de la institución deportiva consiste en eliminar y seleccionar a ultranza la elite de los campeones, que son los únicos que finalmente tienen el derecho a la palabra. Otra contradicción:

---

[11] G. LAPASSADE, Procès de I'université, institution de classe, Belfond, Paris, 1969., p. 152.

[12] Ibidem, p. 145,

[13] J. M. BOUCHERET, «Idéologie du sport et moyens de communication de masse», en *Sport et développement social au XXe siècle*, Editions Universitaires, Paris, 1968, p. 114.

[14] *Ibidem*, p. 115.

la que existe entre la hiper-especialización del entrenamiento y de la competición y la ideología oficial del desarrollo integral del individuo.

d) Este aparato ideológico del estado que es el deporte se relaciona estrechamente con otros aparatos ideológicos con los cuales trabaja en colaboración, particularmente el aparato escolar y el de los mass-medio. Althusser, Baudelot, Establet y Poulantzas estiman que hoy día la escuela se ha convertido en el aparato ideológico dominante, aquel que da el tono en las formaciones sociales capitalistas. Esto merece ser matizado, teniendo en cuenta el hecho de que el deporte es hoy un aparato masivamente dominante en la mayoría de los países capitalistas industriales, hasta el punto de convertirse en un instrumento de dominación política en manos de las clases dirigentes. Jean Amsler planteaba la siguiente pregunta, que nos parece pertinente y a la cual respondemos afirmativamente a título personal: «¿el deporte un instrumento de gobierno para todos los regímenes totalitarios o simplemente para los industrializados?»[15] El aparato ideológico deportivo es, junto con la escuela, uno de los aparatos dominantes y es inseparable, como lo veremos más adelante, del aparato escolar.

El aparato deportivo se infiltra en los otros aparatos, como ya hemos dicho. Al igual que todo aparato ideológico, el deporte es, en sí mismo, una *totalidad estructurada en clave dominante,* es decir, una organización relativamente autónoma y coherente de las diferentes instancias o niveles de la formación social en cuestión. «La institución —dice Lapassade— no es una instancia, un nivel en la sociedad, sino un resumen de instancias».[16] Así, en los aparatos políticos domina la política; en los sindicatos, la economía, y en el aparato escolar y deportivo, la ideología. El conjunto de los aparatos ideológicos de un estado *dado forma un bloque,* es decir, representan el *acorazamiento ideológico* del aparato represivo, último recurso de la dominación de clase. Las superestructuras ideológicas forman un bloque histórico en el poder, como observaba muy justamente A. Gramsci, en tanto que se corresponden orgánicamente unas a otras en el seno de una totalidad estructurada en un memento dado de la historia.

Hemos dicho que hacia falta considerar al deporte como un *«hecho social total»*. Esta es la razón por la cual la habíamos estudiado utilizando un máximo de perspectivas de acercamiento y respetando el principio de la *«reciprocidad de perspectivas»* de la que habla Gurvitch en su *Dialéctica y sociología*.[17] Hemos intentado también abordar el deporte mediante el estudio de sus diferentes facetas. Las complejas y numerosas consecuencias del deporte reflejan la complejidad de los rendimientos materiales de producción que estructuran la totalidad concreta del hecho deportivo. Si es cierto, como dijo G. Lapassade, que la institución deportiva «simboliza el conjunto jerarquizado de la organización social»[18], es cierto también que reproduce en su seno, baja una forma completa y diversificada, los diferentes niveles de la formación social (económico, político, ideológico, cultural y simbólico), que son «elementos de un todo, multiplicidades en el seno de una unidad»[19], como dice Marx. Dicho de otra manera, retomando la formula de R. Lourau: «lo que es simbólico en la institución es el hecho de representar, en un sector particular de la práctica social, el sentido del sistema social por entero».[20]

Así, el principio de la totalidad concreta nos ha procurado el principio metodológico de nuestro trabajo. Este organismo social que es la institución deportiva, y al cual hemos considerado como un sistema, es decir, como una totalidad articulada con una estructura dominante, es movido por un proceso motor que determina todas las contradicciones en su seno: la competición y su organización racional. En los términos teóricos más abstractos, la competición deportiva opone entre sí unidades de base, agentes (individuos, clubs, naciones), sobre un terreno homogéneo en la consecución de tareas idénticas y más o menos complejas. La competición consiste entonces en comparar cantidades homogéneas. Dice L. Sebag: «la comparación de dos actividades diferentes implica de hecho un criterio único, la existencia de un substrato homogéneo, que pueda ser tratado cuantitativamente».[21] Más generalmente, la competición deportiva consiste en la comparación de las tasas de rendimientos físicos, y *el movimiento del sistema deportivo esta regido por el reparto proporcional de las*

---

15 Citado por G. MAGNANE, *Op. cit.*, p. 147.
16 G. LAPASSADE. *op. cit.*. p. 23.
17 G. GURVITCH, *Dialectique et sociologie,* Flammarion, Paris, 1962.
18 LAPASSADE, *op. cit., p.* 145.
19 K. MARX, Introduction générale a la critique de l'économie politique, op. cit.. p. 235.
20 R. LOURAU, *L 'analyse institutionnelle,* Editions de Minuit, Paris, 1970, p. 90.
21 L. SEBAG, *Marxisme et structuralisme,* Payot, Paris, 1964, p. 66.

tasas de rendimiento, así como el modo de producción económico esta regido por el reparto proporcional de las tasas de beneficio y de las tasas de beneficio medio (caída intencionada de las tasas de beneficio medio). Para mantenerse en el pelotón de cabeza hace falta por lo menos conseguir la tasa de rendimiento medio. El entrenamiento y la competición permiten así un incesante reparto equitativo. El sistema deportivo combina en su seno, en consecuencia, tasas de rendimiento deportivo diferentes. Esta desigualdad de desarrollo se manifiesta al nivel de las confrontaciones de los estados-naciones. Las tasas de rendimiento deportivo medio de una nación se reflejan directamente en el número de medallas obtenidas en la palestra deportiva internacional, y el sistema deportiva mundial, gracias a la competición permanente, permite el reparto equitativa internacional de las tasas de rendimientos deportivos.

2. LA HOMOLOGIA ESTRUCTURAL ENTRE LA RIVALIDAD MERCANTIL CAPITALISTA Y LA COMPETICION DEPORTIVA: FORMA MERCANTIL Y FORMA DEPORTIVA

La sociedad capitalista (o la sociedad burocrática de estado) contemporánea esta fundada sobre la guerra mercantil, sobre la competencia económica sistemática. Esta competición impregna profundamente todas las relaciones sociales, incluidas las relaciones humanas más intimas. Como dice Karen Homey: «más allá del dominio económico, esta competición se extiende a todas las actividades y se inmiscuye en el amor, el juego y las relaciones sociales»[22] Roger Bastide tampoco duda en escribir, en el mismo sentido, que nuestra civilización está fundada en la competencia económica, pero la competición no domina solo las relaciones de grupos profesionales, sino que se extiende también hasta las relaciones de amistad, de familia y de sexo, entrañando rivalidades, sospechas y celos. Al mismo tiempo, nuestra sociedad vive en una ideología cristiana de fraternidad y de amor».[23] No se trata aquí de repetir la que es ya conocido de sobra. Quisiéramos simplemente insistir sobre el carácter dominante, a nuestro entender, de esta organización social particular que es *la universalización de la forma mercantil* que conlleva la universalización y la sistematización de la forma cuantitativa abstracta de la competición deportiva (forma deportiva).

Las mercancías son llevadas al mercado capitalista por sus posesores y sus guardianes, como dice Marx en *El capital*, con el objeto de ser intercambiadas entre si. El sistema capitalista es un fenómeno nacido de la búsqueda del beneficio mercantil. Se trata de producir para vender y, sobre todo, de embolsarse los beneficios. Dicho de otra manera, de hacer realidad el valor de cambio de las mercancías llevándolas al mercado. Esta es la «verdad» de nuestra sociedad. Dicho de otro modo, en el mercado las mercancías revisten todas el mismo carácter: el de ser un valor de cambio, independientemente de su valor de use concrete. Tienen todas una existencia social idéntica y uniforme, distinta de su existencia material y multiforme como objetos útiles. Esta existencia social es la incorporación de un valor dado que podría ser realizado, la concretización de un valor abstracto, o bien, según Marx, «la pura condensación del trabajo humane abstracto».[24] Sabemos que el trabajo se reduce a su pura abstracción, la de ser una mera descarga de energía, una actividad productiva en general. Es este trabajo abstracto el que se incorpora en el valor de cambio. En efecto, el valor de cambio aparece en un principio como el beneficio cuantitativo, como la proporción en la que los valores de cambio de especies diferentes se intercambian entre sí. Dicho de otra manera, las diferentes mercancías *han de tener en común un carácter dado* para que puedan formar parte del *mismo* sistema de cambio.

Esta es la razón por la que las mercancías son valoradas de acuerdo con una medida común, idéntica: la cantidad de trabajo humane abstracto, general, contenido en ellas. Los productos del trabajo, las mercancías, se asemejan las unas a las otras en la producción capitalista. Metamorfoseadas en sublimaciones idénticas, muestras del mismo trabajo indistinto, todos estos objetos no manifiestan sino una sola cosa, a saber: que en su producción ha sido invertida una fuerza de trabajo humana, que ha habido una acumulación de trabajo. En tanto que cristalizaciones de esta sustancia social común, les son impuestos valores».[25] Esta cantidad de trabajo incorporado en la mercancía es medida por el tiempo del trabajo invertido. Volvemos a encontrar aquí el proceso fundamental que ya hablamos analizado, a saber: la dominación estructural del tiempo abstracto, cuantificado, de cronometro. «El tiempo permite concebir el movimiento como cantidad», dice Marx, «y el

---

22 K. HORNEY, La personnalité névrotique de notre temps, L'Arche, Paris, 1953, p. 127.
23 R. BASTIDE, *Sociologie et psychanalyse*, PUF, Paris, 1950, p. 126.
24 K. MARX, *El capital*, Libro I, p. 580..
25 *Ibídem*, p. 565.

tiempo de trabajo es la realidad cuantitativa del trabajo. Dada una cierta calidad de trabajo, no puede diferenciarse más que en su duración; como tiempo de trabajo, encontramos su patrón en las medidas naturales del tiempo: hora, jornada, semana, etc. El tiempo de trabajo es el trabajo realizado y es indiferente a la forma de trabajo, a su contenido, a su individualidad; es el trabajo realizado bajo el aspecto cuantitativo lo que le da su medida inmanente».[26]

El choque brutal, el *struggle for ljfe,* la *bellum omnium contra omnes,* es mediatizado por el mercado que expresa la racionalidad del beneficio. La lucha no es entonces ciega, sino que está enmarcada en las formas sociales (mecanismos de premios, balsa, etc.).

Esta racionalidad de la cantidad y de la comparación entre las cantidades es la que volvemos a encontrar íntegramente en el sistema deportivo. *Hay, en efecto, una homología estructural considerable entre la competición deportiva y la competición mercantil, entre la forma deportiva y la forma mercantil.* La forma deportiva es la comparación de las diferentes marcas, que son incorporadas a una *sustancia común idéntica* de la misma naturaleza, un gasto físico de un tipo dada (carreras, natación, un dominio técnico cualquiera, etc.). La competición deportiva se presenta así baja su aspecto más general como un cuadro institucional que permite la comparación de actividades físicas *del mismo tipo,* que incorporan todas, en un grado diferente, un cierto valor. El sistema deportivo se presenta, pues, como escribe E. W. Eschmann, como la «comparación de marcas objetivas, cuantitativamente mesurables, que podemos por principio mejorar».[27] Es corriente oír decir (y aquí el lenguaje tiene de alguna manera un valor premonitorio) que esta a aquella marca «vale» esto a aquello, que este o aquel record tiene un gran «valor». Esta hace referencia a un *criterio común,* a un contenido idéntico: esta marca representa una mayor incorporación de esta sustancia común que esta otra. Dicho de otra forma, admitimos implícitamente la idea de una *serie de valores deportivos* que sintetizan, en diversos grados, una fracción dada de un equivalente general incomparado por ellas. Existe también una serie de equivalentes: podemos comparar este gesto con otro, esta marca con aquélla, porque sus valores son de la misma naturaleza, de la misma sustancia, y cristalizan en la forma de un *producto deportivo.* Este producto deportivo, condensación abstracta del tiempo de trabajo homogéneo, representa un *quantum* dada del gasta abstracto de la *fuerza deportiva* (a capacidad de actuación) de esta potencia de rendimiento acumulado en el cuerpo deportivo. Podemos, en efecto, considerar las diferentes marcas deportivas como el producto especifico de *una fuerza deportiva abstracta,* es decir, de la capacidad pura para producir un esfuerzo deportivo, un gesto deportivo de un genera y de un valor dados. Cada marca, o llamémosla de una manera más general, cada «*producto deportivo»,* es la materialización, en una proporción dada, de esta fuerza deportiva. Cada producta deportivo no manifiesta en su pura generalidad más que una cosa: que una fuerza deportiva ha sido liberada, que una energía humana deportiva ha sido acumulada. Por esta razón, las marcas deportivas pueden ser trasladadas a una medida común, a una apreciación común, si hacemos abstracción de su cualidad concreta, es decir, en su caso, de su desigualdad (o eventualmente de su igualdad) concreta, de su valor desigual (o igual). Las marcas representan en su totalidad el producto cristalizado de esta fuerza deportiva abstracta que tiene la capacidad de efectuar marcas más a menos grandes. Esta abstracción es una *reducción:* todas las marcas deportivas no son, en último análisis, sino la coagulación, en las proporciones variables de una misma sustancia, *del esfuerzo deportivo abstracto.* Encontramos de nuevo un principia constitutivo de la sociedad capitalista industrial avanzada, el de la comparación estructural. «La sociedad mercantil, escribe L. Sebag, «forja instrumentos universales de equivalencia, de evaluación y de contabilidad; el cálculo económico permite evaluar la multiplicidad de los productos, de las empresas y de los hombres y abre el camino hacia una homogeneización del conjunto de objetos, signos y símbolos, estructurando la existencia humana»[28] y también los resultados y productos deportivos.

La competición deportiva es entonces la comparación abstracta de estos productos deportivos a partir de un cuadro rigurosamente trazado por leyes y reglamentos. La expresa excelentemente U. Prokop: «la condición necesaria para la comparación cuantitativa es el establecimiento general de premisas y reglas iguales».[29] La producción de cada deportista es comparada a la de sus rivales teniendo en cuenta que todos los contrincantes

---

[26] K. MARX. Critique de l'économie politique, en Obras escogidas, p. 280.

[27] E. W. ESCHMANN, «Von Herakles bis Coubertin», en Das Grosse Spiel, Aspekte des Sports in unserer Zeit, op. cit., p. 11.

[28] L. SEBAG, *Op. cit.*. p. 67.

[29] U. PROKOP, Soziologie der olympisclien Spiele, Sport und kapitalismus, Hanser, Munich, 1971, p. 20.

tienen que llevar a cabo una producción de la misma naturaleza, estrictamente codificada, pero que no representa la misma cantidad ni tiene el misma valor deportivo. Esta es la razón por la que la competición deportiva se sitúa, en última análisis, como la lucha que emprenden los deportistas para mejorar sus marcas. El deporte es la carrera del rendimiento por excelencia: correr más rápido, saltar más alto y más lejos, levantar pesos más pesados, hacerlo mejor que el adversario: tal es el principio esencial, constitutivo, del deporte.

De esta manera, y ésta será la conclusión del capitulo, estos principios reflejan los de la sociedad capitalista mercantil en su totalidad.

Como escribe B. Rigauer: «los principios de la sociedad capitalista mercantil (producción mercantil, intercambios, confluencias, competitividad, racionalidad, utilidad, rivalidad) determinan estructuralmente el deporte. Estos principios están en una relación funcional en el seno de una totalidad dentro de la cual la marca representa un factor integral. La marca representa en el deporte principalmente una marca (o contramarca) mesurable (principio de equivalencia), es decir, una fuerza de trabajo especifica en tanto que consecuencia del cambio abstracto y, por lo tanto, una forma determinada de la mercancía».[30]

3. EL DEPORTE Y LAS CATEGORIAS CAPITALISTA-INDUSTRIALES

a) Categorías socioeconómicas y categorías deportivas

Hemos venido intentando mostrar como el proceso deportivo condensaba, de manera típica y especifica, las categorías socioeconómicas del modo de producción capitalista. La institución deportiva, en tanto que *economía política del cuerpo productivo, es el resumen simbólico de sus categorías industriales, su expresión paradigmática, su quintaesencia sublimada por la abstracción teórica.* Como dice Marx a propósito de la economía: «las categorías económicas no son sino las expresiones teóricas, las abstracciones de los resultados sociales de la producción».[31] Las categorías deportivas (rendimiento, competición, record, etc.) no son más que la abstracción teórica dc las relaciones deportivas, de los principios industriales. En este sentido, Karl von Krockow tiene razón al escribir: «marca, rivalidad, igualdad; lo que hace tan simbólico al deporte moderno, lo que le da esa fuerza de fascinación, es, sobre todo, la exactitud, por no decir la idealidad, con la cual incorpora los principios fundamentales de la sociedad industrial,[32] los tres principios de base, según Von Krockow (marca máxima, comparación de marcas, es decir, rivalidad, e igualdad en las condiciones y en las posibilidades) representan la materialización de estructuras fundamentales propias tanto de la economía como del deporte. Y escribe también: «esto nos lleva a comparar el desarrollo del deporte con el de la economía moderna, que está determinado por el beneficio máximo como criterio del empresario en el cuadro de la estructura de mercado».[33] Querríamos a continuación analizar en detalle las principales categorías constitutivas del deporte, aquellas que marcan *la homología estructural fundamentales de las categorías deportivas y de las categorías mercantiles-capitalistas.*

b) El deporte y la espacio-temporalidad abstracta cuantitativa

Ya hemos visto que el tiempo deportivo era un tiempo abstracto y cuantitativo, *el tiempo del cronómetro;* pero, más generalmente, el deporte se inscribe en una sociedad en la que la categoría del tiempo está profundamente marcada en tanto que ritmo industrial mecanicista. *El tiempo capitalista es el tiempo del reloj y del cronómetro.* La obsesión de la vida moderna es la obsesión por el tiempo, hasta el punto de que el reloj estructura todo el espacio urbano y los mass-medio ritman la vida cotidiana a golpes de relojes parlantes oficiales. Lo señala W. Grossin de manera muy sugestiva: «vivimos actualmente bajo el cuadrante de un reloj. El reloj de pulsera simboliza y actualiza el encadenamiento del hombre a su tiempo, o más exactamente al tiempo de los otros, a la hora de empezar el trabajo, de la salida del tren, del boletín de información, de la radio, de la cita, de la duración calculada de una operación productiva, de una conversación telefónica o de un trayecto. Tiempo medido, contado, fraccionado en cantidades cada vez más pequeñas, minutos de la vida corriente, segundos y fracciones de segundo del funcionamiento de las máquinas,

---

30 B. RIGAUER, *Op. Cit.*, p. 67.
31 K. MARX, *Misère de la Philosophie*, en K. MARX, *OEuvres*, vol. I, p. 68.
32 K. GRAF VON KROCROW, *Sport und Industrie-Gesellschaft.* Piper and Co., Munich, 1972, p. 94.
33 *Ibídem*, p. 17.

millonésimas de segundo de los ordenadores... Esta actitud del hombre de fijar su atención en el tiempo es contemporánea de la industrialización».[34]

Esta temporalidad abstracta, reificada, que encontramos en el deporte es su mejor ilustración. *El deporte es una carrera perpetua contra el reloj, un móvil perpetuo.* El cronómetro es el símbolo más perfecto de esto. El tiempo tiene la ventaja de poderlo medir todo. Invade todos los sectores hasta el punto de que no podemos pensar fuera de él. La existencia se planifica a golpes de reloj. Medimos la duración de la producción, el tiempo de rotación del capital, la velocidad de los motores o de los fenómenos biológicos, y se llega hasta cronometrar los reflejos de las personas. Brevemente, una verdadera «cronofrenia» se ha apoderado de esta sociedad. La aceleración del tiempo es el efecto de la imposición de un ritmo uniforme de vida. Dice G. Friedmann: «el conjunto de los ritmos alternados de trabajo y de no trabajo en las empresas, los despachos, las tiendas, los talleres, los servicios, etc., tiende a imponerse a todos los miembros de las sociedades modernas industrializadas».[35] El símbolo de este cronos universal, de este «Kronos Moloch en Metrópolis», nos ha sido dado por Charles Chaplin, apretando tornillos frente a su maquina en cadencias infernales. Esta es la razón por la cual la uniformización del ritmo temporal urbano ha permitido la aparición de la población laboriosa, dándole un marco temporal controlado y administrado. Dice P. Francastel: «el ritmo ha permitido a la vez la organización del rendimiento y la disciplina de los gestos. En revancha, su aceleración cada día mayor, de la que emana la famosa carrera de las normas, amenaza al hombre en su cerebro y en sus reflejos elementales».[36]

En consecuencia, el tiempo cronometrado es la condición misma de una tecnología racional del cuerpo. En efecto, como dice Marx: «el tiempo permite concebir el movimiento como cantidad; el tiempo de trabajo es la realidad cuantitativa del trabajo».[37] Por otra parte, según señala Marx, esta reducción aparece como una abstracción: «una abstracción que día a día se traduce en actos dentro del proceso social de la producción».[38] Este proceso de abstracción produce una cosificación general del tiempo, que no puede ser tornado como duración existencia sino únicamente como lucha contra el tiempo, lucha en la que se trata de «vencerlo» o «matarlo» O. Lukacs dice: «el tiempo pierde así su carácter cualitativo, cambiante, fluido, y se fija en un *continuum* exactamente delimitado, cuantitativamente mensurable y repleto de cosas cuantitativamente mensurables».[39] Este proceso trae consigo la cosificación de los trabajadores, que están hundidos en este tiempo abstracto, exactamente mensurable, el tiempo que se ha convertido en el espacio de la física y es, al mismo tiempo, una condición y una consecuencia de la producción especializada y alterada mecánicamente. Los sujetos deben entonces, ellos también, ser necesariamente alterados, racionalmente, de forma correspondiente. Sobre esta base, la condición fundamental de la sociedad capitalista mercantil es *la comparación en el mercado de las cantidades de tiempo.* El cambio mismo es esencialmente un cambio de tiempo medido. El tiempo se convierte en la mercancía suprema, el valor supremo, el criterio para establecer el valor social. Lo dice la frase popular: *Time is money.* Las mercancías son medidas o intercambiadas a la vista de la cantidad de tiempo abstracto socialmente necesario que llevan incorporadas. El tiempo abstracto es a la vez la sustancia y la medida del trabajo abstracto de los valores de cambio. Igualmente, en el piano más general de la superestructura jurídica, la criminología ha incorporado, con el advenimiento de la sociedad burguesa, la noción de tiempo abstracto para definir las penas criminales. El jurista soviético Paschukanis muestra en su *Teoría general del derecho* que «es sobre todo la expresión aritmética la que caracteriza el rigor de la sentencia: tantos días, tantos meses, etc., de privación de libertad (...). La privación de libertad durante un tiempo determinado es la forma especifica por la cual el derecho penal moderno, es decir burgués capitalista, realiza gracias a la sentencia del tribunal el principio de reparación equivalente. Esta forma está indudable y profundamente ligada a la representación del hombre abstracto y del trabajo humano abstracto, inmedible por el tiempo (...). Para que la idea de la posibilidad de reparar un delito por un quantum de libertad haya podido nacer, ha sido necesario que todas las formas concretas de la riqueza social hayan sido reducidas a la forma más abstracta y más simple: al trabajo humano medido por el tiempo».[40] Dicho de otra manera, el derecho penal utiliza el principio de la equivalencia de los tiempos. El delito hace perder tiempo al individuo

---

34 W. GROSSIN, *Le travail et le temps*, Anthropos, Paris, 1969, p. 185.
35 G. FRIEDMANN, *Sept études sur I'homme et la technique*, Gonthier. Paris, 1966, p. 124.
36 P. FRANCASTEL, *Art et technique*, Gonthier, Paris, 1956, p. 215.
37 K. MARX, Critique de l'économie politique, p. 280.
38 K. MARX. *El capital*, Libro 1. p. 294.
39 LUKACS, *op. cit.*, p. 117.
40 E. PASCHUKANIS, *Théorie générale du droit et marxisme.* E. D. 1., Paris, 1970, pp. 166 y 167.

perjudicado, mientras que la pena (reparación equivalente) medida en tiempo hace perder al delincuente el tiempo de vida y de trabajo correspondiente, le hace acumular tiempo de trabajo y de valores de cambio. Algunas veces el condenado puede librarse pagando un equivalente monetario del tiempo de trabajo fijado por la pena de privación de libertad. En otras palabras: en la sociedad capitalista todo se cifra y traduce en tiempo abstracto y cronometrado, hasta el punto de que los propios hombres encarnan tiempos y quanta de trabajo abstracto. La fuerza de trabajo es, ante todo, una fuerza medida por el tiempo. Es por esto por lo que se puede comparar a dos *individuos-tiempos.* Dice admirablemente Marx: «la rivalidad supone que los trabajos son igualados por la subordinación del hombre a la máquina o por la división extrema del trabajo; supone que los hombres se nulifiquen frente al trabajo y que el balancear de un péndulo sea la medida exacta de la actividad relativa de dos obreros como lo es de la celeridad de dos locomotoras. Lo cual no quiere decir que una hora de un hombre valga lo mismo que la de otro, sino más bien que un hombre de una hora vale como otro hombre de una hora. *El tiempo es todo, el hombre ya no es nada;* es, más que nada, el esqueleto del tiempo. Ya no es cuestión de calidad; la cantidad por sí misma lo decide todo: hora tras hora, jornada tras jornada».[41] En suma, el tiempo abstracto transforma a los individuos en hombres locomotoras, en robots del tiempo.

Al nivel del espacio asistimos igualmente a una matematización y a una geometrización del espacio urbano y del espacio de vida. El deporte participa evidentemente de esta especialización abstracta del Universo. El desarrollo del deporte es inseparable de las urbanizaciones de hormigón armado que reman hoy en las ciudades modernas. «Ya no hay terrenos de juego; no hay más que estadios»,[42] comenta L. Mumford. El deporte, como todo, se desenvuelve dentro de un universo de «escorias de hierro y cemento, hace notar Durand.[43] La geometrización y la abstracción de la naturaleza concreta, real, sensible, encuentran en el deporte su perfección. Como remarca A. Zimielski, «el verdadero ideal del deporte no es alcanzado más que cuando a la hierba ya geometrizada y, por decirlo así, desnaturalizada, se la sustituye por materiales plásticos y cuando no tiene ya ninguna relación con la tierra. Muchos deportes se han instalado definitivamente en salas cubiertas, como, por ejemplo, el baloncesto. Incluso la nieve cede su lugar a masas de materias plásticas y a capas de nylon dispuestas sobre rampas y trampolines construidos de hormigón. Encontramos por todas partes iluminación artificial, clima artificial bajo techo, agua artificialmente calentada o enfriada en las piscinas. *El deporte se desliga de la naturaleza,* del paisaje, y se crea su microcosmo, un micro-clima».[44] *El deporte es la concepción espacial cosificada del universo.* Los espectáculos deportivos vierten en esos embudos industriales que son los estadios los gentíos humanos alienados que acuden a ellos con el espíritu vano e ilusorio de escapar del universo urbano. L. Mumford nos hace ver que «el estadio... se convierte en una especie de establecimiento industrial, produciendo *máquinas* de correr, saltar o de jugar al fútbol».[45] Esta geometrización de la naturaleza es la razón esencial de la *deludización del deporte. La actividad deportiva se desarrolla como un proceso de producción en una fábrica:* las mismas pausas de trabajo (o de entrenamiento: *intervall training),* el mismo paisaje urbano abstracto y concentrador. El deporte considera a la naturaleza como un bloque de materia preparada para ser agredida. De hecho, el deporte mantiene relaciones agresivas de dominación con la naturaleza. La naturaleza ha dejado de ser ese «socio» familiar, ese «cuerpo orgánico del hombre», del cual habla Marx en los *Manuscritos de 1844,* para convertirse en un adversario al que hay que someter y nivelar. El mejor ejemplo lo tenemos en el alpinismo, que reemplaza las relaciones lúdicas, estéticas, incluso eróticas con la naturaleza por una especie de expedición militar, agresiva: se trata de vencer la roca o la montaña, abstractamente evaluadas según su altura y sus dificultades. Todos los elementos de la naturaleza son así transformados por la relación deportiva. La nieve no es blanca: en principio es resbaladiza, funcional el agua no es dulce: se porta bien o mal, es muy viscosa, etc.; también el viento puede ser o muy fuerte o poco agradable... Es por esto por lo que P. Laguillaumie tiene razón al escribir: «la abstracción espacial precede de la sistematización de un marco aislado de toda relación viviente con la naturaleza orgánica. Ya sea en estadios, piscinas o pistas de esquí, el deporte se desenvuelve en un enclave cerrado, mecanizado, extraño a la naturaleza. El contacto directo con el elemento natural ya no existe. Se intercala *la criba deportiva.* El polvo de la pista ha reemplazado al bosque, las vallas no son más

---

41 K. MARX, *Misère de la philosophie*, p. 29.
42 L. MUMFORD, *Technique et civilisation,* Seuil, Paris, 1950, p. 250.
43 S. G. DURAND, *L'adolescent et les sports,* PUF, Paris, 1957, p. 27.
44 A. ZIMIELSKI. «Scepticisme au sicle du sport»», en *Recherches internationales a la lumière du marxisme (Sport et éducation physique),* Editions de la Nouvelle Critique, Paris. 1965. p. 9.
45 L. MUMFORD, *op. cit.,* p. 269.

que elementos de un decorado ficticio, el espacio no es sino un cercado de naturaleza civilizada, uniformada, mecanizada, cosificada, impalpable como una línea de meta».[46]

c) La división capitalista del trabajo y la especialización deportiva

El modo de producción capitalista descansa sobre la división social y técnica del trabajo, como factor indispensable de la nacionalización de la producción. Igualmente la tecnología corporal no es una tecnología global, sino una suma de técnicas variadas y particulares. El portador mismo de la tecnología es dividido en su propia carne, como dice Marx en *El capital:* «la manufactura convierte al obrero en un monstruo, fomentando artificialmente una de sus habilidades manuales, a costa de aplastar todo un mundo de fecundos estímulos y capacidades (...). Además de *distribuir* los diversos trabajos parciales entre diversos individuos, se secciona *al individuo mismo, se le convierte en un aparato automático adscrito a un trabajo parcial,* dando así realidad a aquella desazonadora fábula de Menenio Agrippa en la que vemos a un hombre convertido en simple fragmento de su propio cuerpo».[47] Esta mutilación produce igualmente «el idiotismo y el cretinismo del oficio» del que habla Marx en *Miseria de la filosofía.*

El deporte es el producto supremo de la división tecnológica del cuerpo. Por primera vez aparece la idea de una tecnología sistemática del cuerpo, pero también la de una división posible de sus movimientos y sus funciones. Gracias al deporte, la escisión histórica entre el intelecto y el cuerpo es consumada definitivamente, y no es mediante los irrisorios concursos artísticos de los primeros Juegos Olímpicos modernos, con lo que se puede rehacer la síntesis orgánica entre el espíritu y el cuerpo. De ha misma manera, ha escisión entre la sensibilidad estética, erótica, y la eficacia muscular aparecer igualmente con el deporte para convertirse en un verdadero sistema de represión.

En efecto, el deporte concibe al hombre como una máquina animal en la que pueden dividirse los miembros y racionalizarlos tecnológicamente de manera separada (carrera, salto, lanzamiento, etc.), mientras que, en los modos de producción anteriores, el cuerpo estaba concebido esencialmente como una totalidad. En este sentido, la técnica deportiva obedece al proceso inverso al de la evolución de la máquina; ésta se hace cada vez más compleja, completa, total y omniscente, mientras que el cuerpo se divide cada vez más, se especializa, se atomiza. El entrenamiento deportivo consiste en repetir secuencias motrices parciales y unirlas en el gesto global. El deportista se especializa cada vez más, se convierte en el agente y el portador de una operación exclusiva. En el futbol se puede ser defensa derecha o izquierda, o portero; en esgrima puede practicarse el florete, el sable o la espada; en esquí puede hacerse descenso, «slalom» especial o «slalom» gigante. Asimismo, en atletismo no se es en general *sprinter,* sino más bien corredor de 100 metros, de 200 o de 400 metros, al igual que en distancias medios. En natación ya no es posible ser un ganador completo, como en otros tiempos. Es obligatorio especializarse. En resumen, pues, a pesar de algunas tentativas por reaccionar contra esta hiper-especialización que traba, por otra parte, la práctica de alto nivel, *la tendencia general hacia la especialización deportiva es irreversible,* como lo es en otro plano la división del trabajo industrial, que se hace infinitesimal. Como recuerda P. Laguillaumie «la rivalidad deportiva severa exige que la capacidad del individuo sea orientada hacia la nacionalización de una técnica particular. Ya no es posible en la actualidad ser campeón de todo; el proceso deportivo ha trastornado necesariamente al individuo, a sus capacidades físicas, lo mismo que la división del trabajo, lo que ha sido llamado «el trabajo a migajas», ha llevado a la especialización, «al idiotismo del oficio».[48] Al trabajo a migajas corresponde hoy en día el *«deporte a migajas».* Es evidente que la actividad industrial o deportiva desmigajada lleva a la parcialización del agente productor o deportivo. Subraya Marx: es evidente que «el obrero individual se ye *adoptado y anexionado* de por vida a una función determinada».[49] En el trabajo industrial, come en el deporte, el individuo total es dividido, transformado en engranaje de un trabajo parcial altamente automatizado, atrofiado hasta convertirse en una anomalía (los monstruos deportivos existen y se multiplican) que un entrecruzamiento monstruoso impulsa hacia su desarrollo extremo. Hay una analogía profunda entre la objetivación factorial de una capacidad hiper-desarrollada y la cosificación de la fuerza de trabajo metamorfoseada en cosa. Tanto en un caso como en otro es «una facultad o un complejo de

---

46 P. LAGUILLAIIMIE, *Op. Cit.,* p. 47.
47 K. MARX, *El capital,* Libro I, p. 294.
48 P. LAGUILLAUMIE, *Op. cit.,* p. 42.
49 K. MARX. *El capital,* Libro 1,284.

facultades lo que se separa del conjunto de la personalidad, facultad objetivada en relación a ella, y que deviene en cosa, en mercancía».[50] Así, las capacidades deportivas devienen en cosas que el deportista hace valer en el mercado —la escena— deportivo comparándolas a otras cosas del mismo tipo por medio de la competición. Desde este memento, sus facultades «no se conectan solamente a la unidad orgánica de la persona, sino que aparecen como cosas que el hombre posee y que exterioriza al igual que los objetos diversos del mundo exterior».[51] Es inútil insistir sobre este hecho: la mayoría de los deportistas vigilan sus tobillos, sus muñecas, sus músculos, como si fueran capitales bancarios, hasta el punto de que se les prohíbe a menudo practicar el esquí o el futbol, cuando en realidad les apetece, para no arriesgar nada. Esta *«alienación deportiva,* sobre la que volveremos más adelante, culmina en *el seguro* que hacen ciertos deportistas de sus piernas, sus brazos, etc. La carne y la sangre se han convertido simbólicamente en cosas a acumular y preservar por medio de los seguros.

d) El principio del rendimiento industrial y las categorías deportivas

R. Aron, en sus *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial,* muestra muy bien que el objetivo número uno de las sociedades que él llama «industriales» es decir, para nosotros, capitalistas de Estado y burocráticas de Estado, es el crecimiento económico cuantitativo, la acumulación del capital. Entonces, «la progresión se define por el progreso técnico o por el crecimiento del rendimiento del trabajo, lo que implica una actitud racional y, por decirlo así, científica relativa a la producción».[52] Esta exigencia de rendimiento ha empujado al sistema industrial-capitalista hacia la automatización, la nacionalización y la organización científica del trabajo. La única cuestión que importa al sistema como totalidad es la expresada por P. Naville: ¿cómo obtener de los sistemas autómatas un rendimiento máximo? *El principio de rendimiento es el principal cardinal de la sociedad capitalista industrial.*

El principio de rendimiento capitalista apareció al mismo tiempo que el principio de record en el deporte. Estas dos categorías prácticas se convirtieron desde entonces en algo inseparable del modo de producción capitalista o burocrático de Estado. El deporte es, ya lo hemos visto, la práctica experimental, especifica, institucionalizada, del rendimiento corporal, de la fuerza de producción de récords. Como dice C. Diem, «el rendimiento, la marca, es el rasgo característica del deporte..., la búsqueda de la marca, de la marca máxima, del record».[53] En los países del Este, donde la clase obrera es explotada en el terror por la clase explotadora, la burguesía burocrática de estado, la búsqueda de rendimiento deportivo de la fuerza de trabajo, fuente de plusvalía, se ha convertido en un dogma, una categoría social funcional. Dice W. Sieger: «la cultura física es un proceso social de realización consciente de las cualidades físicas y psíquicas del hombre en tanto que fuerza productiva».[54] El principio de rendimiento penetra en todos los poros de la sociedad. Como señala H. Plessner de manera resumida, pero harto sugestiva, «el principio de rendimiento ha penetrado en el corazón de la ética y está a punto de desbancar cualquier otro principio de selección y de evaluación».[55]

La sociedad industrial, capitalista o capitalista burocrática de estado es así la encarnación misma del principio del rendimiento, que es su principio dominante. Este principio se desarrolló históricamente a partir del nacimiento del capitalismo industrial, para extender en seguida su dominación estructural al conjunto de las esferas de la vida social. Como subraya B. Rigauer: «el principio de rendimiento se ha desarrollado históricamente a partir de la producción capitalista-industrial, es decir, a partir de la búsqueda del máximo beneficio, en relación con los valores socioculturales y sociopolíticos y las reglas normativas. *El rendimiento es hoy una parte constitutiva de (a conciencia social industrial*».[56]

Pero es con el deporte de competición con lo que triunfa el principio de rendimiento que refleja los principios constitutivos de la sociedad capitalista. El deporte de competición y el trabajo en la fábrica implican

---

50 G. LUKACS, *op. cit.,* p.116.
51 *Ibidem,* p. 118.
52 R. ARON, *Dix-huit leçons sur la société industrielle,* Gallimard, Paris, 1962, p. 175.
53 C. DIEM, *Wesen und Eehre des Sports,* Weidmannsche Verlagsduchhandlung, Berlin, 1960, pp. 13 y 14.
54 Citado por B. RIGAUER, *Op. Cit.,* p. IS.
55 Citado por B. RIGAUER, *Op. Cit.,* p. 24.
56 B. RIGAUER, «Leistunssport als Arbeitsleitung. Zur gesellschaftlichen Dialektik sportspezifischer Leistung», en *Die vertrimmte Nation, oder Sport in rechter Gesellschafi* (editado por I. Richter), Rowohlt Taschenbuch Verlag, Reinbeck bei Hamburg, 1972, p. 62.

necesariamente la búsqueda desenfrenada del rendimiento (cadencias infernales,). Este hecho se expresa por el establecimiento de normas de producción, o de normas de competición y de entrenamiento, que no dejan de ser corregidas sin cesar por los nuevos valores. Las normas de las marcas no tienen, pues, más que un valor provisional. Como dice A. Wohl, «en la búsqueda, característica del deporte moderno, de la capacidad de marcas superiores, de récords de rapidez y del desarrollo completo de la capacidad motriz, se refleja simplemente el desarrollo de la técnica moderna industrial y de sus exigencias».[57] El principio de rendimiento determina las otras categorías anexas, en primer lugar los rendimientos respectivos y su comparación en un terreno neutro y homologado. La forma dominante de la comparación de marcas es la *competición reglamentada.* Según G. Luschen, «el deporte de competición no se consuma más que por relación con una competición realizada mediante reglas objetivas entre uno o varios concurrentes, a partir de la comparación de las marcas. El objetivo es el mejoramiento de las marcas y la victoria sobre los concurrentes».[58] La competición deportiva se somete a reglas objetivas y preestablecidas de comparación de marcas. Como establece B. Rigauer, «es precisamente el principio de rendimiento, la comparación de marcas, lo que expresa la *relación estructural del deporte de competición con la sociedad capitalista competitiva.* El deporte de competición moderno es un producto de la sociedad industrial, la representación simbólica concentrada de sus principios fundamentales».[59] B. Rigauer señala igualmente que el deporte de competición es la materialización de los principios y categorías abstractas de la sociedad capitalista. El deporte de competición y el trabajo social significan la interiorización del principio de rendimiento en una categoría central de sus objetivos y de sus motivaciones.

De esta categoría central de rendimiento en el modo de producción capitalista se despejan todas las otras categorías deportivas. Dice P. Laguillaumie: «el esquema competición-rendimiento-medida-record es el reflejo perfecto del proceso de producción capitalista».[60] En efecto, el rendimiento supone la medida cuantitativa, y ésta, la comparación posible, el record, medida de la marca máxima.

El rendimiento deportivo se ha convertido, por otra parte, en el modelo de todas las actividades productivas de la sociedad capitalista industrial en general. El deporte es el modelo ideal, idealizado y socialmente valorizado, de la sociedad de rendimiento. Es esto lo que explica fundamentalmente la *fascinación* que ejerce el deporte sobre las masas y su desarrollo impetuoso en la sociedad industrial. Esto explica también que el comportamiento eje con respecto al rendimiento en el deporte sea el modelo de comportamiento productivo en conjunto. El progreso de la clasificación (por el rendimiento), gracias a la comparación objetiva de los rendimientos, une dialécticamente el principio básico de igualdad de todos los concurrentes y la desigualdad final de los victoriosos y los campeones.

La cifra y los nombres toman un contenido simbólico importante en el deporte de competición moderno, con sus significaciones técnicas y racionales. Por su mediación, los resultados que aparecen en el entrenamiento a en la competición se expresan cuantitativamente: resultados del juego, tiempo de carrera, distancias franqueadas, etc. En el deporte se expresa el deseo de representar todos los fenómenos baja formulas de equivalencia: cada proeza, incomparable en apariencia, es comparada reduciéndola a las proezas abstractas normalizadas y codificadas. Como dice A. Gelhen: «la cuantificación y la medida de las marcas se convierten en el contenido mismo del deporte».[61] Y esta tendencia es tan fuerte que al registrar un record no se le está valorando como un hecho nuevo, como un evento, *sino como una repetición de una cantidad ya realizada, más un quantum añadido (ganancia o plusvalía de marca).* El deporte puede también ser interpretado como una paciente edificación de un pedestal acumulado de marcas que se juntan unas a otras (curva de récords y de progresos).

El deporte, dicho de otra manera, representa la cuna de las plusmarcas deportivas mejoradas sin cesar. Esta noción de *plusvalías deportivas* es, según nosotros, capital para comprender el fenómeno deportivo. Esta plusvalía es el contenido mismo del deporte, es ella la que rige fundamentalmente la actividad competitiva.

---

57 A. WOHL, «Die gesellschaftlich historischen Grundlagen des burgerlichen Sports», en *Wissenschaffliche Zeitschrift der DHJK*, Leipzig, 60 año, 1965, cuaderno 1, p. 52.

58 G. LUSCHEN, «Der Leistungsptort in seiner Abhangigkeit yam soziokulturellen System», en *Zentrafblatt für Arbeitswissenschaft*, 19º año, cuaderno 12, 1962, p. 186.

59 B. RIGAUER, Sport und Arbeit, op. cit., p. 26.

60 P. LAGUILLAUMIE, *op. cit.*, p. 35.

61 A. GELHEN, *Op. cit.*, p. 28.

Ya hemos vista que el agente deportivo era la encarnación práctica, real y, al mismo tiempo, simbólica de un quantum de valor, expresado por sus resultados y sus marcas. El valor deportivo es también la incorporación «inmaterial» de la fuerza de producción de marcas (capacidad deportiva en general). Sin embargo, este valor deportivo es objetivado permanentemente en la escena deportiva donde se lleva a cabo, sin cesar el reparto equitativo de los valores por la mediación social de la competición (comparación interna de los valores a partir de criterios comunes y en un marco dado, etc.). Como observa B. Rigauer, «la Capacidad deportiva particular se convierte en base de un cambio de mercancías especificas: la marca».[62] Este modelo, nacido del mundo del trabajo, se realiza igualmente en el deporte de competición. «El atleta —dice de nuevo B. Rigauer— produce una marca deportiva y la transforma en valores casi materiales».[63] Son estos valores los que se expresan en el lenguaje deportivo corriente: tal deportista «vale» diez segundos en los cien metros, tal otro «vale» cincuenta y un segundos en cien metros braza, aquella marca «no vale nada», etc.

La producción deportiva es esencialmente una producción de plusvalías deportivas, que se materializan inmediatamente en marcas y en récords. Aquí también la producción de plusvalía deportiva refleja directamente el modo de producción capitalista basado en la búsqueda de la plusvalía obrera. «La producción de plusvalía —dice Marx— no es otra cosa que la producción de valor *prolongado más allá de un cierto punto.* Si el proceso de trabajó no dura más que hasta el punto en que el valor de la fuerza de trabajo, pagada por el capital, es reemplazada por un equivalente nuevo, hay una simple producción de valor; cuando *sobrepasa este limite, tenemos una producción de plusvalía*».[64] La producción de plusvalía deportiva, independientemente de la producción de plusvalía económica real en el caso del deporte profesional (donde hay explotación real, a menudo feroz, de los atletas profesionales), no es otra cosa que la producción de *valores adicionales* más allá del punto máxima ya alcanzado por la producción deportiva record. La producción deportiva se presenta así como un escalonamiento progresivo, una acumulación estratificada de valores que se superponen históricamente. De esta manera, si la producción de plusvalía es la continuación del tiempo de trabajo más allá de la equivalencia de valores ya obtenida por la producción media (record y marcas *standard),* la producción de plusvalía deportiva es el alargamiento más allá del valor medio de la producción deportiva. Una marca record incorpora así dos partes bien diferenciadas: el valor-marca anterior y el valor-marca adicional, al igual que el tiempo de trabajo total de una fuerza de trabajo está compuesto, según Marx, de tiempo- que permite cambiar el equivalente del valor de la fuerza de trabajo puesta en obra, *más* el sobre-trabajo que produce el sobre-producto a la plusvalía. Estas consideraciones, por abstractas que puedan parecer, son importantes, ya que nos permiten comprender la progresión del deporte. La marca deportiva debe en un principie llegar al nivel medio de los récords y marcas para en seguida intentar hacerlo mejor (ganancias de marcas). El lenguaje deportivo periodístico refleja así empíricamente esta idea abstracta, generalmente silenciada por complete por los sociólogos del deporte. En efecto, oímos a menudo decir que tai deportista ha ganado sobre aquella marca, digamos, equis segundos a equis centímetros. *Esta ganancia representa exactamente la ganancia de la plusvalía deportiva*.

Pero podemos llegar todavía un pace más lejos en nuestro análisis abstracto. El valor-marca incorporado en una fuerza de producción deportiva no es constante; conoce un desarrollo histórico completo (aparición, fuerza de la edad, senectud, etc.). El entrenamiento deportivo consiste en acumular esta capacidad de marca a nivel media mundial y a mantenerlo contra la entropía, ya que la fuerza deportiva, como toda cosa viviente, declina rápidamente, sobre todo con el progreso de la alta competición, ya que en el deporte encontramos la misma estructura que aquella que existe en relación a la fuerza de trabajo. Esta se consume progresivamente y se exterioriza en los productos su valor, que constituye de alguna manera su sustancia última. La fuerza de trabajo se consume como se consume una reserva de agua. Como dice Marx admirablemente, «el periodo de vida de un instrumento dado (la fuerza de trabajo) comprende también un número más o menos grande de las mismas operaciones renovadas sin cesar con su ayuda. Y es un instrumento de trabajo como del hombre. *Todo hombre muere todos los días de veinticuatro horas;* pero es imposible saber por el simple aspecto de un hombre cuántos días lleva muerto».[65] Igualmente, en el deporte la fuerza de producción de marcas declina todos los días de veinticuatro horas, pierde todos los días un quantum determinado de valor-sustancia. El

---

62 B. RIGAUER, *Op. cit.*, p. 60.
63 *Ibídem*, p. 60.
64 K. MARX, *El capital*, Libro 1, p. 746.
65 K. MARX, *El capital*, Libro I, p. 756.

gasto regular de la fuerza productiva lo consume, y este agotamiento está jalonado por la producción de marcas que incorporan una fracción de su sustancia separada y objetivada. Los cálculos deportivos modernos muestran también que la longevidad de una fuerza deportiva está estrictamente determinada y que, consecuentemente, debe ser utilizada con el máximo de rentabilidad posible.

La tendencia a la representación exacta de los valores-marca deportivos con la ayuda de símbolos cifrados se refleja claramente por la adaptación de normas técnicas métricas y de unidades de medida tales que puedan ser utilizadas en el universo industrial-capitalista.

Las marcas deportivas encuentran hoy en día su punto de referencia en el sistema de los centímetros, de los gramos, de los segundos y en los sistemas de notación por puntos o por medidas de evaluación diversas. Como dice B. Rigauer: «por la utilización de un sistema de medidas socialmente confirmado, todas las marcas deportivas pueden ser comparadas objetivamente al igual que los resultados de la producción industrial. Son racionalizadas en escalas de medidas universalmente válidas. Al serlo en una forma abstracta, cuantitativa, es posible hacer competiciones contra adversarios ausentes. Se corre, por ejemplo, contra un tiempo record numéricamente reestablecido».[66] En este sistema métrico, el record toma evidentemente una figura de punto simbólico. *El record es el símbolo por excelencia del sistema deportivo.* Pero el record del sistema deportivo fue transferido al mundo de la producción. Hoy en día se habla corrientemente de récords de producción batidos. Igualmente, en el tiempo del comunismo del goulash, Nikita Kruschev anunciaba su voluntad de batir los récords de producción de USA en la gran confrontación de los sistemas sociales diferentes. Así, en Cuba, F. castro anunciaba su deseo de movilizar al pueblo cubano para batir el record de los 10 millones de toneladas de azúcar («zafra»). I. Huizinga anota en su *Homo ludens* que «por donde la producción industrial tomaba un carácter especifico, la aspiración al record se volvía carrera». Hoy en día, comenta, «una gran empresa introduce conscientemente el factor deportivo en su propio circulo para exaltar su producción».[67] El record, elemento esencial del sistema deportivo, tiene un triple papel: por una parte, permite la medida de las marcas máximas; registra entonces como el dinero permite acumular riquezas sociales, atesorar; permite también la comparación de marcas presentes y pasadas. También tiene un papel de cambio y de comunicación, al igual que el dinero permite el comercio de mercancías, su intercambio. Si, como dice Marx en los *Manuscritos de 1844*, da lógica es el dinero del espíritu, se puede decir que el record es el lógico dinero del sistema deportivo, es lo que permite la comparación generalizada, lo mismo que el dinero permite el cambio y la comparación generalizada de tiempos de trabajo socialmente necesarios en el mercado capitalista. Para A. Gelhen, «el record del mundo es aquella marca máxima obtenida en condiciones iguales y *reconocida* por las autoridades deportivas internacionales».[68] Dicho de otra manera, el record tiene *una función de patrón,* como el dinero del cual imita sus otras funciones (atesoramiento, medida y medio de cambio y de comunicación).

En este análisis de las relaciones estructurales entre categorías mercantiles y categorías deportivas podríamos haber tornado otras categorías del sistema deportivo (técnica, administración, etc.). Todas muestran que el sistema deportivo está estructuralmente ligado en su aparición, en su desarrollo y en sus contradicciones a las categorías del modo de producción capitalista. El deporte es el reflejo súper-estructural de las categorías de producción capitalista, su transfiguración simbólica. Como dice Karl von Krockow, «lo que hace al deporte tan simbólico es la exactitud, el ideal mismo, con lo cual impulsa los principios fundamentales de la sociedad industrial».[69] Es esta unión consustancial del proceso de producción deportiva y del modo de producción capitalista lo que la mayoría de los sociólogos críticos del deporte han entrevisto, pero raramente analizado sistemáticamente. Es por esto por lo que este análisis solo permite (como esperamos poder probar en el presente trabajo) comprender la institución deportiva, su aparición histórica, su desarrollo y su contradictorio modo de funcionamiento interno. De acuerdo con ello, J. Dumazedier ha esbozado algunos puntos importantes en los que subraya la *homología estructural entre el deporte y la producción industrial.* Escribe también: «poco a poco, el deporte ha impuesto sus modelos las actividades de la vida moderna. Así, la organización de empresas está a menudo basada en métodos de emulación, de cooperación, de competiciones

---

66 B. RIGAUER, *Op. Cit.,* p. 51.
67 J. HUIZINGA, *Homo Ludens,* Gallimard, Paris, p. 319.
68 A. GELHEN, *Op. Cit., p.* 29.
69 K. GRAF VON KROCKOW, «*Der Wetteifer in der industriellen Gesellschaf*», en *Der Wetteifer,* Limpert Verlag. Francfort del Main, 1962. p. 58.

que han sido tomadas del deporte. Es conocido el mérito creciente de los encuentros deportivos entre talleres o entre empresas, sobre todo de futbol. Este género de encuentros y el modo de preparación crean a menudo un estilo para el trabajo de producción y de formación. Numerosos métodos de perfeccionamiento profesional se inspiran en técnicas familiares de la pedagogía deportiva, así como el "training within industry" (TWI), el entrenamiento mental y una quincena de técnicas derivadas... Vayamos más lejos: *la búsqueda de la eficacia del gesto deportivo ha precedido a la de la productividad del gesto profesional...* No es, pues, de extrañar que en su célebre texto, consagrado en 1911 a la organización científica del trabajo, Taylor haya comparado con precisión la organización del trabajo a la organización de un deporte».[70]

La racionalización científica de las técnicas deportivas del cuerpo la marca decisiva del principio del rendimiento en el deporte. En el sistema capitalista, todos los movimientos y gestos están bajo la influencia de la nacionalización y principio del cálculo. Con este modo de producción aparece por primera vez la idea de una tecnología del cuerpo como fuerza de trabajo, de un perfeccionamiento técnico infinito. Entonces, el principio de economía se introduce sistemáticamente en el sistema deportivo, que es la *economía política del rendimiento*. Los gestos deben obedecer a la ley del mayor rendimiento con el mínimo costo y con el mínimo esfuerzo. Como dice muy bien F. J. Buytendijk, «la perfección técnica debe ser juzgada por sus resultados. La velocidad del corredor es directamente proporcional a la perfección de su carrera. La velocidad misma de los movimientos deportivos enmascara a menudo su manera de ejecutarlos. Es por esto por lo que medimos su perfección únicamente por el efecto. Pero el análisis en una película a cámara lenta nos muestra que el *carácter común de todos los movimientos técnicamente perfectos es una consecuencia de la aplicación sistemática del principio de economía*. Los movimientos industriales automatizan los movimientos económicos, de tal forma que esos movimientos no parecen ser movimientos limpios. Parecen operar en la persona como si los miembros de ese cuerpo fueran *elementos de una maquinas*».[71] Lo que caracteriza las técnicas del cuerpo en el modo de producción capitalista es precisamente su asimilación a los mecanismos del maquinismo industrial. No solamente el lenguaje de los gestos está mecanizado e influida su terminología por mecanismos (biela, «esto carbura», etc.), sino que incluso la forma de los gestos se parece fundamentalmente a los de una máquina. Como tales, estos movimientos se hacen cada vez más abstractos y se separan del soporte concreto del organismo. G. Magnane subraya la semejanza entre los gestos deportivos y los del maquinismo industrial. Dice: «es una actividad que pone el acento sobre la intensidad del esfuerzo, sobre la seguridad y eficacia del gesto y, en general, sobre la rapidez aliada a la regularidad, a la exclusión de los tanteos, a las satisfacciones cotidianas y a los tiempos muertos que toleran, o que incluso potencian, numerosos oficios en las civilizaciones patriarcales. Se toma por modelo la máquina nueva mejor que la vieja, que pone a punto extensamente sus procedimientos personales».[72]

e) *La tecnificación del cuerpo en el modo de producción capitalista*

Hemos tenido ya la ocasión de subrayar, a propósito del sistema deportivo, el hecho de la tecnificación total del cuerpo, que es concebido como un ingenio técnico a perfeccionar y rentabilizar. Esta tendencia refleja una idea general dada en el modo de producción capitalista: es lo que podríamos llamar, con J. Eilul, «humanismo técnico. Nos encontramos este principio en el deporte, que es la técnica dominante del cuerpo. Como dice otra vez J. Ellul: «el deporte está ligado al mundo técnico por el hecho de que él mismo es una técnica. Esta mecanización de los gestos corresponde, por otra parte, a la mecanización de los aparatos deportivos, cronómetros, aparatos de precisión para las medidas, máquinas de salida, etc. Y en esta exacta medida del tiempo, en esta rigurosa formación de los gestos, en el principio del record, nos volvemos a encontrar con el deporte, uno de los elementos importantes de la vida industrial».[73] El deporte es el reflejo simbólico de la vida industrial capitalista, su símbolo perfecto. El hombre, dice J. Ellul, «se convierte en este campo en una especie de *máquina;* su actividad controlada por aparatos se convierte en técnica... En la disciplina deportiva, el hombre no solamente juega y descarga agresividad, sino que también se adapta sin saberlo, se prepara para nuevas dificultades. Aquí también asistimos al mismo proceso de *desaparición del juego* y de la alegría, del contacto con el aire y el agua, de la improvisación y espontaneidad; todo esto se relega para seguir reglas estrictas hacia la eficacia, hacia los tiempos record, y el entrenamiento hace de este

---

70 J. DUMAZEDIER, *Vers une civilisation du loisir*, Seuil, Paris, 1962, p. 87.
71 F. J. J. BUYTENDIJK, *Attitudes et mouvements*, Desclée de Brouwer, Hruges, 1952, p. 479.
72 G. MAGNANE, *op. cit.*, p. 66.
73 J. ELLUL, *op. cit.*, p. 347.

hombre un *aparato eficaz,* ignorando cualquier otra cosa que no sea la alegría de vencer y de explotar su cuerpo».[74]

Esta tecnificación va todavía mucho más lejos. Se apropia de la vida orgánica del hombre y de su hacer cotidiano. Según G. Friedmann, vivimos en un medio técnico que impone su presión constantemente al cuerpo. En la sociedad capitalista industrial, «estos ritmos tradicionales que formaban la esencia de las técnicas del cuerpo, omnipresentes en una sociedad pre-maquinista donde el cuerpo es a menudo instrumento, son doblados y enriquecidos por aquellos que acompañan las técnicas e instrumentos, donde el hombre se sirve de útiles interpuestos entre su cuerpo y lo material»,[75] y G. Friedmann cita el ejemplo típico dé la velocidad, que ha trastornado completamente las relaciones del hombre con el espacio y el tiempo. La velocidad ha modificado radicalmente la percepción espacio-temporal del hombre. El Universo le parece reducido. Podemos imaginar, por ejemplo, la experiencia vivida por los astronautas al andar por el espacio o sobre la Luna en estado de ingravidez, o la experiencia de un corredor de coches lanzado en su bólido a 250 kilómetros por hora. Como dice Friedmann: «la rapidez del desplazamiento de nuestro cuerpo en el espacio (fenómeno frecuente hoy en día, mientras que antes era muy raro) crea entonces en nosotros maneras de sentirse que ignoraban los hombres del medio natural».[76]

Si el espacio técnico ha transformado las percepciones del cuerpo, el maquinismo industrial ha modificado completamente la percepción del tiempo. Así, según Ellul: «el tiempo se convierte en abstracto, como probablemente también a finales del siglo XIV el tiempo mecánico penetro en la vida con las máquinas... *El tiempo es entonces una medida abstracta,* está separado de los ritmos de la vida y de la naturaleza. *Se convierte en una cantidad...* la vida misma será medida por la máquina. Las funciones orgánicas le obedecen: se como, se trabaja, se duerme bajo las órdenes de la máquina. El tiempo de las sucesiones orgánicas es rote, disociado, disperse. La vida del hombre deja de ser un conjunto, un todo, para convertirse en una seria fraccionada de operaciones que no tiene otra unión entre ellas que la de ser efectuadas por el mismo individuo».[77]

Es sobre todo a nivel de los gestos donde se opera la tecnificación acelerada, que se convierte en algo cada vez más difícil de seguir. Como dice Ellul: «Las máquinas que utilizamos suponen cada vez más gestos perfectos... El gesto debe acercarse a la perfección, en la misma medida que las máquinas también se perfeccionan y aumentan en número. Nuestros gestos no tienen ya el derecho de expresar nuestra persona, y es suficiente observar a los viejos enloquecidos en medio de una calle parisina para darnos cuenta de que nuestra velocidad hace abstracto el movimiento y no soporta ya los gestos imperfectos, humanos».[78] Con el desarrollo de las fuerzas productivas, las técnicas del cuerpo evolucionan, que es lo que hemos intentado demostrar antes. Como dice H. Lefebvre: «el uso social del cuerpo cambia en el curso de los siglos, la gesticulación se modifica, las expresiones físicas, en tanto que conjuntos significantes (gestos, muecas, mímicas, etc.), se transforman».[79]

Hoy en día, todo el cuerpo está inmerso en una completa red de técnicas. Sus progresos son los de sus técnicas: «estas técnicas se clasifican en rúbricas, según H. Lefebvre: limpieza e higiene, de contracción y expansión, equilibrio y adaptación al medio ambiente, *deporte* y salud, consumación de espectáculos y de ante, etc... Estas rúbricas son las de las publicaciones semanales, estas escuelas de felicidad».[80]

f) El proceso de despersonalización en el sistema capitalista industrial y el deporte

El sistema deportivo no considera la personalidad concreta de los individuos, sino su fuerza de producción de marcas. Los individuos no son en el deporte personalidades concretas, sino portadores reales o potenciales de marcas al igual que el obrero no es un hombre, sino un agente portador de una función, de un lugar en el proceso de producción. El capitalismo es un modo de producción donde los individuos concretes son

---

74 *Ibidem*, p. 347.
75 G. FRIEDMANN, *Op. cit.*, pp. 20 y 21.
76 *Ibidem*, p. 62.
77 I. ELLUL, *op. cit.*. p. 297.
78 *Ibidem*. p. 299.
79 H. LEFEBVRE, *Le vie quotidienne dans le monde moderne.* Gallimard, Paris, 1968, p. 119.
80 H. LEFEBVRE, *Position: contre les technocrates,* Gonthier, Paris, 1967, p. 217.

reemplazados por agentes abstractos, por números, pon portavoces, por relaciones de producción. Son sombras de relaciones sociales objetivas. El sistema capitalista ha hecho perder al hombre hasta la conciencia de su identidad. «La civilización moderna, dice P. Naville, parece entrañar una pérdida progresiva del estatuto clásico de la identidad y no solamente del sentimiento de la persona o del individuo».[81] Esta pérdida de identidad es consecuencia no solamente de la masificación de los individuos y de la sociedad (metro, grandes almacenes, estadio, etc.), sino también de la objetivación total del individuo en el proceso de producción. Como dite Marx, «los individuos se convierten en categorías personificadas, en mascaras, las mascaras diversas en las que [las personas] se disfrazan ridículamente según las circunstancias, y no son más que la personificación de las relaciones económicas que mantienen unos con otros».[82] Son estas mascaras, intercambiables en función de las posiciones respectivas ocupadas en el proceso de producción, las que hacen perder a los individuos el sentimiento de su individualidad. Son funciones, matriculas, puestos, agentes, números... Todas las instituciones capitalistas, todos los sistemas ideológicos del aparato de estado (escuela, universidad, hospitales, cárceles, ejército...) funcionan siguiendo *el principio del número-matricula*. A nivel nacional, el individuo no es un apellido, sino un número nacional de identificación (seguridad social, etc.). Los individuos se diluyen en el anonimato estadístico-cifrado.

Esta tendencia se encuentra de nuevo entera en el deporte, donde la cuestión de la identidad individual y también sexual está siempre presente. Hoy en día, los oficiales controlan la identidad sexual de los deportistas por una serie de tests biológicos. Incluso todo el aparato deportivo compara a los practicantes al igual que números. El individuo es, primero, un *asociado,* es decir, un número de adhesión a la confederación concerniente. En los clubs es también un número de orden. En las competiciones, el nombre del individuo concreto es sobrepasado por un número deportivo de identificación que sirve para que le reconozcan y le localicen en los reportajes y espectáculos. Todo el espacio deportivo está hecho para despersonalizar al individuo, que se localiza sobre cifras, baremos y resultados cronometrados. Las calles por las que se corren los 1,000 metros, por ejemplo, son numeradas del 1 al 8. En un equipo de futbol a de rugby, los individuos desaparecen detrás de las alineaciones, de los puestos del equipo, numerados del 1 al 11 a del 1 al 15. Brevemente, en este «Kriegspiel» en miniatura que es el deporte, los individuos concretos desaparecen para dejar sitio a los agentes numerados y fichados, al soporte objetivo de las funciones. El deporte gana así en la esfera del tiempo el proceso de alineación y de despersonalización que había triunfado en el trabajo en cadena. El deporte es el triunfo del anonimato, que se une dialécticamente al principio de la vedette (campeón).

---

[81] P. NAVILLE. *Vers I'automatisme social,* Gallimard, Paris, 1963. p. 208.
[82] K. MARX, *El capital,* Libro 1, p. 620.

IV. EL SISTEMA DEPORTIVO: ANÁLISIS DE LA LÓGICA DEPORTIVA

«La idea sobre la que se basa el deporte, su categoría, es la marca».[1]

Después de todas estas consideraciones podemos ya exponer analíticamente las relaciones internas que constituyen el proceso deportivo en su desenvolvimiento propiamente dicho, en su especificación de funcionamiento estructural.

1. LA **COMPETICIÓN, RELACIÓN DOMINANTE DEL DEPORTE**

Hemos visto en los capítulos anteriores *la homología estructural entre la concurrencia mercantil y la concurrencia deportiva*, entre la forma mercantil (valor de cambio) y la forma deportiva. Hemos notado igualmente la homología entre la forma monetaria y el récord. Si el dinero es la mediación de los valores y de las mercancías en el cambio, el récord es la mediación en la comparación de marcas. El récord se convirtió, como el dinero en la producción capitalista mercantil, en la forma más abstracta de los valores deportivos. Si el dinero se convirtió en el lenguaje de los comerciantes, el récord se ha convertido en la lengua del deporte. El paralelismo del proceso de abstracción es notorio. Esta concordancia ha sido subrayada igualmente en otros aspectos por H. Lefebvre, por ejemplo, que constata las relaciones entre la lógica del dinero y la lógica del discurso reificado. «El problema aquí, dice él, es el de aclarar el lenguaje verbal para las mercancías y el lenguaje de las mercancías e, inversamente, aclarar el mundo de las mercancías por medio del lenguaje».[2] Esta convergencia entre estas diferentes lógicas (del dinero, del lenguaje, de la lógica, de la mercancía y del récord) muestra en todo caso la importancia adquirida en nuestra sociedad por los sistemas de equivalencias, por las series de intercambios y de correspondencia entre valores abstractos. Se ve coincidir aquí todo e] simbolismo estructural y súper-estructural del sistema capitalista, la cadena lógica asociativa: fuerza de trabajo, salario, individuo jurídico, dinero, valor, mercancía, discurso abstracto, lógica formal, derecho, forma monetaria y récord. En el deporte, la referencia general común (el récord) permite esta comparación permanente de las marcas que hace el prodigioso dinamismo del deporte, de la misma manera que «la medida general común, la moneda (el dinero), permite esta incesante confrontación que hace el movimiento perpetuo de la cadena de las mercancías».[3]

La competición deportiva, como relación dominante en la institución deportiva, se compone de muchos procedimientos institucionales que se hacen día a día históricos. La competición deportiva es un complejo de procedimientos de medida y de contabilidad o clasificación.

a) Confrontación de varias unidades de base (equipos, individuos, clubs, naciones, etc.) entre ellas sobre la base de una misma tarea que cumplir

Los diferentes resultados de los protagonistas son objetivados por la comparación interna recíproca o la clasificación. Como escribe claramente B. Rigauer, *«la forma dominante de la comparación de las marcas es la de la lucha competitiva».*[4] Igualmente, O. Luschen dice que el deporte de alta competición no se produce más que en una competición en la que se opere una comparación de marcas entre varios adversarios según unas reglas objetivas. Los diferentes resultados son ordenados en una serie siguiendo sus valores objetivos (tiempos respectivos, orden de llegada, etc.). El deportista tiene, pues, un lugar, un rango, que le confiere su clasificación (en este o aquel gran evento deportivo, por ejemplo). Se dice también de M. Jazy no solamente que valga 3,38 en los 1,500 metros, sino que fue el segundo en la final de los Juegos Olímpicos en Roma. Este lugar permite que le comparemos inmediatamente con Elliot, que fue el primero en la misma prueba. La *clasificación* es, pues, un sistema de objetivización todavía mas «objetivo», en alguna manera, que el récord, ya que los valores son resaltados. Entre algunas décimas de segundo que separan las marcas de dos atletas, la diferencia no es tan netamente palpable como entre los lugares respectivos de estos atletas (numeración cuantitativa) en una misma prueba, que no se produce más que de tiempo en tiempo, como en los Juegos

---

[1] B. GUILLEMAIN, *Le sport et l'éducation*, PUF, Paris, 1955, p. 9.
[2] H. LEFEBVRE, *Le langage of la Société*, Gallimard, Paris, 1966, p. 346.
[3] *Ibidem*, p. 343.
[4] R. RIGAUER, *op. cit.*, p. 24.

Olímpicos, por ejemplo. Por la clasificación, la prueba está hecha *experimentalmente* por la superioridad de un atleta sobre otro, ya que le ha batido.

b) ***La lucha entre dos adversarios (o varios) por la victoria, materializada ésta por un tanteo, por puntos o por una decisión, etc.***

El resultado de la competición es esta vez una simple decisión, un resultado: derrota, victoria o match nulo. El deportista ve su valor sancionado inmediata y públicamente (principio de la transferencia deportiva) por la victoria o por el fracaso. Su valor es el resultado del match: ganador de *X* o derrotado por *Y*. Su comportamiento frente al adversario es juzgado más o menos honorable por el público deportivo. La objetivación es en este caso una objetivación «sujestiva» frente a un espectador que juzga. La objetivación es también aquí una apreciación social. El modo más característico y al mismo tiempo más discutible (el menos objetivo) es el de las diferentes maneras de juzgar una prestación deportiva, particularmente en gimnasia artística, donde la apreciación subjetiva del jurado juega un papel considerable. Aunque el resultado sea establecido en funciones de criterios objetivos (corrección del movimiento, gracia del encadenamiento, dificultades de los ejercicios, etc.), el resultado final depende de una apreciación humana; por eso son corrientes las protestas a las decisiones de los árbitros. Encontramos, en fin, una forma mixta de juicio en esgrima, particularmente en florete, donde el árbitro está obligado a interpretar instantáneamente los resultados del registro eléctrico, pero modulándolos en función de convenios propios a esta disciplina (prioridad convencional de ataque, prohibición de tocar los miembros, etc.).

c) La objetivación de la medida de los resultados: la escala social de los valores deportivos y el principio de clasificación

Habíamos visto ya que la esencia de la competición deportiva (como la competitividad mercantil) era la comparación de grandezas de la misma naturaleza, sus apreciaciones sobre el mercado deportivo, hemos creído desvelar una analogía de estructuras en nuestra opinión fundamental. Dicho de otra manera, los productos de la actividad deportiva del cuerpo pueden ser, en la competición deportiva, rigurosamente apreciados según su valor. No es exagerado, por otro lado, decir que en los medios deportivos existe una *verdadera bolsa de valores deportivos.* Un periódico como *L 'Equipe* tiene al corriente a los lectores de las variaciones por temporadas de los valores deportivos. No es un simple artificio el introducir aquí una comparación semejante. En una sociedad reificada como la nuestra, el cuerpo no puede escapar al proceso de cosificación, en el que el deporte es uno de los aspectos más chocantes. Es esta lógica del valor deportivo, de la competición, la que querríamos analizar.[5]

La búsqueda de la productividad conlleva la medición, sin cesar creciente, de la producción y de sus resultados. Encontramos de nuevo la cuantificación en el maquinismo mercantil, en todos los niveles de su sistema. La racionalización del sistema es inseparable de la posibilidad del cálculo, de la medida, etc. Esta matematización de la organización social invade los dominios aparentemente más inasequibles de la actividad humana, como el derecho o el arte. Toda la coherencia del sistema reposa sobre la previsibilidad de su funcionamiento, sobre la planificación de sus objetivos, en una palabra, sobre la sistematización racional de todas sus estructuras sociales. Esta racionalización por el cálculo ha sido señalado por Max Weber en el caso de la empresa, que es la *matriz social e institucional del modo de producción capitalista.* «La empresa capitalista, dice, se basa ante todo interiormente en el cálculo. Tiene necesidad para existir de una justicia y una administración en donde el funcionamiento pueda ser también, por lo menos en principio, calculado racionalmente teniendo en cuenta reglas generales sólidas, como se calcula el trabajo previsible efectuado por una máquina».[6]

La coherencia del sistema tiende al funcionamiento calculable y objetivable por la medida. No vamos a entrar en detalles aquí del proceso. Nos falta solamente indicar la tendencia general, que será acentuada todavía en los próximos años por la automatización y la cibernetización total del aparato de producción capitalista a fin

---

[5] Cf. K. GRAF VON KROCKOW. *Sport, eine Soziologie und Philosophie des Leistungsprinzips*. Hoffmann und Campe, Hamburgo, 1974.
[6] Citado por O. LUKACS, *op. cit.*, p. 124.

de comprender, en estas grandes líneas, *la lógica del funcionamiento corporal en el deporte.* Esta lógica es la lógica de la objetivación y de la medición obsesiva a través de las competiciones.

«La competición... no es más que esto: intentar ser el primero (clasificación), vencer al adversario (victoria), mejorar en circunstancias dadas lo que otros pudieron hacer (récord)».[7]

El primer momento del deporte es entonces la objetivación de los resultados, el hecho bruto de la victoria o del cronómetro. La actividad corporal es inmediatamente objetivada en un sistema de cotas o de puntos; no se realiza más que por ella misma, no se consume más que por ella misma, no se vuelve vacía inútilmente. Por el contrario, está fuertemente finalizada, tiene siempre un comienzo: el resultado objetivo y la actividad, valgan lo que valgan sus resultados, su producto. Es esta *objetivación del valor del cuerpo* el fenómeno notorio.

El resultado es de hecho lo que cualifica la actividad deportiva. Esta concretización de la actividad es también la que le da sus rasgos y sobre todo su peso: sabemos exactamente por los resultados el esfuerzo, la energía que han sido incorporados. Dicho de otra manera, su valor (volveremos sobre este rasgo de inmediatez y de la transparencia deportiva en el capitulo consagrado al espectáculo deportivo). Sabemos exactamente lo que significa una marcha de 20 kilómetros o un salto de 2,20 metros, ya que se les puede comparar inmediatamente a nuestra propia actividad o a la de otros. Los resultados deportivos son, pues, el *prestigio de lo cuantitativo.* Es el paso dialéctico de cuerpo subjetivo a cuerpo objetivo o del cuerpo «para nosotros» al cuerpo para otros. Por el resultado, mi cuerpo cae en el universo de lo visible, en el dominio público. Por el resultado pongo a prueba mi capacidad o mi incapacidad. Como lo expresa muy bien J. P. Bastardy, el resultado «transforma el enjuiciamiento en un acontecimiento bruto, objetivo, contra el cual no hay nada que decir».[8] En efecto, lo que es «del orden de la cantidad se toma inmediatamente, fácilmente, ya que se trata de una cosa que está fuera de nosotros y que vale para todo el mundo».[9] «El deporte ofrece en este plano una vasta salida. Es lo que crea un personaje indudable lleno hasta estallar de evidencias: *ser campeón es algo que se mide.* Su corona está hecha de cifras: metros, centímetros, minutos, segundos. Sin discusión, el campeón es un *hecho bruto,* un acontecimiento, casi una *co*sa. El campeón de los 400 metros, el primero en el Tour de Francia, es tan evidente como una *piedra.* Nadie lo puede negar».[10] El deporte es, entonces, la teoría y la práctica del valor objetivo del cuerpo humano. ¿Cuáles son en el presente, los otros procedimientos sociales de la objetivación por la competición?

d) Comparación de una marca con una referencia dada, objetiva y reconocida por todos: el récord

Toda marca, no importa la que sea, es inmediatamente comparada con una referencia, con un récord, es decir, en general, a un punto de referencia simbólico, omnipresente, que permite estimar su valor. «Es precisamente, dice B. Rigauer a propósito del récord, en el principio de la comparación de marcas donde se revela el lazo estructural del deporte de competición con la sociedad fundada en la competividad: el deporte de competición moderno es un producto de la sociedad industrial, la representación simbólica, concentrada, de su principio fundamental; es la razón por la que fascina tanto a las masas en todos los países industrializados».[11]

En los Juegos Olímpicos de Tokio, por ejemplo, las marcas atléticas de natación, halterofilia, es decir, de cantidades precisas (tiempos, distancias, pesos, etc.), han sido comparadas a las de Roma, es decir, a otras cifras objetivas. Es esta comparación lo que permite ver inmediatamente los progresos en conjunto o los progresos en tal o cual disciplina, al igual que en la industria, la comparación de las cifras anuales o quinquenales de la producción permiten apreciar el aumento de la productividad.[12] La mayor parte de los autores están de acuerdo en reconocer que está efectivamente ligado al acontecimiento del maquinismo industrial, mercantil, incluso si ellos no analizan generalmente las analogías estructurales que hacen que *el*

---

[7] P. SEURIN, «*Competition et education physique*», en *L´Homme sain,* Burdeos, diciembre de 1961. p. 45.
[8] J. BASTARDY, *Education du corps,* Editions Fleurus, Paris, 1955.
[9] *Ibidem,* p. 80.
[10] *Ibidem,* p. 80.
[11] B. RICAUER, *Op. cit.,* p. 26.
[12] Cf. S. GULDENPFENNING, W. VOIYERT. P. WEINBERG, *Sensumotori ches Lernen und Sports als Reproduktion der Arbeitskraft,* Pahl-Rugenstcin, Colonia. 1974.

deporte sea la actividad típica del cuerpo en una sociedad regida por el principio del rendimiento. Además, la mayoría reconoce igualmente el papel dominante del cronometraje en el deporte moderno, que le da su apariencia de monstruo ávido de marcas. Es evidente que esta temporalidad, medida hasta décimas, centésimas o incluso milésimas de segundo, no habría podido existir en la antigüedad. Es lo que explica entre otras cosas, como vamos a ver en detalle ahora, que el deporte moderno esté en este punto ligado a la introducción de la medición sistemática.

La noción de récord es, pues, una noción central en el deporte. Testimonia el prestigio de la objetividad, de la medida, de los rasgos de la precisión cuantitativa. Como subraya A. Gelhen, «corresponde a la racionalización contemporánea, sin cesar creciente, y también a la tendencia científica de nuestra época, en la medida en que hace abstracción de las calidades y hace resurgir únicamente lo mesurable y lo cuantitativo. Se trata de medidas objetivables y cuantitativas».[13]

El récord es lo que permite la comparación de los resultados cifrados de varias tareas idénticas hechas en momentos y sitios distintos. El récord representa de alguna manera el *lenguaje universal* del deporte. A. Gelhen habla sobre esto *«de una publicidad intercontinental»*,[14] la que unifica las reglas del juego, la que une en una misma preocupación a la comunidad deportiva mundial. El récord se convierte así en el símbolo de la objetividad perfecta, aquella que una vez admitida no puede ser ya discutida y no necesita ninguna traducción.

e) ***La escala social de los valores deportivos: la jerarquía deportiva***

La actividad del deportista es, por un medio o por otro, inmediatamente objetivada por el resultado y se le sitúa rápidamente en *una escala de valores sociales* admitidos y reconocidos. Se dice que un tal vale 2,20 metros en altura, que tal otro es mejor que *X*, que tal otro fue vencedor de tal prueba en los Juegos Olímpicos, etc. En una palabra, al deportista se le adjudica inmediatamente un valor público que le define enteramente en relación a otros. El deporte consagra así ante todo la jerarquía de los valores físicos sobre la base de la objetividad visible. Como dice J. P. Bastardy: «en el deporte..., las jerarquías son precisas, rigurosas, evidentes...; el espíritu satisface entonces su necesidad de orden, que es su necesidad elemental: un universo donde Bobet es el ciclista más fuerte del mundo y Zatopeck el mejor corredor del mundo, el equipo del Racing el primero del mundo, etc. Es un universo ordenado, bello, donde se vive bien, donde todo se tiene y cualquiera puede participar».[15]

El deporte es ante todo la consagración objetiva del valor sobre la base de la competición. *Es el más fuerte el que gana.* Como dice otra vez J. P. Bastardy: «el hombre fuerte convertido en héroe introduce en el mundo el orden de la lógica».[16] Esta objetividad es, a la vez, segura e inquietante, ya que se juzga únicamente al individuo por sus resultados y no por sus posibilidades (al igual que el escritor, tal y como señalaba justamente Sartre). Tomando una célebre fórmula de Sartre, el deportista es lo que se hace a sí mismo. No tiene el derecho de invocar pretendidas calidades si no ha podido concretarlas o pretender circunstancias atenuantes si ha perdido. El tribunal de la razón deportiva es tan implacable como el tribunal revolucionario del comité de salud pública. *El deporte es la consagración del fin establecido, es el positivismo del cuerpo,* como los Juegos Olímpicos son, según U. Prokop, el positivismo del orden establecido. El deportista se define enteramente por sus marcas, como el escritor por su obra escrita.

El mundo del deporte es el mundo asegurado de la jerarquía establecida y objetivamente establecida, de los espíritus de promoción bajo el único criterio del resultado. Es por esto por lo que vemos siempre renacer la ideología del «self made man», el hombre que llega por su voluntad, por su espíritu de empresa y por su esfuerzo. El campeón aureolado de gloria es aquel que (ideológicamente) ha trabajado larga y pacientemente y calado todos los grados de la gloria; desde el humilde campeón de academia hasta el campeón olímpico. En ese sentido, como escribe O. Magnane, «los campeones se convierten en héroes populares porque son casi siempre de origen modesto. Además, han tenido éxito por medios legales y que

---

[13] A. GELHEN. *op. cit.*. p. 29.
[14] *Ibidem*. p. 29.
[15] J. P. BASTARDY, *op. cit.*, p. 60.
[16] *Ibidem*, p. 82.

parecen ofrecidos a cada uno: buenos músculos, velocidad, tenacidad».[17] Esto es, según nosotros, lo que explica la atracción profunda (y de masas) al deporte. El deporte es el universo del valor accesible, de la posibilidad de hacerse reconocer socialmente por otros medios que los de la competencia universitaria o profesional (donde los fenómenos de *súper-compensación* son frecuentes en los campeones que han vencido su complejo de superioridad o de inferioridad). Si los hombres que encarnan esos valores cambian, los valores no van a menos. Un récord es un récord hasta su caída. Esta escala de valores está no solamente latente, sino también realmente experimentada. Todos los años, como ya hemos dicho, tal o cual federación publica listas de valores, donde los deportistas son clasificados de acuerdo con sus marcas en tal o cual estatuto anual del que puede sentirse honrado. El tiene objetivamente ese valor durante un año. Estas clasificaciones adquieren todo su sentido cuando se trata de discernir el título de mejor deportista del año. Se establece entonces una jerarquía entre los deportistas que practican disciplinas diferentes. Se prefiere entonces un boxeador a un ciclista, un esgrimista a un atleta, un esquiador a un nadador, etc. Uno es investido de más valor que el otro. Dicho de otra manera, este género de procedimiento confirma, bajo otro aspecto, nuestro análisis de la abstracción del valor deportivo. Para que se pueda conceder a un deportista un rango mejor que a otro, y que la comparación no sea arbitraria, hace falta que las diversas calidades, particularidades especificas, en las diferentes actividades deportivas —que si no es en este aspecto concreto no serian comparables— *sean reducidas a un valor deportivo abstracto general*, contenido en un cierto quantum en cada una de las actividades. Esta tendencia a la consagración de la escala de valores es tan fuerte que se han creado tablas cifradas de valores basados en cálculos estadísticos de normalización; estas tablas permiten atribuir inmediatamente a esta o a aquella marca un número dado de puntos (tabla de Letessier, por ejemplo). Por esto es posible comparar marcas pertenecientes a disciplinas diferentes (por ejemplo, el salto de longitud y el lanzamiento de martillo o los 100 metros en natación). Las marcas que recogen el mismo número de puntos son consideradas entre ellas con el mismo valor. Estas tablas no son arbitrarias, ya que son construidas sobre cálculos de medias gracias a un riguroso aparato matemático.

Vemos de la lectura de este análisis que la competición deportiva tiene raíces muy profundas. La toma del funcionamiento del sistema capitalista o del capitalismo burocrático de estado. Como dice Marx, «las tendencias inmanentes de la producción capitalista se reflejan en los movimientos de los capitales individuales, se hacen valer como leyes coercitivas de competividad, y por esto mismo se imponen a los capitalistas como móvil de sus operaciones».[18] Igualmente, la competición deportiva se impone como ley reguladora de las prácticas y operaciones deportivas. Ningún deportista puede escapar; tiende espontáneamente a compararse con otros y, asimismo, en sus progresos y regresiones. La competición es entonces el motor del proceso deportivo. Como dice M. Bouet: «sólo la competición efectivamente organizada realiza plenamente la esencia de la competición deportiva».[19] De aquí se deducen todas las consecuencias y, en particular, la medida y el rendimiento. Agrega Bouet, que ha visto y descrito muy bien estos aspectos de las cosas: «las posibilidades adquiridas de competición y de medida de las marcas han conllevado una inflexión siempre más marcada de la competición en el sentido de la comparación cuantitativa de las marcas, hechas ellas mismas en un ideal cuantitativo. La codificación de las cifras ha contribuido poderosamente a fundar la objetividad de las confrontaciones, la posibilidad de una competencia en la persecución de los récords... y favorecido, en consecuencia, la existencia internacional del deporte que, como la ciencia, utiliza sólo la lengua común a todos los hombres: el número».[20]

Con la competición deportiva, el cuerpo del deportista es reducido no solamente a una fuerza de producción abstracta y reificada de marcas, a una potencia maquinal, sino que el deporte mismo es cosificado en un fantasma cuantitativo, encarna abstractamente un número, un tanteo, un resultado, un récord, una marca. *Se ha convertido en una imagen matemática.* Como dice B. Rigauer, «toda actividad deportiva se deja expresar en fórmulas generales que ejercen, en tanto que símbolos sociales, un efecto determinado: valen en tanto que criterios normativos que se subordinan a los comportamientos, funcionan en tanto que ideales del principio. Sobre la base de esta abstracción, la calidad del productor desaparece; así, se habla en un lenguaje deportivo reificado de un hombre de 9,9 segundos en los 100 metros, de un delantero de fútbol de 10,000 DM, de un nadador de 53 segundos en los 100 metros libres. Detrás de estas objetivaciones sociales y cuantitativas se

---

[17] O. MAGNANE, *op. cit.*. p. 112.
[18] K. MARX, *El capital.* Libro 1.
[19] M. BOUET. *Op. cit.*. p. 50.
[20] *Ibidem*, p. 370.

disimulan hombres vivos con cualidades vivas».[21] El proceso de cosificación consigue su fin: la libertad de practicar un deporte se convierte en labor socialmente cuantificada y medida: en cifra abstracta.

2. MEDIDA Y HOMOLOGACIÓN: EL PRINCIPIO DEL RÉCORD

Querríamos insistir aquí en el análisis del récord deportivo, que es posiblemente la *noción clave* de la sociología del deporte, como lo es, por ejemplo, la categoría del valor en el análisis del capital. El récord es la categoría central entre todas las categorías constitutivas del deporte, a la que se subordinan y focalizan. El récord es la categoría referencia. Como dice A. Gelhen: «los récords juegan un papel muy importante, y son muy interesantes desde el punto de vista sociológico».[22] En efecto, se convierten en un último término súper-estructural de donde se desliga el hecho deportivo. El récord es el símbolo ideológico de una sociedad capitalista o burocrática de estado, orientada hacia el rendimiento y la productividad. En el récord se concentran todas las características esenciales del sistema deportivo, y de ahí la importancia de su análisis. Como dice A. Gelhen: «el récord corresponde a la racionalización que se manifiesta de manera cada vez más evidente en nuestra vida..., en tanto que hace abstracción de lo cualitativo y no retiene más que lo cuantitativo y medible».[23] Por el récord se produce la reificación suprema: un individuo concreto de carne y hueso se reduce a una cifra. Un tal vale 9,9 segundos en los 100 metros es lo único que se recuerda de él al final de la competición. Pero el récord indica todavía una serie de características que querríamos desarrollar.

a) *La noción de récord*

«Citius, altius, fortius». Este lema debería campear, por su esencia, en el frontón de la institución deportiva, como «libertad, igualdad, fraternidad» en el del Palacio de Justicia. La función del récord es, en primer lugar, una función aseguradora, en el sentido de que sólo conoce lo mejor. No hay regresión en el deporte, al menos en una escala histórica y colectiva; todo va hacia lo alto. Es una institución en la que la dirección dominante de las miradas va hacia arriba. Es una institución que permite la evasión hacia lo alto. Es un sistema que no limita el horizonte de las aspiraciones: el espacio y el tiempo deportivo son fundamentalmente abiertos. Es lo que hace notar K. Lewin: «la tendencia a realizar récords cada vez más elevados en ciertos deportes da la impresión de estar unida a una estructura de principio que parece no tener ningún límite superior».[24]

La segunda parte de la definición trata de su aspecto «inmaterial». En términos sociológicos, el récord es una «abstracción real», una abstracción que se encarna en prácticas y aparatos materiales. El récord es el símbolo mismo de la potencia inmaterial de una abstracción real, como la ley del valor en regímenes capitalistas. Se le obedece como a un fetiche. Este carácter translúcido, de alguna manera inmaterial, ha sido bien expresado por Vassil Kossimov: «el récord es personificado; parece que toma la salida con los competidores y llega a la línea de meta algunos pasos antes que el primero. Se trata entonces de perseguir el récord, alcanzarlo y pulverizarlo».[25] Igualmente, W. Umminger escribe: «el récord en sí participa hoy en día en cada competición como una especie de competidor fantasma».[26] *Dicho de otra manera, el récord es el aguijón de la función de superación en el deporte.* Como lo subraya otra vez Kossimov: «Sólo al cabo de algunos días o de algunos años el atleta se puede oponer a él mismo, a su propio récord o al de otro..., hay entonces un desarrollo que no conoce la marcha atrás».[27]

Es, pues, esta actividad de Sísifo lo que caracteriza al deporte: sobrepasar los límites y no dejar jamás de hacerlo. El «malvado infinito», diría Hegel... M. Bouet constata también que la voluntad de superación que está en su esencia —tentativa de sobrepasar los límites en el espacio y en el tiempo— e haya instalado hoy en día en la escala de extensión del espacio y de la continuidad irreversible del tiempo. Y agrega: «las tablas de récord, los baremos, los coeficientes, todos los cálculos con frecuencia complejos con los que se acompaña algunas veces el deporte moderno, reflejan y contribuyen a reforzar el incesante éxito de marcar un "plus",

---

[21] B. RIGAUER, *op. cit.*. p. 62.
[22] A. GELHEN, *op. cit.*. p. 29.
[23] *Ibidem*, p. 29.
[24] K. LEWIN. *Physiologie dynamique.* PUF. Paris. 1955, *p.* 122.
[25] V. KOSSMOV, «*Réflexions sur le sport moderne*», en *Boletín de información del comité olímpico búlgaro.* 1959, p. 17.
[26] W. UMMINGER. *op. cit.*. p. 236.
[27] Y. KOSSIMOV, *op. cit.*. p. 20.

por pequeño que sea... La vasta red de incesantes competiciones, los premios, incitan a una perpetua carrera para hacerlo mejor».[28] El récord es, pues, un fetiche poderosamente activo. Podríamos parafrasear a Marx, que analiza el fetiche monetario: el dinero, dice, está considerado como el productor de los intereses, como el peral para las peras... Igualmente, el récord está considerado como auto-reproductor: se perfecciona corno una planta fructífera. *El récord es el fetiche tipo del deporte y el deporte es el fetichismo generalizado del récord.* El fetichismo de la superación, del progreso, del mejor, de la progresión cuantitativa, cifrada, medida. Como dice U. Prokop: «un récord deportivo es un limite que el hombre alcanza por la cooperación de las fuerzas que le ha dado la naturaleza y de aquellas que ha desarrollado sobre la base de su fuerza de carácter».[29] Pertenece a las nuevas generaciones el alcanzar y sobrepasar este limite, ir en todos los dominios más arriba, levantar mayores pesos, correr más rápido, etc. «El metro, dice J. Ulmann, o el cronómetro, se convierte en un allegado universal por relación, en el que se evalúan las marcas. Indisociable al progreso, no es imposible que la noción de competición haya modificado esta idea... Los récords no representan vías limitadas, sino que constituyen una serie de jalones que indican una vía nueva».[30]

El fetichismo del récord no es más que el reflejo y la consecuencia del fetichismo mercantil y del jurídico. Los tres, junto con el fetichismo del razonamiento autoritario, constituyen la superestructura fetichizada de la sociedad burguesa. El fetichismo de la cifra, de la racionalidad, de la progresión lineal; el fetichismo del sujeto que progresa en sus marcas de la misma manera que el capitalismo amasa y acumula su capital. El fetichismo generalizado no es más que el reflejo del fetichismo de la mercancía («el carácter místico de la mercancía», del que habla Marx). Este carácter «enigmático» de «jeroglífico», del que habla también Marx, es el secreto del modo de producción capitalista. Esa inversión de todas las relaciones sociales fetichizadas hace que las relaciones entre las cosas aparezcan por las relaciones humanas y las relaciones humanas por las relaciones entre las cosas. Hay un doble vuelco del orden de las cosas y de los hombres. «Es solamente una relación social determinada de los hombres lo que reviste aquí, para ellos, en la forma fantástica de una relación entre las cosas..., es lo que se puede llamar el fetichismo unido a los productos del trabajo, de los que se presenta como mercancías, fetichismo inseparable de ese modo de producción».[31] El fetichismo deportivo, unido a la noción de récord, conlleva al trastorno de la actividad deportiva. El propósito del deporte no es ya desarrollar armoniosamente el cuerpo (es suficiente sobre este punto el «contemplar» a las atletas femeninas soviéticas o las de la RDA, los lanzadores de peso, los participantes en halterofilia, los boxeadores, los judokas, etc., para convencerse), sino el perseguir un propósito imaginario, fantasmagórico: el récord, como *«objeto parcial»*, en términos freudianos. Esta búsqueda de un objeto casi «erótico» acerca la actividad deportiva centrada sobre el récord del fetichismo sexual en aquello que en un caso como en el otro es un objeto parcial, «transicional», según la definición de D. Winnicott; dicho de otra manera, un objeto alucinante que se convierte en el principio de la actividad. Este objeto transicional que es el récord tiene también todos los rasgos típicos. Es de alguna manera el fetiche íntimo del deportista, como el oso de peluche lo es para un niño. Pero sobre todo, como afirma Winnicott, este objeto transicional-fetiche pertenece al dominio de lo fantasmal, de la ilusión. «Este campo intermedio de experiencia... se prolonga a todo lo largo de la vida en la experiencia intensa que pertenece al dominio de las artes, de la religión, de la vida imaginativa, de la creación científica»,[32] y, agregaremos, de la vida deportiva individual y colectiva.

El fetiche récord pertenece a la misma categoría que los fetiches sexuales (de los que de alguna manera es el equivalente sustitutivo). Es necesario pensar en la intensa superstición fetichista y en los rituales obsesivos de los deportistas para darse cuenta. En los Juegos de Munich, Shane Gould, la campeona de natación, llevaba inevitablemente un pequeño «koala» de peluche; cualquier otro deportista no se separa de su medalla de la Virgen, aquél no puede nadar más que después de haberse afeitado la cabeza, este otro no corre jamás sin su gorrilla (Dave Wootle). Es precisamente porque las medallas tienen este valor simbólico y ridículo de fetiche por lo que el público neonazi de Munich, fanático partidario del orden, no ha apreció del todo la protesta de dos negros americanos que despreciaban los tres fetiches mayores de los Juegos (inspirados en el simbolismo militar): la bandera, el himno nacional y las medallas.[33]

---

[28] M. HOUET, *op. cit.*, p. 455.
[29] U. PROKOP. *Op. cit.*. p. 30.
[30] J. ULMANN, *Op. cit.*. p. 336.
[31] K. MARX, *El capital.* Libro 1.
[32] Citado por: J. LAPIANCHE y J. B. PONTALIS, *Vocabulaire de la psychanalyse.* PUF, Paris, 1967, p. 269.
[33] Cf. J. M. BROHM, *Critiques du sport. Essais d'analyse institutionnelles*, Christian Bourgois, París, 1976,

Concluyendo, podemos decir que el fetichismo deportivo generalizado (del que tendremos todavía la ocasión de analizar sus rasgos típicos), que no es más que el reflejo del fetichismo, de la mercancía, es, como lo expresa muy bien H. Lefebvre, «el reflejo de una sociedad basada en la medida de la cantidad».[34]

b) La progresión de los récords

La progresión incesante y también impresionante de los récords pone hoy en día en cuestión *la finalidad del deporte,* de su dirección (cuestión planteada recientemente por el Partido Comunista polaco, que se interrogaba sobre el sentido de la alta competición). ¿Hasta dónde irá el hombre en su perfeccionamiento, hasta dónde podrá llegar? ¿Dónde están los limites biológicos de las marcas? La noción implícita de *infinitud del deporte,* ¿no es una noción impensable en el sentido kantiano, una noción fuera de la experiencia? Es esta pregunta a la que intenta responder H. Lucot, adoptando el punto de vista positivista reinante: «Más que la magia de la cifra, lo que choca sobre todo es que la cifra conocida, estable (el antiguo récord), pueda ser pulverizada. Lo que choca *es el progreso. Este progreso es constante.* Cada año numerosos récords son batidos. En atletismo, por ejemplo, veinte lo son en el curso dé la temporada, algunos en la misma especialidad, varias veces, por varios atletas o por uno solo que mejora su antiguo récord. *Los récords no han cesado de ser batidos* y no cesarán de serlo».[35]

La pregunta que se plantea se desdobla entonces inmediatamente: ¿Cuál es la razón de esta progresión? ¿Tiene un limite? Las razones de la fulgurante progresión de los récords serán abordadas más adelante. En lo que concierne al limite de los récords, es necesario hacer notar que pone inmediatamente la cuestión del sentido mismo del infinito que, como ya habíamos dicho, no era conocido de los griegos. «No se interesan ya por el tiempo, dice Lucot, ni por la distancia, ni por el récord, que era poco. Lo que contaba para los griegos era la lucha y la victoria».[36] ¿No es la progresión infinita la noción limite del deporte, la noción que hace palpable el carácter promotor e incluso responsable de los esfuerzos deportivos humanos? Es la pregunta que intenta responder M. Bouet. Una parte de los deportes, dice, tiende hacia la conquista de marcas siempre más importantes, y vuelve al culto de lo absoluto en la superación de cualquier tentativa para alcanzar fronteras indefinidamente aumentadas. Pero en el momento en que este principio místico hacia un absoluto siempre relativo se exalta más, tenemos el derecho de preguntarnos si se podrá todavía durante mucho tiempo llegar más lejos y silos propios objetivos de las marcas deportivas no van a llegar a sus límite. Mientras que el hombre está a punto, en el dominio de sus conocimientos y de su industria, de hacer avances prodigiosos, parece que sus logros físicos no progresan más que modestamente y que no están promovidos por las mismas revelaciones sensacionales. «Se tiene algunas veces un poco la impresión de que *el deporte es el depositario de una celebración de la marca récord* que está encargado de alguna manera de representar, de poner en escena dentro del ritual competitivo, pero, sin embargo, la significación tiene por origen la necesidad de una conciencia social simplificada de la complejidad del poder humano en la obra, en las realizaciones de la ciencia y de la técnica».[37]

El problema creado por la ascensión de los récords es el de su limite; es evidente, en efecto, que la curva de los récords tiende a convertirse en *asintótica,* es decir, que el ángulo de su ascensión disminuye progresivamente para convertirse casi en horizontal. Por esto se corre el riesgo de que desaparezca el mito positivista del progreso infinito. Los progresos del sistema corren el riesgo de conducirlo a su propia superación, lo que sería sin duda más bien dialéctico: la negación de la negación. Es difícil imaginar el desarrollo de una competición deportiva con un horizonte cercado por la finitud, sabiendo, como dice Hegel en su *Fenomenología del espíritu,* que «la hora de su nacimiento es la hora de su muerte»; *el mayor progreso posible sería la muerte del deporte.* Desde ahora, como concluye Bouet, «la idea de una progresión indefinida puede subsistir, pero es probable que sea la de una *transformación biológica del hombre en el sentido de un superhombre* la que debe ser incluida en el dominio de la exaltación subjetiva».[38]
La progresión infinita de las marcas y los récords ha provocado la Cuestión de los limites de la máquina humana. Por los años treinta, el entrenador americano Hamilton había establecido una tabla de marcas

---

[34] H. LEFEBVRE. *El Lenguaje y la sociedad*. op. cit.. p. 31.
[35] H. LUCOT. *Le sport. faut-il des surhommes?,* Hachette, Paris, 1967.
[36] *Ibidem*, p. 63
[37] M. BOUET. *op. cit.,* p. 149.
[38] *Ibidem*, p. 150.

máximas que podían alcanzar los atletas. De acuerdo con dicha tabla, la marca de la época del gigante Jack Torrance (140 kilos), que había logrado un lanzamiento de peso de 17,40 metros, debería ser considerada como el límite de las posibilidades humanas. Hoy en día, cuando el récord mundial está cerca de los 22 metros, miles de atletas lanzan sin mucho esfuerzo el peso de siete kilos a esta distancia. Pero en los años que siguieron a la última guerra mundial, pocos especialistas podrían suponer el «boom» que comprendería rápidamente la ascensión de los récords... De todo ello se deduce que los pronósticos en ciertas disciplinas de atletismo o de natación se hacen cada vez más difíciles. ¿Qué garantía tenemos de que en los próximos años no se inventará una jabalina capaz de sobrepasar los 100 metros? Según *Sovietski Sport,* las marcas récord en el año 2000 serían las siguientes: 600 kilos en los súper-pesados de halterofilia en tres movimientos y 2,31 en salto de altura. Se equivocaron en ambos casos. Los 600 kilos fueron levantados en 1969-1970, mientras que los 2,31 en altura se rozan (récord mundial de 1973, 2,30). En lo que concierne al año 2000, éstos son sus pronósticos: 700 kilos y 2,40, respectivamente. Igualmente, M. Deveen se plantea también la cuestión del techo de las posibilidades humanas: «Los juegos de México, dice, vieron una nueva caída de récords mundiales y olímpicos; se registraron logros asombrosos: once récords mundiales en atletismo y ocho en natación. Podemos preguntarnos hasta qué techo podrán llegar estos fenómenos de concurso, ya que debe haber limites y *el hombre no es un motor al cual se le puedan modificar los órganos esenciales*».[39] Y cita igualmente el artículo del «doctor ingeniero» K. Ulbrichts sobre los limites, quién, a partir de los progresos que pueden ser todavía alcanzados por las diferentes técnicas, por el material deportivo, el entrenamiento, etc., establecía la tabla siguiente:

	En 1975	*Récords límites*	*Récords actuales*
100 metros lisos	9,9	9,8	9,9
200 metros lisos	19,7	19,3	19,8
400 metros lisos	44,3	43,5	43,8
800 metros lisos	1,44	1,42	1,44,3
1.500 metros lisos	3,37	3,33	3,33
5.000 metros lisos	13,35	13,15	13,16
10.000 metros lisos	28,30	27,50	27,39,4
Salto de longitud	8,45	8,75	8,90
Salto de altura	2,20	2,28	2,30
Lanzamiento de peso	18,50	19,50	21,78
Lanzamiento de disco	59	63	68,40
Lanzamiento de jabalina	84	90	91,98

En conclusión: «de estas cifras podemos constatar que los cronos limites fijados hace diecisiete años están cerca de ser sobrepasados, y que lo son en competiciones con márgenes asombrosos. En las carreras es necesario esperar la mejora con el prodigioso crecimiento del deporte en los países africanos».[40]

Esta incesante carrera de los récords impone desde entonces su lógica implacable a los deportistas de competición, transformados en bólidos de rendimiento, en robots de la productividad. El deporte es, pues, la fascinación del limite imposible. Este «ser dé fronteras» del que habla Nietzsche es el deportista llevado al extremo de sus fuerzas para realizar el «malvado infinito» del que habla Hegel, y que consiste en quemar las etapas sin cesar con la esperanza imposible de inscribir su nombre en el palmarés definitivo de la victoria. Como escribe R. Pointu: «el récord fascina. Un salto de altura de 2,30, aunque sólo añada un centímetro a la marca anterior, no por eso deja de ser objeto de todo tipo de elogios. Algunos ven ahí la justificación, y es cierto que nada impedirá a los humanos intentar ir siempre más alto, más lejos y más rápido».[41]

---

[39] M. DEVEEN, «Le plafond des possibilités humaines sera-t-il atteint bientôt? Et alors?», en *Sport et développement social au XXe siècle.* Editions Universitaires, Paris, 1969, p. 190.
[40] *Ibidem.* p. 191.
[41] *Le Monde,* 22 de septiembre de 1973.

INTRODUCCIÓN

Hemos podido ya puntualizar algunas funciones típicas de la institución deportiva a través de nuestro análisis. El deporte, ya lo hemos visto, contribuye de una cierta manera al desarrollo de las fuerzas productivas, particularmente aumentando la productividad de la fuerza de trabajo. En los países «socialistas» en particular, el deporte se ha convertido en un medio estatal privilegiado no solamente de *sometimiento ideológico y político,* sino sobre todo de regimentación productivista. Por otra parte, el deporte, en tanto que aparato ideológico de Estado, contribuye a reproducir ideológicamente las relaciones sociales de producción y a mantener el orden establecido. En fin, el deporte es un vehículo poderoso de difusión de la ideología establecida. Tendremos ocasión de estudiar sucesivamente todas estas funciones esbozadas solamente aquí. Por el momento querríamos hacer un balance de las aproximaciones estructurales funcionalistas de la institución deportiva como ya lo han intentado otros autores.

M. Dufrenne, por su parte, distingue en principio unas «funciones manifiestas» del deporte, tales como la necesidad de ejercicio, el desarrollo de ciertas cualidades morales, el mejoramiento del potencial militar, la exaltación del chauvinismo y del nacionalismo y el acercamiento ideológico de clases sociales opuestas. Entre las «funciones latentes» ordena las que permiten crear satisfacciones compensadoras (culto al campeón, por ejemplo), la función de canalización de la energía agresiva de las masas frustradas por la división capitalista del trabajo, la función corporativista (lazos de los obreros con «sus empresas») y, para terminar, la función publicitaria.[1]

M. Clouscard distingue la función educativa, la función agonal, la función profesional, la función espectáculo y la función económico-industrial.[2] Si la mayoría de los autores insiste en la pluralidad de las funciones del deporte debido en principio a la complejidad de esta institución contradictoria, es M. Bouet el que mejor ha sintetizado las funciones sociopolíticas del deporte. Distingue desde el principio la función de superación y la función agonal que, por nuestra parte, pondremos juntas, ya que son en realidad inseparables de la tendencia agresiva de las masas en la sociedad industrial.

Sabemos que la actividad deportiva, por su esencia, testimonia un perpetuo interés de superación y de perfeccionamiento cuantitativo. De ahí la *noción* dominante de récord, como encarnación de esta voluntad, llevada siempre al extremo. Como escribe Bouet, «la función de superación del deporte consiste esencialmente en *eso, en* que ofrece la posibilidad siempre abierta de hacer lo mejor, de correr más rápido, de lanzar *más* lejos, de atacar a un adversario más fuerte, de marcar más puntos».[3] Las tablas de récords, los baremos, los coeficientes, todos los cálculos a veces complejos con los que se acompaña el deporte moderno, reflejan el incesante espíritu de superación propio de la cultura capitalista occidental. La vasta red de incesantes competiciones, los «desafíos», incitan a una perpetua carrera contra el reloj y por el rendimiento. En esta puja siempre recomenzada, que caracteriza sobre todo a la alta competición, corresponde en el nivel de masas una estructuración en títulos de capacidad, cada vez más difíciles, que mantienen sin aliento a aquellos que, no pudiendo esperar definirse acercándose y sobrepasando las marcas de punta, concentran su esfuerzo en alejarse del grado de mediocridad y de no-marca de donde provienen.

Jean Stoezel ha insistido sobre la idea, capital según nosotros para comprender el éxito del deporte, según la cual el deporte constituye *una institución de compensación a la jerarquía social.* El deporte es una institución fundada en una *jerarquía paralela,* en un dominio donde todo el mundo tiene iguales oportunidades de llegar a la cúspide. Gracias al deporte, cada individuo puede convertirse en el mejor en un campo concreto. Así, desde la escuela maternal, se crean títulos deportivos y títulos de natación por grados en los que el niño puede franquear los escalones de la marca hasta la cima. Igualmente, en esquí existen diferentes niveles de marca (dos, después tres estrellas, medalla de bronce, de plata, de oro, etc.). Existe igualmente en fútbol niveles de capacidad de valor gradual; igualmente, en atletismo los escalones de la marca son indicados por niveles y pruebas. Así, el deporte realiza una de las ideas centrales de las democracias occidentales: la idea de jerarquía democrática basada en el mérito y el esfuerzo. Cada individuo puede, silo desea realmente, llegar a la cima.

---

[1] M. DUFRENNE, «La philosophie du sport», en *Education physique et sport.* núm. 1, p. 5.
[2] M. CLOUSCARD, «Les fonctions sociales du sport», en *Cahiers internationals de sociologie* (cuaderno 34), primer semestre de 1963.
[3] M. BOUET, *op. cit.*. pp. 541 y 542.

Es esta función compensadora de las desigualdades sociales la que el *Ensayo de doctrina de los deportes* define así: «el (el deporte) satisface la necesidad de participación social y favorece la aparición, junto a la jerarquía de todos los días reconocida por la mayoría, de una *jerarquía paralela* que ignora a la anterior y garantiza a algunos las oportunidades de una realización que la sociedad moderna le niega».[4]

Por esta institución de compensación, este aparato de jerarquía paralela, el individuo puede, en un campo o en otro, ser el mejor o el igual de otros. El deporte satisface así una necesidad de justicia. Las unas *serán* las más bellas mujeres de Francia, los otros los hombres más fuertes y musculosos, otros los mejores atletas de su región, otros serán los mejores futbolistas de su empresa, etc. Como dice muy justamente Bonet, «el deporte es una de las gulas que mejor permiten dirigir los esfuerzos en una dirección dada, a lo largo de la cual cada paso puede aparecer *como* una contribución positiva a un progreso de conjunto, y por ello es significativo. La búsqueda de la superación de la marca conlleva numerosos actos encadenados, e incluso una orientación de la existencia personal».[5]

Por otra parte, la función de superación juega también el rol de compensación ideológica para una población deprimida por su propia mediocridad. Asistir en delegaciones a los eventos es efectivamente rehusarse un poco a sí mismo. Un récord, este acto, esta proeza excepcional, llena la mentalidad sedienta de algo excepcional, de algo sensacional para la población. Muchos olvidan entonces su mediocridad, la vulgaridad de lo cotidiano, gracias a lo que le procuran los atletas de alta competición.

Huizinga, en su ensayo *Horno ludens*, ha subrayado el elemento agonal del deporte. El deporte ofrece efectivamente, fuera de la guerra, una institución social donde el agón se socializa. El carácter agonal de la actividad deportiva se hace evidente por cl lenguaje en el que se expresa. No es cuestión de «batirse», de reventar, de dar el golpe de gracia, de desafiar, de atacar, etc. El deporte manifiesta así el regreso de la agresividad rechazada. Concluye Bouet: «la función agonal del deporte disciplina y satisface a la vez uno de los instintos más profundos del ser humano, el instinto combativo, que está estrechamente ligado por una parte al de la conservación y al instinto sexual por otra».[6]

Vemos entonces aparecer a través de estos análisis la noción *de función* que el deporte actualiza muy bien en el plano teórico. La función, entendida desde el punto de vista sociológico, corresponde siempre a la satisfacción de un deseo o de una necesidad. El deporte satisface muchas de ellas en la medida en que, por una parte, se corresponde con las relaciones sociales objetivas que determinan su lugar en la totalidad social estructurada, y que, por otra parte, satisfacen ciertas necesidades sociales. «Preguntarse cuál es la función de la división del trabajo —escribe E. Durkheim— es buscar a qué necesidad corresponde».[7]

Igualmente, uno de los teóricos del funcionalismo, B. Malinowski, escribe: «el análisis funcional de la cultura parte del principio de que todos los países civilizados, cada costumbre, cada objeto material, cada idea, cada creencia, llena una función vital, una tarea a cumplir, representa una parte indispensable de una totalidad orgánica».[8]

Las funciones del deporte le son dictadas objetivamente por el lugar de la institución deportiva en el edificio social como totalidad orgánica. El deporte no tiene, pues, ninguna *neutralidad instrumental*, como querrían algunos teóricos del deporte. Dos tesis se enfrentan aquí de manera antagónica. Para unos, el deporte está por encima de la disputa, tiene las «manos limpias» en la medida en la que seria suficiente desgajarlo de su esencia capitalista o comercial para hacerlo un instrumento de cultura. Es ésa, en general, la posición de los teóricos del Partido Comunista francés y de los administradores del movimiento olímpico. El deporte es para ellos una *cosa en si*, una entidad que se puede aplicar de diferentes maneras, según el caso, como una especie de utensilio neutro. Bouet, por ejemplo, distingue de manera bastante artificial las significaciones intrínsecas de las significaciones extrínsecas del deporte. Escribe: «Querríamos desvelar las premisas para el advenimiento de un *deporte-cultura* asegurando el cumplimiento de las significaciones deportivas intrínsecas

---

[4] Essai de doctrine du sport, op. cit., p. **20.**
[5] M. BOUET, *op. cit.*, p. 456.
[6] *Ibidem*. p. 467.
[7] E. DURKHEIM, *La división del trabajo social*.
[8] Citado por: G. ROCHER en *Introduction a la sociologie générale*, vol. II, Collection Points. París. 1968, p. 169.

de mejor manera de como lo permite la actual situación de repartición bajo la dominación de las significaciones extrínsecas».[9]

La otra posición, más bien simétrica que opuesta a la anterior, afirma la politización a ultranza del deporte, sin considerar su *espicificidad y su autonomía institucional*. Para esta posición, el deporte es un instrumento politizado en su conjunto. Lo vimos en los Juegos de Munich, donde un atleta norcoreano declaraba que apuntaba mejor porque el presidente Kim Il Sung le había dicho que se imaginase tomar por blanco a «un enemigo de clase». Sin embargo, sólo se encuentra en el análisis, las funciones del deporte son múltiples, contradictorias y complejas y sobre todo evolutivas. El deporte no tiene hoy día la misma función que, por ejemplo, en su nacimiento. Hoy en día, en la sociedad capitalista industrial, las relaciones sociales de producción le dictan un lugar y una función diferentes, esencialmente orientadas a la preparación del trabajo colectivo. El problema al que nos hemos enfrentado es, pues, el de una *clasificación jerárquica* de las funciones del deporte. Distinguiremos en principio las funciones y las aplicaciones económicas e industriales del deporte. Más tarde, sus funciones políticas y diplomáticas. Seguidamente, sus funciones de socialización, y para finalizar, sus funciones ideológicas y mitológicas en la actual cultura de masas.

[9] M. BOUET, *Op. Cit,* p. 640.

V. LA ORGANIZACIÓN CAPITALISTA DEL DEPORTE (DE LA COMPETENCIA POR EL BENEFICIO, AL BENEFICIO DE LA COMPETICIÓN)

«El deporte no es ya un juego que representa un fin en sí; es un sector del mundo de los negocios. Se invierten miles de millones en los estadios, los equipamientos o los propios campeones; la administración de las actividades deportivas pasa a tener la importancia de la gestión de otros organismos económicos. Por otra parte, la técnica del deporte de masas inficiona otras actividades. Las expediciones científicas y las exploraciones geográficas se efectúan cual la conquista de un campeonato y obedecen al mismo móvil».[1]

1. SOCIEDAD MERCANTIL CAPITALISTA Y DEPORTE[2]

La mayoría de los sectores de la sociedad capitalista se estructuran según el principio de la búsqueda del beneficio. La circulación y la valorización de las mercancías, del dinero y del capital impregnan todos los ámbitos de la sociedad actual. Y penetran, asimismo, en la totalidad del sistema deportivo, que se ve inserto progresivamente en las mallas del sistema capitalista hasta el punto de no ser más que un simple anexo funcional del mismo.

El sistema deportivo, que funciona actualmente según las normas y los criterios generales del sistema del beneficio, se ha convertido en un subsistema de la sociedad capitalista. En tanto que estructura institucional totalmente integrada, obedece, por consiguiente, a todas las leyes socioeconómicas que rigen el modo de producción capitalista, en especial la acumulación, la concentración y la circulación de capitales. Históricamente, el deporte nació con el desarrollo del capitalismo industrial. Desde su origen, el deporte se ha visto ligado a los mecanismos de inversión, de circulación y de revalorización del capital. Apenas nacida, la institución deportiva fue inmediatamente cercada por el mercantilismo capitalista y explotada en tanto que fuente de beneficios. En efecto, la venta del espectáculo deportivo y las apuestas deportivas han presidido no sólo los comienzos del profesionalismo deportivo, sino también las primeras formas de organización institucional de la competición deportiva.

Desde sus comienzos en Inglaterra, el deporte moderno, en tanto que organización de la competición, ha estado vinculado, tanto en su funcionamiento como en su desarrollo, a la institución de la apuesta y del espectáculo pagado; en otras palabras, a la inversión y a la circulación del dinero y de los capitales. Desde sus orígenes, el deporte ha sido utilizado como *bolsa de valores mercantiles*, como esfera de inversiones financieras.

W. Umminger, que ha insistido muy justamente en este vínculo original, ha observado la aparición simultánea de dos características significativas que permanecerán ligadas a la evolución del deporte moderno en la sociedad capitalista: *el récord y la apuesta*. La organización capitalista del deporte se manifiesta desde el principio mediante la institución de apuestas sobre las marcas físicas y las competiciones en el campo de los ejercicios deportivos: carreras pedestres, carreras de caballos, combates de box, de lucha o de esgrima, y en particular, en el campo de todos los ejercicios físicos que implican una lucha contra el tiempo. «Los ingleses —dice— ...apostaban sobre manifestaciones deportivas que únicamente se realizaban en razón de tal apuesta. La apuesta supuso la incitación al récord. También aquí, al igual que en la lucha contra el tiempo, se anuncia la era industrial».[3] Con su institucionalización, el deporte moderno adquiere así el aspecto de un sector de actividad económica: apuestas, especulaciones, comienzos del profesionalismo, espectáculos pagados, etc.

Los primeros Juegos Olímpicos, que señalan el comienzo de la mundialización institucional del deporte, han sido simples anexos de las amplias ferias-exposiciones comerciales. Los Juegos de Paris, en 1900, fueron los juegos de la exposición universal; los de San Luis, en 1904, los de la gran feria-exposición, y los de Londres, en 1908, los de la exposición anglo-francesa. Así, pues, las primeras grandes manifestaciones olímpicas no

---

1 LUIGI VOLPICELLI. «Spectacle sportif et sport», en *Revue L'Homme sain*, núm. 3,1962, p. 214.

2 Sobre los aspectos económicos y comerciales del deporte, véase O. MODEL. *Funktionen und Bedeutung des Sports in ökonomischer und soziotogischer Sicht*, Winterthur, 1955; H. SALB. *Die Kommerzielle Seite des Sports.* Munich, 1953; P. KATZ y M. JOUANEN. *Le sport et l'argent*, Guy Authier, París, 1972.

3 W. UMMINGER, Des hommes et des records: Histoire de la performanced travers les ages. op. cit.. p. 237.

fueron sino un medio para absorber los capitales de los grandes grupos industriales, comerciales y financieros. A propósito de los Juegos de San Luis, en 1904, R. Vanker nos señala, por ejemplo, que «los juegos estaban englobados en el programa de la exposición, que evidentemente abarcaba importantes stands y plazas reservados para máquinas de tejer, herramientas complementarias, tractores, sembradoras automáticas, tambores gigantes.[4] J. Meynaud nos recuerda que los primeros Juegos Olímpicos, los de Atenas, «habían sido instituidos por los griegos aL servicio del helenismo y la propaganda turística».[5] Así, pues, el deporte, desde su nacimiento, en tanto que fenómeno social, se ha visto incluido en la red de las relaciones económicas. La constitución del deporte moderno, en tanto que sistema, es el proceso de su integración progresiva en la sociedad mercantil capitalista.[6] En consecuencia, no resulta asombroso señalar, como lo hace Meynaud, que «el capitalismo, como tal, ha corrompido profundamente la actividad deportiva, hasta el punto en que ésta ya no difiere de cualquier otra actividad mercantil».[7]

No corresponde aquí *condenar in abstracto* la comercialización y el mercantilismo del deporte contemporáneo. Estas características, a las que generalmente se considera como «degradantes» y «antideportivas», forman, por el contrario, parte consustancial del sistema deportivo institucionalizado en la sociedad capitalista, y esto desde el nacimiento del deporte moderno. Resultaría ilusorio pensar que en el régimen capitalista una única actividad pudiese escapar a la ley del beneficio, al mecanismo de la revalorización del capital. Como muy bien dice Meynaud, «en un mundo en el que, finalmente, todo se determina con dinero y donde el incentivo de la ganancia sigue siendo el motor de las iniciativas económicas, difícilmente puede concebirse que el deporte escape a la tendencia general».[8]

Esta *ligazón estructural del deporte con el sistema capitalista en su conjunto* explica la invasión del deporte por parte del dinero y los capitales. Actualmente, la actividad deportiva está sostenida por una vasta circulación de moneda hasta el punto que con suma frecuencia (boxeo, ciclismo, etc.) la actividad deportiva no es más que un pretexto para operaciones financieras. Por consiguiente, ella no se convierte —y esta tendencia se generaliza— sino en un simple sostén para transacciones comerciales y monetarias.

Este hecho no es sorprendente y no es específicamente propio de la sociedad mercantil capitalista. En efecto, el deporte antiguo, al que la ideología olímpica dominante ha tendido a menudo a idealizar, también ha conocido la mercantilización.[9] En toda sociedad mercantil, precapitalista o capitalista, resulta inevitable que se produzca la comercialización de todas las actividades, la reducción mercantil, es decir, la evaluación de todos los objetos y producciones en función de su valor mercantil. En la sociedad antigua pre-capitalista, el espectáculo deportivo también fue penetrado por los principios mercantiles por entonces florecientes. También el deporte antiguo fue «infectado» por el dinero. Meynáud subraya, por ejemplo, que, «según los especialistas, las apuestas sobre el resultado de las pruebas deportivas serian tan viejas como el mundo del deporte. Según ellos, estaría demostrado que habla apuestas en Olimpia, y también, lo que nada tiene de sorprendente, que algunos campeones se dejaban sobornar, aceptando respetables sumas para perder»[10] Está visto que nos hallamos lejos del ideal olímpico tan celebrado...

En la época del mercantilismo capitalista se acentuó la tendencia del deporte a integrarse en la esfera de las mercancías y de la moneda. Ningún sector del deporte, comprendido el ámbito del deporte llamado «aficionado», escapa a la comercialización y la intrusión del capital financiero. Y esta comercialización capitalista del deporte es irreversible. A esto se debe el que los esfuerzos de los reformadores deportivos que procuran mantener al deporte en un estadio ilusorio de afición o purificarlo de sus «escorias» mercantiles nos parezcan inútiles, ya que es imposible «reformar» el deporte sin, al mismo tiempo, cuestionar los

---

4 R. VANKER, «L'histoire des olympiades», *Les Cahiers de l´histoire.* núm. *78.* Sedip, Paris, 1968, p. 85.

5 J. MEYNAUD, Sport et politique, op. cit., p. 208.

6 A este respecto, cf. J. MEYNAUD. *Sport et politique, op. cit.,* pp. 208 y ss. También R. VANKER «L ´histoire des olympiades». Cf. asimismo la notable obra de ULRIKE PROKOP. *Soziologie der olympischen Spiele-Sport und Kapitalismus, op. cit.*

7 J. MEYNAUD, Sport et politique. op. cit., p. 269.

8 *Ibidem,* p. 49.

9 Cf. J. ROLIYFR, «Recherches sur la signification humaine du sport et du loisir», en *Recherches internationales á la lumière du marxisme.* núm. 48 (Sport et Education physique), París, 1965. p. 139: «Con la extensión de la producción mercantil, el comercio llega al deporte. Los juegos cuentan con esclavos pagados».

10 J. MEYNAUD, *Sport et politique, op. cit*., p. 35.

fundamentos económicos de la sociedad que lo produce. También aquí puede recabarse la opinión de Meynaud, para quien «esta invasión progresiva, directa o indirecta, del deporte por parte del dinero deja poca libertad de maniobra para eventuales medidas de enderezamiento y de corrección. Al ser nuestro régimen social tal como es, resultaría utópico atacar directamente el poder del negociante...»[11].

2. LA COMERCIALIZACIÓN CAPITALISTA DEL ESPECTACULO DEPORTIVO

Con el advenimiento del deporte moderno, el espectáculo deportivo recibió un impulso considerable. Las grandes manifestaciones deportivas se multiplicaron considerablemente con el incremento de las competiciones nacionales, internacionales y olímpicas. Con su multiplicación, las manifestaciones deportivas adquirieron asimismo proporciones cada vez más gigantescas, a tal punto que los grandes espectáculos deportivos afectan a multitudes considerables. Hoy, el espectáculo deportivo moviliza a las grandes masas. Se han construido enormes estadios que pueden acoger a muchas decenas de miles de personas. En América latina, España, URSS, Europa occidental o central, cientos de miles de personas asisten a los partidos de fútbol.

Por ejemplo, el estadio de Río de Janeiro, en Brasil, mío de los mayores del mundo, puede dar cabida hasta a 200.000 personas. También los Juegos Olímpicos reúnen a cientos de miles de personas, mientras que las grandes pruebas ciclistas (Tour de Francia, Giro de Italia, Vuelta de España, etc.) convocan a inmensas multitudes. Este fenómeno de masas, uno de los más notables de nuestra sociedad,[12] se ha visto acentuado por la introducción de los grandes medios de comunicación, en especial la televisión, que han transformado al espectáculo deportivo en un hecho universal a escala planetaria. Hoy, gracias a Mundo-visión, muchos cientos de millones de telespectadores pueden seguir al mismo tiempo las hazañas de los deportistas.

Por supuesto, el carácter masivo y la popularidad del espectáculo deportivo han atraído de inmediato a los de las manifestaciones deportivas. Estos organizadores de las manifestaciones deportivas. Estos organizadores comprendieron inmediatamente que el deporte podía ser considerado como un negocio lucrativo de gran envergadua. «He ahí —señala Meynaud— el punto de vista habitual de los dirigentes y empresarios, cuyo papel tiende a acrecentarse debido a la internacionalización de los intercambios deportivos. Esta óptica es, asimismo, la de los organizadores de las grandes competiciones».[13]

Se organizan cada vez más las grandes competiciones, no sólo profesionales, sino también de aficionados, como negocios comerciales, poniéndose en juego intereses con frecuencia importantes.

El Tour de Francia, el Giro de Italia, las Vueltas de Bélgica o de España, por ejemplo, constituyen verdaderas caravanas publicitarias ambulantes, que ponen en juego sumas de dinero muy importantes. Ocurre lo mismo con la mayoría de las otras carreras ciclistas, profesionales y de aficionados: «categorías» distintas, competiciones combinadas con ferias comerciales locales o fiestas regionales, pruebas de larga duración (seis horas), etc. Las carreras de coches o los trofeos de moto movilizan igualmente sumas importantes y benefician al comercio local. Por ejemplo, las 24 Horas de Le Mans ponen en juego no sólo los intereses industriales de los diferentes constructores de automóviles, sino que también absorben sumas de dinero importantes (fiesta local, organización comercial y turística, etc.).

También el fútbol, en tanto que deporte de masas popular, es objeto de numerosas operaciones lucrativas y especulaciones. Los organizadores «sacan partido», en especial, del valor mercantil de los espectáculos obligando a las cadenas de televisión a pagar derechos importantes de retransmisión. Por otro lado, los países o las ciudades que desean organizar tal o cual gran competición internacional (por ejemplo, la Copa de Europa de clubs) tienen que pagar derechos de organización. En efecto, una gran competición internacional de fútbol es un negocio comercial que puede resultar rentable. A ello se debe el que los organizadores se esfuercen por estructurar competiciones «ventajosas» en el plano financiero, aun cuando el interés propiamente deportivo deba resentirse con ello y se transgredan las reglas deportivas elementales. «Como se

---

[11] *Ibidem*. p. 50.

[12] Cf. G. MAGNANE, *Sociologie du sport,* op. cit., p. 9: «El deporte se presenta actualmente como un hecho social en estado masivo».

[13] J. MEYNAUD, *Op. cit.,* p. 45.

procura logra la mayor ganancia —explica H. Lucot—, el estadio en el que tiene que efectuarse un partido importante es casi siempre el que puede acoger a la mayor cantidad de espectadores. Así, resulta violada la regla de neutralidad, porque el lugar que da ganancias es casi siempre mucho más favorable a una parte que a otra».[14]

Las ganancias así ingresadas benefician directamente a los organizadores de los espectáculos deportivos. *Esta búsqueda de l «beneficio comercial deportivo» es lo que conduce a buen número de dirigentes y empresarios deportivos a montar una gran cantidad de espectáculos «pagados» y lucrativos en el campo del deporte tanto profesional como aficionado.* De ahí la inflación del número de eventos deportivos cuyo objetivo consiste en proporcionar dinero en las mejores condiciones. De ahí también la confusión entre los valores monetarios y los valores deportivos. J. Marquet verifica, por ejemplo, que muy pocas competiciones de fútbol, que, sin embargo, son muy numerosas en el plano europeo, tienen un interés deportivo y un alcance real. «Las otras —dice— sólo tienen como objetivo el de colmar algo más los calendarios de los clubs profesionales para mejorar sus tesorerías. Para quienes tienen por vocación u oficio el "vender fútbol", bajo una u otra forma, la astucia consiste en mantener una cierta confusión en el orden de los valores...».[15]

Vuelven a hallarse los mismos fenómenos en los otros deportes. En tenis hay proliferación de torneos que oponen los nombres más prestigiosos de un grupo de jugadores profesionales en gira a través del mundo. La mayoría de los grandes jugadores de tenis vuelven a encontrarse de tal modo en esos equipos que funcionan realmente según el modo de *una empresa capitalista del espectáculo deportivo* con distribución de beneficios entre los accionistas-jugadores, con investigación de mercados, etc. El mismo fenómeno existe con las giras de la «cohorte» de los corredores de coches profesionales, que se desplazan de una competición a otra, casi en familia. Finalmente, en los Estados Unidos se está por organizar grupos de esquiadores y de atletas profesionales que buscan sacar partido de sus prestaciones deportivas. Y se podría ampliar la lista de ejemplos concretos en todos los deportes.

El único objetivo de los organizadores reside en montar, con grandes apoyos publicitarios, unos espectáculos y unas manifestaciones financieramente beneficiosos y comercialmente provechosos. También aquí el objetivo, como en el resto del proceso capitalista, es la búsqueda del beneficio, la realización de beneficios, que supera en mucho el objetivo propiamente deportivo. El espectáculo deportivo está montado en su totalidad para la obtención de dinero. En consecuencia, el espectáculo deportivo no obedece ya sino a los intereses de la rentabilidad financiera. «Una sociedad deportiva —señala Lucot—, al igual que toda sociedad comercial, obedece a las reglas del comercio: no tener un balance deficitario; si no se crece, se perece. Para incrementar las ganancias se multiplican las competiciones, se ofrece exhibiciones. Así ven el día numerosos campeonatos de Europa, del mundo, copas nacionales o internacionales».[16] En boxeo, el fenómeno adquiere los visos de escándalo permanente, dado que la práctica de tongos y sobornos causa estragos a todos los niveles".[17] El boxeo no es ya, desde hace mucho, sino un negocio pura y simplemente comercial que apunta a obtener ganancias. (Incluso a menudo, especialmente en los Estados Unidos, el boxeo mantiene estrechas relaciones con la mafia y el gangsterismo; cf. J. Meynaud, *op. cit.*, p. 48.) «De este modo, con suma frecuencia —dice H. Lucot—, los grandes combates de boxeo se han convertido en el monopolio de los Estados Unidos, que aseguran a los participantes unas "bolsas fabulosas". Es preferible ser vencido en el Madison Square Garden, de Nueva York, que ser campeón del mundo en Bruselas. Siempre para obtener ganancias resulta importante efectuar declaraciones sorprendentes, que, transmitidas por la prensa, aseguran la publicidad de tales deportistas o de cuales encuentros, pero desacreditan al deporte».[18]

El proceso de comercialización, de «colonización» del deporte, se halla en vías de acelerarse y acentuarse. El deporte calificado como profesional ya no es, desde hace mucho, sino una empresa capitalista totalmente integrada en los otros sectores del sistema capitalista, así se trate de fútbol, tenis, esquí, ciclismo, boxeo, etc. Actualmente, el deporte profesional se vuelve cada vez más un cartel, un trust combinado. *En la era del capitalismo monopolista de Estado, el deporte capitalista se transforma en un complejo monopolista*

---

14 H. LUCOT, Le sport, faut-il des surhommes?, op. cit., p. 41.
15 *Le Monde* del 7 de octubre de 1970.
16 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 41.
17 Cf. la obra bien documentada de R. PASSEVANT. *Boxing Business,* Les Editeurs Français Réunis, Paris., 1974.
18 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 42.

integrado en los monopolios capitalistas. Por otra parte, y contrapuestamente, éstos tienden cada vez más a invertir capitales en los trusts deportivos. Así es como, por ejemplo, la familia Agnelli financia al Juventus de Turín y numerosos grupos industriales o financieros participan cada vez más en equipos de ciclismo, escuderías de coches u otros grupos deportivos (rugby, básquet, etc.).

Las empresas deportivas profesionales procuran no sólo asegurar el concurso de «socios capitalistas» monopolistas, sino también monopolizar el mercado deportivo mediante las prácticas en uso en el mundo de los negocios. Son conocidas las prácticas monopolistas en boxeo o en ciclismo; ellas tienden a extenderse, asimismo, a otros deportes.

Así, por ejemplo, J. Meynaud observa que «la comercialización del deporte alcanza unos niveles muy elevados en los Estados Unidos, adonde numerosas ramas deportivas se han convertido, o están a punto de convertirse, en grandes negocios. Tal es, en especial, el caso del béisbol; recientemente, un senador por Wisconsin, tras descubrir que el béisbol ya no es un deporte, sino un negocio, presentó un proyecto de ley que tendería a acabar con la exención parcial de que esta actividad goza respecto a las leyes anti-trusts».[19] En los Estados Unidos, el deporte ha pasado totalmente a manos de algunos organizadores, también ellos sometidos a los imperativos financieros y a las presiones del capitalismo. Max Lerner no duda en declarar que el deporte norteamericano no es más que un «anexo de los grandes negocios», sometido a la existencia de «poderosas jerarquías industriales formadas alrededor de la notoriedad de ciertas estrellas del fútbol o el tenis».[20]

El deporte «aficionado» también está totalmente «contaminado» por los organismos financieros y los grupos comerciales. Resulta un lugar común decir hoy que la afición deportiva ha muerto, que la afición es una afición «marrón». *En efecto, ya no existe sino un solo deporte.* En el deporte profesional y en el deporte de aficionados, «el dinero se ha convertido en la principal razón de ser de los deportes-espectáculo y de sus actores»,[21] como muy bien lo señala H. Lucot. En atletismo, esquí, rugby, básquet, fútbol, natación, etc., los organizadores tienen que funcionar respetando los criterios de rentabilidad capitalista. Por otro lado, la práctica deportiva se convierte para los atletas en una *actividad remunerada*. Así, pues, en la hora actual, el deporte aficionado ha pasado a ser, al nivel de la alta competición en especial, pero igualmente en los escalones inferiores, un oficio que produce una remuneración en tanto que justa compensación. Como lo subraya M. Legris: «la relación financiera varia, además, de una a otra disciplina: la carrera pedestre es más espectacular que la halterofilia, pero las sumas percibidas (fraudulentamente) por tal o cual corredor parecen mínimas al lado de las acumuladas por los esquiadores... Tal nadadora célebre exige una retribución de 2,000 francos para lanzarse a una piscina y cual de nuestros más famosos campeones de esquí admite haber ganado en una temporada una suma de 200,000 francos».[22]

Así, pues, el deporte es actualmente, en todos los campos, una empresa floreciente, un *big business* capitalista, que incita a numerosos grupos financieros, firmas industriales, organismos comerciales públicos o privados, ayuntamientos e incluso países a comprometerse en la organización de grandes manifestaciones deportivas, torneos, competiciones y juegos olímpicos cuyas repercusiones económicas son enormes.

Este es el proceso de industrialización capitalista del deporte señalado en 1946 por G. Hébert al escribir que «todos los deportes, unos tras otros, parecen seguir inevitablemente la misma senda que las carreras de caballos..., y se orientan asimismo, unos tras otros, *hacia el espectáculo organizado industrialmente...,* en espera de convertirse fatalmente en una ocasión o un instrumento de juego por dinero».[23]

Actualmente, *la industria capitalista del espectáculo deportivo de masas* tiende esencialmente a estructurarse siguiendo tres ejes:

— La inversión financiera y publicitaria de la organización deportiva mediante las grandes firmas capitalistas;

---

19 J. MEYNAUD. *Op. cit.*, p. 46.
20 Citado por J. MEYNAUD, *Op. cit.*, p. 47.
21 H. LUCOT, *Op. cit.*. p. 39.
22 *Le Monde* del 9 de agosto de 1967.
23 G. HEBERT, Le sport contre l'éducation physique. Op. cit.. p. 61.

— La intervención masiva de las cadenas de televisión y de cine, que contribuyen a organizar industrial y comercialmente el éxito de los grandes espectáculos deportivos;
— La intervención competitiva de organismos públicos o privados que se disputan el mercado «de los derechos de organización» de las grandes competiciones deportivas.

E insta a advertir, desde este punto de vista, la importancia de la empresa comercial del deporte televisado. La intervención masiva de la televisión en el ámbito de la retransmisión de las grandes manifestaciones deportivas, ha provocado una expansión considerable del mercado deportivo. En lo sucesivo, vía televisión, un espectáculo deportivo puede convertirse en un hecho universal, planetario.

La introducción de la televisión ha implicado una explosión del carácter capitalista del espectáculo deportivo. En los Estados Unidos, en especial, la televisión comercial, asegurándose los derechos de retransmisión de determinados espectáculos deportivos, ha introducido directamente el juego de la ley de la oferta y la demanda. Es evidente que, en estas condiciones, los organizadores deportivos tienen interés en jugar sobre la competencia del «mayor postor». Pero lo que se instaura a partir de entonces es la dictadura del capital financiero. Los organizadores venden al máximo precio sus espectáculos deportivos a las cadenas de televisión. A veces éstas se aseguran su exclusividad, beneficiándose de todos modos del prestigio deportivo y del valor mercantil de la manifestación, de la que procuran sacar también el mayor partido. Tal es el caso especialmente de los combates de boxeo radiotelevisados, en los que la cesión de derechos de teledifusión proporciona sumas importantes (3,600,000 dólares por el combate en que se enfrentaban Cassius Clay y Sonny Liston).

En consecuencia, en el ámbito del espectáculo deportivo se introduce la competencia capitalista de los monopolios. Los derechos abonados por la televisión comercial transforman así el deporte en fuente de capital. Para las cadenas de televisión se vuelve rentable invertir en el deporte, al igual que para los organizadores deportivos ceder los derechos de exclusividad del espectáculo. J. Meynaud resume muy bien la situación del espectáculo deportivo: «la televisión ha impuesto al deporte la dictadura del dólar, siendo tales sus medios financieros que nada se le resiste... La televisión ha hecho del deporte un espectáculo después de haber hecho del espectáculo un *business*».[24]

LA EMPRESA DEPORTIVA: ESTRUCTURAS Y FUNCIONAMIENTO

En tanto que empresa de espectáculo, la empresa deportiva está necesariamente sometida a los mecanismos y leyes que rigen la «producción» del espectáculo en régimen capitalista, a saber: la ley de la oferta y la demanda, la ley príncipe del mercado capitalista. En efecto, la organización de un espectáculo o de una manifestación implica que se responda a una cierta demanda. La *demanda social* —publicitariamente suscitada y mantenida— es la que regula en general la oferta de los espectáculos deportivos. Tal es la razón por la que los organizadores deportivos, los «empresarios deportivos», se esfuerzan hoy correspondientemente por suscitar de modo masivo la demanda de espectáculos deportivos, orquestando publicitariamente la permanencia del espectáculo deportivo no sólo mediante calendarios deportivos regulares, sino también preparando algunos espectáculos «excepcionales».

Al intentar monopolizar la oferta de espectáculos deportivos, la empresa deportiva se comporta exactamente de la misma manera que los otros trusts y monopolios capitalistas. Este proceso es muy claro en el deporte profesional tradicional (boxeo, ciclismo, fútbol, etc.), en el que algunos organizadores monopolizan la realización de los espectáculos, que venden con el máximo de beneficio posible.

M. Clouscard observa, por ejemplo, que «la característica del boxeo profesional es el monopolio. Los combates profesionales son organizados... por algunos empresarios que no temen la competencia e imponen su bolsa a los boxeadores. *No hay diferencia* —concluye— *entre la adquisición y el funcionamiento de estos monopolios y los grandes monopolios capitalistas*».[25]

---

[24] J. MEYNAUD. *op. cit.,* p. 46.
[25] M. CLOUSCARD, «Les fonctions sociales du sport» en *Cahiers internationaux de sociologie* (cuaderno 34), primer semestre 1963. p. 128.

Se vuelve a hallar estas tendencias asimismo en el deporte de aficionados (natación, atletismo, básquet, etc.), en el que únicamente algunas grandes empresas son capaces, dado el nivel actual de la demanda social, de organizar unas muestras deportivas suficientemente atrayentes para la gran masa del público deportivo.

En suma, los clubs deportivos, las empresas deportivas, tienden cada vez más a obedecer la ley general que gobierna el mercado capitalista, a saber: la promoción de las ventas por parte de los técnicos de la organización y administración de empresas. Los grandes clubs se han transformado progresivamente en empresas de directivos de publicidad que impulsan la promoción del espectáculo deportivo y su difusión en los mass media. Estas empresas, al igual que toda empresa, buscan la productividad. «El profesionalismo —dice todavía M. Clouscard— resulta definido por el factor predominante de la productividad. El espectador es así incitado mediante una multitud de eventos: el fútbol profesional ofrece campeonato y copas, el ciclismo multiplica las vueltas, las categorías y los encuentros... cuanto más pruebas haya, más espectadores habrá (y también mayor ganancia). Esta multitud de eventos podría cansar al espectador, pero el interés es sostenido por lo agonal (calendario, campeonato, competición zonal). El calendario crea el *suspense*. Hay una progresión a lo largo de la temporada: la copa por eliminación directa; el campeonato mediante el *suspense* a todos los niveles: trayectorias, persecución de los líderes, lucha de los últimos para no descender, etc. Las finales constituyen el límite del *suspense* y el final de la temporada».[26]

Se advierte entonces de qué modo el sistema deportivo está organizado institucionalmente con miras a permitir, en la sociedad capitalista, la máxima productividad financiera. *La organización de las competiciones está destinada a proporcionar ganancias y, por consiguiente, beneficios.* De esta situación de hecho se desprenden numerosas consecuencias importantes.

Con el fin de que el espectáculo deportivo sea «atrayente» para las vastas masas de público es necesario que «el cartel» sea prestigioso; en otras palabras, que el valor mercantil de los protagonistas «ofrecidos como espectáculo» sea lo más elevado posible. Todo el fundamento económico del «estrellato deportivo» se inscribe en esta simple realidad: convertir en espectáculo los nombres deportivos más prestigiosos, más populares. Así, pues, los organizadores deportivos son llevados a buscar, incluso a «descubrir», estrellas deportivas con el fin de asegurar los ingresos de sus espectáculos con el fin de obtener, como lo subraya P. Georges, «*un óptimo rendimiento publicitarlo*».[27] Pero entonces el espectáculo deportivo obedece a su propia lógica: la escenificación de lo excepcional, lo sensacional. Y la competencia a que se libran a continuación las empresas deportivas es una competencia en la prospección y la valorización de las estrellas deportivas. Se opera así, muy rápidamente, una especie de bolsa de valores deportivos, que se cotizan en el mercado del espectáculo deportivo, el que, ante todo, es un mercado del prestigio deportivo. En otras palabras, el triunfo del deporte espectáculo es ante todo el triunfo del valor mercancía del espectáculo.

Dado que el espectáculo deportivo descansa sobre la reputación de los protagonistas, una de las tareas y preocupaciones de las empresas deportivas consiste en asegurar por todos los medios la publicidad de tal reputación. Esa es la razón esencial del constante empleo del superlativo en el universo mental deportivo.

Los títulos, las distinciones, etc., de los deportistas que constituyen de alguna manera la materialización visible de su valor mercancía se ordenan en el mercado deportivo como los valores en bolsa. Se los intercambia, se los revaloriza y se valorizan o se devalúan. El arte de los organizadores deportivos consiste entonces, justamente, como el *savoir-faire* de los corredores de bolsa, en situar atinadamente tal o cual valor deportivo en tal o cual manifestación o competición. Consiste en descubrir, guiar y prolongar el valor mercancía de los deportistas, exactamente como el arte del corredor de bolsa consiste en que fructifiquen al máximo las acciones y los valores de bolsa.

Los empresarios deportivos buscan las esferas de la actividad deportiva allí donde puedan extraer el máximo beneficio. Y organizan los espectáculos deportivos que proporcionan el máximo provecho, aun cuando se resienta su calidad deportiva. Las empresas deportivas, impulsadas por las leyes coercitivas de la competencia, están constantemente en busca de un espectáculo deportivo posible. Esto explica fundamentalmente la proliferación considerable de competiciones y espectáculos deportivos de toda clase.

---

[26] *Ibidem*. p. 129.
[27] *Le Monde* del 29 de septiembre de 1970.

Así, lo que M. Castaing denomina «la inflación de eventos»[28] corresponde al proceso clásico de la inflación económica y financiera capitalista. Los promotores de espectáculos deportivos provocan una verdadera inflación de eventos deportivos con el fin de asegurar un máximo de beneficios.

Las pruebas deportivas así organizadas no tienen necesariamente un valor deportivo, porque lo esencial, una vez más, es asegurar la ganancia. Pero esta inflación de eventos entraña una relativa «devaluación» de los espectáculos deportivos a los ojos de los seguidores. «Esta sobreabundancia de competiciones —dice M. Castaing— provoca una confusión cierta en el espíritu del público que, con frecuencia, pierde el hilo del proceso. Confusión sabiamente mantenida, los organizadores no pueden decir que determinada prueba carece de interés. De forma contrapuesta, todo es importante».[29] En consecuencia, los organizadores deportivos se enfrentan, en razón misma de la necesidad que tienen de multiplicar las competiciones, con la nivelación del valor mercancía de los espectáculos. En efecto, los buenos espectáculos deportivos no pueden repetirse indefinidamente. Hay deterioro del valor mercancía y, por tanto, contradicción insuperable entre la producción «en serie», en masa, de los espectáculos deportivos y su calidad intrínseca.

La búsqueda del beneficio lleva a las empresas deportivas a adecuarse a las necesidades de la valorización de su capital. La «competicionitis» de que habla M. Castaing es la traducción visible de esta tendencia incoercible del capital deportivo a valorizarse. La aceleración del ritmo de las competiciones, el aumento del número de eventos expresan la aceleración de la rotación de los ciclos de capital, la inflación económica generalizada. Invertir, invertir sin cesar, tal parece ser la consigna de la auto-valorización del capital. Pruebas deportivas sobre pruebas deportivas, tal parece ser la consigna de la organización deportiva capitalista. Para los promotores deportivos se trata de incrementar la red de competiciones, de acelerar los ritmos del calendario deportivo con el fin de intensificar la producción del beneficio deportivo. *La idea de la competición generalizada y permanente refleja estrictamente la competencia incrementada entre los capitales deportivos.* Así como las inversiones y los ciclos de los capitales se aceleran en una sociedad dominada por el principio de la fluidez universal y la movilidad permanente de los capitales, los hombres y las cosas, así también las pruebas, confrontaciones, manifestaciones y competiciones deportivas se multiplican según una especie de progresión geométrica. M. Castaing comprueba y describe esta proliferación deportiva. «Desde el 1 de julio hasta el 30 de septiembre, este año hay que anotar confrontaciones mundiales en equitación, kayak, ciclismo, remo, lucha, navegación a vela, paracaidismo, halterofilia, esgrima, voleibol; competiciones europeas en atletismo, natación, vuelo a vela, fútbol, esquí acuático, tiro, básquet, jockey sobre hierba, tenis de mesa; una cincuentena de campeonatos, copas o selecciones en Francia; numerosos torneos internacionales entre dos, tres, cuatro o más países, sin contar el Tour ciclista de Francia, los grandes premios automovilísticos, los torneos de tenis y la copa Davis, la copa América y las regatas: todo ello en seniors, juniors, cadetes, hombres, mujeres, de corporaciones, militares, individuales, por equipos... quedando mucho en el olvido: para tener una visión totalmente completa es preciso consultar el calendario internacional, más cargado que la agenda de un diplomático.[30]

Así, pues, este *«frenesí competitivo»* define perfectamente el sentido actual de la organización capitalista del depone. Toda la actividad deportiva está orientada a la permanencia de la competición, por la que son arrastrados hombres y cosas. Al principio puramente deportivo de la competición se le añade la búsqueda de la rentabilidad financiera, económica y administrativa. Esta obsesión por la rentabilidad está hasta tal punto generalizada en las sociedades capitalistas industriales que se la vuelve a encontrar inevitablemente en todos los sectores de la actividad social, especialmente en el deporte. Inversamente, la organización capitalista del deporte ofrece un modelo de desarrollo y de crecimiento para la producción en el marco de una economía competitiva. *Por consiguiente, resulta posible comprobar hoy la homología fundamental entre el principio industrial y el principio deportivo en la sociedad capitalista.* J. Huizinga ha señalado, por su parte, que «la noción de récord, nacida en el deporte, no iba a dejar de ganar asimismo terreno en la vida de los negocios» y qué «una gran empresa introduce conscientemente el factor deportivo en su propio ámbito para exaltar su producción».[31]

---

28 *Le Monde* del 11 de agosto de 1970.
29 *Ibidem*
30 *Le Monde* del 11 de agosto de 1970.
31 J. HUIZINGA. *Homo ludens, essai sur la fonction sociale du jeu, op. cit.*, p. 319.

La búsqueda de la rentabilidad de la empresa deportiva es ante todo una búsqueda de la competitividad en el mercado. La ley del mercado —la verdad de los precios, según la expresión clásica de los economistas— es el criterio supremo para la empresa deportiva, como para toda empresa. Esto exige que el sistema deportivo se asimile totalmente a las condiciones generales del funcionamiento de la economía capitalista. Esto implica, en especial, una *jerarquización* muy activa de las empresas deportivas en el mercado en función de su competitividad. En efecto, así como existe una jerarquía de las principales empresas industriales, comerciales o bancarias, existe también una jerarquía de las agrupaciones, asociaciones y clubs deportivos. El principio de esta jerarquización piramidal es el del grado de autonomía financiera que traduce el poder económico de la empresa deportiva. Lo que señala muy lúcidamente J. Marquet: «Cuanto más se desciende en la jerarquía de los clubs, mayor importancia reviste el *bénévolat*, no siempre suscitado por las ambiciones políticas locales. *Bénévolat* es, todavía a menudo, sinónimo de mecenazgo, cuando las subvenciones municipales y la organización de bailes y kermeses no permiten configurar el presupuesto esperado».[32]

Por lo tanto, la búsqueda de un presupuesto equilibrado es para todas las empresas deportivas una regla de funcionamiento. Esto tiene como consecuencia bien la búsqueda de la capacidad de autofinanciación, bien el que se recurra a la subvención, *que también adquiere los visos de una competición deportiva paralela*. B. Destremeau, por ejemplo, ha señalado el aspecto competitivo de lo que denomina el «sistema de la subvención». «Todas las organizaciones deportivas y las federaciones de distintos deportes se esfuerzan —dice— por obtener el maná providencial del Estado, a saber, del contribuyente».[33] P. Georges comprueba igualmente el mismo fenómeno para el básquet, que, en principio, es un deporte de aficionados en Francia. «Todo ocurre —escribe— como si durante el descanso de temporada se desarrollase *una especie de campeonato francés paralelo*, el campeonato de las subvenciones municipales u otras; el club rico será el club fuerte y lo seguirá siendo en tanto que siga siendo rico».[34]

La rentabilidad de una empresa deportiva depende, del punto de vista de su funcionamiento interno, de un determinado número de factores. Estos factores son los que la constituyen como empresa capitalista y explican los conflictos que surgen en su seno.

— La venta de espectáculos deportivos supone la existencia de un *aparato material y técnico* existente en forma de estadios, piscinas, bases de entrenamiento, estudios, oficinas administrativas, etc. Este material funciona como *capital fijo y constante*. El funcionamiento de este aparato está ligado a la adquisición de la fuerza de trabajo de guardianes del estadio, jardineros, cajeros, mujeres de limpieza, empleados, dirigentes, etc. La existencia de este capital acumulado, de este «capital muerto», según la expresión de Marx, es la condición, en una sociedad de economía competitiva, de la producción del beneficio deportivo.
— El segundo factor, absolutamente necesario para el funcionamiento capitalista del negocio deportivo, es *la adquisición de fuerzas de trabajo deportistas*, de un *«capital humano»*, en otras palabras, cuya utilización garantizará el beneficio. En efecto, el beneficio deportivo depende de la adquisición de fuerzas de trabajo deportistas cualificadas en el mercado, de la adquisición de un material deportivo humano adecuado. Esto exige asimismo la adquisición de uno o más entrenadores competentes, cuyo papel consiste en aumentar valor mercancía de esas fuerzas deportistas mejorando, gracias entrenamiento, su productividad.
— En el seno de la empresa, los «aportadores de capitales» y los «aportadores de resultados» —dicho de otro modo, «los socios deportistas»— están vinculados, al igual que en toda empresa, por u *contrato de trabajo*, implícito o explicito... El deportista vende empresario —por un plazo determinado o no— sus capacidades de resultados y, por consiguiente, es su asalariado o empleado. Esta situación lo opone, en cuanto a sus intereses, al empresario. Esto explica, especialmente en el deporte de alta competición, que aquél formes parte de agrupaciones profesionales que hacen las veces de sindicatos. Su fuerza de trabajo, que ya no le pertenece (porque la ha cedido), puede ser o bien vendida o bien transferida como intercambio a otros clubs que la compran al precio del mercado. El contrato que le: vincula a su empresa le exige numerosas obligaciones: ante todo, una cierta fidelidad —y por lo tanto obediencia— al club y a sus representantes oficiales (presidente, dirigente, entrenador, etc.); luego, el deportista tiene

---

32 *Le Monde* del 23 de diciembre de 1969.
33 *Le Monde* del 26 de agosto de 1970.
34 *Le Monde* del 29 de septiembre de 1970.

que defender adecuadamente los colores de su club en cualquier ocasión; después —corolario inevitable de las dos obligaciones precedentes—, el deportista tiene que «hallarse en forma», vale decir mantener su fuerza de trabajo, su capacidad de resultados, de manera que no se devalúe; en otras palabras, que mantenga su valor mercancía. Algunas empresas «de categoría» exigen incluso que su personal deportista cumpla diariamente con una determinada suma de trabajo de entrenamiento, que no beba, no fume, no «salga», etc. Finalmente, el deportista tiene que hallarse a disposición del club permanentemente. R. Kirn y A. Natan resumen así la situación del deportista profesional: «las cadenas de plata y de oro de su oficio problemático lo ligan a los directores negociantes de su club... Ha pasado a ser mercadería en venta, de la que únicamente su club puede disponer».[35]

En estas condiciones es comprensible que puedan surgir verdaderos conflictos de intereses profesionales, *conflictos sociales*, en el seno de la empresa deportiva, entre el capital y el trabajo, que, lejos de vivir en armonía, se hallan en perpetuo antagonismo. Como lo dice muy justamente Hero Rigauer: «en la producción y la reproducción de resultados deportivos puede observarse, exactamente igual que en el mundo del trabajo, dos grupos competitivos: por una parte, los productores de los resultados deportivos (detentadores de una fuerza de trabajo especial), y por otra, los propietarios de capital (promotores, dirigentes del deporte), que ofrecen las manifestaciones y espectáculos deportivos en tanto, que mercancías en un mercado particular».[36] Los conflictos entre estos dos grupos competitivos son conflictos de intereses. Los deportistas tienden a vender al mejor precio su fuerza de trabajo, mientras que los empresarios tienden a adquirirla y a «explotarla» en las mejores condiciones.

Este aspecto —de alguna manera— de *«lucha de clases»* propia del sistema deportivo capitalista es muy bien descrito por M. Clouscard. «La función profesional del deporte experimenta asimismo —escribe— un antagonismo esencial. Existe un conflicto entre el organizador, el explotador, el empresario deportivo y el deportista profesional... Este conflicto se manifiesta en la tensión entre la organización del deporte profesional basada en el beneficio, la explotación (y la reglamentación del deporte otorga plenos poderes a esta explotación) y el individuo profesional, cuya ganancia depende de la victoria...».[37]

Estos conflictos de intereses permiten comprender diversas formas de antagonismos reconocibles hoy corrientemente: huelgas, manifestaciones, boicots a los encuentros, reivindicaciones de vacaciones, pagas, etc. Esto explica asimismo la generalización del *sindicalismo deportivo.* Esta realidad del asalariado deportista capitalista y de sus consecuencias sociopolíticas está abiertamente aceptada por la muy oficial *Doctrina de los deportes,* que «cree necesario y justo reconocer a los profesionales —en el ámbito de la organización de su profesión, en el de sus relaciones con sus empleadores y en el de sus relaciones con el poder público— los derechos y los deberes esenciales de los asalariados o de los trabajadores independientes. *En suma, el mundo del deporte profesional tendría que obedecer a las mismas reglas que el mundo del trabajo».*[38]

La empresa deportiva está obligada a rentabilizar al máximo todos los factores que concurren a su funcionamiento, porque, como dice J. Marquet, «un gran equipo profesional tiene que ser administrado como un negocio industrial».[39] En un articulo del periódico económico *La Vie Française* se explica muy concretamente los intereses de uno de estos negocios industriales de nuevo tipo, por ejemplo, un gran equipo de fútbol. En efecto, «los capitalistas del balón» —según la expresión de este periódico— respetan un determinado número de líneas directrices. «Un equipo de fútbol —se dice allí— tiene que ser dirigido cual una empresa. Nosotros mantenemos un control administrativo riguroso de los precios de coste por partido y por jugador. Es necesario que el fútbol deje de ser artesanal».[40]

---

35 R. KIRN y A. NATAN, *Fussball,* citado por BERO RIGAUER. *Sport und Arbeit.* Suhrkamp, Francfort, 1969, p. 58.

36 B. RIGAUER. *op. cit.,* p. 61.

37 M. CLOUSCARD, *op. cit.,* p. 133. «Los profesionales se hallan expuestos a las mismas dificultades que cualquier trabajador, provisto únicamente de su fuerza de trabajo, encuentra en las sociedades basadas en una economía de tipo capitalista». Es la opinión de M. BONET, *Signification du sport, op. cit.,* p. 617, resume la perfecta analogía situacional entre el asalariado industrial y el asalariado deportista.

38 *Essai de doctrine du sport.* Haut Comité des sports, París, 1965, p. 87.

39 *Le Monde* del 23 de diciembre de 1969.

40 *La Vie Française del* 18 de junio de 1971.

El problema número uno que tienen que resolver los grandes clubs profesionales concierne muy evidentemente a la rentabilización de la fuerza de trabajo del conjunto de la mano de obra deportista, lo que el mismo periódico denomina el *«capital-jugador»*. «Tres años para amortizar un capital-jugador de 400 millones de francos viejos, declara el presidente del club de Marsella, lo que nos obliga a proveernos de 133 millones anuales. Es demasiado para un equipo que envejece año tras año, en un oficio en el que se es usado rápidamente».[41] En efecto, el problema vital para los clubs profesionales atañe al mantenimiento del valor mercancía de la fuerza deportista, que, sometida a los azares biológicos, envejece y, en consecuencia, se deprecia rápidamente. *De ahí el problema de la renovación del capital humano, del capital deportivo.*

No resulta exagerado, en estas condiciones, hablar de la explotación del personal deportista por parte de las firmas profesionales, especialmente en fútbol y en ciclismo.

En fútbol, por ejemplo, la manera en que los jugadores profesionales son transferidos de un club a otro es la ilustración de una cierta forma de *esclavitud* o de servidumbre. G. Albouy, en un articulo dedicado a la situación de los futbolistas profesionales en Europa, verifica que el sistema de contratos y de transferencias en vigor en los grandes países de Europa que practican este deporte hace inaplicable de hecho algunas disposiciones de la declaración universal de los derechos del hombre, que garantizan la libre elección de un empleo y unas condiciones de trabajo justas y favorables. Y concluye: «este comercio de seres humanos, procedente de otra época y camuflada con el término de transferencia, se nuestra más floreciente que nunca si se considera que, en Inglaterra, la suma récord de las transferencias se eleva este año a mas de dos millones de libras, o sea casi 25 millones de francos. Sobre este total, únicamente el 5 por 100 revierte en los jugadores, lo que ni siquiera es el caso en la mayoría de otros países. Algunos clubs profesionales compensan las posibilidades de ingresos reducidos aportando una dedicación especial a la formación, y luego a la cesión, de sus mejores jugadores con el fin de mejorar sus recursos. Con todo, estas prácticas supondrían un mal menor si los dirigentes, con el fin de preservar los intereses financieros considerables que entran en juego, no efectuasen estas negociaciones destinadas a limitar los derechos de los jugadores, cuando no a alienar totalmente su libertad».[42]

En ciclismo, la mayoría de los equipos profesionales están organizados de un modo jerárquico muy estricto en el que los deportistas no gozan de las mismas ventajas. Las diferencias de estatus entre los miembros de un mismo equipo ciclista traducen las desigualdades de explotación en el seno de un sistema que linda con el despotismo de tipo feudal. La mayoría de las grandes carreras ciclistas están organizadas de manera que permiten que estas *relaciones de vasallaje* se expresen plenamente en el marco de la caza de primas y en las distintas clasificaciones y trofeos (premio al mejor escalador, clasificación por puntos, camisetas amarillas o verdes, etc.). M. Castaing escribe por ello, a propósito del Tour de Francia, que se trata de la manifestación más típica de este sistema de subordinación de los deportistas a una organización que los explota: *«sociedad de tipo capitalista*, el Tour de Francia, que cuenta con directores de "fábricas de pedaleo" (los representantes de las firmas que patrocinan los equipos y las distintas clasificaciones) y capataces (los directores deportivos), no somete a todos los trabajadores (los corredores) al mismo régimen. Siempre son los mismos (una decena sobre 130) los destacados, citados, venerados. No sólo porque se los considere los más aptos, los más brillantes: *la forma de servidumbre* que existe en el seno de los diferentes equipos no permite que se expresen los otros competidores, que deben obediencia, asistencia, fidelidad y devoción a su jefe de fila».[43]

4. EL SALARIO DEPORTIVO

En una sociedad de tipo capitalista, el esfuerzo físico competitivo es pagado con un salario. *Todo el deporte espectáculo es en potencia un deporte profesional en el que el esfuerzo de los campeones es evaluado mediante un precio.* En efecto, desde que un deporte se vuelve suficientemente atrayente como para que los espectadores acepten pagar sus localidades, se desarrolla el profesionalismo. En otras palabras, cuando se exige por primera vez un derecho de entrada a quien quiera asistir a un evento deportivo, nace el profesionalismo. Así, pues, el deporte-espectáculo tiene una tendencia natural a atraer el dinero y a provocar las especulaciones financieras, hasta el punto de que resulta inevitable ver que los campeones se convierten en

---

41 *Ibidem*

42 G. ALBOUY, «La situation des footballeurs professionnels en Europe, *Le Monde* deI 20 de septiembre de 1972.

43 *Le Monde* del 20 de julio de 1971.

los «valores oro» de nuestra época y que sus esfuerzos victoriosos o no, reciben una determinada remuneración, en una u otra forma. A partir de aquí no es exagerado afirmar con H. Lucot que «el dinero se ha convertido en la principal razón de ser de los deportes espectáculo y de sus actores».[44]

El sistema deportivo, ya sea aficionado o profesional, descansa en el salario deportivo. Actualmente, los deportistas de competición, incluso a los niveles subalternos de la pirámide deportiva, de tal jerarquía de campeones, son asalariados, empleados por distintos organismos (atletas del Estado, de universidades, aficionados subvencionados, diferentes profesionales, etc.). Este fenómeno de la afición marrón, ya tratado, tiende a extenderse sin cesar. Como dice J. Meynaud: «la presencia de tendencias en el profesionalismo en el ámbito del deporte, o más exactamente la propensión de campeones aficionados a sacar partido de su participación en las pruebas deportivas, no es seriamente discutida por nadie».[45]

El salario deportivo, lejos de ser hoy la excepción, es la regla. En el deporte profesional, el salario deportivo está más o menos institucionalizado, reglamentado, controlado por la ley. Las relaciones entre el deportista y sus empleadores están reguladas por contratos de trabajo, tal como en no importa qué rama industrial. El contrato deportivo se parece al contrato de trabajo ordinario. El deporte constituye entonces una actividad profesional cuya práctica da derecho a una remuneración, generalmente convenida de antemano (retribución mensual, porcentaje sobre los ingresos del espectáculo, pago en especies, primas diversas, remuneración en especies, etc.). El deportista saca partido, muy evidentemente, de su valor mercancía deportivo mediante cualquier forma de remuneración. Dado —recordémoslo— que produce deporte-espectáculo,[46] procura extraerle ventajas. *Así, pues, el deportista cambia su fuerza de trabajo por un determinado salario.* Su fuerza de trabajo tiene un valor de uso muy particular: su utilización produce resultados que atraen a las multitudes.

Por consiguiente, el salario deportivo no es sino el *precio* de esta fuerza de trabajo que ve así su valor mercancía ratificado en el mercado deportivo. En una economía capitalista, en la que juegan las leyes de la oferta y la demanda, el salario deportivo nace espontáneamente tanto de las relaciones sociales de producción y de distribución como de la institución general del salario. En una sociedad capitalista en la que todos los valores tienen su precio en un mercado y se los intercambia por dinero, es natural que se vendan y se compren de acuerdo con las leyes del mercado las facultades y los valores deportivos. Esto es lo que verifica, por otra parte muy lúcidamente, Michel Legris: «Cuando el deporte se ha convertido en un espectáculo que atrae multitudes a los estadios (e ingresos a las cajas), con qué derecho se le puede prohibir a quien suministra la materia misma de ese espectáculo a extraer beneficio de ello, si muestra los mismos títulos que un comediante o un acróbata».[47]

Este argumento, que de hecho descansa en la lógica misma de la sociedad capitalista, es retomado de una u otra manera para «justificar» la venta de las producciones deportivas. Lo atestigua así esta opinión de H. Lucot: «el profesionalismo se justifica en sí mismo. Un actor interpreta ante un público; lo mismo ocurre con un jugador, un deportista. El actor de valía atrae a espectadores que pagan para verlo, y él cobra una parte de ese dinero. También lo hace el campeón».[48] La mayoría de los autores reconocen así más o menos claramente que el profesionalismo deportivo (en el deporte «profesional» y en el deporte «aficionado») está determinado por las características generales de la sociedad capitalista mercantil, en donde todo, toda facultad, toda cualidad, se transforma en mercancía; que no hay, por lo tanto, ninguna diferencia de principio entre el hecho de ser trabajador manual, intelectual o artístico y trabajador deportivo. El *Ensayo de doctrina de los deportes* afirma, por ejemplo, que «no hay nada de deshonroso en que el campeón... reciba dinero por su prestación deportiva, al menos no más que el hecho de que resulte deshonroso para el artista el ganar una remuneración. El talento deportivo no es fundamentalmente diferente de los otros talentos».[49] Por consiguiente, también aquí se verifica que el valor deportivo tiene su precio, al igual que el valor artístico o científico.

---

44 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 39.

45 J. MEYNAUD, Op. cit., p. 31

46 Tal como afirman P. KATZ y M. JOUANEN *(op. cit.*, p. 19): «El deporte hace vender... En razón de su difusión se ha convenido en una inmensa maquinaria que disloca a las multitudes, en sentido propio y en el figurado».

47 *Le Monde* del 9 de agosto de 1967.

48 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 39.

49 *Op. cit.*, p. 81.

La cuestión que los reformadores deportivos intentan resolver es la de encontrar un *estatuto moderno del asalariado deportista* que esté plenamente de acuerdo con los principios generales del salario. El *Ensayo de doctrina,* por ejemplo, propone que se aplique de manera consecuente el principio mercantil capitalista (todo tiene su precio), aceptando legalmente el estatuto del atleta «autorizado a ganar dinero como contrapartida de su prestación deportiva».[50] Por su parte, Michel Legris parece proponer igualmente esta solución realista afirmando que rehusarse a reconocer las realidades sociales en nombre de los «ideales» de la afición supone «actuar de manera contraria a una moral diferente en una sociedad en la que "toda dedicación merece su salario" y donde toda cualificación excepcional rinde su parte».[51]

En el mercado deportivo, en el que se distribuyen jerárquicamente los valores, confirmados o no, el nivel general alcanzado por los resultados y la avidez de la competencia, internacional y nacional, llevan a que ya no sea posible seguir siendo un «aficionado» (en todos los sentidos del término). *Todo el deporte aficionado de alto nivel se ha convertido en un oficio.*[52] El esfuerzo exigido a los campeones (en una época en la que para tener la menor posibilidad de prevalecer, o incluso de permanecer al nivel medio de la élite, es necesario dedicar muchas horas de entrenamiento diarias) es tal que ellos buscan, naturalmente, compensar financieramente estos gastos de energía y estas pérdidas de tiempo, o bien cambiarlos por sus equivalencias. Tal es el fundamento general del principio de retribución de los esfuerzos cumplidos por los campeones.

Los atletas del Estado, de universidades o de empresas, que tienen que dedicar la casi totalidad de su tiempo al entrenamiento y a la competición, son, por consiguiente, *empleados de tiempo pleno, asalariados deportistas* de un organismo o de una institución cualquiera. «Tan pronto como la competición alcanza una cierta calidad, entrenamiento, descanso, recuperación y desplazamiento adquieren tal importancia —dice Lucot— que al deportista le es prácticamente imposible trabajar. Y, de hecho, el trabajo deportivo equivale a otro trabajo. La mayoría de los deportistas son profesionales».[53] Esto es reconocido asimismo, en otra forma, por el *Ensayo de doctrina de los deportes:* «el deporte de aficionados, que prohíbe extraer el menor beneficio de una actividad deportiva y que excluye cualquier ayuda material importante, no puede permitir que el campeón vaya más allá de ciertos limites aparentes, e incluso que alcance las cumbres. Supone, en efecto, una actividad profesional y social normal, difícilmente compatible con las exigencias del entrenamiento y de la competición moderna. Hace así improbable la realización deportiva del atleta».[54]

A las considerables exigencias de la alta competición vienen a sumarse los imperativos del prestigio nacional, regional o local. Dado que las competiciones deportivas son asimismo competiciones entre Estados o entre ciudades, éstos se preocupan por las posibilidades deportivas y la forma de los atletas que los representan en el extranjero; de ahí la atribución, extraída de los recursos públicos, de facilidades de entrenamiento y de ventajas materiales de distinta naturaleza.

En algunos países, el Estado es el que «compromete» directamente a los atletas por cuenta de un organismo deportivo nacional en tanto que empleados estatales con salario fijo. En otros países, especialmente los del Este, el ejército es el que financia a «oficiales y suboficiales» de los deportes para mayor gloria del régimen. En los países occidentales, los «comanditarios» pagan a los atletas generalmente por intermedio de sociedades privadas extradeportivas que otorgan a los deportistas aficionados un puesto ficticio ampliamente retribuido. Cualquiera que sea la pantalla jurídica y los pretextos legales, la realidad es la misma en todos los países: *los atletas de competición son asalariados.* Esto es verificado por J. Marquet en un articulo titulado «El perjurio olímpico»: «los países del Este tienen sus atletas estatales que pueden justificar una función. Las otras naciones, que cada vez más muestran tendencia a seguir este ejemplo, o que eventualmente pueden aplicar el mismo principio, se benefician de la complicidad de casas comerciales que ofrecen a los campeones unos empleos ficticios, dejándoles total libertad para el entrenamiento y la competición».[55] En Francia, por ejemplo, los esquiadores son atletas pagados más o menos directamente por el Estado y por las firmas de

---

50 *Essai de doctrine du sport. op. cit.*, p. 85.

51 *Le Monde* del 9 de agosto de 1967.

52 Así, para el ciclismo, *Le Monde* del 28 de agosto de 1971 reconoce que «las nociones de afición y profesionalismo no corresponden ya a los criterios de valor absoluto y los observadores consideran que este deporte evolucionará tarde o temprano hacia la licencia única».

53 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 39.

54 *Op. cit.*, p. 82.

55 *Le Monde* del 13 de septiembre de 1968.

fabricantes de material. Los esquiadores de competición, en principio aficionados, que pasan muchos meses en la montaña, son en realidad empleados de tiempo pleno del organismo deportivo estatal de que dependen. Esto es lo que F. Janin denomina, no sin ironía, *«el salario de las alturas»*. «Los esquiadores —dice— están oficialmente pagados en forma de salario, aun cuando esta retribución, por respeto a las normas, sea bautizada de otro modo por la Secretaria de Estado para la Juventud y los Deportes y por la Federación Francesa de Deportes... Para compensar hipócritamente "lo que les falta ganar" a estos aduaneros deportivos se añaden sumas importantes abonadas por los proveedores, las estaciones de deportes de invierno, etc.».[56] En efecto, de acuerdo con su notoriedad y la importancia de las pruebas en las que participa, un esquiador percibe primas cuyo interés es matizado; tanto por los esquíes, tanto por las ataduras, tanto por las botas, los pantalones, los guantes, el anorak, el jersey, las gafas, el gorro, etc. Por ejemplo, en los juegos olímpicos de Grenoble, la prima esquí más elevada fue del orden de los 30,000 francos, la prima ataduras de 10,000 francos, la prima botas de 8,000 francos, etc. Se trata de un *pool* de proveedores oficialmente consentidos que detenta la exclusividad del abastecimiento de equipamiento para los seleccionados del equipo de Francia (ocurre lo mismo en Austria). Como contrapartida, estos proveedores consentidos abonan a la Federación Francesa de Esquí una especie de impuesto que supera claramente el millón. Tienen entonces derecho a explotar publicitariamente los resultados del equipo nacional.[57]

Este proceso de infiltración del sistema deportivo por parte de las grandes firmas capitalistas parece extenderse actualmente de modo muy rápido a todas las prácticas deportivas, profesionales o de aficionados, comenzando, naturalmente, por los deportes que emplean un equipamiento importante.

El tenis «aficionado» ya está comprometido en la vía abierta por el esquí. En efecto, se ha creado una categoría de jugadores autorizados oficialmente a percibir dinero. Todos ellos son remunerados por un *pool* de fabricantes que procuran mantener su monopolio. Este *pool* abona cada año a la Federación Francesa de Tenis una suma de 260,000 francos, de la que se descuentan las mensualidades abonadas a los jugadores. Estas pagas varían entre 1,000 francos (Meyer, N'Godrella, Bernasconi) y 3,000 francos (Goven). A estas sumas hay que añadir las ganancias obtenidas en los torneos; este pool de fabricantes que financia de este modo el funcionamiento mismo del tenis aficionado utiliza por cierto el grupo de jugadores de élite con fines publicitarios. Esto explica, entre otras cosas, la competencia económica a que se entregan las grandes firmas para tener el derecho de «encargarse» de los jugadores. Como afirma J. Marquet: «al ser importantes los intereses en juego y vital para las firmas industriales la conquista de los mercados, *el jugador se convierte en un vehículo publicitario*. Ocurre que hasta sea solicitado antes de haber obtenido el menor resultado. Así, el equipo de Francia, aun cuando en el plano mundial no goce de gran renombre, es campo de un enfrentamiento entre los fabricantes que forman parte del *pool* y los que no participan en él. Esto se traduce en propuestas a los jugadores, promesas de mensualidades más importantes o diferentes ventajas».[58]

En las regatas —otro ejemplo— se observa el mismo proceso. La Federación Francesa de Yachting ha organizado un «club de proveedores» que le procura el material necesario para la práctica competitiva de alto nivel y que participa financieramente en el presupuesto de funcionamiento de la élite. Este club le proporciona, de tal modo, lonas embreadas (Maurice Chaize), ropas (Equinoxe), material (Ermal), motores fuera de borda (Evinrude), cordajes (Lancelin), remolques (Nautilus), pintura (Ripolin), aparejos (Sarma), lanchas motoras (Yachting France), cronómetros (Yema), embarcaciones neumáticas (Zodiac), etc. El presidente de la Federación explica del siguiente modo las razones de esta ósmosis entre las regatas y determinadas firmas, lo que lleva a que los participantes dependan financieramente de intereses privados: «hemos seguido —afirma— el ejemplo del esquí y hemos agrupado a las industrias interesadas en la navegación deportiva, evitando que los deportistas se entiendan directamente con un fabricante. *Un aficionado en estado puro no puede hacer frente a las exigencias de la competición.* En cuanto a la Federación, ha dejado de pedir ayuda; ahora, por el contrario, se la solicita».[59]

Podría ampliarse la lista de ejemplos dando un repaso a los deportes de aficionados y a los países en los que el deporte está organizado de modo capitalista. En todos los casos se comprueba la aceleración del proceso de

---

56 *Le Monde* del 10 de febrero de 1970.
57 *Ibidem*.
58 *Le Monde* del 12 de marzo de 1970
59 *Le Monde* del 20 de octubre de 1972.

monopolización del deporte por parte de las firmas y los grupos industriales, tanto a escala nacional como internacional. La forma más evolucionada de este fenómeno está representada por los clubes corporativos de las grandes empresas capitalistas, tal como se desarrollan en la mayoría de los grandes países occidentales. Por ejemplo, en Japón, el voleibol, el deporte más popular y que cuenta con más de cinco millones de inscritos, se ha convertido en un verdadero negocio corporativo, industrial y comercial. En efecto, los mejores equipos se desarrollan en el seno de los clubes empresariales de las grandes firmas y juegan así un papel importante como agente publicitario. *En consecuencia, los buenos jugadores de voleibol japoneses son asalariados de pleno o medio tiempo de esas empresas.* Como dice O. Albouy: «con frecuencia reclutados y mantenidos en las facultades o los centros de enseñanza técnica gracias a becas, los jugadores de voleibol más dotados se benefician de inmediato en sus empresas de amplias facilidades para el entrenamiento. Pero si bien las grandes firmas aportan mucho a los jugadores en el marco de su promoción social, el voleibol se lo restituye con creces, gracias a su audiencia nacional y luego internacional».[60] En efecto, el voleibol japonés se ha convertido en un articulo de exportación muy apreciado que atrae a las multitudes y que juega un papel nada despreciable en materia de publicidad para todo lo *made in Japan.*

5. LA PUBLICIDAD MEDIANTE EL DEPORTE

Tal como acaba de verse a propósito del esquí o del tenis, una de las motivaciones determinantes de la intervención de las firmas industriales o comerciales en la organización del deporte es la utilización de la práctica deportiva con fines publicitarios. El deporte se ha convertido en la sociedad capitalista actual en uno de los vehículos más poderosos, porque el «prestigio deportivo» constituye para las masas una incitación profunda a la compra y el consumo.

El carácter masivo del deporte lo convierte en un polo de atracción natural para la publicidad. Como afirma J. Meynaud: «habida cuenta la resonancia de las manifestaciones deportivas en un amplio público y la popularidad excepcional de ciertas grandes pruebas, el deporte parecería casi necesariamente llevado a servir de soporte a la actividad publicitaria».[61]

Las formas de la publicidad deportiva son extremadamente numerosas y variadas.[62] Así, el deporte es utilizado por la prensa con miras a asegurar su propio desarrollo. Puede incluso afirmarse que un periódico carente de una importante firma deportiva tiene cada vez mayores dificultades de convertirse en «popular». Por lo tanto, el deporte permite que la prensa se venda; inversamente, la prensa hace vender el deporte. Es sabido que grandes competiciones ciclistas son organizadas por periódicos de gran tirada. El periódico belga *Le Soir* organiza la carrera Paris-Bruselas, *L 'Equipe* y *Parisien Libéré* organizan el Tour de Francia, el periódico deportivo milanés *Gazetta dello Sport* organiza el Giro de Italia, el de Lombardía y la carrera Milán-San Remo, etc.

También los equipamientos deportivos, cuyo mercado experimenta una expansión muy rápida, son lanzados publicitariamente, en especial mediante el prestigio de los campeones. De manera más general, en el momento de la promoción publicitaria generalizada (cf. los diferentes eslogans: «Viva la hora de la publicidad», etc.), todos los productos industriales, comerciales o turísticos están vinculados publicitariamente al deporte. Su aspecto más trivial es la presencia de inscripciones comerciales y de paneles en los estadios, las pistas o los lugares de llegada de las competiciones deportivas (esquí, coches, etc.), a tal punto que todos los terrenos del deporte están hoy colonizados por la publicidad. En realidad, toda la esfera deportiva, todos los niveles del sistema deportivo, todos los agentes deportivos son abarcados por la marejada publicitaria, a tal punto que la organización del deporte parece funcionar como una enorme empresa de publicidad en la que se mueven y se agitan los agentes publicitarios. M. Bouet describe de la manera siguiente el proceso de transformación del deporte en una vasta *maquinaria publicitaria* cuyo objetivo consiste en ofrecer como espectáculo unas mercancías: «paneles publicitarios que rodean estadios y campos de juego, camisetas de colores recargadas con nombres de firmas comerciales de toda clase, caravanas publicitarias que preceden el Tour de Francia son fenómenos en los que se piensa de inmediato. Pero hay más aún: equipos deportivos son

---

60 GERARD ALBOUY, «*Volley-ball: Made in Japan*», en *Le Monde* deI 23 de diciembre de 1972.

61 J. MEYNAUD. *op. cit.*, p. 39.

62 Para un análisis de la publicidad gracias al fútbol, cf. G. VENNAI. *Fussball-sport als ideologie,* Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt am Main, 1970, pp. 53 y ss.

presentados con el nombre de una firma, de la que se convierten en verdaderos representantes comerciales. Y señalemos todavía: la publicidad efectuada para un producto por una estrella de la jornada a la que, por ejemplo, se ha fotografiado como por azar a punto de beber el liquido que hay que anunciar. O bien los trofeos y Oscars ofrecidos a tal o cual héroe deportivo de la actualidad y cuya entrega da lugar a la difusión. Y están todavía los trofeos puestos en competición por firmas comerciales, el patrocinio de las carreras, etc. Una empresa organiza cursillos en beneficio de unas esperanzas deportivas; otra otorga subvenciones: ayudando al deporte se conjuga la simpatía y la clientela de los deportistas practicantes, seguidores, espectadores... Incluso simples dorsales que incluyen la etiqueta de un alimento o de un agua constituyen una publicidad eficaz en cuanto a sobriedad poco onerosa».[63]

El más importante aspecto de la publicidad deportiva es la utilización de las competiciones deportivas con fines comerciales. La caravana publicitaria del Tour de Francia es su ejemplo más típico y ofrece la imagen de una verdadera «feria comercial», según la expresión de J. Meynaud, en la que la competición deportiva está totalmente subordinada a la competencia publicitaria y no es generalmente sino un simple pretexto de la misma. A propósito del Tour de Francia, M. Castaing ha señalado cómo el propio desarrollo de la prueba, su disposición, su ritmo, su funcionamiento «deportivo», en suma, estaban subordinados a las necesidades de asegurar la presencia permanente de signos publicitarios; en resumen, cómo el ritual deportivo del ciclismo profesional dependía estrechamente de los mecanismos de promoción publicitaria. Así, escribe: «en esa sociedad (el Tour de Francia), el sector privado adquiere una importancia determinante y se llega a sentir, a todo lo largo de estos veinte días de carrera, que *todo estaba ordenado en función de los imperativos publicitarios.* Fue imposible escuchar un tiempo de recorrido, un nombre de corredor o ver un *sprint* o una entrega de recompensa sin que hayan estado estrechamente asociados con un anuncio, una inscripción, un gallardete que no ponderasen tal o cual mérito comercial».[64]

Pero el aspecto más típico y más importante del proceso es la utilización de los propios deportistas, en tanto que soportes y agentes publicitarios. Los campeones se ven transformados en simples testaferros de firmas, en el límite mismo de los hombres sándwich. Este fenómeno, existente hoy en todos los deportes de masas, es por supuesto el más frecuente en los deportes oficialmente profesionales. En este negocio, el deportista no es ya sino un signo para determinadas mercancías a las que representa. Es una soberbia fluorescencia del valor mercantil de determinados productos que se benefician imaginariamente de sus eminentes cualidades (resistencia, agilidad, vitalidad, etc.). Inversamente, el campeón, en tanto que *«máquina de producir resultados»* es deudor, en los logros «de los resultados» intrínsecos, de los productos que consume o que insta publicitariamente a consumir (botas, productos alimenticios, bebidas, objetos diversos, etc...). Por lo tanto, los resultados deportivos y los resultados mercantiles se hallan estrechamente ligados, encarnados en la figura del campeón, con quien se intenta asociar publicitariamente toda clase de bienes de consumo, corriente o no, con el fin de beneficiarse al máximo de la *«deportividad»*, nuevo fluido milagroso. En efecto, ni siquiera cuentan los productos, bienes, mercancías, etc., a los que la publicidad añade la etiqueta «deportiva». *El propio consumo se ha vuelto «deportivo».* La publicidad presenta no sólo a los campeones como grandes consumidores, sino «pone de moda» también los artículos deportivos, aquellos que gozan de su favor, a tal punto que existe hoy una distinción publicitaria muy clara entre las cosas y los productos según su grado de «deportividad» (coches, vestimentas, zapatos, utensilios diversos, cortes de pelo, siluetas, modos de andar, cigarrillos, técnicas sexuales, etc.), incluso cuando esta «deportividad» no tenga mucho que ver con el deporte. Como observa Lucot: «Algunas industrias alimenticias o laboratorios farmacéuticos lanzan productos anodinos (o a veces nocivos) de cualidades deportivas. Así, "la cerveza de los deportistas" es una expresión que sorprende a los numerosos dietistas que desaconsejan esta bebida. Expresiones como la vitamina del esfuerzo, de la "recuperación" no significan en definitiva gran cosa para el médico».[65] ¡Poco importa!. Lo esencial del mecanismo de la publicidad en el deporte y por el deporte consiste en *establecer una cadena de asociaciones significativas entre los campeones y las mercancías,* en exponer al campeón como una mercancía entre otras mercancías, en reducir en definitiva al deportista a un soporte de mercancías que, así, serán mejor vendidas. El propio deportista se convierte entonces en una especie de cosa publicitaria que consigue venderse mejor, facilitando la venta de todo objeto posible. Como lo señala Michel Legris, «el campeón sirve de trampolín publicitario para determinada marca de zapatillas de deporte o botas de esquiar;

---

63 M. BOUET, *op. cit.*, p. 609.
64 *Le Monde* del 20 de julio de 1971.
65 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 43.

se convierte en el hombre sándwich de una variedad de agua mineral. Más simplemente, su presencia basta a veces para atraer al público a una manifestación deportiva. Los organizadores le abonarán una prima por poder incluir su nombre en el cartel. Finalmente, en el límite, una firma industrial, aun cuando sus productos nada tengan que ver con el deporte, puede ofrecer un puesto ventajoso a un internacional célebre. Es una cuestión de categoría y de prestigio comercial».[66]

En nuestros días, *la ósmosis entre el deporte y la publicidad* es tal que muy a menudo el deporte no es más que un simple pretexto para exhibiciones publicitarias. Y esto se confirma en todos los niveles, incluso en los escolares, universitarios o militares del sistema deportivo. Por otra parte, no es el caso de deplorarlo *un abstracto* o de indignarse muy en especial, ya que la invasión del deporte por parte de la publicidad no es sino la consecuencia de la intrusión del capitalismo monopolista de Estado en el sistema deportivo, que, así, se ha convertido en un sistema de combinaciones, intercambios, servicios, prestaciones publicitarias de toda clase (entre firmas, entre campeones, entre organismos diversos, etc.). «En un mundo en el que finalmente todo se establece en dinero y en el que el aspecto de la ganancia sigue siendo el motor de las iniciativas económicas, difícilmente es concebible —afirma Meynaud— que el deporte escape a la tendencia general. En realidad, no se ve por qué la publicidad, que ha abarcado uno tras otro a todos los sectores de la vida social, tendría que evitar el de la actividad deportiva».[67]

6. LA BOLSA DE CAMPEONES: EL MERCADO DE LOS VALORES DEPORTIVOS

En un sistema capitalista en el que todo adquiere visos de mercancía, los propios atletas, acabamos de verlo, no han tardado en transformarse también en mercancías vivientes, en objetos de transacciones comerciales o de operaciones publicitarias; en resumen, en valores deportivos sometidos al fetichismo generalizado de la mercancía, que se ha apoderado de toda la sociedad.

El aspecto más visible de este fenómeno de fetichismo mercantil en el deporte está constituido por la *bolsa de valores deportivos*, que atañe no sólo al deporte profesional, sino a todo el deporte de alta competición. En efecto, en el mercado deportivo, los deportistas están integrados a la circulación de mercancías y de dinero, cuyas fluctuaciones experimentan a través del juego de compras, transferencias, ventas, retribuciones por carreras, primas por partido, etc. En este mercado, las empresas deportivas —ya lo hemos visto— conciben conscientemente su negocio deportivo como un negocio capitalista en el que los deportistas, a quienes emplean a título de asalariados, forman parte de su capital humano, al que se trata de valorizar mediante diferentes operaciones de inversión, de transferencia, etc. Por ello, los deportistas se ven reducidos entonces a no ser mas que simples «títulos», valores en bolsa cuya cotización es variable y a la que se puede hacer fructificar en el mercado del capital deportivo.[68]

Por consiguiente, el mercado deportivo no es fundamentalmente diferente de todos los otros mercados. Esto es lúcidamente verificado por M. Clouscard al afirmar que el deportista es como «una mercancía que puede venderse al mejor postor. En consecuencia, la administración de un club profesional se reduce a una adecuada dosificación entre compras y ventas, inversiones y liquidaciones. No existe ninguna diferencia esencial con la administración de una empresa comercial».[69] Si no existe diferencia esencial, ello se debe a que las empresas deportivas adquieren a los deportistas en el mercado, en función de su valor mercancía, exactamente igual a como las empresas comerciales adquieren las mercancías en función de su precio.

Este fenómeno, que se ha instaurado en todos los deportes, culmina actualmente en el fútbol.[70] Como afirma Y. Brossard, tomando un ejemplo entre muchos otros, «un aficionado del Lens es comprado en 30,000 francos nuevos. Poco después de su perfeccionamiento y valorización es vuelto a comprar por 150,000 francos nuevos por un gran club profesional»[71]. Este tráfico, este mercado negro y dorado de los jugadores, obedece a las leyes económicas de la oferta y la demanda que regulan todos los mercados de régimen

---

66 *Le Monde* del 8 de agosto de 1967.

67 J. MEYNAUD, *Op. cit.*, p. 44.

68 *Le Monde* del 3 de agosto de 1974 señala por su parte que «los corredores no son considerados sino como hombres sándwich a los que se puede despedir a partir del momento en que ya no resulten rentables».

69 M.CLOUSCARD, *op. cit.*, p. 128.

70 Cf. el articulo de G. ALROUY «La Cote du Sportif», *Le Monde* del 28 de junio de 1972.

71 Y. BROSSARO, *Vues chrétiennes sur le sport*, Flammarion, Paris. 1961, p. 54.

capitalista. El mismo se inscribe, sobre todo, en los esfuerzos de rentabilidad financiera y comercial de los clubes, aficionados o profesionales, que procuran valorizar la cotización mercantil, publicitaria y comercial de su equipo y que, por lo tanto, investigan en el mercado de los jugadores, el cual, por otra parte, tiende cada vez más a convertirse en internacional. Así, pues, como muy bien lo explica H. Lucot, «para aumentar el valor mercancía y sobre todo la eficacia de un equipo se adquiere jugadores. Mientras que, para cubrir sus déficit, las pequeñas sociedades preparan "esperanzas" que después serán vendidas. Así es como se crea un mercado nacional e internacional... El tráfico no evita a los menores... Estos se verán sometidos hasta su retiro a las leyes de la oferta y la demanda».[72]

En el mercado deportivo, los valores deportivos mercantiles de los jugadores y atletas se ordenan jerárquicamente. La bolsa de valores deportivos consagra una jerarquía de la reputación y del prestigio de los diferentes campeones. Por otra parte, esta reputación es ratificada por una especie de competición paralela que viene a sumarse a la competición deportiva propiamente dicha y que constituye su culminación. Se trata de las múltiples variedades de los «concursos del mejor atleta», calcados del modelo de los concursos de belleza para mujeres o de musculatura para hombres: atribución de estrellas deportivas a los mejores goleadores, trofeo a los mejores esquiadores, palmarés para la más hermosa proeza deportiva semanal, cuadros de honor para los mejores resultados, copas y clasificaciones diversas, encuestas acerca del mejor atleta del mundo, etc. Así, pues, el valor deportivo es expresado aquí directamente por la opinión pública, que funciona como jurado permanente.

Otro modo de comprobación y de sanción del prestigio deportivo es el proporcionado por el «precio» del deportista en el mercado. El valor mercancía deportivo de un atleta o de un jugador de renombre puede hallar de inmediato su traducción monetaria (sea en el caso de una operación de compra o de venta, sea en el caso del precio a pagar para obtener su participación en una prueba deportiva dada). Y la propia gradación de esta traducción monetaria refleja la escala de los valores.[73]

Estos valores y esta jerarquía deportivos no son fijados arbitrariamente, sino que traducen una realidad social importante en el deporte: la popularidad, la celebridad, la reputación. Tal como para los artistas, el valor de los deportistas depende, en efecto, en nuestra sociedad, de la opinión pública, en el sentido de que el valor es establecido en función de la capacidad de los campeones (al igual que en el caso de los artistas) para atraer a los espectadores o más simplemente de «garantizar un público» en oportunidad de las manifestaciones para las que son comprometidos. *En resumen, el valor mercancía deportivo de un campeón es inmediatamente expresado por su notoriedad pública, que él se afana por valorizar y del que quiere sacar el mayor partido.*[74] Una de las motivaciones ideológicas más poderosas de la competición deportiva es por otra parte, la búsqueda de esta notoriedad (gloria, renombre, éxito, prestigio, etc.). En efecto, ser conocido es un poderoso estimulante individual y colectivo. Y también sobre esta notoriedad especulan la publicidad y la promoción-prospección deportivo-comerciales, que se esfuerzan en la actualidad por convertir el valor deportivo en valor monetario, gracias a la cotización de los campeones en el mercado de los resultados. Así, pues, en nuestros días, el valor de los campeones es esencialmente medido por la circulación de la moneda. Tal como señala O. Albouy: «en una época no tan lejana, el valor de los campeones se media sobre todo con un centímetro o

---

72 H. LUCOT, *op. cit.,* p. 40. Acerca de todos estos aspectos, cf. P. GEORGES, *Champions á vendre*, CalmannLévy, París. 1974. A propósito del mercado de los deportistas, *Le Monde* del 4 de mayo de 1973 señala que «se crea entonces una especie de mercado de jugadores que, evidentemente, obedece a una determinada lógica económica. Los clubes más ricos se enriquecen y los más pobres se empobrecen, al punto que el campeonato de Francia parece un evento compartido entre algunos grandes equipos y la masa de los restantes. El dinero está de por medio, y he aquí que llega la generación de los jugadores de rugby pagados para jugar al rugby, el tiempo de las primas por partidos...». Sobre este tema, cf. asimismo BERO RIGALJER. *Sport und Arbeit, op. cit.,* pp. 58 y ss., y O. VINNAI. *Fussball-sport ais Ideologíe, op. cit.,* pp. 40 y 55.

73 Así, en ciclismo, «para conseguir al número 1, Eddy Merckx, hay que pagar 10,000 francos o más. Para conseguir al penúltimo del Tour de Francia, entre 400 y 600 francos. Todo incluido» (P. GEORGES, *Champion á vendre, op. cit.*. p. 69). Igualmente, en tenis, «los jugadores no se andan con chiquitas a la hora de sobrepujar ante los organizadores de torneos. La ley de la oferta y la demandase manifiesta de lleno y existe una verdadera tarifa entre los jugadores aficionados. Es sabido que Manuel Santana costaba 1,000 dólares semanales (5,000 francos); Roy Emerson y Cliff Drysdale, 900 dólares, y John Newcombe. 700». Así, pues; se opera espontáneamente una clasificación de los valores mercantiles deportivos.

74 Cf. la verificación de RENAUD DE LABOROERIE: «porque, finalmente, lo que cuenta es saber evaluar el precio del esfuerzo de los campeones.» (Prefacio al libro de P. KATZ y M. JOUANEN *Le sport el l'argent, Op. cit.,* p. 5).

con ayuda de un cronómetro. Para seguir al deporte a escala planetaria bastaba con saber convertir yardas en metros. En lo sucesivo resulta necesario interesarse más en la circulación del dólar, el marco, la libra e incluso los pesos si se quiere entender el fenómeno deportivo».[75]

Un buen ejemplo de la conjunción entre el valor deportivo y el valor mercancía de los atletas de alto nivel (o de los campeones) nos es ofrecido por el caso del esquiador francés J.-C. Killv. Este ha sabido extraer las conclusiones prácticas del vinculo-traducción que existe, a nivel de la bolsa de campeones, entre el valor deportivo (celebridad) y el valor comercial (precio) de un nombre de estrella.

En una entrevista a Killy, F. Janin relata cómo se efectúa el proceso de comercialización de un nombre deportivo célebre, que se convierte en un «producto de notoriedad, una marca publicitaria». Killy, ya célebre, montó una empresa comercial nacida de la explotación de su nombre en tanto que valor mercancía: «yo vendo Killy por la mañana, a mediodía, a la tarde y durante la noche; por otra parte, Killy se vende muy bien, y ello me satisface.» Killy está ligado a la General Motors por contrato (250,000 dólares) y también al fabricante americano Head, que realiza la mayor cifra en negocios de esquí en el mundo. Existen asimismo cascos Killy, guantes, pantalones, anoraks, botas, calcetines, gafas Killy, etc. Por otra parte, su nombre no sólo es explotado en los Estados Unidos, sino también en muchos otros paises, especialmente en Japón, adonde existen relojes Killy, tejidos KiIly, etc.[76].

Esta tendencia a la explotación comercial del valor mercancía de los campeones y las estrellas deportistas se ve acentuada en nuestros días y acaba culminando en una empresa específica: *«el profesionalismo del profesionalismo»*, que en realidad apunta a hacerse cargo de manera eficaz del mercado de los valores deportivos, la bolsa de campeones. Esta empresa se ha desarrollado en los Estados Unidos a impulso de un hombre de negocios: McCormack, E. Constant nos explica que, poniendo a punto el funcionamiento de esta institución hiper-capitalista, este empresario «organizó el profesionalismo en el deporte en segundo grado. Supo entender todo el partido que puede extraerse en el campo comercial de la gloria vinculada al nombre de los campeones». En la era de la publicidad capitalista, McCormack se apropió de la ocasión de «utilizar las inmensas posibilidades de explotación de un nombre y de una reputación», según sus propias declaraciones. Tras comprender la importancia del valor mercancía añadido al nombre de los deportistas de alta competición, McCormack se ofrece desde entonces a garantizar a sus «clientes» «una mejor rentabilidad de la explotación comercial de su nombre». Desempeña entonces, de alguna manera, el papel de un intermediario publicitario que detenta un porcentaje de todas las operaciones comerciales que concierta para sus clientes y que especula en base a la celebridad de los deportistas en el mercado: «Mi interés coincide con el suyo —comenta McCormack—, que es la conquista de la celebridad». A partir de aquí se monta un trust combinado cuyo objetivo es, en base a la colaboración entre los «aportadores de resultados» y los «aportadores de capitales», ganar la celebridad, y luego, venderla al mejor precio en el mercado mundial. Se trata de una división del trabajo en la revalorización del capital deportivo. Unos «producen» mediante sus resultados la celebridad, el renombre, el prestigio, y los otros los «distribuyen» y los venden. Por lo tanto, en el deporte se reproduce la estructura existente en el mundo de los negocios: la división entre el capital industrial y el capital comercial. Este capital comercial, en tanto que intermediario, se encarga de la investigación de mercado y de dar salida a las mercancías deportivas producidas industrialmente. Por su parte, McCormack se esfuerza en la investigación del mercado deportivo y por revalorizar nombres. «En la medida en que un deporte como el fútbol tiene una audiencia mundial, busco un Pelé de veinte años. A este fenómeno le garantizo más dólares de los que se atrevería a imaginar».[77]

McCormack, apoyándose en las leyes del mercado, se apropia entonces de las razones del éxito publicitario y financiero de las estrellas deportivas: su valor mercancía entre las masas. Así, pues, su papel de intermediario, de empresario deportivo consiste en revalorizar el real valor mercancía de los campeones, algo

---

75 *Le Monde* del 28 de junio de 1972.

76 F. JANIN, «*Killy vend du Killy, ou la réussite commerciale d'un champion olympique*», en Le Monde del 6 y del 7 de abril de 1969.

77 E. CONSTANT, «La vateur marchande des champions vue par un homme d'affaires américain», en *Le Monde* del 11 de septiembre de 1969.

que con suma frecuencia estos últimos ignoran. «Un ciclista como Jacques Anquetil no tiene en realidad —afirma— sino una idea muy aproximada de su real valor mercancía».[78]

El lenguaje deportivo totalmente cosificado refleja por entero este proceso mercantil en el que las cosas y los hombres son evaluados en la atmósfera glacial del cálculo capitalista motivado por el afán de lucro. En el número de un periódico deportivo de gran tirada puede leerse un articulo edificante al que se podría creer extraído de una revista especializada en economía. Este articulo, titulado «La bolsa de valores», merecería ser citado *in extenso,* a tal punto confirma nuestros análisis. «Las últimas jornadas en la bolsa de la división II (de fútbol) provocaron un alza inesperada de valores hasta aquí poco cotizados y, además, el volumen de las transacciones aumentó con toda claridad. Aparentemente, ningún elemento excepcional podría justificar este verdadero *boom* ni provocar semejante reactivación y, sobre todo, la reactivación de todos los operadores del mercado».[79] Se creería estar leyendo un comentario de los especialistas de la Bolsa de París. Y esto continúa. Se explica así cómo el movimiento de títulos, valores y bonos del tesoro deportivo se desató repentinamente; las acciones en alza de Toulouse, que constituían hasta aquí una muy buena inversión del capital bancario humano, cayeron por debajo de su valor habitual, mientras que en el plano general se registraba una «hinchazón» de las transacciones. «El análisis de los valores después del cierre semanal de la bolsa permite una nueva clasificación que, por asombroso que parezca, no por ello deja de ser apasionante».[80] Y el periódico señala entonces a la «OPA», lanzada por el club Paris-St. Germain sobre el liderazgo de la sección B y provocada por el estancamiento del Red Star, «un valor que hacia las delicias de sus tenedores hasta el día en que unos negocios desgraciados a través de Francia lo hicieron bajar hasta dejarlo fuera de cotización».[81] Contrapuestaniente, Paris-St. Germain, club que no figura sino desde hace muy poco tiempo en bolsa, se revela como un negocio floreciente impulsado por un «nuevo agente de cambio». Este, actualmente en los Estados Unidos, no desespera de hallar «capitales nuevos que permitan la participación en los beneficios de chilenos o de sudamericanos». «Esta acción PSG tiene que figurar en toda cartera de tenedores que jueguen al alza».[82] Y suma y sigue. Hay que señalar que la homología de vocabulario (hasta en los detalles) no es únicamente formal y gratuita, sino que refleja muy precisamente la adecuación del vocabulario financiero para describir la actividad de los clubes deportivos profesionales que funcionan en efecto como empresas de accionistas. Confirma incluso la cita en la que se hace referencia a ese famoso «bono», es decir, a ese punto suplementario otorgado a los equipos que marcan al menos tres tantos, y esto con el fin de favorecer la ofensiva que se pierde en Francia. «El bono otorgado esta temporada tiende a convertirse en una renta de rendimiento medio, sin duda influido por el titulo Pinay».[83] Más allá de un cierto ejercicio de estilo periodístico se advierte que el deporte profesional está en efecto integrado en los ciclos de rotaciones y de revalorizaciones del capital y que el capital-jugador constituye verdaderamente un capital determinado por títulos y valores en bolsa.

---

78 *Ibidem.* Respecto a la utilización publicitaria de la reputación de los campeones, mencionaremos brevemente los consejos suministrados a los empresarios por la revista económica francesa *Enrreprise* del 10 de marzo de 1972 («Peut-on rniser sur le sport?»). «La publicidad deportiva puede ser aplicada a todos los productos de consumo —desde el automóvil hasta los quesos frescos—, en la medida en que la pasión deportiva es uno de los elementos fundamentales de nuestras costumbres». En consecuencia, firmas muy conocidas invierten en publicidad mediante el deporte: así. lgnis financia equipos de básquet. boxeadores, escuderías ciclistas, etc. He aquí una muestra de los consejos para promoción: a) «Elegir un deporte que encaje con vuestro mercado o con vuestra imagen de marca.'> Por lo tanto, se trata de elegir preferentemente un «deporte suficientemente popular para obtener una amplia cobertura publicitaria. El ciclismo es uno de ellos». Resultado: Peugeot. Gitane, HP, Faema, Bic, etc. En resumen, toda una serie de grandes empresas capitalistas se han lanzado a invertir en la competición deportiva; b) «Esforzarse por apostar al campeón». «Subvencionar un equipo de fútbol rezagado en los últimos puestos de Primera División no resultaría nada deseable. Situar su nombre en el pantalón de un boxeador que en el transcurso de un campeonato de Europa dará con su nariz en la lona al tercer golpe constituye un incidente lamentable». Queda comprobado que el capital, fiel a sus opciones ideológicas elitistas, suele elegir el buen caballo, aquél del que está seguro que restituirá al menos la suma invertida.

79 *L'Equipe* del 2 de octubre de 1973.

80 *Ibidem.*

81 *Ibidem.*

82 *Ibidem.*

83 *Ibidem.*

VI. LAS FUNCIONES SOCIOPOLITICAS DEL DEPORTE DE COMPETICIÓN

1. **INTRODUCCION**

Aun cuando la ideología deportiva oficial afirma sin cesar no únicamente el apoliticismo real del movimiento deportivo, sino incluso la voluntad de apoliticismo de sus dirigentes, la realidad efectiva de la práctica institucional del deporte demuestra, por e] contrario, que el deporte está estrechamente imbricado con la política y las actividades del Estado. Como lo afirma Alex Nathan: «mientras que el movimiento deportivo occidental rechaza que el deporte tenga motivos ideológicos e insiste de manera reiterada en su naturaleza no política, el deporte comunista confiesa sin hesitar su carácter político».[1] Ocurre que ambas posiciones son igualmente falsas. El deporte «occidental», es decir, capitalista, niega la realidad misma de la política infiltrada masivamente en el aparato deportivo y clama de alguna manera por su «inocencia» política, mientras que el deporte comunista, es decir, el de una realidad staliniana o neostaliniana, afirma objetivos políticos que tampoco existen: la paz, la libertad, el socialismo. En los países «socialistas» del Este, la paz es la paz de los campos de concentración o del valium 10 administrado en altas dosis a los opositores «paranoicos con ideas calenturientas de reforma», la libertad es la libertad bajo la dictadura de la burocracia de la NKVD, y el socialismo, finalmente, es la feroz explotación de la clase obrera (Berlín 53, Budapest 56, Polonia 70, Praga 68) y la opresión de las minorías nacionales (tártaros, judíos en la URSS, etc.). Ambas tesis son igualmente falsas, porque no establecen realmente el puesto del deporte en la política e, inversamente, el papel de la política en el deporte. Si el deporte no puede ser neutro, como lo afirmaba muy justamente N. Nitschke, ello se debe a que está determinado, por una parte, por la estructura de las relaciones de producción, y por otra, porque forma parte objetivamente del aparato de Estado en tanto que aparato ideológico del Estado.

La politización del deporte existe desde los juegos olímpicos antiguos, en los que las ciudades rivalizaban en prestigio en una especie de *potlach* deportivo. Como lo señala con humor Mc Intosh, resulta «dudoso que el carácter no político del deporte haya sido verdadero alguna vez desde el momento mismo en que Pelops venció a Enomaos en una carrera de carros y se apropió de su reino como recompensa».[2] Y este autor recuerda que «debe haber sido ciertamente así cuando Esparta utilizó sus victorias en los juegos olímpicos como pruebas de su vitalidad y su prestigio, o cuando los preocupados gobernantes de Roma ofrecieron facilidades para el entretenimiento deportivo, o cuando se suprimió el fútbol en Inglaterra en favor del tiro al arco, o cuando el gobierno nazi utilizó los juegos olímpicos de 1936 con fines políticos, o cuando el gobierno inglés envió a Roger Bannister en gira de propaganda a los Estados Unidos después de que hubiese corrido la milla en menos de cuatro minutos».[3]

En el capitulo dedicado a deporte y política, M. Bouet distingue tres niveles en los que una determinada función política penetra en el deporte. El primer nivel es el de la *política interna del deporte.* De alguna manera se trata de la lucha de clases en miniatura en el aparato deportivo, en el que, como afirma Bouet: «el juego de rivalidades, de luchas por la influencia, de artimañas y de intrigas surge cuando ellos (los deportistas) se enfrentan en la administración de los negocios de su club; y, más aún, estos fenómenos de cariz político penetran el medio de los dirigentes, así se trate, por lo demás, a escala de comités, de clubs o bien a la de federaciones nacionales, federaciones internacionales, comités olímpicos nacionales o Comité Olímpico Internacional».[4] El segundo nivel es el de *aplicación del deporte afines de política interior* (local o nacional). Se trata, aquí, de la utilización consciente de la propaganda que hacen los partidos en favor de una determinada forma de deporte, en lo que el Partido Comunista Francés es maestro consumado (cf. el programa común). Así es como la mayoría de clubes son objeto de una demagogia electoral por parte de los partidos de los notables locales. Tal club está considerado «de izquierdas», otro pasa por gaullista y otro, finalmente, parece hallarse bajo el control del obispado, etc. El último nivel es el de la política internacional. Pero M. Bouet, debido a su propio punto de vista fenomenológico, no puede ofrecer una caracterización política correcta del deporte actual. El deporte, para él, continúa siendo una esfera neutra y relativamente autónoma. Nosotros, por supuesto, partimos de un punto de vista diametralmente opuesto.

---

1 A. NATHAN, *Sport and Society,* Bowes and Bowes, Londres, 1958. p. 54.
2 P. C. Mc INTOSH *Sport in Society,* Watts. Londres. 1963, p. 9.
3 *Ibidem*. p. 9.
4 M. BOUET, *op. cit.*, p. 577.

2. LAS FUNCIONES POLITICAS EXTERNAS DEL DEPORTE

a) Deporte y coexistencia pacifica: el papel diplomático del deporte

La actividad deportiva mundial es inseparable de la política de *«coexistencia pacifica»* que maquinan desde hace más de veinticinco años las superpotencias imperialistas, capitalistas, capitalistas burocráticas de Estado y stalinianas, especialmente los Estados Unidos y la URSS, así como, desde hace tres altos, la China comunista de Mao, que, pese a sus declaraciones de intenciones, se ha insertado hábilmente en el juego de las grandes potencias gracias a la «diplomacia del ping-pong». El deporte mundial se ha convertido incluso en *la ideología tipo de la coexistencia pacífica* «entre Estados con regímenes sociales diferentes», según la fórmula imaginada por N. Kruschev. Como, en efecto, lo dice muy bien U. Prokop: «El deporte se inserta en las condiciones políticas estabilizadas del capitalismo avanzado y de la coexistencia pacífica».[5] El propio deporte sirve para la consolidación de esta coexistencia pacífica, periódicamente amenazada e incluso socavada por la política del «tigre de papel» americano o del «oso de cartón piedra» ruso. La participación de la URSS de Stalin en los Juegos de Helsinki en 1952, un alto antes de la muerte del «genial padrecito de los pueblos», el «gran guía del proletariado mundial», y casi diez años después de la disolución de la Internacional Comunista (1943), señaló el comienzo realmente mundial del fenómeno deportivo y de la organización deportiva internacional. El olimpismo encontraba su consumación universal mediante la reconciliación deportiva de los dos grandes «hermanos enemigos» alrededor de un «ideal común». Como dice Y. Adam: «esto modificó muy sensiblemente la fisonomía del deporte mundial y devolvió al olímpico un nuevo vigor».[6]

La colaboración de la URSS al deporte en plena guerra fría, inmediatamente después de la guerra de Corea y del bloqueo de Berlín, permitía, por una parte, el deshielo de la situación mundial, gravemente comprometida, y fue, por otra, el medio para otorgar nuevo impulso al progreso deportivo de la humanidad. Esta «entidad trascendente» que debería ser el deporte mundial se convirtió en uno de los temas más sólidos de la colaboración internacional de la URSS «al progreso del conjunto de la humanidad», tal como lo subraya J. Rouyer, uno de los teóricos deportivos del Partido Comunista Francés. «La entrada en escena de la URSS en 1952 es un factor importante del progreso cualitativo y cuantitativo de la práctica deportiva mundial»,[7] escribe Rouyer.

A medida que la URSS se comprometía cada vez más claramente en la estrategia del «socialismo en un solo país», que tenía como consecuencias la búsqueda del mantenimiento del *statu quo* y la colaboración con los países capitalistas, se acentuaba la integración de la burocracia en el sistema imperialista mundial; paralelamente, la URSS se comprometía en la vía de la colaboración con las estructuras deportivas internacionales que, como lo subraya J. Meynaud, «constituyen, en suma, los elementos de una administración mundial de la práctica deportiva».[8] Aun cuando no haya paralelismo exacto entre ambos fenómenos, la integración del deporte soviético en la realidad deportiva internacional se efectuó al mismo ritmo que las vicisitudes de la política del «socialismo en un solo país», con la secuencia, inmediatamente después de la segunda guerra mundial y después del reparto del mundo en zonas de influencia entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS, de la «coexistencia pacífica». No resulta, por lo demás, azaroso el que, después de 1945, después del acuerdo estratégico mundial con el imperialismo, la URSS haya procurado reintegrarse en las federaciones deportivas internacionales.

En nuestros días, la práctica mundial del deporte representa la colaboración conjugada entre el imperialismo y la burocracia del Kremlin y los países del Este en el marco del *statu quo* internacional. El deporte es el «lenguaje universal de la comprensión entre los pueblos» y las competiciones deportivas contribuyen a «favorecer la paz». En resumen, el deporte atestigua perfectamente la posibilidad de confrontaciones pacificas entre los países. Como declaraba N. Kruschev a los participantes de los XVIII Juegos Olímpicos:

---

5 U. PROKOP. *op. cit.*, p. 99.

6 Y. ADAM, «Les activités physiques á I'école es á l'université. Aspects de I'école Soviétique», *Bulletin de la commission de l'enseigneinent de l'association FranceURSS*, núms. 1-2. 1967, p. 5.

7 J. ROUYER, «Recherches sur la signification humaine du sport es du loisir», en *Recherches internarionales a la lumiere du marxisme, op. cit.*, p. 62.

8 J. MEYNAUD, *op. cit.*, p. 77.

«los encuentros entre deportistas de distintos países contribuyen al acercamiento de los pueblos, jugando así un importante papel en la consolidación de la paz general».[9] Fortalecidos por esta autoridad, los comunistas franceses no dejaron de convertir este principio en su carta teórica y política. «A escala mundial —escribe Rouyer—, el deporte se vuelve una práctica universal; la importancia y la difusión de los juegos olímpicos así lo atestiguan. Cada hombre se siente tocado por el resultado deportivo. Actualmente, tales juegos, *en el morco aceptado de la coexistencia pacífica,* contribuyen a la paz mundial ya la fraternidad mundial».[10] Por consiguiente, cl deporte se ha convertido en la imagen perfecta de la real cooperación pacífica internacional y nacional entre las clases, así como en un desafió para la confrontación pacífica entre Estados con regímenes sociales diferentes. Escuchemos todavía al dirigente comunista francés Waldeck Rochet: «desde ahora, en la escena deportiva mundial se dan cita atletas de los países capitalistas, de los países socialistas y también de los países recientemente independientes que, por primera vez, van a confrontar sus jóvenes fuerzas con las de los países cuya vida deportiva cuenta con mayor tradición».[11] Paralelamente, el Partido Comunista Francés hacia suya toda la ideología ilusoria de la fraternidad de los pueblos a través del deporte. Como lo afirmaba Y. Adam: «el deporte, que es ya un lenguaje internacional, despierta a la vida de los hombres, a la amistad entre las razas y los pueblos».[12]

El Partido Comunista Francés, al igual que la mayoría de los aparatos ideológicos de Estado, hacia suya la idea de un progreso de la humanidad gracias al deporte en el marco de la coexistencia pacífica. El deporte permitirla a la humanidad no sólo medir la constante alza de sus progresos físicos y morales, sino incluso agruparse en unas unidades pacíficas cada vez mayores, un poco a la manera del mito freudiano de Eros, unificando, como en *El banquete,* de Platón, unas células sociales cada vez más amplias. «Queda por decir —continúa todavía J. Rouyer— que los juegos olímpicos son, incluso indirectamente, el reflejo de nuestro mundo, de los progresos de nuestro mundo. Ante todo, los juegos existen y testifican así *la realidad de la coexistencia pacífica;* las tres fechas sin juegos son significativas: 1916, 1940 y 1944. Luego, la participación no deja de ampliarse: 115 países en 1968, contra 85 países en Roma en 1960 y 70 países en Helsinki en 1952. Estas cifras ilustran los progresos de los movimientos de liberación nacional. La ausencia de China es tanto consecuencia de la política del imperialismo como de la línea política equivocada de los dirigentes chinos; la de África del Sur es una victoria de las fuerzas progresistas y antirracistas. Finalmente, los juegos olímpicos, en su propio contenido, traducen los progresos del proceso de democratización de la cultura».[13] En resumen, los ideólogos del Partido Comunista Francés justifican de manera totalmente acrítica la ideología del progreso deportivo y cultural de la humanidad, que se expresaría mediante los progresos de la participación de las fuerzas populares nacionalistas y progresistas en los juegos olímpicos. Estos serían, de alguna manera, el *barómetro* político y cultural de la paz mundial y de la coexistencia pacífica, el reflejo de la voluntad de progreso de la humanidad. Esta concepción es asimismo la de los modernos discípulos de Coubertin. Así, R. Maheu escribe, en el *Correo de la Unesco:* «si en Coubertin existe una profunda constante en cuanto a su concepción humanista del deporte..., se trata de la doble convicción de que el deporte es democrático e internacional por naturaleza y por vocación. Medio siglo de extraordinario desarrollo del deporte le ha sabido dar magníficamente razón en ambos puntos, y esto supone el cumplimiento de su palabra y el triunfo de su espíritu».[14] En suma, el deporte implicaría, debido a su propio desarrollo, el progreso de la paz y la derrota de las fuerzas reaccionarias. El símbolo mismo de los juegos, las palomas de la paz, seria el símbolo del deporte democrático. Así, el Partido Comunista Francés incluye en su proyecto de programa sobre el deporte: «los juegos olímpicos engrandecen y otorgan una dimensión mundial a las luchas de los hombres por el progreso... La importancia del mundo socialista, el acceso a la independencia de los países antiguamente colonizados, ilustrado con brillantez por su participación en los Juegos de México; la fuerza de la política de coexistencia pacífica, favorecen y aceleran estas tendencias naturales. Independientemente de los campeonatos continentales y mundiales en las distintas disciplinas, y aun cuando no abarcan en absoluto a

---

9 Citado por J. MEYNAUD. *op. cit..* p. 238.

10 J. ROUYER, *op. cit..* p. 62.

11 *Discours de Vitry* del 27 de septiembre de 1964.

12 Y. ADAM, «Sport et société», en *Activités physiques. éducation et sciences humaines,* Cahiers du Centre d'études es de recherches marxistes, núm. 43. p. 83.

13 J. ROUYER, *op. cit..* p. 51

14 R. MAHEU, «Le sport est éducation», en *Le Courrier de l´Unesco* («Fair play, vérité du sport»»), enero de 1974, p. 7.

todos los deportes, los juegos olímpicos tienden cada vez más ala universalidad».[15] En síntesis, el deporte olímpico y mundial tenderla «naturalmente» hacia la universalidad pacífica, al igual que el socialismo sería el resultado «espontáneo» de una evolución pacífica natural, como la tendencia del peral seria la de producir peras.

En cualquier caso, los hombres políticos de las distintas potencias imperialistas jamás dejaron de alabar al deporte y sus virtudes pacificas en el momento precisamente en que sus países cometían los mayores crímenes de guerra. Así es como el presidente Eisenhower declaraba: «los juegos olímpicos, que reúnen a numerosos deportistas de todas partes de la tierra..., contribuyen a que los pueblos del mundo se comprendan mejor...».[16] A lo que respondía de manera casi simétrica su homólogo ruso, N. Kruschev: «la llama olímpica enciende en el corazón de los hombres el espíritu de camaradería..., y contribuye a la consolidación de la paz y a la comprensión recíproca».[17] Y esto justamente en el momento en que los Estados Unidos y la URSS cometían sus crímenes imperialistas: los Estados Unidos apoyando la expedición franco-británica a Suez y la URSS invadiendo salvajemente a la Hungría de los consejos obreros en *1956.*

Evidentemente, estas concepciones altamente ideológicas no cuadran en absoluto con la realidad concreta de la lucha de clases y la de los Estados-naciones. El deporte, como ideología, disfraza más o menos conscientemente la verdad de la carnicería universal, de la «jungla del espíritu» de que habla Hegel. «En una época —escribe Meynaud— que ha conocido las cámaras de gas, los bombardeos intensivos, las destrucciones atómicas y los riesgos de napalm se nos sigue alimentando imperturbablemente con las virtudes pacificadoras de la deportividad internacional, tal como se habría podido hacerlo hacia 1890 ó 1900, en vísperas de las grandes masacres de nuestro siglo. En realidad, es tan grande la distancia entre las declaraciones de los dirigentes deportivos —especialmente de los dirigentes olímpicos— y las realidades de la vida política, tanto nacional como internacional, que se podría caer en la tentación de ignorar por completo las primeras al examinar las segundas».[18]

En oportunidad de los juegos de Munich, la ideología olímpica funcionó a pleno rendimiento. Todos los países del mundo no cejaron en sus alabanzas a la «tregua olímpica», a la «fiesta de la juventud» y a la «coexistencia pacífica» a través del deporte. Así es como Alexis Kosiguin declaraba, sólo unos días antes del drama, que «el Estado soviético persigue los principios leninistas de paz y de coexistencia pacifica en política exterior y apoya a la fuerza y los movimientos que militan en pro de la comprensión mutua entre los pueblos y la paz. También los juegos olímpicos pueden servir a esta noble causa. No sólo se trata de demostrar la búsqueda de resultados extraordinarios y el espíritu *de fair play,* sino la cooperación y la solidaridad entre Los jóvenes en nombre de la paz, el progreso y la democracia».[19] En la misma época, J. Goddet. director de *L 'Equipe,* escribía: «la primera virtud del deporte consiste en establecer la paz entre los hombres y las naciones».[20] Finalmente, R. Piquet, en *L'Hurnanité,* declaraba de manera ditirámbica: «los juegos olímpicos tienen que ser la fiesta universal del deporte, testimonio y factor del progreso humano. Tienen que seguir siendo el terreno fértil para los intercambios internacionales, el campo de encuentro de la juventud del mundo, ilustración viva de la coexistencia pacífica posible entre países con regímenes sociales diferentes. Y pueden ser factor de paz, de no discriminación racial y de mejor comprensión entre los hombres».[21] Semejante unanimidad mundial resulta sospechosa y atestigua adecuadamente la virulencia de la ideología olímpica. Y manifiesta sobre todo los profundos intereses sociales y políticos que oculta esta ideología.

Desde que la República Popular China se mezcló en el concierto internacional de naciones civilizadas, la escena deportiva asistió al desarrollo de un juego a tres por intermedio de la diplomacia del ping-pong. China comunista procura hacerse reconocer diplomáticamente, por lo que envía a sus atletas y jugadores de ping-pong a que repartan «encanto asiático» por las distintas regiones del mundo. Por otro lado, la gran apertura política respecto al «tigre de papel americano» se efectuó mediante la diplomacia maoista del pingpong. La

---

15 «Le parsi communiste français et les activités sportives et physiques»», en *L 'Eco-le et la Nation,* núm. 180, junio de 1969. p. 93.
16 Citado por H. LENK, *Op. cit.,* p. 121.
17 Ibidem.
18 J. MEYNAUD, *op. cit., p.* 248.
19 *L'Humanité* del 26 de agosto de 1972.
20 *L'Equipe,* del 26 *y* del 27 de agosto de 1972.
21 *L'Humanité* del 5 de septiembre de 1972.

llegada del «enemigo número uno de todos los pueblos del mundo» (Mao), R. Nixon, fue precedida por contactos y competiciones deportivas fraternas cuyo eslogan era: «la amistad, primero; la competición, después», y se vio incluso cómo los jugadores de ping-pong chinos daban consejos amigables a sus colegas americanos. Igualmente, las relaciones con Taiwan fueron acompañadas de relaciones deportivas continuadas y estrechas (voleibol, ping-pong, etc.). Se comprende, por consiguiente, la importancia de este frente único de todas las potencias del mundo alrededor del «niño mimado» de la humanidad: el deporte olímpico y los juegos: «esta fiesta de la paz, esta gran concentración de la juventud del mundo».[22]

b) Deporte y prestigio nacional: el chauvinismo deportivo

Hemos visto ya que la competición deportiva mundial era un enfrentamiento de Estados-naciones (o de procesos de producción deportivos con tasas de rendimiento variables) en la escena internacional. La competición deportiva es primero y ante todo un enfrentamiento entre prestigios nacionales. Esta función de nacionalismo mediante el deporte ha sido en general bien analizada por los sociólogos del deporte, pero éstos no ven aquí generalmente sino una *«corrupción»* ilícita del deporte con fines nacionalistas, cuando el deporte sirve orgánicamente a los fines de los Estados nacionales. Como muy bien afirma Mc lntosh: «en la esfera internacional es donde el desarrollo moderno del deporte tiene sus consecuencias políticas más significativas».[23] Estas consecuencias son, en la era de la crisis con-junta y combinada del imperialismo y el stalinismo, la politización a ultranza por parte de los Estados que, gracias al deporte, afirman su identidad y su prestigio nacional. Como todavía continúa Mc Intosh: «los países comunistas consideran a sus representantes deportivos como emisarios políticos capaces de lograr más que los diplomáticos para la publicidad de la filosofía comunista entre aquellos que no la han adoptado. Los deportistas del Este, tanto como los del Oeste, lo quieran o no, son *embajadores* de buena voluntad y están obligados a reivindicar no sólo su propio valor, sino la ideología de su país. Hay pocos gobiernos en el mundo que no acepten la importancia del triunfo en el deporte internacional».[24] Por ejemplo, se ha visto cómo el Parlamento indio, en 1959, adoptaba una moción relativa al deterioro del deporte en India como consecuencia de derrotas sufridas en el extranjero en críquet, o bien cómo, en 1962, el Gobierno canadiense iniciaba una campaña en favor del deporte insistiendo en la importancia del prestigio deportivo desde el punto de vista internacional. Asimismo, inmediatamente después del desastre francés en los Juegos de Roma, en 1960, el gobierno del general De Gaulle, fuertemente afectado, decidió que esto debería cambiar y lanzó una gran campaña (sin dinero ni presupuesto) para el desarrollo del deporte en la escuela. «Como en 1914», los maestros eran responsables de la derrota.

Según A. Nathan, los atletas estatales se han convertido, de alguna manera, en los «soldados del deporte» encargados de una misión en el extranjero: la defensa de los colores nacionales. En un caso, las victorias de Borzov ilustran la superioridad del «sistema socialista» sobre el capitalismo; en-el otro, los éxitos de Don Schollander o de Marc Spitz testifican la superioridad del *american way of life.* Las grandes competiciones deportivas internacionales son la ocasión soñada por los gobiernos de todos los países para una amplia campaña de movilización chauvinista y nacionalista. «Nuestros» atletas han ganado, «nuestros» futbolistas han experimentado una derrota. En resumen, el *«súper-yo nacional»* funciona a pleno rendimiento debido al mecanismo bien conocido de la identificación nacional. Freud fue de los primeros en entrever el proceso de identificación nacional por mediación de un ideal del yo común a toda la nación. En *El porvenir de una ilusión* escribe: «esta identificación de los oprimidos con la clase que los gobierna y los explota no es, sin embargo, sino una parte de un conjunto-mucho más vasto. Por otro lado, los oprimidos pueden *ser ligados afectivamente* a quienes los oprimen y, pese a su hostilidad contra éstos, pueden reconocer en su amo a su ideal. Si no existiesen tales relaciones *en el fondo satisfactorias,* resultaría incomprensible que tantas civilizaciones hubiesen podido mantenerse durante mucho tiempo a pesar de la hostilidad justificada de las multitudes».[25] Esta identificación de los oprimidos con sus opresores crea *consenso social nacional* y hace posible la coexistencia.

Ahora bien, el deporte ofrece una salida considerable a la identificación nacional. En efecto, el deporte permite la identificación en el gran cuerpo social, representante simbólico del cuerpo deportivo de la nación.

---

22 *L´Aurore* del 26 de agosto de 1972
23 P. C. Mc INTOSH, *op. cit.*, p.199
24 P. C. INTOSH. *op. cit.*, p. 198.
25 S. FREUD. *L'A venir dune illusion.* PUF, Paris, 1971, p. 34.

Los ciudadanos de una nación pueden sentirse representados físicamente por sus campeones en el extranjero, y es conocida la importancia que reviste esta dimensión fantasmática del cuerpo integrado, no dividido ni mutilado; el buen cuerpo, bien colmado y funcionando armónicamente. Por otra parte, el deporte permite satisfacer el orgullo nacional chauvinista. «Nosotros» hemos ganado, «nosotros» hemos marcado tantos puntos, «nuestro» equipo va primero, «nuestro» país es el primer país deportista del mundo, etc. El deporte permite, así, la edificación de una identidad nacional. Todo Brasil, por ejemplo, se reconoce orgullosamente en un gol de su ídolo Pelé, el «rey del fútbol». Por lo tanto, el deporte halaga el *narcisismo de las masas*, a las que aglutina en una totalidad indiferenciada. Tal como escribe el sociólogo alemán O. Vinnai: «el vinculo entre fútbol y nacionalismo se ve facilitado por el hecho de que la oposición de clase fundamental, que la creencia en la colectividad nacional no permite percibir, no aparece realmente... La adhesión regresiva a la colectividad nacional, que sirve para impulsar el nacionalismo con ayuda de los encuentros deportivos internacionales, facilita a las clases dominantes la tarea de mantener a los pueblos en la dependencia».[26] Por consiguiente, el deporte permite, como todavía lo precisa Vmnai, canalizar «las emociones de las masas por una vía nacionalista agresiva».[27]

Por otra parte, los atletas son celebrados como *héroes populares.* Gozan de un estatus especial que se acrecienta ampliamente gracias a su popularidad, son recibidos por los jefes de Estado, son condecorados, adulados y generosamente recompensados...

El desarrollo del nacionalismo, gracias al deporte, adquiere, por otra parte, unas proporciones preocupantes. Así sucede que, recientemente, el periódico *L'Equipe* titulaba a propósito del encuentro de fútbol Alemania-Francia: «Pulgarcito se va a enfrentar con el ogro germano». Además de que este tipo de literatura posea un resabio fantasmático (el fantasma de devoración típico, según M. Klein), alimenta el mito del «sucio boche», del gran bruto rubio en el registro imaginario del inconsciente de las masas. Otras veces se trata del «cilindro compresor ruso» contra tal nación; se trata de «lavar una afrenta», de «tomarse desquite», de rehabilitarse nacionalmente. El boxeador Hamili declaraba antes de un combate de boxeo contra un adversario anglosajón ¡que iba a vengar a Juana de Arco! Puede así apreciarse cómo el deporte reactiva y fija todos los fantasmas arquetípicos de oposición y de odio nacional ancestral. El deporte juega entonces el papel de exutorio de las pasiones belicosas. Por otro lado, el deporte permite la identificación nacionalista gracias a la oposición simbólica con las otras naciones. Finalmente, de alguna manera, el deporte constituye *el emblema simbólico,* el escudo de una sociedad respecto a unos adversarios potenciales. Es sabido que, en rugby, Inglaterra, con Escocia e Irlanda, es la gran rival de Francia. Ahora bien, ocurre que estos paises utilizan, para identificarse y distinguirse simbólicamente, escudos y emblemas como en el medievo (Francia lleva el gallo a la altura del corazón; Inglaterra, una rosa, y los otros, un puerro o un cardo). Estos blasones y emblemas sirven entonces de señal de reunión a la que se enarbola a gritos en los estadios. Estos *objetos fetiche* tienen considerable importancia en el deporte, porque permiten la identificación con un objeto parcial que hace las veces de fetiche simbólico. Se trata, por otra parte, del caso de cualquier colectividad. Como afirma G. Rocher: «las colectividades son *entidades abstractas* que necesitan que unos símbolos recuerden a sus miembros que forman parte de ellas, las distingan de otras o afirmen su existencia a ojos de las otras. Tal es el caso de las colectividades nacionales o étnicas que se nos representan mediante distintos símbolos: una bandera, escudos de armas, un himno, un color distintivo, un hombre de Estado...; una institución política, un animal... un personaje típico. Estos símbolos no sólo representan concretamente a esas colectividades, sino que pueden asimismo servir para provocar o mantener el sentimiento de pertenencia y la solidaridad de sus miembros. Esto es lo que procura y provoca, por ejemplo, el canto del himno nacional por parte de una multitud... El izado de la bandera o el juramento de la bandera».[28] Los símbolos nacionales testifican, pues, el pasado nacional siempre vivo y las gestas de la colectividad, funcionando como el espejo de las masas que en ellos se reconocen.

El nacionalismo deportivo tiene por función esencial la de asegurar *el papel de factor de cohesión nacional;* así es como en Brasil, país relativamente joven, formado por un conglomerado de razas y de etnias, el fútbol ha contribuido a «construir un patriotismo, ha ayudado a formar la idea de que Brasil es un solo país y un

---

[26] G. VIÑNAE, *Fussball-sport als Ideologie.* Europäische Verlagsanstalt, Frankfurt, 1970, p. 81.

[27] *Ibidem,* p. 82. Sobre la función del patriotismo deportivo, cf. J. GRTTI, *Sport á la Une,* A. Colin, Paris, 1975, p. 143 y ss.

[28] O. ROCHER, Introduction á la sociologie générale. op. cit., tomo 1, p. 95.

país del que se puede estar orgulloso».[29] Otro ejemplo es el de Canadá, en el que el Ministerio de la Salud emprendió una campaña gubernamental en pro de la condición física y el desarrollo del deporte como medio para crear una conciencia nacional efectiva en un país dividido por el conflicto lingüístico. El mismo proceso es válido para Bélgica o Austria, que siguen buscando su identidad y su cohesión nacionales. Inversamente —y ésta es la contraprueba del papel del deporte como agente de cohesión nacional—, «en los países en los que la población está dividida, como en África del Sur o en Alemania, el interés común por el deporte extendido entre los grupos diferenciados por la raza o la tendencia política crea dificultades a los políticos», tal como lo señala Mc Intosh.[30] El nacionalismo deportivo, que infesta el ideal de fraternidad deportiva, es a menudo valorizado explícitamente por quienes en principio deberían ser sus adversarios declarados. Así es como el Partido Comunista Francés, partido tricolor desde 1935, afirma en uno de sus folletos de propaganda que no hay que ceder ante la voluntad ideológica de las burguesías «apátridas y cosmopolitas», que desean realizar «con el pretexto del nacionalismo, la supresión de himnos y banderas, el recorte cronológico o la dispersión geográfica de los juegos olímpicos... En realidad, estas propuestas responden al nihilismo nacional o a un cosmopolitismo primario».[31] Está visto, el Partido Comunista Francés está dispuesto a defender la bandera nacional con el fin de no «reducir los resultados de los países socialistas».[32] El Partido Comunista Francés llega incluso a afirmar que «el papel del deporte de alto nivel como actividad cultural, como elemento del progreso nacional, como factor de intercambios internacionales, será finalmente reconocido».[33]

En otras palabras, se reconocerá aquí la sangrienta trifulca entre la URSS y Hungría en waterpolo en Melbourne, en 1956, que enrojeció el agua de la piscina, o los puñetazos intercambiados regularmente en ocasión de tal o cual gran encuentro de fútbol en América latina. Este rasgo, entre muchos otros, denuncia la esencia reaccionaria del Partido Comunista Francés como partido «obrero-burgués».

La otra función del nacionalismo deportivo, que examinaremos más adelante, se relaciona con la función exutoria de la agresividad de las masas explotadas y frustradas. Como sostiene Nobert Berz —y con esto se cerrará este capitulo—: «la total movilización mediante el deporte de competición es tarea de la hora actual. El deporte es *el emblema de la sociedad*... Actualmente, el deporte utiliza al individuo sin escrúpulos y exige para esto la aceptación total de la sociedad correspondiente. Se trata de obtener unos resultados a cualquier precio... Las características *chauvinistas* no pueden ser negadas... Es un espectáculo despiadado; en suma, un moderno enfrentamiento entre gladiadores».[34]

3. LAS FUNCIONES POLITICAS INTERNAS DEL DEPORTE: EL PAPEL POSITIVISTA DEL DEPORTE DE COMPETICIÓN

Ya hemos dicho que el deporte de competición institucionalizado ejerce una función positivista de adhesión y de identificación con el orden establecido. El deporte es la institución del reino de la positividad. Nada hay en él de negativo o de destructor, todo tiende hacia el bien. Ulrike Prokop fue la primera en insistir en el *papel positivista* del deporte en el capitalismo avanzado. Escribe al respecto: «con el nacimiento de una competencia regulada, se institucionalizan unos criterios aparentes de legitimación del orden social existente y especialmente de las estructuras jerarquizadas de poder».[35] El papel positivista del deporte consiste en que legitima, de manera acrítica, un orden social establecido al que representa de manera neutra, sin contradicciones. Esta tesis de la «neutralidad política» positiva es defendida con hermosa unanimidad por los ideólogos deportivos. Atestigua esta opinión de O. Moati, que escribe en *Les Inforrnations:* «políticamente, el deporte, como la ciencia o el arte, es polivalente, es decir, *neutro*. Puede ser el alimento de un nacionalismo elemental y servir de opio del pueblo: en Brasil, el fútbol y las carreras de coches desempeñan en parte este papel de diversión política. Por el contrario, puede acercar a las naciones en una comunidad de ídolos que borra las fronteras y las razas. Coppi, el rey Pelé, Merckx son estrellas deportistas que los públicos de todos los países se apropian al igual que de las estrellas internacionales de cine... El podio puede ser una tribuna

---

29 *Problèmes du sport.* UNESCO, septiembre de 1963. p. 18.
30 P. C. Mc INTOSH. *Op. cit.,* p. 192.
31 «Le Parti Communiste Français et les activités sportives et physiques», *op. cit.,* p. 93.
32 *Ibidem*.
33 P. LAURENT. R. BARRAN, J. J. FAURE, *Les communistes et le sport a l'heure de Munich,* Editions Sociales, Paris, 1972. p. SS.
34 N. BERZ, «Letztes Aufgebot.oder Neubesinnung des Leistungssportsh». en *Die Leibeserziehung.* 5/1970, p. 164.
35 U. PROKOP, *Op. cit.,* p. 26.

política al servicio de toda clase de mensajes, desde el saludo nazi de los deportistas alemanes del período hitleriano hasta el puño alzado de los campeones negros americanos en los Juegos Olímpicos de México, en 1968... Socialmente, el deporte conserva esta ambivalencia: factor de mezcla, de acercamiento o, por el contrario, de clitismo, de segregación. *Por lo tanto, el deporte tiene en la urbe la significación que se le prefiera otorgar».*[36] Esta posición, que hemos citado ampliamente, es típica de la ideología positivista reinante en el deporte. El deporte no tiene, justamente, todas las significaciones que se le quiera otorgar. *Sus significaciones le son dictadas por su ubicación en las relaciones sociales de producción.* A partir de aquí, el deporte aparece como un elemento empírico positivo. Entonces, «al igual que la ciencia positiva en el modelo comtiano, —escribe U. Prokop—, se constituye aquí el deporte practicado en la competencia en tanto que figura espiritual neutra y objetiva. Implica un modo de conocimiento análogo a la ciencia positiva, a saber: la eliminación de todos los momentos que alteran el proceso de la acción. La objetividad de esta nueva institución reside en al hecho de que todos los participantes son evaluados formalmente según los mismos criterios de resultado. La decisión en la competencia depende de las partes en lucha y de su organización eficaz. A partir de aquí, las posiciones de fuerza aparecen como el producto de resultados superiores, el único criterio de legitimación del poder que es reconocido objetiva y universalmente. De esta manera nace una relación de acuerdo con la cual el poder predominante es tan legitimo como eficiente, es decir, «poderoso».[37] Se aprecia que U. Prokop describe el tipo ideal mismo del estado social positivo: el hecho consumado, las cosas establecidas y, sobretodo, las relaciones de fuerza y de dominio: el más fuerte es quien gana; este adagio deportivo muy conocido incluye la máxima política no menos célebre: los gobiernos instalados son legítimos porque simplemente existen en su «puro ser ahí», como diría Hegel.

La función positivista del deporte, y especialmente del culto de los juegos olímpicos, se manifiesta en el hecho de que el deporte aparezca como una institución neutra por sobre las contingencias políticas y las opciones de los Estados, las razas y las clases. Se muestra como *una figura neutra,* un poco como la razón en Hegel que se encarna en el Estado prusiano. Esta es la razón por la que U. Prokop escribe todavía: «según el proyecto de Coubertin, el deporte internacionalizado puede aparecer como una figura espiritual neutra, porque debido a su método posee el prestigio necesario ante todos los pueblos del mundo al tratar a todos los resultados de manera igual, es decir, sin consideración de las naciones, los sistemas políticos o la pertenencia a un grupo; llevaría así, naturalmente, al reconocimiento de las jerarquías efectivas y, mediante ello, al del orden de dominación establecido en tanto que orden natural».[38] Esta es, nada más ni nada menos, la función positiva del deporte. La legitimación social y política del deporte se opera, por un lado, por la referencia a su utilidad funcional para la solución de las contradicciones perjudiciales para la salud y el desarrollo del individuo en la sociedad capitalista actual, y por otro, por la actualización de una componente directamente ligada a la legitimación del sistema: a la competencia internacional, que parece tan natural como el aire ambiente, es decir, la *strugglefor life.* A este respecto puede citarse la carta de Marx a Engels en la que muestra cómo la teoría del «espacio vital» (trágicamente ilustrada por el nazismo hitleriano) o de la *bellum omnium contra omnes* no es más que la proyección, en el sentido psicoanalítico, de una determinada visión ideológica y, por lo tanto, deformada de la sociedad capitalista efectivamente basada en la competencia salvaje y la jungla del espíritu y el comercio. Se trata realmente del reino del amo y el esclavo, en el que cada cual procura la muerte del otro o, en términos sociológicos modernos, de la lucha de clases. «Resulta curioso advertir —afirma Marx— cómo Darwin encuentra entre las bestias y los vegetales su sociedad inglesa con la división del trabajo, la competencia, la apertura de nuevos mercados... Es la *bellutn omnium contra omnes* de Hobbes, y esto lleva a pensar en la *Fenomenología* de Hegel, en la que toda la sociedad burguesa figura con el nombre de "reino intelectual animal", mientras que en Darwin es el reino animal el considerado como sociedad burguesa».[39] El sistema social es legitimado entonces, efectivamente, por unas instituciones de eficiencia organizativa[40] de las que el deporte es su mejor ejemplo: todo funciona a maravilla y todo es

---

36 *Les Informations.* núm. 1.425, del 4 de septiembre de 1972, p. 58.

37 U. PROKOP, *op. cit..* p. 26.

38 U. PROKOP, *op. cit.,* p. 39.

39 Carta de K. MARX a F. ENGELS del 18 de junio de 1862, en K. MARX, F. ENGELS, *Lettres sur «Le Capital».* Editions Sociales. Paris, 1964, p. 119.

40 Tal como lo señala J. HABERMAS, la ideología capitalista de libre cambio «combina el tema de la ideología burguesa del resultado (que, a decir verdad, traslada del mercado al sistema escolar la idea de la asignación de un estatus según los criterios de resultado individual) con la garantía de un bienestar mínimo, con la perspectiva de la seguridad de empleo, así como con una estabilidad del ingreso» *(La technique el la science comme «idéologie»,* Gaílimard, París, 1973. P. 40).

evaluado en función del criterio del triunfo y el rendimiento. El deporte espectáculo, perfectamente escenificado en el teatro de los estadios, ofrece un modelo notable debido a que el sistema social se halla en condiciones de resolver sus terribles contradicciones de manera organizada y, sobre todo, eficaz: *mito tecnocrático.* El hecho de que la efectividad cuantificable se haya convertido en el criterio de los sistemas sociales reconocidos por todos es el producto de una industrialización «salvaje» (acumulación primitiva) que hizo de Las categorías del rendimiento y de la eficacia su criterio único y central. «El deporte —afirma, por lo tanto, como conclusión, U. Prokop— es la manifestación simbólica de esta legitimación mediante una razón cuya determinación se reduce a la adaptación óptima de los medios al objetivo».[41]

a) La función integradora del deporte: estabilización del sistema capitalista (o capitalista de Estado)

Hemos dicho ya que el deporte era una institución de masificación social total, en el sentido de que creaba un *consenso social* implícito basado en el buen sentido popular, el sentido común, que, como lo ha mostrado, por ejemplo, A. Gramsci, es *el registro mismo de la adhesión popular* a la hegemonía de la clase dominante. El deporte —diremos provisoriamente con beneficio de demostración— es una institución auxiliar del mantenimiento del orden social establecido, precisamente a causa de su función *positivista.* J. Ellul escribe con toda justicia que «resulta inútil hablar del espíritu totalitario preparado por el ejercicio deportivo. Se suele decir que se trata de un espíritu de equipo. Sin embargo, es notable comprobar que el deporte generalizado se ha desarrollado primero en el país más conformista, los Estados Unidos, y luego que ha sido desarrollado de oficio por los gobiernos dictatoriales fascistas nazis (...), al punto dé convertirse en *uno de los elementos constitucionales indispensables de estos regímenes.* El deporte es un factor de masificación al mismo tiempo que de disciplina, y, con este doble titulo, coincide exactamente con una civilización totalitaria y técnica».[42] En efecto, uno de los aspectos más típicos del deporte consiste, como veremos más adelante en detalle, en *consagrar un estado de hecho existente.* El deporte nunca llega a cuestionar el orden establecido; jamás es subversivo, sino siempre integrador, constructivo, positivo. Sin embargo, resulta interesante comprobar que no sólo los Estados totalitarios fascistas o stalinianos, sino también las democracias liberales, que evolucionan, por otra parte, en el marco de las contradicciones del capitalismo monopolista de Estado, cada vez más hacia un *fuerte Estado policiaco* con tendencias muy claras hacia *la fascinación interna*, preconizan, sostienen y desarrollan el deporte como factor de unificación nacionalista. La razón de ello es muy simple y tendremos ocasión de volver a la misma. Ante todo, el deporte es el mejor medio de *despolitización* de las masas, y en profundidad. Luego, el deporte permite un enlace identificatorio con los campeones adulados, con los que los jóvenes pueden identificarse (con la nación, su régimen, sus objetivos y sus valores). Nosotros nos limitaremos, simplemente, al ejemplo francés que es típico, a este respecto, de la tendencia dominante del deporte monopolista de Estado, y lo aprovecharemos para analizar en detalle los mecanismos del proceso de la identificación en cadena.

El ejemplo francés demuestra, sin duda alguna, por una parte, la continuidad a nivel de los aparatos ideológicos del Estado —y cualesquiera fueren los regímenes de gobierno— de la idea fundamental sobre la que descansa el deporte: la integración de los individuos y de los jóvenes en la sociedad establecida y en su Estado, al que se tienen que incorporar mental e impulsivamente. Como lo especifica el *Ensayo de doctrina del deporte:* «el deporte participa... en el fortalecimiento de la cohesión y de la solidaridad (tema típicamente durkheimiano) del grupo, en la adaptación del niño a la ciudad de hoy. Contribuye, por lo tanto, a formar una juventud fortalecida, a *crear una sociedad nueva con un clima social nuevo».*[43] Vuelven a hallarse aquí, por cierto, los temas clásicos del petainismo («Kraft durch Freude», «orden nuevo», o la mitología de la «nueva sociedad» de Chaban Delmas). Luego, el deporte demuestra la *sagrada unión nacional* que se opera alrededor del deporte considerado como objeto intangible por los conflictos sociales, como objeto por encima de la lucha de clases. Resultaría fácil mostrar las numerosas concordancias objetivas y subjetivas de las diferentes posiciones políticas a propósito del deporte. Todas ellas son propuestas de colaboración de clases, desde las partidarias del «deporte democrático» del Partido Comunista Francés hasta las defensoras del «deporte educativo», entre las que se ha formado, como lo afirma muy bien Ginette Berthaud, «un verdadero frente único». Maurice Baquet escribe en su *Pédagogie sportive:* «exigimos que nuestra juventud sea dirigida», porque «el deporte tiene que ser una escuela de disciplina individual o

---

41 U. PROKOP, *Op. cit.,* p. 113.
42 J. ELLUL, *Op. cit.,* p. 347.
43 *Essai de doctrine du sport, Op. cit..* p. 26.

colectiva». Y concluye, en cuanto al valor integrador del deporte: «mediante la práctica de los juegos y los ejercicios deportivos colectivos se aprende desde la infancia a qué se está expuesto, si no se obedece la ley, tanto la del juego como la de la vida. Se trata de crear hábitos que serán útiles para el hombre y el ciudadano... Los deportes colectivos desarrollan el sentido social y poseen el raro mérito dc *obligar al niño a doblegarse, a someterse, a obedecer*».[44] Por consiguiente, el papel de la educación deportiva queda perfectamente definido como auxiliar del aparato estatal: «su papel tiene que consistir en inculcar el espíritu de disciplina, en hacer abstracción de la persona, en obedecer».[45] Se comprende el entusiasmo del prologuista nacionalista que escribe anónimamente: «la doctrina nacional no podía hallar partidario más fervoroso en sus grandes lineamientos, aquél cuyos esfuerzos siempre han tendido a hacer ante todo sujetos completos, es decir, hombres capaces de integrarse en la vida social, a la vez física, moral e intelectualmente».[46] En el marco de la «doctrina nacional» del buen mariscal Pétain, el objetivo consistía en la mineralización totalitaria del cuerpo social en un vasto organismo jerarquizado a órdenes de la jerarquía suprema: el padre de la nación. En este marco es donde resulta necesario comprender la promoción estatal del deporte. El edificio deportivo, del que se supone que engloba, al igual que los sindicatos verticales, corporativistas, y los organismos paraestatales (talleres para la juventud, boy-scouts, protección civil, defensa del territorio) y militares, al conjunto de la población, se integra en la maquinaria represiva del aparato estatal nacional-fascista. Los «sujetos» deportistas, bien entrenados físicamente, son los futuros soldados de la patria. Es un hecho que el régimen fascista de Vichy desarrollé ampliamente la práctica obligatoria del deporte en el marco del «método natural» del teniente de navío G. Hébert, especie de bergsonismo o de cristianismo muscular, de animalismo vitalista y utilitario; «ser fuerte para ser útil», el eslogan de este método, era la respuesta francesa a los célebres eslóganes nazis: «Arbeit macht t'rei» y «Kraft durch Freude». Los sujetos franceses, a quienes se les inculcaba el sentido de la familia y el amor a la patria (trabajo, familia, patria), eran movilizados en los organismos deportivos estatales o preparados para el trabajo obligatorio y las delicias del trabajo en fábricas que trabajaban para los nazis. Se comprende, en este contexto, la insistencia de los ideólogos deportivos sobre el orden, la autoridad y la disciplina. «Esta disciplina deportiva que hay que reiterar en los actos de la vida»,[47] según la fórmula lapidaria de M. Baquet, era efectivamente la disciplina que imponía el Estado francés a sus súbditos.

Exactamente igual que la asociación corporativista es, en opinión de Hegel, el principio mediador entre los individuos y el Estado *(Principios de la filosofía del derecho),* el club deportivo es para la doctrina nacional el mediador entre los deportistas y el Estado. Los deportistas, cualquiera que fuere su pertenencia de clase, su profesión, religión, sexo y opiniones políticas, se encuentran unidos en su totalidad en «el club, esa pequeña patria».[48] El club deportivo es, para el Estado, uno de sus pilares fundamentales, junto con el sindicato vertical y la célula familiar. «El club —dice M. Baquet— es la prolongación de la familia; ahí es donde conocerás las puras alegrías de la franca camaradería y de la amistad. *El club es el intermediario entre la familia y la patria.* Ama tus colores, lucha por sus glorias».[49] Así, pues, mediante el club, ese centro de reunión «apolítico», tiene que operarse la integración del individuo en el Estado. Se considera que la red nacional dé clubes tiene que tejer un tejido social cuadriculado de la población. Mediante el club se operará a continuación de la familia, y en colaboración con ella, la socialización del individuo. En el club se le inculcará al niño los valores nacionales, pero también y sobre todo «él sentido social y el gusto por la cohesión gracias a la educación moral por el deporte».[50]

El otro ejemplo, más reciente, pero directamente vinculado al precedente, tanto desde el punto de vista ideológico como político, nos es suministrado por el *Ensayo de doctrina del deporte,* elaborado por el Estado gaullista, en donde vuelven a hallarse en el marco del tema general de la «asociación capital-trabajo» y de la «participación» obrera todos los temas planteados por el régimen de Vichy. (Hay que señalar —simple detalle de la continuidad del aparato estatal— que J. Borotra, antiguo dignatario del régimen de Pétain, participé en la redacción del *Ensayo de doctrina de los deportes.)* «El deporte —se lee allí—, *mediante la disciplina que impone,* descubre la necesidad de la regla, los beneficios del esfuerzo gratuito y organizado.

---

44 M. BAQUET, *Education sportive,* Les Editions Godin, Paros, 1942, p. 12.
45 *Ibidem*, p. 15.
46 *Ibidem*, p. 6.
47 *Ibidem*, p. 13.
48 *Ibidem*. p. 253.
49 *Ibidem*, p. 266.
50 *Ibidem*. p. 50.

Mediante la vida en equipo... instituye *el respeto a la jerarquía legalmente establecida*, así como el sentido de la igualdad, la solidaridad y la interdependencia. Es, indudablemente, un excelente aprendizaje de las relaciones humanas, una notable escuela de sociabilidad».[51] Se aprecia entonces muy claramente que el deporte es concebido *a priori* como un medio de integración, de adaptación del individuo. Su papel se sitúa en el fortalecimiento del Estado y de la sociedad capitalista. «De manera general puede afirmarse —prosigue el texto...— que el deporte participa en la expansión de todas las aptitudes individuales, en el fortalecimiento de la cohesión y de la solidaridad del grupo, en la adaptación de los niños a la ciudad actual. Contribuye así a formar una juventud fortalecida, a crear una sociedad nueva con un clima social nuevo».[52]

Por consiguiente, el deporte se convierte explícitamente en un medio de colaboración de clases, y la fraternidad en los estadios prepararía para el «buen humor social» en las fábricas, tal como ya lo subrayaba P. de Coubertin. Por otra parte, la propia empresa capitalista está concebida siguiendo el modelo de un club deportivo. La participación y la distribución de beneficios, las acciones, el interés son las mismas virtudes preconizadas por los dirigentes deportivos. «La célula deportiva» es, con la célula familiar, uno de los pilares de la sociedad actual. «El club —afirma el *Ensayo de doctrina*— *es la célula básica* de la organización deportiva. Es uno de los grupos que, aun cuando haya nacido de afinidades extradeportivas, reúne fuera de cualquier discriminación política, racial, religiosa o de clases a todos los que aman el deporte y desean practicarlo libre y alegremente»[53]. El club deportivo es, por otra parte, la prolongación de la familia. Es, incluso, la gran familia. «El club puede entonces convertir-se en una gran familia que aporta a algunos la amistad y la alegría que les niega la existencia cotidiana».[54] En definitiva, el club es una estructura de acogida, como lo es el hospicio público, el ejército de salvación o la comisaría de barrio. Todas esas instituciones, en suma, que apoyan la acción educativa de la familia y suplen sus carencias. En tanto que «célula social»,[55] el club, que ejerce su acción «comunitaria y familiar»,[56] se imbrica en otras instituciones y células que estructuran el tejido social, especialmente la familia, la escuela, la fábrica y el cuartel. Como afirma R. Altmann: «los clubes se integran en el conjunto del sistema de asociaciones de nuestra sociedad».[57] «La misión educativa» del club consiste en establecer un vínculo orgánico con las otras células sociales. El ejército, en especial, debe, «en conexión con otras células sociales, colmar la tarea esencial de la educación». «El deporte lleva así —especifica el *Ensayo de doctrina*— a asumir respecto de la familia, la escuela y la empresa un papel de continuidad. Y la conduce a colaborar con los clubes, las colectividades locales y las empresas para la tarea en equipo y el encuadramiento. En suma, se verifica en el plano social un poderoso vinculo entre el ejército y la nación».[58]

La identificación nacionalista, chauvinista, que es el resultado más inmediatamente visible de la práctica deportiva del Estado-nación, es el proceso típico de la masificación nacional de los ciudadanos mediante el deporte. Millones de ciudadanos se reconocen de inmediato en «sus campeones» adulados. Como afirma el diputado republicano independiente B. Destremeau: «los aficionados al deporte se reúnen comulgando con fervor en las graderías de los estadios por la victoria de los muchachos tricolores... ¿Qué empresario de la construcción barrigudo, qué contable paliducho no se reconocen, dado el caso, en un pase de Dauga o una escapada de Nalle...? *Todos los pueblos necesitan un exutorio.* El nacionalismo deportivo es, al parecer, el que muestra menos inconveniente. No hay que olvidar, por otra parte, los admirables esfuerzos desplegados por tantos deportistas que sueñan con ser seleccionados para representar a su país; que se someten a una disciplina cotidiana y atestiguan a veces una abnegación sin limites. Estimulante decisivo, el sueño de defender los colores nacionales contribuye a la formación de los hombres».[59] La identificación última, por lo tanto, es la identificación con los colores nacionales, es decir, con un *símbolo abstracto* (aun cuando actúa poderosamente), o sea un fetiche al que hay que defender y por el cual no es raro ver llorar a algunos deportistas sentimentales. El deportista estatal lucha entonces por una idea abstracta y asegura el triunfo del

---

51 *Essai de doctrine du sport, op. cit.,* p. 24.
52 *Ibidem*. p. 26.
53 *Ibidem*, p. 57.
54 *Ibidem*, p. 31.
55 *Ibidem*, p. 50.
56 *Ibidem.* p. 50.
57 J. ALTMANN, «*Der politische Horizont des Sports», en Das grosse Spiel, Aspekte des Sports in unserer Zeit. op. cit*.. p. 35.
58 *Essai de doctrine du sport. Op. cit.,* p. 43.
59 *Le Monde* del 21 de agosto de 1970.

Estado. Ya no es un ciudadano libre y consciente, sino un peón, un engranaje en el sistema administrativo. Así, pues, el deportista se ha identificado totalmente con el aparato del Estado.

Por otra parte, el deporte representa una actividad «neutra», «por encima de las clases» y de las batallas políticas, un medio de comunicación y de colaboración entre las clases sociales. Al igual que la producción de la miel es tarea colectiva indistinta de todas las abejas, así también la práctica deportiva es el patrimonio común de todos los deportistas. La práctica deportiva unificada suelda socialmente, mientras que el trabajo divide y opone. La lucha de clases se detiene en el vestuario. Por esta tesis de la neutralidad del deporte se considera que el mismo se convierte en *un medio de cimentación social.* El deporte actúa simbólicamente como tejido conjuntivo entre las células del gran cuerpo social. El deporte asegura idealmente el vinculo entre las partes.

Sintetizaremos todos estos aspectos de la identificación represiva con el Estado diciendo que el deporte de competición, sobre todo en su forma de espectáculo de masas, es *un medio de manipulación de las masas* para todo Estado fuerte, «musculoso». El deporte es un medio de movilización física paramilitar, un medio de concentración de los súbditos ante el Estado fastuoso que despliega su poder policiaco, Estado que, como lo recuerda sólidamente Max Weber, es el único que dispone del monopolio legal de la violencia armada. Como escribe R. Altmann: «conocemos todas las imágenes de esas grandes manifestaciones de masa deportivas en las que los cuerpos humanos se amontonan cual pirámides y en las que las demostraciones gimnásticas enlazan en cierta medida a los numerosos deportistas en una *maquinaria colectiva*. En consecuencia, el deporte se convierte muy fácilmente en un medio de manipulación política en los Estados totalitarios. Por un lado, está completamente politizado y se convierte en un medio de control estatal sobre la sociedad y, ante todo, sobre la juventud. Esta politización del deporte corresponde, por otro lado, a la despolitización de la sociedad. El carácter público del deporte es una ocasión bienvenida para *desviar políticamente a las masas y transformar sus aplausos por los resultados deportivos en una aclamación del sistema político establecido».*[60]

Esta *función apologética* del deporte es la que nos parece preferentemente característica. El deporte, debido a que es espectáculo de masas, organizado, tolerado, alentado por el Estado, constituye una manifestación política espectacular, una glorificación del orden establecido. El aparato deportivo, en sí mismo una rama del aparato estatal, sirve para fortalecer el orden establecido, al que se conforma con celebrar y no discutir. El deporte es una de las raras esferas que ignora deliberadamente la función crítica que puede existir en otros estratos súper-estructurales. La razón de ello es muy simple: debido a su espíritu cientificista, el deporte atestigua el positivismo político del Estado de hecho existente. El deporte verifica secamente los récords y los resultados, del mismo modo que pura y simplemente ratifica el régimen político establecido, el orden positivo constituido. La única trascendencia crítica experimentada por el deporte no es la crítica política o la voluntad de cambiar la vida, sino lo que Hegel denomina el «mal infinito», la progresión cíclica y repetitiva de las cifras. «Los regímenes pasan, el deporte permanece», reza el lema de la institución deportiva. El deporte es la fachada súper-estructural inmóvil de una sociedad en cuyo fondo chocan los intereses sociales antagonistas; el deporte es el blasón, el emblema simbólico de una sociedad que evoluciona en función de las luchas de clase. «El deporte es el orden» (G. Berthaud), porque el orden deportivo prefigura el modelo de una sociedad bloqueada, sin fallos, de un bloque burocrático jerarquizado que se congela en sí misma. Como lo señala muy justamente G. Vinnai: «el deporte no surge únicamente al servicio de la propaganda política, sino que se pone directamente al servicio de la propaganda para regímenes estatales, sistemas sociales o colectividades nacionales... Mediante la integración de los resultados físicos, colectivos de los deportistas y de las masas de espectadores en la esfera de las representaciones de un sistema social, pueden exhibirse la pujanza y las posibilidades organizativas del mismo».[61] En suma, el deporte es una institución publicitaria al servicio de la propaganda del Estado capitalista.[62]

---

60 R. ALTMANN, *Op. cit.*. p. 40.

61 G. VINNAI, *Op. cit.*, p. 56.

62 Cf. *Die Vertrimmte Nation, oder Sport in rechter Gesellschaft* (edición de J. Richter), Rowohlt Taschenbuch Verlag, Hamburgo. 1972.

Otra función, generalmente ignorada, es la de la *socialización colectiva de la masa deportiva.* Th. Wilhelm señala que «los sistemas totalitarios utilizan de manera poco escrupulosa las competiciones deportivas para someter a los hombres, en lo posible completamente, al servicio de la socialización».[63]

Hay que observar, ante todo, que el deporte es explícitamente escogido como *remedio* para los males actuales o potenciales de la sociedad actual en crisis. El deporte es concebido como una institución de represión preventiva de la población. Su papel es visto esencialmente bajo el ángulo negativo: evitar el desorden en el seno de la sociedad. En resumen, el deporte es concebido como una especie de camisa de fuerza ideológica, como un molde social apremiante. El *Ensayo de doctrina de los deportes* es el que mejor confiesa este aspecto de las cosas: «el deporte —se lee en él— evita el surgimiento de determinadas manifestaciones modernas de la insatisfacción de los jóvenes, que, desgarrados entre su esperanza y su temor por el porvenir, huyendo como consecuencia del cuestionamiento de los valores tradicionales de las disciplinas morales, empero indispensables; abandonados a sí mismos debido a la insuficiente solicitud de la familia y la escuela, alentados asimismo por el ejemplo complaciente-mente difundido —cuando no publicitariamente explotado— de los

desórdenes de la sociedad actual, se vuelcan hacia formas de acción que descansan en el desafío y la fuerza».[64] En otras palabras, el deporte es concebido como una *higiene política preventiva.* Y de este modo es como lo entienden todos los educadores deportivos conservadores. Así, el efímero ministro para la Juventud y los Deportes, M. Nungesser, explicaba después de mayo del 68 no sólo que era necesario hacer obligatorio el deporte en la escuela, sino sobre todo que «la juventud y el deporte son dos problemas estrechamente ligados entre sí en la medida en que la juventud tiene que hallar un exutorio en el deporte».[65] Los periódicos *France Soir y L 'Equipe* opinaban seriamente que más valí a que los jóvenes practicasen judo que enfrentasen físicamente a los CRS o que lanzasen la bala en vez de adoquines. En el mismo orden de ideas, M. Cornec, presidente de la Federación de Padres de Alumnos, también opinaba que había que dar a los jóvenes «una armadura moral»: «hace justamente un año —declaraba en el 69—, Francia se vio conmovida por la revuelta de la juventud. Todos los que busquen soluciones a este problema complejo tienen que saber que no se podrá hallar ningún equilibrio sin la previa solución del deporte escolar».[66]

Otros, recientemente, han visto en la práctica del deporte en la escuela un remedio contra las relaciones sexuales, cada vez más precoces, a la vez que contra la droga o la agitación «revolucionaria». El deporte aparece, así, desviado de su vocación inicial, que es la libertad lúdica de los jóvenes, como una defensa moral contra el desorden, como un *antídoto.*

El otro aspecto de la socialización mediante el deporte se relaciona con la *normatividad social* explícita o implícita que transmite el deporte. *El deporte es un modo de comportamiento, un modelo social ideológicamente valorizado:* el deportista es, para la masa, la norma investida con todas las cualidades socialmente valorizadas. El deporte, dice el *Ensayo de doctrina,* «inicia.., a las masas en una ética, en una manera de ser, en un comportamiento moral. Alienta, asimismo, la creación de un estilo de vida personal».[67]

Un último aspecto de la colectivización social represiva atañe a la *colectivización de las satisfacciones sustitutivas,* de esos *erzatz sociales* que desempeñan tan gran papel según los sociólogos del tiempo libre. En efecto, para poder soportar las frustraciones de toda clase del «trabajo en parcelas» —en otras palabras, los ritmos infernales, las despersonalizaciones del puesto de trabajo, la monotonía del trabajo en cadena, etc.— es necesario *compensarlas* mediante gratificaciones libidinales fuera del trabajo. Tal es el fundamento de toda la dinámica de la «civilización del tiempo libre» y de su éxito masivo.

El tiempo libre y los medios de comunicación de masas hacen las veces así, junto con el deporte, de instituciones de socialización represiva. Como muy bien dice Marcuse: «la organización represiva de los instintos parece ser colectiva y el yo parece ser prematuramente socializado por todo un sistema de agentes y

---

63 T. WILHELM, «*Der Wetteifer in der Erziehung*», en *Der Weueijer*. W. Limpert Verlag, Francfort, 1962, p. 29.
64 *Essai de doctrine du sport, op. cit..* p. 23.
65 Citado en «*Sport, culture et répression*», *Partisans,* núm. 43, julio-septiembre de 1968, Maspéro, Paris, 112.
66 Citado en *Sport et Plein Air,* revista mensual de la PSOT, núm. 120, junio de 1969.
67 *Essai de doctrine du sport. op. cit..* p. 20.

de agencias extra-familiares. Desde el nivel preescolar, las historietas, la radio y la televisión establecen el modelo del conformismo y de la rebelión... Los expertos en mass media transmiten los valores requeridos. Ofrecen una perfecta educación de la eficacia, la tenacidad, la personalidad».[68]

En el capitalismo monopolista de Estado, la cultura y los mass media se convierten en monopolistas y tienen como objetivo el preservar al sistema en su conjunto. Esta masificación opera en especial mediante el deporte y la estandarización de los afectos y de los gestos. La sociedad se interioriza, se incrusta en las emociones y los movimiento de los individuos. En efecto, a través de la modificación de la conciencia de sí muscular actúa la influencia de la sociedad sobre el individuo. Como lo recuerda J. Stoetzel: «no resulta dudoso que la imagen de nuestro cuerpo juegue un papel importante en la conciencia de sí». El hecho de que «la imagen del cuerpo sea sobre todo social»[69] tiene una consecuencia política importante: mediante el cuerpo biológico y simbólico actúa el cuerpo político.[70] Existe una imbricación estructural entre el cuerpo-organismo y el cuerpo-social, concebido a menudo según su modelo. La individualidad resulta estandarizada, osificada, automatizada. Como lo afirma Marcuse: «La materialización corporal del súper-yo es acompañada por la materialización corporal del yo, que se manifiesta mediante rasgos y gestos estereotipados utilizados en ocasiones ya horas apropiadas».[71]

Los modelos de estos gestos estandarizados están dados, evidentemente, por las técnicas industriales y deportivas, que son las técnicas dominantes del cuerpo en el capitalismo de Estado. El otro aspecto de esta colectivización cultural de las masas nos es dado por la producción industrial de esas «seudo-actividades», de esas actividades inútiles que son el puro producto de una simple canalización energética de las masas. Adorno, caracterizando al deporte como «seudo-actividad», lo define del siguiente modo: «canalización de energías que podrían resultar peligrosas; inversión en actividades absurdas, señaladas por el sello engañoso de lo serio y la importancia».[72] Esta tesis fue desarrollada sistemáticamente por F. Hammer en su libro sobre el deporte de masas. Este demuestra que la mecanización del trabajo capitalista industrial ya no permite, como en los modos de producción anteriores, la inversión de la personalidad en el trabajo. Esta necesita una *institución de compensación:* el deporte. Este —afirma— juega el papel de válvula para la vitalidad agresiva, inhibida, de las masas. «Las tendencias a la actividad de las masas y la energía liberada, que tienen tendencia a liberarse mediante la vitalidad de las masas, encuentran una válvula y una vía de escape en el deporte... El aparato mecanizado de la vida en la época capitalista condiciona la tendencia a la existencia de tal válvula».[73]

Por consiguiente, el deporte se presenta como un sistema general, institucionalizado de compensación a las frustraciones del trabajo industrial y de la vida urbana. Como lo afirman Böhme, Gadow, Guidenpfennig, Jensen y Pfister: «el trabajo alienado, con sus renunciamientos, genera frustraciones, y éstas producen agresividad. Con relación al peligro de que estos potenciales agresivos se transformen en destrucción irracional o, racionalmente, en lucha contra las causas sociales de la alienación, que esencialmente residen en la estructura de dominación del sistema capitalista, y se conviertan entonces en amenaza para el sistema establecido, el deporte es utilizado como medio de compensación con fines de canalización inofensiva».[74] Esta tesis está generalmente aceptada, con algunas variantes, por la mayoría de los sociólogos del deporte (salvo Bouet, que no habla de ello, por así decir).

El sociólogo alemán del deporte H. Plessner fue quien desarrolló más sistemáticamente la tesis de la función de compensación del deporte. «Por consiguiente, y por distintos motivos en la vida industrializada esencialmente urbana, el deporte es una compensación de las necesidades humanas insatisfechas que no pueden encontrar satisfacción en el trabajo y el entorno social. Por una parte, el mundo industrial encuentra en el deporte una compensación a la pobreza motriz a que se ven obligados la mayoría de los hombres

---

68 H. MARCUSE, *Eros et civilisation.* Editions de Minuit, Paris, 1963, p. 91.
69 J. STOETZEL. *La psychologie sociale.* Plammarion, Paris, 1963, p. 173.
70 Cf. J. M. BROHM, *Corps et politique,* Editions Universitaires, Paris, 1976.
71 H. MARCUSE, *Op. cit.*. p. 96.
72 TH. W. ADORNO, *Prirmen, Kulturkritik und Gesellschaft.* Deutscher Taschenbuch Verlag, Frankfurt, 1955, p. 75.
73 E. HAMMER, Der Massensport. Versuch einer soziologtschen Analyse seiner Bedingungen und Erscheinungsweise, Druckerei Winter, Heidelberg, 1933, p. 37.
74 J. O. BOHME. J. GADOW, S. GULDENPFENNIG, J. JENSEN *y* R. PFISTER, *Sport im Kapitalismus,* Limpert Verlag, Frankfurt. 1972, p. 82.

actualmente, a causa de los medios modernos de transporte. Finalmente... el deporte le permite al individuo sustraerse al anonimato de la masa en el trabajo».[75] La función principal de la compensación mediante el deporte es por supuesto la preparación para el trabajo y la recuperación de la fuerza de trabajo. El tiempo libre, nos dice P. Naville, así como el puro descanso, el sueño o las distracciones en su forma más extraviada, experimentan incluso el sello o más bien el estigma de las formas sociales del trabajo industrial en la fábrica. El propio tiempo libre se convierte en una forma de trabajo. «Todo se orienta —concluye el autor— por intermedio de esos mass media que son los estadios, las estaciones de radio y las pantallas, hacia la preparación del trabajo, hacia la recuperación de las fuerzas y del mínimo de equilibrio indispensable para la buena ejecución del trabajo».[76]

b) La función de apoliticismo deportivo y la despolitización mediante el deporte: el «opio del pueblo»

Hemos visto ya que, en todos los países casi sin excepción (salvo quizá China comunista), a partir de un determinado nivel de desarrollo el deporte adquiría, una situación considerable al punto de convertirse en una institución omnipresente en los mass media. Todos los Estados utilizan más o menos conscientemente el espectáculo deportivo con fines políticos, al que todos reducen al fin de cuentas a la *diversión social,* política e ideológica... Todos apuntan a un *efecto de bruma ideológica* e intentan camuflar o embellecer la realidad social existente. Este efecto de diversión es el que ahora queremos analizar.

M. Duverger ha sabido señalar el «poder de cretinización del deporte» en los países capitalistas y de democracia popular y del que, dice, «el cine y el deporte proporcionan muchos ejemplos. Por estos distintos medios se sumerge al público en una atmósfera irreal, artificial, fantasmagórica y pueril: *se lo desvía así de los verdaderos problemas*».[77] El deporte crea de este modo, con ayuda de los «mass media», especialmente la televisión y la prensa deportiva, un universo imbécil de «hechos deportivos distintos», un universo de lo inútil, lo anodino, lo anecdótico. Este universo envuelve cotidianamente a la población y la desvía hacia la quiniela, Sheila, Guy Lux, las diversas actitudes de las cabezas coronadas de este mundo y la lotería nacional, impidiéndole luchar por los verdaderos problemas sociales de nuestro tiempo. Como lo indica Bonet: «las aventuras del deporte, las repercusiones de tal o cual campeonato, los acontecimientos que constituyen los récords batidos, los pronósticos previos a los encuentros, todo esto ofrece temas de preocupación y de discusión inagotables a la vez que fáciles, una historia que los hombres tienen la impresión de comprender e incluso de realizar. *La voluntad de revuelta queda esterilizada en el plano político*».[78] En los países capitalistas avanzados, el deporte es utilizado como diversión política. El fin de semana, que tradicionalmente es un fin de semana «tranquilo», como dicen los comentaristas políticos, es, ante todo, un fin de semana deportivo. Todo el aparato de las comunicaciones de masa y la televisión dedican su «programación principal» a los resultados deportivos del domingo. Todos los periódicos, incluso los más serios, dedican muchas columnas o páginas a los resultados deportivos y a sus comentarios. En síntesis, en el preciso momento en que las masas podrían reflexionar, cultivarse y militar políticamente, el deporte vienen a ocupar su espíritu y las desvía de las preocupaciones reales en beneficio de seudo-actividades serias. Por otra parte, las informaciones televisadas sitúan en el mismo plano, y a veces incluso antes, un gran resultado deportivo o un conflicto militar. El deporte prima.

El mejor ejemplo nos es dado por el Tour de Francia, que mantiene al país pendiente de un hilo, hasta el punto de llevarle a olvidar el conjunto de las actualidades políticas. El Tour de Francia constituye una *amnesia política e ideológica generalizada,* un baño de olvido político en el que turistas y veraneantes gustan zambullirse. R. Barthes, analizando al Tour de Francia como una «epopeya», lo pinta como un «hecho nacional fascinante», como un ejemplo de mito que «expresa y libera a los franceses a través de un yantar único en el que las imposturas tradicionales... se mezclan con formas de intereses deportivos».[79] Este hecho nacional, «totalitario», fascina, en efecto, a los franceses hasta el punto de hacerles perder conciencia de su

---

75 W. KLAFKI, «Das psdagogische Problem dei Leistung und die Leibeserziehung», en *Ausschuss deurtscher Leibeserzieher.* Die Leistung, Schorndorf, 1964, p. 37. La misma tesis es defendida por H. PLESSNER**,** «Die Funktion des Sports in der industriellen Oesellschaft», en *Leibeserziehung und Sport in der modernén Gesellschaft,* Verlag Julius Beltz, Weinheim, 1963, p. 18 y ss.

76 P. NAVILLE. *De I'aliénation a la jouissance,* Anthropos, Paris. 1969, p. 489.

77 M. DUVEROER, *Introduction á la politique,* Gallimard, Paris, p. 277.

78 M. BOUET. *op. cit..* p. 583.

79 R. BARTHES, *Mythologies,* Seuil, París, 1959, p. 195.

pertenencia de clase o de los conflictos políticos. Los «esclavos de la ruta» hacen olvidar a los «maniobreros de la política». A los ideólogos del deporte les gusta precisamente mostrar la esencia *interclasista* del deporte, su aspecto de *meltingpot* nacional en el que vendrían a confluir todas las clases sociales. Como muy bien afirma M. Castaing: «estos heraldos se complacen en repetir que el Tour es una de las raras pruebas deportivas, quizá la única, que atrae indiferentemente al borde de la ruta al presidente, director general y al peón, al niño y al anciano, al burgués y al revolucionario, al estudioso y al tonto del pueblo, a Apolo y Quasimodo, a Creso y Diógenes; en suma, a millares de personas de todas las edades, naturaleza y condición».[80] En resumen, el Tour de Francia, como la mayoría de los espectáculos deportivos, es un factor dc *mineralización social*, de fusión en un todo «cretinizado». El deporte aglutina a las clases sociales cual un cemento para desviarlas de su vieja lucha secular. En tanto que tal, el deporte es un profundo factor de despolitización.

No resulta extraño que este esfuerzo de oscurecimiento de la conciencia sea utilizado con mayor o menor cinismo. Meynaud recuerda la opinión del periodista italiano Indro Montanelli, que «llegó a escribir que el Tour de Francia de 1965 había prestado un gran servicio a De Gaulle permitiéndole emprenderla con el Mercado Común sin suscitar la oposición de los franceses, al estar éstos muy ocupados en el duelo Gimondi-Poulidor como para tener tiempo de ocuparse de Europa. En el mismo orden de ideas, Montanelli recuerda que en 1948, en opinión de algunos, la victoria de Bartali en los Alpes habría salvado a Italia de la revolución neutralizando con el éxito de su ídolo los efectos del atentado contra Togliatti».[81] Pero sobre todo en los países subdesarrollados, especialmente los dominados por el imperialismo americano, es donde el deporte desempeña un papel de diversión política en tanto que verdadero *«opio del pueblo»*. Por ejemplo, en los países latinoamericanos millones de habitantes pauperizados material e intelectualmente, embrutecidos por el Estado fascista o policiaco-militar, siguen los partidos de fútbol con una pasión grotesca que seria risible si no afectase al destino de cientos de miles de seres hambrientos. J. Meynaud, uno de los pocos autores que han analizado lúcidamente las motivaciones políticas del deporte, señala: «Para las masas analfabetas de las grandes ciudades, embrutecidas por el hambre y mantenidas al margen de la vida nacional, el fútbol es una droga necesaria, el único modo posible de evasión... Las capas dirigentes alientan esta huida y alimentan en toda la medida de sus posibilidades este furor nacionalista».[82]

En Nápoles, por ejemplo, suelen producirse regularmente convulsiones y agitaciones sociales en ocasión de los encuentros deportivos, sobre todo de fútbol (avalanchas de napolitanos para procurarse entradas a precios fabulosos, grescas, invasión de campos de juego, etc.). «El que tal fenómeno se produzca en Nápoles, que por tantos motivos permanece marcada por los estigmas de la miseria, es un hecho que habla elocuentemente sobre *el derivativo social que ofrece el espectáculo deportivo* a unas masas todavía víctimas del subdesarrollo económico. Resulta comprensible que en distintos países los gobiernos consideren con simpatía semejante entusiasmo que tiende a liberarlos, al menos por un tiempo, de la presión de una multitud desgraciada y subalimentada o incluso vejada políticamente».[83] La energía de las masas bloqueada por un trabajo fatigoso y neurótico halla salida y acaba invirtiéndose en unas seudo-actividades de diversión política. Este «carácter apaciguador» fue observado ya en su momento por P. de Coubertin: el mismo permite una transferencia de energía de lo político hacia el aparato deportivo. Esta función de diversión es abiertamente pregonada por el *Ensayo de doctrina*, que afirma: «el deporte proporciona asimismo una ocasión de distracción y de diversión. Es fuente de alegría y de optimismo (hace que se cante a Francia), otorga dinamismo y gusto por la acción... Permite liberarse sin decaimiento de las contingencias sociales que suelen oprimir, y ofrece una posibilidad de libertad y de evasión».[84] En otras palabras, el deporte es una diversión que no pierde al individuo al igual que las otras drogas, pero mantiene la misma función: la huida y la evasión fuera de las «contingencias sociales».

Los campeonatos del mundo celebráramos en México mostraron incluso, por si hubiese duda de ellos o, el papel de diversión que desempeña ese deporte de masas que es el fútbol, así como demostraron la función política del deporte consistente en desviar a las masas de la lucha de clases. Como lo señala Vinnai: «las

---

80 *Le Monde* deI 20 de julio de 1971.
81 J. MEYNAUD, *Op. cit.*, p. 226.
82 J. MEYNAUD, *Op. cit.*, p. 265.
83 *Ibidem.* p. 229
84 *Essai de doctrine du sport. op. cit.*, p. 19.

clases dominantes han descubierto ya al fútbol como medio de despolitización de las clases dominadas y explotadas... La seudo-actividad en la práctica del balón canaliza las energías que podrían quebrantar las relaciones de dominación establecidas».[85] Los partidos de fútbol en Brasil han demostrado el gran poder de embrutecimiento de las masas populares mediante el deporte. Así, *Le Monde* informa sobre toda una serie de hechos que no son sino el reflejo amplificado de una realidad cotidiana en todos los países del mundo. El partido de la final que oponía a Brasil e Italia fue ocasión para que el poder fascista militar brasileño y la dictadura mexicana desplegasen una actividad policíaca sin precedentes. Todas las miradas de las masas estaban concentradas en ese enorme estadio que contenía a 108,000 personas vociferando atrozmente. Después del partido, ganado por Brasil —y de qué manera—, se produjo evidentemente el delirio. Las masas aterrorizadas tuvieron derecho a aclamar a sus «héroes nacionales» y todo se convirtió en alborozo. La multitud invadió el terreno para llevar en triunfo a sus «ídolos». «Se asistió —decía *Le Monde*— a las escenas previsibles en iguales circunstancias: Pelé, desvestido, asfixiado, llevado a paso de carga de un punto de penalty al otro. Rivelino, ahogado por los abrazos de la multitud y transportado a la enfermería. El entrenador Zagallo, interpretando la gran escena de las lágrimas en los brazos del portero. Cuando, a fuerza de súplicas efectuadas por altavoces, los fanáticos desaparecieron finalmente entre bastidores, comenzó la gran parada: música de la Marina, *majorettes*, banderas de todos los países (¡Unios!) y pataleos en los graderíos... La multitud enronquecida, fatigada y maravillada *abandonó la gran nave que la había hecho zarpar hacia los más hermosos sueños*».[86]

Antes, y sobre todo después del encuentro, las pasiones nacionalistas y el embrutecimiento chauvinista fueron a buen paso... En Italia, el clero participó en la gran difusión del opio del pueblo haciendo decir misas por la *squadra azzura* mientras circulaba un folleto (cuyo tenor político ilustra adecuadamente nuestro propósito) en el que sugería una tregua nacional en la lucha de clases, una especie de «unión sagrada» alrededor del equipo nacional, verdadero *enfant chéri de la patrie*. ¡Trabajadores! Esta noche el equipo de Italia tendrá que luchar por la conquista del título mundial. Procurándose demostrar en esta ocasión la buena voluntad de la clase obrera y su alto nivel de madurez política, se ha decidido que para hacer honor a la victoria todos los trabajadores italianos se comprometan a no ir a la huelga durante un mes. ¡Abajo Brasil! Libertad para el pueblo». Son de apreciar las utilizaciones posibles de este tipo de comportamiento «sindical responsable» por parte de la patronal italiana, muy dichosa con la ganga inesperada. ¡Bravos trabajadores unidos por el deporte y responsables! Después de la derrota, los trabajadores no sólo reiniciaron su lucha contra la explotación de clase, sino que incluso consiguieron que cargase contra ellos y los aporrease la policía milanesa, cansada de tolerar las vociferaciones de los *tifosi*. En Brasil, por el contrario, se produjo el delirio y el carnaval. La multitud desatada se lanzó a las calles de Río y de San Pablo para festejar a sus «héroes culturales». Al igual que en México, después de la victoria de este país sobre Bélgica, la multitud explotó de alegría. Hordas (y el término no es demasiado fuerte) de mexicanos se lanzaron a las principales arterias de la capital para festejar la victoria de su país en esta guerra del fútbol internacional. Pero, literalmente, la manifestación degeneró. Se prendió fuego a coches, se rompieron vitrinas de negocios y se saqueó restaurantes y edificios públicos. Esta locura colectiva, este exutorio nacionalista, pretendidamente inofensivo según B. Destremeau, fue explotado por supuesto por el partido revolucionario institucional en el poder y fue ocasión para un despliegue sin precedentes del aparato militar y policiaco, esa «banda de gente armada», según la expresión de E. Engels. «Al hablar mucho de fútbol se evita hablar de otra cosa, decían los responsables de los movimientos de oposición revolucionarios, batidos por la Policía».[87]

Del mismo modo, y último ejemplo, en oportunidad de la Copa de Europa de clubes campeones de cada país, el equipo griego Panathinaikos ganó las semifinales contra el Estrella Roja de Belgrado. También aquí hubo delirio. El pueblo griego, embrutecido por muchos años de dictadura «revolucionaria», lo pasó en grande con la «liberación» y la mascarada nacionalista. En este país, extremadamente pobre, millones de dracmas son gastados a pura pérdida en las quinielas, esas grandes «maquinarias de la ilusión». He aquí cómo informó *Le Monde* sobre el ambiente en Atenas: «Durante toda la noche del miércoles al jueves, informa la agencia France-Presse, los atenienses festejaron la clasificación del Panathinaikos . Desafiando todas las prohibiciones, los automovilistas atenienses remedaron durante horas con el claxon el nombre del equipo victorioso. El presidente del Consejo y ministro del Interior, Stilianos Patakos, asistía al encuentro. El

---

85 G. VINNAI, *op. cit.*, p. 78.
86 *Le Monde* del 23 de junio de 1970.
87 *Le Monde* del 23 de junio de 1970.

primer ministro, G. Papadopoulos, que había seguido en su casa la retransmisión televisada del partido, fue aclamado por numerosos automovilistas y transeúntes que lo escoltaron hasta su despacho. Finalmente, informa todavía la AFP, el coronel Constantino Aslanidis, secretario general para el deporte, señaló en un mensaje que la victoria del Panathinaikos se debía especialmente al espíritu revolucionario griego».[88] Está visto que el Estado fascista militar griego utiliza las proezas deportivas en un sentido de adhesión al régimen de los coroneles, capaz de producir tantos buenos héroes positivos. Esta función está extendida actualmente, de modo general, en todos los países del universo. De la China comunista a la URSS, pasando por las democracias occidentales y los regímenes dictatoriales, el deporte se ha convertido en un medio de gobierno, de despolitización y de *incorporación al servicio del orden establecido.*

c) Deporte y mantenimiento del orden público: la función perturbadora del deporte

Hemos señalado ya que el deporte constituía un buen medio de mantenimiento del orden público en la medida en que ejercía un control ideológico profundo sobre las masas. Querríamos estudiar ahora el carácter de algunos desórdenes que entraña muy regularmente la práctica deportiva.

J. Meynaud establece ante todo un punto que suele ser silenciado por completo por los sociólogos del deporte: *se trata del control de la policía sobre la actividad deportiva.* En otras palabras, la práctica deportiva se efectúa bajo la vigilancia de las fuerzas del orden. El propio deporte, practicado bajo la égida de la policía, funciona como *policía ideológica al servicio de las clases dominantes.* «Al nivel más elemental —escribe J. Meynaud—, la actividad deportiva, sobre todo cuando se desarrolla en el dominio público (ciclismo en carretera, por ejemplo), plantea problemas de policía. Las dificultades de circulación implicadas por el Tour de Francia establecen que puede haber aquí cuestiones muy complejas. No olvidemos los casos, bastante numerosos, en los que las fuerzas policíacas son instaladas a vigilar el orden en los estadios u obligadas a restablecer la tranquilidad en ellos. En suma, las manifestaciones deportivas, como todas las otras demostraciones de tipo público, dependen bajo un cierto ángulo de la competencia de la policía».[89]

En nuestros días, en casi todos los países del mundo, la práctica competitiva del deporte entraña desórdenes importantes de toda clase: trifulcas entre partidarios de equipos, expulsiones de jugadores, peleas generalizadas, incluso motines, etc. Estos hechos, lejos de ser excepcionales, son, por el contrario, la regla, hasta el punto de que las federaciones y los poderes públicos han tenido que reaccionar para intentar sanear este clima malsano.

Los incidentes más graves se producen regularmente en el Oriente Medio y Cercano, en donde la pasión deportiva es particularmente viva. Así es como el presidente Burguiba, «supremo combatiente», tuvo que intervenir en oportunidad de incidentes ocurridos en el transcurso de un partido de fútbol. Después de la victoria de un equipo local, la multitud desatada bajó a la calle y cometió depredaciones en edificios públicos provocando una agitación importante en el seno de la juventud tunecina. El presidente Burguiba explicó en los siguientes términos esta agitación, que tenía repercusiones políticas bastante importantes para el país (hay que señalar que todos los temas ideológicos vuelven a hallarse aquí, lo que tiende a confirmar la validez de nuestro análisis que refleja la universalidad del proceso deportivo y de sus mecanismos políticos e ideológicos; a esto se debe que citemos amplios extractos de las declaraciones del presidente Burguiba, que constituyen una especie de antología de la ideología deportiva): «cuando pienso en esta multitud desatada después de un partido de fútbol y que se ha entregado a excesos intolerables..., no puedo dejar de sentir preocupación... En cualquier momento, unos energúmenos son capaces de provocar desórdenes imprevisibles. Hacen pesar sobre la capital una amenaza constante... Ellos (los tunecinos) tienen que comprender la necesidad de dar pruebas, ante sí mismos, de un *espíritu deportivo* auténtico, esencialmente caracterizado por la sinceridad y la lealtad... En efecto, millones de dinares se han gastado en la construcción y el equipamiento de complejos deportivos destinados a procurar a nuestra juventud los medios para que se entregue, en un ambiente propicio, a actividades aptas para otorgarles un espíritu sano en un cuerpo sano. Si los desórdenes citados volviesen a repetirse y si cada partido degenerase en motines, no hesitaremos en disolver todas las asociaciones y prohibir pura y simplemente la práctica del fútbol».[90] El discurso del

---

88 *Le Monde* del 30 de abril de 1971.
89 J. MEYNAUD, *op. cit.*, p. 127.
90 *La Presse de Tunisie* del 18 dc agosto de 1970.

presidente Burguiba ilustra muy bien: por una parte, la dirección de las actividades deportivas por parte del Estado, que esgrime la amenaza de disolución de las asociaciones y de la práctica del fútbol, deporte, sin embargo muy popular en Túnez. En consecuencia, el Estado aparece como el guardián de la moralidad del deporte, como *el ángel de la guarda de la institución deportiva.* Por otra parte, el presidente Burguiba repite hasta la saciedad el discurso de la ideología deportiva dominante: un espíritu sano en un cuerpo sano, etc. Finalmente verifica que el deporte entraña regularmente unos desórdenes importantes que pueden llegar hasta el motín.

Los acontecimientos tunecinos no son algo aislados, sino todo lo contrario. El fútbol, por si solo, proporciona toda una serie de incidentes, de los que citaremos simplemente los más graves. En Berna, en oportunidad del encuentro de cuartos de final entre Brasil y Hungría para la Copa del Mundo (27 de junio de 1954), tres jugadores fueron expulsados del campo de juego, por lo que cientos de espectadores se fueron a las manos y el enfrentamiento entre ambos equipos prosiguió en los vestuarios a puñetazos. Los brasileños, excitados por sus seguidores fanáticos, habían jugado como unos brutos. Tal como lo subraya J. Meynaud: «este encarnizamiento es comprensible si se conoce el tipo de recepción que les espera, a su regreso a sus países, a los equipos latinoamericanos, según el resultado de los encuentros en el extranjero».[91] Así, a su retorno a la Argentina, después del Campeonato del Mundo de Fútbol en Estocolmo, el equipo nacional derrotado fue tratado como borracho y degenerado. Por el contrario, el equipo brasileño, vencedor del torneo, fue acogido de un modo delirante y casi histérico.

Por supuesto, la presencia policíaca es mucho más fuerte en los países con dictadura militar o fascista. En Brasil, por ejemplo, los espectadores son cacheados a la entrada de los estadios por policías hercúleos y también son aligerados de muchas y distintas armas (cuchillos, pernos, proyectiles de toda clase, etc.). Como dice J. Meynaud: «en el interior del estadio adonde se despliegan fuertes escuadras de policías, los espectadores están aislados del campo de juego por altas vallas de acero y, en los corredores que conducen al mismo, poderosas auto-bombas se hallan instaladas en batería... El entusiasmo de los fanáticos del fútbol no conoce limites..., por lo que tales medidas resultan indispensables para evitar que un partido de campeonato degenere en guerra civil. Ahora bien, en América del Sur, Brasil no detenta ningún monopolio de tales actitudes».[92]

Actualmente, la mayoría de las manifestaciones deportivas están rodeadas por fuerzas policíacas importantes: CRS, Ejército, gendarmería, etc. En los Juegos de Grenoble, la gendarmería, el destacamento local y los cazadores alpinos aseguraron la organización. En los Juegos de Sapporo la aseguró el Ejército japonés; en los Juegos de Munich, los veinte mil soldados de la Wehrmacht; etc. Esto lleva a reflexionar sobre el carácter propiamente «apolítico» que algunos querrían otorgar al deporte. Desde el momento en que las fuerzas del orden están presentes hay que pensar objetivamente en la presencia del Estado y, por lo tanto, de lo político. Hoy, la institución burocrática que es el deporte necesita un soporte policiaco para funcionar. Incluso los cross de *L 'Humanité* o la «carrera de la paz», organizadas por instituciones cercanas al Partido. Comunista Francés, están rodeadas por policías, sin contar el servicio de orden de la CGT.

Este aspecto del cerco policiaco por parte del Estado es el que la mayoría de los sociólogos, a excepción de J. Meynaud, ha pasado por alto, bien por ceguera ideológica, bien porque el mismo no les parecía importante. Ahora bien, ocurre que esta característica, justamente, es capital en la definición del deporte como aparato ideológico del Estado. A partir de aquí, el deporte aparece, en el Oeste yen el Este, en tanto que manifestación cultural, como actividad liberal del Estado que entra en escena «deportivamente». Es *«la concepción deportiva del Estado»,* según la fórmula de Ortega y Gasset. «El Estado guja», según la definición de A. Gramsci, se entrega a actividades deportivas cuando no puede hacer frente a disturbios sociales importantes. El Estado se divierte (por otra parte, es sabido que la distracción de los grandes cuerpos del Estado, comprendidos los ministros, es el deporte).

Queda todavía por explicar la cuestión del orden y del desorden generados por el deporte. *Actualmente es característica esta dialéctica entre orden y desorden deportivos.* Como lo observa J. Meynaud: «estos desórdenes son bastante frecuentes como para que uno se pregunte si el deporte, suponiendo que apacigüe

---

[91] J. MEYNAUD, *Op. cit.,* p. 243.
[92] J. MEYNAUD, *op. cit.,* p. 236.

ciertas fuentes de rivalidad, no hace surgir otras, con frecuencia vinculadas a todo un contexto extradeportivo».[93] La primera razón, fundamental, de la presencia de las fuerzas del orden en oportunidad de las manifestaciones deportivas reside en que el deporte está íntimamente ligado a la lucha de clases. A pesar de las denegaciones de los ideólogos del deporte, el deporte es una forma deformada, ideológica, de la lucha de clases, deformada como lucha entre ciudades, Estados o poblados. Como muy acertadamente lo señala J. Meynaud: «los juegos constituyen en amplia medida (y quizá lo fueron siempre, en realidad) un coto cerrado en el que chocan naciones y razas, bloques y continentes».[94] Todo el problema para el Estado consiste en evitar que los choques y conflictos degeneren en enfrentamientos abiertos y violentos, y de ahí la presencia de las fuerzas del orden. Esto explica, fundamentalmente, el que cl orden deportivo sea secundado por el orden policiaco.

La segunda razón, ligada a la precedente, reside en que las masas necesitan, como ya hemos visto, un mínimo de exutorio, de «liberación». La energía de las masas, comprimida por la labor fatigosa y deprimente y el universo urbano concentracionario, encuentra su expresión periódica en explosiones de agresividad. Esto ha sido señalado muy justamente por F. Hammer: «las tendencias a la acción de las masas en el proceso de trabajo mecanizado que no son absorbidas, la vitalidad de las masas que buscan la liberación, encuentran un derivativo y un proceso de salida en el movimiento deportivo... El aparato mecánico de la vida en el sistema capitalista condiciona la tendencia a semejante derivativo y esto tanto más fuertemente cuanto que el mismo se fortalece y que, por otra parte, no otorga suficiente espacio a la vida social de las masas».[95] Así pues, las explosiones de la vitalidad inhibida de las masas son las que determinan la presencia permanente de las fuerzas de la policía alrededor de los estadios y de las manifestaciones deportivas (mecanismos de defensa).

d) Deporte y colaboración de clases: deporte y relaciones industriales

«Otro aspecto de la acción unificadora del deporte —escribe J. Meynaud— es la virtud que se le supone de contribuir a la eliminación de las barreras sociales».[96] Estas barreras sociales son esencialmente las barreras de clase jerarquizadas, las barreras de estatus, de nivel de vida y de cultura. Según los ideólogos del deporte, al deporte se le considera capaz de romper esas barreras, al menos temporariamente en oportunidad de los encuentros deportivos. Se asiste entonces a una extraordinaria mutación: los aficionados al deporte en un terreno de juego ya no son obreros, campesinos, patronos, sino aficionados al deporte a secas, unidos fraternalmente bajo la misma bandera, al igual que se considera que las barreras de clase desaparecen bajo el mismo uniforme militar. Tal es, sumariamente expuesta, la tesis de la colaboración entre las clases a través del deporte. En Francia, el *Ensayo de doctrina de los deportes,* conocido como «doctrina Borotra», antiguo ministro de la Juventud en el régimen de Vichy, es el que mejor la ha sintetizado. Como lo afirma muy justamente J. Meynaud, esta doctrina, «que representa una expresión notable de la ideología deportiva en el régimen capitalista»,[97] no ha «propuesto otra cosa que situar a la actividad deportiva al servicio de la asociación capital-trabajo»,[98] ideología oficial del gaullismo para la «participación» y «cl conjunto de accionistas obreros». Muchos rasgos caracterizan a esta doctrina capitalista. Por una parte, el deporte es concebido como un medio «neutro» de «diálogo entre las clases»; por otra, el deporte asegura la compensación de las sevicias y perjuicios físicos y mentales implicados en la organización capitalista del trabajo industrial; finalmente, el deporte permite la integración ideológica del obrero en «su» empresa. Pero leamos con atención el texto: «el trabajo profesional implica, muy a menudo, muchos elementos de enclaustramiento, de deformación y de desequilibrio que exigen un esfuerzo positivo, pero que requieren asimismo un esfuerzo correctivo y compensatorio indispensable. La actividad deportiva surge entonces como necesaria para preservarla salud y el equilibrio del aprendiz y del joven trabajador. Y tiene incluso un carácter preventivo que acentúa la responsabilidad de la empresa en cuanto al adecuado estado físico de sus jóvenes empleados... Es interés de todos —evidentemente— el favorecer un mayor bienestar, una mayor soltura en el trabajo y una disminución de la fatiga nerviosa de los trabajadores, contribuyendo asimismo a *mejorar las relaciones humanas entre los miembros de la empresa y asegurar la mejor prevención de los*

---

93 J. MEYNAUD. *op. cit.,* p. 235.
94 *Ibidem,* p. 243.
95 F. HAMMER, *Op. cit.,* p. 34.
96 J. MEYNAUD, *op. cit.,* p. 233.
97 J. MEYNAUD, *op. cit..* p. 144.
98 *Ibidem,* p. 149.

accidentes».[99] «Ahora bien, un buen equilibrio físico, logrado mediante la práctica de deportes, es seguramente uno de los medios eficaces para conseguirlo. El esparcimiento de los juegos del estadio es necesario para compensar la fatiga de la fábrica o del despacho».[100] El deporte es presentado así como una «terapia de la fatiga», como un medio de borrar los resentimientos y los malestares provocados por las cadencias infernales, el cronometraje, la inseguridad del puesto de trabajo, el control de entrada y salida humillante y los mandos intermedios. Por consiguiente, la patronal espera obtener mayor productividad gracias a una mejor utilización deportiva de su «capital variable», o sea de sus asalariados, y gracias a una mejora de las relaciones humanas en la empresa, es decir, gracias a un «suplemento de alma deportista» en la fábrica. En una época en que se asiste al florecimiento de los secuestros, los sabotajes, las «huelgas intermitentes» y «salvajes», las ocupaciones obreras (LIP), en suma, un renacimiento masivo de lo que Gramsci denominaba «la insolencia obrera», los ideólogos deportivos se proponen ingenuamente aplicar una terapia deportiva a la violencia de los conflictos en la empresa.

Pero el carácter propiamente reaccionario reside sobre todo en la idea de que la empresa es un lugar de cultura en el que la práctica del deporte permitirá la expansión de la personalidad. «A su salida de la escuela, el adolescente —si no puede proseguir sus estudios en la enseñanza superior técnica o profesional— es tomado a cargo por la empresa. Aprendiz o joven trabajador, se halla en una edad en la que su personalidad no se ha delineado totalmente todavía, en la que la influencia de la familia tiende a disminuir y en la que cesa la acción benéfica de la escuela. La empresa es el único cuerpo social que aún detenta una real —una cierta— autoridad a su respecto».[101] Obsérvese la problemática profundamente integracionista de este tipo de actitud ideológica. La empresa es presentada como una estructura de acogimiento, como una institución que se encarga del adolescente para completar su «personalidad». La empresa es definida como un lugar «de autoridad» respecto del adolescente. ¡Qué confesión, por cierto! El empresario, debido a su derecho de propiedad privada sobre el capital constante y variable, puede despedir, reducir el paro, trasladar de puesto, disminuir las primas, aumentar los ritmos de producción, disminuir los salarios, acorralar a los militantes sindicales o políticos, aumentar el tiempo de trabajo, y todo esto nada más que por el único hecho de la buena gana del príncipe, de su «autoridad», que puede ejercer arbitrariamente. A partir de aquí se concibe que la empresa sea una fábrica de autoridad y de disciplina. «Esta situación privilegiada —prosigue el *Ensayo de doctrina*— impone al empleador el deber de continuar la acción de la familia y de la escuela y ayudar a la expansión del joven, es decir, su formación profesional, a su desarrollo armónico y, en especial, al *acabamiento de su educación física y deportiva»*,[102] «El marco natural para tal práctica es, por supuesto, la propia empresa». Por lo tanto, en la empresa es donde el adolescente podrá completar su formación física, intelectual o profesional. Después del Estado y el ejército educadores se halla «la fábrica pedagógica». J. Meynaud —siempre él— ha sabido mostrar el lado paternalista de semejante doctrina: «la misma retoma —dice—, sin la menor veleidad de espíritu critico, las soluciones preconizadas o empleadas por los sostenedores de la integración de los trabajadores en la empresa (incluso la creación de asociaciones inter-empresariales que agrupan a los establecimientos geográficamente vecinos). Si existe realmente una manera neocapitalista de encarar el funcionamiento social de la empresa, esta relación constituye una muy buena ilustración de ello».[103]

El sueño de la patronal es, evidentemente, una clase obrera deportista, leal, *fair play*, que acepte las reglas del juego de la explotación libremente consentida por el contrato de trabajo. Por otra parte, resulta sintomático que la patronal intente transformar las relaciones industriales siguiendo el modelo deportivo, es decir, imponiendo un contrato, un «terreno de juego» legal, unas reglas aceptadas por los «compañeros Socios». La lucha de clases queda entonces convertida en combate de boxeo o de «catch» con sus «rounds» de tanteo, sus *forcings*, sus «k.o.» y sus «golpes bajos». Existe asimismo un árbitro entre los interlocutores deportivos: el Estado y sus representantes o inspectores de trabajo. Esta concepción deportiva de las relaciones sociales, industriales, se ha afianzado profundamente en la conciencia patronal desde que surgió la idea de la participación y de la política contractual. El contrato de progreso es, en realidad, un acuerdo entre jugadores diferentes que aceptan unas cláusulas restrictivas, unas reglas de juego comunes y un arbitraje

---

99 Essai de doctríne du sport, op. cit., pp. 41 y 50.
100 *Ibidem*, p. 59.
101 *Ibidem.* p. 41.
102 *Ibidem*, p. 41.
103 J. MEYNAUD, *op. cit.*, p. 149.

imparcial. Tal concepción del mundo deportivo, escribe A. Gramsci, «concibe el desarrollo histórico como una competición deportiva con su árbitro y sus reglas preestablecidas a las que, lealmente, hay que respetar».[104] De hecho, muchas grandes empresas han constituido equipos empresariales que disponen, por lo general, en el marco de los comités de empresa y con la ayuda dc los sindicatos nacionales, de ventajas diversas (tiempo libre, etc.). «Evidentemente —dice J. Meynaud— es posible interrogarse sobre la posibilidad de solucionar "el buen humor social" (Coubertin) o si simplemente se trata de disimularles a los trabajadores las contradicciones del régimen capitalista. Con todo, el hecho es que numerosas empresas, generalmente de la categoría de las firmas de gran dimensión, han considerado desde hace mucho que había aquí una carta a jugar para obtener un mejor estado de espíritu en las relaciones de trabajo. Tal fue el caso en Francia para la gran patronal de las minas y los ferrocarriles, para muchos establecimientos del Este, para Michelin y la compañía del metropolitano, etc.».[105]

La función integradora del deporte fue claramente advertida por numerosos empresarios que comprendieron que la práctica deportiva era un medio adecuado para obtener esta actitud positiva hacia la empresa gracias al sentimiento de pertenencia colectiva. «En una época —escribe Karin Helge Kemter— en la que una gran parte de los trabajadores no encuentra ya satisfacción en el trabajo como consecuencia de la tecnificación y de la automación crecientes, en la que el individuo ha tenido que especializarse y ha dejado de ser miembro de una comunidad de trabajo, surgen fácilmente sentimientos de insatisfacción y de soledad. En la comunidad del deporte, los miembros de la empresa pueden aprender a conocerse, a encontrar muchos colegas, a tener ocasión para anudar relaciones. Si este espíritu de equipo es transferido al trabajo en la empresa, puede nacer una *comunidad empresarial* a la cual pertenecen unos hombres que han adquirido, en la práctica deportiva, cualidades de decisión. Tomarán decisiones y podrán contribuir, en la empresa, a formar opinión. Hombres que saben que son tomados en serio, que cuentan, cumplirán de buena gana su trabajo y *su capacidad de rendimiento aumentará otro tanto:* el absentismo se hará más raro, *su actitud hacia ¡afirma será más positiva y la productividad de conjunto será mayor comparativamente con las empresas que no hacen practicar el deporte».*[106] Por consiguiente, el funcionamiento de una empresa industrial depende de la integración social e ideológica de sus empleados, integración de la que se espera que evite la explosión de los conflictos sociales, la fluctuación del ausentismo y las bajas de productividad. El deporte es uno de los medios ideales para conseguir estos objetivos, porque está investido de un valor positivo, neutro, reconocido por todos. Así pues, el deporte es en la empresa un medio de colectivización y de unión entre los «compañeros socios». Es un factor de agrupamiento ideológico. Como escribe G. Vinnai: «practicar deporte con colegas y empleados crea un sentimiento de pertenencia colectiva que ayuda a *disimular el antagonismo* fundamental entre los intereses del capital y los del trabajo y que puede eliminar así los conflictos y las tensiones resultantes de ese antagonismo. Las comunicaciones durante la práctica del deporte permiten conocerse, reducir las fricciones en el lugar de trabajo y, en consecuencia, favorecen una cooperación más armónica. Esta influencia, ejercida sobre los asalariados en el sentido de la ideología de la «comunidad empresarial» y del *fair play* de los «compañeros socios», aumenta su disposición a dejar que se planifiquen sus posibilidades y sus conocimientos según los intereses del capital».[107] El deporte de empresa es tan importante para el gran capital, que éste no duda en integrar los costes del deporte empresarial, al igual que los otros gastos sociales (guarderías, colonias de vacaciones, árboles de Navidad, etc.), en el cálculo económico de los gastos de funcionamiento.

Hemos visto ya numerosas veces que el deporte era el *desdoblamiento simbólico del universo capitalista de las relaciones de producción industriales.* El sueño de los ideólogos deportivos de la patronal consiste evidentemente en sistematizar y consolidar este desdoblamiento deportivo del trabajo. «Los partidarios de la pacificación social mediante el deporte —dice J. Meynaud— adoptan implícitamente la tesis del desdoblamiento cuando declaran que la conquista del triunfo en el estadio puede compensar un estado de subordinación en las relaciones de trabajo. Esta hipótesis acaba admitiendo que el mismo hombre atestiguará, según los sectores, iniciativa o pasividad, sentido del mando y propensión a la obediencia. Se podría ser llevado a afirmar que tal situación es inevitable en tanto vivamos en un mundo en el que la estructura de las

---

104 Citado por D. GRISONI y R. MAGGIORI, *Lire Gramsci,* Editions Universitaires, Paris, 1973, p. 140.

105 J. MEYNAUD, *op. cit.,* p. 236.

106 K. H. KEMTER, «Betriebssport-freiwillige Sozialleistung der Unternehmer oder gewinnbringende 1nvestition?», en *Die Leibeserziehung,* febrero de 1970, p. 46.

107 G. VINNAI, *Op. cit..* p. 52.

relaciones sociales hace imposible reconciliar al hombre con todos los medios a los que pertenece (en especial el ámbito de trabajo)».[108] Al fin de cuentas, lo que la patronal busca al hacer practicar actividades deportivas competitivas a sus asalariados es, por una parte, beneficiarse de los efectos ideológicos generales del deporte (nacionalismo, chauvinismo, docilidad, etc.), y, por otra, mejorar la productividad y las relaciones sociales en la empresa; en otras palabras, calmar el ardor reivindicativo de los obreros para estimular su ardor por el trabajo. Un teórico yugoslavo, Miro Mihovilovic, señala que «el ejercicio físico asegura la compensación y la corrección de las consecuencias de la uniformización del trabajo..., *aumenta las disposiciones hacia el trabajo,* facilita las manipulaciones dificultosas y, *por lo tanto, aumenta indirectamente ¡a productividad...* Desarrolla la sociabilidad y toda una serie de cualidades sociales y humanas que mejoran las relaciones entre los hombres».[109]

En una época en la que la búsqueda de la productividad y de la competitividad se ha vuelto vital para la supervivencia de una empresa, la patronal procura aumentar la exacción de la plusvalía relativa por todos los medios. En el interior lo hace mediante la organización racional, taylorizada, del trabajo; en el exterior, mediante tiempo libre de recuperación, distracciones y actividades deportivas recreativas. Pero el interés esencial de la patronal es la *colaboración de clase institucionalizada en el campo de juego e interiorizada en los espíritus.* P. de Coubertin es el gran iniciador de esta doctrina. «Lo importante —decía a propósito de los contactos y el diálogo entre la patronal y la clase obrera— no es, como se repite sin motivo, un contacto material del que, actualmente, no podría resultar ningún acercamiento mental: *si lo es, más bien, la identidad por medio del placer experimentado.* Lo esencial consiste en que la juventud burguesa y la juventud proletaria abreven en la misma fuente de alegría muscular; lo accesorio, actualmente, es que se encuentren ahí. De esa fuente resultará, tanto para una como para la otra, *el buen humor social,* único estado de alma que puede autorizar para el futuro la esperanza de colaboraciones eficaces».[110]

De este modo, Coubertin pregonaba la colaboración de clases mediante el deporte, ideología típica de la burguesía industrial. Tal era su respuesta a la «cuestión social», como se decía entonces. Pero, más profundamente, el deporte era para Coubertin un medio de masificación nacionalista, un crisol ideológico que permitía la fusión de todas las clases sociales en un mismo molde. El deporte se convertía para Coubertin en una misión nacional que explicó del siguiente modo, sobre todo inmediatamente después de la derrota frente a Prusia en 1870: «volveré a endurecer a una juventud apática y limitada, a su cuerpo y su carácter, mediante el deporte, con sus riesgos e incluso sus excesos. Ampliaré su visión y su entendimiento mediante el contacto con los grandes horizontes siderales, planetarios, históricos, sobre todo los de la historia universal que, generando el respeto mutuo, se convertirán en un fermento de la paz internacional práctica. Y todo esto sin distinción de nacimiento, casta, fortuna, situación, oficio».[111]

Ante el examen de todos estos hechos y opiniones que resultaría muy fácil ampliar si no quisiéramos sobrecargar este trabajo con un arsenal de citas ya demasiado numerosas, se concibe que el deporte es efectivamente un *instrumento ideológico en la lucha de clases,* más exactamente un medio para proponer la colaboración entre clases en el ámbito del tiempo libre, campo en el que la explotación de clase no es tan evidente como en la empresa. Retomaremos todavía una vez a J. Meynaud para nuestra conclusión provisoria: «tal función (la del deporte) puede en realidad cumplir muchos papeles: desviar la atención de los ciudadanos de una situación política fastidiosa, o de problemas a los que los gobernantes no son capaces de hacer frente; incitar a los trabajadores a la colaboración de clase y, como mínimo, al olvido de la explotación que les inflige la empresa capitalista; servir dc exutorio a unas tendencias latentes hacia la violencia y la agresividad (importancia, a este respecto, del chauvinismo local o nacional); adormecer la opinión y, en cualquier caso, llevarla a subestimar determinados peligros (los juegos de 1936 como manifestación aparente de la voluntad pacífica de los dirigentes hitlerianos); contribuir a la desaparición de la experiencia histórica reciente (estragos causados por el nazismo)».[112]

---

108 J. MEYNAUD, *op. cit.*. p. 254.
109 M. MIHOVILOVIC, L´Homme Sain, núm. 3, Burdeos, 1963, p. 47.
110 P. DE COUBERTIN. *Pédagogie sportive,* Librairie Vrin, Paris, 1972, p. 145.
111 Ibidem, p. 52.
112 J. MEYNAUD. *op. cit.*. p. 265.

3. LA FUNCIÓN PSICOLÓGICA MASIVA DEL DEPORTE: DEPORTE Y CANALIZACION DE LA ENERGIA SOCIAL MASIVA

El deporte es un notable factor de manipulación de los afectos masivos. Algunos sociólogos, en efecto, han presentido que el deporte, en tanto que conjunto de representaciones sociales, de comportamientos y de valores reconocidos, constituía un elemento regulador y estabilizador de los afectos masivos. El deporte es un factor de *canalización social de las energías.* Permite la inversión masiva e inofensiva de toda una energía residual que, de otro modo, buscaría otras vías de realización. Como lo señala el *Ensayo de doctrina,* el deporte «aporta al niño una compensación que neutraliza o canaliza su tendencia natural a la inestabilidad, la agresividad e *incluso la violencia*».[1]

Esta función de transformación de la energía, de catarsis, de trasmutación es lo que querríamos analizar, ya que pensamos que es una de las funciones más importantes del deporte en una sociedad desgarrada por los antagonismos sociales y en la que la energía agresiva se ha convertido, como lo ha señalado Freud, en una verdadera entidad histórica.

Hay que observar, ante todo, que el espectáculo deportivo es una verdadera *fábrica de sentimientos masivos.* El deporte «maquina» afectos de multitud, es una «producción sentimental masiva». Hemos señalado ya que el espectáculo deportivo era ocasión para una inversión de todos los sentimientos humanos. En realidad, el espectáculo deportivo es una institución social que permite la producción y la descarga de los sentimientos por parte de la masa.

Si se sigue a Sartre, el tipo de agrupamiento social por excelencia es la «*serialidad*», es decir, el aglutinainiento numérico de los átomos sociales, la colección, el aglomerado anónimo. Ahora bien, la serialidad es el modo de ser de la masa atomizada. Ella es la que se encuentra esencialmente alrededor de un campo de fútbol, de un estadio de rugby o de un ring de boxeo. Los múltiples individuos que allí se encuentran están reunidos, como dice Sartre, «en la alteridad». Su único interés común se halla en el espectáculo. A este respecto es preciso señalar la tonalidad afectiva particular que colorea las relaciones de los espectadores entre sí. La multitud deportiva es un *bloque de anonimato* que fusiona una pululación de sentimientos individuales, de múltiples miradas apasionadas. Los seguidores, los *tifosi,* se ignoran perfectamente. Existe entonces una especie de alienación experimentada entre la gente al mismo tiempo que una especie de complicidad familiar. Se intercambian opiniones seudo-técnicas, se grita a la par, se comenta, se vibra al unísono; en suma, se está cretinizado. La *serialidad deportiva* es la expresión más perfecta de esa cretinización masiva que se apodera de las multitudes ante un espectáculo deportivo.

La expresión más perfecta de la serialidad casi espacial de la multitud deportiva nos está dada por las hileras de espectadores a lo largo de las carreteras por donde pasan las carreras ciclistas. Alineados sin conocerse, los espectadores esperan la caravana publicitaria como las amas de casa forman cola en espera de la apertura de la tienda. La multitud deportiva es, en tanto que serialidad, un modo de ser en un conjunto compacto que hace las veces de socialización, de sustitución como los bares y cafés. L. Mumford ha sabido ver esta socialización serial ante el espectáculo deportivo. Esta serialidad es la del *mimetismo social.* «La carrera o el juego —dice— se efectúan en un marco de espectadores *estrechamente masificados.* Los movimientos de esta masa, sus gritos, sus cánticos, sus estímulos son el acompañamiento constante del espectáculo... Generalmente privado de cualquier asociación física estrecha debido a su trabajo impersonal, él (el espectador) está ahora confundido en un *grupo primitivo indiferenciado.* Los músculos se contraen o se dilatan en el transcurso del juego, su respiración se acelera o disminuye, sus alaridos aumentan la excitación del momento... En los momentos de frenesí golpea en la espalda de su vecino o abraza a éste».[2]

El deporte juega un papel masivo importante en las sociedades capitalistas avanzadas o burocráticas de Estado. El deporte es una institución que juega un *papel de tapón y de válvula.* Periódicamente, el sistema permite que las masas se reúnan, pataleen, griten y, para decirlo todo, se «liberen». Se observará, por otra parte, que en las sociedades en las que los regímenes son más opresivos y dictatoriales, las manifestaciones deportivas masivas son más importantes y numerosas. En las sociedades en las que las manifestaciones

---

1 *Essai de doctrine du sport*, p. 23.
2 L. MUMFORD. *op. cit.*. p. 263.

políticas masivas están prohibidas es donde las manifestaciones deportivas son más importantes. Se establece entonces una especie de *ósmosis social* entre manifestaciones políticas, sociales y deportivas.

Por consiguiente, las manifestaciones deportivas son una forma de canalización de la energía masiva hacia unas instituciones de orden. Las manifestaciones deportivas no sólo respetan el orden establecido, sino que instauran su propio orden. Además, se desarrollan casi siempre bajo la protección de las fuerzas del orden. En otras palabras, constituyen una válvula de seguridad, socialmente controlada, para la ebullición posible de las masas. Por otra parte, los espectáculos deportivos, debido a su disposición interna, enseñan a las masas a respetar el orden. Ellos mismos son la encarnación visible del orden social y político establecido.

De esta función se desprende otra característica importante. Debido al hecho mismo de que las manifestaciones deportivas tienden a suplir las manifestaciones políticas, tienden asimismo a politizarse cada vez más. Resulta interesante señalar que las grandes manifestaciones deportivas, que, en opinión de los propios organizadores, querrían ser apolíticas, han «degenerado» en foro político (México: los negros americanos alzan el puño del Black Power; Munich, los palestinos hacer valer su derecho nacional asesinando a los atletas israelíes; etc.).

En deporte, como en efecto lo dice todavía J. Meynaud: «la multitud se inflama más allá de todo control».[3] El deporte es un medio masivo institucionalizado y lícito que permite que la masa descargue su exceso de energía, vacié su resentimiento, sus frustraciones y sus decepciones. El deporte es la institución moderna tipo del desencadenamiento controlado (relativamente) de los afectos y emociones masivos. En ocasión de las ceremonias de apertura, ya no resulta raro que la multitud reunida «se ponga en condiciones» y haga «subir la temperatura» emocional entonando los himnos nacionales, los gritos de guerra y vociferaciones de aliento. Esto es muy claro en oportunidad del Torneo de las Cinco Naciones en rugby. Los galeses y escoceses son particularmente *especialistas* en este tipo de demostraciones.

En la Era Moderna, el deporte es, entonces, un gran catalizador masivo de los sentimientos. En el ámbito de la retención y de la descarga de la agresividad es, sobre todo, donde los sociólogos han observado el papel de «catarsis» del deporte. El problema de la sublimación, de la violencia agresiva, física, muscular es, como Freud lo ha demostrado, la gran cuestión de la sociedad que descansa en la sublimación de los impulsos. Ahora bien, los teóricos del deporte han subrayado, todos, el valor catártico del deporte. Para algunos, incluso, el deporte surge como el medio pacífico que suplanta la violencia guerrera para descargar la agresividad humana. El *Ensayo de doctrina de los deportes;* en el estilo que le es propio, señala esta función del deporte: «el notable espectáculo que constituye con suma frecuencia la alta competición, debido al carácter estético que extrae de la perfección y de la armonía de gestos, el clima dramático que nace de la intensidad, de la incertidumbre y de la nobleza de la lucha, cumple una función de distracción y de solaz. Adquiere así un alcance social. La comunicación que se establece entre el actor y el espectador crea entre ellos una solidaridad manifiesta. Ambos participan en la competición; experimentan las mismas emociones, conocen las mismas alegrías. *El espectáculo deportivo es el drama popular moderno, permite que las pasiones y los instintos inhibidos se liberen sin peligro ni mala conciencia, los depura, al igual que las representaciones dramáticas en general, pero con intensidad multiplicada».*[4] Puede advertirse que el *Ensayo de doctrina* establece, por una parte, que el espectáculo deportivo es el espectáculo popular de hoy debido a su intensidad dramática, y, por otra parte, que el deporte es actualmente la terapéutica social por excelencia. Permite depurar, evacuar el «mal objeto» en términos kleinianos, es decir, la parte oscura y, por decirlo así, peligrosa. El deporte es la higiene masiva, el *chimney swipping* colectivo.

a) La masa en fusión: la fiesta mística emocional

Un último punto sobre el que querríamos insistir, porque generalmente ha sido silenciado por los sociólogos del deporte, es la importancia del ambiente emocional de los grandes espectáculos deportivos, que hace que entren en fusión vastas masas y, más exactamente, que se pongan en estado de ebullición efectiva. Una de las características esenciales del espectáculo deportivo moderno es precisamente la puesta en escena de vastas y elementales emociones colectivas que conmueven a las masas. El espectáculo deportivo es popular y

---

[3] J. MEYNAUD. *op. cit.*. p. 241.
[4] *Essai de doctrine du sport*. p. 71.

primario en cuanto que toca inmediatamente debido a la simplicidad de los sentimientos que libera y pone en juego. El universo emocional deportivo es simple porque es *dualista*. El Bueno y el Malo, la alegría y la decepción, el triunfo o el resentimiento coexisten y se suceden.

Una de las motivaciones esenciales del éxito de los espectáculos deportivos está dada por la ocasión de una reunión multitudinaria, de una comunidad en la emoción masiva. La gente acude a tomar su dosis de baño de multitud, de una solidaridad elemental, alrededor de un espectáculo dramático. Como lo recuerda G. Magnane: «para cualquiera que haya asistido a un encuentro internacional de fútbol o a una final de los. Juegos Olímpicos, o simplemente al enfrentamiento de dos equipos locales en el país del rugby, es evidente que el espectador alcanza muy pronto ese máximo de intensidad, de participación, de fuerza de atracción y de profundidad, de fusión en el Nosotros al que Gurvitch designa mediante el término de comunión».[5] Ese Nosotros deportivo abarca a los deportistas a la vez que a sus partidarios. El espectáculo se ordena alrededor de una amplia producción escalonada de sentimientos y de emociones. Un buen espectáculo deportivo es precisamente aquel que permite que la masa reunida recorra toda la gama de sentimientos, desde el recogimiento silencioso de la audición de los himnos nacionales hasta el vuelco del transcurso del juego pasando por la espera ansiosa. *El espectáculo deportivo es una máquina de producir emociones fuertes para todo el mundo.*

Entre el público-deportista y los atletas que se exhiben se establece *una especie de contrato de emoción.* Los deportistas tienen que proveer a los espectadores una suma implícitamente convenida de descargas de adrenalina. Igualmente, los deportistas exigen al público que sea un buen público, un buen *sismógrafo afectivo.* Como lo señala O. Magnane: «los deportistas reconocen que un buen público los ayuda a superarse, mientras que un público frío les molesta».[6] Ahora bien, esta relación de reciprocidad afectiva entre el público y sus deportistas es lo que explica la profundidad de la fusión masiva. «Esta simbiosis afectiva — dice todavía O. Magnane— que se crea entre actores y espectadores alcanza una intensidad que es un rasgo especifico del espectáculo deportivo».[7]

Esta masa en fusión es la que, en nuestra opinión, es terreno propicio para todas las propagandas reaccionarias y místicas del fascismo. Uno de los principios esenciales del fascismo consiste en el agrupamiento gregario alrededor de un espectáculo de propaganda. La masa en trance, fascinada por el espectáculo grandioso de la parada del Führer, no es esencialmente diferente de la horda de los partidarios de un equipo que, exultantes y vociferantes, invaden el campo de juego para acercarse a sus ídolos. Tanto en un caso como en el otro, se trata de una mistificación colectiva, de una necesidad de identificación represiva con un modelo autoritario o con un jefe.

Este *«fluido masivo»* emana espontáneamente de la masa y provoca el trance motriz y emocional propio del espectáculo deportivo de multitudes. La emoción y el ambiente colectivo, que aumentan de intensidad proporcionalmente al número de espectadores, se desprenden de la multitud que busca sentirse masa en una misma emoción. O. Magnane escribe justamente: «este entusiasmo se expresa espontáneamente mediante el grito y alcanza muy pronto y con suma frecuencia un paroxismo impresionante. Quien nunca haya mezclado su voz a la enorme de las masas humanas densas, cargadas y hormigueantes del estadio no tiene ningún medio de acceso a las significaciones profundas del deporte. Cuando se alza este largo clamor que, poco a poco, se organiza en un canto de alegría amplio como un mar que truena, se arremolina y borbota, resulta imposible no sentir que es allí, bajo el cielo, mucho más que en la más amplia sala de espectáculos del mundo, donde se cumple de hecho la catarsis colectiva».[8]

El espectáculo deportivo asocia ante todo a unas masas en fusión a una vasta colectividad emocionada. Esta experimenta de inmediato ese «sentimiento oceánico» de que habla Freud, esa ola multitudinaria que Magnane compara a las tumultuosas agitaciones del mar. Ocurre que el vasto e impresionante rumor, pesado y sordo, recuerda realmente los fragores del mar. Dos reseñas parecen sugerirlo así. «El gran estadio de

---

5 O. MAGNANE. *op. cit.,* p. 94.
6 O. MAGNANE. *op. cit.,* p. 95.
7 *Ibidem*. p. 95.
8 G. MAGNANE, *op. cit.,* p. 97.

donde sube el rumor de un océano»,[9] escribe J. Lacouture en *Le Monde*, y en el mismo periódico dice R. Pointu: «el sonido del mar que llena el estadio se ha encrespado».[10]

Nosotros pensamos, retomando las intuiciones de Freud en *El malestar de la cultura*, que este sentimiento oceánico satisface la profunda tendencia narcisista masiva que incita a los individuos a sumergirse en el gran Todo, ese gran cuerpo humano totalmente cálido y palpitante que es una multitud ruidosa. Ese sentimiento oceánico es, creemos, el sustituto de la religión, de esa necesidad irreprimible de sentirse ligado a un gran Todo como lo había visto H. Bergson *(Las dos fuentes de la moral y de la religión).* Tal como dice Freud a propósito del sentimiento oceánico: «Se trataría entonces de un sentimiento de unión indisoluble con el gran todo y de pertenencia a lo universal».[11]

b) ***La nostalgia de la comunión: la juventud por el poder***

Existe todavía otro aspecto del extraordinario éxito del deporte de masas. En el deporte, el espectador vive por delegación una especie de comunión en la «fiesta de la juventud y del músculo». Los espectadores que asisten a un espectáculo deportivo asisten a uno de sus fantasmas favoritos: el ser conjuntados con la exuberancia, el placer de vivir en la excitación y el exceso, en el jaleo, en la fiesta.

Esta necesidad *de fiesta colectiva*, muy a menudo inconsciente, es la necesidad de una vida auténtica, de una vida comunitaria. La fiesta popular casi no aparece sino como puesta en escena espectacular del aparato estatal (14 de julio) o del capital comercial (Navidades). El propio sentido de la fiesta popular tiende a perderse. Ahora bien, el deporte ofrece la ocasión para esas grandes reuniones populares o, como dice M. Bouet, «de comunión colectiva, ligadas al aspecto de ceremonias, que adquieren determinadas grandes manifestaciones deportivas, así como a su aspecto de fiesta».[12] Esta comunión colectiva es la de todos los «infra-hombres conscientes de su infra-humanidad», la de todos los que viven por delegación o por poder. L. Volpicelli señala pertinentemente: «el deporte libera (al individuo) de su papel acostumbrado que consiste en recibir órdenes y ejecutarlas automáticamente en el aniquilamiento absoluto de su yo. Cuando se encuentra rodeando la arena deportiva, el espectador tiene la ilusión de ser útil para algo, de adquirir iniciativa propia».[13] Bouet señala también, de manera dubitativa: «pero esta reunión de espectadores alrededor de la pista o del campo de juego, si en buena parte es comunión vibrante en el culto del deporte y de sus valores de eficacia y de belleza, ¿no es, por otra parte, *asociación en la impotencia de aquellos que acuden a ver lo que no pueden hacer*, bien porque les faltan los medios físicos exteriores, financieros, bien porque carecen de valentía?».[14] Nos parece que el espectáculo deportivo reúne a esos miles de «pequeños hombres» según la fórmula de W. Reich, deprimidos y alienados en su existencia cotidiana, que se otorgan una razón de ser en un instinto común para proezas que jamás podrán realizar. Desde este punto de vista, el deporte, como aspiración de masas, nos parece la manifestación, el signo de un empobrecimiento de la población. El espectáculo deportivo está destinado a dar vigor a *una* población deprimida y pauperizada como consecuencia de sus condiciones de vida cotidianas. En este sentido se lo puede calificar como opio del pueblo,

e) La sublimación deportiva de la agresividad

Todos los ideólogos del deporte siguen pretendiendo que el deporte es un medio de preservar la integridad física de los trabajadores en la medida en que permitiría que el cuerpo se desarrollase libremente. Esto es subrayado una vez más por el *Ensayo de doctrina:* «en efecto, el deporte es hoy más necesario que nunca. Los progresos de la ciencia y de la técnica, el desarrollo de la máquina, la división del trabajo, la concentración urbana y las condiciones de vivienda, el aumento del tiempo libre y el mejoramiento de los niveles de vida han alterado la existencia del trabajador. La civilización técnica da nacimiento en ella a una creciente necesidad de movimiento, la necesidad de una *actividad física compensatoria*, de un juego que sea

---

9 *Le Monde* del 3 y del 4 de septiembre de 1972.
10 *Le Monde* del 2 de septiembre de 1972.
11 S. FREUD. *Malaise dans la civilisation.* PUF, Paris, 1971, p. 57.
12 M. BOUET, *op. cit.,* p. 318.
13 L. VOLPICELLI. Spectacle sportif et sport. op. cit.. p. 218.
14 M. BOUET, *op. cit.*, p. 519.

fuente de esparcimiento y de distracción». Y más adelante: «en efecto, el deporte aporta al hombre el esparcimiento compensatorio necesario para preservar su equilibrio nervioso y su integridad física».[15]

En semejante situación, la energía muscular agresiva no encuentra salida, y esto tanto más cuanto que el trabajo industrial moderno exige movimientos precisos y disciplinados. Entonces se justifica la función compensadora del deporte, que es la institución socialmente necesaria de transformación «pacífica» de los excedentes de agresividad. *El deporte es una maquinaria de sublimación de la agresividad.* Es, como lo sugiere O. Magnane, «una cultura del instinto agonal».[16] Esta cultura se constituye esencialmente en dos formas. Por una parte, la cultura deportiva elabora un *sistema simbólico de violencia ritualizada* y, por lo tanto, socialmente licita. El código deportivo, con sus representaciones colectivas, constituye esencialmente un «tratado de *savoir-vivre»* físico. Toda la organización deportiva, toda su arquitectura institucional representan un esfuerzo simbólico para circunscribir, delimitar, pacificar y canalizar la violencia. El reglamento juega asimismo un papel de pantalla. La reglamentación de las embestidas y las patadas en futbol, en rugby o de golpes en los deportes con enfrentamiento directo es instructiva a este respecto. El carácter ceremonial y ritual del deporte se inscribe en este esfuerzo para dominar la violencia. Mediante sus eslóganes, su banderas, su aparato de selección y de competición en el terreno de las oposiciones interregionales, internacionales, el deporte se convierte en el verdadero motor de la agresividad a la que le otorga la forma de la competición.

El deporte canaliza la agresividad proteiforme, natural, impulsiva por las vías dc la competición institucionalizada. La agresividad resulta canalizada no sólo en unos movimientos competitivos culturalmente valorados, sino también en unos lugares institucionales. Como lo afirma A. Redna: «el ámbito del deporte, ese desaguadero del instinto de agresividad, de los impulsos agresivos..., es también una organización institucional..., de canalización del instinto de agresividad». «El encuentro deportivo, con su campo delimitado, su reglamentación arbitrada, su duración cronometrada, sus imperativos circunstanciados, constituye un espacio-tiempo en el que ese impulso interno logra exteriorizarse, satisfacerse en una actividad gratuita, es decir, sin consecuencias ulteriores, ya que tiene su objetivo y su finalidad en el campo de juego».[17]

Por otra parte, el deporte expresa *una normatividad muscular* que ha sabido señalar Magnane: «el deporte —dice—, concebido como un juego que apunta esencialmente a la competición, ofrece *un medio lícito de reaccionar ante la fascinación de la violencia»*.[18] El deporte constituye entonces una institución social que permite la alquimia de la agresividad; ésta, mediante el deporte, es puesta al servicio del trabajo cultural bajo una forma autorizada. El deporte es entonces una institución, una *maquinaria de sublimación de la agresividad.* Como afirma M. Klein: «es un medio que permite eliminar grandes cantidades de agresividad y de sadismo e incluso eliminarlos por vías físicas: hablo del deporte. Así es como pueden efectuarse ataques contra el objeto odiado de una manera socialmente autorizada; al mismo tiempo, el deporte sirve de compensación a la angustia, ya que le prueba a quien lo practica que no sucumbirá ante el agresor».[19] En este sentido, el deporte ofrece un sistema de convenciones sociales de utilización de la agresividad, de normas de comportamiento. Como dice todavía Magnane: «la actitud americana respecto al fútbol atestigua una imperiosa necesidad de definir, de limitar y de someter a unas convenciones el simbolismo de la violencia en los deportes».[20] El simbolismo deportivo, que es asimismo un simbolismo de la competición, es sobre todo un conjunto de representaciones, de normas, de modelos de violencia lícita. Esta realidad surge muy bien en los deportes de combate, en los que los golpes, las tomas, los quites, etc., están codificados con meticulosidad. Cuanto más peligrosos son los deportes de combate, más reprimidos y normalizados de manera rígida están los movimientos. Conviene señalar que estos deportes instauran la más poderosa capa simbólica de ceremoniales y rituales. Esta función normativa fue subrayada por H. Adam al afirmar que *«el deporte instaura modelos de brutalidad eficaces y plausibles paro las masas».*[21] La cuestión de la *sublimación de la agresividad* surge en una sociedad que sostiene una actitud contradictoria respecto a la violencia y la agresividad. En efecto, las manifestaciones más elementales de esta sociedad, que ofrece como

---

15 *Essai de doctrine du sport, op. cit.*, p. 19.
16 O. MAGNANE. *op. cit..* p. 23.
17 A. REONA. «Sport et agressivité», en *Partisans,* núm. 43, «Sport, culture et Paris, julio-septiembre de 1968, p. 91.
18 O. MAGNANE, *op. cit.*, p. 35.
19 M. KLEIN, *Essais de psychanalyse.* Payot, París, 1967, p. 225.
20 G. MAGNANE, *op. cit.,* p. 25.
21 H. ADAM, «Leibeserziehung als ideologie», *en Das Argumet,* cuaderno 40, Berlin, 1966, p. 404.

espectáculo su agresividad, están inficionadas por una violencia bárbara (guerra, masificación terrorista, campos de concentración, hospitales psiquiátricos en la URSS, etc.). Los medios de comunicación de masas ostentan complacientemente el espectáculo totalmente «palpitante» de esta violencia inhumana. Al mismo tiempo, y por reacción de mala conciencia, la violencia está proscrita por la moral occidental de inspiración judeocristiana. Toda la moralidad pública o privada se esfuerza por desterrar el espectro de la acción directa, de la violencia. La no-violencia y el pacifismo de la normatividad social son el reflejo inverso de la realidad efectiva, el reino brutal del terror. Como dice Freud en *El malestar en la cultura:* «la civilización tiene *que* empeñarse a fondo para limitar la agresividad humana y para reducir sus manifestaciones con ayuda de reacciones físicas de orden ético. De ahí esta movilización de métodos que incitan a los hombres a identificaciones y a relaciones de amor inhibidas en cuanto al objetivo; de ahí esta restricción de la vida sexual; de ahí, también, este ideal impuesto de amar a su prójimo como a si mismo».[22]

En esta atmósfera social saturada de violencia es donde aparece el deporte en tanto que *unidad contradictoria de la violencia y de la no-violencia.* Como muy bien lo escribe J. Jeu, el deporte es «violencia ritual, es decir violencia codificada, limitada, es decir violencia que no es realmente violencia».[23] El *Ensayo de doctrina* señala también, sin explicarla, esta unidad contradictoria propia del deporte: «dado que es también ocasión para el movimiento y la participación social, dado que exige del practicante en un marco determinado la excitación y el dominio de su agresividad natural a la vez que el control más constante de sus reacciones, permite que el hombre se conozca mejor y se situé con mayor exactitud en relación a los otros, en relación con el mundo exterior».[24]

El deporte es la institución de esta contradicción, y como fenómeno de masas desempeña el papel de un *talón de seguridad* para una sociedad minada por las corrientes agresivas antagonistas. Constituye un polo de fijación y de restricción de la agresividad y, sobre todo, de su descarga controlada. En este sentido, el deporte es una institución necesaria. Representa, podría decirse, una fábrica de refinado de la agresividad que es destilada como espectáculo sublimado. Este aspecto fue señalado igualmente por un sociólogo del tiempo libre, E. Morin. Este, después de haber señalado que «toda cultura busca disciplinar o camuflar los monstruos de la violencia y de la sexualidad», afirma que «hay en nuestras sociedades un sector creciente de descargas agresivas físicas, *el deporte.* Incluso se puede considerar al deporte —añade— como, actualmente, la única salida concreta al instinto de combatividad. De modo más amplio, únicamente una civilización del juego se hallaría en condiciones de absorber inofensivamente la inmensa necesidad de afirmación ofensiva reprimida».[25]

E. Morin establece aquí, creemos, un vinculo estructural importante entre, por una parte, el desarrollo creciente del deporte y, por *otra,* el inmenso acrecentamiento de la energía agresiva. El deporte, como lo han señalado numerosos sociólogos, es *la antesala de la guerra.* Representa, de alguna manera, su simbolización institucional. B Jeu escribe: «podría hablarse de una catarsis de los humores belicosos, de una purificación colectiva de la ciudad. El deporte seria una manera cómoda de liquidar la violencia que existe en estado endémico en las sociedades. Si, después de todo, se dirá, nuestros jóvenes quieren pelear, que lo hagan en el estadio, esa reserva del salvajismo, y que resulten asimilados. Habrá *menos blousons noirs* o de cualquier otro color. Las formaciones izquierdistas serán menos corpulentas (¡Sic!). Y habrá menos riesgo de que los adoquines de nuestras calles sirvan de proyectiles.[26]

El parentesco del deporte, su modo de organización, su lenguaje, su ideología y sus valores con el universo militar fue señalado, por otra parte, por G. Vinnai, quien escribe que «el parentesco de la jerga del fútbol con la terminología militar es evidente y nada fortuita».[27] *El universo deportivo es el reflejo civil del universo guerrero.* Esto se verifica no sólo al nivel del lenguaje, del código de honor de inspiración caballeresca y militar con todos sus ritos, sino también y sobre todo en su organización. Como lo señala G. Vinnai: «el futbol, en tanto que tensión de un equipo cooperando con exactitud, deberla ser adecuado para preparar el

---

22 S. FREUD, *Malaise dans la civilisation*, pp. 65 y 66.
23 B. JEU. *Le sport, la mort, la violence*, p. 11.
24 *Essai de doctrine du sport*. p. 14.
25 E. MORIN. *L'esprit du temps*, Grasset, Paris, 1962, pp. 157 y 158.
26 B. JEU, «La contre-société sportive», *op. cit.*, p. 404.
27 G. VINNAI. *op. cit.*, p. 83.

teamwork en una tropa de combate militar, porque reúne a la vez unos instintivos violentos con una forma particular de disciplina».[28]

El deporte es el producto de la acentuación de la sublimación represiva debida a la intensificación de la producción industrial. Las exigencias de rendimiento del aparato de producción son tales actualmente que todas las formas de trabajo tienden hacia la rentabilidad del sistema. Esta búsqueda de la productividad implica una sublimación creciente de los impulsos eróticos y agresivos. Estos buscan entonces un campo de salida bajo una forma mixta, sadomasoquista. Th. W. Adorno sostiene que «el deporte no comprende únicamente a la obligación y la violencia, sino también a la obediencia y el sufrimiento». Y más adelante habla del *«momento sadomasoquista en el deporte»*. «Este estructura el deporte no sólo en tanto que restos de una forma caduca de sociedad, sino más bien en tanto que adaptación a la nueva sociedad».[29]

En realidad, la energía muscular almacenada, que, según Freud, es la energía agresiva por excelencia, encuentra salida en el deporte bajo una forma sadomasoquista típica. El placer de sufrir, la *philopoenia*, es un rasgo constitutivo del sistema deportivo que opera una *«especie de alquimia emocional» de la agresividad.* Las frustraciones ligadas a la alienación del trabajo se transforman en agresión. Esta, lejos de combatir sus causas, se vuelve sobre sí misma y se transforma en *auto-agresión.* G. Vinnai sostiene que se impide que «las victimas de la dominación capitalista dirijan la agresividad, resultante de las frustraciones provocadas por las relaciones sociales alienadas, contra sus causas. En vez de emprender la destrucción del sistema de esclavitud, en vez de luchar contra la opresión, los individuos dirigen su rabia destructiva alimentada por la agresividad acumulada contra su propio yo y contra todos aquellos que, al igual que ellos, son víctimas. *El deporte está esencialmente marcado por un elemento masoquista*».[30]

El segundo mecanismo consiste en permitir la salida energética *en una forma muscular codificada.* Los movimientos deportivos son formas dé agresión contenida y controlada. La principal cualidad de los deportistas es eso que Freud denomina «el impulso dc dominio», es decir, el dominio muscular y psicomotriz.

Esta agresividad, largo tiempo contenida, acierta a realizarse en unas formas de expresión violentas, pero canalizadas en unos aparatos y unas instituciones que, de tal modo, son edificados y afirmados por la libido de destrucción. G. Vinnai señala también el paralelismo entre la coraza represiva del aparato estatal y la sedimentación semejante a un caparazón de la reglamentación deportiva. «Así como —dice— el Estado necesita policías, jueces y guardianes de cárceles para obligar a que se observe el mantenimiento de las reglas de la sociedad capitalista, así también la empresa deportiva necesita la utilización de personas provistas de poder de sanción con el fin de imponer el respeto de las reglas deportivas».[31] Por otra parte, el ritual deportivo desempeña también el papel de sistema de protección contra la agresividad. «Dado que —continúa— el fútbol tolera una cierta dosis de comportamiento agresivo que no puede ser tolerado en la vida cotidiana, el juego tiene que ser protegido en el campo de juego mediante determinados rituales».[32]

El espectáculo deportivo permite la regresión emocional de la masa de espectadores. Esta regresión actúa sobre dos frentes. *Por una parte, petrifica a la multitud deportiva en un bloque afectivo indistinto, en un sismógrafo afectivo.* Hay que haber asistido a una gran competición deportiva para comprender el fenómeno de *contagio afectivo* y de sensibilización emocional que se apodera de la multitud. Esta reacciona espontáneamente mediante sentimientos todavía muy cercanos a los gritos y las gesticulaciones. La consternación que oprime al jugador que acaba de marrar un tanto alcanza a la multitud que lanza un inmenso clamor de decepción. Del mismo modo, el salto de alegría del atleta que acaba de batir un récord se comunica de inmediato a la masa de espectadores que se alzan de un solo salto y aplauden. La regresión opera entonces (basta, por ejemplo, con seguir un partido de rugby) como una robotización, una uniformización de los afectos masivos. No sólo no se respetan los matices del arco iris afectivo, sino que hay un sincronismo témporo-espacial de «la expresión obligatoria de los sentimientos».

---

28 *Ibidem*, p. 83.
29 TH. W. ADORNO. Prismen, Kulturkritik und Gesellschaft, p. 76.
30 O. VINNAI, *op. cit.*. p. 89.
31 G. VINNAI, *op. cit.*, p. 88.
32 *Ibidem*, p. 88.

El otro aspecto —clásico de la psicología de masas— es *la regresión intelectual masiva*. La «cretinización» de que habla Magnane es ante todo una obnubilación de las facultades superiores criticas. En tanto que espectáculo esencialmente psicomotor y afectivo, el espectáculo deportivo produce una cierta forma de hipnosis intelectual. El espectador deportivo recibe un espectáculo que se le impone cual una evidencia. Incluso esta búsqueda obsesiva de la apariencia visible, en bruto, es lo que caracteriza al espectáculo deportivo. Cuando el ambiente de fusión emocional es muy fuerte, la obnubilación de las facultades criticas puede llegar hasta una determinada forma de oscurecimiento crepuscular de los sentidos, y aun a la alucinación. Magnane habla a este respecto de «estado de fascinación y de ilusión».[33]

Finalmente, el último aspecto de la regresión colectiva se opera en el campo psicomotor muscular. El espectáculo deportivo constituye un espectáculo en el que se opera una especie de fusión psico-muscular entre los actores y los espectadores. Estos se ven reducidos a mimarlo, a completarlo, a corregir muscularmente los movimientos de los campeones. Se establece una comunicación muscular a distancia. Los espectadores representan el reflejo muscular de los gestos efectuados por los deportistas. El espectador efectúa muscularmente el regate, patea también el balón en el momento del chute, se arroja con el portero para detener el «cuero». Un espectáculo deportivo representa, a escala masiva, *una vasta sesión de mimetismo social* en la que los gestos esenciales de los deportistas son imitados, copiados, asimilados. Por otra parte, no es raro que después del partido se asista a una repetición fantasmática a *posteriori* de los movimientos vistos. Y, además, es frecuente comprobar la reciprocidad que se establece entre los atletas y los espectadores. Estos viven en sus cuerpos la *gestalt* muscular que se desarrolla ante sus ojos.

La regresión mental opera igualmente en el ámbito de lo que G. Vinnai denomina las *«prácticas mágicas»*. En efecto, es notoriamente público el que determinados jugadores de fútbol son especialmente supersticiosos y recurren a toda clase de prácticas destinadas a forzar su suerte. En el mismo campo de juego puede comprobarse que los jugadores llevan consigo talismanes o amuletos. Además, cuando un jugador marca un tanto, no es raro que se arrodille y se santigüe. Incluso con frecuencia antes del comienzo del partido, durante la audición de los himnos, se aprecia que los jugadores mascullan algunas fórmulas mágicas supersticiosas o se santiguan en la frente y el pecho. Tampoco los espectadores escapan a esta regresión «animista». Como afirma B. Jeu: «Puede señalarse la presencia de una infraestructura compuesta de elementos arcaicos. El animismo, especialmente, es como el basamento de la institución deportiva. En el deporte todo está colmado de ánimas».[34] Por ello puede concluirse, con O. Vinnai: «la inclinación a prácticas mágicas es un síntoma de la regresión socialmente condicionada bajo las condiciones del capitalismo avanzado».[35]

La función política última de esta regresión colectiva es, evidentemente, la salvaguardia del orden establecido, el mantenimiento de las estructuras opresivas. Cuanto más represivas son éstas, más fuerte es la regresión. Puede verificarse que en los regímenes más dictatoriales es donde existen los fenómenos de regresión masiva más pronunciados. En los países subdesarrollados, el deporte es realmente un *opio del pueblo*, un vértigo y una diversión donde los delirios-regresiones de las multitudes son importantes. Recuérdese que la victoria de Brasil en la final del Campeonato del Mundo de Fútbol provocó una explosión popular de delirio colectivo. El trabajo se detuvo y la fiesta, el carnaval y las borracheras dominaron la calle. La multitud alborozada se liberó bajo la protección del Ejército y la Policía. Hasta hubo muertos. Ahora bien, el sentido de la fiesta-orgía, de la regresión-salida resulta claro, tal como Freud lo analiza en *Psicología colectiva y análisis del yo*. El deporte, como el carnaval y las otras fiestas populares, constituye una regresión a una satisfacción libidinal o agresiva rehusada en tiempos normales. En resumen, mediante la «liberación» brutal se logra una satisfacción casi alucinatoria en la medida en que caen todas las barreras, en la que «todo está permitido» y en la que el objeto del deseo se consuma en la consumación ávida e inmediata. Como lo señala Freud: «pese a todas las privaciones y restricciones que se le imponen al individuo, la violación periódica de las prohibiciones constituye en todas partes la regla, y tenemos prueba de ello en la institución de las fiestas, que en un principio no eran sino excesos autorizados por la ley... Las saturnales de los romanos y el carnaval de nuestros días se acercan en este punto esencial a las fiestas de los primitivos, durante las cuales era posible entregarse a excesos que implicaban la violación de los mandamientos más sagrados».[36]

---

33 G. MAGNANE, *op. cit.*, p. 101.
34 B. JEU, «La contre-société sportive», *op. cit.*, p. 394.
35 G. VINNAI, *op. cit.*. p. 73.
36 S. FREUD, Essais de psychanalyse. p. 160.

El deporte-espectáculo se ha convertido hoy en el *carnaval muscular* permanente, o, como lo dice excelentemente P. Laguillaumie: «los espectáculos deportivos han recuperado por su cuenta la función social correspondiente a las fiestas colectivas, carnavales, etc. El carnaval representa la canalización periódica de la insatisfacción, del descontento y de la agresividad de las masas. Los encuentros en los estadios no son, desde este punto de vista, sino la continuación lógica de los antiguos enfrentamientos entre gladiadores y las corridas todavía actuales, en las que reina el gusto por la violencia».[37]

Al permitir regularmente a los productores frustrados el saciar sus apetitos violentos, el sistema canaliza esta energía en el sentido de un fortalecimiento de sus estructuras opresivas. Y como afirma G. Vinnai: «Esto resulta de la regresión a unos estadios de desarrollo en los que la agresividad acumulada, que resulta de las frustraciones provocadas por las relaciones sociales no democráticas, impide la expansión individual y busca descargarse periódicamente. Para que esta descaiga no conduzca a la destrucción de las estructuras sociales existentes, tiene que ser canalizada por unas vías acordes con el sistema».[38]

El primer mecanismo importante que permite la canalización de la agresividad de las masas es el que Freud ha analizado con el término de «inversión del aparato muscular». El sistema muscular, dice Freud, en tanto que sistema de relación con el mundo exterior y debido a su transformación material, es el asiento privilegiado de la energía agresiva. Todo gesto muscular, sobre todo cuando se inserta en el marco de una tecnología productiva, es ya una agresión contra la naturaleza. Freud señala que «este órgano (de derivación de las tendencias destructivas) estaría representado por la musculatura, y el instinto de muerte se manifestarla en lo sucesivo (en parte al menos) bajo la forma de una tendencia hacia la destrucción dirigida contra el mundo y los otros seres vivos».[39]

Ahora bien, el deporte es la ocupación masiva, cultural, del aparato muscular. Hasta se podría afirmar que el deporte es la institución de la cultura sistemática de la esfera muscular. *Es la pura cultura del músculo.* El deporte representa, para las masas, un verdadero exceso muscular. Aporta la posibilidad de moverse, en especial de participar en los movimientos de los deportistas, de agitarse. El deporte es culturalmente el triunfo del acto, del movimiento. La irradiación del músculo. En el deporte, afirma muy justamente G. Magnane: «espectadores y deportistas se reúnen a celebrar las fiestas del cuerpo y el prodigioso *potlach* de energía corporal que ellas representan».[40]

Pero este *potlach* muscular es, para retomar una expresión de H. Marcuse, «un culto del músculo agresivo», no de la musculatura implicada erótica y estéticamente, sino del aparato muscular, herramienta de violencia, de rentabilidad y de resultado. El deporte es un culto puro del impulso de muerte materializado por el esfuerzo muscular agresivo. El deporte representa entonces la vía de la descarga de la energía agresiva a través del rodeo del trabajo muscular socialmente controlado. El deporte, pese a la aparente vida exuberante que desencadena, es en realidad la cultura de la muerte. El deporte es la práctica voluntaria del riesgo de muerte. Si la mayoría de los deportes son inofensivos en cuanto a los riesgos de muerte, si pueden, empero, entrañar la muerte. Por lo demás, esto es bien sabido por los deportistas. El alpinismo, las carreras de coches, el esquí o la agotadora maratón se han cobrado ya su tributo en vidas humanas. Por otra parte, todo el universo deportivo, basado en el tiempo cuantitativo, lineal, el del trayecto hacia la muerte, el del principio energético de repetición, revela su parentesco con los principios constitutivos, según Freud, del impulso de muerte.

El deporte es la economía política de la agresividad muscular y de la muerte. Surge en un universo totalmente devastado por la muerte y atormentado por su presencia permanente. B. Jeu evoca desde este punto de vista «el ritual de rivalidad violenta y ese instinto de muerte que halla su exorcismo al nivel de símbolo».[41] Así pues, el deporte es el culto de la muerte a la vez que la reacción contra ella. Al batir un récord, el campeón afirma el poderío de la vida triunfante, pero admite al mismo tiempo que ese récord está condenado a desaparecer. Según Hegel: «la hora de su nacimiento es también la hora de su muerte».

---

37 P. LAGUILLAUMIE, *op. cit.*, p. 55.
38 G. VINNAI, *op. cit.*, p. 83.
39 S. FREUD, *Essais de psychanalyse*, p. 212.
40 G. MAGNANE, *op. cit.*, p. 104.
41 B. JEU, «*La contre-société sportive*». *op. cit.*, p. 402.

El deporte constituye el sistema de equilibrio económico de las masas energéticas musculares que no llegan a realizarse en el trabajo industrial. Debe advertirse, a este respecto, que el trabajo industrial, en la medida en que se mecaniza cada vez más, se hace cada vez más, automatizado y libera cada vez más, por lo tanto, el trabajo propiamente muscular. En tal sistema industrial surge el deporte en tanto que compensación muscular necesaria. Los individuos deprimidos por el trabajo urbano industrial tienen que hallar una actividad que re-equilibre sus vidas. Tienen que hallar un antídoto. Como afirma L. Mumford: «así..., el deporte se ha convertido en un deber masivo en la era de la máquina».[42] Pero al mismo tiempo, dado que el deporte retorna todas las categorías y principios del trabajo industrial capitalista, no es capaz de facilitar realmente esta compensación. Como subraya, todavía, L. Mumford: «el deporte acaba por ser una de las reacciones más eficaces ante la máquina».[43]

4. LOS ELEMENTOS SIMBÓLICOS DE LA MITOLOGIA DEPORTIVA

La aparición del deporte como hecho universal, su difusión por todo el planeta, así como su fusión con el aparato de los medios de comunicación de masas, han creado *una nueva esfera de simbolismos sociales* que impregnan profundamente todos los sistemas súper-estructurales, todas las esferas semiológicas (publicidad, carteles, imágenes televisadas, cine, etc.).

El simbolismo deportivo se ha convertido hoy en una forma dominante del simbolismo social, que, de un modo general, ha reemplazado al simbolismo militar o religioso. El simbolismo deportivo, que es por excelencia el de una sociedad industrial avanzada, reproduce y aumenta las relaciones sociales de producción y les otorga *un estatuto social imaginario.*

Tal como lo han mostrado los estructuralistas, en especial L. Sebag, las relaciones de producción no existen en estado bruto. Son aumentadas y están representadas por unas relaciones simbólicas que constituyen redes de signos sociales mediante los cuales se hacen reconocer. Las relaciones de producción resultan aumentadas por *«sistemas de equivalencia inconscientes»,*[44] según la expresión de L. Sebag.

En el marco de las relaciones sociales capitalistas, las relaciones simbólicas sirven para reproducir e interiorizar las relaciones de producción. Resulta notable verificar hasta qué punto el simbolismo deportivo es el simbolismo industrial tipo. Abarca masivamente toda la esfera simbólica social. Los signos de los medios de comunicación de masas están estructurados como una red deportiva. Las imágenes de la eficiencia, del rendimiento, del récord, de la productividad circulan ampliamente por estas redes, hasta el punto de que J. Huizinga pudo señalar que: «El deporte no ha dejado de extender su significación como función social y de atraer a su campo a terrenos cada vez más vastos».[45] Los signos, las imágenes y símbolos deportivos se han convertido hoy en constitutivos de toda conciencia social en las sociedades industriales. Adorno y Horkheimer señalan ya en 1947: «en el deporte, así como en todas las ramas de la cultura de masas, reina la tensión y la eficacia orientada hacia un objetivo».[46] Estos estratos simbólicos del deporte son los que querríamos estudiar, al menos los más típicos.

a) La producción ininterrumpida de lo nuevo

El deporte es la fuente de juvencia de los medios de comunicación de masas. Las agencias de prensa, de publicidad, el cine han sabido comprenderlo así en tanto que soporte privilegiado de la información masiva. El deporte constituye, junto con los hechos correspondientes, la fuente inagotable de los grandes medios de información. *Sin cesar se produce la novedad, lo nuevo.* Y en el deporte, lo nuevo es lo superlativo. Lo que siempre supera las proezas precedentes. Es una suerte para los medios de comunicación de masas el haber hallado una actividad que no deja de producir proezas cada vez más «sensacionales». Por otra parte, no resulta asombroso comprobar que en la prensa deportiva es donde es posible hallar excesos de lenguaje y de

---

42 L. MUMFORD, *op. cit.,* p. 265.
43 *Ibidem,* p. 265.
44 L. SEBAG, *op. cit.,* p. 104.
45 J. HUIZINGA. *op. cit.,* p. 313.
46 TH. W. ADORNO y M. HORKHEIMER, *Dialektik der Aufklarung.* Querido Verlag, Amsterdam, 1947, p. 57.

estilo: lirismo de bulevar, exageraciones, metáforas dudosas, comparaciones poco sólidas, etc. Todo es bueno con tal de magnificar las proezas.

Los medios de comunicación de masas se apropian de las proezas y las convierten en proezas para todo el mundo. Ellas se convierten así en hechos públicos cotidianos masivos. «Cualquier récord del mundo —dice Lucot— es anunciado por la prensa escrita, hablada y audiovisual de la misma manera que una nueva esperanza de vencer el cáncer o que un golpe de Estado en un país alejado. Ocurre que, en la mayoría de los casos, un nuevo récord produce un efecto de estupor. Harry: diez segundos en los 100 metros llanos, y la humanidad parece haber dado un salto decisivo, haber pasado de la Edad de Piedra a la de Bronce. Todo esto por unas décimas de segundo. ¿Qué representan en nuestro espíritu esos diez segundos justos? ¿Qué representan esos casi 2,30 metros en salto de altura? Nada, son simples cifras, abstracciones».[47]

Al mismo tiempo, los medios de comunicación de masas pueden presentar al público ávido de novedades una constante renovación a la que se considera un progreso acumulativo. Los medios de comunicación de masas se vuelven los testigos entusiastas del progreso físico de la humanidad, los cronistas del progreso corporal. Esto es lo que permite que los individuos participen en la promoción colectiva de la humanidad. La unidad del simbolismo deportivo es dada por la ideología del progreso ininterrumpido. Como, por ejemplo, lo dice el *Ensayo de doctrina:* «es factor de promoción porque su esencia es la búsqueda del resultado, una voluntad de superación lanzada al máximo».[48]

El deporte, celebrado por los medios de comunicación de masas, es el ascenso del hombre al Bien, su superación ininterrumpida. Como, asimismo, afirma Lucot: «más que la magia de la cifra, lo que sobre todo impresiona es que la cifra conocida, estable (el antiguo récord), puede ser pulverizada. *Lo que impresiona es el progreso. Este progreso es constante.* Cada año son batidos muchos récords... Los récords no han dejado de ser batidos, y no dejarán de seguir siéndolo».[49] Esta atracción de lo nuevo, del mejoramiento, constituye el elemento fascinante del deporte, y explica su éxito entre las masas. Su positividad es la marca de su universal difusión.

En los medios de comunicación de masas, los deportes representan una especie de contrato jamás traicionado entre los espectadores y los promotores del espectáculo. Se crea un universo en el que todo está ordenado hacia arriba, una esfera de progreso infinito. «La colusión entre las exigencias espontáneas del consumidor y el apresuramiento de los mass media para satisfacerlas a cualquier precio —dice Magnane— crea un juego de perpetuo afán de emulación. Al soler reclamar más anécdotas sensacionales, más prodigios, el público incita a los gacetilleros y periodistas especializados a inventarlos nuevos sin cesar. Estas invenciones, a su vez, suscitan nuevas necesidades, y así sin interrupción».[50]

Esta dialéctica suscita un universo proyectivo de representaciones que se encarnan en un aparato ideológico materializado por los medios de comunicación de masas. *«Los mitos modernos de lo deportivo* —sigue diciendo Magnane— *conforman para él un sistema proyectivo completo, es decir, un conjunto de signos mediante el cual él explica el mundo».*[51] Veremos este sistema proyectivo actuante en una de sus capas más importantes: el simbolismo del masoquismo y de la muerte ritual.

b) La mitología de la superación de sí y del esfuerzo penoso

Tal como Marcuse lo demostró, la noción de superación de sí, la realización en el esfuerzo alienado, es uno de los temas más expandidos en la esfera de los medios de comunicación de masas. Con la superación deportiva, por supuesto, triunfa, como ya lo señalaban Adorno y Horkheimer, una tensión orientada hacia un objetivo. A la vieja noción cristiana de la superación de sí en la ascesis ha venido a incorporarse la idea muy moderna del progreso en el esfuerzo. En la ideología deportiva, el progreso es siempre progreso en el sufrimiento y del sufrimiento. Como lo afirma B. Guillemain: «el deporte magnifica la condición humana. La libertad se

---

47 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 60.
48 *Essai de doctrine du sport*, p. 15.
49 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 61.
50 G. MAGNANE, *op. cit.*, p. 109.
51 *Ibidem*. p. 110.

ejerce en él no en el sentido de la facilidad, sino en el de la dificultad. Y, con toda franqueza, el deporte es una *ascesis.* Ni los gimnasios, ni el ring, ni el estadio, ni el court son lugares de placer, sino de *sufrimiento,* o, al menos, si son lugares de placer, se trata del placer nacido de la dificultad».[52]

Por lo tanto, el deporte es la consagración del tema del masoquismo corporal en el seno de los medios de comunicación de masas.[53] El héroe deportivo es el que ha sabido mortificar su cuerpo con miras a la victoria. Al igual que el paracaidista, el *cow-boy* o James Bond, el deportista resiste en su cuerpo a todas las agresiones. Mejor, él es quien agrede a su cuerpo voluntariamente y extrae placer de ello. Con F. Gantheret: «Es necesario que verifiquemos que la estructura de aceptación que constituye la organización real y simbólica de la educación física y del deporte en nuestra sociedad está muy especialmente orientada. Lo que aquí prevalece es *un modo sadomasoquista de la relación del individuo con su cuerpo y con el cuerpo de otro.* Los términos de conservación, de dominio (del propio cuerpo, del traslado) señalan su vocación... Uno de los objetivos confesados de la educación física y del deporte en la sociedad en que vivimos es la represión de la satisfacción erótica, no su realización, incluso sublimada. *Su criterio es el sufrimiento.* Hemos visto recientemente cómo una joven maestra, en sus prácticas, hacia trajinar sin descanso a la clase que le había sido confiada, hasta el límite del agotamiento.

¿Por qué? "Me parece que no les hago trabajar si no sufren"».[54] Asimismo, G. Berthaud señala muy justamente esta relación fundamental entre el deporte y el masoquismo: «el goce en el movimiento se convierte la mayoría de las veces en el goce en el esfuerzo, el placer en el dolor, es decir, el placer masoquista. El movimiento dificultoso experimenta una transfiguración erótica: de dificultad se vuelve placer. Este destino típico de los impulsos sexuales resulta particularmente claro en el deporte, que, en tanto que mortificación sistemática, se ha convertido en una práctica organizada del masoquismo. Su objetivo es el de todo masoquismo, "gozar de dolor" (Freud). Tal es el fundamento de las relaciones sadomasoquistas que el individuo mantiene necesariamente con su cuerpo».[55]

Desde un punto de vista sociológico más general, Adorno y Horkheimer han confirmado esta manera de ver en la cultura de masas que es un conservatorio del sufrimiento humano sublimado y valorizado: historias de amor que acaban mal, éxito de los *Satanic,* de los filmes de horror, éxito, sobre todo, de los filmes médicos que tratan de la actitud humana ante el dolor físico. «El masoquismo dirigido contra el cuerpo tiñe toda la nueva cultura. El cuerpo es despreciado en tanto que objeto subordinado, esclavo y al mismo tiempo es deseado en tanto que cosa prohibida, rarificada y alienada. La cultura no conoce al cuerpo sino en tanto que cosa a la que se puede poseer».[56] Interpretan esta actitud predominante, vinculada a la rarificación y a la alienación del trabajo, en función de la actitud castradora general hacia el cuerpo y sus valores en la sociedad capitalista. Este masoquismo corporal encuentra su expresión perfecta en el deporte. La imagen deportiva tipo es el rostro gesticulante, tumefacto del boxeador caldo que acaba de hacerse «pulir el retrato» (expresión de un semanario) bajo las miradas apasionadas de una multitud que ha acudido a liberarse. O también se ve a un ciclista tendido al lado de la carretera, con el muslo sangrante, el rostro crispado de dolor, chorreando sudor, con el comentario siguiente: «se sacrificó hasta el límite; ofreció su juventud a la carrera despiadada, y llegó hasta el límite de sus fuerzas». G. Magnane señala muy justamente que este masoquismo forma parte, en los medios de comunicación de masas, de los *basic appeals,* especialmente los de la violencia. «Robic, sudando y desfigurado por el esfuerzo, y en la otra tapa, un brazo musculoso sosteniendo un puñal que acaba de abrir una herida sangrante en la garganta de un tiburón».[57] Otro signo típico: los gestos estupidizados de Zatopek o de Mimun, que llegan en un estado semi-comatoso al término de la maratón olímpica.

El sentido y el gusto del esfuerzo en el deporte se han desarrollado *en un sistema de la muerte, en una cultura de la impulsión hacia la muerte.* El deporte está estrechamente ligado a las representaciones mortíferas. Es el representante por excelencia del impulso de muerte. Si los clamores tumultuosos del impulso de muerte se

---

52 B. GUILLEMAIN, *op. cit.,* p. 12.

53 Cf. K. ADAM, «Masochismus im Sport», en *Leistungssport. Sinn und Unsinn.* Nymphenburger Verlagshandlung, Munich, 1975, p. 73 y *ss.*

54 F. GANTHERET, «Psychanalyse institutionnelle de l'éducation physique el des sports», en *Partisans.* «Sport, culture et répression», *op. cit.,* p. 98.

55 G. BERTHAUD, «Education sportive et sport éducatif», *Ibidem,* p. 125.

56 TH. W. ADORNO y M. HORKHEIMER, *op. cit.,* p. 277 y ss.

57 G. MAGNANE, *op. cit.,* p. 110.

desencadenan en oportunidad de las guerras, el trabajo silencioso y paciente de la muerte, de que habla Freud, actúa en el deporte. Este es probablemente el campo más eficaz y más vasto en el que pueda implicarse al impulso de muerte. Es sabido que Freud consideraba que la civilización tenía que sublimar cada vez más los impulsos agresivos liberados por la tecnología de punta, ella misma agresión directa contra el entorno natural. Ahora bien, estos impulsos agresivos liberados buscan la vía de la realización que generalmente les está negada. Tal es la razón de que el impulso de muerte edifique (y es ésta una paradoja en la medida en que se trata de un poder absoluto de disolución, la «negación absoluta» de que habla Hegel) unos organismos petrificados, osificados, esqueletos sociales; se trata de esas vastas instituciones burocráticas totalmente volcadas a la preparación o la conducta de guerra (Ejército) o la celebración de la muerte (Iglesia), o, finalmente, el culto del inútil y gratuito gasto de energía no productiva (el deporte, los juegos del circo). Estos organismos, en los que el impulso de muerte es la sustancia a la vez que el principio motor, sirven para edificar un trabajo cultural de la muerte, son obra de la muerte. El deporte es, entonces, de alguna manera, el cementerio de la energía humana productiva, así como el cementerio es el museo de la muerte y de los muertos. Es chocante comprobar hasta qué punto este aspecto de las cosas es sistemáticamente rechazado por todos los ideólogos del deporte, que lo presentan como una obra de vida por excelencia, como el triunfo de la juventud. Raros son los autores que hayan abordado este aspecto de las cosas. B. Jeu, sin embargo, muestra que el deporte es muerte simbólica y violencia ritual. Pero al mismo tiempo el deporte es una defensa contra la angustia de muerte: jugándola se la conjura, se la domina y se la exorciza. B. Jeu escribe: «la muerte jugada efectivamente es también el riesgo de la vida. Pero hay de qué dudar, porque todo está amallado, o casi, en este asunto. Por una parte, se ponen todas las suertes de un lado. Es sabido de dónde proviene el peligro, ya que se ha elegido su momento y su forma. El riesgo es asumido libremente. Así pues, se tiene la iniciativa, uno no se deja sorprender por la muerte, se la provoca. Por otra parte, el riesgo no es un riesgo verdadero. Sólo es simbólico, porque la muerte está planteada en términos de convención. Se conjura el peligro afrontando sus símbolos... Se ha engallado a la muerte. Se la ha parodiado. Uno se ha burlado de ella. El deporte revela aquí las dimensiones de la astucia del hombre y los recovecos de su simbólica. La muerte es convocada y provocada por él. Y por él, la muerte es reproducida y reducida a la impotencia».[58]

El otro autor que ha hablado (en nuestro conocimiento) de los estrechos vínculos entre el deporte y la muerte es L. Mumford, que ha sabido mostrar el lado mórbido del deporte y de su solvencia masiva en medio de una multitud deprimida, que busca ávidamente la sangre y la muerte. Escribe: «existe en la civilización moderna toda una serie de funciones compensadoras que, lejos de posibilitar una mejor integración, sólo sirven para estabilizar el estado existente y, al fin de cuentas, forman parte de la propia regimentación que tendrían que combatir. La principal de estas instituciones es, sin duda, el deporte de multitudes... El deporte, en el sentido de un espectáculo de masas, *con la muerte como estimulante subyacente*, aparece cuando una población ha sido aplastada, regimentada y deprimida hasta tal punto que le es necesario participar, al menos mediante interpósitas personas, en los difíciles actos de fuerza, habilidad o heroísmo, con el fin de despertar su sentido disminuido de la vida. Los juegos del circo y, silos espectáculos son demasiado suaves para excitar la vista, las proezas sádicas y la sangre son característicos de las civilizaciones decadentes: Roma bajo los Césares, México en los tiempos de Moctczuma, Alemania bajo los nazis. Estas formas de virilidad y de bravata por sustitución son los signos más seguros de una impotencia colectiva y de deseos mórbidos. Se encuentran hoy por todas partes los síntomas peligrosos de esta última decadencia de la civilización maquinista bajo el aspecto de los deportes de multitudes».[59]

El vinculo que establece L. Mumford entre civilización técnica (capitalista), deporte y muerte es, en nuestra opinión, extremadamente importante desde el punto de vista de la comprensión de determinados aspectos de esta civilización que, de otro modo, parecerían incomprensibles. Así es como se ve surgir formas de actividades físicas ligadas a los riesgos de la muerte: paracaidismo, carreras de coches o de moto, etc., que traducen esa aspiración cada vez más profunda de la gente a participar en este juego con la muerte. Asimismo, los medios de comunicación de masas anegan a los individuos con formas culturales cada vez más vinculadas con la muerte (distintos hechos sangrientos, etc.). En suma, el aparato cultural destila un cierto gusto por la muerte, que ha podido aparecer de manera muy clara y codificada en las actividades de las

---

[58] B. JEU, *Le sport, la mort. la violence. op. cit.*. p. 193. Del mismo autor citemos «Toute-puissance el Immortalité ou íes arriére-pensécs du sport», en *Ethno-psychologie* (revista de psicología de los pueblos). núm. 1, 270 año, marzo de 1972.

[59] L. MUMFORD, *op. cit.*. p. 263.

bandas de *blousons noirs* fascinantes *(mods y rockers, punks,* etc.): carreras de motos, rodeos, violaciones, violencias gratuitas, emblemas nazis, etc. L. Mumford señala esta propensión actual hacia el vértigo mortífero, hacia la pasión morbosa por los juegos con sangre y riesgo: «en las formas recientes de los deportes de multitudes como las carreras de aviones o coches, la excitación del espectáculo está intensificada por la promesa de la muerte inmediata o por la de heridas mortales. El grito de horror que escapa de la multitud, cuando el coche vuelca o el aeroplano se estrella, no es un grito de sorpresa, sino de espera satisfecha. En el fondo, ¿no es por la excitación de este gusto por la sangre que se organiza esa competición que cuenta con un público numeroso? Así, la costumbre de la sangre, de las exhibiciones mortales y del suicidio acompaña a la expansión de la máquina y, familiarizada con la repetición bajo formas más suaves, alienta la demanda por las exhibiciones brutales, más masivas, más desesperadas».[60]

c) Deporte e información: lo visible y lo instantáneo

Hemos dicho ya que el deporte se habla convertido en una realidad masiva cuando se operó la conjunción a gran escala entre el deporte-espectáculo y los medios de comunicación de masas, especialmente el aparato de información. Además, el deporte constituye el *soporte privilegiado de la gran información masiva,* apolítica y calmante. Como lo observa H. Lucot: «el deporte ocupa un lugar preponderante en los periódicos del mundo entero. En cada Estado desarrollado, uno o muchos periódicos deportivos, numerosas publicaciones y revistas especializadas tienen gran tirada».[61] En efecto, el deporte es una garantía de éxito para la tirada de la prensa o la popularidad de la radiotelevisión (incluso el periódico izquierdista *Libération,* dirigido por Sartre, no pudo escapar a la presión de la demanda de sus lectores, que exigían un columna deportiva cotidiana). Y cuando se procura vender aparatos de televisión, hay un esfuerzo por insertar publicidad de los mismos precisamente antes de un gran partido de fútbol o de rugby (o en ocasión de una coronación real).

E. Seidler señala: «la historia de las relaciones entre la prensa y el deporte, tan lejana que se pierde en el tiempo, es una historia de amor. Es la historia de una pareja sólida cuya unión no ha dejado de fortalecerse con un doble vínculo: matrimonio de amor y de razón».[62] El deporte-espectáculo se extendió como espectáculo permanente cuando aparecieron la radio y la televisión. Como lo señala E. Lalou: «el espectáculo deportivo le conviene notablemente a la televisión, que ofrece una visión de conjunto perfecta sobre el desarrollo de las operaciones a la vez que una visión privilegiada de los detalles que escapan al público».[63] Actualmente, el deporte y la televisión son inseparables y el éxito de los deportes ha contribuido al éxito de la televisión, y recíprocamente. Si el deporte se ha convertido en uno de los objetos privilegiados de la información de masas, ello se debe a que ofrece algunas características que le aseguran el éxito. El deporte ofrece un material en bruto cuya significación se ofrece a sí misma, sin equívocos. El deporte forma parte del mundo de las evidencias inmediatas, y como tal puede ser fácilmente codificado y transmitido. La información deportiva es el reflejo directo e inmediato del acontecimiento deportivo, especialmente de las proezas deportivas.

La comunicación masiva deportiva debe su éxito al hecho de que hay identidad casi absoluta en el tiempo y el espacio entre el espectáculo y su reflejo. El primer tipo de unión se opera entre los medios de comunicación de masas y el espectáculo deportivo y la información deportiva para aquellos que no han podido asistir en persona a la proeza o que, habiéndola ya visto, desean hallar una confirmación de sus impresiones personales. En este sentido, la información, además de los comentarios deportivos, con su lirismo desmedido y su sentido del color, representan una ampliación de la comunidad deportiva. Esto fue muy claro para el «encuentro del siglo» que oponía a Cassius Clay y Joe Frazier en ocasión del campeonato de boxeo de peso pesado. Decenas de millones de personas se precipitaron a los televisores y los transistores para seguir en sus menores detalles las peripecias de los rounds. La información deportiva fue así el culmen de uno de los caracteres fundamentales de la gran información masiva: la rapidez en la transmisión y la acumulación nada esencial de los detalles insignificantes. Esta exigencia del espectáculo hacia la identidad del acontecimiento y su reflejo ha sido una de las fuentes del mejoramiento de la transmisión de la información (teléfono, télex, flash, etc.). La mayoría de los periódicos presumen de ser los primeros o los únicos en dar el resultado deportivo de una

---

60 *Ibidem.* p. 265.
61 H. LUCOT, *op. cit.,* pp. 45 y 46.
62 E. SEIDLER, *Le sport et presse.* A. Colin, Paris, 1964. p. *5.*
63 E. LALOU. *Regards neufs sur la télévision.* Seuil, Paris, 1957, p. 95.

gran competición o en revelar un detalle de la confrontación. *De este modo, la información deportiva se ha convertido en el modelo de la información política.* En ocasión de las justas electorales, los comentaristas, que con frecuencia son los mismos que los reporteros deportivos, presentan los «tanteos electorales» de la misma manera que la clasificación de la triple gemela o los puntos marcados en rugby. La ponderación de los puntos perdidos o ganados por los partidos políticos lleva a pensar en la cuenta deportiva en un torneo. El estilo de los comentarios, la publicidad, el comportamiento de los participantes, sus consignas son similares en las informaciones deportivas y en las políticas. Los clisés son los mismos, y los sloganes también. Por otra parte, en un caso como en el otro domina la búsqueda de la exclusividad de la información. La noción *de proeza deportiva* se une así a la de *revelación* en política o de *escándalo* en otros distintos hechos. Se trata de asombrar a la gente mediante informaciones sensacionales: lo jamás visto, lo intensivo, lo inaudito son categorías típicas de la prensa deportiva. Con el sistema de reportajes deportivos se ha extendido la idea de la necesidad de estar presente a titulo de información. Se ha vuelto casi intolerable, para millones de telespectadores, el ser privados —o verse frustrados— de un gran reportaje deportivo. Es sabido que la presión de los seguidores deportivos sobre la televisión es muy fuerte. Esta exigencia se ha extendido al conjunto de los medios de comunicación de masas. El público exige una información rápida, casi instantánea.

En especial alrededor de la noción de *proeza deportiva* se ha cristalizado la tendencia al reportaje deportivo; espontáneamente, bajo la presión muy viva de la demanda, la información deportiva se ha convertido en *una crónica permanente de las proezas* (según el titulo de una emisión célebre en televisión: los arcanos de la proeza). La prensa deportiva es una sucesión ininterrumpida de resultados, de hechos destacados. Ahora bien, la proeza tiene la ventaja, sobre todos los otros hechos, de hablar por sí misma. El universo deportivo es un universo de proezas. Desde este punto de vista, el espectáculo deportivo es una fuente de juvencia para los medios de comunicación de masas: las proezas son inagotables.

Otro aspecto importante de la información deportiva, y que explica su inmensa popularidad, es su carácter demostrativo. No hay necesidad de exégetas para captar el sentido de un partido de fútbol. Si el espectáculo deportivo es popular, ello se debe a que es un espectáculo simple, nada ambiguo. El espectáculo deportivo es el espectáculo popular por excelencia porque es un espectáculo vivo que traduce muy bien el drama de la vida. Los análisis de G. Magnane, a este respecto, nos parecen muy pertinentes porque revelan las raíces de la inmensa popularidad del deporte, ante todo como espectáculo. La necesidad de autenticidad, dice Magnane, se afirma con una exigencia extrema en los medios populares. Ahora bien, prosigue, «el acontecimiento deportivo es en sí un sistema de mediciones ofrecido al público. Siempre está generosamente iluminado, ya sea bajo techo, al aire libre o detallado por los haces de los proyectores o por un juego de lentes gigantescos. Por lo tanto, el público de los estadios y de los rings se considera esencialmente como el juez testigo de un drama que se produce ante sus ojos».[64]

La primera exigencia del público deportivo es, por consiguiente, *la total transparencia* del espectáculo deportivo, en el que todo tiene que estar adecuado consigo mismo. El espectáculo deportivo no deja nada en las sombras. Todo surge inmediatamente bajo el signo de la evidencia. Esta translucidez es la señal más constante del espectáculo deportivo. Contrariamente a los otros espectáculos, no hay aquí segundos planos o secuelas que interpretar. Esto es señalado todavía por G. Magnane: «la pasión por el espectáculo deportivo..., suele manifestarse por la necesidad de la evidencia, por una obsesión de lo visible. El espectador busca deslumbrarse con ello, semejante a un niño que mirase fijamente el Sol».[65] Esta exigencia del público de hallarse en las primeras butacas explica el extraordinario éxito del espectáculo televisado. La pequeña pantalla de televisión hace al hecho deportivo todavía más presente y auténtico. «El ojo múltiple de la cámara, de la televisión —dice Magnane—, debido a la alternancia de los campos y contracampos, los cambios de distancia y, sobre todo, gracias a los primeros planos, esas puertas siempre dispuestas a abrirse a lo sobrenatural familiar, aumenta la participación del espectador no como podría suponerse a *priori*, comunicándole la ilusión de ubicuidad o de omnisciencia de una especie de dios exterior, sino, al contrario, introduciéndolo en la intimidad más estrecha, más carnal con tal ejecutante o grupo de ejecutantes con los cuales se ve irresistiblemente arrastrado a identificarse».[66] La otra exigencia del público deportivo se relaciona con el carácter regular del espectáculo, con su honestidad. Para que el espectáculo sea simple y no

---

[64] G. MAGNANE, *op. cit.*. p. 99.
[65] *Ibidem*, pp. 102 y 103.
[66] *Ibidem*. pp. 102 y 103.

ambiguo, nada tiene que estar combinado de antemano, ni amañado, que muy seguramente es a menudo el caso del deporte profesional (boxeo, ciclismo e incluso fútbol). El espectador exige al menos tener la ilusión (como en el catch) de la sinceridad del espectáculo. La ventaja del espectáculo deportivo, sobre todo el radiotelevisado, consiste en que el público puede verificar por sí mismo el carácter regular del partido. Puede casi palpar físicamente la veracidad de los hechos. Y hasta tal punto que la televisión no duda, con frecuencia, en repasar a cámara lenta las secuencias litigiosas de un partido de fútbol, por ejemplo, para Instruir sobre el proceso de la verdad.

Hay que señalar que con el desarrollo infinito de la medición de los resultados, todo es inmediatamente inscrito, catalogado, inventariado. Esta tendencia corre pareja con la tendencia a hacer visibles todos los detalles. En las grandes competiciones internacionales en las que puede haber litigio y discusión, la cámara electrónica fija irremediablemente mediante *la foto-finish* la posición de los competidores. Asimismo, mediante *el flash-back*, la televisión puede mostrar de inmediato al público si el tanto ha sido bien marcado o no, si había o no habla fuera de juego.

Finalmente, la extrema meticulosidad de la organización deportiva, su carácter obsesivo y rígido, ofrece al público la garantía suprema de la equidad. Nada es dejado al azar. ¿A qué responden estas tendencias profundas de la obsesión del control público, de verificación en el espectáculo deportivo? Creemos que esto responde a una profunda necesidad de autenticidad que no está, evidentemente, satisfecha en la sociedad capitalista industrial. En el proceso del trabajo cotidiano, el trabajador, atomizado en tanto que apéndice de la máquina, está integrado a un sistema monstruoso que lo domina y que él no controla. Obedece sin cesar a un mecanismo que le es ajeno. El mismo es una parte de un todo mecánico que no comprende. A tal punto que el individuo, desorientado, no conoce los fundamentos de la mecánica social de la que es uno de sus engranajes inconscientes. Como lo muestra M. Weber, la ciencia e incluso la conciencia de los agentes sociales olvidan asimismo progresivamente las bases materiales y sociales de que han surgido, y vuelven cada vez más la espalda a la totalidad concreta; y, como lo señala Lukács, cuanto más evolucionada y racionalizada es la sociedad, más *opaca* se vuelve, desconocida para los individuos que la componen, al punto que el «primitivo» sabe más sobre su propia tecnología y sus instituciones que nosotros sobre las nuestras. Son estos efectos los que R. Lourau califica como *«efecto Weber»* y *«efecto Lukdcs»*. Escribe lo siguiente: «Se denominará entonces efecto Weber a la institucionalización del desconocimiento en el proceso de trabajo y en el conjunto de las relaciones sociales, a medida que progresa la racionalización de la vida social»[67] o, como lo afirma muy claramente O. Lukdcs: «La especialización en el cumplimiento del trabajo lleva a la desaparición de toda imagen de la totalidad... Ella (la ciencia moderna) se convierte... en un sistema formalmente cerrado de leyes parciales, especiales, para el cual el mundo que se encuentra fuera de su dominio y, con éste, en la propia primera fila, la materia que es su tarea conocer, *su propio sustrato concreto de realidad*, pasa a ser metodológica y fundamentalmente *inapreciable*».[68] En el espectáculo deportivo, el individuo busca volver a encontrar el fundamento de las cosas y del mecanismo del universo social. De ahí el gusto por la buena organización, la transparencia, el carácter evidente del resultado, del aspecto de mecánica funcional de la competición. «Que gane el mejor» es una exigencia racional de un universo organizado en función de los resultados que esperar sin sorpresa. Pero al mismo tiempo, y contradictoriamente, el espectáculo deportivo es un universo en el que se revela la libertad, un orden que trasciende la necesidad mecánica. La «gloriosa incertidumbre del deporte» es la tesis inversa de la tesis precedente: «que gane el mejor». Hay siempre una posibilidad de romper el curso de las leyes que regulan los acontecimientos. Nada se ha jugado de antemano. De ahí el éxito de los espectáculos deportivos en donde surgen los imprevistos, los vuelcos de situación, los golpes teatrales. Así pues, el deporte es *un anti-azar a la vez que el sistema del* azar. *Todo es posible.* Esta situación contradictoria es analizada por G. Magnane: «por cierto que el espectador quiere asegurarse de que las reglas están presentes, pero quiere también, a la inversa de lo que ocurre durante la semana en el despacho, el taller o la fábrica, que ellas no señalen un límite necesario. Considera que el día del partido las reglas tienen que estar allí para ser superadas, para que su héroe del domingo manifieste ante sus ojos la prueba de que la libertad puede triunfar y que triunfa con evidencia. Esta es la contradicción entre, por una parte, la exigencia del trabajo regular y, por otra, la espera de las improvisaciones y de los hallazgos en que son pródigos los jugadores inspirados».[69] Esta contradicción entre la libertad y la necesidad vuelve a

---

[67] R. LOURAU, *Les analyseurs de l'Eglise.* Anthropos. París. 1972, p. 46.
[68] G. LUKÁCS, *op. cit..* p. 134.
[69] G. MAGNANE, *op. cit.,* pp. 101 *y* 108.

hallarse imaginariamente en la compensación del espectáculo deportivo. Este reproduce simbólicamente el espectáculo de la vida real, pero al mismo tiempo constituye una protesta contra ese espectáculo, una búsqueda de autenticidad. H. Lefebvre escribe, muy justamente: «con el deporte, actividad incompatible en apariencia con la ilusión, nos encontramos en realidad ante una imagen inversa, compensación de la vida cotidiana».[70]

Este carácter de imagen invertida es el que hace que el espectáculo deportivo sea tan fascinante y total. El público está completamente absorbido por la ilusión pasajera de la veracidad. Aquí, nada de *Deus ex machina*, nada de resorte secreto incomprensible, nada de fenómenos inexplicables. Todo está claro, todo se comprende. El deporte es, en el ámbito del espectáculo, de alguna manera, una incomparable lección de cosa, una experiencia viva.

---

[70] H. LEFEBVRE, *Critique de la vie quotidienne.* L'Arche, Paris, *1957*, tomo 1. p. 45.

7. LA FUNCIÓN MITOLÓGICA DEL DEPORTE EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS

Para completar este análisis del sistema deportivo debemos procurar explicar todavía *el profundo arraigo popular del deporte, que hace que éste sea vivido realmente como una cultura cotidiana.* Nosotros creemos que la razón esencial del éxito del deporte se debe a sus *implicaciones mitológicas,* dado que vuelve a hacer aflorar, en una época caracterizada por un positivismo tecnológico, las temáticas del inconsciente de las masas. El deporte hace revivir con fuerza algunos *arqueros arcaicos* y les otorga una existencia autónoma y objetiva (por ejemplo, el mito del superhombre). Como lo afirma B. Jeu a propósito de la «muerte ritual y simbólica», de la muerte simulada representada por cl deporte: «[El deporte] ejerce asimismo una función social arcaica con frecuencia inadvertida. Es necesario que el individuo muera en sí mismo (vejaciones inútiles) para nacer para la sociedad. *Es la muerte simulada. El deporte recupera, así, esa función social primitiva al nivel de sus arquetipos».*[1]

El deporte es, fundamentalmente, una *arqueología de mitos.* Como conjunto de representaciones colectivas, el deporte se ha convertido en un sistema sólidamente estructurado y coherente de mitos. El deporte se ha convertido en el ámbito de la *mitología profana.* Los temas esenciales de esta mitología —que analizaremos en sus grandes rasgos— reflejan las preocupaciones de un universo en el que las contradicciones sociales y políticas, los desgarramientos culturales e ideológicos y los antagonismos de clase necesitan una respuesta alucinatoria, imaginaria. B. Jeu fue de los primeros en procurar bosquejar un análisis de lo que H. Lenk había ya denominado la *«función mítica»*[2] del deporte. Afirma: «... Más allá de los temas religiosos se adivina la presencia de modelos jerárquicamente integrados en el seno de un inconsciente colectivo que recapitula la historia de los grandes acontecimientos que han podido marcar la memoria de la humanidad. El reconocimiento de los adversarios entre si, a través de un enfrentamiento, evoca un ritual aristocrático».[3] Estos grandes acontecimientos que han marcado la historia de la humanidad son los generalmente referidos a héroes o semidioses que actúan por otros o contra otros héroes. Como sigue sosteniendo H. Lenk: «el atleta encarna un ideal mítico: Hércules o Prometeo y, a veces, también Narciso».[4] Segunda función: los héroes míticos sirven de mediación entre el inconsciente individual y los fantasmas colectivos más o menos conscientes. Como dice R. Caillois: «en efecto, en el mito es donde se aprehende mejor, en vivo, la colusión de los postulados más secretos, más virulentos del psiquismo individual y de las presiones más imperiosas y más turbadoras de la existencia social».[5] Por lo tanto, el mito es un intermediario para *la hermenéutica deportiva del mundo,* al que el hombre no comprende plenamente. El mito suele ser un principio de explicación trascendental de los orígenes (del tiempo, de la vida y del mundo). También el deporte desarrolla una mitología en la medida en que proporciona un principio de explicación a la necesidad de acción muscular del hombre. En otro lado hemos analizado ya algunos mitos ideológicos del deporte (mito del récord y del rendimiento, mito del progreso, mito del olimpismo eterno, etc.).

Una de las grandes funciones de los mitos modernos consiste en permitir que se le otorgue un objeto (real o imaginario) a la imaginación colectiva; permiten también, por lo tanto, y en una cierta medida, la evasión. «Se lo comprenderá mejor —añade M. Eliade— si se observa más de cerca las dos principales "vías de evasión" adoptadas por lo moderno: el espectáculo y la lectura. No insistiremos en los antecedentes mitológicos de la mayoría de los espectáculos; basta con recordar el origen ritual de la tauromaquia, de las carreras, de los *encuentros deportivos:* todos tienen como punto en común el desarrollarse en un tiempo "concentrado" de gran intensidad».[6]

---

1 B. JEU, *Le sport, la mort. la violence.* Editions Universitaires, Paris, 1972, p. 163.
2 H. LENK. *Op. cit..* p. 160.
3 B. JEU, «*La contre-société sportive*», en *Esprit.* núm. 10, octubre de 1973, p. 396.
4 H. LENK. Op. cit., p. 23.
5 R. CAILLOIS, *Le Mythe et l'homme.* Gallimard, París. 1938. p. 11.
6 M. ELIADE. *Mythes, rêves et mystères,* Gallimard, Paris, 1957, p. 34.

1. LAS CEREMONIAS DEPORTIVAS MASIVAS

a) La institución del orden deportivo ritual

Es éste un aspecto del espectáculo deportivo sobre el que querríamos insistir: se trata del ceremonial deportivo, es decir, de todas esas capas de simbolismo, de signos, de ritos que son transmitidas por las grandes competiciones deportivas y que resultan constitutivas del protocolo deportivo, del ordenamiento del espectáculo como ceremonia pública solemne.

Las grandes ceremonias deportivas son organizadas en tanto que manifestaciones públicas que acompasan la vida social y política de la misma manera que las otras grandes manifestaciones socioculturales (fiestas nacionales, desfiles militares, fiestas religiosas, grandes espectáculos populares, etc.). En tanto que tales, las manifestaciones deportivas obedecen a un determinado número de principios de organización específicos que la mayoría de los sociólogos del deporte tienen tendencia a. descuidar. Hay dos razones esenciales para esto.

La primera consiste en que la mayoría de los fenómenos de la vida pública ceremonial (recepciones protocolarias, mítines políticos, inauguraciones de edificios públicos, ceremonias de apertura de una asamblea, peregrinaciones, etc.) están mal estudiados, porque su análisis pondría al descubierto la inhibición social que implican. En efecto, puede interpretarse con Freud el ceremonial social como una *neurosis obsesiva ritualizada,* como una práctica compulsiva de determinadas clases y capas sociales. A partir de aquí, resulta comprensible que sea bastante difícil revelar los mecanismos de defensa que funcionan en tanto que sistemas codificados de ritos consagrados por la tradición y la institución. En efecto, el análisis del ceremonial de una institución es inmediatamente percibido por ésta como una antenaza para su cohesión y su funcionamiento. Se entiende así la resistencia que opone la institución cuando se trata de estudiar críticamente el ceremonial que la cimenta, a *fortiori* cuando se trata de modificarla o, incluso, de abolirla. Las instituciones mas altamente ritualizadas (sectas, partidos, iglesias) son las que, en especial, más se resisten a que se altere su funcionamiento ceremonial. En tanto que tales, estas instituciones representan el mejor campo de estudio del ceremonial social. Freud, en su célebre ensayo «Dos rebaños artificiales: la Iglesia y el Ejército», presintió la importancia del análisis de las instituciones artificiales, es decir, aquellas cuya «cohesión es mantenida mediante una obligación exterior que se opone al mismo tiempo a las modificaciones de su estructura»,[7] en el estudio de las instituciones sociales. «Estos rebaños —afirma— altamente organizados, protegidos por su índole de cualquier posibilidad de disgregación, nos revelan algunas particularidades que, en otros rebaños, permanecen en estado de disimulo».[8]

Esta fuerza inerte de la institución en materia de ceremonial ha sido observada recientemente a propósito de los juegos olímpicos. La institución olímpica, modelo mismo de la institución burocrática, resiste paso a paso, caricaturescamente, todo lo que pueda cuestionar el ordenamiento rígido de su funcionamiento o el desarrollo estereotipado del espectáculo Olímpico, verdadero modelo de arcaísmo ceremonial. En oportunidad de la 71 sesión del Comité Internacional Olímpico, los congresistas decidieron, sin embargo, proceder a algunas mínimas reformas de la institución olímpica. Como lo señala M. Castaing en *Le Monde:* «No se tomó ninguna decisión importante... Resulta difícil considerar como tal... la reducción a veinte segundos de la duración de interpretación de los himnos nacionales en oportunidad de las ceremonias de entrega de medallas o el hecho de que, en lo sucesivo, se proceda a la suelta de palomas en el transcurso de la ceremonia de apertura después de las salvas de honor y no antes con el fin de no espantarlas. Hasta puede resultar asombroso el que tan docta asamblea estudie estas cuestiones apenas dignas de una subcomisión».[9] La segunda razón es más específica a objeto de nuestro estudio. El ceremonial deportivo revela, quizá más que el resto de las otras características del hecho deportivo, *las raíces militaristas y autoritarias del deporte.* El ceremonial deportivo, cuya profunda similitud con el ceremonial militar —o de modo más general, «cesarista», para retomar una expresión de A. Gramsci— resulta patente, es precisamente uno de los puntos oscuros de los sociólogos e ideólogos del deporte.

---

7 S. FREUD, *Essais de psychanalyse*, Payot, Paris, 1973, p. 113.
8 *Ibidem*, p. 113.
9 *Le Monde del* 18 de agosto de 1971.

Lo común al conjunto de posiciones más o menos ideológicas sobre el deporte es su rechazo a reconocer la naturaleza esencial del ceremonial deportivo: *la encarnación material de prácticas ideológicas.* En efecto, a través de las ceremonias deportivas se revela toda la ideología del deporte, que se manifiesta así en tanto que auto-reproducción rígida de prácticas que la consolidan. Tal como lo señala L. Althusser, una ideología dada no existe sino a través del funcionamiento ritualizado de un aparato ideológico que es su cristalización material. La ideología, afirma Althusser, habla de hechos insertos en prácticas, y éstas «son reguladas mediante rituales en los que esas prácticas se inscriben en el seno de la existencia material de un aparato ideológico, así se trate de una muy pequeña parte de este aparato: una breve misa en una iglesia pequeña, un entierro, *un pequeño encuentro en una sociedad deportiva*, una jornada de clase en una escuela o un mitin de un partido político».[10]

Por consiguiente, partiremos de la tesis según la cual el aspecto altamente ritualizado del deporte es la expresión de su saturación ideológica. Los diferentes rituales deportivos representan la condensación de los estratos ideológicos que se enmarañan en la institución deportiva. Pueden distinguirse dos niveles del ritual deportivo.

El primero es el que J. Meynaud denomina *«el aparato»* que rodea a las ceremonias deportivas y que concierne a la dimensión política inmediata de la competición deportiva. Al desarrollarse ésta sobre un segundo plano político siempre presente, es evidente que el ceremonial político se infiltra masivamente. Este ceremonial se relaciona esencialmente con los conflictos políticos que acompañan a los encuentros deportivos. Más exactamente, representa su simbolización, su trasposición ritual. Los conflictos políticos (conflictos entre Estados, conflictos de clases sociales, choque de intereses, etc.) encuentran entonces en las ceremonias deportivas su traducción simbólicamente mediatizada. Las competiciones deportivas pueden metamorfósearse en conflictos políticos directos, e, inversamente, los conflictos políticos pueden infiltrarse en las competiciones deportivas. El ritual deportivo a este nivel es, pues, en tanto que aparato, la combinación simbólica entre el conflicto político y la confrontación de los resultados físicos.

En especial al nivel de las confrontaciones internacionales entre equipos deportivos nacionales es donde el *ritual-«aparato»* traiciona al máximo su basamento ideológico: el de ser *el calco de los rituales diplomáticos, militares, políticos,* etc., que guían las relaciones entre diferentes países: recepciones de jefes de Estado, intercambios diplomáticos, revistas militares en honor de un huésped, etc. Estas relaciones son las de confrontaciones de toda clase en las que el prestigio nacional está en juego. Por lo tanto, el ritual deportivo es, a este nivel, un ritual de confrontación entre naciones que se oponen en un terreno convencional. Como tal, el ritual deportivo es la expresión de toda la ideología comunicada por esas confrontaciones, en especial el nacionalismo.. Este aspecto de la situación ha sido particularmente bien subrayado por J. Meynaud: «en razón del aspecto espectacular de estos encuentros, del aparato que los rodea —escribe—, como asimismo de los sentimientos que suscitan entre los adversarios y los espectadores, los deportes se convierten a menudo en la expresión de un nacionalismo cerrado y agresivo. El despliegue de las banderas y la escucha de los himnos —ritos que por lo general forman parte de la práctica deportiva internacional— acentúan todavía más la inclinación nacionalista».[11]

Por consiguiente, a nivel del aparato, el ritual deportivo es lo que regula ceremonialmente la identificación, la designación de los adversarios políticos, sociales, estatales, ideológicos, con los que se ha acordado enfrentarse en un terreno neutral a continuación del «contrato deportivo»: «que gane el mejor». Así, pues, el ritual deportivo es un aparato de «reconocimientg» del adversario (emblemas, banderas, himnos, colores o fetiches del equipo).

A nivel de las competiciones internacionales,, olímpicas, en las que se enfrentan las grandes naciones, los Estados, los poderes políticos, etc., el ceremonial deportivo es particularmente obsesivo en cuanto atañe a la identificación nacional de los protagonistas deportivos. Las naciones y los Estados, oficialmente reconocidos o no, se preocupan escrupulosamente por ser representados deportivamente en tanto que entidades políticas vivas. He aquí la razón por la cual en el marco del juego diplomático internacional, del juego entre las grandes potencias (coexistencia pacífica), la cuestión de las banderas y de los himnos nacionales desempeña

---

[10] L. ALTHUSSER, «*Idéologie et appareils idéologiques d'Etat*», en *Positions,* Editions Sociales, París, 1976, p. 107.
[11] J. MEYNAUD, *Op. cit*., p. 241.

tan gran papel en el establecimiento dcl protocolo deportivo internacional u olímpico. Como afirma J. Meynaud: «los problemas políticos que pesan sobre el deporte encuentran a menudo un modo de expresión privilegiado en esas historias de banderas».[12] En efecto, la bandera permite designar y consagrar a la nación participe o a la delegación nacional invitada. Se advierte de inmediato la importancia del emblema cuando surgen litigios o conflictos sobre la cuestión de la representatividad o incluso la existencia internacional de un pueblo, de una nación o de un Estado (país dividido en dos, existencia de dos Estados, reivindicaciones nacionales de pueblos oprimidos, países bajo tutela extranjera, conflictos de representatividad, etc.).

Pero la importancia ideológica del, aparato y del ritual «nacional» es tal que la institución deportiva acostumbra buscar una solución de compromiso dependiente de una diplomacia bastante sutil. En estos casos se inventan soluciones protocolares ficticias para las necesidades del ceremonial deportivo (bandera mixta o neutra, emblema olímpico, apelación a los grandes músicos clásicos o al folklore, etcétera).

El segundo nivel del ritual deportivo está determinado por la racionalidad interna del sistema deportivo que, como es sabido, se orienta hacia la búsqueda del resultado físico. El ritual deportivo es entonces el reflejo ideológico de la práctica de la competición. El ritual deportivo se manifiesta así en tanto que obsesión por la precisión, la regla, la medida, el orden, el cronómetro, la geometrización del espacio, del ordenamiento de las cosas, de la obediencia estricta y ceremonial de los reglamentos deportivos. Puede calificarse a este nivel como *ritual de funcionamiento,* dado que regula el desarrollo propiamente dicho, en un orden prescrito, de la ceremonia deportiva, le otorga su coherencia, cimenta las diferentes secuencias de la competición deportiva regulada, le otorga, en una palabra, su unidad ideológica. Así, pues, a este nivel el ritual deportivo es la materialización inmediata de toda la ideología interna del sistema deportivo que, al igual que cualquier aparato ideológico, produce una ideología especifica. El ritual deportivo es entonces el signo de la competición, la justificación de la reglamentación, la apología inmediata de la jerarquía de los valores deportivos y de los campeones. El ritual de funcionamiento es la simbolización de hecho del sistema deportivo; le otorga su racionalidad ideológica, porque consagra el orden deportivo que es, en sí, la reproducción ideológica del orden social en el cual se inserta. A. Gelhen advirtió la importancia de este desdoblamiento ideológico de la realidad social al afirmar que el ceremonial y el reglamento deportivos consagran un «código moral», una «ética deportiva».[13] Esta moralidad en acción resulta compatible con la existencia misma del sistema deportivo, que en sí es la reproducción del sistema social global.

Por consiguiente, en el espectáculo deportivo propiamente dicho, en las ceremonias deportivas es donde vuelven a hallarse, en forma de rituales más o menos tradicionales, todas las facetas de la ideología del deporte que funciona, por así decir, «en caliente», en el sentido de que se impone en forma de hechos apremiantes, por no decir obsesivos, a los protagonistas de la competición. Cada cual en su puesto, cada cual en su papel reproduce, mediante actos, ritos, prácticas tradicionales, la ideología deportiva y la transmite en forma de materialización visible u obligaciones interiorizadas.

Tomaremos algunos ejemplos del funcionamiento ritualizado de la ideología deportiva.

— ***El ritual del arbitraje***

La persona del árbitro está protegida por el reglamento de cualquier contestación y de cualquier agresión verbal o física. Encarna el orden deportivo. Si bien no es infalible, se lo considera ideológicamente incapaz de equivocarse. Sus decisiones son valoradas con sentido de autoridad y de cosa juzgada. Su actividad de juez es tan ceremonial como la de un juez ordinario o un letrado. Es el representante de la autoridad deportiva que le ha delegado el mantener un orden y consagrar imparcialmente a los vencedores y los campeones. El ritual del arbitraje acentúa, en consecuencia, los mecanismos de defensa de la ley y ponen de relieve la solemnidad del acto («distancia» del árbitro respecto a unos adversarios, gestualización ostentatoria en las llamadas al orden, actitud de intransigencia estereotipada, mímica y gestos convencionales para significar sus decisiones, vestimenta especial, señales de respeto debidas a] árbitro, etc.).

---

[12] *Ibidem.* p. 232.
[13] A. GELHEN. *op. cit.,* p. 27.

— ***El ritual de la medición de los resultados***

Dada la importancia de la medición en deporte, el ritual deportivo alimenta la obsequiosidad de la precisión, la compulsión repetitiva en las verificaciones, la obsesión del error en las homologaciones o en las decisiones, la meticulosidad en la aplicación de las reglas relativas a la manera de registrar los resultados y codificar los resultados deportivos. «Oficiales» especialmente designados y competentes son los únicos que tienen derecho a anotar las mediciones, cronometrar, dilucidar, apuntar, deliberar, etc. Estos oficiales que administran de alguna manera la práctica y el espectáculo de la competición, en tanto que acontecimiento ordenado y codificado, forman un verdadero cuerpo de «*burócratas*», según la expresión de W. Tröger,[14] quien señala que la competición deportiva y el espectáculo han generado una «administración». «Surgió un cuerpo de oficiales y, en el transcurso de la evolución ulterior, un aparato».[15]

Este aparato jerarquizado se escenifica a sí mismo ritualmente en todas las actividades de administración de la competición deportiva. Enmarca al espectáculo deportivo otorgándole su dimensión simbólica de auto-reproducción-ritual. En efecto, el espectáculo deportivo se convierte en pretexto para la demostración de la administración deportiva. Los funcionarios del deporte acaban así justificando su existencia al poner en escena el funcionamiento ritual del aparato deportivo. Es sabido que el aparato deportivo jerarquizado utiliza, para su puesta en escena, toda una serie de símbolos y de signos prácticos. Como lo señala G. Rocher: «en general, las asociaciones voluntarias, sobre todo los movimientos de carácter ideológico, apelan a un rico simbolismo para suscitar la solidaridad de sus miembros y manifestar su existencia: banderas, insignias, trajes, cánticos, eslóganes, etc.».[16] Pero la organización interna de las instituciones sociales es sobre todo la que se actualiza mediante distintos símbolos. Como sigue diciendo G. Rocher: «en realidad, todas las jerarquías se acompañan con un muy rico simbolismo, como si fuese especialmente importante que las distinciones de rango y de poder se pregonasen con evidencia».[17] En otras palabras, aún el equipamiento simbólico es característico de todas las instituciones burocráticas.

— ***El ritual del anuncio de los resultados y de la recompensa***

El sistema deportivo se basa en la máxima publicidad otorgada a los resultados. A esto hemos denominado *el positivismo del resultado.* La mayoría de espectáculos deportivos concluye con una ceremonia destinada a mostrar al vencedor, a honrarlo, a valorizarlo social-mente. Este culto ritual es constitutivo del espectáculo deportivo. Se pone en escena la ceremonia de la jerarquía deportiva. Así es que los vencedores tienen derecho a una vuelta de honor bajo las aclamaciones del público. El atleta vencedor de los 5,000 metros tiene el honor de dar una vuelta suplementaria a la pista alzando los brazos en señal de victoria. El futbolista ganador es llevado en andas por su partidarios, y también él da su vuelta de honor. En esta ocasión hay que señalar el resurgimiento de todas las prácticas ideológicas adecuadas para la manifestación del vencedor (aclamaciones, aplausos, gestos de victoria, etc.).

El ritual deportivo acentúa aún más la materialización visible de la jerarquía deportiva. En ocasión de la entrega de medallas, por ejemplo, los sitiales respectivos están ordenados espacialmente en el podio. El anuncio de los resultados se carga de solemnidad; las medallas son de colores diferentes, etc. Como escribe H. E. Richter: «el deporte ofrece la ocasión de poner de manifiesto impulsos agresivos, peligrosos en su origen, de tal manera que el resultado obtenido, en vez de las desavenencias debidas a la rivalidad, es una gratificación inofensiva: el ascenso al escalón más alto del podio, la entrega de medallas, de una corona, como símbolo de la superioridad manifiesta. El hecho de que las recompensas rituales a los vencedores sirviesen ya en su origen para dominar las energías agresivas no del todo empleadas en la lucha, puede ser reconocido en muchos pueblos en los que la canalización de las competiciones en unas ceremonias culturales muy estrictas es todavía, mucho mal clara que en nuestras competiciones modernas».[18]

---

[14] W. TROGER, «Die Organisation des deutschen Sport», en Das grosse Spiel, Aspekte des Sports in unserer Zeit, op. cit., p. 44.

[15] *Ibidem*, p. 43.

[16] G. ROCHER. Introduction á la sociologie générale, op. cit., tomo 1, p. 96.

[17] *Ibidem*, p. 96.

[18] H. E. RICHTER, «*Ideale und lllusionen im Sport*», en *Das grosse Spiel, Aspekte des Sports in unserer Zeit. op. cit.*, p. 147.

b) La movilización masiva y la fascinación ideológica

La organización de los espectáculos deportivos se efectúa en el sentido de una codificación y de un ritual cada vez más precisos y meticulosos. Las ceremonias-deportivas se organizan según *un protocolo riguroso.* No resulta exagerado afirmar que el ceremonial deportivo, la organización ritual de la fiesta deportiva, con su preparación y su ceremonia final, se parecen al ceremonial militar. Como afirma P. Laguillaumie: «la gran parada comienza con un desfile militar. La ceremonia en colores, la audición recogida de los himnos nacionales, los desfiles masivos de los equipos al paso y en igual uniforme recuerdan extrañamente las manifestaciones de masas todavía presentes en las memorias. Fanfarrias, colores, reencendido de la llama simbólica e himnos nacionales representan *el calco grotesco del ceremonial militar».*[19]

Esta descripción insiste, en nuestra opinión, en lo esencial: en *la modalidad militar ostentatoria del espectáculo deportivo.* Los equipos nacionales desfilan cual regimientos, precedidos por su banderín; el uniforme, el paso rítmico, el himno nacional diferencian adecuadamente la nacionalidad. La marcha es casi siempre una marcha militar (es sabido, asimismo, que la mayoría de los descansos en los partidos de fútbol o de rugby internacionales son ilustrados por música con ritmos militares), la música de acompañamiento son marchas militares, las guardias de honor son destacamentos del ejército. *En suma, el orden es militar.* Por otra parte, no deja de ser interesante señalar, tal como lo hace P. Laguillaumie, que «el protocolo deportivo se halla a cargo a menudo de personal militar, así se trate de una banda, los CRS, la policía o los boy-scóuts; en todos los casos, la manifestación deportiva se halla sólidamente enmarcada por el aparato militar. Finalmente, la clausura de la ceremonia deportiva es en sí la apoteosis semi-mística, semi-fascista del jubileo militar: entrega de condecoraciones, orden del día y citaciones, nuevos desfiles, continuas paradas».[20]

Actualmente, todas las grandes manifestaciones deportivas son sostenidas, logísticamente, por la infraestructura militar y están enmarcadas por el aparato policiaco-militar. Hay que recordar que los juegos fascistas de Berlín, en 1936, fueron organizados con mano maestra por las juventudes hitlerianas, el bloque deportivo del Estado y la Propagandastaffel bajo la égida del partido nazi que, ya en esta época, preparaba la «solución final» al problema judío y la guerra imperialista de expansión. La grandeza casi wagneriana de los juegos se debía a la puesta en escena histérica y grandiosa del Estado nazi que había perfeccionado sus técnicas para el aparato en oportunidad de las veladas «culturales» de Nuremberg. Los Juegos de México estuvieron organizados en un espacio militar declarado *no man's land* para los nacionales, mientras que los espectáculos se desarrollaban bajo la protección armada de los granaderos del presidente Díaz Ordaz, que acababan de aplastar a algunos cientos de estudiantes revolucionarios y demócratas. Los Juegos Olímpicos de Grenoble se sostuvieron gracias a la movilización durante muchas semanas de los cazadores alpinos, los CRS de la gendarmería y la protección civil, sin contar a los militares del contingente que proporcionaron el soporte material y organizativo de los juegos. Más de 60,000 hombres fueron movilizados para la organización de los juegos (acondicionamiento de los campos, custodia de los espectáculos, regulación de la circulación, mantenimiento del orden, etc.). En Sapporo, en ocasión de los Juegos de Invierno en Japón, en 1972, se movilizó al ejército nipón en pleno para mayor gloria del país. Un escuadrón de militares japoneses dividía en zonas los juegos. Como lo atestiguan P. Katz y M. Jouanen: «cuatro mil soldados del ejército japonés vigilaban los campos y las instalaciones».[21]

En ocasión de los Juegos de Munich, el Ejército estuvo presente en todas partes, a tal punto y tan adecuadamente que hubo numerosos choques con los pequeños grupos de contestatarios alemanes que merodeaban alrededor de los juegos. Pero el formidable despliegue policiaco no consiguió impedir (a pesar de los tiradores de élite de la policía política alemana) que el drama estallase en Munich. Como lo señalaban los comentaristas, no era posible transformar totalmente la villa olímpica en un cuartel con toque de queda y contraseñas. No obstante, hubiese sido necesario convertirla en coto cerrado para evitar el drama. Pero hubiese sido asimismo necesario dividir severamente el estadio en zonas para impedir la instalación de un ingenio explosivo bajo las tribunas oficiales, por ejemplo.

---

[19] P. LAGUILLAUMIE. *Op. cit.,* p. 53.
[20] *Ibidem,* p. 53.
[21] P, KATZ y M. JOUANEN. *Le sport et l'argent,* Guy Authier Editeur, Paris, 1972, p. 21.

El éxito «sospechoso», como dice H. Lucot, de los grandes espectáculos deportivos proviene de su función. Las paradas deportivas, al igual que los desfiles militares, las demostraciones de «majorettes», los carnavales, etc., satisfacen el narcisismo de las masas, de las multitudes concentradas en los estadios. Las multitudes pueden contemplar el fasto del ceremonial que en otras épocas y otros sitios les ofrecían las paradas militares y fascistas. «Las manifestaciones deportivas —dice Th. W. Adorno— han sido los móviles de las manifestaciones de masas totalitarias. En tanto que excesos tolerados, vinculan al momento de la crueldad y la agresión con el contenido de la autoridad: las reglas del juego disciplinado».[22] Por otra parte, hay que señalar que las grandes manifestaciones deportivas han sido utilizadas sistemáticamente por los Estados fascistas o stalinianos, que han visto en ellas la mejor garantía de propaganda de su mística reaccionaria (culto del jefe o de la personalidad, raza superior, «bolcheviques de acero», etc.).

Todos los Estados fascistas o policiaco-militares comenzaron, con el fin de asentar sus dictaduras, por organizar grandes movimientos deportivos que concentrasen, en unas estructuras paramilitares, a la juventud con el fin de «endurecerla» o de llevarla a vestir camisas marrones o negras. Todos también, sin excepción, han organizado grandes manifestaciones deportivo-militares destinadas a glorificar al régimen, a fascinar a las masas mediante esta exhibición de una tranquila y poderosa violencia canalizada. «El espectáculo deportivo —dice P. Laguillaumie— se convirtió en el ritual obsesivo masivo de una sociedad en la que puede surgir en cualquier momento el fascismo o cualquier otra forma de dictadura militar. Nos parece inútil recordar que todos los Estados totalitarios, fascistas, militares o burocráticos muestran un gusto muy especial por las manifestaciones de masas».[23]

Este ceremonial constituye la tapadera que va a permitir los grandes manejos de la multitud. Se trata de un ejercicio ritual de movilización de masas que cumple una función política evidente: *el control de las masas.* Enmarcadas por un aparato policiaco-militar, las multitudes participan en una manifestación masiva en la que el Estado despliega su poderío y su fasto. Al concentrar periódicamente a sus súbditos alrededor de temas nacionalistas y chauvinistas, el Estado espera conseguir una presión ideológica sistemática.

Cuando adelantamos que el deporte es, en tanto que espectáculo de masas, una estructura de *fascistización* ideológica, queremos plantear ciertos hechos poco analizados, pero que nos parecen característicos. Al parecer, únicamente B. Jeu presintió este aspecto cuando escribió: «una joven nadadora célebre fue sancionada, a] parecer, por haber declarado que *el sistema actual de entrenamiento* y *de competición era una manera de fascistización*».[24]

El primer aspecto se relaciona con la *ideología fascista* transmitida por el deporte. La mayoría de los temas fascistas, en efecto, fueron retomados por la ideología deportiva y enriquecidos y desarrollados en una forma específica (mito de la juventud, del superhombre, de la superación biológica en el sufrimiento y la muerte, libertad por la muerte, ideología tecnocrática de la eficacia, selección natural, nacionalismo, chauvinismo, ideología de la guerra y de la virilidad, represión sexual, misoginia, etc.).[25]

El segundo aspecto atañe al simbolismo, cuyo parentesco con la simbólica fascista resulta evidente. H. Lucot señala que los Juegos Olímpicos «arrojan confusamente un gran número de signos y de símbolos. Paz, lealtad, universalismo, afición, gloria de los vencedores son expresados a cada instante. Se enarbola banderas y se entona himnos en todo momento».[26] Si bien la simbólica deportiva no es *directamente* fascista, reactiva, sin embargo, un cierto número de temas que el fascismo ha hecho suyos. Se trata ante todo del culto por el simbolismo alimentado por sí mismo, especialmente de símbolos místicos y reaccionarios. El fascismo aparece a través de una floración de signos, emblemas, banderas, saludos y gestos rituales. Como muy bien lo observa W. Reich: «entre los medios simbólicos de propaganda, el que golpea a primera vista es el símbolo de la bandera».[27] Ahora bien, el espectáculo deportivo es en sí un *potlach de emblemas y de banderas.* Hay no sólo una floración de todas las banderas nacionales, sino incluso la bandera olímpica con los anillos

---

22 TH. W. ADORNO. Primen, Kulturkritik und Gesellschaft, p. 75.
23 P. LAGUILLAUMIE, *op. cit.*. p. 53.
24 B. JEU, «La contre-société sportive», *op. cit.*, p. 408.
25 Cf. los notables análisis de L. TROTSKY sobre la ideología fascista en L. TROTSKY, *C'omment vaincre le fascisme*, Buchet/Chastel, París, 1973.
26 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 34.
27 W. REICH. *La psychologie de masse du fascisme.* Payot, Paris, 1974, p. 104.

entrelazados, símbolo del cosmopolitismo. El gusto por la etiqueta, el fasto, el aparato y el ceremonial grandioso es en si una manifestación de ese *«fascismo cultural»*. Únicamente los regímenes totalitarios tienen la idea de reunir a las masas en esas grandes manifestaciones-paradas con un derroche de signos y de símbolos. El sociólogo D. Guérin ha sabido analizar este aspecto de la mística fascista, especialmente nazi. Escribe, a propósito de la superestructura del fascismo y de los medios utilizados por los hitlerianos: «empleo de medios técnicos modernos..., utilización intensiva de símbolos; visuales: fasces o cruz gamada; vocales: Eia Eia alalá o Heil Hitler; plásticos: saludo a la romana, etc.; reiteración; sus esloganes; el fascismo los hunde en los cráneos repitiéndolos incansablemente; el poder del verbo; la propaganda hablada es mucho más eficaz que la propaganda escrita. Hitler no cesa de alabar el poder mágico de la palabra, ese vínculo místico que une en una reunión pública a los escuchas y el tribuno. Hay predilección por el gran mitin, único medio de ejercer influencia real, dado que es personal y directa, sobre multitudes importantes hasta conquistarlas. Gracias a la radio, la palabra humana es transmitida a todas partes, llegando hasta la aldea más lejana. La sugestión: Mussolini aprendió de G. Le Bon que la multitud es eminentemente sugestionable y que sus conductores ejercen sobre ella una fascinación realmente magnética. Hitler exalta esta influencia milagrosa que nosotros denominamos sugestión de las masas. Todo el arte de la propaganda fascista consiste en poner en circulación el misterioso fluido... La reunión de vastas multitudes, las escenificaciones muy espectaculares. Cuando grandes masas de seres humanos se reúnen en un mismo lugar y un decorado apropiado las valoriza, el fluido ni siquiera necesita ser impulsado por los oradores; se desprende de la propia multitud embriagada con su propio poder. El fascismo se especializa en este tipo de espectáculo... La marcha conjunta y el uniforme fetiche. Una impresión análoga es producida por los desfiles de tropas fascistas: *zusammen marschieren*, ¡marchar unidos! Tampoco aquí el fluido necesita ser sugerido, nace espontáneamente de esa oleada de hombres a los que el uniforme identifica *hasta el punto de que no constituyen sino un único cuerpo*. Y comunican ese fluido a la multitud que los mira pasar. Esta última se aclama a si misma, a sí misma idealizada, sublimada, transformada en un ejército en marcha».[28]

El otro aspecto atañe a *la glorificación mística del superhombre biológico*, ser de excepción: el campeón de los tiempos modernos, del que sus ensalzadores no dudan escribir que es el representante de la futura especie humana. «¿Son necesarios los superhombres?», subtitulaba H. Lucot su obra ya citada, en la que incluía como conclusión una frase que no hubiese negado un ideólogo del fascismo: «una humanidad deportista aceptaría morir aceptando escuchar, como lo han demostrado los psicólogos, el latido de su corazón, ese corazón al que podría escuchar detenerse».[29] La victoria en la muerte «¡Viva la muerte!», gritaban los fascistas españoles), la glorificación del impulso de muerte domeñado por la voluntad de morir cual héroe y con alegría, he aquí otro de los temas específicamente fascistas.

Otro aspecto es la glorificación de la fuerza viril de la juventud, cuya misión consiste en exhibir sus músculos en la gran fiesta del sudor, el esfuerzo y el sufrimiento, en la gran «feria de músculos», según expresión de P. Naudin. Guérin ha sabido mostrar que el fascismo introducía la mística de la juventud y del futurismo identificado con ella. «El fascismo —dice Guérin— exalta a la juventud en sí, la reconoce como un factor propio en la comunidad social; le promete apoyo en la lucha contra los adultos, contra los pasatistas, contra el viejo mundo».[30] Resulta sospechosa la ideología que presenta a la juventud como juventud viril y sana. No olvidemos la advertencia del filósofo alemán E. Bloch: «la educación física sin educación intelectual significa, al fin de cuentas, hacer carne de cañón».[31] Un ideólogo del deporte, actualmente considerado por el Partido Comunista Francés como un autor «progresista», escribía en la época en que publicaba sus obras para gloria del mariscal Pétain que el dirigente deportivo, propagando la idea deportiva, habría de ser realmente «útil para la juventud y la raza».[32] Ahora bien, no se deja de glorificar al deporte como medio de «virilización» de la raza y la juventud, como medio de «endurecerla» según expresión de P. de Coubertin. La *«religión atlética»* de Coubertin no está muy lejos de la religión fascista de la fuerza. Tanto en un caso como en otro predomina la idea de que la juventud se realiza exteriorizando sus fuerzas físicas brutas.

---

28 D. GUERIN, *Fascisme et grand capital.* Gallimard, Paris, 1945, pp. 84 y 85.
29 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 121.
30 D. GUERIN. *op. cit..* p. 81.
31 E. BLOCH, *Das Prinzip Hoffnung*, Suhrkamp. Frankfurt, 1959, p. 524.
32 M. BAQUET, *Education sportive.* Les Editions Godin, Paris, 1942, p. 252.

Esta idea será retornada, por ejemplo, por G. Hébert, quien escribe que el deporte y la educación física son «la solución al problema de la regeneración física de la raza».[33] Al igual que, finalmente, M. R. Musset afirma que «la verdadera utilidad del deporte reside ante todo en fortalecer la raza».[34]

Otro tema, éste directamente fascista, es la idea de una élite física «escogida con cuidado» después de numerosas selecciones. La idea de una selección física «natural» de la población según criterios físicos es un tema a menudo expresado por los fascistas. A este respecto es sabido que Mussolini, para demostrar la calidad deportiva de sus ministros, los obligaba a saltar a través de círculos de fuego. Para el fascismo, el valor de la humanidad se realizarla según los resultados y las cualidades «intrínsecas» de la «raza».

Finalmente, el último aspecto concierne a la atmósfera mística, al ámbito religioso explícitamente procurado por de Coubertin. Este ámbito emocional afectivo intenso recuerda extrañamente a los de los mítines fascistas: música, oriflamas, proyectores de distintos colores, discursos, suelta de palomas, etc., nada ha sido dejado al azar con tal de inflamar a las multitudes y fascinarlas. Un ejemplo mostrará la temática fascistizante del ceremonial olímpico. Es sabido que desde los mítines de Nuremberg, los desfiles con antorchas y otras velas de armas, *el tema del fuego es caro al fascismo.* Ahora bien, la ceremonia de la antorcha olímpica es una ceremonia que se parece estrictamente a las ceremonias muy conocidas (y simbólicamente idénticas en el plano de lo imaginario social) de la entrega del banderín al regimiento o de la reanimación de la llama del soldado desconocido. Las ceremonias del fuego o de la bandera suelen ser ceremonias que revelan rasgos fascistas que apuntan a conmemorar a los muertos, las hazañas y los antiguos combatientes.

2. EL DEPORTE ESPECTÁCULO Y LOS «MASS MEDIA»

Uno de los aspectos más característicos del, deporte moderno es el fenómeno del espectáculo deportivo en tanto que institución masiva. Como muy bien lo afirma L. Mumford: «el deporte de multitudes es, ante todo, un espectáculo».[35] Podría decirse también que el espectáculo deportivo es, ante todo, un hecho masivo que impregna profundamente todas las esferas de los «mass media». El espectáculo deportivo en las sociedades industriales avanzadas se ha constituido y desarrollado en tanto que forma dominante del espectáculo social, lugar privilegiado y hegemónico de la exhibición de las masas urbanas. El mismo es inseparable de una vasta movilización e incluso agitación de multitudes que lo consideran como el espectáculo por excelencia. Puede decirse que el deporte es, con prioridad, el espectáculo moderno de masas, el espectáculo popular de hoy, que tiende a suplantar a todas las otras formas de espectáculo o a integrarlos en su esfera. Esto pudo verificarse en ocasión de los recientes Juegos Olímpicos de Munich, en los que muchos cientos de miles de espectadores se apiñaron en las gradas del estadio olímpico, mientras que cerca de mil millones de telespectadores siguieron en la pequeña pantalla los eventos deportivos concebidos como espectáculo cotidiano permanente. En su limite, el deporte es realmente en la hora actual (sobre todo gracias al cine y a la televisión) el único verdadero espectáculo masivo, no sólo en tanto que llega a una masa inmensa de gente de todas las categorías y de todos los países, sino también en tanto que se dirige directamente, más una de sus diferenciaciones concretas, a las masas que se sienten implicadas en él, y con más de una razón, ya que se reconocen en él. Las masas se apropian del deporte como de su espectáculo favorito, y así se lo acaba presentando y representando en todas las redes de los «mass media». En consecuencia, el deporte como espectáculo es la sustancia dominante de los grandes medios de comunicación de masas que tienden cada vez más a verse saturados por sus temas, su problemática, su ideología, sus mitos y sus preocupaciones, al punto de aparecer como una estructura auxiliar del sistema deportivo.

El espectáculo deportivo es también un espectáculo de masas privilegiado en cuanto que procede a una *masificación,* a una ósmosis colectiva de los espectadores a los que funde en una multitud aglomerada. Esto proviene esencialmente del hecho de que el deporte opera una concentración masiva de gente en esos sitios institucionalmente bien delimitados que son los estadios, los «rings», las piscinas, las salas de práctica de

---

33 G. HEBERT. *Le sport contre l'éducation physique.* Vuibert. Paris, 1925, p. 98.
34 Citado por B. JEU. Le sport, la mort, la violence. op. cit.. p. 140.
35 L. MUMFORD. *Technique et civilisation*. op. cit.. p. 261.

deportes, etcétera. Hasta tal punto y tan adecuadamente, que el espectáculo deportivo, gracias a dicha aglomeración, tiene «efectos estructuradores masivos», según expresión de F. Hammer.[36]

Todas estas razones llevan a que pueda suscribirse la posición de Magnane cuando afirma que «el equivalente de las grandes representaciones populares de la antigüedad es el deporte que se le ofrece al hombre de los tiempos modernos».[37] En efecto, el deporte es el espectáculo industrial por excelencia, en el sentido de que permite que los ciudadanos se encuentren y se reconozcan en las grandes representaciones deportivas, porque ellas les otorgan la imagen misma del funcionamiento dramático, conflictivo, del cuerpo social, en especial en el campo de los choques y los antagonismos masivos. También puede decirse, todavía con F. Hammer, que el espectáculo deportivo ofrece una «salida social a la vitalidad de las masas», a la que sublima al situarla en todos los niveles de los «mass media».

Así pues, quizá no sea exagerado el plantear la hipótesis de que el deporte se halla a punto de convertirse en el *tema central de los «mass media»,* en la medida en que éstos tienden cada vez más a organizar la canalización de esta energía masiva para otorgarle una cristalización ideológica en forma de representaciones, ideas recibidas, prejuicios, creencias, modelos de comportamiento, normas morales, etc. En otras palabras, el espectáculo deportivo desarrolla en el seno de los grandes medios de comunicación de masas todo un *universo axiológico* en el que los valores y modelos, implícitos o explícitos, del sistema deportivo son ampliamente difundidos y juegos interiorizados por las masas.

El espectáculo deportivo se ha convertido hoy, en todas las sociedades avanzadas del planeta, no sólo en cl espectáculo planetario por excelencia, sino en el modelo tipo del espectáculo que atrae y aglutina a las multitudes, concentrándolas alrededor de una escena popular, en la que toda la población está invitada a participar, en tanto que masa, para la celebración de proezas. El espectáculo deportivo es la puesta en escena de un espectáculo de masas en la que el público se comunica, directa o imaginariamente, con *esos actores más o menos míticas* que son los deportistas de competición. El espectáculo deportivo es siempre concebido como un «show masivo», con efectos masivos para un público masivo. No resulta exagerado afirmar que las sociedades industriales modernas necesitan el espectáculo deportivo, en tanto que elemento regulador de su propia imagen de sí. En este sentido, el espectáculo deportivo funciona *como «estadio del espejo»* (Lacan) para las masas que allí se reconocen directamente. *El deporte es el narcisismo masivo de una sociedad industrial avanzada,* que se otorga así una coherencia masiva suplementaria al convertirse en una sociedad de espectadores deportistas, actuales o potenciales. Porque el espectáculo deportivo atañe hoy a todos los niveles de la sociedad. Y atraviesa de este modo verticalmente (según el orden de las jerarquías de clase o de categorías socio-profesionales) tanto como horizontalmente (según el orden de la coexistencia de las instituciones) a toda la sociedad, imponiéndole su propia dinámica. El espectáculo deportivo focaliza todas las miradas sociales porque representa *un espectáculo para todo el mundo,* debido a su simplicidad a la vez que a su inmediatez. «El deporte —señala Bouet— ofrece un espectáculo que conviene prácticamente a todos. Pequeños y grandes, hombres y mujeres, gente de condición rica o mediocre, de todo se encuentra en las gradas de un estadio. Aquellos que rechazan los espectáculos que apelan en mayor grado a la inteligencia y a la cultura prefieren la simplicidad del espectáculo deportivo, su carácter no verbal. Nada de alambicado hay en él. Pero también resultan satisfechos aquellos que quieren detenerse y sumergirse por un momento en una espontaneidad algo primitiva. Ofrecido a todos, el deporte atrae fácilmente la atención de todos».[38]

En consecuencia, a nivel de los «mass media», el espectáculo deportivo tiene cada vez mayor tendencia a homogeneizar el cuerpo social según el modelo reduccionista: las masas sociales son asimiladas. a deportistas o a seguidores-espectadores, a *tofosi,* a «hinchas», en suma, a un público deportivo cada vez menos diferenciado, cada vez más homogéneo, seducido por las preocupaciones elementales del espectáculo deportivo. Debido a las características mismas del espectáculo deportivo, la comunicación social en el deporte tiende a funcionar como un *melting pot* en el que acaban diluyéndose las particularidades concretas de los grupos, clases e individuos. El espectáculo deportivo opera así una especie de *unanimidad masiva* en las sociedades industriales avanzadas, en la medida en que se dirige a todos en general y a nadie en particular.

---

36 F. HAMMER, Der Massensport-Versuch einer soziologischen Analyse seiner Bedin gungen und Erscheinungsweise. Druckerei Winter, Heidelberg, 1933.

37 G. MAGNANE, Sociologie du sport, p. 97.

38 M. BONET, *Signification du sport*.

Atañe a la masa, a la que considera esencialmente nada más que bajo el aspecto de una inmensa colectividad de fans o de aficionados ligados entre si por los reportajes deportivos, las revistas especializadas, el culto de las proezas y el conocimiento cómplice de los menudos hechos diversos del universo deportivo. Es señalable esta tendencia al unanimismo y la uni-dimensionalidad de la comunicación masiva deportiva en muchos niveles. Puede ante todo observarse *la movilización masiva* —en el sentido físico del término— que provoca el espectáculo deportivo.[39] En todos los países del mundo, las grandes manifestaciones deportivas atraen y reúnen a multitudes considerables. El deporte es probablemente uno de los «aglutinantes de multitudes» más poderosos entre los existentes. Tiene una capacidad de amalgamar públicos de todos los orígenes en una masa en fusión sumergida en la contemplación colectiva de un hecho bruto y aparentemente «neutro»: la consagración de un campeón, la caída de un récord o la victoria de un equipo. Esta característica de homogeneización ideológica e institucional fue bien señalada por M. Castaing a propósito del Tour de Francia, que, es sabido, es una institución nacional «propia de todos los franceses, sin distinción de clases o de opinión». «El Tour de Francia —escribe— es una de las raras pruebas deportivas, quizá la única, que atrae indiferentemente al borde de la carretera al PDO (presidente, director general y al peón), al niño y al anciano, al burgués y al revolucionario, al estudioso y al tonto del pueblo, a Apolo y Quasimodo, a Creso y Diógenes; *en suma, a millares de personas de toda naturaleza y condición».*[40] Contrariamente a lo que piensa M. Castaing, las otras ¿grandes pruebas deportivas juegan igual papel. No sólo el Tour de, Francia cumple una *función simbólica de mezcla social de las clases* y de las categorías sociales y asume un papel de *cimentación ideológica entre los diferentes segmentos de la sociedad.* Podría decirse otro tanto, en efecto, del Torneo de Cinco Naciones de rugby, de las Veinticuatro Horas de Le Mans, de la Copa de Francia de fútbol y, de modo más general, de todas las grandes manifestaciones deportivas (nacionales, europeas o internacionales y, por supuesto, las olímpicas).

En tanto que medio de comunicación de masas, el deporte cumple, pues, una importante función de colectivización masiva, de masificación o de «mineralización», según la expresión de Sartre; es decir, la reducción de un público de espectadores deportivos a la condición de *«maquinadas aulladoras en sentido único», según la feliz fórmula de Jean Meynaud*,[41] o a la de «hinchas», según la expresión popular. Este público así masificado juega el papel de una *claque* permanente, de una sociedad anónima de telespectadores o de espectadores directos que vociferan, aplauden, patalean o exultan, cuando no pasan a la acción directa. Desde este punto de vista puede señalarse (observación que puede renovarse sin cesar) que toda manifestación deportiva, incluso restringida, asiste al desarrollo de una *mentalidad de corps*, un espíritu de club o de capilla que recuerda espontáneamente al público en una multitud de partidarios de algo, en una masa, amplia o restringida, de gente que toma partido, se compromete, o milita con la voz y el gesto por los protagonistas presentes. M. Bouet observa así, por ejemplo, que «en ocasión de los Juegos Olímpicos se constituyeron verdaderos coros para gritar el nombre de sus estrellas y el de sus países, y para agitar banderas o enunciar cualquier otro signo de simpatía o de entusiasmo».[42]

La comunicación deportiva masiva, especialmente cuando está supra-determinada por el patriotismo, el chauvinismo y el nacionalismo virulentos, es siempre (sobre todo cuando el espectáculo deportivo comporta un desafió importante) la transformación afectiva, psicomotriz e intelectual de los individuos que componen el público en una multitud de seguidores, que se alinean en un campo o en otro y que lo hacen saber activamente. *Por consiguiente, el espectáculo deportivo masivo instituye espontáneamente, en el seno del público, una especie particular de voyerismo-exhibicionismo, más o menos folklórico, de ¡a victoria.*

---

39 Cf. la introducción de PIETRO ANGELINI, «Sport e mobilitazione delle masse», *en Sport e repressione.* «La Nuova Sinistra», Edizioni Samona e Savelli, Roma, 1971. Las *Recherches internationales d la lamiere du marxisme* describen del siguiente modo la masificación de la opinión pública mediante el espectáculo deportivo y los mass media: «practicado en todos los continentes, según las mismas normas, ha despertado entre los hombres *relaciones de comunicación de un tipo nuevo:* no sólo los grandes encuentros internacionales son programados con muchos años de antelación, tiño que un simple intento de récord del mundo en una única disciplina es *objeto de toda una preparación de la opinión. Todos se sienten implicados en el establecimiento de un resultado mundial.* Todo ocurre como si el hombre identificase el récord con su propia victoria. En el instante mismo en que se realiza, el resultado es conocido en todos los continentes por cientos de millones de personas». *(Recherches internationales d la lumière du marxisme*, núm. 48. Editions de la Nouvelle Critique, Paris, 1965, p. 3).

40 *Le Monde* del 20 de julio de 1971.

41 J. MEYNAUD. *Sport et politique,* Payot, Paris, 1966, p. 19.

42 M. BOUET, *op. cit..* p. 511.

Cualesquiera sean los espectadores, van al estadio o miran televisión para ver ganar a «sus» campeones, «sus» equipos, «sus» países, «su» asociación, «su» universidad, «su» escuela, etc., y, sobre todo, para alentarlos a que así sea. Esto explica el que todo espectáculo deportivo pueda ser potencialmente el lugar en donde se enfrentan, más o menos pacíficamente, clanes adversos. Basta con leer regularmente los informes deportivos para verificar la frecuencia de la *polarización pasional del público* (y de los deportistas): brutalidades, violencias, invasiones del campo de juego, agresiones diversas contra el árbitro, trifulcas entre seguidores, etc. Así pues, el espectáculo deportivo instaura siempre una *separación masiva,* ya sea ésta de orden institucional, ideológico, afectivo o simbólico. Por el deporte-espectáculo se llega a tomar partido. W. Jones entrevió más o menos claramente la lógica de masificación que entraría la *spaltung agonista* de los espectadores. «En la gran mayoría de casos —escribe—, este motivo no afecta al desarrollo normal de los acontecimientos y el juego o el encuentro acaba sin incidentes penosos. Pero ocurre que la multitud que asiste a los eventos deportivos se inflama más allá de todo control, a causa del deseo erróneo de ayudar a su propio equipo intimidando a sus adversarios, o agrediendo a los funcionarios, o aun oponiéndose violentamente a la decisión de los árbitros. Algunos deportes se ofrecen más fácilmente que otros a esta clase de incidentes. Cuando hay contactos personales y con frecuencia violentos entre los competidores, o cuando las decisiones de los funcionarios no se basan en mediciones objetivas de distancias, tiempos, etc., o cuando los dos competidores son de igual fuerza, pueden producirse tales hechos. La chispa es a menudo proporcionada por la actitud de los propios atletas, o por un mal empleo de la posibilidad de dirigirse al público. Estos incidentes no tienen, pues, un carácter inevitable».[43] Por supuesto, estos hechos no se reproducen mecánicamente en el sentido en que serían la consecuencia inevitable de un espectáculo deportivo. Pero la situación del espectáculo deportivo tiende inevitablemente, *debido a su propia lógica agonista,* a producir al menos las condiciones de su posibilidad. Basta una chispa para prender fuego al bosque...

El éxito, la popularidad del espectáculo deportivo en tanto que medio de comunicación de masas, se deben al hecho de que las manifestaciones deportivas instituyen para las vastas masas unas confrontaciones «dramáticas» centradas en *una interrogación fundamental: ¿quién va a ganar, quién es el más fuerte, quién será el vencedor, quién será el mejor?* Esta dramaturgia reproduce en miniatura, en el sentido de las maquinarias de espectáculo que son los estadios y los recintos deportivos, todas las facetas imaginarias y simbólicas de los dramas reales de la existencia social y política: choques, antagonismos, rivalidades, enfrentamientos entre naciones, Estados, clases y grupos sociales, a tal punto que el espectáculo deportivo opera para esas amplias masas una fantasmatización colectiva de la historia real y de la historia deportiva que se inter-penetran entre si. Por ejemplo, las guerras actuales pueden adquirir la forma de colisiones entre equipos de rugby adversos que «chocan despiadadamente», la «superioridad de una raza» pueden encontrar su expresión delirante en la victoria de un gran boxeador, o aun la «coexistencia pacífica» puede encarnarse simbólicamente en la mitología del *fair play*. Inversamente, la teatralización fantasmática de la competición deportiva reitera el drama del mundo, de la historia y del destino de los pueblos: argumento imaginario del pequeño campeón francés que se las arregla bastante bien, rito agresivo de la disciplina colectiva y de la cohesión alemanas, mito de la furia italiana, etc. El carácter masivo del espectáculo deportivo proviene así de su eminente capacidad para *transfigurar simbólicamente,* en el marco de la alquimia de los fantasmas colectivos, los dramas de la vida, estableciendo una *red de correspondencias* entre los dramas deportivos y los acontecimientos sociales e históricos. Por lo tanto, el espectáculo deportivo ofrece una *escena* institucional, codificada, en la que las masas reconocen bajo una forma más o menos mítica y estilizada la acción de los grandes tipos humanos: el bueno, el malo, el astuto, el plácido, etc. El espectáculo deportivo permite, sobre todo, ofrecer, bajo una forma simple, un *sistema de referencia simbólica a todas las identificaciones posibles,* a todas las articulaciones míticas entre los campeones, las estrellas y los grandes representantes heroicos de la escena histórica. Así, Halimi, gracias a su victoria, venga a Juana de Arco; tal equipo deportivo, al ganar, lava las humillaciones sufridas por un pequeño pueblo oprimido; cual campeón, expresa la superioridad de un sistema social sobre otro; aquel récord es el producto acabado del pensamiento de Mao Zedong o de la eficacia capitalista...

Esta *dimensión referencial* del espectáculo deportivo, en la que los mitos, las representaciones, los personajes típicos, etc., encuentran inmediatamente una traducción simple a un código popular, es lo que hace que el «drama» de las pruebas deportivas suela encontrar una estandarización, una formalización institucionales. La escena deportiva atrae a las masas porque el drama que se les presenta está regulado, institucionalmente, por

---

[43] W. JONES. *Le sport et la compréhension internationale*, citado por M. BOUET. *op. cit*.. p. 525.

la unidad de tiempo, de lugar y de acción, cuya función última consiste en responder a la gran cuestión que atraviesa al sistema deportivo de parte a parte (al punto de convertirlo en una maquinaria mítica): ¿quién es el campeón, el vencedor, el record-man, el mejor? Dumazedier y Bellugue han sabido presentir esta característica esencial de la comunicación deportiva al describir el teatro deportivo regido por las reglas de la tragedia clásica. Escriben: «ningún elemento exterior acude a alterar el juego: los límites de las dimensiones del campo de juego, del número de los personajes, de la duración del partido, así como las reglas del combate, están allí para protegerlo. No hay que temer ninguna alteración o sorpresa, ningún compromiso de los habituales en las circunstancias normales de la vida: la acción es una. Todo ocurre en el mismo sitio: la pista, el ring, el campo de juego, todo sucede en un campo cerrado. Así, las acciones y reacciones de los jugadores adquieren el máximo de intensidad dramática. Finalmente, no sólo la lucha deportiva respeta la unidad de tiempo al pie de la letra, sino que incluso dedica todos los minutos, todos los segundos de su duración a resolver, sin dispersión ni digresión, el problema planteado desde un principio: ¿quién es el mejor?.[44]

No es entonces asombroso comprobar que esta uni-dimensionalidad del espectáculo deportivo entrañe desplazamientos muy importantes de multitudes. En las sociedades de masas en las que las manifestaciones colectivas son a menudo muy importantes: huelgas, demostraciones, desfiles, reuniones, etc., las competiciones deportivas se cuentan entre las más impresionantes numéricamente. El espectáculo deportivo es quizás incluso una de las raras manifestaciones sociales capaz de movilizar casi permanentemente tanta gente. En el ámbito de las cifras, el espectáculo deportivo casi no tiene rival. Los grandes deportes considerados «populares» son los que reúnen con mayor facilidad a las multitudes. En los países llamados subdesarrollados, estos deportes constituyen incluso el ejemplo típico de las grandes movilizaciones de masas. «Entre los deportes capaces de desplazar a las masas y ponerlas en condiciones de explosión colectiva —escribe J. Meynaud—, el fútbol ocupa un lugar privilegiado. En una ciudad como Nápoles, los partidos más populares son capaces de atraer hasta 75,000 personas».[45] Las grandes ciudades europeas o americanas poseen estadios gigantescos en los que acaban precipitándose regularmente unas multitudes inmensas que siguen los partidos de fútbol, rugby, béisbol o distintas pruebas deportivas (200,000 localidades en el estadio de Río de Janeiro...). En España, el número de espectadores deportivos dominicales es del orden de muchos millones. En oportunidad de las grandes copas del mundo de fútbol, el total de los espectadores presentes en los estadios durante las competiciones es del orden de uno a dos millones. En los campeonatos del mundo de fútbol que se desarrollaron en Brasil, cientos de millones de telespectadores asistieron, incluso en diferido, a los encuentros difundidos por mundo-visión. En América latina, en donde el fútbol —el deporte en general— se ha convertido en un verdadero opio del pueblo, cientos de miles de personas olvidan sus miserias cotidianas y los regímenes policíacos, frecuentando con asiduidad los estadios y las arenas. En Italia, Francia, España, Portugal, en ocasión de las grandes competiciones ciclistas, multitudes compactas se apretujan al paso de los corredores. Según Meynaud, se estima en una quincena de millones el número de espectadores franceses y extranjeros que ven pasar el Tour de Francia.[46] En los países del Este, los grandes mítines deportivos (Espartaquiadas, etc.) concentran a importantes masas humanas. Los juegos continentales (africanos, asiáticos, etc.), los encuentros internacionales, los Juegos Olímpicos hacen que converjan en las áreas deportivas importantes columnas de peregrinos-espectadores que llegan para asistir a las proezas de los atletas. Este aspecto de reunión periódica y ritual, cuyo mejor ejemplo fue el de los juegos de Munich, es el que llevaría a pensar que *el deporte se ha convertido en la nueva religión de las multitudes industriales.* En «un mundo sin religión», el deporte sería el medio de comunicación privilegiado de las masas entre sí, el vínculo colectivo por excelencia de toda una comunidad urbana, regional, nacional o universal. «Las grandes competiciones —considera Lucot— han pasado a revestir los caracteres de las grandes fiestas religiosas de antaño. *Todo un pueblo* asiste a las finales de la copa de fútbol, del campeonato de rugby en el que un equipo es sacralizado como vencedor, campeón. Los seis días de Amberes, de Londres; en otro tiempo de Paris, *son la fiesta de toda una Metrópolis cosmopolita.* El estadio, el salón de boxeo en donde *el conjunto de las capas sociales* se distribuye según elipsis o círculos concéntricos recuerdan una catedral cubierta de pancartas».[47] Cualquiera sea la realidad efectiva de la «religión deportiva», se debe al menos señalar que los grandes medios de comunicación de masas presentan cada vez en mayor grado *las*

---

44 J. DUMAZEDIER y otros, *Regards neufs sur le sport, moyen de culture.* Ed. du Seuil, Paris, 1950, p. 111.
45 J. MEYNAUD. Op. *cit.*. p. 19.
46 *Ibidem*, p. 20
47 H. LUCOT, *Le sport, faut-il des surhommes*? p. 32.

manifestaciones deportivas internacionales, en especial los Juegos Olímpicos, como una fiesta religiosa, como la celebración de la universalidad humana mediatizada por un valor sagrado, trascendente: el deporte. El espectáculo deportivo se convierte entonces —gracias a los «mass media»— en el sustitutivo profano de las antiguas religiones de vocación universal. El espectáculo deportivo suplanta incluso como universalidad a todas las religiones en la medida en que se dirige a todos los hombres, sin distinción de religión, al hombre planetario en general. Y las ciudades olímpicas adquieren así una vocación universal más significante que el Vaticano o La Meca. De ahí, por otra parte, la repercusión ideológica inmediata y esa *catolicidad deportiva* en todos los temas de la tregua, la fraternidad, la paz y el deporte, que *circulan masivamente por todos los canales de difusión de la prensa, el cine, la televisión* y que están muy bien sintetizados en la siguiente opinión de J. Rouyer: «a escala mundial —escribe este autor—, el deporte se convierte en una práctica universal, y la importancia y la irradiación de los Juegos Olímpicos así lo atestiguan. *Todo hombre se siente implicado en el resultado deportivo.* Actualmente, dichos juegos, en el marco aceptado de la coexistencia pacífica, contribuyen ala paz mundial ya la fraternidad mundial».[48]

Por supuesto, mediante la universalización del espectáculo, el deporte se ha convertido en un hecho mundial. El universo deportivo se ha convertido en el universo del resultado público a escala mundial. Mediante el espectáculo deportivo se ha constituido una especie de comunidad ilusoria, ficticia, la comunidad mundial de los iniciados. Así pues, la conciencia de los espectadores es una conciencia planetaria, *una conciencia del enfrentamiento deportivo mundial.* Esta mundialización del deporte en los «mass media» no es sino el reflejo de la mundialización de la política en el marco de la coexistencia pacífica. Entonces el espectáculo deportivo juega el papel de médium de una comunidad cosmopolita del deporte gracias a la capacidad tecnológica de unificación de los «mass media». Estos, al extender la di-fusión de las pruebas deportivas, al mismo tiempo han impuesto la imagen del deporte a los cuatro puntos del globo. Asimismo no resulta asombroso comprobar que esta imagen común del deporte tiende a suprimir los particularismos, los regionalismos, para dar un *modelo axiomático de la humanidad deportiva*. «Si un gran número de deportistas alcanza esta universalidad —dice H. Lucot—, ello se debe a que la universalidad del deporte reside no en sus reglas, sino en su audiencia... Cuando un satélite repetidor es puesto en órbita, las primeras imágenes que transmite son, con frecuencia, las de un encuentro deportivo... Cuando un satélite repetidor transmite un partido de fútbol, puede estarse seguro de que en caso de fuera de juego, cientos de miles de telespectadores de raza, lengua y cultura diferentes lo sancionarán desde sus sillones. Hay más hombres que conocen las reglas del fútbol que las indicaciones de la misa o el culto protestante».[49] Al fin de cuentas, un único planeta deportivo contempla, comenta y admira los resultados de los atletas y «dioses del estadio». Los Juegos Olímpicos, que representan —según su padre espiritual, P. de Coubertin— la gran fiesta religiosa de los tiempos modernos, constituyen asimismo el mayor espectáculo del mundo: el espectáculo del mundo que se ofrece como espectáculo. En este sentido, el espectáculo deportivo se ha convertido, en el marco de la internacionalización creciente de los «mass media» y del sistema de informaciones (agencias de prensa, televisión, etc.), en uno de los medios dominantes de comunicación de masas, que contribuye más que cualquier otro a conformar una *opinión pública mundial*, especialmente olímpica. «Los Juegos Olímpicos —concluiremos con Ziemilski—, ¿no manifiestan una nueva función del deporte... la del medio internacional y supranacional de comunicación de masas? Los juegos de Roma han sido el mayor espectáculo jamás conocido por la historia universal.[50] Reunieron ellos a cientos de miles de personas en las tribunas, más innumerables miles de otras a las que los aparatos de televisión transmitían en directo lo que ocurría en el foro olímpico. Esta información masiva de un tipo particular, que emplea las nuevas técnicas de comunicación, no se queda en la superficie de los acontecimientos deportivos: los plasma muy expresivamente en cifras, nombres, cuadros y términos técnicos, en un sistema válido de medición y apreciación. Estos símbolos ocultan importantes problemas: la gran competencia mundial de los dos sistemas, las mitologías actuales de más de doscientos países y Estados nacionales. Considerado desde este ángulo, el deporte se convierte en un instrumento y un método de comunicación de masas, que permite que cada cual se someta al examen de su propia identificación con la colectividad presente de que forma parte, así como de la posición de esta colectividad en el mundo».[51]

---

48 J. ROUYER. «Recherches sur la signification humaine du sport et du loisir». En *Recherches internationales a la lumière du marxisme.* núm. 48, Paris, 1965. p. 62.

49 LUCOT, *Op. cit..* p. *7.*

50 ¿Qué decir de los de Munich, espectáculo monumental?

51 A. ZIEMILSKI. «Scepticisme au siècle du sport», en *Recherches internationales a la lumière du marxisme*». p. 7.

VIII. EL PAPEL SOCIAL DE LOS CAMPEONES

«El deporte se vuelve, cada vez más, objeto de una mitología colectiva».[1] El universo deportivo está poblado mitológicamente de héroes, así como en los textos antiguos pululan semidioses, héroes y superhombres. Los superhombres modernos son los campeones adulados, celebrados y ampliamente retribuidos. El análisis de este universo bastante particular que atormenta el espíritu de millones de personas es lo que querríamos efectuar ahora para cerrar nuestro trabajo sobre el sistema deportivo. No es inútil decir previamente que esta mitología deportiva se ha vuelto universal y realmente unificadora. Abarca a millones de personas a las que insufla las mismas representaciones, valores, normas, axiomas ideológicos, las mismas mistificaciones y entusiasmos ilusorios. ¿Cuántos millones de personas no han aplaudido a Pelé? ¿Quién ignora las proezas de Ni Chi Chin, de Borzov o de Spitz?

Aquí tratamos de estudiar este aspecto capital del deporte, mediante el cual el mismo es percibido y que se refleja a través de los medios de comunicación de masas (se trata del estrellato deportivo). El culto del campeón que se ha convertido gracias a los medios de comunicación de masas y a la prensa deportiva en una verdadera industria fue denunciado a menudo por los «reformadores del deporte», pero bastante raramente analizado. Como lo señala G. Magnane: «esta idolatría constituye el principal tema de preocupación de los moralistas del deporte».[2] La razón que explica la ausencia de análisis de esta especie de «campeonitis» es doble, en nuestra opinión. En primer lugar, la psicología colectiva de las representaciones sociales de las estrellas, héroes, grandes hombres es bastante limitada en la hora actual.[3] Creemos que sigue estando por hacerse en lo esencial el análisis de los grandes personajes y de sus funciones socio-políticas. A continuación, el análisis especifico del campeón deportivo revelaría —estamos convencidos de ello— uno de los rasgos esenciales del deporte: su papel al servicio de lo que H. M. Enzensberger denomina «la elaboración industrial de los espíritus».[4]

1. EL CAMPEÓN, EN TANTO QUE PIEDRA ANGULAR DEL SISTEMA DEPORTIVO

El campeón es el mejor, es la referencia absoluta que con frecuencia encarna incluso al récord. En resumen, es la cima de la pirámide. Es el punto de mira, el modelo a seguir, la vanguardia deportiva. Como dice el *Ensayo de doctrina* de los deportes: «el campeón es, en cualquier caso, un eficaz propagador de la idea deportiva. Cuanto mayor es su valor, más se amplia su audiencia entre las masas, y mejor sirve a la causa del deporte. Seguramente mediante el ejemplo resonante de una élite de cualidad humana y deportiva excepcional, que atestiguaría en la vida cotidiana su valor en todos los planos, se obtendrá con plena seguridad la adhesión total de padres y educadores».[5] Tal como lo precisa aún el *Ensayo de doctrina:* «el campeón se halla, además, a la vanguardia de la técnica deportiva. A la vez precursor y modelo, contribuye decisivamente a los progresos de los métodos de entrenamiento y de preparación fisiológica y biológica. El deporte sin sus campeones es tan inconcebible como la literatura sin sus escritores. El campeón no sólo ilustra su deporte, sino que lo crea».[6] El campeón permite que exista el deporte de masas, porque de la masa han surgido por una serie de estratificaciones los diferentes campeones que se distribuyen según una escala jerárquica. El campeón otorga toda su dimensión a la institución deportiva, porque él es quien la «vectorializa» hacia lo alto. Como escribe B. Jeu: «el edificio social del deporte descansa en el campeón, que aparece como lo universal concreto».[7] Por otra parte, la historiografía deportiva está concebida sobre el modelo de la historiografía oficial de los grandes hombres de quienes se considera que producen la historia por un acto libre de su voluntad. La historia del deporte está, así, jalonada por las proezas de los grandes campeones que realmente dividen en períodos el tiempo deportivo.

---

1 B. GUILLEMAIN, *op.* cit., p. 115.
2 G. MAGNANE, *op. cit.*, p. 107.
3 Con una excepción: E. MORIN, *Les stars*, Seuil, Paris, 1957.
4 H. M. ENZENSBERGER, *Culture ou mise en condition*, Juilliard, Paris, 1965, p. 126.
5 *Essai de doctrine du sport, op. cit.*, p. 73.
6 *Ibidem*, p. 73.
7 B. Jau, *Le sport, la morte, la violence*, p. 97.

2. EL CAMPEÓN Y LA PUBLICIDAD DEL ESPECTÁCULO

Hemos visto asimismo que el campeón se habla convertido en una mercancía que aseguraba la promoción publicitaria de otra mercancía, que contribuía a producir el espectáculo deportivo. El mercado de campeones es un mercado del espectáculo, del resultado garantizado (relativamente). En la sociedad capitalista, los «buenos campeones» son la garantía de la empresa comercial deportiva. Una de las motivaciones esenciales del sistema deportivo consiste no sólo en producir sin cesar nuevos campeones, sino también en hacerlos valer y consagrarlos por los medios de comunicación de masas. Tal es la razón por la que, independientemente del profesionalismo deportivo, el asalariado deportista es la consecuencia ineluctable del mercado del espectáculo deportivo. En tanto que produce espectáculo (mercancía), el campeón busca realizar en ella su valor de cambio. La particularidad del campeón deportivo, en efecto, consiste en poseer una fuerza de resultado cuyo valor de uso es el de producir espectáculos que tienen un valor de cambio específico en el mercado. Por lo tanto, es normal que el campeón, incluso «aficionado», se haga retribuir de acuerdo con los principios implícitos del asalariado deportista. En esto experimenta una tendencia general en el modo de producción capitalista. Como afirma Marx: «al médico, al jurista, al sacerdote, al poeta, al sabio (la burguesía) los ha convertido en sus empleados a sueldo».[8]

Las consecuencias del papel social motor del campeón son muy importantes en el plano de la evolución histórica del sistema deportivo. El campeón de alta competición prefigura, creemos, la tendencia histórica de conjunto, la que se impondrá a cierto plazo. El sistema deportivo tiende hoy a convertirse en una rama industrial capitalista del espectáculo deportivo. Por una parte, en efecto, la evolución misma del capitalismo monopolista de Estado tiende a unificar todo el sistema capitalista en una *vasta máquina burocrática*, destinada a asegurar la producción continuada y regular de plusvalía. Actualmente no existe una esfera que no sea inficionada por esta tendencia. *El sistema deportivo se ha convertido en un engranaje integrado en el capitalismo.* Por otra parte, la evolución inmanente del sistema deportivo, conforme a su lógica interna, la búsqueda del rendimiento, lo ha transformado asimismo en un sistema industrial de producción en serie de campeones. Además, se mide la fiabilidad y la productividad de un sistema deportivo nacional (proceso de producción deportivo) por el número de atletas internacionales producidos en un lapso dado, o bien por el número dc medallas obtenidas.

3. EL CAMPEÓN Y LOS PROGRESOS TECNOLÓGICOS DEPORTIVOS

El campeón de alta competición es el portador de una tecnología deportiva de punta. El campeón es aquel que ha sabido poner a punto una técnica muy avanzada que le permite mantenerse en el pelotón de cabeza. De la competición entre diferentes campeones, así como de los métodos de entrenamiento, nacen todos los perfeccionamientos técnicos. También aquí la competición es el motor del proceso. La propia técnica que sirve para el principio de rendimiento está regida por el principio de rendimiento. Esta tendencia se ha manifestado muy claramente en los deportes en los que la técnica individual es primordial. En salto de altura, por ejemplo, los saltos cualitativos en el orden de los resultados fueron salvados cuando surgió un técnico de élite que, gracias a su práctica, permitió resolver mejor en términos de tecnología corporal el problema balístico o mecánico planteado. Los grandes escalones de resultados están vinculados con las grandes etapas (por ejemplo, en salto de altura) de la técnica deportiva (inversión interior, rodillo costal, rodillo ventral, *fosbury flop).* Ocurrió lo mismo con el lanzamiento del peso. Como lo señala H. Lucot: «en los concursos ha resultado especialmente verificada por la historia del récord de lanzamiento del peso la regla que, seguida por el deportista excepcional, no ha hecho sino abrir el camino a sus contemporáneos. Durante muchos años, O'Brien (Estados Unidos) llevó progresivamente por sí mismo el récord de 17,50 metros a más de 19 metros. Esta progresión sostenida tenía carácter de excepción; luego, de pronto, sus sucesores lo alcanzaron, y Matson consiguió lanzar el peso dos metros más lejos».[9]

Por consiguiente, el campeón es como el precursor técnico de una generación de deportistas. Como afirma el *Ensayo de doctrina:* «el campeón... es la vanguardia de la técnica deportiva».[10] Constituye, por otra parte, un polo de identificación técnica, un modelo de comportamiento deportivo. No sólo sus competidores lo

---

8 K. MARX. F. ENGELS, *Le manifeste du parti communiste*, Editions Sociales. París, 1962, p. 25.
9 H. LUCOT, op. *cit*.. p. 62.
10 *Essai de doctrine du sport*. p. 73.

observan e imitan, sino que los jóvenes lo toman como punto de referencia. En él piensan ellos cuando procuran lograr un estilo, una técnica. Tal joven futbolista será Kopa o Fontaíne, cual ciclista querrá tener la silueta de Anquetil, otro joven atleta, finalmente, buscará imitar la zancada de Jazy. Además, a escala de los medios de comunicación de masas, el campeón da curso al modelo de la técnica corporal eficaz, que, por lo tanto, hay que imitar. El campeón valoriza un estilo, una normatividad gestual. La referencia a los campeones es corriente en la vida cotidiana, cuando se trata de comparar un estilo cualquiera. M. Mauss habla observado el carácter de difusión masiva por imitación social de los movimientos técnicos corporales. Daba como ejemplo el *crawl* o la marcha. Esta difusión masiva está hoy acrecentada por los medios de comunicación de masas. Mediante el deporte se difunden en amplia escala unas normas estandarizadas manifestadas por los grandes campeones. Esas técnicas, a las que dan curso los medios de comunicación de masas, resultan además invertidas publicitariamente. El campeón, transformado en mercancía, en objeto de promoción, hace correr, saltar, brincar a otras mercancías que no tienen mucho que ver con el universo deportivo.

En un universo maquinista en el que la eficacia lo domina todo, los campeones transmiten mediante sus gestos un *«ideal normativo de la motricidad»*,[11] según la expresión de F. J. J. Buytendijk, y que no es otro que el de la perfección técnica. El campeón es un ideal de perfección y de eficacia en la sociedad industrial; el campeón es el tipo mismo del individuo adaptado al trabajo corporal y a la máquina. *Es el cuerpo hecho máquina.* Por ello no resulta asombroso, como todavía escribe Lucot, que «el deportista actual sea un modelo para la masa a la que incita a practicar y a la que dicta el ademán perfecto».[12] Por otra parte, el campeón es *el mediador de una imagen social del cuerpo.* Por su intermedio se homogenizan las diferentes imágenes privadas del cuerpo en el seno de una imagen mixta, socializada, del cuerpo. La imagen social del campeón representa un *medio ideal* en la sociedad dada, el mismo que normaliza a las otras imágenes del cuerpo. Porque, como lo señala P. Schilder: «una imagen del cuerpo es siempre, de una cierta manera, la suma de las imágenes del cuerpo de la comunidad en función de las diversas relaciones que en ella se instauran».[13] Mediante la identificación con las imágenes del cuerpo se opera esencialmente la identificación con los campeones. Como lo sigue señalando P. Schilder: «la vida social suscita en nosotros la tendencia a identificamos con los otros. La imitación es un aspecto. *La identificación es ante toda identificación de las imágenes de los cuerpos».*[14] Esta identificación con los campeones puede llegar a veces hasta la imitación de los gestos más insignificantes de los campeones. Así, como lo observa Magnane: «Numerosos émulos de las estrellas deportivas se dedican a reproducir determinados gestos suyos que nada tienen de atlético».[15]

En las sociedades industriales avanzadas se instituye un aprendizaje racional y sistemático de los gestos, una educación física que se efectúa en función de la preparación para el trabajo industrial y de la integración en el medio social y cultural. La preparación para el trabajo en la fábrica exige en nuestros días una racionalización de los gestos y una uniformización de las técnicas. Como lo señala Buytendijk: «el trabajo, ejercido ya en el transcurso de los años de aprendizaje, exige una automatización y una racionalización de los movimientos. A esto se debe que haya una gran diferencia entre la reorganización de la motricidad de un joven labrador, un relojero, un estudiante, o un camarero, o un recadero».[16] Esta exigencia fundamental impone ya una tecnología del cuerpo de tipo industrial de donde queda excluida toda clase de libertad lúdica o de fantasía. Los gestos industriales se modelan según los movimientos de la máquina. Tal la razón por la cual el campeón es necesario en tanto que encarna la unificación y la centralización de los gestos eficaces y operativos. El campeón es el modelo de una máquina industrial de producir resultados. Es la perfección tecnológica encarnada.

4. EL CAMPEON ES EL PORTAVOZ DE PRESTIGIO

Toda sociedad se reconoce en sus héroes culturales o ideológicos. En la era industrial, los campeones representan a los portavoces más adecuados de la sociedad o de algunos de sus grupos. Un grupo social se

---

11 F. J. J. BUYTFNDIJK, *op. cit.*. p. 478.
12 H. LUCOT, *op. cit.*, p. 128.
13 P. SCHILDER. *L'Image du corps*, Gallimard, París, 1968, p. 313.
14 *Ibidem*. p. 314.
15 G. MAGNANE, *op. cit.*, p. 113.
16 F. J. J. BUYTENDIJK, *op. cit.*, p. 430.

reconoce en el campeón como en su propia imagen ideal. Como lo señala A. Ziemilski: «el deportista que representaba en otro tiempo un ideal de conducta no es ya, hoy, sino el portavoz de un grupo social o incluso la expresión de sus relaciones públicas con el exterior».[17]

Evidentemente, el Estado es el que, en el marco de su política exterior, utiliza a los campeones con fines de diplomacia y de propaganda. Esta estatización de los campeones es consustancial al deporte de alta competición en las sociedades capitalistas industriales avanzadas. Ante todo es necesario señalar que todos los Estados sin excepción ejercen un control sobre los campeones. El Estado se siente responsable de sus atletas en el extranjero. Todos los atletas son hoy atletas estatales asalariados, agentes publicitarios del capitalismo monopolista de Estado. El Estado controla en nuestros días la exportación de atletas, exactamente de la misma manera que los movimientos de divisas y capitales. Se asegura que la «etiqueta Francia» esté garantizada cuando los campeones se dirigen al extranjero para «defender los colores nacionales». Así, M. Comiti declaraba a la prensa, recientemente, a propósito del comportamiento de algunos atletas, que éstos no guardaban una actitud acorde con su misión: «hemos visto —decía— que son sobre todo atletas que volvían de vacaciones, pero que, en razón de su posición, no debían dejar de pensar que son estrellas».[18] Y el encargado de juzgar la actitud de los servidores del Estado decía a su vez: «a lo sumo podría desearse que tuviesen en su conjunto una mayor conciencia de su misión, que supiesen que representan a Francia cuando defienden nuestros colores».[19]

Esta actitud no es privativa de Francia. En los Juegos Olímpicos, los representantes de diferentes Estados vigilan estrictamente el comportamiento de sus atletas que tienen que adecuarse a las relaciones políticas en curso, a los azares diplomáticos y a las necesidades ideológicas de la propaganda estatal (sobre todo en los países totalitarios del Este, en donde los atletas son «acompañados» por un «funcionario intérprete» de la NKVD). Así, como dice M. Leiris: «los atletas son promocionados al rango de embajadores o desempeñan el papel de guerreros en esos remedos de campos de batalla llamados campos de juego».[20] En el marco de la coexistencia pacífica, los atletas rusos han servido para establecer acuerdos culturales e intercambios diplomáticos que prefiguraban acuerdos políticos globales. Muy recientemente, los jugadores de ping-pong americanos facilitaron que el Departamento de Estado anudase contactos políticos con China comunista, en un momento exacto en el que ésta procuraba hacerse reconocer por la ONU. En general, actualmente los atletas de competición se han convertido en los soportes de la propaganda estatal y la ideología nacionalista. Como, todavía, lo señala M. Leiris: «se admite más o menos conscientemente que los éxitos soviéticos en los estadios acuden a ilustrar, con igual razón que los *sputniks*, las ventajas del pensamiento de Karl Marx; de la misma manera, Don Schollander, con su sonrisa musculosa, aparece como una publicidad viviente del *american way of life*».[21] Hay dos razones esenciales para esta integración del campeón en la esfera del Estado.

La primera, fundamental, es la creciente politización del deporte. Este jamás fue «neutro», y hasta ha acabado por convertirse en *un desafío en la lucha de clases a escala internacional.* Las competiciones deportivas reflejan bastante fielmente las confrontaciones políticas. El deporte se ha convertido en uno de los elementos de la lucha internacional entre los Estados. Como muy justamente escribe P. Guimard, las competiciones internacionales *«tendrán que reconocerse en lo que son: una lucha feroz de intereses materiales y desprestigios nacionales, la continuación de la política mediante otros medios»*,[22] o, como afirma M. Leiris: «para interesarse en el deporte, el Estado tiene una primera buena razón: el mismo se ha vuelto desde hace bastante ya un elemento integrante de lo que se denomina el prestigio internacional. Por lo tanto, el Estado está obligado a vigilar, generalmente en el marco de estructuras apropiadas de preparación olímpica, el que su imagen hacia el exterior esté acorde con sus ambiciones políticas internacionales».[23]

En esta situación, los atletas juegan el papel de una moneda de intercambio internacional cuyas variaciones están sometidas a las fluctuaciones de la coyuntura internacional. La otra razón atañe a la evolución

---

17 A. ZIMIELSKI, *op. cit.*, p. 13.
18 *Le Monde* del 6 y del 7 de septiembre de 1970.
19 *Ibidem*.
20 *Le Monde* del 8 de agosto de 1967.
21 *Le Monde* del 8 de agosto de 1967.
22 *L'Express* del 17 de septiembre de 1972.
23 *Le Monde* del 8 de agosto de 1967.

estructural del Estado. En el marco de la fusión cada vez más pronunciada del Estado con las grandes firmas industriales, comerciales y bancarias, el propio Estado se convierte en un monopolio «tecno-estructural», según la expresión de Gailbraith, una *«empresa estatal»*, según la definición de N. Bujarin. *En este marco, los deportistas estatales se vuelven funcionarios del deporte, emisarios del resultado nacional.*

El campeón es el vehículo de la integración nacional y el mediador entre las masas y el Estado, el representante simbólico de la unidad y el prestigio del Estado. El *Ensayo de doctrina* establece esta función de la siguiente manera: «los clubes, las ciudades, las naciones están orgullosos de los resultados obtenidos por sus representantes deportivos... El campeón, sobre quien muchos tienen puestos los ojos, se convierte en un mascaron de proa cuyos éxitos fortalecen la cohesión del grupo deportivo local o nacional. Las naciones jóvenes hallan así en el deporte, a menudo, un medio para consolidar su propia unidad».[24] Así pues, el *Ensayo de doctrina de los deportes* señala muy bien el papel de focalización nacional de los campeones. Concentran éstos las miradas de los ciudadanos sobre el poderío del Estado al que encarnan. Arrastran así sobre el aparato de Estado la libido colectiva. Las masas son entonces incorporadas al aparato estatal por mediación de los campeones que representan el ideal colectivo. El amor libidinal por los campeones es transferido al Estado, del que son representantes titulados.

5. EL CAMPEÓN Y EL MODELO DE COMPORTAMIENTO: LA CUESTIÓN DE LA IDENTIFICACIÓN

La mayoría de sociólogos ha observado que los campeones representan para las masas populares una figura típica. Los campeones son instaurados por la adulación de las masas. Así, Magnane señala que «para una parte importante de la población los héroes más auténticos de los tiempos modernos son los campeones deportivos».[25] La razón de este éxito popular es doble. Por una parte, los campeones son los mejores ejemplos de la credibilidad, a ojos de las masas, de la ideología del *self-made-man.* En efecto, los campeones han llegado, son «puros». Y el campeón es tanto más popular cuanto más se lo merece. Los campeones son populares porque sus esfuerzos no están amañados. Como dice Magnane: «Los campeones son para la masa los únicos cuyas proezas le parecen auténticas porque le resultan visibles y controlables».[26]

Por otra parte, el campeón es popular porque es, precisamente, de extracción popular. El campeón es aquel que ha sabido negar la jerarquía social rígida e inmutable y ascender los escalones de la «jerarquía paralela». A este respecto, Magnane señala aun que «los campeones siguen siendo héroes populares porque casi siempre son modestos. Además, han llegado por medios legales y que parecen al alcance de todos: buenos músculos, destreza, tenacidad».[27] En suma, el campeón es el representante tipo de ese buen pueblo que busca triunfar, que apuesta a la triple gemela, juega a la lotería nacional o a las quinielas (en cualquier otra parte, ya que, por ahora, en Francia están prohibidas) y que aguarda una solución milagrosa para salir de su condición de asalariado. De ahí la atracción de los campeones, que si han triunfado en la vida. Esto explica la fascinación que ejercen sobre las masas populares y sobre los intelectuales pequeño-burgueses que leen *L'Equipe.* Representan el triunfo social. Así pues, no resulta asombroso comprobar, como lo hace G. Hébert en 1946, que los campeones son «glorificados, lisonjeados cual héroes. Las columnas de los periódicos especializados están colmadas con sus proezas».[28]

Tras haber verificado la inmensa popularidad de los campeones, es preciso explicarla en profundidad. Creemos que se trata de un fenómeno masivo en las sociedades capitalistas avanzadas (tanto del Este como del Oeste) y que atañe a *la crisis de la identificación social.* Las modificaciones de las estructuras sociales, consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas, implican transformaciones en el proceso fundamental de la socialización que, según Freud, es el de la identificación. Actualmente existe una crisis profunda de la identificación, consecuencia esencialmente de la crisis de la ideología y de los valores tradicionales de la sociedad industrial.

---

[24] *Essai de doctrine du sport*, p. 71.
[25] G. MAGNANE, *op. cit.*, p. 92.
[26] *Ibidem*. p. 108.
[27] *Ibidem*, p. 112
[28]. G. HEBERT, *op. cit.*, p. 95.

El desarrollo de la sociedad industrial capitalista ha supuesto una crisis profunda de las estructuras tradicionales que constituían hasta ahora las estructuras normales de identificación, y en especial la familia, ese molde reflejo de todas las identificaciones primarias. Retomamos para este punto los análisis freudo-marxistas de la escuela de Francfort (Fromm, Adorno, Horkheimer, Marcuse, Habermas, Schmidt, etc.) y algunos análisis socio-analiticos de O. Mendel. Así, A. Stéphane señala muy justamente que «los especialistas ponen en general el acento en el problema de la identificación. El adolescente —bajo el impacto de la inmensa y súbita carga de narcisismo y de sexualidad que le toca en suerte— parte titubeante en busca de su propia identidad. Su yo, cimentado durante la fase edípica y el periodo de lactancia que la sigue, estructurándose según un determinado número de modelos de identificación, pierde su cohesión y se ve inmerso en una *verdadera crisis de identificación.* Conocemos la fragilidad propia de esta época capital de la evolución caracterizada por la dispersión del yo, pero también por una búsqueda de la unidad, de la que, sin embargo, no apreciamos sino los fallos. En realidad, el adolescente no ha completado su evolución edipica de manera satisfactoria, no posee posibilidades de identificación válidas y sólo acabará mostrando seudo-identificaciones falsas o identificaciones fallidas».[29] Esta disociación de un yo tópico en un traje de Arlequín produce la crisis de identificación. La unidad monolítica del padre es reemplazada por una serie, producida industrialmente por los medios de comunicación de masas, de polos de identificación sustitutivos. La crisis de la identificación se debe, sobre todo, a la desaparición progresiva de la figura del padre en las sociedades en las que el padre se convierte cada vez más en un padre tecnológico, un padre anónimo reemplazado por la «madre fálica», por la «madre mala» (la mala sociedad). En efecto, el desarrollo de las fuerzas productivas ha destruido poco a poco el bastión familiar tradicional, patriarcal, en el que el padre no sólo era «jefe de familia», sino también empresario colectivo, para reemplazarlo por la familia «burguesa» tradicional en la que el padre ya no es sino una pieza funcional, el genitor abstracto, el dador de nombre y detentador de la ley (Lacan), el pilar del linaje paterno. Esto ha producido la «sociedad sin padre», según la expresión de Mitscherlich. La identificación ya no está personalizada ni es mediatizada por el padre, sino por unas figuras colectivas de autoridad y eficacia. Marcuse muestra muy bien este proceso: «así como la familia se hace menos importante en lo que atañe a la adaptación del individuo a la sociedad, el conflicto padre-hijo ya no es el conflicto modelo. El cambio proviene de los procesos económicos que caracterizaron desde comienzos de siglo la transformación del capitalismo libre en capitalismo organizado. La empresa familiar independiente y, en consecuencia, la empresa personal independiente dejan de ser las unidades básicas del sistema social. Están a punto de ser absorbidas por sociedades y grupos impersonales de gran envergadura... La abolición tecnológica del individuo se refleja en la declinación del papel social de la familia... Ahora, bajo el reinado de los monopolios culturales, económicos y políticos, la formación del súper-yo adulto parece saltarse la etapa de la individualización: la unidad genética se convierte directamente en una unidad social. La organización represiva de los instintos parece ser colectiva, y el yo parece ser prematuramente socializado por todo un sistema de agentes y de agencias extra-familiares. A partir del nivel preescolar, las tiras cómicas, la radio y la televisión determinan el modelo del conformismo y de la rebelión».[30]

Los polos de identificación se han convertido en productos tecnológicos en serie. Actualmente se fabrican Zoros, Tarzanes, Kopas, Aznavoures, Karajanes en serie, así como se producen Nasseres, Brezneves o Nixones. Confusamente, algunas figuras atormentan el yo de los individuos y determinan una parte de sus identificaciones. En este marco es donde las nuevas figuras de identificación juegan todo su papel y, en especial, las estrellas, los héroes culturales y los campeones. Como escribe A. Hesnard: «esos sujetos que ejercen de "antenas" eficaces y a los que a veces se denomina "estrellas", "ases" o "cabezas" encarnan con frecuencia algún ideal o algún mito. En realidad son, naturalmente, centros de identificación colectiva».[31] Estas figuras de triunfo, de éxito, incluso de omnipotencia, reemplazan a la figura real del padre a la que el desarrollo tecnológico ha vaciado de toda autoridad social. El padre «débil» y «blando», de quien se burlan los hijos y al que no quieren en absoluto parecerse, ni de cerca ni de lejos, es desbordado socialmente por modelos mucho más eficaces (Mao, Trotsky, Che Guevara, J. Halliday, Sheila, J. Dean, Pelé, etc.). Estas figuras son padres fuertes que han realizado una revolución o que poseen notoriedad pública. Como dice Marcuse, son «sustitutos del padre»,[32] más actuantes que los antiguos padres. Consecuentemente, la identificación ya no se produce como un acceso a la individualización del yo en tanto que cristalización

---

[29] A. STEPHANE, *L'univers contestationnaire,* Payot, Paxis, 1968, p. 163.
[30] H. MARCUSE. *Eros et civilisation.* Editions de Minuit, Paris, 1963, p. 91.
[31] A. HESNARD, *La sexologie,* Payot. Paris. 1957, p. 131.
[32] H. MARCUSE, *op. cit.,* p. 92.

original y combinada de diferentes cristalizaciones, sino como una estandarización. Como dice, todavía, Marcuse: «la individualidad está totalmente estandarizada, radicada en la representación específica de tipos tales como la vampiresa, el ama de casa, la ondina, el macho, la mujer de negocios, la joven pareja que lucha por la vida»[33], a lo que nosotros añadiremos, sobre todo, el campeón y las figuras míticas (Mao, Che Guevara). Esta estandarización se ha hecho necesaria hoy debido a las tendencias a la racionalización del aparato de producción que ignora las cualidades individuales y sólo tiene en cuenta los puestos de trabajo intercambiables.

Actualmente las jóvenes generaciones rechazan la identificación con el padre. al que niegan en bloque. Como dice Mitscherlich, «lo que ha desaparecido es el modelo de identificación» y «los sistemas de autoridad existentes son los de una sociedad sin padre».[34] Y como lo precisa G. Vinnai: «el niño aprende que no es el débil padre quien representa la autoridad para un comportamiento intelectual y corporal apto, sino, por ejemplo, las estrellas del fútbol y el equipo de fútbol».[35]

6. EL CAMPEÓN COMO MODELO DE SUPERACIÓN

La figura del campeón encarna al especialista mismo de la superación física, aquel que es capaz de sufrir y de vencer para eliminar los limites humanos. Como lo dice muy justamente Bouet, es el mediador social de la superación, aquel en quien la sociedad se reconoce en su movimiento hacia las cimas. «Existe asimismo — dice Bouet— la necesidad que una sociedad experimenta de poseer campeones en los cuales la superación se encarna adquiriendo una figura dramática humana».[36] Los campeones se han convertido en los héroes de los tiempos modernos, en semidioses capaces de todas las proezas posibles. Los campeones están investidos con el deseo de omnipotencia que caracteriza al pensamiento mágico. En un universo en el que la mayoría de los individuos, dada su ubicación uniformizada en el proceso de producción, sólo pueden cumplir actos mediocres y estereotipados, el campeón representa la excepcional posibilidad de actuar libremente. El campeón es aquel que, contrariamente a los otros hombres, afirma su cuerpo hasta los limites del agotamiento. Es capaz de superarse, de saber «hacerlo mejor». De ahí la importancia de esa *supra-condición biológica* que caracteriza, a los ojos de la masa, a estos superhombres deportistas. Es necesario haber visto cómo miles de espectadores vibran en común con un campeón victorioso para advertir la *función de gratificación* que el mismo cumple: permite que las masas vivan por delegación otra existencia durante un-breve lapso. Atestigua que el límite humano es superable, que la frontera biológica no es inmutable. Y para la gran masa que se encuentra embutida en un cuerpo lastimado por el trabajo esto constituye una esperanza y un consuelo que le permite soñar por delegación. «El extremo de superación que representa un récord, esa especie de excepción a la norma, arrebata a la mentalidad sedienta de lo excepcional, de lo excéntrico. Muchos olvidan entonces su mediocridad, la grisalla de lo cotidiano»,[37] sigue diciendo Bouet.

Los distintos campeones representan, en su conjunto, a los *batallones de la élite humana deportista.* Y la progresión de los resultados representa el progreso biológico de la especie humana. A ello se debe el que los campeones sean admirados hasta tal punto por las masas populares. Como escribe R. Hoggart: «sus héroes, los grandes boxeadores, futbolistas y corredores, son las transformaciones modernas de los héroes *épicos* que aliaban la fuerza física con la astucia».[38] A esto se debe asimismo, como escribe por su parte W. Milis, que «los héroes ficticios de este *mito* sean los *arquetipos* que las masas se esfuerzan por imitar, los moldes en los que los individuos funden su comportamiento».[39]

7. EL CAMPEÓN Y LA PERSONIFICACIÓN DEL SUCESOR

En el corazón mismo de los medios de comunicación de masas, el campeón es quien absorbe con mayor facilidad la curiosidad de las masas en cuanto a «chismes» y sucesos de la «vida privada» de los «grandes personajes». Es sabido cl papel que juegan en nuestros días algunas publicaciones de gran tirada, que viven

---

33 *Ibidem*, p. 96.
34 A. MITSCHERLICH, *La société sans pére*, Gallimard, Paris, 1965, p. 307.
35 G. VINNAI, *op. cit., p.* 96.
36 M. BOUET, *op. cit.,* pp. 459 y 460.
37 M. BOUET, *op. cit.*, pp. 458 y 459.
38 R. HOOGART, *La culture du pauvre.* Editions de Minuit, París, 1970, p. 156.
39 W. MILLS, *Les cols blancs.* Maspéro, París, 1970, p. 377

únicamente de rumores de pasillo o de alcoba sobre tal o cual personaje de la pantalla, el teatro o la política. Dramas de celos, infidelidades, matrimonios imprevistos (salvo para ellas), rupturas, etc. Toda esta pequeña dramaturgia, perfectamente ritualizada, reproduce en el plano del simbolismo social los dramas cotidianos de la gran mayoría de los individuos o, como dice Freud, su «novela familiar» y, por consiguiente, les facilita una posibilidad de sublimación presentándolas como cosas «fuera de lo común». Son de recordar, por ejemplo, los éxitos a los ojos de las grandes masas de las tribulaciones amorosas de la princesa Margarita, la princesa Fabiola o la diva Callas. Los periódicos han usado hasta el agotamiento esta clase dc pequeños dramas o, como dice un sociólogo alemán, «representaciones de corte al alcance de la masa». Actualmente, con el desarrollo de los medios de comunicación de masas, «la industria de la conciencia cloroformada», como la denomina H. M. Enzensberger, es esencialmente una industria del suceso. Y el deporte (y sus campeones) representa una fuente inagotable de cotilleos explotables publicitariamente. Magnane señala que «la prensa deportiva alienta estos intentos de identificación mediante la superstición o la futilidad, entregando al público con complacencia incansable detalles biográficos que recuerdan, hasta el punto de confundjrse con ellas, las confidencias del correo del corazón o las indiscreciones de las revistas de los domingos que registran las aventuras sentimentales y los seudo-problemas íntimos de los monstruos sagrados de la actualidad, actores, príncipes, *gangsters*, millonarios».[40] Se saben así, por ejemplo, todos los detalles de la vida conyugal de tal o cual futbolista de renombre, los achaques de salud y de forma de tal ciclista (aquellos famosos furúnculos...) e incluso las aventuras más o menos picarescas de tal esquiador con una pequeña campesina austriaca que lo persigue con paternidad. En su límite, el tobillo, la rodilla o la salud de un campeón pasan a ser las preocupaciones de cientos de miles de personas que leen las noticias deportivas y que identifican así «sus» preocupaciones cotidianas con las de «sus» ídolos. H. M. Enzensberger señala que la gran prensa, que dedica casi la tercera o cuarta parte de su superficie a la sección deportiva, alimenta la pasión por el suceso deportivo materializado en forma de cifras de teletipos, abstractas, codificadas y finalmente totalmente insignificantes en relación con los grandes problemas políticos del momento. Al analizar la estructura típica de los sucesos deportivos, arriba al estudio de la ideología deportiva cuyo título genérico es, irónicamente: «en marcha, o el progreso». «Eliminatorias olímpicas para Melburne en Estados Unidos, más de 40,000 espectadores asistieron a la pulverización de los récords. Bobby Morrow, vencedor de los 100 metros, sensación en el Memorial Coliseum; Glenn Davis, de Ohio, corre los 400 metros vallas en 49 segundos. El tejano Eddi Sansan, en 49,7 segundos. Así, el récord del mundo fue batido dos veces en el tránscurso de la misma prueba. Y he aquí ahora el acontecimiento sensacional: Charles Djunnes salta 2,26, nuevo récord del mundo. Salida de los 400 metros llanos. El recordman del mundo, Lou Jones, encontró un rival temible. Jim Lie siguió de cerca al record-man del mundo con su reciente mejor actuación mundial. Lou Jones batió su propio récord del mundo y corrió los 400 metros llanos en 45 segundos 2/10».[41]

8. EL CAMPEÓN Y LA IDENTIFICACIÓN NARCISISTA DE LAS MASAS

Como ya hemos dicho, a las masas les gusta reconocerse en sus campeones, que, dadas sus proezas con las que pueden identificarse, les procuran toda clase de gratificaciones narcisistas. En tanto que mediador narcisista, el campeón permite una doble identificación. La identificación de la masa con un tipo de ídolo que no es sino la apariencia del aparato deportivo y la identificación recíproca de los seguidores entre sí en el seno de una comunidad gratificada por los triunfos de sus héroes. Estos mecanismos están muy claramente expuestos por G. Vinnai, quien señala que los espectadores en las tribunas pueden ser gratificados por satisfacciones libidinales mediante la identificación narcisista con los campeones. «Pueden así obtener esta satisfacción —dice— por el mecanismo infantil de la identificación con figuras de mando que pueden estar encarnadas por atletas victoriosos».[42] La identificación con las figuras de mando es también una manera de operar la homogeneización y la consolidación de la comunidad deportiva. Como sigue diciendo O. Vinnai, la identificación represiva con estos campeones, en tanto que figuras de mando que aparecen en el lugar del ideal del yo, permite simultáneamente que los *fans* se identifiquen entre si. Después de una victoria de «su» equipo se efectúa la siguiente comprobación: «se» ha ganado. «La "heroización" de los ¡dolos comunes permite la camaradería de los campos de fútbol, el sustituto de la fraternidad que nace de la espontaneidad de individuos autónomos».[43] Esta identificación colectiva es muy clara en el caso de los chauvinismos y/o los

---

40 G. MAGNANE, *op. cit.*. p. 113.
41 H. M. ENZENSBERGER, *op. cit.*, pp. 102 y 103.
42 G. VINNAI, *op. cit.*. p. 78.
43 *Ibidem*, p. 78.

patriotismos pueblerinos. Es la forma de identificación más poderosa porque abarca a unas unidades orgánicas muy vinculadas entre sí. El equipo del pueblo es mucho más concreto que el equipo nacional. Por ello seguirnos a M. Clare cuando afirma: «de todas las manifestaciones se desprende magia, y la motivación esencial del espectador aparece como una *identificación con el héroe del estadio;* podría hablarse de comunión».[44] Dos equipos regionales que se enfrentan provocan *reacciones de polarización identificatoria*. Cada ciudad se identifica con «su» equipo respetando la ley de lo que Freud denominaba « el narcisismo de las pequeñas diferencias», O, como afirma B. Jeu: «se *toma partido* sin intervenir, salvo a través de gritos y aplausos. La derivación de la violencia se opera así mediante la transferencia de la pasión del espectador a la acción deportiva».[45]

En el marco del considerable desarrollo del nacionalismo militante, el narcisismo deportivo se ha convertido en un narcisismo nacionalista, un chauvinismo deportivo. La identificación nacional actúa muy evidentemente en el sentido de la adhesión afectiva e impulsiva al orden establecido. «La adhesión represiva a lo colectivo a que sirve el impulso del nacionalismo por medio de encuentros deportivos internacionales facilita a los gobernantes la tarea de reducir a los pueblos al estado de dependencia»,[46] escribe Vinnai. Los encuentros internacionales que oponen a dos equipos nacionales, en los que el prestigio está en juego, muestran, según Vinnai, «la virulencia de este deslumbramiento colectivo que vela las estructuras autoritarias reales y los conflictos de clase».[47]

La identificación con el campeón, lejos de permitir una liberación, como ocurre a veces en otras formas de identificación, es en realidad una integración de la personalidad, una subordinación del individuo a una *tipología conformista* manipulada por los medios de comunicación de masas. La identificación con los «diestros del músculo y las piernas» es una uniformización social, una negación de la individualidad. «Los ídolos de masas manipulados sólo en apariencia poseen rasgos individuales; en realidad, son productos de la publicidad, de funciones de los procesos sociales».[48] Así, los campeones son, según la expresión de M. Horkheimer, «modelos de imitación colectiva».[49] Estos modelos están estandarizados, y son intercambiables y, en su límite, caricaturescos. Traducen la uni-dimensionalidad del proceso de identificación en la sociedad capitalista industrial. Marcuse sefiala muy bien esta tendencia típica: «la inter-cambiabilidad de las estrellas y *starlettes* de filmes, discos, televisión y deporte indica que no se les puede atribuir un papel en tanto que persona o personalidad, ya que actúan en el establecimiento del vínculo social. Estas estrellas..., son funcionarios de una autoridad superior que ya no se encarna en una persona, sino en la autoridad del aparato de producción dominante».[50]

9. EL CAMPEON Y LAS ESTRUCTURAS MITOLOGICAS DEL DEPORTE

El sistema deportivo se nos aparece como una *inmensa maquinaria mitológica* que no sólo produce mitos específicos (el campeón, etc.), sino que alimenta un universo mitológico (los encuentros «homéricos», etc.). Si la humanidad deportiva puede implicar tan fácilmente a sus mitos en el sistema de la competición, ello se debe a que el deporte condensa de manera original una estructura mitológica típica que explica fundamentalmente su éxito entre las masas.

El primer aspecto de esta mitología atañe al interrogante fundamental que preocupa a la humanidad: *¿quién es el más fuerte, el mejor de todos?* Como afirma notablemente H. H. Henschen: «el deporte varía con uña regularidad monótona una única y misma cuestión: *¿quién ese! más fuerte, quién corre más rápido, quién llega más lejos?* En otras palabras, una cuestión infantil que el deporte de alta competición procura plantear con medios ideológicos y materiales enormes a propósito del interrogante sobre los límites de la capacidad humana de resultados».[51] T. Veblen ya había señalado que los resultados deportivos estaban unidos a la

---

44 M. CLARE, *Introduction au sport.* Editions Ouvrières, Paris. 1965, p. 19.
45 B. JEU, Le sport, la mort, la violence. p. 135.
46 *G.* VINNAI, op. *cit.*, p. 91.
47 *Ibidem*, p. 91.
48 *Ibidem*, p. 80.
49 M. HORKHEIMER, *Zur Krjtik de, instrumentellen Vernunft,* Suhrkamp Verlag, Francfort, 1967, p. 150.
50 H. MARCUSE, «Le vieillissement de la psychanalyse», en *Partisans*, «Sexualité et répression», núms. 32/33. octubre-noviembre de 1966, Maspéro, p. 15.
51 H. H. HENSCHEN y R. WETTER. *Anti-Olympia*, Carl Hanser Verlag, Munich, 1972, p. 15.

categoría de la acción heroica y del heroísmo. La prensa deportiva e incluso de gran información es rica en calificativos mitológicos. Así es como M. Spitz fue consagrado como rey de los juegos. «Si Spitz es el dios de la natación, la australiana Shane Gould es su diosa», escribe *L 'Humanité.*[52] Borzov «es el rey de una jornada»,[53] titula *France Soir*. M. Spitz sobre todo, con siete medallas, fue consagrado vencedor absoluto. *France Soir* escribe: «Marc Spitz ha ganado su fabulosa, su insensata apuesta. Los 100 metros, la más hermosa prueba de natación, coronó definitivamente al rey de los juegos de Munich. Esta tarde Spitz recibirá su séptima medalla de oro. Será un *héroe* entre los héroes, uno de esos *dioses* del deporte cuyos nombres, aun cuando se batan sus récords, *se transmiten de generación en generación*».[54] *Le Monde*, por su parte, escribe: «Marc Spitz era *intrínsecamente superior* a todos sus adversarios en cada una de las pruebas que habla elegido. Su gran mérito consiste en haber tenido el talante —solo contra todos, incluidos sus compatriotas, y al *menos para* las pruebas individuales— de no dejarse impresionar *en* ningún *momento* por la *importancia* del desafió *y funcionar como una máquina*».[55] Spitz, concluye *Le Monde*, se ha convertido *en «el vencedor absoluto de los juegos de Munich»*.[56] Y añade: «con todo, no quería convertirse únicamente en el *mejor nadador del mundo*, sino asimismo suplantar en reputación a otro campeón del que no soportaba seguir siendo sombra, Don Schollander».[57] Pero Spitz fue incluso batido en lo absoluto por el americano Jerry Heidenreich, que en Munich fue «el nadador más rápido del mundo»; en el desarrollo de los relevos de 4 x 100 metros se le acreditaron 50,78 centésimas de segundo. Un nadador jamás había cubierto esa distancia tan rápido (el récord del mundo pertenecía a Spitz, con 51,5).

En ciclismo se vuelve a encontrar el mismo fenómeno de «mitologización» del mejor, del héroe. Así es como *L 'Equipe* titula a propósito del récord del mundo de la hora en bicicleta batido *por* Eddy Merckx: «E. Merckx *se impone no sólo como el mejor de todos los tiempos, sino también como el mejor de todas las clases.* Y por esta *última razón supera* ampliamente ahora tanto a Fausto Coppi, fabuloso campeón de morfología anormal, como a Jacques Anquetil... Únicamente Roger Riviére, *ser superiormente dotado,* pudo quizá ser capaz de elevarse hasta las cimas alcanzadas por el brabanzón».[58] St, Merckx los «pulverizó» a todos. Deja a Ritter a 755 metros, a Riviére a 2.061 metros, a Anquctil a 3.249 metros, a Coppi a 3,616 metros. La historia de los récords deportivos constituye así una especie de galería de héroes y de superhombres que jalonan, como faros, la historia del deporte. En salto en altura, por ejemplo, la evolución del récord del mundo ilustra adecuadamente esta idea. Desde los 1,89 metros del británico Brooks en «tijera simple», el récord conoció muchos saltos decisivos. En 1924, Osvorne salta 2,038 en «rodillo californiano». En 1936, Davc Albritton salta 2,07 en «rodillo ventral paralelo». En 1941, Lester Steers salta 2,11 en «rodillo ventral oblicuo». Luego está Stepanov, el soviético, que salta 2,16, seguido por V. Brurnel, que franquea los 2,28. Se clama ante el milagro y el prodigio. Utiliza el «rodillo ventral sernioblicuo». Luego, el chino Ni Chi Chin supera los 2,29. Finalmente, el mejor de todos, el record-man actual del mundo, Daves Jones. Ocurre incluso que la comparación actúa entre las diferentes disciplinas deportivas, y se busca hallar al mejor absoluto de todos los campeones presentes o pasados. Así, todavía a propósito de Spitz, *Le Monde* escribe: «se ha consagrado oficialmente como *el máximo campeón olímpico* por el número de medallas ganadas. El hecho de que haya ganado siete medallas de oro y que haya batido o contribuido a batir cinco récords del mundo..., fue mencionado en alemán, en francés y en inglés. Es una fecha que quedará en la pequeña historia: *según este criterio, Marc Spitz ha superado a Jesse Owens y a Don Schollander*».[59]

Otro tema mitológico, ligado al precedente, se relaciona con la cuestión de la *paternidad de las «fabulosas proezas»*. Se trata de aquellos que por *«primera vez»* han logrado tal o cual proeza. Así, el *primer* hombre que superó los 2,20 en altura, que corrió los 100 metros en diez segundos (Hary), *que* superó los cinco metros con pértiga, que lanzó el peso a más de 20 metros, que levantó los 500 kilos en tres movimientos olímpicos de halterofilia, etc. De este modo, el deporte representa simbólicamente una serie de *«fronteras» mágicas* o de *«muros»* que franquear sucesivamente. El primer hombre (Bannister) que quebró el muro de los cuatro minutos en la milla fue consagrado como héroe de los tiempos modernos, así como el que corrió más de 20

---

52 *L'Humanité* del 8 de septiembre de 1972.
53 *France-Soir* del 6 de septiembre de 1972.
54 *France-Soir* del 5 de septiembre de 1972.
55 *Le Mande* del 6 de septiembre de 1972.
56 *Ibidem*.
57 *Ibidem*.
58 *L'Equipe* del 26 de octubre de 1972.
59 *Le Monde* del 2 de septiembre de 1972.

kilómetros en una hora. Como afirma H. Hensclten, «los *muros mágicos* del deporte no son sino valores netos elegidos en el continuum lineal del campo numérico y cuyo papel consiste en "periodizar" la historia. La historia moderna del deporte no se deja escribir sino en tanto que *historia del primer hombre.* La historia del deporte alza muros de sonidos y "resultados de sueño" con el fin de transformar la monotonía compulsiva de los esfuerzos deportivos en leyendas. El tiempo histórico no aparece en el deporte sino en la medida en que se mejoren marcas o limites de resultados».[60] Nosotros seguimos a la espera, además, de los próximos «primeros hombres», el primero que superará los 22 metros en peso. el primero que lanzará a más de 70 metros el disco, el primero que llegará a los 100 metros con la jabalina, etc.

Como lo han mostrado especialmente O. Rank y K. Abraham, el mito del héroe no es sino el reflejo deformado del complejo de Edipo. La mayoría de los mitos repiten de manera simbólica el mismo interrogante: *¿cómo se puede ser tan fuerte como el padre y superarlo?* Finalmente, el último tema, también totalmente mitológico, es la *comparación implícita entre los resultados de los hombres y de las otras especies animales.* El hombre, en tanto que «rey de la creación», no manifiesta especialmente en este campo una superioridad manifiesta, sino muy al contrario...

En un artículo apasionante titulado «Los juegos olímpicos de la biosfera», *Paris-Match* efectuaba una comparación instructiva entre las dos series de resultados en las que «el hombre se contrapone con las especies más deportistas del mundo animal»[61]. En salto de altura gana la marsopa con seis metros; siguen el puma con 4,50, el salmón con tres metros y el canguro gris; luego, el hombre. En velocidad, la onza y el antílope se acercan a los 100 kilómetros-hora; siguen la liebre con 74 kilómetros-hora y el caballo con 70 kilómetros-hora; el hombre, muy detrás, corre a unos 37 kilómetros-hora etc. Y así, para cada disciplina atlética. Y *Paris-Match* concluye: «señalemos además que si los juegos de la biosfera se extendiesen a los insectos y se clasificasen por categorías, la pulga seria la que ganase la medalla de oro de salto de longitud: un salto equivalente, para un ser humano, a los 540 metros. La hormiga, con un peso correspondiente a las 3,9 toneladas, sería la poseedora de la medalla de oro en Halterofilia, mientras que el saltamontes africano tendría asegurado el récord olímpico de salto en altura con un logro, equivalente a la talla de un hombre, de 630 metros».[62]

La asimilación estructural entre el hombre y el animal se refleja, por otra parte, en el nivel de las *comparaciones metafóricas. Parisien Libéré* describe así a M. Spitz: «Spitz, el *tiburón olímpico.* Spitz, *el voraz tiburón de agua dulce* que devora todo lo que se halla a su alcance, dejando sólo sus sobras a los otros, *es un ser aparte».*[63] Wilma Rudolph, la corredora negra americana, fue bautizada «la gacela negra»; tal corredor negro es calificado como «pantera negra»; cual otro atleta está considerado como un «felino». Los choques titánicos entre luchadores de peso pesado son descritos como enfrentamientos entre «mamuts prehistóricos». Tal luchador es llamado «el toro de Polonia»; cual esgrimista, «el pequeño zorro astuto». Un boxeador es apodado «el oso de Siberia»; un corredor de maratón es calificado como «águila de los Cárpatos», etc. Podría ampliarse indefinidamente la lista de este *bestiario deportivo mitológico.* A veces las imágenes son más complejas y dejan entrever mezclas de seres animales y máquinas animadas. Así es como un ocho de remo es comparado con un ciempiés animado por múltiples segmentos articulados, o con un cocodrilo mecánico provisto de remos... La mitología deportiva lleva de este modo a pensar irresistiblemente en un universo hormigueante de seres híbridos, amenazadores, superhombres, gigantes, semidioses que luchan entre sí en una especie de *jungla deportiva* prehistórica.

---

60 H. H. HESNSCHEN y R. WETTER, *op. cit*., pp. 21 y 22.
61 *Paris-Match,* núm. 1.218, septiembre de 1972.
62 *Ibidem*.
63 *Le Parisien Libéré* del 3 de agosto de 1972.

CONCLUSION. EL DEPORTE COMO APARATO IDEOLÓGICO DEL ESTADO

Al término de esta investigación crítica puede intentarse proceder a un balance de los resultados que tienen una significación práctica, pedagógica o política. El deporte surge así, ante nosotros, como *un tipo nuevo de aparato ideológico del Estado.* La institución deportiva es una rama particular del aparato de Estado burgués y, como tal, es mediatizada por el Estado. Como afirma Marx: «todas las instituciones comunes son abarcadas por el Estado y reciben una forma política».[1]

Todas las instituciones representan una totalidad jerarquizada y estructurada con hegemonía y dominio del Estado, que es el cerrojo de una formación social dada, a la vez cima y piedra angular de todas las instituciones. Asimismo, Gramsci recuerda que el aparato estatal, que labra y estructura en la unidad una formación social dada, está sostenido por toda una serie de aparatos ideológicos que parecen pertenecer más bien a la «sociedad civil». Esta representa un gran cuerpo en el que las instituciones del Estado constituyen el esqueleto o la columna vertebral.[2] Los aparatos ideológicos, dice Gramsci, son «aparatos hegemónicos»,[3] es decir, aparatos que aseguran la dominación de clase del bloque burgués en el poder. *«La estructura y las superestructuras forman un bloque histórico,* es decir, que cl conjunto complejo, contradictorio y discordante de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción... en donde justamente las fuerzas materiales son el contenido, y las ideologías, la forma».[4] Los elementos del bloque histórico son, precisamente, los aparatos de hegemonía que constituyen los guardaespaldas del Estado. «Me he visto llevado —dice Gramsci— a reconsiderar toda la noción de Estado, entendido generalmente como dictadura y no como... hegemonía de un grupo social sobre la sociedad nacional por entero, hegemonía ejercida por medio de organismos como la Iglesia, los sindicatos, los partidos, las escuelas, etc.»,[5] o en otra parte: «por Estado hay que entender no sólo el aparato gubernamental, sino también el aparato privado de la hegemonía civil».[6]

Gramsci sitúa a la escuela y a los tribunales entre las funciones más importantes del Estado, y añade: «pero, en realidad, a este objetivo tienden una multiplicidad de otras iniciativas y otras actividades llamadas privadas que forman *el aparato de la hegemonía política y cultural de las clases dominantes».*[7]

El deporte, en tanto que institución ideológica estatal, se inserta, al igual que cualquier institución, en la intersección de muchas instancias o estratos que definen en tres niveles a una institución social.

El nivel más general, al que calificaremos como *capa simbólica,* se refiere a la esfera más abstracta de las instituciones significantes (lenguaje, concepto, dinero, signo, récord, etc.). Como dice Lévy-Strauss; «toda cultura puede ser considerada como un conjunto de sistemas simbólicos, en cuyo primer lugar se sitúan el lenguaje, las reglas matrimoniales, las relaciones económicas, el arte, la ciencia, la religión. Todos estos sistemas apuntan a expresar determinados aspectos de la realidad física y de la realidad social».[8] Así es como estas instituciones rigen los intercambios entre los hombres (dinero, mujeres, deseo, lenguaje, etc.). El dinero rige el comercio mercantil, el lenguaje, la comunicación, mientras que la institución matrimonial rige cl intercambio o los metabolismos sexuales de los individuos.

La institución deportiva se inserta aquí en una doble estructura significante: ante todo, la del *dinero,* en la media en que el deporte es un sector de circulación y de inversión de capital. El deporte se integra también en la institución príncipe del *salario,* en la medida en que el salario deportivo es la forma dominante de las relaciones entre los deportistas y sus empresarios, la que después del cuerpo es la que rige, lo hemos visto, los intercambios simbólicos entre los cuerpos. *El código del cuerpo deportivo* es un código general que trata de los signos del resultado humano, de las señales emitidas por el motor humano, la máquina animal. *El deporte*

---

1 K. MARX, F. ENGELS, *L 'Idéologie allemande.* Editions Sociales, Paris, 1968, p. 91.
2 Cf. J. M. BROHM, *Corps et politique.* Editions Universitaires, París. 1915.
3 A. GRAMSCI, *Oeuvres choisies.* Editions Sociales, París, 1959, p. 63.
4 *Ibidem,* pp. 63 y 75.
5 *Ibidem,* p. 30.
6 *Ibidem,* p. 293.
7 *Ibidem.* p. 292.
8 C. LEVY-STRAUSS, prefacio a M. MAUSS. *Sociologíe et anthropologie,* PUF, Paris, 1966, p. 11.

es el código del cuerpo en un sistema cibernético. Los signos son los más abstractos posible (tiempo, espacio, movimiento, rendimiento, récord, cronometraje, etc.). Los propios movimientos son señales cibernéticas, mientras que la mayoría de los gestos son desencadenados por un sistema de estímulos codificados. El propio cuerpo es descompuesto en una serie de relaciones estímulos-respuestas. *El deporte, lo hemos dicho ya, es el behaviorismo simbólico de una sociedad capitalista industrial.*

El segundo nivel atañe a las grandes ramas de la división social del trabajo (agricultura, industria, comercio, sector terciario, ciencia, etc.). Si el primer nivel era «horizontal», en la medida en que atravesaba longitudinalmente todas las instituciones verticales, las instituciones son las grandes segmentaciones de la sociedad. Así es como la institución dominante, en este ámbito, es la empresa capitalista, que es la institución alrededor de la cual se ordenan todas las otras, como alrededor de una fuente de juvencia. Estas instituciones son las que, en el marco de la división social del trabajo, rigen las relaciones de producción y su «armonía».

El sistema institucional deportivo se halla en la encrucijada, en el núcleo de tres subsistemas: el del tiempo libre y el ocio, el de la institución del cuerpo, el de la institución del rendimiento social y sus ciencias anexas (*learning*, pavlovismo, behaviorismo, etc.). Se puede entonces definir al deporte como la institución del rendimiento del cuerpo en el marco del tiempo libre.

El tercer nivel se relaciona, finalmente, con las unidades institucionales concretas y materialmente delimitadas. Son éstas las células institucionales básicas que tejen la red de las relaciones sociales. Se trata, por ejemplo, de la fábrica nacionalizada de Renault-Billancourt, de tal base aérea, de cual UER o de la institución de Saint Joseph. Estas células concretas unen dialécticamente el nivel horizontal con el nivel vertical.

La riqueza concreta de una sociedad se determina por la variedad y el número de sus instituciones, asociaciones y aparatos. La célula deportiva básica de la institución deportiva, la que produce y elabora la ideología deportiva, es el *club*. El club es una institución concreta que combina todos los elementos de una institución. En efecto, la institución deportiva comprende, si se retorna la enumeración de M. Bouet:[9] una infraestructura material y productos culturales (edificios, estadios, piscinas, salas para práctica de deportes, etc.), instrumental (esquíes, etc.), organismos y asociaciones: equipos, clubes, federaciones, comité olímpico, etc.; delegados de la autoridad, técnicos disciplinarios, árbitros y jueces, jerarquías, papeles y estatutos bien definidos (capitán de equipo, entrenador, directivo, seguidor, etc.), símbolos colectivos o individuales (antorcha olímpica, signos distintivos, banderas, gallardetes, medallas, etc.), comportamientos determinados socialmente, costumbres, ritos, técnicas diversificadas, tácticas, sistemas de juego y de encuentro, sistemas de evaluación, de resultados, baremos y clasificaciones, listas de récords, métodos de aprendizaje y de entrenamiento; en suma, todo el sistema funcional del deporte, de los ritos y de las prácticas ceremoniales (presentación de equipos, audición de los himnos, entrega de medallas y de copas, etc.; un conjunto de representaciones, ideas, sistemas de valores, creencias: imagen del campeón, idea del resultado, fe en el progreso, etc.).

La especificidad de la institución deportiva concreta, el club, se vincula con tres razones precisas. Es ante todo una institución regida por la ley de 1901 sobre las asociaciones. Como tal, obedece a todos los mecanismos de las asociaciones democráticas abiertas, analizadas por G. Gurvitch. Ya hemos dicho que los clubes deportivos son inseparables del gran movimiento de la revolución burguesa democrática que asocia a los individuos-ciudadanos en vastas asociaciones afines. El club deportivo es el heredero de los clubes burgueses y aristocráticos (cricket, golf, tenis, equitación, esgrima, tiro, boxeo, etc.).

Es luego una institución de tiempo libre situada fuera de la producción, no directamente productora de plusvalía. Es *una institución del sector terciario.* El club deportivo es la institución tipo de las instituciones no situadas en la producción. El club deportivo es la célula básica de lo que podría calificarse como *«modo de dilapidación capitalista».* Mediante el deporte, los individuos se insertan en una vasta empresa de derroche de energía, de *«potlach muscular»,* algo propio de las sociedades capitalistas avanzadas. Los resultados deportivos son puros gastos evanescentes, efímeros, que jamás llegan a concretarse en un producto, en uña obra duradera. Al igual que las guerras o las catástrofes, el deporte participa de ese modo de

---

[9] M. BOUET, *op. cit.*. p. 391.

destrucción de la energía humana, que tan bien analizara O. Bataille, quien señala que toda una serie de instituciones forman así parte de «la sociedad de consumo»[10] (por consiguiente, en nuestra opinión, el deporte).

Ultimo punto en lo que concierne a la originalidad del deporte como aparato ideológico del Estado: la institución deportiva no es una capa súper-estructural simple, sino *un acrecentamiento de instancias,* un complejo estructurado por niveles. Como afirma O. Lapassade: «la institución no es una instancia, un nivel en la sociedad; es un resumen de instancias».[11] En otras palabras, una institución comprende, a la vez, la dimensión económica, política, cultural e ideológica. En el modo de producción capitalista, la institución es en si un complejo de instituciones, y ellas, entrecruzamientos de instancias. Así, el hecho deportivo se halla en la encrucijada de la institución escolar, de la institución del espectáculo, de la empresa capitalista y, sobre todo, del aparato estatal, piedra angular de todo el sistema.

La institución deportiva es una petrificación ideológica específica que participa en el mantenimiento del orden burgués, destilando masivamente la ideología dominante. La ideología posee muchas funciones combinadas que se conjugan para estructurar la práctica cotidiana de las masas populares, para vincularlas al todo social de sus relaciones reciprocas. Así, la ideología es el reflejo imaginario de la práctica social de los hombres, que no dominan todavía su proceso vital. Como dice Althusser: «la ideología, como sistema de representaciones masivas, es indispensable en toda sociedad para formar a los hombres, transformarlos y situarlos en condiciones de responder a las exigencias de sus condiciones de existencia».[12] Las ideologías cumplen muchas funciones:

a) Ellas disimulan y encubren las relaciones de producción, alas que presentan como relaciones naturales, como relaciones orgánicas entre hombres iguales. Como escribe Marx en *El capital,* la ideología es «el reflejo de una época histórica determinada... (que hace) que el carácter social en el proceso de producción capitalista aparezca en consecuencia como un carácter material, natural, innato, perteneciéndole desde toda la eternidad en tanto que elemento del proceso de producción».[13] En este sentido, como afirma F. Engels, la ideología es una *falsa conciencia,* una conciencia trastocada de las relaciones reales, a las que ella oculta y desfigura. La ideología, dice Marx, es el lenguaje de la vida real, pero un lenguaje trastocado que hay que traducir, en consecuencia, en términos científicos. Y prosigue: «si, en toda ideología, los hombres y sus relaciones se nos aparecen situados cabeza abajo como en una cámara oscura, este fenómeno se desprende de su proceso de vida histórica, exactamente como la inversión de los objetos en la retina se desprende de su proceso de vida directamente física... Las representaciones que se hacen estos individuos son ideas, bien sobre sus relaciones con la naturaleza, bien sobre sus relaciones entre si, bien sobre su propia naturaleza. Es evidente que en todos estos casos estas representaciones son la expresión consciente, real o imaginaria, de sus relaciones y de su actividad reales, de su producción, de su comercio, de su (organización) comportamiento político y social... Si la expresión consciente de las condiciones de vida reales de estos individuos -es imaginaria, si en sus representaciones ponen la realidad cabeza abajo, este fenómeno es todavía una consecuencia de su modo de actividad material limitado, así como de las relaciones sociales estrechas que de ello resulten».[14] Como lo explica todavía Marx en *El capital,* la ideología es el espejo deformante del mundo de las mercancías y del cálculo mercantil. La ideología refleja los recorridos mistificadores de las mercancías. Ella tergiversa y oculta la figura «fantástica» distinta de la realidad. La ideología, dice Marx, es un *jeroglífico.* En la sociedad capitalista, el fetichismo de la mercancía conduce a que el mundo aparezca ante los hombres como invertido. Las cosas adquieren la forma de una relación entre hombres y las relaciones humanas revisten la forma de una relación de cosas (monetarias). He ahí el misticismo de la sociedad capitalista, el fetichismo de la mercancía. «Es únicamente —dice Marx— una relación social determinada de hombres entre sí que adquiere aquí para ellos la forma fantástica de una relación de las cosas entre sí».[15] La ideología, en consecuencia, es una máscara opaca que envuelve con sus brumas las

---

10 G. BATAILLE. *La part maudite,* Editions de Minuit, Paris, 1967.
11 G. LAPASSADE, Procès de I'université, institution de classe. p. 23.
12 L. ALTHUSSER. *Pour Marx,* Maspéro. Paris, ¡965, p. 242.
13 K. MARX, *Le Capital,* Libro 111, en K. MARX. *Oeuvres,* tomo 11, Gallimard. París, 1968, p. 1.433.
14 K. MARX y F. ENGELS. *Idéologie allemande.* pp. 50 y 51.
15 K. MARX, *Le Capital,* Libro 1, p. 606.

relaciones sociales. *El deporte cumple muy exactamente esta función mistificadora*. En el deporte, las relaciones humanas están cosificadas y aparecen como relaciones abstractas e igualitarias de las «cosas deportivas», de los resultados, más exactamente de los valores deportivos. Así, la competición, como fuente principal de la producción ideológica, hace aparecer las relaciones entre hombres como relaciones entre valores, máquinas, récords, resultados abstractos. El deporte oculta entonces el proceso de producción de los resultados, porque no son tanto los individuos los que producen los récords, sino que los procesos de producción deportivos los generan, siendo ellos únicamente sus agentes.

Por lo tanto, la ideología es un mecanismo de ocultamiento de la realidad que aparece como a través de un prisma deformante. Marx cita a este respecto la capa ideológica más densa, la religión. «El mundo religioso —dice— no es sino el reflejo del mundo real. Una sociedad en la que el producto del trabajo adquiere generalmente la forma de mercancía ven la cual, por consiguiente; la relación más general entre los productores consiste en comparar los valores de sus productos y, bajo esta óptica de las cosas, en comparar unos con otros sus trabajos privados a titulo de trabajo humano igual; tal sociedad encuentra en el cristianismo, con su culto del hombre abstracto y sobre todo en sus manifestaciones burguesas, protestantismo, deísmo, etc., el complemento religioso más conveniente».[16] Únicamente en una sociedad en la que haya desaparecido la explotación del hombre por el hombre las relaciones de los hombres entre sí y con la naturaleza se volverán simples- y transparentes, ya que estarán dominadas, y se despejará «esa nube mística que oculta su aspecto».[17]

La ideología dominante acompaña a las relaciones de producción, a las que cubre con un velo de ilusiones, de falsas apariencias o de mistificaciones. En el marco de una sociedad capitalista mercantil, la ideología jurídica es la forma cosificada dominante del fetichismo de la mercancía. Como lo subraya E. Paschukanis, el fetichismo jurídico es el complemento necesario del fetichismo de la mercancía.

b) Las ideologías constituyen una justificación, una apología del estado de hecho existente al que ellas presentan como natural y alterno. Esta es en realidad la principal función del sistema de representaciones ideológicas. Estas justifican, consagran un estado positivo. De ahí el carácter eminentemente positivista de la ideología deportiva dominante que nunca es contestataria.

c) Las ideologías contribuyen al mantenimiento del orden en conexión con el aparato estatal. Los aparatos represivos del Estado funcionan, dice Althusser, «con la represión»; los aparatos ideológicos funcionan «con la ideología». Las ideologías no sólo forman una *pantalla*, un *bloque*, para una comprensión científica del mundo, sino que echan el cerrojo, cierran con candado mediante *representaciones-pantallas* la coraza represiva del aparato estatal. Juegan, en líneas generales, el mismo papel que los recuerdos o los sueños-pantallas de que habla Freud y que bloquean el acceso al conocimiento del, inconsciente. En tanto que facto (del mantenimiento del orden, los sistemas ideológicos estabilizan las relaciones de producción a las que acompañan y aumentan -simbólicamente. La sociedad aparece, dice Lacan, a través del prisma ideológico «de un orden simbólico» que es la estratificación estructural de un sistema diferenciado de capas simbólicas que funcionan generalmente como capas inconscientes, como representaciones metafóricas de los impulsos en pos de realización. Así pues, las representaciones ideológicas son interiorizadas. Como muy bien lo dice L. Sebag: «el simbolismo individual reproduce, cual un microcosmos, todas las variantes del simbolismo colectivo».[18] Los productores encuentran entonces los modelos de su ubicación, de su papel y, en definitiva, de su estatuto social en la jerarquía de clases. La ideología es entonces un conjunto relativamente coherente de representaciones, de valores y de creencias. La ideología está hasta tal punto presente en todas las actividades de los agentes sociales que es indiscernible de su experiencia vivida. En esta medida, las ideologías determinan, en un universo relativamente estable, no simplemente una relación real entre los hombres, sino también una relación real de los hombres con sus condiciones de existencia implicadas en una relación imaginaria. Se desprende que la ideología está constitutivamente imbricada en el funcionamiento de este imaginario social. Su función social no consiste en ofrecer a-los agentes un conocimiento verdadero de la estructura social, sino simplemente el inserirlos de alguna manera en sus actividades prácticas que sostienen esta estructura. «En razón precisamente de su determinación por su estructura en el todo social, la ideología

---

[16] *Ibidem*, pp. 613 y 614.
[17] *Ibidem*. pp. 613 y 614.
[18] L. SEBAG, Marxisme et structuralisme, p. 160.

sigue siendo lo vivido opaco para los agentes, opacidad supra-determinada en las sociedades divididas en clases por la explotación de clase y las formas que esta explotación asume con el fin de poder funcionar en el todo social. Así, la ideología, aun cuando comprenda elementos de conocimiento, manifiesta necesariamente una adecuación-inadecuación por referencia con lo real, lo que Marx abarca con el término «inversión». Se desprende, por otra parte, que la ideología no es en sí visible para los agentes en cuanto a su disposición interna: al igual que todo nivel de la realidad social, la ideología está determinada por su propia estructura que sigue siendo opaca a los agentes en las relaciones vividas».[19] Estas representaciones opacas son las más difíciles de transgredir, ya que Freud habla señalado que las producciones ideológicas funcionaban de alguna manera como los vástagos culturales del súper-yo («Las ideologías del súper-yo»).

d) Las ideologías constituyen una fuerza productiva directa exactamente como la ciencia, en la medida en que representan un marco vital, una condición fundamental de la producción y de la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo. Una fuerza de trabajo cualificada, ideológicamente formada por el molde del orden y de la disciplina es mucho más productiva que una fuerza de trabajo bruta. Todos los sistemas de estimulantes morales o ideológicos descansan sobre este hecho muy elemental: las convicciones ideológicas mueven montañas. Así, históricamente el estajanovismo fue el ejemplo tipo de la ideología convertida en fuerza productiva directa por la explotación del proletariado ruso por parte de la burguesía burocrática del Estado. Un trabajador consciente y convencido, educado política o ideológicamente, es mucho más rentable que un simple robot humano. Como lo dice muy bien en otra parte Marx, con una fórmula lapidaria: «la mayor fuerza productiva es la clase revolucionaria, el proletariado».[20]

e) Las ideologías estructuran y aumentan la visión del mundo cotidiano de las masas. Los hombres viven sus relaciones con su propio cuerpo (medicina práctica y empírica, etc.), con el mundo (superstición), con los otros hombres (darwinismo social, mito de la competencia, individualismo), esencialmente en términos ideológicos. Las ideologías revisten generalmente una figura cristalizada en forma de mitos, relatos fantásticos, religiones, cuentos, fábulas o prácticas rituales.

El conjunto de representaciones ideológicas deportivas obedece a las mismas funciones. Ellas ocultan no sólo la realidad del sistema deportivo (especialmente el papel real de la competición y del entrenamiento), sino también el papel y la realidad del sistema socio-político en el cual se imbrican. Justifican el conjunto del sistema capitalista y su fundamento: la competencia en el mercado. Ya hemos visto que permiten formar una fuerza de trabajo cualificada y dócil y, finalmente, procuran a la gran masa de la población unas representaciones ideológicas sobre la relación con el cuerpo y con su empleo tecnológico a las que designaremos como *concepción deportiva del mundo.* En suma, creemos que la ideología deportiva es una capa súper-estructural importante del modo de producción capitalista monopolista del Estado. La mayoría de los sociólogos de las súper-estructuras han descuidado por completo esta instancia en sus análisis, sobre todo los sociólogos «marxistas». Sin embargo, la ideología deportiva es un momento necesario por más de una razón.

a) Formaliza las relaciones, los modelos de comportamiento entre miembros de una misma institución, de un mismo aparato ideológico de Estado, presentándolos —la institución deportiva— como formalmente libres e iguales. En el marco de un aparato jerarquizado, la ideología deportiva justifica y ratifica la estratificación de las categorías y los méritos. Es la ideología tipo de la promoción, del ascenso en la escala social. En la sociedades capitalistas, las instituciones sociales y su funcionamiento tienden a acercarse al modelo deportivo: promoción por méritos, descuento de puntos, principio del rendimiento, ascenso jerarquizado, etc.

b) Por otra parte, y sobre todo, codifica las relaciones de los individuos con sus cuerpos. Es sabido, como nos lo recuerda Freud en *El malestar en la cultura,* que el cuerpo es para los individuos una de las fuentes esenciales de su desdicha; o, como decía Platón, «el cuerpo es una tumba». El dominio de las relaciones con el cuerpo es entonces un dato esencial de toda representación a su respecto. La ideología deportiva codifica y esquematiza esas relaciones, al punto que la práctica deportiva es esencialmente una práctica ideológica cotidiana ritualizada. El cuerpo se vuelve objeto de cuidados especiales. La relación esencial es el entrenamiento: fortalecer su cuerpo, mejorar sus cualidades físicas, dominar la fatiga, la

---

[19] N. POULANTZAS, *Pouvoír politique et classes sociales.* Maspéro, Paris, 1970, pp. 223 y 224.

[20] K. MARX, Misère de la philosophie, p. 135.

respiración, el dolor muscular y pulmonar; en suma, modular las relaciones con ese compañero tan exigente y familiar que es el cuerpo propio en el esfuerzo deportivo. Se adquiere-rápidamente el hábito de mantener relaciones con el cuerpo como con el automóvil; se experimenta con sus mecanismos, se lo prepara, se lo cuida, se escucha latir ansiosamente su corazón, se mide el ritmo de la respiración jadeante; en suma, se mantienen relaciones de vecindad y de intimidad con el propio cuerpo. El corazón, esa bomba orgánica, es el centro de gravedad de la práctica deportiva. Así pues, alrededor del corazón se ordenan la mayoría de las prácticas de atención y de entrenamiento deportivo porque como muy bien lo dice C. Diem: «el corazón es de alguna manera *el motor de la maquinaria humana* y puede afirmarse muy simplemente que un ejercicio físico tiene valor de formación en la medida en que adiestra el corazón».[21]

Ideológicamente resulta bueno, en esta sociedad, cuidar el cuerpo, *mantenerlo en forma.* Los medios de comunicación de masas están totalmente centrados en este tema publicitario de la «forma». Se trata ideológicamente de vender y adquirir un cuerpo perfecto, bien esculpido y bronceado, joven y dinámico. La temática del cuerpo perfecto es completamente esquizofrénica y atestigua adecuadamente sobre ese narcisismo autista propio del capitalismo, como lo demostraron Deleuze y Gúattari.[22]

c) Finalmente, la ideología deportiva ordena una serie de representaciones y de nociones generales del cuerpo. Toda sociedad tiene que segregar una serie de representaciones ideológicas que estructuran el universo y las relaciones del hombre con el mundo y con su cuerpo. Como dice L. Sebag, a propósito del cuerpo en las sociedades: «así se trate de la sexualidad, de los ritmos de desarrollo corporal, de la gama de sensaciones o de afectos, cada sociedad aparece como sometiendo a un principio de organización, que nunca es el único concebible, una realidad que se presta a una multitud de transformaciones».[23] En lo que atañe a la relación vital del hombre con su cuerpo, que es la principal relación natural y cultural del hombre, las representáciones ideológicas le permiten soportar su organismo y regularizar socialmente sus funciones.

En cuanto al deporte, tomaremos un ejemplo típico: la función cardiaca. P. Ricoeur ha sabido mostrar el papel central en la conciencia del esfuerzo voluntario de los latidos cardiacos que dan ritmo a la duración existencial. Como escribe: «basta con llevar la mano a un lado para sentir el corazón, cuyos latidos nos permiten desear hasta el día en que nos traicione. El corazón que late, y que dejará de latir, es la expresión concisa de ese mundo involuntario tan cercano a nosotros y que la vida concentra para nosotros y en nosotros: la vida que nos permite elegir y efectuar esfuerzos».[24] Ahora bien, la práctica deportiva del entrenamiento moderno es, ante todo, *el dominio sistemático de la función cardiaca*. El cronometraje deportivo es, ante todo, el contraste de los impulsos cardiacos, su regularización. El deporte es *la escuela del corazón* (en el sentido físico y en el sentido moral). Se trata, en el marco del esfuerzo y del contra-esfuerzo, de dominar los altibajos de ritmo cardiaco. El deportista o su entrenador toman el pulso y cuentan las pulsaciones que se integran en el tiempo del cronómetro. Se desarrolla así toda una *filosofía implícita del corazón.*

Otro ejemplo extraído de la práctica deportiva nos es dado por el conjunto de las representaciones bastante confusas en forma de fórmulas relativas a la higiene y a los cuidados del cuerpo. Se trata de desarrollar un determinado número de prácticas más o menos empíricas sobre la manera de tratar al cuerpo. Así, la idea de la preparación de la máquina animal se ha generalizado. Se habla de «calentarse» como se calienta un motor, de arrancar «al cuarto de potencia», de «tomar la curva», de «fabricar», de «girar en redondo», al igual que para un coche. Se masajea los músculos de manera bastante empírica en ocasión de un calambre, se desentumecen las piernas antes de un partido de fútbol, exactamente como los caballos trotan antes de una carrera. Se toma una ducha, se cuida la alimentación. En suma, se traslada a la vida cotidiana la relación deportiva con el cuerpo. Como muy bien afirma Ricoeur: «las técnicas mediante las cuales cuido mi cuerpo lo asimilan a *una máquina en reparación*».[25]

---

21 C. DIEM, Wesen und Lehre des Sports, p. 104.
22 O. DELEUZE *y* F. GUÁTTARI, *L'anti-Oedipe.* Editions de Minuit, Paris, 1972.
23 L. SEBAG, Marxisme et structuralisme. p. 166.
24 P. RICOEUR, *Le volontaire et l'involontaire.* Aubier, París, 1963, p. 321.
25 *Ibidem*. p. 83.

En este conjunto, la noción de «forma» es hegemónica. «Estar en forma», he ahí el ideal de la ideología deportiva que transmiten los grandes medios de comunicación. Como escribe B. Jeu: «por otra parte, en este justo medio es donde hay que situar lo que se denomina exactamente la forma. La forma es el estado atlético perfecto. Equilibrio entre el exceso y la carencia, el sobre-entrenamiento y el sub-entrenamiento, entre el agotamiento de las reservas y la pesadez física, se revela forzosamente caprichosa y aparece como un estado de gracia. La forma en el deporte es la materia perfectamente sometida a la idea».[26] El deporte es presentado como el mejor medio para guardar y mejorar la forma que es medida por una serie de resultados cifrados. Como dice H. Lucot a propósito de la forma: «llevar más lejos sus limites es posible mediante una mejoría del modo de vida y de la preparación: desarrollar la musculatura del corazón, observar un buen régimen alimenticio, saber relajarse, desarrollar la voluntad».[27] Las superestructuras ideológicas deportivas estructuran entonces las relaciones imaginarias o reales del hombre con su cuerpo como fuerza de trabajo en el proceso de producción o como poder lúdico en el tiempo libre. El sistema deportivo es uno de los aparatos ideológicos más coherentes, más duros y más compactos. Es un verdadero *bloque de compresión* porque se relaciona con lo más tabú en la sociedad capitalista: el cuerpo. Esto explica, como vamos a verlo, el que este bloque sea el más oculto, disimulado y enterrado en la conciencia.

1. EL SISTEMA DEPORTIVO COMO «PUNTO CIEGO»

El sistema ideológico deportivo se halla en la *confluencia de tres subsistemas ideológicos no revelados como tales* que, en conjunto, forman un *bloque ciego*. Es para sorprenderse el ver el número tan restringido de sociólogos o pedagogos que sospechan el papel ideológico del deporte. La unanimidad de autores se dispone alrededor de la «neutralidad política» y cultural del deporte. Asimismo, otra sorpresa: en oportunidad de los acontecimientos de mayo-junio de 1968, la única institución que más o menos fue dejada a salvo por la contestación parece haber sido el deporte. La «izquierda oficial» pudo incluso realizar su célebre mitin en el estadio Charlety sin que esto supusiese ningún problema. Mientras el Estado, la empresa, la escuela, la familia, la cultura y el arte con frecuencia ardían en el fuego de la crítica más virulenta, el deporte escapaba al cuestionamiento.[28] Esto parecería indicar que el deporte es una instancia social particularmente sólida y bien protegida por la alianza entre los estratos ideológicos.

a) Se trata ante todo de la ideología oficial, relativa a la sociología del deporte. Esta proyecta sus propios prejuicios ideológicos sobre el objeto a analizar y bloquea, por consiguiente, cualquier avance científico. La apología reemplaza al análisis crítico. Se lo advierte muy claramente en «el apoliticismo» oficial que tiende a preservar al deporte como políticamente neutro, mientras que ¿deporte es en sí una esfera masivamente cargada de política y de lucha de clases. Como lo escribe B. Jeu: «por aquí se manifiesta una *verdadera lucha de clases*, y ello doblemente. *La lucha de clases* en el estricto sentido del término aparece en el primer nivel, el del reclutamiento por selección que aparta de una sociedad (o de una disciplina deportiva en general) a toda una categoría social. En cuanto a la lucha de clases, en sentido analógico, se descubre en el tercer nivel, el de las relaciones inter-societarias».[29] En otra parte, a propósito de la lucha de clases en el segundo nivel, insiste en «esa desigualdad desde el principio que instaura así una *verdadera lucha de clases en el deporte*, amenazando a éste con una separación peligrosa, para el reclutamiento de campeones, entre una práctica mediocre y casi proletaria y una práctica privilegiada de alta competición».[30]

Así pues, la sociología del deporte, ella misma pretendidamente neutra políticamente, es un elemento esencial de la lucha política. El carácter ideológico de la sociología del deporte se debe esencialmente a dos razones: la ausencia de investigación empírica de la realidad deportiva y de referencias teóricas. El campo de investigaciones y de estudios es uno de los más pobres de toda la sociología; en segundo lugar, la marginalidad aparente del hecho deportivo, que aunque aparentemente anodino, se halla, sin embargo,

---

26 B. JEU, Le sport, la mort, la violence, p. 135.
27 H. LUCOT, Le sport, faut-il des surhommes? p. 98.
28 Excepción hecha del número histórico de *Partisans.* «Sport, culture et répression», que constituyó realmente el punto de partida de la sociología crítica militante en Francia.
29 B. JEU, Le sport. la mort, la violence. p. 133.
30 *Ibidem*, p. 83.

en el corazón de una realidad esencial del hombre: su propio cuerpo. Ahora bien, la ideología se fija mucho más fácilmente en los sectores que H. Lefebvre denomina «no dominados», «no apropiados».

b) Se trata luego de *la ideología específica que segrega el aparato deportivo* en tanto que institución estatal especial. Como dice N. Poulantzas: «los aparatos estatales producen, en tanto que instituciones, su propia *ideología interna*».[31] *Cada aparato tiende a producir* su propia ideología interna específica en tanto que base de la totalidad. Así, el aparato militar segrega una ideología de la jerarquía, de la autoridad y del adelanto (la carrera), mientras que el aparato'escolar segrega la ideología de la «democratización de la enseñanza».

Ahora bien, la ideología del aparato deportivo apunta, ante todo, como toda ideología de aparato, a permitir su mejor funcionamiento. Esto explica sus principales características tecnocráticas: eficacia, rendimiento, consecución, etc.

c) Se trata, finalmente, de la ideología dominante general de la que el deporte es un sector especialmente virulento y eficaz. El aspecto más destacable de la ideología deportiva consiste en que es uno de los últimos bastiones de la ideología dominante, especialmente en su versión tecnocrática, de la que N. Poulantzas dice que es «la ideología imperialista tipo: culto de la eficacia y de la técnica neutra acompañando a la concepción de una neutralidad de la cultura. Ahora bien, el lado tecnocrático es uno de los aspecto más importantes de la ideología imperialista».[32]

2. LA IDEOLOOIA DEL APARATO DEPORTIVO

a) *La ideología del aparato deportivo: conservadurismo y disimulo*

Como en todo aparato de Estado jerarquizado y fuertemente centralizado, en una palabra, burocrático, la ideología del cuerpo que segrega sirve sobre todo para garantizar las condiciones de su reproducción como aparato. De ahí el carácter eminentemente conservador de tales organismos. En la Iglesia y el Ejército, dos instituciones burocráticas que Freud da por ejemplo de «multitudes altamente organizadas», la ideología específica es una ideología de la perpetuación cuyo único papel consiste en legitimar la conservación y la existencia como aparato. Son ideologías «eternistas», si se puede utilizar este neologismo. Freud señala que «la Iglesia y el Ejército son multitudes artificiales, es decir, multitudes cuya coherencia es mantenida gracias a una coerción exterior que se opone al mismo tiempo a las modificaciones de su estructura».[33] Y la ideología es una ideología de la coherencia, una ideología anti-destrucción, un basamento social y organizativo. «Lo que nos interesa —dice Freud— es que estas multitudes, altamente organizadas, protegidas de tal modo contra cualquier posibilidad de disgregación, nos revelan algunas particularidades que, en las otras multitudes, permanecen en estado disimulado».[34] Lo disimulado en las otras instituciones burocráticas, y que aparece muy bien en el deporte, es precisamente la ideología que las estructura y mantiene su vanidad y solidez. La ideología del aparato es entonces el cerrojo institucional. He ahí la razón por la que, como nos lo recuerda muy justamente N. Poulantzas, no se puede quebrar los aparatos ideológicos estatales de la misma manera que los aparatos represivos. Es también la razón por la cual la instituciones se defienden tan vigorosamente de cualquier cuestionamiento de su ideología de cuerpo interno que les sirve de fianza, de carnet de identidad. La institución se defiende enérgicamente de cualquier intrusión ideológica externa que revele su fundamento. De ahí la vivacidad de la resistencia contra cualquier forma de análisis de tipo institucional que sea un análisis de tipo freudiano: actualización y disolución del *bloque de inhibición que cimenta el todo.*

Freud muestra que «la esencia de una multitud consiste en los vínculos libidinales que la atraviesan de parte a parte cual una red ceñida».[35] Creemos que este análisis es justo en lo esencial, pero ignora la dimensión propiamente ideológica que teje una red de relaciones imaginarias entre los portadores de esta conciencia mistificada. En cualquier caso, la estructura libidinal de la institución resulta aumentada, simbólicamente, por la estructura ideológica que representa su superestructura inconsciente. Para preservar la estructura libidinal del grupo, la institución instaura unos mecanismos institucionales de defensa, que preservan la

---

31 N. POULANTZAS, *Fascisme et dictature.* Maspéro, Paris, 1970, p. 264.
32 *Ibidem*. p. 274.
33 S. FREUD, Essais de psychanalyse. p. 113.
34 *Ibidem*. p. 113.
35 *Ibidem*, p. 115.

pureza y la ortodoxia ideológica. En los partidos comunistas stalinianos existe por ello una secretaria de organización y propaganda —sección agitprop—, cuyo papel consiste en mantener la experiencia y el dogma políticos. Igualmente, en la Iglesia católica existen diferentes secretarías para la fe y el dogma (colegio de cardenales, concilios, secretaría para la fe y el dogma del sacro colegio, congregación de propagación de la fe). Así, la ideología tiene como papel no sólo preservar la experiencia dogmática de una institución, sino también el funcionar como *archivo institucional o arqueología ideológica.* A esto se debe el que toda ideología sea una reconstitución imaginaria del pasado, una conservación. En tanto que ideología de conservación, la ideología del aparato tiene que ocultar las contradicciones reales que aparecen sin cesar en su-seno, debido al prodigioso desarrollo de las fuerzas productivas que se contradicen con las relaciones de producción. Como dice N. Poulantzas: «la ideología tiene precisamente como función, en contra de la ciencia, el ocultar las contradicciones reales, el reconstituir sobre un plano imaginario un discurso relativamente coherente que sirva de horizonte a lo vivido por los agentes, formando sus representaciones según las relaciones reales e insertándolas en la unidad de relaciones de una formación... La ideología, deslizándose por todos los pisos del edificio social, cumple esta función particular de cohesión, estableciendo al nivel de lo vivido por los agentes unas relaciones evidentes falsas que permiten el funcionamiento de sus actividades prácticas».[36] Tal es la función de lo que Gramsci denomina «el consenso». Cuando se ha hecho evidente que el deporte de aficionados es una pura ficción jurídica, toda la reglamentación olímpica descansa con encarnizamiento en un suello antiguo: la confrontación de distinguidos aficionados aristócratas. La cima de esta ceguera fue alcanzada en oportunidad de los últimos Juegos de Invierno de Sapporo. A. Brundage, presidente del CIO, sostuvo contra viento y marea la defensa del depone aficionado y dio ejemplo de ello prohibiendo la participación en las competiciones a un esquiador austriaco, K. Schranz, que, sin embargo, era el favorito. Lo más notable fue esa especie de complicidad ideológica de la prensa y la opinión pública mundial: éstas, atentas a mantener la unidad del movimiento olímpico, cerraron los ojos ante la chifladura del presidente, sabiendo perfectamente la realidad de las cosas: a saber, que todos los atletas, sin excepción, se encuentran en la misma situación. Al mismo tiempo, el fenómeno de *la ceguera ideológica* se desató de lleno. Todo el mundo se encontró con una especie de conciencia crepuscular desgarrada, contradictoria; todo el mundo sabia que el deporte de aficionados estaba muerto, pero al mismo tiempo los juegos permitían preservar ideológicamente su ficción. Como lo señalaba Le *Monde:* «la aplicación de este reglamento (sobre el deporte aficionado) en todo su rigor prohibiría prácticamente toda participación de los competidores en los Juegos Olímpicos... De manera que si el reglamento existe, es constante y obligatoriamente burlado (algunos llegan a decir que es tomado a broma)».[37] Se advierte entonces hasta qué punto el deporte olímpico descansa en una amplia y masiva *auto-mistificación.* Se lo practica en contradicción formal y abierta con el reglamento, de manera totalmente esquizofrénica...

Del mismo modo, la rivalidad deportiva genera regularmente tenebrosos pugilatos en los campos de juego o los estadios. Todos los domingos, la prensa deportiva informa acerca de numerosos incidentes de partidos que «degeneraron». La ideología deportiva sigue pretendiendo, pese a todo, que el deporte es la caballería moderna, el *fair play,* la lealtad y la honestidad. Cuando se conoce la codicia de ganancias y la brutalidad de los encuentros no se puede sino sonreír ante tanta ceguera ingenua. El aspecto más delirante en la ideología fue expresado, hace algunos años, por el director de la UNESCO, M. R. Maheu, que escribía en *El Correo:* «Si; el deporte es cosa de caballeros, porque es una fortuna, una ética y una estética... Sí, el depone es una tregua en nuestras sociedades tecnológicas sometidas a la dura ley del trabajo, en donde no se es sino lo que se posee o se gana; el divino juego coima el tiempo libre con una riqueza gratuita: en nuestra época de antagonismos y de conflictos, dominada por la voluntad de la competición, de poder y de orgullo, él es la divina tregua en la que la lealtad de la competición acaba en respeto y amistad».[38] En una época que ha conocido ya dos guerras mundiales devastadoras, el bárbaro bombardeo de Hiroshima y Nagasaki por los ingenios nucleares del imperialismo americano, la masacre de 500,000 demócratas y patriotas por la junta militar en Indonesia, la invasión de los tanques rusos en la Hungría sublevada en 1956, la masacre de cientos de obreros húngaros por el social-imperialismo ruso, la invasión del canal de Suez por las tropas francobritánicas, el bombardeo salvaje de la República Democrática de Vietnam del Norte por parte de los bombarderos gigantes americanos, el hambre crónica cii todo el sub-continente indio, el terror blanco de Chile... (la lista es larga), R. Maheu, cual perfecto idealista, puede además prometer alegrías estéticas a las

---

36 N. POULANTZAS. *op. cit.*. p. 224.
37 *Le Monde* del 20 de diciembre de 1970.
38 *Le Courrier de l'UNESCO,* enero de 1964, p. 6.

miserables poblaciones pauperizadas y subdesarrolladas: «sí, el deporte es cultura... porque es creador de belleza sobre todo para aquellos que tienen menos posibilidades de alimentarse».[39] En suma, al igual que la mayoría de los ideólogos estetizantes, proponía la diversión cultural para las masas hambrientas.

Podríamos tomar toda una serie de ejemplos similares. Lo que de ello se desprende, al fin de cuentas, es que la ideología deportiva tiene como función explícita el *ocultar las contradicciones de clase de lo real,* ocultarlas y transformarlas en su contrario. Así, los conflictos de clase se convierten en conflictos individuales o intra-individuales, los antagonismos sociales y políticos se convierten en conflictos psicológicos, y las soluciones sociales y políticas resultan metamorfoseadas en puro rearme moral.

b) La ideología de la competición: alfa y omega del sistema deportivo

Hemos indicado con frecuencia que la competición estructuraba enteramente el sistema deportivo que se presentaba como un sistema generalizado de competiciones institucionalizadas. Por consiguiente, la ideología de la competición y de la emulación es la ideología tipo de esta clase de sistema. El deporte es la ideología simbólica de la competición en las sociedades capitalistas industriales y burocráticas estatales. L. Sebag ha sabido mostrar que «la institucionalización de la competición»[40] era un rasgo típico de las sociedades capitalistas industriales y técnicas, centradas en la búsqueda frenética del beneficio y del rendimiento. En este tipo de sociedad, lo esencial de la actividad consiste en comparar tasas de beneficio, cuenta de trabajo, cantidades de mercancías, signos monetarios y, por supuesto, resultados y récords. Como dice L. Sebag: «en efecto, la comparación entre dos actividades diferentes implica un criterio único, la existencia de un sustrato homogéneo que pueda ser tratado cuantitativamente; son entonces entendidas como momentos de un trabajo general que sería el de la sociedad en su conjunto; sobre tales nociones viven todas las sociedades industriales».[41] La ideología de la competición es entonces el reflejo simbólico de semejante actividad permanente de comparación. La comparación y la competición se sitúan entre unas unidades celulares básicas que se enfrentan en un terreno «neutro» y homogéneo, con reglas de juego comunes y codificadas, bajo el arbitraje de un tercero imparcial.[42] Más profundamente, la ideología de la competición descansa sobre la del *struggle for «fe,* sobre el *bellum ornnium contra omnes,* sobre la «jungla del espíritu» que es el reflejo de la jungla capitalista. «Toda la doctrina darwinista de la lucha por la vida —escribe F. Engels— no es sino la trasposición pura y simple del ámbito social en la naturaleza viviente de la doctrina de Hobbes: *bellum omnium contra omnes,* así como de la tesis de la competición cara a los economistas.[43] La ideología de la competición es el reflejo, la trasposición del darwinismo social laten-te al que dan curso las sociedades capitalistas industriales. Marx y Engels han sido los primeros en señalar el parentesco entre el darwinismo ideológico y el universo de la competencia capitalista. Marx escribe: «resulta curioso comprobar que Darwin reconoce entre las bestias y las plantas a su sociedad inglesa con su división del trabajo, su competencia, sus conquistas de nuevos mercados, sus inventos y la lucha por la existencia».[44]

Así pues, la competición es *el alfa y el omega* de toda la sociedad capitalista. Todas las actividades humanas son allí de naturaleza competitiva y sancionadas por exámenes, concursos, distinciones.

El deporte, por supuesto, es la exacerbación de la ideología dé la competición. La competición deportiva forma parte de los «fundamentos culturales de nuestra civilización», afirman las instrucciones oficiales. «La sociedad humana está estructurada por el principio de competencia»,[45] afirma por su parte H. Lenk. Esta idea de un «instinto de competición original e innato» está profundamente afianzada en la conciencia industrial moderna, que refleja las condiciones de vida reales en la sociedad capitalista. El *citius, altius, fortius* de Coubertin se parece mucho a la consigna de la economía política burguesa: ¡acumulad y enriqueceos!

---

39 *Ibidem*. p. 7.
40 L. SEBAG, *op. cit.*. p. 203.
41 *Ibidem;* p. 66.
42 A este respecto, véanse las tesis de D. DENIS sobre el papel del árbitro como tercer mediador (trabajos no publicados).
43 K. MARX. F. ENGELS, *Correspondance,* Editions du Progrés, Moscou 1971 p. 310.
44 *Ibidem,* p. 124.
45 H. LENK, *Werte, Ziele. Wirklichkeñ der modernen olympischen Spiele.* p. 74.

La mayoría de ideólogos presenta al deporte como la competencia socialmente organizada, y también como una preparación para la difícil competencia de la vida. Las *Instrucciones oficiales* señalan, por su parte, que «nuestra época está marcada por la creencia en el progreso material y espiritual y el deporte moderno participa directamente de esta idea, buscando no sólo conseguir un tipo humano en su perfección, sino acrecentar, mediante la competición y *el trabajo encarnizado que ella exige*, las posibilidades del hombre».[46] Esta idea recorre igualmente el *Ensayo de doctrina de los deportes* cual un hilo rector.

Pero más profundamente la ideología deportiva hace la apología de la competencia, de la competición, y ahí encuentra su justificación. En efecto, ¿no se considera que el deporte reproduce en el plano del juego y del tiempo libre tal competición? Querríamos dar dos ejemplo típicos de esta ideología neo-darwiniana. Se trata ante todo del artículo de T. Erismann que hace abiertamente, según su propia expresión, «la apología de la competencia». Comienza por afirmar la tesis *ontológica* general de los sostenedores de la competición innata y natural: «el ser, el transcurso y el devenir de todo lo vivo está dominado por la competencia. Si se observa la lucha por la existencia del ser orgánico profundo, en la lucha de competencia del hombre en todos los campos de la vida, en el mundo del agua, el aire, la tierra, en parte alguna existe vida allí donde falte la fuerza dominante de la competencia... *La competencia es el principio de la vida* y no se la puede suprimir, sino a lo sumo atenuar sus efectos».[47] El autor, después de haber dado numerosos ejemplos de la competencia biológica y social, muestra su importancia en el sistema escolar: «el principio de la competencia penetra profundamente todo el sistema escolar. La competencia, en tanto que factor motor para el deseo de aprender, se impone por si misma y resulta todavía reforzada por el sistema de notas. Cada clasificación es el resultado de una comparación de los resultados juzgados en relación con los otros».[48] El autor muestra luego la importancia «pedagógica» de la competencia generalizada que permite aumentar el rendimiento de la actividad humana: «el efecto-motor de la competencia no tendría que ser discutido por nadie. Búsquedas puramente experimentales han demostrado que incluso los máximos resultados podían todavía ser mejorados, cuando se trata de una competición en la que hay que quedar vencedor».[49]

En un universo en el que existe, como lo ha demostrado, por ejemplo, K. Horney, una necesidad neurótica de competencia y de competición, el deporte ofrece un medio licito y valorizado de comparación cuantitativa que permite la evaluación narcisista de sí. G. Magnane retorna en líneas generales la misma idea cuándo escribe: «la angustia y la agitación del hombre afligido por una necesidad incesante y tiránica de compararse con otros suponen una carencia del sentido cualitativo. Las neurosis analizadas y descritas por Freud, Jung y Steckel tienen como origen, casi todas, *una manta de la comparación cuantitativa*».[50]

Las *instrucciones oficiales* son las que mejor han definido la finalidad propia del deporte de competición en una sociedad competitiva, marcada por la idea ilusoria de un progreso lineal acumulativo. Preconizan el deporte de competición como contenido pedagógico prioritario en la enseñanza de la educación física.[51] Se busca así inculcar la ideología de la competición industrial, en el sentido recomendado por el informe Montjoie-Ortoli. «he ahí la razón por la cual, entre todas las actividades físicas, en la mayoría de los casos (el deporte de competición) tiene que ocupar el mayor lugar. Primero porque, desprovisto de finalidades propias, pero vinculado a la idea de progreso, se presta maravillosamente para la educación de los jóvenes; luego, porque implica la confrontación, la competición y la colaboración; y puede dar origen a un comportamiento y un estado de espíritu ejemplares, y a este respecto su alcance educativo puede ser considerable; finalmente, porque al tener la escuela y la universidad que preparar a los jóvenes para su vida adulta, resulta totalmente deseable que susciten vocaciones de deportistas y de dirigentes».[52] Por otra parte, «el deporte se practica según unas reglas y genera, en efecto, un comportamiento que *se refiere a los valores corrientemente admitidos en la sociedad*».[53]

---

46 *Professeurs d'édueaiion pihysique et sportive*. SEVPEN, 1970, p. 149.

47 T. ERISMANN, «*Der Wetteifer als Erziehungsprinzip*», en *De, Wetteifer inder Erziehung*, Verlag Julius Beltz, Weinheim, 1963, *pp*. 52 y 53.

48 *Ibidem*, p. 53.

49 *Ibidem*. p. 54.

50 G. MAGNANE, Sociologie du sport, p. 69.

51 Para una crítica de la educación física escolar, cf. J. M. BROHM y M. FIELD. *Jeunesse et révolution.* Maspéro, Paris, 1975.

52 *Op. cit.*, p. 149.

53 *Ibidem*.

Estos valores, corrientemente admitidos en nuestra sociedad, son: la necesidad de afirmación de sí, el éxito individualista, el rendimiento, el récord, el principio de la estrella, la competencia, la competición, etc. Estos valores no son por lo demás sino el reflejo simbólico de la libre empresa capitalista. Como lo subraya G. Magnane: «la necesidad de afirmación de sí por vía competitiva sigue siendo la dominante de la cultura occidental. *El principio de la libre empresa es su garantía oficial, y la publicidad, su más eficaz medio de acción*».[54] Este mismo principio de análisis ha sido empleado también por el conde von Krockow, que escribe: «resulta tentador comparar el desarrollo del deporte con el desarrollo económico moderno, en el que, en el marco de las condiciones del mercado, la maximización del beneficio se convierte en el criterio del éxito del libre empresario».[55]

La práctica capitalista de la libre empresa determina el florecimiento permanente de todas las ideologías que explican, o pretenden explicar, la vida social por la competencia «armónica» (las «armonías económicas» de los fisiócratas) y el *strugglefor life.* Así es como el biólogo K. Lorenz interviene en el debate sobre la competición. Para él, el deporte, en tanto que forma particular de la lucha ritualizada culturalmente, cumple una función de válvula energética para la agresividad acumulada. «El deporte —añade K. Lorenz— tiene un papel: cumple la tarea incomparablemente importante de educar al hombre en el dominio consciente y responsable de sus reacciones instintivas de lucha».[56]

c) ***La ideología del proceso: ¡de frente, marchen!***

J. Ulmann ha sabido mostrar la diferencia existente entre el deporte antiguo y el deporte moderno, que reside en la concepción del progreso. El deporte es el empleo de una idea de progreso lineal y cuantitativo, infinito. Nada es más ajeno, dice Ulmann, al pensamiento griego que la idea de un progreso sin término, es decir, sin referencia. He aquí por qué la competición opone a los hombres, incluso a las ciudades, no por generaciones ni por siglos. El deporte no suele ser considerado una escuela de supra-humanidad. Lo que no impide que el deporte moderno, se lo quiera o no, no podría permanecer aislado de una idea tan expandida y generalizada como la de progreso. No puede permanecer ya al abrigo de una especie de contaminación evolucionista. Así, la idea de competición ha tenido que prolongarse rápidamente en la de una superación infinita. Corresponde a las nuevas generaciones el ir en todos los campos más lejos que las anteriores, correr más rápido, saltar más alto, lanzar más lejos cualquier peso... Los récords no representan limites: constituyen jalones que indican un camino nuevo. *A través del deporte, y por primera vez, aparece la idea de un progreso corporal de la humanidad en la historia de la educación* física. La gimnasia de los griegos era inseparable de una concepción del cuerpo, ella misma condicionada por una metafísica de la finitud. «El deporte de los modernos se relaciona —dice Ulmann— con una filosofía más o menos difusa o coherente, la teoría del progreso. El hombre avanza sin reparar en obstáculos. Acumula conocimientos, disciplina la materia, conquista nuevos dominios; se lanza a un proceso indefinido. Al mismo tiempo que acrecienta sus poderes, transforma su cuerpo, aumenta sus posibilidades... La perfección ha terminado por proveer al progreso el término hacia el cual se esfuerza. Más que para la existencia de un progreso, dada la dificultad que se experimenta para definirla cuando no se la refiere a una perfección, ella sirve de prueba y brújula para la idea de perfección».[57]

La ideología del progreso corporal del hombre gracias al deporte reviste muchas facetas. Ante todo está la afirmación de la *perfectibilidad física del hombre.* El deporte produce, por primera vez, la idea sistemática de que todo en el hombre es adquirido por el trabajo histórico del aprendizaje... En consecuencia, se desvanece la estabilidad biológica y el progreso parece sin limites. Esto está muy bien expresado por J. Rouyer: «la posibilidad de educación del hombre parece ilimitada. Se puede medir el poder del hombre sobre el hombre en el caso particular de los récords deportivos. *Incluso se desvanece el mito de la estabilidad biológica.* El hombre es totalmente producido por la sociedad y a un nivel que es precisamente función de la ciencia del hombre».[58]

---

54 G. MAGNANE. *op. cit.*, p. 31.
55 K. GRAF VON KROCKOW, *Sport und Industrie-Gesellschaft*, p. 17.
56 Citado por H. LENK, *op. cit.*, p. 75.
57 J. ULMANN, *op. cit.*. pp. 335 y 336.
58 J. ROUYER, Recherches sur la signification humaine du sport et du loisir, p. 66.

La segunda idea positivista de esta ideología del progreso consiste en que los progresos físicos son medidos por la superación de los récords y resultados. El nivel de los resultados medios, por otra parte, no deja de elevarse. El récord se convierte en el criterio último del progreso del hombre. B. Jeu escribe, después de haber definido al récord como «un enfrentamiento desplazado en el tiempo por la interposición cronométrica (o por intermedio de una medida espacial): «respecto del récord conviene empero considerar que la oposición entre hombre y hombre es falsa, dado que las condiciones cambian (métodos de entrenamiento, material empleado) y que, en realidad, son generaciones las que se enfrentan en la perspectiva de un progreso infinito de posibilidades humanas».[59]

La idea del progreso físico mediante el deporte ha sido muy definida, en la perspectiva ideológica que es muy suya (democratización del Estado y de la sociedad, vías pacificas y parlamentarias hacia el socialismo, etc.) por el Partido Comunista Francés. Se lee en su programa deportivo: «un aspecto de este progreso surge a través de los resultados atléticos, el ininterrumpido progreso de los récords, la expresión siempre más rica y más compleja de la acción en los juegos deportivos colectivos, pero también en las posibilidades de adaptación nuevas del hombre al medio físico, adaptación física y fisiológica al vuelo orbital de las naves espaciales, dando la perspectiva de la adaptación a los vuelos interplanetarios... La historia de los récords de estos últimos treinta años se inscribe en la línea misma de la evolución del poderío del hombre. Al igual que para las ciencias y la técnica, este poderío del hombre en el deporte ha realizado un salto cualitativo histórico, con la transformación de los métodos de trabajo producidos inmediatamente después de la segunda guerra mundial».[60]

El Partido Comunista Francés define entonces al campeón como al *«piloto de la especie humana»*,[61] cual un guía físico, como un hombre de élite: «está en la naturaleza misma del deporte el producir campeones, buscar las marcas más altas. El ideal de superación, de la permanente eliminación de los limites, de las posibilidades humanas, corresponde al dinamismo profundo de la práctica deportiva. Conduce, inevitablemente, a la alta competición».[62]

La tercera idea en este conjunto atañe al papel de la ciencia. Hemos visto ya la importancia de la ciencia del rendimiento en la concepción deportiva del universo. Se trataba, lo recordamos, de «lo humánico», ciencia del rendimiento de la fuerza de trabajo en todas las edades. Actualmente el deporte es, según los representantes del Partido Comunista Francés, el producto cultural superior de la revolución científica y técnica, una adquisición de la ciencia del hombre. J. Rouyer escribe: «a partir de ahora, el deporte, creación del hombre, representa objetivamente, en sus manifestaciones concretas, una adquisición de la humanidad, un determinado nivel alcanzado por el poder del hombre sobre las cosas, sobre sí mismo, sobre la ley natural. El desarrollo de la técnica deportiva, el progreso de los resultados refleja la acumulación de esos poderes. Este *progreso continuo* es cada vez más tributario de la actividad teórica, es decir, de la ciencia. El papel de la ciencia del deporte contribuye a hacer de la práctica deportiva una de las formas históricas ponderadas por el desarrollo consciente del hombre por el hombre».[63]

El carácter ideológico de estas concepciones reside en su ceguera ante la realidad concreta del cuerpo humano en las sociedades capitalistas industriales. El cuerpo, lejos de estar liberado, es, por el contrario, cada vez más avasallado, por una parte, por las tentaciones del consumo de mercancías y, por otra, por el ritmo agobiador del trabajo en la *fábrica*. Ocurre que los ciudadanos tienen gestos apretados que no corresponden en nada a la perfección técnica de los gestos deportivos; luego, Los medios modernos de comunicación han producido un individuo sedentario que ignora lo que es realmente el esfuerzo físico. Finalmente, las condiciones de vida y de trabajo han mutilado completamente al individuo en cuanto a su cuerpo (pérdida de facultades, etc.). Esto explica que el deporte tenga tal importancia en tanto que institución de compensación. Lo que ha sabido señalar J. Dumazedier, que afirma: «la adaptación a este medio técnico limita los gestos: gesto especializado

---

59 B. JEU, Le sport, la mort, la violence, pp. 60 y 61.
60 Le Parti communiste français et les activités sportives et physiques, p. 47.
61 *Ibidem*. p. 47.
62 *Ibidem*. p. 90.
63 J. ROUYER, «Réflexions sur les perspectives humanistes de la pratique du sports», en *La nouvelle critique*. núm. 176, mayo de 1966, p. 110.

del trabajo industrial o administrativo, gesto mezquino debido a la vivienda con frecuencia estrecha, gestos canalizados por las aceras, la calle, las prisiones. Esta adaptación suprime los gestos: la mecanización creciente de los medios de producción desarrolla puestos para presionar botones. Los desplazamientos a pie son abolidos por la mecanización de los medios de transporte... Y son igualmente suprimidos por la mecanización de los medios de información: el desarrollo de la televisión genera el peligro de acentuar todavía más esta regresión de los desplazamientos. La adaptación del hombre a esta situación exige una actividad física ajustada».[64]

[64] J. DUMAZEDIEIR, «Education physique, sport es sociologies», en *Education physique et sport*, núm. 69. p. 8.

BIBLIOGRAFIA

1. ADAM (K.): *Leisrungs sport. Sinn und Usinn. Nymphenburger Verlagshandlung,* Munich, 1975.
2. ADAM (H.): «*Leibeserzieiiung als Ideologie*», en Das Argument, Heft, núm. 40, Berlin, 1966.
3. ADAM (Yvort): «*Sport es société*», en La Nouvelle critique, Paris, núm. II, febrero de 1968.
4. ADAM (Y.), ROUYER (J.) y otros: «*Activíté physique, éducation et sdences humames*», *Les cahíers di, centre d'études et de recherches marxistes*. núm. 43.
5. ADAM (Y.), ROUYER (J.) y otros: *Sport et développement humain*. Editions Sociales. París, 1975.
6. ALTMANN (R): «*Der politische Horizont des Sportso, en Das Grosse Spiel Aspekte des Spairs itt unserer Zeit, Fischer Bücherei, Francfort y Hamburgo*, 1965.
7. AMSLER (Jean): «*Essai sur le sport et le sacré», en Education physique et sport*». Paris, núm. 40, mayo de 1958.

8. BASQUET (M.): *L'éducation sportive,* Les Editions Godin, Paris, 1942.
9. BASQUET (M), DUMAZEDIER (J.) y otros: *Regards neufs sur le sport, moyen de culture.* Editions du Seuil, Paris, 1950.
10. BARENDSON (M.): *Gigi Riva.* Edizioni Icaro, Roma, 1970.
11. BASTARDY (J.-P.): *Education du corps,* Editions F'leurut, París, 1962.
12. BAUM (Kurt): «*Ocr Geist des Sports-Gruttdfragen ciner Psychologie und Philosophie des Sports*». tesis, Würzburg. 1952.
13. BEDNARIK (K.): «*Die moderne Gesellschaft und der Sport*», en Magnum, 1957, pp. 12-39.
14. —— *Beiträge zu fragen des Massenspotts,* Berlín, O.D.R., Sportverlag, 1961,
15. BELBENOIT (G): *Le sport a l'école.* Casterntann, Paris, 1973.
16. BERGER (Marcel) y MOUSSAT (Emile): *Anthologie des textes sportifs de l'Antíquité,* Grasset, Paris, 1927.
17. BERLIOUX (Monique): *Olympice-d'Olympie á Mexico,* Flammarion, París, 1964.
18. BERNARD (M.): *Le Corps.* Editions Universitaires, Paris. 1976.
19. BERTHAUD (Ginette): «*Education sportive et sport éducatif*», en *Partisans:* «Sport, culture es répression». Petite Collection Maspéro. núm. 109, Paris, 1972.
20. BOROTRA (Jean), CONTV (J.-M.) y ROUYER *(1.-E.): Sport et formation de l'esprit,* Editions d'Organisation. Paris, 1966.
21. BOUCHERET (M.): «idéologie du sport et moyen de communication de masse», en *Sport et développement* social au XXe *siècle,* Editiotts Universitaires, Paris, 1969.
22. BOUET (Michel): *Signification du sport,* Editions Universitaires. París, 1968.
23. BOUET (Michel): «La double *signification* du temps en sport», en *Education Physique et Sport.* núm. 58, Paris, marzo de 1962.
24. BOUET (Michel): *Les motivations des sportifs,* Editions Universitaires, Paris, 1969.
25. BOUET (Michel): «*A la recherche d'une définition du phénomène sportif*», en *Le Monde* del 21 de abril de 1971.
26. BRISSON (J.-M.): *Sport qui tue, sport qui sauve,* Favard, Paris, 1965.
27. BROHM (J.-M.): «*Sociologie politique du sport*», en Partisans: «*Sport, culture es répression*». Maspéro, Paris, 1916.
28. BROHM (J.-M.): «*La civilisation du corps: sublimation et dé sublimation répressives*», en *Partisans*. op. cit.
29. BROHM (J.-M.): *Critiques du sport.* C. Bourgois, Paris, 1976.
30. BROHM (J.-M.): *Corps et politique.* Editions Universitaires, Paris, 1975.
31. BROHM (J.-M.): *L institution sportive, essais critiques,* Editions Saveili, París. 1977.
32. BROSSARD (Yves): *Vues chrétíennes sur le sport,* Flammation, Paris. 1961.
33. BUGGEL (M.), MOUSTARD (R.), ROUYER (J -) y VIAL (M.): «Les activités physiques de I'hommeo, *Les cahiers du centre d'études et de recherches marxistes,* núm. 70, 1969.
34. BUYTENDIJK (F. J. J.): *Le football.* Desclée de Brouwer, Paris, 1952.
35. BUYTENDIJK (F. J. J.): *Attitudes et mouvements,* Desclée de Brouwer, Paris, 1957.

36. CALLOIS (Roger): *Les jeux et les hommes,* Gallimard, Paris, 1967 (Collection «Idées»).
37. CALLOIS (Roger) (bajo la dirección de): *Jeux et Sports,* Encyclopédie de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1967.
38. CLARE (Michel): *Introduction au sport,* Les Editions Ouvriéres, Paris, 1965.
39. CLOUSCARD (Michel): «Les fonctions sociales du sport, en *Cahiers internationaux de sociologie* (cuaderno 34), primer semestre de 1963.
40. COUBERTIN (P. DE): *Pédagogie sportive.* nueva edición, Bureau International de Pédagogie Sportive, Lausana, 1934.
41. COUBERTIN (P. DE): *Mémoires olympiques,* Bureau International de Pédagogie Sportive, Lausana, 1931.
42. —— *Das grosse Spiel. Aspekte des Sports in unserer Zeit,* Fischer Bücherei, Francfort, 1965.

43. DEMENY (Georges): *Mécanismes et éducation des mouvements,* Félix Alcan, Paris, 1920.
44. —— *Der Wetteifer,* Wilhelm Limpert Verlag, Francfort, 1962.

45. —— *Der Wetteifer in der Erziehung,* Verlag iulius Beltz, Weinheim, 1967.
46. DESCHKA (K.): *Trainingslehre und Organisationslehre des Sports,* Viena y Munich.
47. DELTSCH (H.): «*A contribution so psychology of sport*», en *International journal of psycho-analysis,* VII, 1926.
48. DIEM (Carl): *Wesen und Lehre des Sports und der Leibeserziehung,* Weidmannsche Verlagsbuchhandlung, Berlin. 1960.
49. DIEM (Carl): *Weltgeschichte des Sports und der Leibeserztehung,* Cotta, Stuttgart, 1960.
50. DINELLO (R.): *Culture physique et pédagogie révolutionnaire,* Belibaste, Paris, 1973.
51. DUFRENNE (M.): «*La philosophie du sport*», en Education physique et sport. núm. 1.
52. DUMAZEDIER (J.), BAQUET (M.) y MAGNANE (G.): *Regards neufs sur les jeux olympiques,* Editions du Seuil, Paris. 1952.
53. DUMAZEDIER (J.) y RIPERT (A.): *Loisir et culture,* Seuil, Paris, 1966.
54. DUMAZEDIER (J.): *Vers une civilisation du loisir?.* Seuil, Paris. 1962.
55. DUMAZEDIER (J.): «*Education physique, sport et sociologie*», en *Education physique et sport,* núm. 69.
56. DURAND (G.): *L'adolescent e! les sports,* PUF, Paris, 1957.

57. ERISMANN (T.): «*Der Wettstreit als Erziehungsprinzip*», en *Der Wetteifer in der Erziehung,* Verlag iulius Beltz, Weinheim. 1963.
58. —— *Essai de doctrine du sport,* Haut comité des sports, París, 1965.
59. EYQUEM (M.-Th.): *Pierre de Coubertin. L 'épopée olympique,* Calmann-Lévy, París, 1966.

60. FICHEFET (C.) y CORHUMEL (J.): *Les Jeux Olympiques: des origines á nos jours,* «Marabout Service», Editions Gérard, Verviers, 1964.
61. FISCHER (J.) y MEINERS (P. M.): *Proletarische Korperkultur und Gesellschaft.* Edition 2.000, Giessen, 1973.

62. GANTHERET (François): «Psychanalyse institutionnelle de l'éducation physique et des sports», en *Partisans:* «Sport, culture et répression», Petite Collection de Poche, Maspéro, París. 1972.
63. GEHLEN (A.): «*Sport und Gesellschafts*», en *Das Grosse Spiel-Aspekte des Sports in unserer Zeit.* Físcher Bücherei, Francfort, 1965.
64. GENST (H. de): *Histoire de l'éducation physique,* De Boeck, Bruselas, 1948.
65. GEOFFREY (H. G. Dyson): *Principes de mécanique en athlétisme,* Vigot Fréres, Paris, 1965.
66. GEORGES (P.): *Champíons á vendre,* Calniann-Lévy, Paris, 1974.
67. GILLET (Bernard): *Histoire du sport,* Collection «Que sais-je?s», PUF, Paris, 1965.
68. GOFFARD (Serge): «Jeux et enjeux olympiques et idéologiques», en *La nouvelle critique,* París, núm. 54, junio de 1972.
69. GRITTRI (J.): *Sport á la une.* Armand Colin, Paris, 1975.
70. GRUBE (F.) y RITCHER (G.): *Leistungssport in der Erfolgsgesellschaft,* Hoffmann und Campe Verlag, Hamburgo, 1973.
71. GUIILEMAIN (Bernard): *Le sport et' l'éducation,* PUF, Paris, 1965.
72. GUILLON (F. y A.): *Sport et créativité,* Editions Universitaires, Paris. 1975.
73. GULDENPFENNING (S.), VOLPERT (W.) y WEINBERG (P.): *Sensumotorisches Lernen und Sport als Reproduktion dey Arbeitskraft,* Pahl Rugenstein Verlag, Colonia, 1974.

74. HAMMER (Fritz): «Der Massensport-Versuch einer soziologischen Analyse temer Bedingungen und Erscheinungsweiseo, conferencia inaugural, Universidad de Heidelberg, 1933.
75. HERERT (Georges): *Le sport contre l'éducation physique.* Librairie Vuíbert, Paris. 1946.
76. HENSCHEN (H. H.) y WETTFR (R.): *Anti-Olympia.* Em *Beitrag zur mutwilligen Diffamierung und óffenulichen Destruktion der olympischen Spiele und anderer narretejen.* Carl Hanser Verlag, Munich, 1972.
77. HERAUD (J.-M.): *Les sports auféminin.* Denoei-Gonthier. Paris. 1972.
78. HIRN (Albert): «Ursprung und Wesen des Sports»», en *Theorie und Praxis der Korperkultur,* tomo 1, Berlin, 1936.
79. HOEK (H.): *Sport, Sportbetrieb Sportirieb,* Leipzig, 1927.
80. HUIZINGA (J.): *Homo ludens, essai sur la fonction sociale du jeu,* Gallimard, Paris, 1951.
81. HUTTER (C. M.): «Sport und Wettkampf», conferencia, Universidad de Graz, 1956.

82. JEU (B.): «La contre-société sportive es ses contradictions», en *Esprit.* núm. 10, octubre de 1973.
83. JEU (B.): *Le sport, la mort, la violence,* Editions Universitaires, Paris, 1972.
84. JEU (B.): «Toute-puissance et immortalité, ou les arriéres-pensées du sport», en *Ethno-psychologie,* año 27, marzo de 1972.

85. KATZ (P.) y JOUANEN (M.): *Le sport et l'argent.* Cuy Authier, Paris, 1972.
86. KIRN (R.) y NATAN (A.): *Fussball,* Francfort. 1958.

87. KLOEREN (M.): *Sport und Rekord-kultursoziologische Untersuchungen zum England des 16-18 Jahrhundefls.* Leipzig, 1935.
88. —— *Körperkultur und Sport bei dey Gestaltung des entwickelten gesellschaftlichen Systems des Sozialismus,* Abteilung Preste und Information des Straatsrates der D. D. R., 1968.
89. KRAFT (Ernest): *Vom Kampfrekord zum Massensport,* Berlín, 1925.
90. KROCKOW (K. **v.):** *Sport und Industrie-Gesellschaft.* **R.** Piper and Co., **editor, Mu**nich, 1972.
91. KROCKOW **(K. v.):** *Sporét, eme Soziologie und Philosophie des Leístungsprinzips,* Hoffmann und Campe Verlag. Hamburgo, 1974.
92. KROCKOW (K. **v.):** «*Die Bedeutung des Sport für die moderne Gesellschafto»,* en *Jahrbuch des Sports,* Francfort, 1958.
93. KROCKOW (K. **y.):** «*Der Wetteifer in der industriellen Gesellschaft*»,. en *Der Wetteifer,* Wilhem Limpert Verlag. Francfort, 1962.

94. LAGUILLAUMIE (P.): «*Pour une critique fondameníale du sport*», en *Partisans*: «*Sport, culture et répression*». Op. cit.
95. LAPIERRE (A.): *La rééducation physique* (2 tomos). J.-B. Balliére el Fils Editeurs. Paris, 1968.
96. LAURENT (P.), BARRAN (R.) y FAURE (J.-J.): *Les communistese et sport á l'heure de Munich,* Editions Sociales, Paris, 1972.
97. LE BOULCH (Jean): *L'éducation par le mouvement.* Editions Sociales. Paris. 1969.
98. LE BOULCH (Jean): *Vers une science du mouvement humain,* Editions Sociales. Paris, 1971.
99. —— «*L'Education physiques*», *Esprit,* núm. 5, mayo de 1975.
100. LE FLOCH´MOAN (J.): *La genèse des sports.* Payot, Paris, 1962.
101. LEHALLE (Pierre): *L'harmonie du mouvement, Georges Demeny, ¡850-1917,* Amédée Legrand es C^0, Paris, 1952.
102. —— *Leibeserziehung und Sport in der modernen Gesellschafi.* Verlag iulius Beltz, Weinheim, 1963.
103. LEITGEB (A.): «*Das Verhgltnis zwischen Sport und Gesellschaft*», conferencia, Universidad de Graz, 1955.
104. —— *Leitsatze zur Fórderung von Leibeserziehung und Sport,* edición del Vorstand der Sozial-demokratischen Partei Deutsçhlands, Bonn, 1964.
105. LENK (H.): *Leistungssport: Ideologies oder Myrhos?* Verlag W. Kohlhammer, Stuttgart, 1972.
106. LENK (Hans): *Werie. Ziele. Wirklichkeii der modernen olympischen SpieIe.* Verlag Hofmann Schorndorf, Stuttgart, 1964.
107. —— «*Le Parti -Communiste français et les activités sportives et physiques*», en L'Ecole *et la Nation,* París, núm. 180, junio de 1969.
108. LEROY (A.) y VIVES (J.): *Pédagogie sportive et athlétisme.* A. Colin. Paris, 1949.
109. —— «Les sports, du jeu la compétitions», *Cahiers de l'encyclopédie du monde actuel.* num. 68, junio de 1971.
110. LINDE (H.): «Zur Soziologie des Sports, Versuch einer empirischen Kritik soziologischer Theoremeu, en *Sport und Leibeserziehung* (H. Plessner u. a. HRSG-), Munich, 1967.
111. LOISEL (E.): *Les bases psychologiques de l'éducation physique,* Bourrelier. Paris, 1955.
112. LOTZ (F.): «*Die Soziologie und der Sport*», en *Die Leibeserziehung.* 1954/250.
113. LUCOT (Hubert): «*Le sport-faut-il des surhommes*?, *La Nouvelle Encyclopédie,* Hachette, Paris, 196.
114. LUSCHEN (Günther): «*Der Leistungsport in seiner Abhängigkeii vom soziokulturellen System*», en *Zentralblatt fu, Arbeitswissenschaft,* 1962, XII, 186.
115. LUSCHEN (Günther): «*Prolegomena zur einer Soziologie des Sports*». en *Kolner Zeiíschrift fur Soziologie und Sozialpsychologie.* 1960, 3/505 y Ss.
116. LUSCHEN (Gilnther): «*Soziale Schichtung ttnd soziale MobilitAt bei jungen Sportlern,* en *Kölner Zeitschrift fur, Soziologie und Sozialpsychologie.* 1963. 1/74.
117. LUSCHEN (Günther): «*Sport et stratification sociale*», en *Education physique et sport.* Paris, núm. 2 y 3, vol. II, 1962.
118. LUSC1IEN (Günther): «*Soziologische Aspekte der Leistungu, en Leibeserziehung in de, Schule»,* 1964, 11/5.
119. LUSCHEN (Günther): «*Die Funktion des Sports in der modernen Gesellschaft*», en *Die Leibeserziehung,* 1963, 377.

120. Mc INTOSH (P. C.): *Sport in Society,* Londres, Watts, 1963.
121. MAGNANF (Georges): *Sociologie du sport,* Gallimard, París, 1964.
122. MAGNANE (Georges): «*Situation du sport dans la société contemporaines*», en *Jeux et Sports,* La Pléiade, Gallimard, Paris, 1967.
123. MAHEU (René): «Le sport est éducation»,. en *Le courrier de l'Unesco,* Paris, enero de 1964.
124. MALOLETKO (K.): «La culture physique elle sport dans les loisirs des collectifs de travail communiste», en *Recherches internationales a la lumière du marxisme.* núm.. 48, Paris. 1965.
125. MARILLAC (Robert): *Sport et télévision,* Atbin Michel. Paris, 1963.
126. MEISEL: «The importancc of heing amater», en *Sport and Society,* Londres, Ibwes and Bowes. 1958.
127. MELIK-CHANHANAZAROV (A.): *Le sport en Afrique.* Présence Alricaine, Paris, 1970,

128. MEYER (Gaston): *Les Jeux olympiques — Vingt sports au microscope,* La Table Ronde, Paris, 1964.
129. MEYNAUD (Jean): *Sport et politique,* Payot , Paris, 1966.
130. MODEL (O.): *Funktionen und Bedeutung des Sports in ökonomische, und soziologischer Sichl,* Verlag P. G. Keller, Winthcrlur, 1955.
131. MORAND (Paul): *Champions du monde.* Grasset. Paris. 1930.
132. MORTON (H. W.): *Soviet Sport — Mirror of soviet society.* Collicr Books. Nueva York. 1963.

133. NATAN (A.) y otros: *Sport and Society,* Bowes and Bowes, Londres, 1958.
134. NAUDIN (Pierre): *La foire aux muscles,* Editeurs Français Réunis, Paris, 1961.
135. NITSCHKE (Willi): *Kann der Sport neutral sein?* Berlin, D. D. R. Sportverlag, 1961.
136. NETT (J.): *Modernes Training weltbeser Mittel-und Langsreckler,* Berlin y Munich, 1966.

137. PASSEVANT (Roland): *Les mystères du sport en R. D. A.,* Editeurs Français Réunis. Paris. 1971.
138. PELTZER (Otto): *Sport und Erziehung,* Verlag der Greif, Wiesbaden. 1946.
139. PETERS (Alfred): «Der Begriff des Sports — Die geistige Haltung des Sports sonderlich gegenüber der des Spiels und der des Kampfes», conferencia, Universidad de Colonia, 1925.
140. —— *Place (La) du sport dans l'éducation,* estudio comparativo, Paris, Unesco, 1956, (Estudios y Documentos de Educación núm. 21).
141. PLESSNER (Helmut): «Die Funktion des Sports in der indusíriellen Gesellschaft». Autores varios: *Leibeserziehung und Sport in de modernen Gesellschaft,* Verlag Julius Beltz, Weinheim, 1961.
142. PLESSNER (Helmut): «Soziologie des Sports, Stellung und Bedeutung des Sports in der modernen Gesellschafto. en *Deutsche Universitäts-Zeitung.* 1962, 22 de septiembre, 23 de diciembre.
143. PLESSNER (H.), BOCK (H. H.): *Sport und Leibeserziehung.* R. Piper and Co. Verlag, Munich, 1967.
144. POPPLOW (U.): «Der Sport aLs kultursoziologisches Phanomen-Zur einer Soziologie der Leibesübungen», en *Leibesubungen und Leibeserziehung.* 1951, XI.
145. PRESCHER (H. G.): *Sport, Segen oder Fluch unserer Epoche?,* Franefort y Viena, 1961.
146. PREVOST (Jean): *Plaisirs des sports — Essais sur le corps humain,* Gallimard, Paris, 1925.
147. PROKOP (Ulrike): *Soziologie de, olympischen Spiele-Sport und Kapitalismus,* Carl Hanser Verlag, Munich. 1971.

148. —— *Quel Corps?* (revista, 5 números), 1, roe des Fossés-Saint-Jacques, Paris 75005.
149. QUEVAL (Jean): «La Iangue des sportss>, en *Jeux el Sports,* Colleclion «La Pléiade», Galliniard, Paris, 1967.

150. REDNA (André): «Sport es agressivité», en *Partisans.* núm. 43: «Sport, culture es répression», Maspéro, Paris, 1968.
151. RICHTER (J .): *Die vertrimmte Nat ion, oder Sport in rechter Gesellschaft.* Rowohlt Taschenbuch Verlag. Hamburgo. 1972.
152. RIGAUER (Hero): *Sport und Arbei,* Suhrkamp, Francfort, 1969.
153. RIOUX (G.) y CHAPPUIS (R.): *Les bases psycho-pédagogiques de l'éducation corporelle,* Libraire .1. Vrin, Paris. 1968.
154. RISSE (H.): *Soziologie des Spons.* Berlin, 1931.
155. RORERT (D.): *Signification politique du développement du «vrab, sport á l'école.* Editions de l'Ecole Emancipée, Paris, 1970.
156. ROBERT (G.-A.): *L'éducation physique d l'école,* PUF. Paris, 1972.
157. ROLVER (J.): «Recherches sur la signification humaine du sport et du loisir, en *Recherches internationales et la lumière do marxisme,* núm. 48. Paris. 1965, Editions de la Nouvelle Critique.
158. ROUYER (J.): «Le sport, une composante de la culture; réflexions après les jeux de Mexico», en *Cahiers du communisme.* núm. 1. enero de 1969.
159. ROUYER (J.): «Réflexions sur les perspectives humanistes de la pratique du sports». en *La nouvelle critique.* núm. 176, Paris, mayo de 1966.

160. SALB (H.): *Die Kommerzielle Selle des Sport,* Munich, 1953.
161. SEIDLER (E.): *Le sport et la presse,* A. Colin, Paris, 1964.
162. SEURIN (Pierre): «Compétitions et éducation physique», en *L 'homme sain,* Burdeos, núm. 5, diciembre de 1961.
163. SEURIN (Pierre): «Educateurs et entraîneurs», en *L 'Homme sain.* marzo de 1957.
164. SEURIN (Pierre) y otros: *L'éducation physique dans le monde,* Biére, Burdeos, 1961.
165. SIEGER (W.): «L'éducation physique dans la société socialiste es communistes», en *Recherches internationales a la lumière du marxisme, núm.* 48, Paris, 1965.
166. SIENIARSKI (Stephan): *Le sport en Pologne,* Editions Inter-press, Varsovia, 1972.
167. SOLBACH (H. **v.):** «Sport und Leibesübungen alt sozialpolitischer Faktor», conferencia, Colonia. 1951.
168. SOLLMANN (R.): *Die Kampfspiele als Teil der Nationalerziehung zum Führertum,* P. Kassner. Neisse, 1936.
169. —— «Sport et éducation physique, *Recherches international es d la lumière du marxisme,* núm. 48, Paris, 1965.
170. —— *Sport et développement social au XXe siècle.* Editions Universitaires, Paris, 1969.

171. STRANAI (K.): «Education physique et travail en société socialistess, en *Recherches internationales á la lumière du marxisme.* núm. 48, Paris, 1965.

172. THIBAULT (Jacques): «*Gymnastique et exercices militaires*», en *Educaution physique e, sports,* núm. 111, septiembre-octubre de 1971.
173. TROGER (Walther): «Dic Organisation des deutschen Sports», en *Das grosse Spiel Aspekte des Sports in unserer Zeit,* Fischer Bücherel. Francfort, 1965.

174. ULMANN (Jacques): *De la gymnastique aux sports modernes,* PUF, Paris, 1965.
175. UMMINGER (W.): *Des hommes e, des records — histoire de la performance travers les ages,* Editions de la Table Ronde, Paris, 1962.

176. VANFK (M.) y CRAUTY (B. J.): *Psychologie sportive et compétition.* Editions Universitaires, Paris, 1972.
177. VANKFR (R.): «L'histoire des olympiades, en *Cahiers de l'histoire,* núm. 78, Paris, septiembre de 1968.
178. VAN SCHAGEN (K. H.): «Le róle de l'éducation physique dans le développement de la personnalité», tesis de doctorado en letras por la Universidad de Paris, PUF, 1933.
179. VINNAI (G.): *Sport in der Klassengesellschaft,* Fischer Taschenbuch Verlag, Francfort, 1972.
180. VINNAI (G.): *Fussball sport als Idéologie,* Europaische Verlagsanstalt, Francfort, 1970.
181. VINNAI (G.): *II calcio come ideología* (sport e alienazione nel mondo capitalista). Guaraldi Editore, Bolonia, 1970 (traducción italiana del anterior, con un nuevo prefacio del autor y una introducción de Valentino Baldacci).
182. VOLPICELLI (Luigi): *Industrialismo e Sport.* Armendo Armendo, Roma, 1966.
183. VOLPICELIÁ (Luigi): «Spectacle sportif et sport a, en *L'Homme sain,* núm. 3, Burdeos, 1962.

184. WASTERLAIN (M.): «Le sport dans la Société moderne, en *Sport et développement social au vingtième siècle* (coloquio internacional de la F. S. G. 1.), noviembre de 1968, Editions. Universitaires, Paris. 1969.
185. WILHEM (Th.): «Der Wetteifer in der Erziehung», en *Der Wetteifer,* W. Limpert Verlag, Francfort y Viena, 1962.
186. WILDUNG (Fritz): *Arbeitersport,* Bücherkreis, Berlin GMBH, sin fecha.
187. WOHL (A.): «Dic Gesellschaftlich-historischen Grundlagen des bürgerlichen Sportso, en *Wissenschaftlic/ie Zeitschrift der D. H. F. K.,* Leipzig, 1964, año 6, pp. 5-93.

188. ZIMIELSKI (A.): «Scepticisme au siècle du sport», en *Recherches international es a la lumière do marxisme,* núm. 48, 1965, Paris.